

The background of the cover is a dramatic scene of Earth being destroyed. A large, dark, multi-limbed robot is shown in the process of crushing the planet. The robot's body is composed of various mechanical parts, including what looks like a tank tread on its right leg. Bright orange and yellow flames and fire are erupting from the point of impact where the robot's hand is on the planet's surface. The sky is filled with fire and lightning bolts. The overall color palette is dominated by reds, oranges, and yellows, creating a sense of intense heat and destruction.

ORSON SCOTT CARD Y AARON JOHNSTON

LA TIERRA EN LLAMAS

PRIMERA GUERRA FORMICA (VOL. II)

*Cien años antes de El juego de Ender, la batalla comenzó.
La tierra desprevenida continúa.*

Lectulandia

Cien años antes de que Ender naciera, una raza extraterrestre llegó a la Tierra armada con fuego y muerte.

Después del ataque que sufre la nave minera *Cavadora*, Victor Delgado escapa y se une al Oficial del Estado Imala para alertar a los científicos de la Tierra de la peligrosidad de los hostiles insectos llamados fórmicos. Mientras los diplomáticos buscan una solución pacífica, Lem Jukes, hijo del magnate Ukko Jukes, planea un ataque que supone un desafío en toda regla a su padre.

Con este telón de fondo, y una horda invasora planeando a través de la llanura china, sobre campos devastados, será el sublime y heroico Mazer Rackham, un oficial de operaciones maorí, quien luche para convertir a su tropa en una fuerza capaz de preservar la Tierra en la que será su primera guerra interestelar.

Lectulandia

Orson Scott Card & Aaron Johnston

La tierra en llamas

Saga de Ender. Primera guerra f3rmica 2

ePub r1.1
macjaj 30.06.14

Título original: *Earth Afire*
Orson Scott Card & Aaron Johnston, 2013
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: macjaj
Corrección de erratas: Akhenaton
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Presentación

Lo que hoy llamamos la Saga de Ender empezó hace casi cuarenta años, en 1977, con una novela corta cuya versión ampliada, EL JUEGO DE ENDER, obtuvo más tarde, allá por 1985, los premios mayores de la ciencia ficción mundial el Hugo y el Nebula. Ni que decir tiene que la versión novela corta ya había obtenido, en 1978, el preciado Campbell Award al mejor autor novel.

Como es sabido, el eje central de EL JUEGO DE ENDER (1985) es la formación de la mentalidad de un líder. Card rehúye el esquema clásico de tipo autoritario para centrar el tema en la capacidad empática de comprender y dirigir los recursos, esencialmente humanos, que un líder debe manejar con soltura. Se trata, por lo tanto, de una novela que, aun atendiendo a los detalles de la formación militar y estratégica, se recrea en la componente psicológica de la formación de la personalidad del joven Ender. Y, no hay que olvidarlo, en el creciente interés por los videojuegos...

En la novela, la Tierra se ve amenazada por una raza extraterrestre que se comunica telepáticamente y considera no tener nada en común con los humanos, a los que quiere destruir. Para vencerla es necesario un genio militar, y por ello se ha permitido el nacimiento de Ender, que es, en cierta forma, una anomalía viviente al ser el tercero de los hijos de una pareja en un mundo que ha limitado estrictamente a dos el número de descendientes. Los mejores y más prometedores niños son aislados en el satélite conocido como Escuela de Batalla para que aprendan, se entrenen y, en definitiva, desarrollen capacidades estratégicas con las que la Tierra pueda enfrentarse a la amenaza de los insectores o fórnicos. A la habilidad en el tratamiento de las emociones que es habitual en Card, se une aquí el interés por el empleo en la formación militar, estratégica y psicológica del protagonista de simulaciones de ordenador y juegos de fantasía... Como en la mayoría de novelas de Card, la novela trata en realidad de cómo hacerse adultos y aceptar las responsabilidades que ello comporta.

En otro momento (la presentación de GUERRA DE REGALOS, una novela de 2007

concebida casi como un cuento de Navidad), ya he contado que, al iniciar la subcolección de ciencia ficción en la vieja Libro Amigo que Ediciones B heredó de Editorial Bruguera, me empeñé en que *EL JUEGO DE ENDER* debía ser la primera de la colección incluso por delante de títulos indiscutibles del género como *LOS LENGUAJES DE PAO*, de Jack Vance, o *EL PLANETA SHAKESPEARE*, de Clifford D. Simak. Nunca me arrepentiré de haber insistido y lograr ese reconocimiento implícito a un nuevo autor, Card, quien en los últimos treinta años se ha confirmado como uno de los mejores de la ciencia ficción mundial.

Lo sorprendente fue, también, que esa novela de Card estuviera por entonces libre y que ningún editor español de ciencia ficción hubiera adquirido sus derechos para publicarla en nuestro país. Para mi sorpresa, pues, seguía disponible, y con ella el acceso a toda la obra futura de un autor superlativo. Siempre reconoceré el favor que debo a mi amigo Norman Spinrad (a quien también publiqué en Libro Amigo esa maravilla con elementos ciberpunk avant la lettre titulada *JINETES DE LA ANTORCHA*), quien, siendo como es una buena persona, no supo olvidar que Card era mormón practicante. Spinrad dedicó su crítica-comentario de *EL JUEGO DE ENDER* a juzgar la ideología religiosa de su autor en lugar de detenerse en la novela en sí. Otros editores de ciencia ficción en España parece que prefirieron leer esa crítica más bien sectaria de Spinrad al libro de Card y se olvidaron de una novela llamada indiscutiblemente al éxito. Pero yo suelo juzgar por mí mismo; leí la novela y me di cuenta del filón que había en ella en cuanto a temática, personajes, situación y, también, por la insólita capacidad narrativa y empática de un autor por entonces nuevo.

Sea como sea, tras el éxito, que lo fue y rotundo, de *EL JUEGO DE ENDER*, Card demostró su calidad como novelista con *LA VOZ DE LOS MUERTOS* (1986), la siguiente aventura de Ender. Se trata de una novela que quizá sea menos popular pero que resulta mucho más compleja y difícil, que exige un brillante novelista y narrador a un mismo tiempo. En esa novela se manejan con soltura diversos personajes en un ambiente (la colonia Lusitania de ascendencia portuguesa) que Card ha de conocer bien por su estancia en Brasil como joven misionero mormón. *LA VOZ DE LOS MUERTOS* sigue siendo, para mí, la mejor de las novelas de la saga de Ender.

Luego, Card se enzarzó en lo que viene a ser casi una disquisición filosófica en *ENDER EL XENOCIDA* (1991) e *HIJOS DE LA MENTE* (1996), en las que Ender perdía protagonismo frente a esa superdotada niña Qing-jao, que descubre la causa de la desaparición de la Flota Estelar, y las aventuras de sus hermanos Valentine y Peter (aunque sigo convencido de que el tiempo nos traerá algún día las auténticas novelas de Peter y Valentine, unos personajes tan ricos y potentes como el mismísimo Ender...). Todo ello se mezclaba con la idea filosófica de los «filotes» que se le había

ocurrido al autor años atrás. Un nuevo ejemplo de la capacidad reflexiva de un Card en vena.

Pero la sorpresa definitiva la trajo, en 1999, esa nueva vuelta de tuerca que fue LA SOMBRA DE ENDER. La idea de volver a contar la historia de EL JUEGO DE ENDER pero desde el punto de vista de Bean, su lugarteniente, ha sido un maravilloso hallazgo. En realidad, Ender como gran genio estratega que es, resulta un personaje psicológicamente más plano que Bean. Niño problemático con una infancia difícil y una salud que amenaza su futuro, Bean resulta ser un personaje mucho más poliédrico que el mismísimo Ender, y con su historia da pie también a desarrollar toda una subserie (la de la sombra de Ender) en la que los protagonistas son esos otros genios de la estrategia militar y política que acaban siendo también los compañeros de Ender en la Escuela de Batalla. Un autor sumamente inteligente como Card no podía dejar escapar ese filón. De ahí salieron LA SOMBRA DEL HEGEMÓN (2001), MARIONETAS DE LA SOMBRA (2002), LA SOMBRA DEL GIGANTE (2005) y SOMBRAS EN FUGA (2012). Y se anuncia para un inmediato futuro una nueva novela (cuando, al menos yo, ya daba por concluida esa subserie con el último título, SOMBRAS EN FUGA, aunque seguro que Card sabe cómo sorprenderme de nuevo...).

Para completar la lista de las novelas de la saga de Ender, solo citaré la más reciente de las protagonizadas por este, ENDER EN EL EXILIO (2008) en la que volvemos a un Ender ahora ya adolescente enfrentándose al descubrimiento del sexo femenino (aunque ya pudiera haber habido algo de ello en LA VOZ DE LOS MUERTOS, pero en una edad vital de Ender no excesivamente adecuada para ello).

Desde la segunda mitad de la década de los noventa, he percibido en Scott un creciente interés por un personaje que parecía colateral a la saga aunque ya intervenía en EL JUEGO DE ENDER. Se trata de Mazer Rackham, el maorí que actúa como «maestro» de Ender en la Escuela de Batalla.

Por si les interesa, el nombre de Rackham es famoso. El origen parece ser un pirata llamado Jack Rackham (1682-1720), al que se llamó también Calico Jack y quien, por sus camisas y vestimenta, parece haber sido la fuente de inspiración del Jack Sparrow de la serie cinematográfica Piratas del Caribe. Y, last but not least, también da nombre al pirata Rackham el Rojo de las aventuras de Tintín tal como se nos cuenta desde El secreto del Unicornio... En realidad no sé por qué Orson Scott Card usó este nombre (y más en un personaje que no tenía al parecer nada que ver con los piratas...), pero así son las cosas.

Cuando Card vendió los derechos cinematográficos de EL JUEGO DE ENDER y empezó a redactar guiones para la película, resultaba evidente (al menos para quienes conocíamos alguno de los entresijos de esa tan dilatada producción cinematográfica y, además, tuvimos la oportunidad de hablar con Scott) que el

personaje de Mazer Rackham era, ya en aquel momento (antes incluso de que se publicara LA SOMBRA DE ENDER en 1999 o los cómics en torno a EL JUEGO DE ENDER que datan de 2008), uno de los favoritos de su autor.

De ahí surge la actual trilogía en torno a la Primera Guerra Fórmica, que se desarrolla en los siguientes volúmenes: LA TIERRA DESPREVENIDA (2012), LA TIERRA EN LLAMAS (2013) y la inminente LA TIERRA DESPIERTA (Earth Awakens). El protagonismo de la serie parecía estar orientado hacia Mazer Rackham.

Pero Card es demasiado buen escritor para que fuera «solo» así.

Lógicamente, cuando la nave de los fórmicos (insectores les sigue llamando mi subconsciente) llega al sistema, el primer avistamiento y confrontación debe darse en el Cinturón de Kuiper, el conjunto de cuerpos cometarios que orbitan alrededor del Sol a distancias de entre treinta y cien unidades astronómicas (seguro que no hace falta, pero les recordaré que una ua es la distancia media entre la Tierra y el Sol, que es de unos ciento cincuenta millones de kilómetros, tal como lo definió la Unión Astronómica Internacional el 31 de agosto de 2012).

Y, lógicamente, una amenaza a todo el planeta debe ser afrontada por todo el planeta. La trilogía de la Primera Guerra Fórmica seguramente sea aquella cuyo héroe principal ha de ser Mazer Rackham, pero una amenaza a un planeta es un problema para toda la especie. Por eso, en LA TIERRA DESPREVENIDA, Card (y su brillante colaborador Aaron Johnston) nos describen la vida de las familias mineras libres del Cinturón de Kuiper ya que serán los primeros que se encuentren con la nave invasora de los fórmicos.

Con sorpresa leí LA TIERRA DESPREVENIDA esperando encontrarme con Mazer Rackham y, como saben los lectores, prácticamente este personaje no interviene en la primera parte de la nueva trilogía. Sí le encontramos ya, pero no como protagonista único ni central, en esta segunda parte que hoy presentamos, aunque su papel va aumentando en importancia.

Personalmente me parece muy acertada esa atención universalizada que convierte la presente trilogía en una especie de novela coral con diversos personajes colaborando, sin saberlo, en el enfrentamiento con los fórmicos.

Aunque para llegar a la conclusión de esa historia habrá que esperar al siguiente volumen, LA TIERRA DESPIERTA al que les emplazo.

Por cierto, en la escala cronológica esa Primera Guerra Fórmica ocurre un centenar de años antes de lo narrado en EL JUEGO DE ENDER, y la presencia del mismo Mazer Rackham en esa guerra y, también, cien años más tarde, en EL JUEGO DE ENDER, presenta algunos «problemas de calendario». En el mundo del cómic se han resuelto con un largo viaje de Rackham a velocidades cercanas a las de la luz con el evidente efecto relativista (la conocida «paradoja de los gemelos», tan usada por los divulgadores científicos), que también se usa en las historias de Ender y Bean para

alterar la unidad espacio-temporal entre Ender y sus compañeros. Curioso.

Y no puedo finalizar sin comentar que por fin se ha estrenado la película de EL JUEGO DE ENDER, tras casi dos décadas de espera. Por si puede ser de interés, mi opinión es que los muchos guiones que escribió Card (aunque al final no sea suyo el definitivo) han servido para algo y la película resulta adecuadamente digna.

El filme respeta bien la idea de la novela y también deja abierto el final para una posible continuación (LA VOZ DE LOS MUERTOS, la segunda entrega de la saga de Ender, es una gran novela, nunca me cansaré de repetirlo). No sé si Hollywood acabará haciéndola, pero, hoy en día, ya hay otras posibilidades. En su largo debate con los productores cinematográficos al uso, Scott decidió crear su propia productora y, ante las quejas de Hollywood respecto de los novelistas no especializados en guiones cinematográficos, ahora Card trabaja con Aaron Johnston, un guionista de cine que se ha incorporado a su equipo y con el que Card ha coescrito algunas de sus últimas novelas. Por ejemplo, esta trilogía de la Primera Guerra Fórmica.

De nuevo haciendo referencia a la película, mi opinión es que respeta bastante la novela original, con la salvedad de que su primera mitad resulta demasiado militarista por dos razones esenciales: la primera es ese «vocabulario de marines» («Señor, sí, señor» y las cancioncillas en carrera...), y la segunda el que en lugar de niños de entre siete y nueve años, los de la película sean adolescentes de doce a quince, cuya violencia puede ser más dura. EL JUEGO DE ENDER trata de la formación de un líder que ha de conducir una batalla definitiva para el futuro de la especie humana, pero no se trata de una batalla basada en la violencia física sino estratégica. Ender descubre precisamente que para vencer a tu enemigo debes entenderlo, y eso mismo hace que ya no desees vencerlo...

De ahí la continuación que constituye esa saga de Ender, la de su sombra y ahora la de su maestro Mazer Rackham. Una de las más interesantes, amenas y empáticas construcciones de la ciencia ficción en los últimos treinta años.

Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

LA TIERRA EN LLAMAS
LA PRIMERA GUERRA FÓRMICA

ORSON SCOTT Y AARON JOHNSTON

Traducción de Rafael Marín

*A Stefan Rudnicki,
por dar vida a las palabras sobre el papel
y a aquellos que te llaman amigo*

Agradecimientos

Muchas personas contribuyeron con su ayuda a la creación de esta novela, y merecen un reconocimiento. Brett Rustand, expiloto de helicópteros Blackhawk del ejército norteamericano, nos ayudó a comprender por qué las aspas son más una desventaja que una bendición y por qué las aeronaves de combate en el futuro estarán mucho mejor sin ellas. Y sus reflexiones en lo referido a la carga de columpio y las maniobras tácticas nos ayudaron a entender muchas cosas mientras desarrollábamos el aspecto militar de esta historia.

Nuestro agradecimiento especial a los artistas Nick Greenwood y Giancarlo Caracuzzo, cuyo trabajo dio vida, color y una inquietante extrañeza a los fórmicos mucho antes de que se escribiera una sola página del manuscrito.

A Jordan D. White, que ofreció útiles consejos y apoyo cuando esta historia estaba aún en pañales. Y a Beth Meacham, nuestra incansable editora en TOR, por sus conocimientos y sabiduría.

Kathleen Bellamy pilló errores que por suerte ustedes nunca verán.

Gracias también a Melissa Frain, Aisha Cloud, Andy Mendelsohn, Rene Roberson, Karl Dunn y Rick Bryson, así como a todos los demás de TOR; y a Erwin Penland, que contribuyó de alguna manera a permitir que nos concentráramos en escribir.

Sobre todo, gracias a nuestras esposas, Lauren and Kristine, y a nuestros leales hijos, por su infinita paciencia, su tranquilidad y su inquebrantable apoyo. Este libro es y ha sido siempre una historia sobre la familia: las familias en las que nacemos, las que nos imponen las circunstancias, las que se forman con sangre y batallas. Eso es lo que los fórmicos no comprenden: la microcomunidad, la fuerza de los pocos, la profunda unión que sentimos con aquellos a los que amamos. Somos familia. Somos uno.

Y por eso salimos victoriosos.

1

Bingwen

La bibliotecaria contempló el vídeo en el monitor de Bingwen y frunció el ceño.

—¿Esta es tu emergencia, Bingwen? —dijo—. ¿Me distraes de mi trabajo para enseñarme un vídeo falso sobre alienígenas? Deberías estar estudiando para los exámenes. Tengo gente esperando para usar este ordenador. —Señaló la fila de niños junto a la puerta, todos ansiosos por conseguir una máquina—. Estás malgastando mi tiempo y el de ellos.

—No es un vídeo falso —respondió Bingwen—. Es real.

La bibliotecaria hizo una mueca.

—Hay docenas de historias de alienígenas en las redes. Cuando no es sexo, son aliens.

Bingwen asintió. Tendría que habérselo esperado. Naturalmente, la bibliotecaria no quería creerlo. Algo tan serio como una amenaza alienígena tenía que proceder de una fuente fiable: de las noticias o del gobierno o de otros adultos, no de un niño de ocho años hijo de un campesino que cultivaba arroz.

—Ahora tienes tres segundos para volver a tus estudios, o le asignaré tu tiempo a otra persona.

Bingwen no discutió. ¿De qué iba a servir? Cuando los adultos se ponían desafiantes en público, ninguna prueba, por irrefutable que fuera, los hacía cambiar de opinión. Volvió a encaramarse a su silla y pulsó dos veces en el teclado. El vídeo del alienígena desapareció, y en su lugar apareció un complicado problema de geometría. La bibliotecaria asintió, le dirigió una última mirada severa y luego cruzó la sala para regresar a su escritorio.

Bingwen fingió concentrarse en el problema hasta que la bibliotecaria volvió a sus cosas y dejó de prestarle atención. Entonces pulsó una tecla y volvió a recuperar el vídeo. El rostro del alienígena lo miró, petrificado en la pausa donde lo había dejado antes. ¿Había visto la bibliotecaria algo que él había pasado por alto? ¿Algún detalle o alguna inconsistencia que demostrara que el vídeo era falso? Era cierto que había cientos de vídeos similares en las redes. Duelos espaciales, encuentros con

alienígenas, aventuras mágicas. Pero los errores y falsedades de esos vídeos eran descaradamente obvios. Compararlos con este era como comparar el boceto a lápiz de una fruta con la fruta de verdad.

No, esto era real. Ningún artista digital podría crear algo tan vívido y fluido. El rostro de insecto tenía pelo, músculos, venas y ojos que indicaban profundidad. Ojos que parecían clavarse en los suyos e indicar el final de todo. Bingwen sintió asco, no por el aspecto grotesco e innatural de la criatura, sino por su aspecto de realidad. Por su claridad. Por su innegable verdad.

—¿Qué es esto?

Bingwen se volvió en su asiento y vio a Hopper detrás de él, con su peculiar forma de mantenerse en pie, inclinado hacia un lado por su pie torcido. Bingwen sonrió. Un amigo. Y no un amigo cualquiera, sino Hopper. Alguien que podía hablar con él sin ambages y decirle que por supuesto aquella era una falsificación, mira, mira aquí, ahí hay un detalle que has pasado por alto, tonto, ahí tienes la prueba de que te estás poniendo histérico sin motivo.

—Mira esto —dijo Bingwen.

Hopper avanzó cojeando.

—¿Es un vídeo falso?

—¿Tú qué crees?

—Parece real. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha enviado Yanyu. Acabo de recibirlo en el correo.

Yanyu, un secreto que Hopper y él compartían, era la ayudante de investigación de un astrofísico en la Luna. Bingwen la había conocido en las redes unos meses atrás, en un foro para estudiantes universitarios chinos que querían mejorar su inglés. Bingwen lo había intentado con otros foros en el pasado, conectándose con su propio nombre y sin llamar la atención, pero en cuanto revelaba su edad, los administradores lo expulsaban y le bloqueaban el acceso.

Hasta que encontró ese foro para estudiantes universitarios. Y en vez de entrar con su nombre, Bingwen fingió ser un estudiante de segundo curso de Guyangzhou que estudiaba agricultura, el único tema del que podía hablar con cierto grado creíble de competencia. Yanyu y él se hicieron amigos y se enviaban correos electrónicos y mensajes instantáneos en inglés varias veces por semana. Bingwen siempre sentía un retortijón de culpabilidad cada vez que se comunicaban: después de todo, estaba manteniendo una mentira. Peor aún, ahora que conocía bien a Yanyu, estaba seguro de que era el tipo de persona que se habría hecho amiga suya de todas formas, tuviera él ocho años de edad o no.

Pero ¿qué podía decir ahora? Eh, Yanyu, ¿sabes qué? En realidad soy un crío. ¿A que es gracioso? ¿De qué hablamos hoy?

No. Eso sería como admitir que era uno de esos pervertidos que fingían ser chicos

jóvenes para chatear con adolescentes.

—¿Qué decía en su mensaje? —preguntó Hopper.

—Solo que había encontrado este vídeo y que tenía que hablar conmigo del tema.

—¿Le contestaste?

—Sí, pero no respondió. Ahora están durmiendo en la Luna. Nuestros horarios solo coinciden por la mañana.

Hopper indicó la pantalla.

—Ponlo.

Bingwen pulsó la tecla y el vídeo empezó desde el principio.

En la pantalla, una figura emergió de la escotilla de una nave. Su traje de presión tenía brazos extra. Un tubo largo salía del traje espacial y serpenteaba hasta la escotilla, supuestamente portando oxígeno y calor y todo lo que la criatura necesitara para sobrevivir en el frío vacío del espacio.

Por un momento la criatura no se movió. Permaneció allí, tendida sobre un lado de la nave, boca abajo, brazos y piernas extendidos como un insecto aferrado a una pared. Entonces, lentamente alzó la cabeza y miró en derredor. Quienquiera que estuviese filmándolo se hallaba a unos veinte metros de distancia. La visera del casco de la criatura permanecía aún en las sombras, ocultando su rostro.

De pronto la calma del momento se rompió y la criatura avanzó hacia la cámara con súbita urgencia. Hopper dio un respingo igual que había hecho Bingwen la primera vez que lo vio. Hubo un borboteo de lenguaje extranjero en el vídeo (español tal vez, o quizá portugués) y el cámara retrocedió un paso. La criatura se acercó más, la cabeza oscilando de un lado a otro mientras reptaba sobre brazos y piernas. Entonces, cuando estuvo a pocos metros de la cámara, se detuvo y alzó de nuevo la cabeza. Las luces del casco del cámara cayeron sobre el rostro de la criatura, y Bingwen detuvo la imagen.

—¿Has visto cómo se le mueven los pelos y los músculos de la cara? —preguntó—. ¡Qué fluidez! El pelo solo se mueve así en gravedad cero. Esto tienen que haberlo filmado en el espacio.

Hopper contempló la pantalla sin decir nada, la boca ligeramente entreabierta.

—Os vais a meter en un lío —dijo otra voz.

Bingwen se volvió. Esta vez tenía detrás a Meilin, su prima, con los brazos cruzados y una expresión de desaprobación. Tenía siete años de edad, uno menos que Bingwen, pero como era más alta que Hopper y él, actuaba como si fuera mayor y por tanto estuviera al mando.

—Los exámenes son dentro de dos semanas —dijo—, y vosotros estáis haciendo el indio.

Los exámenes provinciales eran la única oportunidad de una educación formal que se ofrecía a los niños de las aldeas dedicadas al cultivo del arroz. Las escuelas

eran escasas a lo largo del valle fluvial: las más cercanas estaban al norte en Dawanzhen o al sur en Hanguangzhen. Las plazas eran limitadas, pero cada seis meses el distrito admitía a unos pocos estudiantes de las aldeas. Para que te eligieran tenías que tener al menos ocho años y puntuar un mínimo percentil de noventa y cinco en los exámenes. Quienes lo lograban entraban en el sorteo, y los que acababan siendo elegidos dependían del número de plazas disponibles, que rara vez eran más de tres. Así pues, las posibilidades de salir elegido eran mínimas, pero la escuela era un billete de salida de los campos y todos los niños de las aldeas cercanas, desde que cumplían cuatro años, dedicaban todo su tiempo libre a estudiar allí en la biblioteca.

—Es vuestra primera oportunidad para examinaros —dijo Meilin—, y vais a fastidiarla.

—Bingwen no —respondió Hopper—. Saca dieces en todos los exámenes de prueba. Ni siquiera entrará en el sorteo. Lo aceptarán automáticamente.

—Sacar diez en un examen implica tener bien todas las respuestas, sesos de lodo —repuso Meilin—. Y eso es imposible. El examen va ajustándose solo. Cuantas más respuestas acertadas tengas, más difíciles se vuelven las preguntas. Si acertaras todas las repuestas, al final las preguntas serían tan complicadas que nadie podría contestarlas.

—Bingwen lo hace.

Meilin sonrió.

—Ya, y yo me lo creo, ¿verdad?

—No, de verdad —dijo Hopper—. Díselo, Bingwen.

Meilin se volvió hacia él, esperando que la broma terminara ahí, pero el niño se encogió de hombros.

—Supongo que tengo suerte.

Meilin compuso una expresión de incredulidad.

—¿Todas las respuestas? No me extraña que el señor Nong te deje tiempo extra con el ordenador y te trate como a su mascota.

El señor Nong era el bibliotecario jefe, un hombre amable de setenta y tantos años que tenía mala salud y que por eso solo acudía a la biblioteca dos días por semana. Su ayudante, la señora Yi, que despreciaba a los niños y a Bingwen más que a ninguno, lo sustituía en días como hoy, cuando estaba fuera. «Te odia porque sabe que eres más listo que ella —había dicho una vez Hopper—. No puede soportarlo».

Meilin pareció de pronto a punto de echarse a llorar.

—Pero no puedes sacar diez en el examen, Bingwen. No puedes. Si lo haces, subirás el listón. El año que viene solo tendrán en cuenta a los niños que saquen diez. Y yo me presentaré entonces. Ni siquiera me tendrán en cuenta. —Y se echó a llorar, ocultando el rostro entre las manos.

Varios niños cercanos le pidieron que se callara, y Hopper puso los ojos en

blanco.

—Ya estamos otra vez —dijo.

Bingwen bajó de su silla y se acercó a ella, la rodeó con un brazo y la guio a su cubículo, seguido por Hopper.

—Meilin, no habrá ningún problema. No cambiarán los requisitos.

—¿Cómo lo sabes? —dijo ella entre lágrimas.

—Me lo ha dicho el señor Nong. Siempre lo hacen así.

—Eh, al menos vosotros tenéis una oportunidad —dijo Hopper—. A mí no me aceptarán ni de broma. Aunque saque un diez en el examen.

—¿Por qué no? —preguntó Bingwen.

—Por mi pierna mala, sesos de lodo. No van a malgastar fondos del gobierno en un lisiado.

—Pues claro que sí. Y no eres un lisiado.

—¿No? ¿Qué soy entonces?

—¿Cómo sabes que tus piernas no son perfectas y somos los demás quienes tenemos piernas malas? —arguyó Bingwen—. Tal vez eres el único humano perfecto de la Tierra.

Hopper sonrió.

—En serio —dijo Bingwen—. Quieren mentes, Hopper, no atletas olímpicos. Mira a Yanyu. Tiene un brazo impedido y trabaja en la Luna haciendo investigaciones importantes.

—¿Tiene un brazo impedido? —preguntó Hopper, súbitamente esperanzado—. No lo sabía.

—Y teclea más rápido que yo. Así que no digas que no tienes ninguna posibilidad, porque la tienes.

—¿Quién es Yanyu? —preguntó Meilin, enjugándose las últimas lágrimas.

—La novia de Bingwen —dijo Hopper—. Pero yo no te he dicho nada. Es un secreto.

Bingwen le dio un golpecito en el brazo.

—No es mi novia. Solo es una amiga.

—¿Y trabaja en la Luna? —preguntó Meilin—. Eso no tiene sentido. ¿Por qué querría nadie de la Luna ser amigo tuyo?

—Intentaré no ofenderme por eso —replicó Bingwen.

—Le envió una cosa a Bingwen —dijo Hopper—. Dinos qué te parece. Enséñaselo, anda.

Bingwen miró a la señorita Yi, la bibliotecaria, vio que seguía ocupada y pulsó la tecla de reproducción. Mientras Meilin miraba se acercaron más niños. Cuando el vídeo terminó, había una docena en torno al monitor.

—Parece real —dijo Meilin.

—Te lo dije —asintió Hopper.

—¿Qué sabrás tú? —terció Zihao, un niño de doce años—. No reconocerías a un alien aunque te mordiera el culo.

—Sí que lo haría —respondió Meilin—. Si algo te muerde el culo, te das cuenta. Hay terminaciones nerviosas bajo la piel.

—Es una expresión americana —aclaró Bingwen.

—Y por eso el inglés es una estupidez —bufó Meilin, que siempre se enfadaba si alguien sabía algo que ella ignorase.

—¿Cuándo hicieron este vídeo? —preguntó Zihao. Se sentó en la silla, pulsó la página y comprobó la fecha—. ¿Veis? —dijo volviéndose hacia ellos, triunfal—. Esto demuestra que es falso. Lo subieron hace una semana.

—Eso no demuestra nada —replicó Hopper.

—Sí que lo hace, sesos de lodo —insistió Zihao—. Te olvidas de la interferencia en el espacio. Las comunicaciones no pasan. La radiación está estropeando los satélites. Si filmaron esto en el espacio hace una semana, ¿cómo llegó a la Tierra si todos los satélites están escacharrados? A ver, explícamelo.

—Lo subieron hace una semana —dijo Bingwen—. Eso no significa que lo filmaran entonces.

Clicó una serie de pantallas y empezó a escrutar páginas de código.

—¿Y ahora qué haces? —preguntó Meilin.

—Los archivos de vídeo contienen montones de datos —contestó Bingwen—. Solo hay que saber dónde mirar. —Encontró los números que estaba buscando y se maldijo por no haberlo comprobado antes—. Aquí pone que el vídeo fue filmado hace más de ocho meses.

—¿Ocho meses? —se asombró Hopper.

—Déjame ver —pidió Zihao.

Bingwen señaló las fechas.

Zihao se encogió de hombros.

—Eso demuestra que es falso. ¿Por qué iba nadie a grabar esto y dejarlo guardado ocho meses? No tiene sentido. Si fuera real, querrían que todo el mundo lo supiera inmediatamente.

—Tal vez no pudieron darlo a conocer a la gente inmediatamente —aventuró Bingwen—. Piénsalo. La interferencia existe desde hace meses, ¿no? Tal vez esos alienígenas son los causantes. Tal vez su nave es la que emite esa radiación. Por eso la gente que grabó este vídeo no pudo enviarlo a la Tierra por línea láser. Sus líneas de comunicación estaban estropeadas.

—¿Entonces cómo llegó aquí? —dijo Meilin.

—Alguien debe de haberlo entregado en persona. Subieron a una nave y volaron hasta la Tierra... más probablemente, hasta la Luna. Allí no hay atmósfera y la

gravedad es menor, así que es mucho más fácil aterrizar. Y como la Luna está tan cerca de nosotros que las comunicaciones siguen existiendo, nos enteramos aquí en la Tierra.

—¿Alguien voló ocho meses para entregar un vídeo? —dijo Zihao.

—El descubrimiento de vida alienígena, ¿qué podría ser más importante que eso? —respondió Bingwen. Señaló su monitor—. Piensa en la línea temporal. Tiene sentido. Ocho meses en la nave más rápida podría llevarte bastante lejos, tal vez incluso al Cinturón de Kuiper. Justo a la gente que se encontraría primero con una cosa así.

—Mineros de los asteroides —dijo Hopper.

—Tiene que ser —continuó Bingwen—. Son quienes tienen la mejor visión del espacio profundo. Verían algo como esto mucho antes que nadie.

Zihao se echó a reír.

—Pensáis con las rodillas, caras de cerdo. Farfulláis cosas de las que no sabéis nada. El vídeo es falso. Si fuera real, estaría en todas las noticias. El pánico se habría adueñado del mundo. —Se llevó una mano a la oreja e hizo la mímica de escuchar—. ¿Dónde están las sirenas? ¿Y las advertencias del gobierno? —Se cruzó de brazos y sonrió con malicia—. Los destripaterrones sois unos idiotas. ¿No habéis visto un vídeo falso antes?

—No es falso —se empecinó Hopper—. Es un alienígena de verdad.

—¿Ah, sí? —replicó Zihao—. ¿Cómo sabes qué aspecto tiene un alienígena de verdad? ¿Has visto uno antes? ¿Tienes un amigo alien por correspondencia con el que intercambias fotos? —Algunos niños se echaron a reír—. ¿Quién dice que los aliens no tienen exactamente aspecto de sapos gordos o de búfalos de agua o que se parecen a tu sobaco? Si creéis que esto es real, sois un puñado de *bendans*. Huevos tontos.

Los niños rieron, aunque Bingwen se dio cuenta de que la mayoría titubeaba. Querían que Zihao tuviera razón. Querían creer que el vídeo era falso. Les había asustado tanto como a él, pero era más fácil rechazarlo que aceptarlo como real.

Meilin entornó los ojos.

—Es real. Bingwen no nos mentiría.

Zihao soltó una carcajada y se volvió hacia Bingwen.

—Qué bonito. Tu novia te respalda. —Miró a Meilin—. ¿Sabes qué les gusta comer a los aliens, Meilin? Sesos de niña pequeña. Te meten una pajita por el oído y te vacían la cabeza sorbiendo.

Los ojos de Meilin se llenaron de lágrimas.

—Eso no es cierto.

—Déjala en paz —dijo Bingwen.

Zihao hizo una mueca.

—¿Ves lo que has hecho? Has asustado a todos los niños. —Se inclinó desde la

silla hacia la cara de Meilin y habló con voz cantarina, como si se dirigiera a un bebé —. Oh, ¿ha asustado Bingwen a la nenita con su vídeo del alien?

—He dicho que la dejes en paz. —Bingwen se interpuso entre ellos y adelantó una mano, empujando a Zihao hacia atrás. No fue un empujón fuerte, pero como Zihao estaba inclinado desde la silla, fue suficiente para hacerle perder el equilibrio. Se tambaleó, manoteó la mesa, no la encontró y cayó al suelo, mientras la silla resbalaba y se alejaba de él. Varios niños se echaron a reír, pero al instante guardaron silencio cuando Zihao se puso en pie de un salto y agarró por el cuello a Bingwen.

—Maldito comedor de barro —le espetó—. Te cortaré la lengua por esto.

Bingwen sintió que su laringe se constreñía y trató de apartar las manos de Zihao.

—Suéltalo —rogó Meilin.

—Otra vez la novia al rescate —se burló Zihao, y apretó con más fuerza.

Los otros niños no hicieron nada. Unos cuantos de la aldea de Zihao se reían, pero no parecían divertidos, sino más bien aliviados de que fuera Bingwen quien recibía los abusos y no ellos.

Hopper agarró a Zihao por detrás, pero este solo hizo una mueca.

—Atrás, lisiado. O veremos cómo te las apañas con dos pies torcidos.

Más risas de los otros niños.

Los pulmones de Bingwen pedían aire. Pataleó y golpeó con los puños los hombros de Zihao, pero el chico mayor pareció no advertirlo.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo la señorita Yi.

Zihao soltó a Bingwen, que cayó al suelo, tosiendo y jadeando.

La señorita Yi se alzó sobre ellos, empuñando la vara de bambú con que los castigaba.

—¡Fuera! —dijo agitando la vara—. ¡Todos! ¡Fuera!

Los niños protestaron. Ha sido Bingwen. Él empezó. Nos llamó para que viniéramos. Atacó a Zihao.

Bingwen cogió a Meilin de la mano y se volvió hacia Hopper.

—Reúnete con nosotros en los campos —dijo, y tirando de Meilin se abrió paso hacia la salida.

—Estaba enseñando un vídeo falso —dijo uno de los niños.

—Intentaba asustarnos —dijo otro.

—Empujó a Zihao y lo hizo caer de la silla.

—Empezó una pelea.

Bingwen cruzó la puerta principal, con Meilin pegada a sus talones. Atardecía ya, y el aire era frío y húmedo. Un leve viento soplaba desde el valle.

—¿Adónde vamos? —preguntó Meilin.

—A casa —respondió Bingwen.

La condujo hasta la escalera construida en la falda de la colina, y empezaron a

descender hacia los campos de arroz que había más abajo. Todas las aldeas se habían erigido en la falda de una colina, pues el suelo del valle era demasiado fértil y valioso para usarlo para otra cosa que no fuera plantar arroz. La aldea de Meilin estaba a tres kilómetros al oeste. Si se daba prisa, podría escoltarla hasta casa y luego dirigirse a su propia aldea, al sur, antes de que estuviera demasiado oscuro.

—¿Por qué corremos? —dijo Meilin.

—Porque cuando Zihao salga, vendrá a terminar lo que ha empezado.

—¿Entonces soy tu escudo humano?

Bingwen se rio a su pesar.

—Eres toda una pequeña estratega.

—No soy pequeña. Soy más alta que tú.

—Los dos somos pequeños. Te arrastro conmigo porque eres mi prima y prefiero no ver cómo te machacan la cabeza. Te enfrentaste a Zihao. Irá también a por ti.

—Puedo cuidar de mí misma, gracias.

Él se detuvo y le soltó la mano.

—¿Quieres ir sola a casa?

Meilin parecía dispuesta a discutir, pero entonces su expresión se suavizó y miró al suelo.

—No.

Bingwen le cogió de nuevo la mano y continuaron bajando la escalera.

Meilin permaneció en silencio un momento y luego dijo:

—No debería haber llorado. Fue infantil.

—No fue infantil. Los adultos lloran continuamente. Solo que lo ocultan mejor.

—Tengo miedo, Bingwen.

Sus palabras lo sorprendieron. Meilin nunca admitía ninguna debilidad. Siempre se esforzaba en demostrar lo lista y fuerte e intrépida que era, señalando a Bingwen y Hopper y los demás cómo hacían mal un problema de matemáticas o resolvían incorrectamente un acertijo. Sin embargo, aquí estaba, al borde de las lágrimas, mostrando una fragilidad que él no le había visto antes.

Por un momento pensó en mentirle, decirle que todo el vídeo había sido una broma. Es lo que haría un adulto, ¿no?: reírse y encogerse de hombros y descartar todo el asunto diciendo que era una fantasía. Los adultos creían que los niños no podían digerir la verdad. Había que protegerlos de las duras realidades del mundo.

Pero ¿de qué le serviría eso a Meilin? Esto no era una broma. No era un juego. Aquella cosa de la pantalla era real, estaba viva y era peligrosa.

—Yo también tengo miedo —admitió.

Ella asintió, apresurándose para seguirle el paso.

—¿Crees que ese bicho va a venir a la Tierra?

—No deberíamos creer que es uno solo —dijo Bingwen—. Probablemente hay

más de uno. Y sí, vendrán a la Tierra. La interferencia empeora más y más, lo que indica que su nave viene de camino. Además, parecía inteligente. Tiene que serlo. Construyó una nave interestelar. Los humanos no lo han hecho.

Bajaron el último tramo de escalera y llegaron al valle. Hopper les estaba esperando, las ropas empapadas y manchadas de barro.

—Habéis tardado mucho —dijo.

—¿Cómo has llegado antes que nosotros? —preguntó Meilin—. ¿Y por qué estás tan sucio?

—Por el tubo de irrigación —respondió Hopper. Se señaló la pierna mala—. Por la escalera se tarda demasiado.

Meilin hizo una mueca.

—La gente tira el agua sucia por los tubos.

Hopper se encogió de hombros.

—Era eso o que me hicieran papilla. Y ayer llovió, así que los tubos no están sucios. No mucho.

—Qué repugnante —dijo Meilin.

—Pues sí —reconoció Hopper—. Pero es más fácil limpiar la ropa que lavar heridas. —Echó a correr y saltó al campo de arroz más cercano, que estaba lleno de un agua que lo cubrió hasta la cintura. Se sumergió, se agitó un momento, quitándose la mayor parte del barro, y luego sacudió el cuerpo y salió del sembrado goteando—. ¿Ves? ¡Limpio como una rosa!

—Voy a vomitar —dijo Meilin.

—No me lo vayas a hacer encima —repuso Hopper—. Acabo de bañarme.

Echaron a correr por el estrecho puente de tierra que separaba dos de los arrozales, dirigiéndose a los campos de cultivo más grandes. Corrieron más despacio para que Hopper pudiera alcanzarlos, pero lo hicieron a buen ritmo pues la distancia era mucha.

Después de los primeros cien metros, Bingwen se volvió a mirar la escalera para ver si Zihao los seguía. Había unos cuantos niños bajándola, pero Zihao no estaba entre ellos. No redujeron el ritmo.

—¿Cuál es el plan? —dijo Hopper.

—¿Para qué? —preguntó Bingwen.

—Para avisar a la gente.

Bingwen sonrió. Siempre podía contar con Hopper.

—No creo que nadie vaya a creernos. Se lo enseñé a la señorita Yi y no le hizo caso.

—La señorita Yi es una vieja búfala de agua —dijo Hopper.

Corrieron durante media hora, cortando camino a través de los campos que seguían las curvas y giros del valle. Cuando llegaron a la aldea de Meilin, ella se

detuvo y, al pie de la escalera, se volvió hacia ellos.

—Puedo llegar desde aquí —dijo, señalando su casa, casi a pie de la colina—. ¿Qué les digo a mis padres?

—La verdad —respondió Bingwen—. Diles lo que has visto. Diles que lo crees. Diles que vayan a la biblioteca y lo vean con sus propios ojos.

Meilin miró al cielo, donde ya habían aparecido las primeras estrellas.

—Tal vez no pretendan hacernos daño. Tal vez sean pacíficos.

—Es posible. Pero no has visto el vídeo entero. El alienígena atacó a un humano. Incluso con la poca luz que había, Bingwen pudo ver que Meilin palidecía.

—Oh —dijo.

—Pero quizá no vengán aquí, a China —dijo Bingwen—. El mundo es grande. Nosotros solo somos un punto microscópico.

—Solo me estás diciendo lo que quiero oír.

—Te estoy diciendo la verdad. Hay un montón de cosas que no sabemos en este momento.

—Aunque sea así —dijo Meilin—, seríamos estúpidos si no nos preparáramos para lo peor.

—Tienes razón —coincidió Bingwen.

Ella asintió y pareció aún más insegura que antes.

—Buena suerte. Ponte a salvo.

La vieron subir por la escalera y esperaron a que estuviera dentro de su casa antes de echar a correr de nuevo. Permanecieron en los campos, cruzando los estrechos puentes de tierra que cruzaban los campos en horizontal y vertical, creando un enorme tejido de arrozales irrigados. Cuando casi habían llegado a su propia aldea, el primer niño apareció tras ellos, varios arrozales por detrás. Entonces a su derecha surgió otro niño a varios arrozales de distancia, corriendo a su misma velocidad. Un tercer niño a la izquierda se hizo visible a continuación, y los miraba mientras igualaba su ritmo.

—Nos están acorralando —dijo Hopper.

—Encajonando, más bien —replicó Bingwen.

En efecto, los niños que los rodeaban empezaron a acercarse.

—¿Alguna idea? —preguntó Hopper.

—Son más altos que nosotros. Y más rápidos. No podremos dejarlos atrás corriendo.

—Querrás decir que yo no podré.

—No; me refiero a los dos. Tú tienes más fuerza que yo. Tienes más posibilidades de escapar.

—¿Cuál es el plan? —dijo Hopper.

—Sigue adelante y llama a mi padre. Yo me quedo rezagado y los entretengo.

—Autosacrificio. Qué noble. Olvídalo. No voy a dejarte.

—Piensa, Hopper. Quédate y nos darán una paliza a los dos. Sigue adelante, y puede que nos libremos. Quiero salvar mi pellejo tanto como el tuyo. Ahora, ve.

Hopper aceleró y Bingwen se detuvo en seco. Como esperaba, los otros niños se cernieron sobre él, ignorando a su amigo. Se volvió hacia la izquierda y bajó a la orilla del arrozal más cercano. El agua estaba fría y le llegaba a la cintura. El lodo era denso y resbaladizo. Los tallos de arroz se apretujaban, altos como sus hombros. Bingwen escrutó el borde del arrozal hasta que encontró una rana medio sumergida cerca de la orilla. La recogió, se la metió en el bolsillo y se dirigió al centro del arrozal. Cuando lo alcanzó, los niños habían llegado. Cada uno de ellos adoptó una posición en los lados del arrozal, dejando sin controlar el lado por donde se iba a la aldea de Bingwen. Menos de un minuto más tarde Zihao llegó al arrozal, jadeando por la carrera. Casi había anochecido ya.

—Sal del agua —dijo Zihao.

Bingwen no se movió.

—Nos jodiste en la biblioteca, sesos de barro —dijo Zihao—. ¿Cómo vamos a salir de este agujero si los sesos de barro como tú siguen jodiéndonos nuestro tiempo con el ordenador?

Bingwen miró hacia la aldea, esperando atisbar el haz de una linterna.

—He dicho que salgas del agua.

Bingwen no respondió.

—Sal ahora o iré a por ti.

Bingwen permaneció inmóvil.

—Te juro que te romperé los dedos uno a uno si no sales ahora mismo.

Bingwen no estaba dispuesto a renunciar a su posición defensiva. El agua no era gran cosa, pero era todo lo que tenía.

Los niños que lo rodeaban se agitaron, incómodos.

—Crees que eres más listo que nadie, ¿eh, Bingwen? Te he oído hablar en inglés por el ordenador. He visto lo que estudias. Eres un traidor. —Escupió en el agua.

Bingwen no se movió.

Zihao empezó a gritar.

—¡Ven aquí y enfréntate a mí, cobarde!

Bingwen miró hacia la aldea. No aparecía ninguna linterna.

—Te lo advertí —dijo Zihao, y entró en tromba en el arrozal, salpicando agua y sin importarle los brotes que pisoteaba.

Bingwen ni siquiera parpadeó. Permaneció a la espera, las manos en los bolsillos.

Justo antes de que Zihao lo cogiera, Bingwen se echó a llorar.

—Por favor, no me asfixies. Por favor. Pégame si quieres. Pero no vuelvas a asfixiarme.

Zihao sonrió.

Pobre Zihao, pensó Bingwen. Tan bocazas y tan fuerte y sin embargo tan predecible.

Las manos de Zihao lo agarraron por la garganta. Bingwen la había estirado y ladeado ligeramente para que esta vez los pulgares apretaran los músculos en vez de directamente contra la laringe. Suponía que no lo estrangularía mucho tiempo. Impostó una expresión de pánico y luego habló con voz ahogada, como suplicando piedad.

—Por favogg...

La sonrisa de Zihao se ensanchó.

—¿Qué dices, Bingwen? No te oigo bien...

Entonces Bingwen le metió la rana directamente en la boca. Necesitaba que Zihao hablara, y había picado ingenuamente.

Zihao lo soltó y retrocedió, chapoteando hacia atrás, atragantándose, llevándose las manos a la boca para sacarse la rana. Pero Bingwen fue más rápido: lo sujetó por la nuca con la mano izquierda y presionó con la palma derecha la rana contra su boca. La rana era demasiado grande para caber entera, pero tanto mejor: no pretendía ahogarlo, solo quería distraerlo. Zihao dejó escapar un graznido ahogado y Bingwen soltó la rana, agarró al muchacho por la cintura y le descargó un fuerte rodillazo en la entrepierna.

Zihao se encogió y cayó hacia delante, el cuerpo flácido; la rana resbaló de su boca y cayó al agua. Bingwen no esperó a ver cómo reaccionaban los demás. Tenía que ignorarlos, como si la ira le impidiera siquiera tenerlos en cuenta. Gritó y levantó el puño como para descargarlo contra Zihao, que estaba medio sumergido en el agua y gemía. Como era su intención, el puño golpeó el agua junto a la cara de Zihao y el impulso del puñetazo llevó a Bingwen hasta el fondo del arrozal, completamente fuera de la vista.

Antes de que las aguas se calmaran, se movió bajo el agua en la dirección por la que había venido Zihao. Los brotes de arroz estaban separados y rotos, por lo que tenía suficiente espacio para moverse sin revelar su posición. No nadó ni pataleó ni hizo nada que perturbara el agua, solo se arrastró por el fondo impulsándose con manos y pies, afianzándose en el lodo. Dos veces soltó aire, pero no dejó de avanzar.

No sabía si venían a por él, pero no se alzó para comprobarlo. La oscuridad y los tallos lo ocultarían si era posible.

Llegó al bancal de tierra del arrozal, alzó la cabeza y miró hacia atrás. Los niños estaban ayudando a Zihao a ponerse en pie. Aunque corrieran hacia él, ya no lo alcanzarían. El agua los retrasaría, tenía suficiente ventaja.

Salió arrastrándose del agua y echó a correr, las ropas pesadas.

Hubo gritos a sus espaldas, pero nadie lo persiguió.

Llegó a la escalera de la aldea justo cuando Hopper y su padre bajaban. Su padre llevaba una linterna.

—Estás chorreando agua —dijo el padre.

—Pero no sangrando —comentó Hopper—. Eso es buena señal.

Bingwen se dobló, recuperando la respiración, controlando las náuseas.

—¿Le has contado lo del vídeo? —le preguntó a Hopper.

—No tuve tiempo.

—Ya me lo contarás dentro, donde se está calentito —dijo su padre, y se volvió hacia Hopper—. Gracias. Tus padres estarán preocupados. Anda, vuelve a tu casa.

Hopper pareció querer quedarse con ellos, pero conocía lo suficiente al padre de Bingwen para no discutir. Se separaron, y el padre condujo a su hijo a casa, donde esperaban su madre y el abuelo. La madre lo abrazó y el abuelo fue por una toalla.

—¿Estás herido? —preguntó la madre.

—No.

—Siéntate aquí, junto al fuego —dijo el abuelo, envolviéndolo en la toalla.

Bingwen se quitó la camisa y se secó junto al hogar. Los tres mayores lo miraron, sus rostros arrugados de preocupación. Él les contó lo del vídeo sin guardarse nada. El alienígena. Sus brazos extra. Cómo se movían los pelos y músculos de la criatura en gravedad cero. Todos los motivos de por qué creía que era real.

Cuando terminó, su padre se puso furioso.

—Esperaba más de ti, hijo. Te he enseñado a respetar a tus mayores.

—¿Respetar? —repitió Bingwen, confuso. ¿Por qué estaba enfadado su padre? Ni siquiera le había hablado de la señorita Yi.

—¿Ahora resulta que eres más listo que el gobierno? —replicó su padre, alzando la voz—. ¿Más que los militares?

—Claro que no, padre.

—Entonces ¿por qué actúas así? ¿No te das cuenta de que al llegar a esa conclusión por tu cuenta estás llamando necios a todos los que han visto ese vídeo y no lo han creído?

—No he llamado necio a nadie, padre.

—Hay expertos para estas cosas, Bingwen. Hombres preparados. Si ellos pensaran que el vídeo es real, habrían tomado medidas. No hay medidas, por tanto, no es real. Aprende cuál es tu sitio.

La madre no dijo nada, pero Bingwen vio que estaba de parte de su padre. Solo había decepción y vergüenza por él en su expresión.

Bingwen hizo una profunda genuflexión ante ellos, apoyando la frente contra el suelo.

—No te burles de mí —dijo el padre.

—No es burla, padre. Solo respeto por aquellos cuyo apellido llevo y cuya

aprobación pretendo. Perdóname si te he ofendido.

Quería discutir, tenía que hacerlo. Los alienígenas venían de camino, lo creyera su padre o no. Bingwen sabía que parecía ridículo, pero los hechos eran los hechos. Tenían que prepararse.

Pero ¿qué podía decir que no enfadara aún más a su padre? La discusión estaba cerrada. Su padre nunca vería el vídeo, aunque Bingwen se lo pusiera delante.

Bingwen permaneció postrado durante varios minutos, sin decir nada más. Cuando finalmente se incorporó, solo quedaba presente su abuelo.

—No enfades a tu padre —le dijo el anciano—. Estropea la noche.

Bingwen volvió a inclinarse, pero el abuelo lo cogió por la axila y lo irguió.

—Ya basta de reverencias. No voy a hablarle a tu nuca.

Cogió su taza de té de la mesa. Permanecieron en silencio un momento mientras el abuelo bebía.

—Tú me crees —dijo el muchacho—. ¿Verdad?

—Creo que tú crees en lo que dices —dijo el abuelo.

—Eso no es una respuesta completa.

El abuelo suspiró.

—Admitamos por un momento que una cosa como esta podría ser posible.

Bingwen sonrió.

—Podría —repitió el abuelo, alzando un dedo para darse énfasis—. Extremadamente improbable, pero posible.

—Tienes que ir a la biblioteca, abuelo, y ver ese vídeo con tus propios ojos.

—¿Y enfadar a tu padre? No, no. Prefiero disfrutar de mi té y sentarme en paz junto al fuego.

Bingwen se sintió abatido.

—¿De qué serviría? —añadió el abuelo—. Aunque fuera verdad, ¿qué podríamos hacer nosotros? ¿Luchar con palos? ¿Salir al espacio? ¿Rezar?

—Prepararnos para huir —respondió Bingwen—. Empaquetar lo que necesitemos, y luego enterrarlo donde podamos recuperarlo rápidamente.

El abuelo rio.

—¿Enterrar nuestras pertenencias? ¿Por qué? A los alienígenas no les importará nuestra comida ni nuestras ropas y herramientas.

—No se lo diremos a mi padre. Como me ha dicho que no haga esto, será una gran falta de respeto que intente salvar las vidas de nuestra familia haciendo posible que huyamos al menor aviso.

—Tu padre se pondrá furioso cuando lo averigüe.

—Solo lo averiguará cuando necesitemos las cosas enterradas —dijo Bingwen—. Entonces estará agradecido.

Hablaron en voz baja, haciendo inventario de las cosas que iban a necesitar. No

fue hasta mucho más tarde, al meterse en la cama, los pantalones ya secos, cuando Bingwen reparó en que nadie le había preguntado por qué estaba mojado.

Víctor

—Míralos, Imala —dijo Víctor—. Todos van a sus cosas como si no pasara nada, como si esto fuera un día más en el paraíso.

Miraba por la ventanilla del coche guiado mientras pasaba velozmente ante los edificios y los peatones de la Luna. Imala iba sentada frente a él, con su holopad en las manos.

—Todo el mundo podría quedar reducido a cenizas —añadió Víctor—, y no le importa a nadie.

En el exterior, las aceras estaban repletas de gente: hombres y mujeres trajeados, cuadrillas de mantenimiento, puestos de dulces y café caliente. Casi todos llevaban grebas magnéticas en las espinillas para que sus pies no perdieran el contacto con el suelo de metal y pudieran caminar con paso firme y casi robótico, avanzando y deteniéndose. Solo unas pocas personas caminaban a saltitos, confiando en la baja gravedad lunar para moverse, y recibían muchas miradas de fastidio por parte de los que usaban grebas, como si moverse de esa forma fuera indecoroso.

—No son conscientes de que algo va mal —dijo Imala—. El vídeo solo ha recibido dos millones de visitas. Comprobé la cifra antes de salir.

Víctor cerró los ojos y se hundió en su asiento. Dos millones de visitas. Muy pocas.

—Han pasado diez días, Imala. Diez. El mundo entero tendría que saberlo ya. Dijiste que se haría viral.

Sabía que estaba siendo injusto: Imala no tenía la culpa. Pero era enloquecedor pensar que miles de millones de personas no sabían nada de nada. Era como estar en un barco incendiado y ser la única persona que veía las llamas.

No. No era el único. Imala también las veía. Todos en el hospital de recuperación pensaban que estaba loco de atar, pero Imala no. Había aceptado la prueba en el momento en que se la había mostrado. Y ahora él le respondía de esta forma.

—Lo siento —dijo—. No te culpo. Te estoy agradecido. De verdad. Pero pensaba que a estas alturas lo sabría más gente.

—Pensé que todos verían lo que yo vi —respondió Imala—. Creía que este asunto explotaría en las redes. Nunca imaginé que la gente fuera a mostrarse tan escéptica.

—Decir que son escépticos es quedarse cortos. —Víctor señaló el holopad.

—No leas los comentarios. Solo te cabrearán.

Él le quitó amablemente el holopad de las manos, recuperó los comentarios tras el vídeo y empezó a leer.

—«Qué tontería. Es el peor disfraz y el peor maquillaje que he visto en mi vida. ¿Quién ha subido esta “palabrota”? Menudo montón de “palabrota”».

—Gracias por los retoques estilísticos.

—No nos creen, Imala. Se muestran despectivos, críticos o maliciosos. Creen que nos lo hemos inventado.

—Hay gente que hace este tipo de cosas por afición. Se disfrazan y hacen vídeos de aficionados. Alienígenas, ciudades subacuáticas perdidas, reinos mágicos. Inventan universos enteros. He seguido unos cuantos enlaces. Algunos de sus vídeos parecen casi tan reales como el nuestro.

—Sí, pero el nuestro es de verdad. Las hormigas existen. La destrucción que causan es real. Las armas que tienen son reales. Su nave es real. No es ninguna fantasía.

—No todo el mundo ignora el vídeo. Algunas personas nos creen.

—Algunas, sí. Pero ¿has visitado sus páginas? Un montón son locos y fanáticos de las teorías conspiratorias. Majaretas. Creerían que un plato de nata es un alienígena si se lo dijera alguien. No van a darnos ninguna credibilidad.

—No todos son fanáticos de las conspiraciones, Víctor. Ya tenemos más de veinte mil seguidores. La inmensa mayoría son personas inteligentes y respetables. Están haciendo acopio de suministros, compartiendo ideas, alertando a los gobiernos locales, presionando a la comunidad científica para que se implique. No estamos solos en esto.

—Pues lo parece. Veinte mil seguidores. De dos millones de personas que han visto el vídeo, un éxito del uno por ciento. Y no un uno por ciento de la población local, te lo recuerdo. En términos globales, veinte mil personas es... —Hizo una pausa para hacer los cálculos mentalmente—. Un 0,0000016 por ciento. No es ni siquiera una gota en un cubo, Imala. Es una molécula de agua que se aferra a la gota del cubo. O el electrón que gira en torno al átomo de hidrógeno en la molécula de agua de la gota del cubo.

—Ya lo has dejado claro.

—Por eso no lo soporto —dijo Víctor—. Veo a toda esa gente que no hace nada, que no le teme a nada, que no se prepara para nada, y creo que les he fallado. Sus vidas están en mis manos, y les estoy fallando. Los estoy dejando morir.

—Estás haciendo todo lo que puedes.

—No. No estoy haciendo nada. Me encuentro prisionero en un hospital. Eres tú quien está haciendo todo el trabajo. Tú eres la que acude a la prensa.

—Y casi nadie me hace caso.

—Sí, pero al menos estás comprometida. Al menos estás haciendo algo. Yo no he hecho nada.

—Has hecho mucho. Cruzaste el sistema solar en un diminuto cohete de carga y casi te mataste en el proceso. Te consumiste por llegar aquí. Dejaste a tu familia y tus seres queridos. Nos trajiste una prueba crítica. Yo diría que eso significa algo.

—Quiero decir que no estoy haciendo nada ahora. Si nadie presta atención, si nadie nos toma en serio, lo que hice no importa.

—Y por eso nos dirigimos al Departamento Comercial Lunar para que te den el alta. Ya estás lo suficientemente repuesto para poder andar. Has recuperado tus fuerzas. La encargada de tu caso ha accedido a verte. Si jugamos bien nuestras cartas, retirará los cargos contra ti y serás libre. Entonces podrás ayudarme. Tenemos algunos buenos contactos, y si me acompañas, si logramos que te presentes delante del público adecuado, tal vez podamos recabar el apoyo de alguien que tenga auténtica autoridad.

—¿A quién vamos a ver? ¿Cuáles son nuestras posibilidades?

—Se llama Mungwai. Es la mediadora jefe del departamento. Intenté que fuera otra persona, pero ella revisó tu historial e insistió en vernos a ambos.

—¿Por qué querías a otra persona?

—Mungwai es muy severa. Es de África Occidental. No hables a menos que te haga una pregunta directa, y que tus respuestas sean breves y al grano. No es fiscal, pero debería serlo. Desprecia a los que se saltan las normas.

—Maravilloso.

Tres minutos más tarde llegaron al DCL, e Imala condujo a Víctor a través del control de seguridad hasta Aduanas, un piso más arriba. Esperaron otros diez minutos en el vestíbulo antes de que una joven recepcionista los llamara para acompañarlos hasta el despacho de Mungwai.

Mungwai era alta y esbelta, con el pelo corto trenzado. Estaba de pie ante su escritorio, trabajando con una serie de holopantallas que flotaban a la altura de sus ojos. No desvió la vista.

—Señor Víctor Delgado —dijo—. Desde luego sabe cómo entrar en escena. En sus primeros cinco minutos en la Luna consiguió cometer un delito de irrupción en el espacio aéreo lunar sin permiso, otro de vuelo ilegal, otro por carecer de permiso de entrada y otro por interrumpir una frecuencia de radio gubernamental restringida.

Hizo un movimiento con la mano sobre el holocampo y todas las ventanas de datos se desvanecieron. Víctor llevaba todavía el pijama de algodón que le habían

suministrado en el hospital, y cuando Mungwai lo miró de arriba abajo con desaprobación se sintió incómodo.

—La acusación más seria es la de vuelo ilegal —continuó Mungwai—, ya que no obedecer a los controladores del tráfico lunar supone un grave riesgo para otras naves en tránsito y para los honorables ciudadanos selenitas. A la gente de por aquí no le gusta que le caigan naves encima de la cabeza.

—No era una nave —adujo Víctor—. Al menos no una nave de pasajeros. Era una nave rápida, un cohete de carga, un paquebote. En cuanto me aproximé a la Luna su sistema de guía se hizo cargo. Iba en piloto automático cuando entré en el almacén. Por eso la acusación de entrada ilegal me parece injusta. No podría haber detenido la nave aunque hubiera querido.

—Sí, pero pilotó usted la nave rápida hasta la Luna. La trajo aquí. Eso lo hace responsable.

—Habría venido de todas formas. Es lo que hacen los lugres programados. Transportan cilindros de minerales extraídos del Cinturón de Kuiper y el Cinturón de Asteroides siguiendo rutas de vuelo programadas. —En realidad Víctor había cambiado los parámetros hackeando el sistema de la nave, pero no iba a mencionar ese detalle—. La nave rápida habría actuado exactamente igual cuando llegara al espacio aéreo lunar conmigo a bordo o sin mí. La única diferencia es que la carga era yo en vez de los cilindros. Sin duda no habrían arrestado a los cilindros por entrar ilegalmente.

Mungwai alzó una ceja, y Víctor sintió que había osado demasiado.

—Lo que quiero decir —continuó, bajando la voz— es que podría argumentar que no era el piloto de la nave rápida. Lo cual, razonablemente, descartaría los demás cargos.

—Yo determinaré la validez de los cargos, señor Delgado. Para eso me pagan los contribuyentes de la Luna. —Agitó de nuevo la mano en el holoespacio y ante ella aparecieron nuevas ventanas de datos—. Perturbó una frecuencia de radio restringida. ¿Va a argumentar que la nave rápida lo obligó a hacer eso también?

—Eso fue cosa mía —admitió Víctor—, pero no tenía ni idea de que la frecuencia estuviera restringida. Me habían enterrado en un almacén con un montón de naves rápidas dañadas. Necesitaba ayuda desesperadamente. Todas las frecuencias que probé estaban mudas.

—La ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento, señor Delgado. Esto no es el Cinturón de Kuiper, donde cada hombre se defiende solo e ignoran las leyes. Esto es la Luna. Nosotros mantenemos el orden. Somos civilizados.

Víctor sintió que su rostro se acaloraba.

—Con el debido respeto, señora, los mineros libres no somos bárbaros sin ley. Yo diría que nuestra sociedad es más civilizada que la de la Luna.

Imala se aclaró la garganta, pero Víctor fingió no haberla oído.

Mungwai parecía divertida.

—¿Y eso?

—En el Cinturón de Kuiper, si alguien necesita ayuda, lo ayudas —explicó Víctor—. Si su nave necesita reparaciones, si andan cortos de suministros, si sus vidas están amenazadas, acudes en su ayuda y haces lo que puedas para mantenerlos con vida. Y cuando los has ayudado, ellos no te humillan ni te arrestan ni te amenazan con la cárcel. Te dan las gracias. Eso me parece más civilizado que lo que he experimentado aquí.

—Le han proporcionado los mejores cuidados médicos sin ningún coste para usted, señor Delgado —replicó Mungwai—. Un tratamiento para recuperar el tono óseo y muscular. Una rigurosa terapia física. Cama y comida. Sus críticas se me antojan increíblemente desagradecidas.

Víctor resopló. Esto no iba bien.

—Estoy agradecido por los cuidados que he recibido. Pero preferiría tener alguien que me escuchara y no una pastilla. Sé lo que ha estropeado las comunicaciones espaciales. Sé qué causa la interferencia. Una nave alienígena que viaja casi a la velocidad de la luz se dirige a la Tierra. Ya está en nuestro sistema solar. Tiene capacidades armamentísticas muy superiores a todo lo que hemos visto. Destruyó cuatro naves de mineros libres y mató a cientos de personas, incluyendo a un miembro de mi propia familia. —Estaba temblando pero mantuvo la voz calma—. Vi los cadáveres. Mujeres, niños, todos muertos.

Mungwai alzó una mano para hacerlo callar.

—He leído su informe, señor Delgado. Conozco lo que sostiene haber visto.

—No sostengo nada. No tengo por qué. Los vídeos y las pruebas hablan por sí mismos.

—He visto su vídeo. También he visto otros cuatro vídeos de la comunidad científica que refutan el suyo considerándolo falso.

Víctor abrió la boca para replicar pero Mungwai lo interrumpió.

—Sin embargo, en vez de juzgar, envíe su prueba a un amigo de la ASCE.

Víctor casi saltó al oír aquello. La ASCE, la Autoridad de Seguridad y Comercio Espacial. Imala llevaba días intentando llamar su atención. La ASCE controlaba todo el tráfico y comercio espacial y tenía profundos lazos con todos los gobiernos de la Tierra. Si alguien podía dar credibilidad a la prueba de Víctor era la ASCE. La Tierra respondería al instante.

—¿Qué han dicho? —preguntó Imala.

—Mi amigo dijo que pasaría la información al departamento adecuado. La ASCE al parecer tiene una división dedicada a tratar este tipo de anomalías.

—¿Anomalías? —dijo Víctor.

—Espejismos. Alucinaciones. Sucede continuamente. Los mineros no regulan correctamente sus niveles de oxígeno o sufren de fatiga, y ven cosas que no son reales.

—No son alucinaciones —replicó Víctor—. Esto no se basa en testimonios...

Imala lo interrumpió.

—¿Cuándo tendrá noticias de su contacto en la ASCE? ¿Podemos hablar directamente con él?

—No hablará con nadie, Imala —zanjó Mungwai—. Está usted de baja administrativa a efectos inmediatos. La retiro de este caso. Y no ponga esa cara de sorpresa. Ha estado descuidando sus otros deberes, y aún peor, ayudó a un convicto y cargó sus vídeos en las redes.

—¡Para alertar a la Tierra!

—Ese no es su trabajo —replicó Mungwai—. Su trabajo es informar de sus derechos a los inmigrantes ilegales y preparar la documentación necesaria para deportarlos.

—¿Van a deportarme? —preguntó Víctor.

—Es usted un inmigrante ilegal, señor Delgado. Y un convicto. He decidido no pasar su caso al fiscal, pero no puedo permitir que se quede en la Luna. Permanecerá en el hospital de recuperación hasta que la próxima nave zarpe hacia el Cinturón de Asteroides dentro de cuatro días. Si la ASCE quiere contactar con usted o solicitar que se presente ante ellos, pueden hacerlo. De lo contrario, irá a bordo de esa nave. Cuando llegue al Cinturón de Asteroides tendrá que apañárselas para conseguir pasaje de vuelta con su familia. No tengo ninguna nave que llegue tan lejos. En cuanto a los vídeos que han subido a las redes, voy a hacer que los eliminen.

—¿Qué? —dijo Víctor.

—No puede —dijo Imala.

—Puedo y lo haré. Este departamento no será responsable de inducir el pánico a nivel mundial. Ayudó usted a subir esos vídeos, Imala, lo cual la hace responsable en parte de cualquier efecto adverso que puedan tener entre la ciudadanía. Eso demuestra muy poca sensatez por su parte.

—La gente tiene que saberlo.

—Hay protocolos para ello.

—¿Está segura? —dijo Imala—. No recuerdo haber leído «Cómo avisar a la Tierra de una invasión alienígena» en el manual de empleados.

Mungwai se envaró.

—Puede retirarse, Imala. Y tiene suerte de que no la despida. Sigue siendo una posibilidad. En ese caso, estará a bordo de la primera nave de vuelta a la Tierra. Le sugiero que no tiente a la suerte.

Imala no dijo nada, las mandíbulas apretadas.

—Usted ha visto los vídeos —dijo Víctor—. ¿Cómo puede hacer esto?

—Lo que estoy haciendo, señor Delgado, es cuidar la paz y mantener el orden, justo lo que se debería haber hecho en primer lugar. Gritar «fuego» en un teatro abarrotado solo hará que muera gente, aunque haya un incendio. Informar a la ASCE es el mejor curso de acción. ¿No es lo que quería? Son los mejores para encargarse de este asunto.

—A menos que lo descarten. A menos que lo ignoren como todos los demás.

—Puede retirarse, Imala —dijo Mungwai—. Me encargaré de que acompañen de vuelta al hospital al señor Delgado.

Los estaba despidiendo. La conversación había terminado.

Imala permaneció inmóvil un instante, hasta que asintió.

—Nos vemos, Víctor.

Víctor la vio marcharse y cerrar la puerta tras ella. ¿De verdad lo estaba abandonando? ¿No se daba cuenta de lo que estaba en juego? ¿Y si la ASCE no se lo tomaba en serio? Tenían que luchar. Tenían que ver más allá.

Mungwai dio una orden en su holocampo, pero Víctor apenas lo advirtió. Estaba mirando la puerta, deseando que se abriera. Sin Imala no tenía nada.

La puerta se abrió.

No era Imala, sino dos guardias de seguridad. Acompañaron a Víctor hasta un coche y lo sentaron en la parte de atrás. Uno de ellos subió tras él, y viajaron en silencio de vuelta al hospital. Luego el hombre condujo a Víctor hasta su habitación y se aseguró de que la puerta se cerrara con llave antes de dejarlo solo.

Víctor se sentó en el borde de la cama. Lo iban a enviar de vuelta al Cinturón. Había venido hasta aquí arriesgándolo todo, y ahora lo descartaban como si fuera chatarra espacial.

Pensó en Janda, su prima. Si estuviera aquí, sabría lo que habría que hacer... o al menos le haría reír y sentir de nuevo confianza. Pensó en sus padres y en Concepción y en el dinero que le habían dejado para su educación en la Tierra. Ahora incluso las clases eran imposibles.

Más tarde un celador le trajo la cena. Mientras el hombre colocaba la bandeja sobre la mesilla, Víctor pensó en reducirlo y quitarle las llaves magnéticas. Sin embargo, sería un esfuerzo inútil, y el celador parecía lo bastante fuerte para no dejarse dominar. Además, ¿adónde iría Víctor? Su cubo de datos tenía todos los vídeos y pruebas, pero estaba guardado en el puesto de enfermeras. Sin él, todo era inútil.

Cuando la puerta se abrió media hora más tarde, Víctor estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados. Sería el celador que venía a recuperar la comida que no había probado.

—¿Así que te das por vencido?

Víctor abrió los ojos. Era Imala, sujetando una pequeña mochila. La arrojó sobre la cama.

—No estaba segura de tu talla. Las ropas que traías no tenían etiqueta.

Víctor abrió la mochila. Pantalones, una camisa, ropa interior, zapatos, una gruesa chaqueta, un par de grebas.

—¿Qué, no has visto nunca ropa nueva? —dijo Imala—. No te quedes ahí parado. Vístete.

Se apartó de la cama y se dio media vuelta, dándole la espalda.

—¿Me estás ayudando a escapar?

—Los archivos del DCL mostrarán que te trasladaron a un centro para ilegales sanos que esperan a ser deportados. Ese centro no tendrá ningún dato, así que a menos que Mungwai lo compruebe o las dos oficinas comparen archivos, probablemente pasaremos desapercibidos durante algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días.

Víctor empezó a cambiarse.

—¿Y las cámaras? Hay tres en esta habitación y varias más por todo el edificio.

—Me he encargado de la de aquí dentro y de las del pasillo. Cuando estemos fuera, ya será otra historia. Ponte la capucha.

La chaqueta tenía capucha. Víctor se la puso encima de la camisa y luego los pantalones. Imala se había encargado de las cámaras. Lo había pensado todo y se había ocupado de todo. Y en solo unas horas, nada menos. De repente sintió una oleada de admiración hacia ella. Se parecía más a una minera libre de lo que había querido reconocer.

—¿Es una buena decisión? —preguntó—. ¿Y si la ASCE viene a pedirme más información?

—Dudo que lo hagan —respondió Imala—. No antes de que parta tu nave, desde luego. He comprobado los mensajes de Mungwai. Su contacto en la ASCE es un socio de poca monta. No tiene influencia. La respuesta que le dio no parecía demasiado prometedora.

—¿Has hackeado sus mensajes?

—No es difícil. El tema es que ese tipo no parece un líder fuerte. Si comunica a otros la prueba, tardará tiempo en subir por la cadena de mando y ser verificada. Pero no te apures: he insertado una alerta en nuestro sistema. Si la ASCE intenta contactar contigo, lo harán a través del DCL, y si eso sucede, mi holopad me lo hará saber. Entonces acudiremos directamente a la ASCE.

—Sí que has pensado en todo —dijo él, abrochándose los zapatos—. Pero ¿por qué no acudimos a la ASCE ahora? Tenemos un contacto.

—No tenemos ningún contacto. Tenemos un don nadie que solo querrá conservar

su empleo. No voy a poner el destino del mundo en manos de ese tipo, y no voy a quedarme de brazos cruzados esperando a que la ASCE se decida a actuar. Vamos a seguir otro camino. Tal vez mejor.

—¿Cuál?

—Ya lo verás.

—¿Y Mungwai? Si sigues adelante tu carrera habrá terminado.

—El destino del mundo es más importante que mi carrera, Víctor, aunque agradezco tu preocupación. No te preocupes por Mungwai. Ya no podrá retirar nuestros vídeos; no todos, al menos. Los han copiado y reenviado demasiadas veces. Dos millones de visitas puede que no parezcan mucho a escala global, pero significa que la bola de nieve ya ha echado a rodar. ¿Estás vestido ya?

Él se colocó las grebas en las pantorrillas.

—¿Qué aspecto tengo?

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—De punk adolescente. Ponte las manos a la espalda.

Ella sacó del bolsillo las ligaduras para las muñecas y se las puso.

—Supongo que esto es parte de la aña gaza —dijo él.

Imala lo cogió por el brazo y lo escoltó hasta el pasillo. Fueron directamente a la salida, sin correr pero sin entretenerse. Nadie les prestó atención.

Víctor se detuvo.

—Mi cubo de datos.

Ella le tiró del brazo y lo obligó a seguir caminando.

—Ya lo tengo. Sigue adelante —lo tranquilizó.

Atravesaron las puertas y salieron al exterior. La cúpula que se alzaba allá arriba era azul y brillante como los cielos de la Tierra, o al menos como los cielos de la Tierra que Víctor había visto en las películas. Un coche aguardaba en la acera. Imala abrió la puerta y ayudó a Víctor a subir. Una mujer asiática de veintipocos años los esperaba, sentada enfrente, el brazo derecho más corto que el izquierdo. Imala subió detrás de Víctor y cerró la portezuela. El coche se dirigió a la vía y aceleró. Imala hizo volverse a Víctor y le liberó las muñecas.

—Víctor, te presento a Yanyu. Contactó conmigo cuando salí del despacho de Mungwai. Es ayudante de un astrofísico que investiga para Juke Limited. Va a ayudarnos.

Yanyu se inclinó sonriendo, y le ofreció la mano. Él se la estrechó.

—Encantada de conocerte, Víctor. Te reconozco de los vídeos. —Su inglés era bueno, pero con acento.

—¿Has visto los vídeos?

Yanyu sonrió y asintió.

—Muchas veces. Y te creo.

Víctor parpadeó. Otra creyente, y al parecer inteligente, no como un cencerro. Tuvo ganas de abrazarla.

—No soy la única —añadió—. En los foros un montón de investigadores están hablando del tema, aunque la mayoría postean de manera anónima para preservar su reputación en caso de que el asunto resulte falso.

—No es falso.

—A mí no tienes que convencerme —dijo Yanyu, sonriendo.

—Yanyu ha estado estudiando la interferencia —informó Imala.

—Los medios siguen transmitiendo todo tipo de hipótesis —dijo Yanyu—. La principal en este momento es que la interferencia está causada por ECM.

Víctor asintió. No le extrañaba. Si tuviera que inventar una hipótesis, probablemente recurriría también a eso. Las eyecciones de masa coronal, o ECM, eran enormes nubes magnetizadas de gas electrificado, o plasma, que estallaban en la atmósfera del sol y cruzaban el sistema solar a millones de kilómetros por hora, a menudo expandiéndose a diez millones de veces su tamaño original. Era sabido que habían interferido en la energía y las comunicaciones en el espacio, aunque nunca a esa escala.

—No son ECM —dijo Víctor.

—No —respondió Yanyu—. Pero la idea es acertada. La radiación gamma que emite la nave alienígena se mueve de forma muy parecida a las ECM, expandiéndose constantemente mientras cruza el sistema solar. Si tuviera que aventurar una hipótesis, diría que la nave tiene un estatorreactor de pala que absorbe los átomos de hidrógeno casi a la velocidad de la luz y usa la radiación gamma subsiguiente como impulsor, lanzándola por la parte trasera para impulsarse. Es un sistema muy inteligente, la nave tendría un suministro infinito de combustible.

—Si fuera así —dijo Imala—, ¿por qué la radiación viene en nuestra dirección, hacia la Tierra? Si es propulsión, ¿no debería estar alejándose hacia el espacio profundo?

Yanyu volvió a sonreír.

—Exacto. No está acelerando, sino todo lo contrario. Está tratando de frenar.

—No emitiría la radiación por el morro ni siquiera para frenar —observó Víctor—. Eso sería suicida. Se incrustaría directamente en su propia nube de plasma destructivo.

—Cierto —dijo Yanyu—. Pero la nave podría emitir la radiación por los costados. Lo haría con estallidos equilibrados para no desviarse de su rumbo, y eso explicaría por qué la interferencia sucedió tan rápidamente y se extendió a tanta velocidad en todas direcciones antes de que nadie supiera qué estaba sucediendo.

Víctor reflexionó. Tenía sentido. Más o menos sabía que la nave hormiga causaba la radiación, pero hasta ahora no había sabido cómo.

—De modo que la nave actúa como un minisol volátil que viene hacia nosotros —dijo Imala.

—Básicamente —respondió Yanyu.

—Qué reconfortante —dijo Imala.

—¿Cómo se te ha ocurrido? —preguntó Víctor.

Yanyu sacó un holopad de su bolso.

—Es la única explicación que se me ocurre.

Tecleó una orden y extendió dos finos polos desde esquinas opuestas en la superficie del holopad. Un momento más tarde, un holograma formado por cientos de puntos aleatorios de luz cobró vida sobre el aparato. Al principio Víctor pensó que estaba viendo un cúmulo estelar, pero cuando se inclinó y prestó más atención tragó saliva. Había visto ese cúmulo antes. En el Cinturón de Kuiper.

—¿Qué es esto? —preguntó Imala.

—Restos de naufragios.

Yanyu asintió con gravedad.

—Todavía estoy haciendo escaneos porque las lecturas no son demasiado claras, pero creo que Víctor tiene razón. Estos objetos parecen estar alejándose unos de otros a velocidad constante a partir de un punto central. Como si fueran restos de naves tras una explosión.

—¿Cuántas naves? —dijo Víctor.

Yanyu se encogió de hombros.

—Es imposible asegurarlo, pero probablemente docenas. Si sigues el movimiento de todos los restos, el punto de origen está aquí en el Cinturón de Asteroides, cerca de un lugar llamado Kleopatra. Juke tiene instalaciones en la superficie de ese asteroide, así que allí hay siempre mucho tráfico. Si un estallido de radiación de la nave alienígena alcanzó a las naves mineras de las inmediaciones, entonces también arrasó todas las instalaciones de Kleopatra.

—¿Cuánta gente hay destinada allí? —preguntó Imala.

—Entre setecientas y ochocientas personas.

Imala maldijo entre dientes.

—Y quién sabe cuánta gente había en esas naves —dijo Yanyu—. Tal vez el doble de esa cifra. No tenemos forma de saberlo.

—¿De cuándo son estos datos? —preguntó Víctor.

—Recibí los primeros escaneos esta mañana —respondió Yanyu.

—¿Quién más está al tanto de esto?

—Lo compartí con mi supervisor. Está revisando los datos ahora. Me hizo venir a buscarte para llevarte al laboratorio.

—Tenemos que contactar con los medios —dijo Imala—. Tu supervisor tiene que celebrar una conferencia de prensa.

Yanyu frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No. Lo siento. No puede ser. No somos investigadores independientes. Trabajamos para Juke Limited. Si alguien celebra una conferencia de prensa, tendrá que ser la empresa.

—¿La empresa? —dijo Víctor—. ¿Quieres traer a una serpiente mentirosa como Ukko Jukes? Le dará la vuelta y lo usará para su propio beneficio. Es lo último que necesitamos.

—Yo tampoco puedo soportar a ese hombre, Víctor —dijo Imala—. Pero son sus empleados. Es responsable de esta gente. Sus familias en la Luna o en la Tierra se merecen saber qué les ha sucedido.

—No sabemos qué les ha sucedido, Imala —dijo Víctor—. Estamos especulando.

—Ukko puede ayudarnos. Tiene conexiones por todas partes. Es el hombre más poderoso del mundo. Si conoce la verdad, el mundo entero lo sabrá.

Víctor se echó atrás en el asiento. Ukko Jukes, padre de Lem Jukes, el hombre que había estropeado la nave de la familia de Víctor y había matado a su tío. ¿Qué era lo que había dicho su padre? ¿La manzana no cae lejos del árbol? Si Víctor no podía trabajar con Lem, ¿cómo iba a poder hacerlo con su padre?

Pero ¿qué otra opción tenía? Era un fugitivo, sin ningún sitio al que huir, sin ningún otro recurso. Solo era cuestión de tiempo que el DCL los encontrara y lo expulsara de la Luna.

—Si hacemos esto, quiero hablar personalmente con Ukko Jukes —dijo—. Quiero decirle a la cara que su hijo es un cabrón asesino.

—No te molestes —repuso Imala—. Conociendo a Ukko, puede que se lo tome como un cumplido.

3

Lem

Lem Jukes estaba ante la tripulación de su nave minera, con las manos juntas respetuosamente. Vio cómo las últimas personas en llegar atravesaban flotando la entrada y se dirigían al fondo de la sala, donde se hallaban reunidos los demás miembros de la nave. Todos llevaban un mono azul con el logotipo de Juke Limited bordado en la pechera izquierda. Las grebas y avambrazos magnéticos los anclaron al suelo cuando estuvieron en posición. Aparte del leve roce de los trajes mientras ocupaban sus puestos, el puente estaba en silencio.

La asistencia a la ceremonia conmemorativa no era obligatoria, pero Lem sabía que todo el mundo a bordo asistiría, incluyendo aquellos que normalmente no trabajaban en el puente: cocineros, mineros, lavanderos e ingenieros. Cuando vivías casi dos años con gente en un entorno cerrado, acababas por conocerlos a todos bastante bien, aunque las tareas individuales no coincidieran. Tarde o temprano, los caminos se cruzaban, y como resultado la pérdida de vidas a bordo era algo que todos sentían. Nadie dejaría pasar la oportunidad de presentar sus respetos.

—He convocado este servicio memorial para honrar a aquellos que hemos perdido —dijo Lem. Su voz era lo bastante fuerte para llegar al fondo de la sala y al mismo tiempo lo bastante serena y solemne para la ocasión—. Hablo no solo de los miembros de nuestra tripulación que ya no están entre nosotros, sino también de los otros muchos que han luchado de manera tan desprendida y han muerto intentando impedir que los fórmicos lleguen a la Tierra.

Fórmicos. La palabra todavía le sabía amarga y extraña en la boca, como una gruesa pastilla que no lograra tragar. La doctora Benyawé, la jefa del equipo científico, había sugerido el nombre debido al parecido de las criaturas con las hormigas, y por lo que a Lem concernía era un nombre tan bueno como cualquier otro. Pero seguía odiándolo: la palabra daba legitimidad a aquellas criaturas, les daba identidad. Era un recordatorio de su existencia, de que todo ese asunto no era simplemente un sueño.

—Hace casi dos años —continuó Lem— dejamos a nuestros seres queridos en la

Luna y partimos hacia el Cinturón de Kuiper. Nuestra misión era sencilla: probar el láser de gravedad. Apuntar con él a unas cuantas rocas y reducirlas a polvo, demostrar a la dirección que el gláser podía revolucionar y revolucionaría el proceso de extracción de minerales. Gracias a vuestra diligencia y vuestro compromiso inquebrantable, completamos la tarea. No fue fácil. Hubo errores y contratiempos, pero cada uno de vosotros persistió y cumplió con su deber. Todos demostramos nuestra valía. Como comandante, me he sentido honrado de servir junto a vosotros y veros realizar vuestras tareas con tan competente empeño.

Lem sabía que se estaba pasando un poco, pero también sabía que ninguno dudaría de su sinceridad. Su madre decía siempre que si no fuera el heredero de la mayor fortuna minera del sistema solar, podría haber hecho carrera en los escenarios. A Lem le parecía divertido. Su madre siempre pensaba en pequeño. Los escenarios eran para la gente pretenciosa y poco atractiva, aquellos que no tenían un rostro adecuado para los vídeos.

—Pero hace ocho meses nuestra misión cambió. —Lem dio un golpecito a su pad de muñeca, y una gráfica del sistema cobró vida tras él. Apareció un holograma de la nave fórmica, enorme e impresionante—. Esto cambió nuestra misión. Esta abominación. Nadie nos dio la orden de detenerlos. Nosotros mismos nos dimos esa orden.

Técnicamente era una verdad a medias, ya que fue la capitana de la nave minera *Cavadora* la que pidió a Lem ayuda para detener a los fórmicos. Pero ¿qué importaba? Lem había aceptado la invitación. Nadie lo había obligado.

Volvió a pulsar el pad de muñeca. La nave fórmica desapareció y aparecieron veinticinco rostros.

—Algunos pueden pensar que atacar a los fórmicos fue un error, dado que perdimos a veinticinco miembros de nuestra tripulación. Veinticinco hombres buenos. Veinticinco futuros esposos y padres.

Una mujer de las primeras filas se enjugó los ojos. Buena señal, pensó Lem. Su verdadero propósito, después de todo, no era el servicio funeral. Era volver a tomar el mando de la nave, el verdadero mando, no servir como comandante solo de nombre, sino hacer cumplir sus órdenes, mantener la autoridad absoluta. Para conseguirlo, necesitaba sacudir un poco las emociones.

—Pero os digo que atacar a los fórmicos no fue un error —continuó Lem—. Enviarles el mensaje de que preferimos morir a ver cómo nos arrebatan nuestro mundo no fue un error. Demostrarle a la Tierra que estamos dispuestos a hacer lo que haga falta para protegerla no fue un error. Tomar medidas para salvar a nuestras familias en la Luna y la Tierra no fue un error.

Vio que ya los tenía en el bote. Unos cuantos asentían.

—Pero entonces algo cambió —dijo Lem—. Dejamos de concentrarnos en la

Tierra. Después de seguir de cerca a la nave fórmica, nos retiramos. Retrocedimos hasta esta eclíptica, a gran distancia de los fórmicos y por tanto a gran distancia de aquellos a quienes podríamos haber advertido y salvado. —Hizo una pausa y bajó la voz, como dolorido por aquella constatación—. Sabíamos más que nadie de la nave fórmica. Su capacidad armamentística, su velocidad, su probable destino. Incluso habíamos calculado cuándo y dónde podría emitir su siguiente estallido de radiación. Si nos hubiéramos quedado cerca, quizá podríamos haber advertido a todas aquellas naves que encontró en su camino.

Pulsó su pad de muñeca. Las caras del holograma se desvanecieron y una nube de escombros apareció en el holocampo.

—Como estas naves. Las naves de Kleopatra, hogar de un puesto de avanzada y unas instalaciones procesadoras de Juke. Casi ochocientas personas vivían en esa roca, y muchas más en las naves de las intermediaciones. La mayoría familias de mineros libres. Mujeres, niños, ancianos. Podríamos haberlos avisado. Pero no lo hicimos.

Más golpecitos al pad. Más holos. Más restos de naves. Una por una, Lem fue mostrando escenas de destrucción. Una por una, fue contando las vidas perdidas. La mayor parte de la tripulación había visto ya esas imágenes: la nave las había recopilado a lo largo de los meses pasados mientras localizaban a la nave fórmica siguiendo su ruta de destrucción hacia la Tierra.

Lem describió cómo debía de haber sido estar a bordo de aquellas naves, explicando cómo un estallido de plasma gamma a corta distancia podía vaporizar carne y hueso. Y cómo, desde lejos, la sangre se quemaba y las células se descomponían como resultado del envenenamiento por radiación.

—Y mientras nosotros nos ocultábamos en las sombras —continuó—, esta gente luchaba por la Tierra. Mientras nosotros nos retirábamos para protegernos, ellos se enfrentaban al enemigo, luchando por nosotros, muriendo por nosotros.

Varios miembros de la tripulación se agitaron incómodos. Estaba tocándoles la fibra sensible. Una parte de Lem sintió una punzada de culpabilidad por manipularlos de esa manera. Utilizar un funeral para beneficio personal era canalla y oportunista, pero aquello era la guerra, no solo entre humanos y fórmicos, sino entre Lem y su padre, el grande y glorioso Ukko Jukes.

Su padre había ordenado a Chubs que controlara secretamente todo lo que Lem hiciera como comandante y anulara sus órdenes si hacía algo que lo pusiera en peligro, lo que convertía a Chubs, en esencia, en una maldita niñera.

Ukko sin duda diría que era lo propio de un buen padre: cuidar de su hijo, protegerlo de los peligros del Cinturón de Kuiper. Pero Lem sabía qué estaba en realidad en juego. Su padre estaba haciendo lo de siempre: ejercer su control, tirar de las cuerdas, practicar su juego del poder y dejar a Lem en ridículo.

Todo el asunto había sido especialmente humillante ya que la misión llevaba un año en curso cuando Lem se dio cuenta de que no estaba exactamente al mando. Chubs se había portado como un buen tipo en todo momento. No pretendía ser desagradable. Incluso se avino a mantenerlo todo en secreto para que Lem no quedara en ridículo ante la tripulación. Pero eso no le quitó mordiente a quedar como un tonto. Durante un año entero, Lem estuvo convencido de que Chubs era su consejero más valioso. Y, entonces, ¡sorpresa! «En realidad trabajo para su padre, Lem, y no transmitiré su orden a la tripulación porque no puedo permitir que lo haga. Lo siento, así lo dijo su querido papá».

Oh, padre, no puedes evitarlo, ¿verdad? No puedes soportar que yo pueda conseguir algo por mis propios medios. Tienes que introducirte en secreto en mis asuntos. Qué taimado eres, padre. Sea cual sea el resultado, tú ganas. Si la misión fracasa, todo será culpa mía; si tiene éxito, será porque siempre estuviste ahí ayudándome.

La idea era como un clavo de acero en su espina dorsal. Estaba convencido de que nunca podría confiar en nadie a bordo y que la única manera de librarse de su padre sería derrotarlo en su propio juego, apoderarse de la compañía, derrocarlo de su trono y mostrarle amablemente la puerta.

Esa guerra empezaba ahora, a bordo de la *Makarhu*, a meses de la Tierra.

—¿Por qué se lanzó esta gente de cabeza al peligro? —continuó Lem, indicando la nube de restos del holocausto—. ¿Por qué arriesgaron a sus familias? Porque consideraron que era su deber proteger a la raza humana. Un deber más grande que ellos mismos. Yo también lo siento así. Lo siento con tanta fuerza que durante los meses pasados he permanecido tendido en mi hamaca por las noches, abrumado por la vergüenza.

Los rostros de sus oyentes mostraron sorpresa.

—Sí, vergüenza. Me avergüenza que estemos de brazos cruzados y no hagamos otra cosa sino seguir los acontecimientos desde una distancia segura, mientras otros luchan por proteger la Tierra. Yo quise avisar a Kleopatra. Quise acudir y decirles contra qué se enfrentaban exactamente. Pero Chubs lo prohibió.

A la mención de su nombre, todos se volvieron hacia Chubs, que permanecía de pie a un lado, cerca de la primera fila, el rostro hierático.

—Sí —continuó Lem—. Es un secreto que descubrí hace poco y que ninguno de vosotros conoce. Mi padre ordenó a Chubs que me mantuviera alejado del peligro a toda costa.

Los miembros de la tripulación se miraron unos a otros.

—Por eso hemos estado siguiendo a los fórmicos a distancia segura —continuó Lem—. Por eso ha muerto gente. Porque mi padre me valora a mí más que a ellos, y por tanto le impide a Chubs ayudarlos. Por eso estoy avergonzado.

Aquí venía el momento crítico, lo sabía, el momento en que podía mostrar sus emociones. No en forma de lágrimas, naturalmente: no debía parecer débil. Sería más provechoso aparentar estar a punto de llorar y luego ser lo suficientemente fuerte y estoico para contenerse.

No era fácil. Muchos actores pensaban que había que exagerar y gemir, sollozar y romper un plato o dos, pero Lem sabía que no. Era la emoción contenida lo que conmovía a la gente. La pena y la tristeza que amenazaban con surgir de tu interior, pero en modo alguno ibas a permitir: había que ser fuerte.

Le salió a la perfección: permaneció en silencio un poco más de lo normal para evidenciar que estaba esforzándose por mantener sus emociones a raya. Luego se aclaró la garganta, se recuperó y continuó adelante. Algunos de las primeras filas lagrimeaban.

—Si por mí fuera, estaríamos cumpliendo con nuestro deber hacia la Tierra —dijo—. Estaríamos haciendo más. Salvando más vidas aparte de las nuestras. Pero me encuentro atado de manos, ahora lo sé. Con Chubs cumpliendo las órdenes de mi padre, soy incapaz de hacer lo que habría que hacer. Por eso, a efectos inmediatos, dimito de mi puesto de comandante.

Sus caras lo dijeron todo. Sorpresa. Incredulidad.

Lem no podría haber esperado una reacción mejor.

—Tendréis que perdonarme —dijo—, pero no puedo continuar siendo el responsable de dar la espalda a nuestra gente. Si acepta el nombramiento, Chubs será vuestro comandante. Si debe ceñirse a la orden de mi padre por encima de todo lo demás, entonces que él cargue con la vergüenza. Espero que me perdone por adjudicarle esa carga, pero no puedo vivir tranquilo sabiendo que la gente muere porque él está obligado a protegerme.

Lem tomó impulso, flotó hasta Chubs y le ofreció la mano. Chubs vio que todo el mundo lo miraba, algunos con resentimiento.

Sabiamente, aceptó la mano ofrecida y la estrechó, incómodo.

—Puede que nos hayas impedido evitar esas muertes —dijo Lem—, pero cumplías con lo que considerabas tu deber. Reconozco tu lealtad. Solo rezo para que Dios nos perdone a todos.

Chubs no dijo ni una palabra. ¿Qué podía decir?

Lem se impulsó para cruzar la sala, se metió en el tubo de empuje, ajustó la polaridad de sus avambrazos y grebas y dijo:

—Catorce.

El tubo lo transportó. Cuando llegó a su camarote, fue directo a su holoescriptorio.

—Muéstrame el puente.

Seis imágenes de vídeo aparecieron en el aire sobre la mesa, todas tomadas por diminutas cámaras colocadas por todo el puente. No tenía audio, pero no lo

necesitaba. Había visto cómo algunos miembros de la tripulación miraban de reojo a Chubs con puro desprecio.

Lem se relajó. Ahora todo lo que tenía que hacer era esperar.

No tuvo que esperar demasiado. Benyawé fue a verlo a su camarote unas horas más tarde.

—Ha sido toda una actuación —dijo. Lem estaba en su hamaca, sujeto hasta la cintura, con una caja de bombones flotando a su alrededor—. ¿Eso es su premio? —preguntó Benyawé, señalando los bombones.

—Nina, una de las cocineras, me los hace. Me trajo una caja hace poco.

—Sin duda para consolarlo mientras supera la vergüenza. —Benyawé forzó una sonrisa.

—Están buenos —dijo Lem, ignorando la pulla—. Debería probar uno.

Sin esperar su respuesta, sacó uno de la caja y lo empujó en el aire para que llegase hasta ella. El bombón flotó hasta la mano tendida, y ella se lo llevó a la boca.

—Un poco empalagoso para mi gusto —dijo.

—¿El bombón o mi actuación?

—Ambas cosas. Cuando estuvo a punto de echarse a llorar, me pareció que se pasaba un tanto. Muy convincente, eso sí. Pero exagerado.

—Todo lo que dije era verdad.

—Casi todo —precisó Benyawé—. Dijo que esa gente murió por nuestra causa, que los habríamos alertado de no ser por Chubs. Eso no es cierto. No habríamos podido alcanzar a la mayoría antes que los fórmicos. De hecho, casi en todos los casos, no habríamos podido hacer nada. Si no hubiéramos huido de la nave fórmica y llegado hasta aquí, lo más probable es que hubiéramos muerto cuando los fórmicos ventearon su plasma gamma. Chubs nos mantuvo con vida. Sin embargo, usted ha intentado prácticamente llevarlo a la hoguera para encender la llama. No ha estado bien. Chubs le ha sido fiel.

—Fiel a mi padre, querrá decir.

—Le salvó la vida, Lem —le recordó Benyawé.

Eso era verdad. Durante el ataque a la nave fórmica, Chubs había actuado con rapidez y salvado a Lem de la embestida de un fórmico que parecía dispuesto a destrozarlo miembro a miembro.

—Cuando todo esto haya acabado —dijo Lem—, me encargaré de que mi padre recompense a Chubs por sus servicios.

—Si acepta el mando, claro. Si cumple con su papel en esta pequeña función teatral suya.

—Tal vez no prestó usted atención a la ceremonia conmemorativa, Benyawé. He dimitido del puesto de comandante.

Ella pareció molesta.

—Por favor, Lem. ¿Qué elección tiene Chubs ahora sino devolvérselo y comprometerse ante la tripulación de que nunca volverá a interferir en sus órdenes? Si no lo hace, ya se está hablando de arrebatarse el mando.

Lem fingió sorpresa.

—¿Un motín?

—No finja estar escandalizado, Lem. Es lo que quiere, ¿no?

Ahora él sí que pareció sinceramente sorprendido.

—No creerá de verdad que quiero un motín, ¿no?

Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Probablemente, no. Pero es posible que no se moleste en sofocarlo.

Él sonrió.

—Eso es trabajo del comandante. No mío.

Ella se echó a reír.

—¿Sabe? Unas veces lo miro y veo una versión más joven de su padre, y otras veces veo una versión mejorada de él.

—Sin embargo, siempre ve a mi padre. No estoy seguro de cómo interpretar eso.

—Es usted hijo de su padre... lo quiera o no.

A Lem le sorprendieron aquellas palabras. ¿Tan evidente era que esperaba distanciarse de su padre? Siempre había tenido cuidado en no hablar mal de Ukko delante de nadie, sobre todo de la tripulación. En todo caso, siempre había hablado del amor que sentía por él, algo que no era fácil de expresar pero que era verdad en cualquier caso. Quería a su padre. No en el sentido tradicional, tal vez, pero el respeto que sentía por él era, tenía que admitirlo, una especie de amor.

Sonó un timbre, y la voz femenina del ordenador anunció:

—Oficial jefe Patrick Chubs.

Benyawé sonrió con malicia.

—¿No debería ser «comandante» Chubs?

Lem la ignoró.

—Pase —dijo.

La puerta se abrió deslizándose y Chubs entró flotando en la habitación. Parecía cansado y no demasiado sorprendido de ver a Benyawé.

—¿Cómo quiere hacer esto exactamente? —le preguntó a Lem.

—¿Hacer qué?

—Poner fin a esta farsa. Tenemos que acabar con esto. Renunciaré al cargo de capitán y prometeré no interferir de nuevo en sus decisiones. ¿Cómo quiere hacerlo? ¿Quiere que haga un anuncio formal, escriba un mensaje por mail, o tenemos que hacer otra escena delante de la tripulación? Sea cual sea el plan, me gustaría terminar de una vez.

Lem sintió un retortijón de culpabilidad. Benyawé tenía razón. Chubs había sido fiel. No se merecía ser vilipendiado. Solo hacía el trabajo para el que lo había contratado su padre. Lem se soltó de la hamaca y flotó hacia él.

—Siempre tendrá un lugar en esta compañía, Chubs. Un buen puesto. Elija. Yo me encargaré de que así sea. Y si renuncia al cargo de capitán e insiste en que yo lo tome, lo mantendré como mi oficial en jefe. Sería una necedad no hacerlo. Es usted el hombre más leal y capacitado de esta nave.

—¿Es aconsejable eso? —preguntó Benyawé—. Hace unas horas provocó que la tripulación estuviera dispuesta a lincharlo.

—Trabajaría con los oficiales —dijo Lem—. Le son completamente leales.

—Yo no diría completamente —repuso Chubs—. Ya no.

Una vez más, un retortijón de culpabilidad arañó la conciencia de Lem. No había destruido a Chubs, pero lo había dañado seriamente, de eso no cabía duda. La amistad que antes pudiera haber existido entre ambos había desaparecido. Lem lo notaba. Siempre habría entre ellos una formalidad embarazosa.

—Lamento que considerara que el memorial fue una escena —dijo Lem—. Y si decide renunciar al puesto de capitán, debe entender que no puedo interferir en esa decisión en modo alguno. No puedo decirle cómo actuar. Eso implicaría admitir que yo he orquestado todo esto, lo cual no es cierto. Debe ser su propia decisión. Cómo y cuándo tomarla es cosa suya.

Era improbable que Chubs estuviera grabando la conversación para luego sacarle partido, pero más valía prevenir que curar. Nunca podría decirse nada que implicara que Lem hubiera forzado la mano de Chubs.

Chubs asintió. Comprendía. Luego se excusó.

—Cuando regresemos a la Luna —dijo Benyawé al salir del camarote—, espero que celebremos otra ceremonia conmemorativa. Una con un poco más de corazón. Los muertos se lo merecen.

Se impulsó y se marchó sin decir nada más.

El holograma de Chubs llegó media hora más tarde, enviado a todos los miembros de la tripulación. En él, le agradecía a Lem por considerarlo digno de tan alto honor, pero decía que no podía aceptarlo. Y no interferiría con las decisiones del legítimo comandante. Estaba en todo de acuerdo con él. La Tierra era lo primero. Si Ukko Jukes lo despedía por insubordinación, que así fuera. Era un pequeño precio que tendría que pagar.

Lo hizo todo con gran destreza. Profesional, sincero y enternecedor. Lem incluso notó que los ojos se le nublaban, aunque su alivio puede que tuviera algo que ver también.

Esperó una hora antes de grabar su propio holo. En él, le dio las gracias a Chubs por su generosidad e insistió en que continuara en su puesto como oficial jefe. Fue

una grabación decente, pero sabía que podía hacerlo mejor. Podía enmendarla antes de enviarla. A la séptima toma lo logró. Cada pausa, cada inspiración y cada palabra quedaron exactamente como tenían que quedar. Envió el mensaje, esperó otra hora y luego regresó al puente de mando.

Chubs estaba esperándolo en la gráfica del sistema.

—¿Cuál es su primera orden sin cortapisas como comandante?

—Acérquenos a la trayectoria de los fórmicos —dispuso Lem—. Nuestros escáneres no pueden detectar gran cosa desde aquí. Descubriremos lo que podamos y luego volaremos a la Luna lo antes posible.

—Usted manda —dijo Chubs.

Sí, pensó Lem, por primera vez en dos años.

Ukko

El coche guiado atravesó la ciudad de Imbrium en dirección este, dejando atrás barracones dormitorio, edificios del gobierno y pequeños complejos industriales. Víctor iba sentado junto a la ventanilla, viéndolo todo pasar, todavía sorprendido por el grandioso tamaño de la ciudad.

—¿Cómo llenan de oxígeno todas esas cúpulas y túneles de conexión? —preguntó—. ¿De dónde sacan tanto aire?

Yanyu iba sentada frente a él. Escoltaba a Víctor e Imala al observatorio Juke.

—El oxígeno lunar procede principalmente de excavaciones —explicó—. Todo lo que ves es la llamada Ciudad Vieja. Cuando la gente llegó por primera vez a la Luna, construyeron el asentamiento en la superficie. Eso exigió que erigieran primero todas esas cúpulas estancas para albergar el oxígeno y proteger a los colonos del constante bombardeo de partículas cósmicas. Fue muy caro. Hoy en día todas las construcciones nuevas se hacen bajo la superficie. De hecho, ahí es donde ahora vive la mayoría de la gente.

—Tú vives en la superficie —dijo Víctor.

—Solo porque mi presupuesto es escaso y no puedo permitirme vivir en los túneles —respondió Yanyu—. Pero lo haría si tuviera dinero. Es más seguro. No tienes que preocuparte de bombardeos ni amenazas de colisión. Y como no hay ninguna actividad tectónica en la Luna, tampoco tienes que preocuparte por los terremotos. Además, se está mucho más tranquilo. Pero la principal ventaja es que extraemos de la roca todas las materias primas. Metales para la construcción y también oxígeno.

Víctor pareció sorprendido.

—¿Oxígeno de las rocas? ¿Es posible?

—Lo estás respirando —dijo Imala.

Él se acomodó en su asiento y sacudió la cabeza.

—¿Tenéis idea de lo útil que sería esa tecnología en el Cinturón de Kuiper? Sacamos todo nuestro O₂ del hielo. Si no encontramos hielo, estamos muertos.

Perdimos un montón de familias de esa forma.

—Es más fácil extraer oxígeno del hielo —dijo Imala—. Eso no requiere mucho equipo. En cambio, sacarlo de la roca exige enormes instalaciones de procesado. No construimos naves lo bastante grandes para llevar esa tecnología al espacio profundo. Algún día, tal vez, pero nosotros no lo veremos en vida.

—¿Y el combustible y la energía para los túneles? —preguntó Víctor—. Si el calor del sol no les llega, deben de estar congelados.

—En la Luna toda la energía es eléctrica —respondió Imala—. Todo procede de baterías de alta eficacia impulsadas por energía solar. Hay paneles solares por toda la superficie: los más grandes están en la zona ecuatorial, donde los colectores cubren todo el suelo. También son grandes los del polo, donde colectores rotatorios colocados en torres miran al sol continuamente. Créeme, mientras brille el sol, la energía y el calor no son problema.

Víctor asintió, aunque no compartía la confianza de Imala. Las baterías no le parecían fiables. Fallaban continuamente en la *Cavadora*.

—Entonces, puesto que el observatorio al que vamos tiene telescopio, asumo que está en la superficie.

—Oh, no —dijo Yanyu—. Está bajo la superficie. Casi todas las instalaciones de Juke lo están. De hecho, la mayoría de los túneles fuera de la ciudad pertenecen a Juke Limited, aunque poca gente sabe lo enormes que son los túneles de la compañía. El señor Jukes tiene inversiones para investigación y desarrollo en casi todas las industrias, y sin embargo pocas de esas operaciones aparecen en los mapas de los túneles. Si tuviera que hacer una valoración, diría que el sistema de túneles de la compañía es mucho más grande que la ciudad misma.

—Pero si el observatorio es subterráneo, ¿dónde están los telescopios? —preguntó Víctor.

—Lejos de aquí —dijo Yanyu—, situados en diversos puntos por toda la Luna, lejos de cualquier contaminación lumínica. Les decimos dónde deben apuntar, entonces procesamos todas las imágenes y datos en nuestra sala de observación. Los observatorios tradicionales como los de la Tierra no existen en la Luna. Aquí arriba todo son cubículos y espacio de oficinas. Me temo que no es muy estimulante.

El coche guiado se sumergió de pronto en la boca de un túnel, y por un momento se encontraron sumidos en una oscuridad total hasta que se encendieron las luces interiores del vehículo. Continuaron a la misma velocidad durante varios minutos hasta que el coche llegó a una bifurcación en la vía y empezó a desacelerar. Tomó una serie de curvas y luego se dirigió a una pista de atraque y se detuvo. Unos tubos de aire se desplegaron en las paredes y rodearon al vehículo. Entonces una señal acústica anunció que todo estaba listo y se abrieron las puertas. Víctor, Imala y Yanyu salieron al andén de atraque. Yanyu los guio luego por un laberinto de pasillos y varias puertas

cerradas. Víctor se perdió casi inmediatamente.

En cada puerta, junto al marco, flotaba un holocampo cúbico. Yanyu metió la mano en el holocampo e hizo una serie de giros de muñeca y movimientos con los dedos que la abrieron. Al principio Víctor pensó que los movimientos eran aleatorios, pero entonces una de las puertas emitió un zumbido negativo y Yanyu tuvo que retirar la mano, reintroducirla en el campo y repetir los movimientos.

Por fin llegaron a una sencilla puerta de metal adornada con el logotipo de Juke Limited y las palabras OBSERVATORIO ASTRONÓMICO. Yanyu los condujo a una sala de observación tenuemente iluminada. Sobre el techo en forma de cúpula se proyectaban imágenes de cúmulos estelares, nebulosas y datos astronómicos que se disolvían y volvían a formarse como un salvapantallas. Había una docena de mesas repartidas por la sala con lámparas, ordenadores y artículos personales. En el centro había una mesa de reuniones, donde esperaban unos investigadores. Yanyu se detuvo y señaló al hombre de barba que estaba delante.

—Víctor, Imala, me gustaría presentaros al doctor Richard Prescott, director del observatorio y nuestro astrofísico jefe.

Prescott dio un paso adelante y estrechó la mano de Imala. Era más joven de lo que Víctor esperaba, unos treinta y tantos años, con una mata de pelo castaño y ropa informal.

—Señorita Bootstamp. Un placer. Bienvenida. Y señor Delgado, me alegro de verlo. Espero que no tuvieran problemas para llegar hasta aquí.

—Tuve que sacar a Víctor del hospital donde estaba retenido —dijo Imala—. Lo cual infringió alguna que otra ley y nos convierte a ambos en fugitivos. Aparte de eso, ningún problema.

Prescott permaneció impertérrito ante este anuncio. Se metió las manos en los bolsillos y sonrió.

—Bueno, aquí están a salvo.

Imala fue al grano.

—Necesitamos una entrevista con Ukko Jukes. Con su apoyo, podremos dar un aviso legítimo a la Tierra. ¿Puede conseguirlo?

—Probablemente —dijo Prescott—. Pero lo primero es lo primero. —Señaló la mesa de conferencias—. Siéntense.

—No nos cree, ¿verdad? —dijo Víctor.

Prescott sonrió.

—No le habríamos traído aquí si no pensáramos que es posible que diga la verdad, Víctor. Todos lo creemos hasta cierto punto. Pero antes de que ninguno de nosotros actúe, queremos estar absolutamente seguros. Hay gente fuera de esta sala que será mucho más difícil de convencer que nosotros. Si trabajamos juntos, puede que nos ganemos su confianza. —Señaló de nuevo la mesa, y esta vez Víctor e Imala

se sentaron.

Prescott lo hizo en la cabecera.

—Tienen que comprender que en nuestro campo somos aún más escépticos respecto a la existencia de vida extraterrestre que la gente normal. Tenemos que serlo. Los científicos están educados para dudar y cuestionarlo todo. Además, siempre se ha creído que oiríamos a los extraterrestres antes de verlos. Detectaríamos sus transmisiones mucho antes de que aparecieran en nuestros telescopios. Pero hasta ahora nadie en la comunidad científica ha oído nada.

—No pueden —dijo Imala—. La interferencia está afectando a las comunicaciones.

—Cierto —admitió Prescott—. Pero eso hace que toda reivindicación de vida extraterrestre sea todavía más difícil de creer. El silencio de las comunicaciones estelares le parecerá a mucha gente la justificación de un embaucador que intenta asustarlos.

—No soy ningún embaucador —saltó Víctor.

—No estoy diciendo que lo sea. Le estoy diciendo lo que se dice ahí fuera. Nadie quiere apoyarlo porque es una afirmación que no se puede validar independientemente. Así que se quedan callados y esperan que otro corra el riesgo. Nadie quiere quedar como un idiota apoyando lo que podría ser el timo del siglo.

—El descubrimiento del siglo —corrigió Víctor—. Por no mencionar la amenaza más grande a nuestra especie.

Prescott se acomodó en su asiento.

—Ese es el tema, ¿no? Yanyu nos ha mostrado unas cuantas observaciones que ha hecho. Todos hemos visto los vídeos que Imala y usted han subido. Hemos examinado las pruebas y discutido durante horas. Ahora queremos oír directamente su versión. Si le creemos, actuaremos en consecuencia. Tiene usted la palabra, Víctor. Convénzanos.

Víctor miró a Imala, que asintió para darle ánimos. Entonces contempló los rostros de los congregados en torno a la mesa, todos mayores que él y expertos en su campo. La mayoría de sus expresiones eran inescrutables, pero unos cuantos no podían ocultar su escepticismo.

Se aclaró la garganta y empezó a hablar.

Durante la primera hora nadie dijo nada. Luego Yanyu fue haciendo algún comentario ocasional, introduciendo datos astronómicos que parecían validar la historia de Víctor.

Cuando terminó, las preguntas surgieron rápidamente. ¿Cómo causaba la interferencia esa nave? ¿Dónde se encontraba ahora? ¿Había intentado alguien comunicarse con ella? ¿Cuáles eran sus intenciones?

—No lo sé —dijo Víctor por enésima vez—. No sé dónde se encuentra la nave ni

qué daños ha causado ni qué vidas ha aniquilado. Ojalá lo supiera. Ojalá tuviera respuestas. Ojalá supiera que mi familia está a salvo.

Mencionar a su familia agitó un pozo de emociones en su interior, y temió que iba a perder la compostura. Tragó saliva, tomó aire y conservó la calma.

—No tengo respuestas. No soy piloto. Conozco la mecánica básica de vuelo y sé calcular trayectorias, pero ese no era mi trabajo en mi nave. Soy mecánico. Construyo cosas, las arreglo. Mi familia me envió porque era joven y sano. Tenía más posibilidades de soportar la paliza física que el viaje infligiría a mi cuerpo.

»Además, podría reparar la nave rápida si algo iba mal. Nadie a bordo tenía mi nivel de experiencia mecánica. Tenía que ser yo. Sé que preferirían contar con alguien que entienda de ciencia tanto como ustedes, pero no soy esa persona. Soy el mensajero. —Hizo una pausa y miró a los investigadores uno a uno—. Esa nave es real y viene de camino. Tardará pocos días o pocos meses, no lo sé. Pero viene. Si pudiéramos hablar con las naves del Cinturón, tendríamos a miles de personas corroborando mis afirmaciones. Pero como no podemos, reconozco que eso hace menos creíble mi historia. Pero háganse estas preguntas: ¿Tengo aspecto de poder orquestar todo esto? ¿Parezco el tipo de persona que se inventaría todo esto solo para echarse unas risas? ¿Parezco alguien que podría crear vídeos y pruebas que puedan soportar este nivel de escrutinio? Soy un minero libre. Sobrevivimos a duras penas, por los pelos, y a veces apenas tenemos nada que llevarnos a la boca. No busco dinero. No tengo nada que ganar con esto excepto salvar vidas. Si piensan que pueden encontrar lagunas en mi historia, adelante. Pero les prometo que todo lo que he dicho es verdad, hasta la última palabra.

La sala permaneció en silencio. Todos se quedaron mirándolo. Imala buscó su mano bajo la mesa y le dio un apretón de ánimo.

—Le creemos, Víctor. Algunos necesitaban un pequeño empujón para acabar de convencerse, sí, pero creo que hablo en nombre de todos si digo que le apoyamos. Le ayudaremos.

Víctor sintió tal arrebató de alivio que casi se vino abajo de nuevo. La noticia se difundiría con visos de credibilidad. Resopló y le sonrió a Prescott.

—Gracias.

—No, gracias a usted, Víctor. Toda la Tierra está en deuda con usted.

—Esto no va a ser fácil —dijo Imala—. No pretendo ser aguafiestas, pero no olvidemos que los medios ya han rechazado la idea. En algunos círculos nos han etiquetado como falsarios. Llevo tiempo librando esta batalla y perdiéndola. Si están con nosotros, tienen que estar con nosotros no solo ahora, en la seguridad de esta sala, sino también ahí fuera, donde el resto del mundo está dispuesto a reírse y mofarse. Probablemente mi carrera se haya acabado. A las suyas puede pasarles lo mismo. No quiero que nos abandonen, claro, pero me aseguro de que comprendan a

qué nos enfrentamos.

—Lo ha dejado claro —dijo Prescott—. Solo puedo hablar por mí mismo, pero le aseguro que estoy con ustedes.

—Y yo —dijo Yanyu.

Los demás presentes asintieron.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Imala.

—Dos cosas —dijo Prescott—. Primero, continuar refrendando la historia de Víctor escrutando el cielo y haciendo que todos nuestros amigos de la profesión hagan lo mismo. Presión a todo nivel. Segundo, y de manera inmediata, haré algunas llamadas. Conseguir una entrevista con el señor Jukes no es fácil. Tiene un ejército de empleados que resuelve los temas por él y desvía a gente como nosotros. Pero dadas las circunstancias, creo que podremos conseguirlo.

No lo consiguieron. No inmediatamente, al menos. Les dijeron que Ukko Jukes estaba ocupado y era inaccesible.

—¿No podríamos acudir a la prensa? —le preguntó Víctor a Prescott—. Con la credibilidad que usted posee, alguien nos haría caso.

—Agradezco que valore mi apoyo, pero me temo que no es suficiente. Hay diez personas ahí fuera con el mismo grado de notoriedad y mis mismas credenciales que me refutarían y desacreditarían. Triste pero cierto. Algunos son auténticos lobos. He rebatido muchas teorías tuyas, y eso no me ha ganado exactamente su aprecio. Les encantaría ponerme la zancadilla. Si continuamos sin Ukko, tendremos que ser imbatibles. Tan convincentes que quienes parezcan locos irracionales sean quienes dudan y no nosotros. Eso puede llevar tiempo. El equipo está trabajando en ello y ya llegaremos, pero creo que Yanyu e Imala tienen razón: Ukko es nuestro recurso más rápido. Si podemos conseguirlo, seremos imbatibles.

Horas después, bien entrada la tarde, Prescott llevó aparte a Víctor e Imala.

—El personal se queda aquí esta noche. No parece que vayamos a tener noticias de Ukko hasta mañana. Puedo pedirle a alguien que la lleve a su apartamento, Imala, pero tal vez no sea buena idea. Preferiría que Víctor se quedara aquí, y probablemente sería mejor que se quedara usted también. Tenemos catres de sobra. No son demasiado cómodos, pero son suyos si los quieren.

Yanyu los acompañó a dos oficinas contiguas que usaban como almacén. Habían preparado dos catres, uno en cada oficina. Yanyu les trajo una almohada a cada uno, mantas, un equipo de aseo de emergencia y un mono limpio de Juke. Víctor encontró el cuarto de baño al fondo del pasillo, se duchó y se puso el mono. Se sintió como un traidor llevándolo puesto, como si de algún modo estuviera haciendo daño a su familia. Pero le quedaba bien, y era agradable vestir ropa limpia. Regresó a su habitación y se tumbó en el catre. Trató de ponerse cómodo, pero no fue capaz de

dormir. Contar su experiencia al personal del laboratorio le había hecho recordar a los suyos. Nueve meses. ¿De verdad había pasado tanto tiempo desde la última vez que vio a sus padres? Las imágenes del holopad de Yanyu donde mostraba la destrucción del Cinturón pesaban sobre él. Sabía que ninguna de las naves destruidas en Kleopatra podía ser la *Cavadora*: era imposible que su familia pudiera haber llegado antes que la nave alienígena a la zona interna del Cinturón. Sin embargo, la mera existencia de la chatarra espacial había desencadenado una oleada de oscuras posibilidades en su mente. ¿Y si la nave alienígena había causado el mismo nivel de destrucción en el Cinturón de Kuiper? La familia de Víctor corría a una estación para advertir a la gente de que la nave hormiga iba de camino. ¿Y si las hormigas habían atacado la estación justo antes de que llegara la *Cavadora*?

No era la primera vez que Víctor imaginaba los peores escenarios posibles. No pasaba un día desde que dejara la *Cavadora* en que no imaginase un horrible accidente en la nave. Pero siempre, cada vez que esos pensamientos lo acometían, la confianza en su familia siempre le permitía dejar de lado sus miedos. Su padre los mantendría a salvo, pensaba. Todos trabajarían juntos. Estarían bien. Eso era lo que hacía la familia. Sobrevivían. Lo habían hecho siempre. Cuando los sistemas críticos fallaban y el peor resultado parecía inminente, la familia siempre encontraba un modo de superarlo. Su padre nunca había fallado en ese aspecto. «No debería preocuparme», se decía siempre. Todavía no. No hasta que tenga motivos. Bueno, ahora tenía motivos. Las imágenes de las naves destruidas en la zona interna del Cinturón daban nueva vida a todos los horribles desenlaces imaginados.

Víctor se llevó las manos a los ojos cerrados. Por favor, Dios, que estén vivos. Que papá y mamá y Mono y Edimar y todos estén vivos.

Se arrebujó en la manta y trató de desechar aquellos pensamientos. Su padre los mantendría a salvo. Nunca les había fallado.

Cuando el sueño lo venció, vio cientos de hormigas reptando por la superficie de la *Cavadora*, abriendo las escotillas y destrozando el blindaje. Se colaban por los agujeros que practicaban, amontonándose, pasando unas por encima de otras, avanzando hacia la bodega de carga, recorriendo los pasillos, hambrientas, decididas, las mandíbulas abiertas, los brazos extendidos, retorciéndose en una repulsiva oleada de cuerpos escurridizos y patas de insecto. Irrumpían por las puertas del puente y se colaban en el interior, donde sus padres y toda la familia se acurrucaba en un rincón, asustados, gritando, desesperados, los brazos alzados para protegerse.

La noticia de la oficina de Ukko llegó a la mañana siguiente mientras Víctor desayunaba con Imala en la sala de observación.

—Ha accedido a vernos —dijo Prescott—. Tiene una rueda de prensa esta tarde, y su secretaria dice que después nos concederá cinco minutos.

—¿Cinco minutos enteros? —dijo Imala—. Vaya, me alegra oír que el destino del mundo ocupa tanto del precioso tiempo de Ukko Jukes.

—Tenemos suerte de conseguir tanto —observó Prescott—. Tuve que discutir con su secretaria para que me incluyera en su agenda. Quería citarnos para dentro de dos semanas.

—Puede que para entonces la Luna ya no exista.

—Eso es lo que le dije. Atrajo su atención.

—¿Le dije que se trataba de una invasión alienígena? —preguntó Víctor.

—Si lo hubiera hecho se habría reído en mi cara y habría apagado el holo. La expresión «invasión alienígena» suena ridícula.

—Pero es cierta —dijo Imala.

—Solo pude poner el cebo —contestó Prescott—. Le dije que habíamos hecho el mayor descubrimiento científico desde hace siglos y que si el señor Jukes lo anunciaba al mundo sería considerado un héroe internacional. Eso avivó su interés.

—Si ya tiene una cita con la prensa —dijo Víctor—, deberíamos verlo antes. Así podríamos comunicar el aviso inmediatamente.

—Imposible. Para empezar, no es el tipo adecuado de prensa. Son todos periodistas técnicos y bloggers industriales. Ukko va a mostrar algo que la compañía ha estado desarrollando. Cuando salgamos al mundo con nuestra historia tendrá que ser con todos los grandes grupos y redes de noticias. Ukko querrá ofrecer un buen espectáculo. Además, no aceptará acudir a la prensa hoy, aunque nos crea. Primero querrá más pruebas.

—¿Más pruebas? —dijo Víctor—. ¿Cuántas más necesita la gente?

—Ukko es cauteloso —respondió Prescott—. Querrá pruebas incuestionables por parte de sus propios hombres. Las pruebas presentadas por un minero libre tienen poco peso. Las examinará con lupa. No pretendo ofenderle. Las cosas son como son.

—Pero ustedes han recopilado pruebas —dijo Imala.

—Pruebas de naves destruidas —precisó Prescott—. Eso demuestra que ha habido un incidente. No demuestra quién es responsable.

—Cinco minutos no es mucho tiempo para convencerlo —dijo Víctor.

—Solo hay que despertar su curiosidad. Cuando crea que es posible, hará a un lado toda su agenda y le concederá todo el tiempo del mundo.

Prescott pidió un vehículo y regresaron a la superficie. La oficina de Ukko estaba bajo tierra, dentro del sistema de túneles de Juke, pero a tanta distancia que a Prescott le parecía más rápido volar hasta la estación de ataque más cercana a la oficina y luego recorrer los túneles.

Después del breve vuelo, volvieron a internarse bajo la superficie y entraron en un ala de los túneles mucho más elegante y brillantemente iluminada. Allí los suelos eran de madera con fuertes imanes subyacentes que atraían las grebas y les permitían

andar normalmente a pesar de la baja gravedad lunar. Había sillones y sofás de cuero, plantas en macetas y arte abstracto, tapices y techos en forma de bóveda, enormes esculturas de hierro extraído en los asteroides de lo más profundo del Cinturón, todo iluminado por suaves plafones que conferían al ala un aire prestigioso. Dentro, la roca lunar había sido tallada a semejanza de un arrecife de coral, y anguilas y otras vibrantes criaturas acuáticas de brillantes colores nadaban recorriendo huecos y agujeros apenas más grandes que el puño de Víctor.

Ese lugar, más que ningún otro, lo asqueaba. Todo ese dinero, toda esa extravagancia. Allá en el Cinturón las familias de mineros libres trabajaban como esclavos para arrancar suficientes terrones para dar de comer a sus hijos, solo para que corporaciones como Juke Limited llegaran, les arrebataran su *claim* y expulsaran a la familia. ¿Y qué hacían aquellos hijos de puta de Juke con ese dinero? Pagaban peceras y esculturas y suelos de madera y vivían como reyes en sus palacios mientras la gente honrada pasaba hambre.

—Son preciosos, ¿verdad?

Víctor se apartó del cristal y se encontró cara a cara con una mujer de treinta y tantos años. Llevaba una larga y recatada falda formal y una blusa suelta, y apretaba un holopad contra su pecho.

—Esa es una morena leopardo —dijo, señalando una anguila con vívidas franjas rojas y manchas blancas y negras—. Parecen feroces con ese morro y esos dientes afilados, pero son bastante inofensivas. Nunca molestan a los humanos: prefieren zamparse peces pequeños.

—Los grandes se ceban con los pequeños —dijo Víctor—. Deben de sentirse como en casa.

Ella lo miró con curiosidad antes de extenderle la mano.

—Soy Simona, secretaria personal del señor Jukes. Imagino que viene usted con el doctor Prescott. —Señaló la mesa al otro lado de la sala, donde Imala, Yanyu y Prescott estaban hablando con la recepcionista.

—Hemos venido a ver al señor Jukes —dijo Víctor.

Ella examinó su mono de Juke Limited.

—¿Trabaja en el observatorio? No recuerdo haber visto su foto en el archivo.

—No trabajo allí —contestó él simplemente. No le gustaba que lo cuestionara. Parecía amistosa, pero estaba intentando sonsacarle información.

—El doctor Prescott dice que esta noticia suya es el mayor descubrimiento en siglos —dijo Simona.

—No exagera.

Un puntito de luz roja en el dorso de su holopad destelló un instante, y entonces Simona miró su aparato. Lo pulsó y luego se volvió hacia Víctor.

—Víctor Delgado. Ese es su nombre, ¿verdad? —Volvió la pantalla y le enseñó la

foto que el DCL le había hecho al arrestarlo. A su lado estaba la foto que ella acababa de tomarle. El programa de reconocimiento facial había unido las dos—. Aquí dice que está usted en un centro de retención del DCL esperando a ser deportado de vuelta al Cinturón. Pero viendo que está aquí delante, voy a suponer que ha conseguido que lo soltaran. —Miró hacia la mesa. La recepcionista la estaba señalando—. Conozco al doctor Prescott y a Yanyu —continuó—. Pero la otra es un misterio. —Señaló su holopad, sacó otra foto y leyó los resultados—. Imala Bootstamp. Actualmente suspendida en el DCL. Esto se vuelve muy curioso por momentos.

Prescott y las dos mujeres se acercaron.

Simona los saludó, aunque a Víctor su sonrisa le pareció falta de sinceridad.

—Lo han conseguido —dijo—. Bien. La cosa irá de la siguiente manera: la agenda del señor Jukes está repleta. Se sentarán al fondo del estudio y no harán ningún ruido durante la presentación. Cuando la holotransmisión haya terminado, el señor Jukes se acercará a ustedes. Tendrán cinco minutos. Pero antes de continuar, necesito saber cuál es la implicación de estas dos personas. —Señaló a Víctor e Imala.

—Nos llamaron la atención sobre el tema —dijo Prescott.

—¿Y cuál es el tema?

—Ya hablamos de esto en el holo, Simona. Nuestro mensaje es para el señor Jukes.

Ella señaló a Víctor.

—Este joven tiene un historial penal bastante amplio y podría ser un fugitivo. No voy a conducirlo ante el señor Jukes hasta que me lo expliquen. —Se cruzó de brazos y alzó las cejas, esperando que alguien hablara.

—Vi algo en el espacio profundo —dijo Víctor—. Allá en el Cinturón de Kuiper. Cogí una nave rápida para llegar a la Luna y avisar, y me arrestaron con acusaciones ridículas. Las tiene ahí delante. Puede leerlas usted misma. Eso no hace que mi historia sea falsa.

—¿Qué vio?

Víctor miró a los demás. No sabía hasta dónde llegar. Imala le ahorró el dilema.

—Sé que solo está haciendo su trabajo, Simona —terció—, pero no tenemos tiempo para esto. En el Cinturón han muerto miles de personas. Tenemos pruebas y sabemos por qué. Si no nos lleva ante Ukko Jukes y él no hace algo para ayudarnos a alertar al mundo, millones o tal vez incluso cientos de millones de terrícolas podrían ser los siguientes. Si eso sucede, entonces los supervivientes buscarán los cadáveres de sus esposas e hijos muertos y se preguntarán por qué Ukko Jukes no hizo algo cuando tuvo la oportunidad. ¿Y sabe qué les diremos? Les diremos la verdad. Les diremos que Simona jugó a ser la celosa guardiana y nos expulsó porque el ocupadísimo Ukko Jukes no tuvo cinco minutos para salvar al mundo.

Simona se quedó mirando a Imala, los labios fruncidos, reflexionando.

—Muy bien —dijo por fin—. Sígueme. —Chasqueó los dedos, giró sobre los talones y los condujo por un pasillo tras la mesa de la recepcionista hasta una enorme sala casi vacía.

Las luces estaban apagadas, salvo una serie de focos que colgaban de un entramado al fondo de la sala. Bajo los focos había un gran holocampo esférico de tres metros de diámetro. Ukko Jukes estaba de pie inmóvil en el centro, mientras una maquilladora le frotaba la frente con una esponjita blanca. Palabras flotantes corrían en el aire delante de Ukko, que parecía estar silabeando el texto, ensayando.

De niño, en la *Cavadora*, Víctor temía el nombre de Ukko Jukes. Cada vez que un vigía localizaba una nave Juke en las inmediaciones, Víctor sabía que eso significaba problemas y a veces incluso violencia. A los cuatro o cinco años, Víctor creía que Ukko capitaneaba él mismo todas aquellas naves, gritando órdenes desde el puente como un guerrero gigantesco y amenazador. E incluso más tarde, cuando Víctor descubrió la verdad de quién era Ukko Jukes, el mismo nombre siguió teniendo un aire de amenaza y peligro.

Pero aquí estaba ahora, más bajo de lo que esperaba, con el pelo blanco y algo escaso y una barba blanca recortada, acompañado por una mujer que le untaba las mejillas de maquillaje. Víctor casi se echó a reír al pensar que había llegado a temer a un hombre semejante.

Simona se llevó un dedo a los labios y los condujo al fondo de la sala, donde había unas sillas en la oscuridad. La mayoría estaban vacías, pero algunas estaban ocupadas por gente que parecía ayudar con la producción. Víctor ocupó un asiento junto a Imala y esperó. Le molestaba estar allí sentado y ver a esa gente dedicarse a algo tan nimio. Fuera cual fuese esa producción, carecía de sentido comparada con lo que se avecinaba.

Una mujer con cascos y un holopad pidió silencio, y Ukko despidió a la maquilladora con un brusco gesto con la mano. La mujer se escabulló mientras alguien en las sombras iniciaba una cuenta atrás desde diez. Al llegar a cero, una docena de cabezas aparecieron en el holocampo delante de Ukko, todas sonrientes y amables. Ukko los saludó a todos cordialmente, les dio las gracias por su tiempo, y a continuación el texto de presentación apareció ante él.

—Hoy es un día especial en la historia de nuestra organización. Durante los últimos veinticinco años, Juke Limited ha liderado la minería en el espacio, extrayendo cientos de millones de toneladas de minerales al año y ayudando a desarrollar todas las economías del mundo. Algunos podrían decir que si no está roto mejor no arreglarlo. Pero Juke Limited nunca dejará de innovar. Incansablemente buscamos nuevos métodos para que nuestra industria sea más eficiente y más productiva. Hoy les ofrezco una prueba de eso. Hoy la industria minera espacial da

un revolucionario salto adelante.

Junto a él, en el aire, apareció un retrato familiar: un padre, una madre y tres niños pequeños, todos sentados bajo un árbol y sonriendo a la cámara.

—Pregúntense, ¿cuál es el recurso que más desperdiciamos en el espacio? ¿Es el oxígeno? ¿El combustible?... No. Es el tiempo. Desperdiciamos millones de horas humanas buscando asteroides viables. Cada una de nuestras naves prospectivas tiene una tripulación de diez a veinte hombres y mujeres que pasan meses en el espacio, a menudo con poco o nada que conseguir. Eso se traduce en tiempo perdido con sus cónyuges e hijos. Lo que necesitamos es un modo más cómodo, más rápido y menos caro de determinar el contenido en minerales de un asteroide. ¿Está lleno de ricos metales ferromagnéticos? ¿O es una roca sin valor? Hoy, damas y caballeros, les ofrezco la solución. La respuesta a todo ese tiempo desperdiciado.

El retrato familiar desapareció. Ukko caminó hacia su izquierda, y el holocampo y el entramado de luces se movió con él. Se detuvo ante un objeto no más grande que un deslizador cubierto por una sábana negra. Víctor no lo había advertido antes en la oscuridad. El entramado de luces se elevó y el holocampo multiplicó por cinco su tamaño original, de modo que ahora incluyó el objeto envuelto.

—Damas y caballeros, les presento el primer dron minero espacial del mundo... ¡El *Vanguard*!

Ukko hizo un gesto con el brazo y la sábana negra voló hacia atrás, revelando un pequeño vehículo blanco y estilizado que chispeaba con sus focos rotatorios.

—Trabajando como explorador, el *Vanguard* buscará asteroides ricos en minerales por control remoto y con rumbos de vuelo programados. Al disparar desde el espacio bots cavadores no mayores que una manzana a la superficie del asteroide, el *Vanguard* podrá determinar el contenido mineral aproximado de este. La información se transmitirá entonces a Juke. Si el contenido mineral es lo bastante alto y el asteroide lo bastante grande, se enviará una cuadrilla de mineros para la extracción inmediata del mineral.

Las cabezas flotantes del holocampo empezaron a hacer preguntas. Según las iban haciendo, Ukko acercaba la cabeza y la ampliaba. ¿Con qué combustible operaba? ¿Cuánto estaría en funcionamiento? ¿Cómo se vuela con seguridad por control remoto si hay un desfase de tiempo entre el *Vanguard* y el cuartel general? ¿Qué sucederá con todas las cuadrillas prospectivas? ¿Se quedará esa gente sin trabajo?

Ukko respondió con habilidad todas las preguntas, como si las esperara. No, las cuadrillas no perderían su trabajo. Los drones aumentarían el descubrimiento de minerales y por tanto aumentarían la necesidad de cuadrillas mineras. Todos esos empleados serían destinados a naves mineras.

Bueno, ¿no desmontaba eso todo el argumento de «ahorrar tiempo»? quiso preguntar Víctor. ¿Cómo ibas a darle más tiempo a la gente para que estuviera con

papá querido si los vas pasando de una nave a otra y los mantienes el mismo tiempo en el espacio?

Pero ninguno de los periodistas pareció advertir ese detalle. Los datos técnicos y el potencial de eficacia aumentado los tenían prácticamente salivando. Para cuando terminaron las preguntas, todos los periodistas aplaudieron con entusiasmo. Ukko les dio las gracias por su tiempo, les prometió paquetes con más datos y fotos para sus artículos, y se despidió de ellos.

Cuando el último periodista se apagó, el holocampo desapareció, las luces de la sala se encendieron y el pequeño equipo de producción corrió a felicitar a Ukko. Él tomó la botella de agua que le ofrecían y dio un largo trago, ignorando los halagos. Cuando Simona se acercó y le susurró al oído, Ukko se detuvo, escuchó y miró en dirección a Víctor. Un momento más tarde Simona sacaba al equipo de producción de la sala.

Cuando estuvieron a solas, Ukko sonrió, se acercó a Prescott y le puso una mano en el hombro.

—Richard, qué maravillosa sorpresa. No te he visto desde la Expo de Espacio Profundo. Espero que Linda esté bien.

—Sí, señor. Gracias por preguntarlo.

Ukko continuó saludando. Sin mirar el brazo derecho lisiado de Yanyu ni dar ninguna indicación de que lo había advertido, ofreció la mano izquierda, que era la mano que ella prefería para saludar a la gente.

—Y Yanyu —dijo sonriendo afectuosamente—, una de nuestras valiosas ayudantes de posgrado. Solo oigo cosas buenas de todo lo que estás haciendo por nosotros en el laboratorio. Sigue así. Siempre habrá un lugar en Juke para los mejores y más inteligentes. O como mi equipo de finanzas los llama, «productores de beneficios». —Hizo un guiño y siguió adelante.

Ukko se volvió hacia Imala y no pareció sorprendido de verla. Cogió amablemente su mano entre las suyas.

—Imala Bootstamp. La última vez que hablamos creo que rechazó mi generosa oferta de trabajo.

En el DCL, Imala se había enterado de que los auditores recibían dinero en negro por parte de Juke Limited por ignorar las evasiones de impuestos y tarifas de la compañía. Ukko le había ofrecido un puesto para silenciar el escándalo, pero Imala lo rechazó y replicó con unas cuantas observaciones agudas.

—Lleva un mono de trabajo de Juke, Imala. Y viene acompañada por mis científicos. Me siento confundido. ¿Qué podía despertar el interés del Departamento de Aduanas y de dos de mis mejores astrofísicos?

—Un asunto de interés mutuo.

—Está claro. Y dígame, Imala, ¿cómo van las cosas en Aduanas? ¿Lamenta haber

rechazado mi oferta?

—Ya no estoy en Aduanas, señor Jukes. Al menos eso creo. Me dieron de baja administrativa, pero después de los acontecimientos de ayer, sospecho que me han dado la patada definitivamente.

—Lamento oír eso. Debe de acabar con esta costumbre de ser despedida, Imala. Su currículum va a convertirse en una lista de despidos. Eso pondrá nerviosos a quienes quieran contratarla.

Víctor notó que Ukko estaba disfrutando.

—Si puedo hacer algo para ayudar —añadió Ukko—, dar referencias quizás, hágaselo saber a Simona. Me gustaría pensar que mi opinión todavía tiene algo de peso en el mundo.

—Qué ofrecimiento tan generoso por su parte. Estoy segura de que estará ansioso por comentarle a otros lo que opina de mí.

—En efecto.

Se quedaron mirándose un instante, ambos manteniendo una máscara de amabilidad. Ukko finalmente desvió la mirada y se volvió hacia Víctor, ofreciéndole la mano.

—¿Y quién es este apuesto joven?

—Víctor Delgado.

—Encantado de conocerle, Víctor. ¿Está en mi nómina, o esto es también un préstamo? —Señaló el mono.

—Un préstamo. En realidad soy minero libre.

Ukko alzó una ceja.

—¿Minero libre? Interesante. Las sorpresas no cesan. Dígame, ¿pertenece a algún clan que yo conozca?

—Solo tenemos una nave. Mi familia no es lo bastante grande para ser considerada un clan.

—Comprendo.

—Trabajamos en el Cinturón de Kuiper. Nuestra nave se llama *Cavadora*.

—Un nombre español.

—Somos venezolanos.

—Un nombre adecuado para una nave minera. El Cinturón de Kuiper, dice. Pero está muy lejos de casa, ¿no?

—Podríamos decir que sí.

—Yo nunca he estado en esas profundidades. Sinceramente, nunca le he visto el atractivo.

—Hay menos corporaciones —dijo Víctor—. Eso es lo que hace que sea tan atractivo. Mi familia trabajaba en el Cinturón de Asteroides, pero las naves Juke nos empujaban tan a menudo que ya no pudimos sobrevivir allí. Es difícil ganarse la vida,

señor Jukes, cuando alguien te roba continuamente los pozos mineros.

Simona se envaró. La expresión de Ukko no varió.

—Sí, bueno, lamento oír que su familia lo ha pasado mal. Me alegra saber que les va mejor en el espacio profundo.

—No he dicho que nos fuera mejor, señor Jukes. No es así. Nos iba mejor, pero entonces su hijo Lem nos echó de un asteroide, estropeó nuestra nave y mató a un miembro de nuestra tripulación.

—Víctor —protestó Imala—. No hemos venido para eso.

La sonrisa desapareció del rostro de Ukko. Dirigió una mirada a Simona, que tenía los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—Le aseguro, señor Jukes, que no sé de qué está hablando este hombre.

—¿Qué demonios es esto? —dijo Ukko, volviéndose hacia Prescott.

Prescott abrió la boca para responder, pero Ukko se volvió de nuevo hacia Víctor.

—¿Qué sabe de mi hijo? ¿Se trata de algún intento de chantaje?

—¡Marcus! —dijo Simona.

Un guardaespaldas entró en la sala. Ukko alzó una mano, deteniéndolo, perforando ahora con la mirada a Víctor.

—Tienes tres segundos para explicarte, muchacho, o no te gustará cómo acabará esta conversación.

—De tal palo tal astilla —dijo Víctor. Las palabras brotaron de él impulsivamente.

Las mejillas de Ukko se ruborizaron y su expresión se endureció.

—Los chupadores de rocas sois todos iguales. Paganos ignorantes y pomposos.

—Esto no nos está ayudado en nada, Víctor —intervino Prescott—. Lo necesitamos.

Víctor miró a Prescott, consideró sus palabras, resopló y se volvió de nuevo hacia Ukko.

—No hemos venido a hablar de su hijo. Hemos venido a discutir...

—Al demonio con lo que hayáis venido a discutir —dijo Ukko—. Si mencionas a mi hijo, explícate.

—Bien. Hace unos diez meses, la nave de su hijo empujó a la nuestra durante nuestro período de sueño, cortó nuestras líneas de anclaje y nos expulsó de una roca. Uno de sus láseres cortó un sensor externo, que golpeó y mató a mi tío.

—Eso es mentira.

—No es ninguna mentira. Sucedió justo delante de mis narices.

Ukko sacudió la cabeza.

—Mi hijo no os empujaría. No tenía ningún motivo para hacerlo. No está en una misión minera. Si por un momento piensas que puedes sacarme dinero con una historia inventada...

—Puedo describir la nave —dijo Víctor—. Estaba haciendo un paseo espacial cuando nos golpeó. Me golpeó a mí también. Le eché un buen vistazo.

—Cualquiera con acceso a los archivos de vuelo aquí en la Luna podría averiguar en qué tipo de nave está mi hijo. Eso no demuestra nada. —Dio un paso hacia Víctor, la sonrisa ácida—. ¿Crees que eres el primer destripaterrones que intenta chantajearme?

Víctor no cedió, aunque se dio cuenta de lo increíblemente estúpido que estaba siendo. Si perdían a Ukko como aliado, o peor aún, si lo convertían en su enemigo, nunca lograrían difundir el aviso a tiempo.

—Si no me cree —dijo—, puede preguntarle a él cuando regrese a la Luna. Suponiendo que no esté muerto ya.

El color desapareció del rostro de Ukko.

—¿Qué estás diciendo? ¿Amenazas a mi hijo?

—No estoy amenazando a nadie, señor Jukes. Pero hay algo ahí fuera que sí. Lo mismo que ha amenazado a todas las naves del Cinturón y ha destruido a un buen número de ellas. Por eso estamos aquí. Sé qué es lo que está causando la interferencia. Y si no nos ayuda usted a hacer algo pronto, a todos nos espera un mundo de dolor y desolación.

Mazer

El teniente Mazer Rackham cruzó corriendo la pista hacia donde esperaba el HERC y saltó al asiento del copiloto. Eran las tres de la mañana, y una capa de nubes que flotaba sobre el mar de Tasmania había cubierto la Luna y dejado al campamento militar Papakura sumido en una oscuridad casi total. Mazer se puso el casco y conectó su VCA mientras los otros tres miembros de su unidad subían a bordo y hacían lo propio. Un holo del HERC apareció en el aire ante él, salpicado de puntos intermitentes. Seis meses atrás el equipo había tardado diez minutos en establecer la secuencia de prevuelo. Ahora podían hacerlo en veintisiete segundos.

Mazer parpadeó para dar las órdenes a fin de iniciar la secuencia y vio que Reinhardt, el piloto, hacía lo mismo. ¿Aviónica? Comprobado. ¿Espolones de carga? Comprobado. ¿Lentes gravitatorias? Comprobado.

El HERC (o helicóptero de recuperación de equipo pesado) era un recogedor, un aparato de vuelo bajo diseñado para internarse en territorio hostil con la misión de recoger tropas, vehículos o suministros y salir de allí lo más rápido posible. Como se empleaba principalmente para labores de extracción y no de combate directo, no iba demasiado armado. Sin embargo, lo que le faltaba en grandes cañones lo compensaba con su blindaje. En la base bromeaban diciendo que un tanque y un helicóptero habían hecho guarrerías en los matorrales y el HERC había salido nueve meses más tarde.

Sin embargo, llamar al HERC un simple tanque volante era un insulto a su diseño. Creado por Juke Limited, era el mejor aparato gravitatorio que usaba lentes para desviar las ondas de gravedad de la Tierra y envolverlas a su alrededor. Las lentes no eran mecánicas como las de cristal que refractaban la luz, sino más bien campos creados por un punto central. Ajustando la forma del campo, controlaba la dirección en que se enfocaban o se desviaban las ondas gravitatorias. El resultado era que el aparato sufría menos gravedad. Flotaba. Volaba sin alas. Y como las lentes de gravedad se ajustaban continuamente para mantener la verticalidad sobre la superficie de la Tierra, todo lo que hacía falta para que el HERC se impulsara era un medio de

propulsión, que proporcionaba el motor jet trasero.

No obstante, eran necesarios unos ordenadores muy potentes para ajustar continuamente la dirección, foco y fuerza de las lentes de gravedad. Y los ordenadores, cuando se los zarandeaba en combate, tenían tendencia a fallar. Como medida de emergencia, por si las lentes cedían y el aparato caía como una piedra, Juke Limited había instalado aspas también. Cuando no se usaban, las aspas se plegaban en una sola que se extendía hacia atrás en paralelo al fuselaje central, como si fueran alas de cucaracha. Podían desplegarse en 0,3 segundos, lo cual, en grandes alturas, era tiempo más que suficiente para mantener al HERC en el aire. Pero como el HERC era casi exclusivamente un aparato que volaba bajo, a no más de unos veinte metros por encima de los árboles, para evitar ser detectado por el enemigo, las aspas de emergencia no se desplegarían lo suficientemente rápido para salvar a la tripulación. En todo caso, simplemente reducirían el impacto. E incluso entonces harían más mal que bien. Cuando golpearan el suelo los efectos de torsión de las aspas volcarían el aparato o intentarían clavarlo en el suelo. Casi era mejor desplegar los enormes paracaídas de emergencia, mantener las aspas desconectadas y rezar para que los airbags te salvaran la vida.

Mazer trató de no pensar en estrellarse y se concentró en la misión que los ocupaba. La orden había llegado directamente del Departamento de Defensa hacía seis meses. El NZSAS, o Servicio Aéreo Especial de Nueva Zelanda, la rama de las fuerzas especiales de los militares kiwi destinados en Auckland del Sur, tenía que someter al HERC a una rigurosa serie de pruebas de campo para determinar la capacidad de combate del aparato.

Mazer había sido nombrado líder del equipo, algo que había supuesto toda una sorpresa. Carecía de formación como piloto de pruebas, y llevaba menos de dos años con el NZSAS. Por lo que sabía, había una fila de hombres de un kilómetro de largo que estaban más cualificados.

—No dejes que se te suba a la cabeza —le había dicho Reinhardt—. Cuando el coronel asigna este tipo de misiones, no significa que te aprecie. Significa que eres sacrificable. ¿Crees que quieren que sus mejores tipos mueran en los campos de pruebas? Demonios, no. Quieren que nosotros les ahorremos el trabajo. Somos conejillos de Indias, Rackham. Dummies para choques. Los últimos monos de la jerarquía.

Era una broma, naturalmente. No había jerarquías en el NZSAS. Todos eran iguales. Había cadenas de mando, sí, pero nadie imponía su rango o se escaqueaba de las misiones molestas cargándoselas a los novatos. En la unidad, ningún trabajo era indigno para ningún soldado. Si había que cavar una letrina, el coronel Napatu agarraba una pala igual que todos los demás.

—Comprobado y despejado —dijo Reinhardt, terminando la secuencia de

prevuelo.

—Comprobado y despejado —repitió Mazer.

Tras la cabina, Patu golpeó dos veces en el suelo con la culata de su fusil.

—Pongámonos en marcha y acabemos con esto de una vez. Llevo treinta y seis horas sin dormir.

Junto a ella, Fatani cerró los ojos y apoyó la cabeza en el reposacabezas.

—Tampoco nosotros hemos dormido, Patu. Todos necesitamos nuestro baño de belleza. —Fatani era ciento veinte kilos de músculo polinesio y más de dos metros de altura. Las correas de seguridad sobre su pecho estaban extendidas al máximo, pero incluso así le quedaban justas.

—¿Tú intentando un baño de belleza, Fatani? —preguntó Reinhardt con sorpresa fingida—. Debes de sufrir insomnio severo.

—Tú búrlate, Reinhardt. Ya veremos cuánto te ríes cuando deje caer tu flaco culo desde lo alto de esta bañera a trescientos veinte kilómetros por hora.

—Solo te matarías. Estos pájaros suelen estrellarse sin piloto.

—Sé pilotar tan bien como tú.

—Claro, y para cuando llegases hasta este asiento ya te habrías estrellado contra el suelo.

—Entonces moriría con una sonrisa en la cara, sabiendo que tú habías muerto antes.

—Ya vale de testosterona —dijo Patu—. ¿Podemos irnos ya, por favor?

—Río Azul, Río Azul —dijo Mazer a su casco—. Aquí Liebre. Despejados y listos para volar, cambio.

—Roger, Liebre —respondió la radio—. Podéis despegar. Código de secuencia de la misión: lima tango cuatro cero siete foxtrot, cambio.

Mazer introdujo el código en su VCA y repitió la secuencia al controlador. Aparecieron ventanas de datos mientras el ordenador aceptaba el código y abría el archivo de la misión. Mazer parpadeó la orden para enviar los archivos a los demás. Un reloj en la esquina derecha de su VCA empezó a contar los segundos desde cero. Al parecer, era una misión cronometrada.

Reinhardt arrancó el motor trasero, y Mazer notó la familiar sensación mareante en el estómago cuando el HERC se abalanzó sobre la pista y se dirigió al norte. Se sobrepuso a la sensación y se concentró en los datos.

—El objetivo es latitud negativo treinta y siete grados, cero minutos, veintiuno coma siete siete dos dos segundos. Longitud ciento sesenta y cinco grados, diez minutos, treinta y siete punto cinco uno seis dos segundos.

—Coordenadas confirmadas —dijo Patu.

—Identifica el objetivo —dijo Fatani.

El HERC se alzó otros quince metros mientras se acercaban a la línea de árboles,

dirigiéndose a las montañas de la cordillera Hunua y dejando atrás el aeródromo. Por instinto, Mazer apoyó una mano en el panel de instrumentos para sujetarse.

—El objetivo es un AT-90 Copperhead. Dos tripulantes. Ambos gravemente heridos.

Los Copperheads eran tanques de asalto con suficiente potencia de fuego para arrasarse una ciudad pequeña. También eran ridículamente pesados y difíciles de manejar debido a su diseño ancho y plano.

—¿A quién le toca el turno de hacer de médico? —preguntó Fatani.

—A ti —respondió Patu—. Y no pidas que te sustituya. Curé y puse vendas a los dos últimos grupos.

—Será mejor que no sangren —dijo Fatani—. Odio a los que sangran.

Para las pruebas de campo y ejercicios de guerra como este, los del NZSAS usaban maniqués de goma para representar las bajas. Mazer y su unidad tenían que tratar a los maniqués como soldados de verdad y administrar primeros auxilios como parte del ejercicio. Los que sangraban eran los peores. Cargados de pegajosa pintura roja, luego había que estar de dos a tres horas lavándose y ponían a todo el mundo de mal humor.

El tanque Copperhead sería también falso. Probablemente un autobús calcinado o un ATV sacado de un desguace y cargado con suficiente peso para parecer un Copperhead. El coronel no utilizaría uno de verdad, arriesgándose a dañarlo.

—¿De qué va el rollo, teniente? —preguntó Reinhardt—. ¿Esta operación es un examen final o algo? ¿Por qué tanto secretismo?

—Ni idea —respondió Mazer—. El coronel dijo que estuviéramos listos para volar a las 0300, y que entonces nos darían las órdenes.

—Me parece raro —dijo Fatani—. Normalmente somos los que diseñan las pruebas de campo. Y ahora de repente el coronel lo hace por nosotros. Ningún informe previo. Ninguna preparación. Solo subir a bordo y esperar las órdenes.

—El combate no es diferente —dijo Patu—. Para mí tiene todo el sentido del mundo. Los jefazos quieren ver cómo se comporta el HERC cuando no controlamos todas las variables. Pensadlo. Antes de hacer una prueba, lo decidimos todo. Adónde vuela, qué tiempo hace, dónde está el enemigo, cuáles son sus capacidades. Pero ¿qué equipo en combate real va a tener todos esos datos?

—Al menos los pilotos deberían saber qué tiempo va a hacer —observó Reinhardt—. Es lo primero que te enseñan en la escuela de vuelo. Cuando los limpiaparabrisas se mueven, es que está lloviendo fuera.

—Eres tronchante —dijo Patu.

—Solo estoy diciendo —insistió Fatani— que si esto es una especie de examen, habría estado bien saberlo con antelación.

—Tiene que serlo —dijo Patu—. Por eso no nos han dejado dormir. Quieren

saber si unos pilotos agotados volando con datos limitados pueden realizar una misión con un HERC.

—Si ese es el caso, entonces nos están evaluando a nosotros tanto como al HERC —dijo Fatani.

—No importa —repuso Mazer—. Haremos lo que hacemos siempre. Recoger el objetivo y traerlo a casa.

La naturaleza secreta de la misión no molestaba a Mazer. Estaba acostumbrado a pruebas psicológicas esporádicas como esa: era algo propio de las fuerzas especiales. Alguien te hacía correr hasta el borde del agotamiento y luego te negaba el agua y te mantenía en pie durante otras veinticuatro horas. O jugaban con tu cabeza de otra forma, aislándote, o soltándote en mitad de ninguna parte con una venda en los ojos para que regresaras a la base usando solo los otros sentidos. Comparadas con esas pruebas, esta misión sorpresa con el HERC era pan comido.

En el VCA de Mazer apareció un mensaje.

—Territorio hostil en tres punto cuatro kilómetros —anunció.

Y al siguiente segundo se produjo un destello y una explosión cuando una bengala explotó a tres metros de la cabina. Las bengalas se usaban como misiles superficie-aire (o STA) en los juegos de guerra. No era más que exhibición, sin metralla, pero de cualquier forma sobresaltó a todos.

—¡Joder! —dijo Reinhardt, empujando la barra de control hacia delante y lanzando al HERC a un descenso que les volteó los estómagos.

—¡Eh! —dijo Patu, chocando contra su asiento—. Cuidado con las picadas.

Mazer se agarró a la barra de la ventana y trató de concentrarse en los datos de su VCA.

—Yo diría que tenemos mala información —comentó Reinhardt—. Ya estamos en territorio hostil.

Dos explosiones más iluminaron el cielo nocturno, una a cada lado del aparato.

—¡Fatani! —gritó Mazer.

—Ya voy, ya voy.

Una sección del suelo bajo Fatani se deslizó, revelando la cabina del artillero bajo el HERC. Fatani manipuló el joystick de su asiento y bajó, con asiento y todo. Las montañas densamente arboladas de la cordillera Hunua corrieron bajo él, las copas de los árboles apenas visibles en la oscuridad. Fatani hizo un último ajuste, y el garfio superior de su asiento se encajó en la montura giratoria, suspendiéndolo en su lugar y dándole la posibilidad de girar y maniobrar en cualquier dirección. Una ventanita en el VCA de Mazer le mostró el punto de vista de Fatani, y por eso pudo ver cómo la culata del cañón láser se colocaba en posición y se fijaba en el arnés pectoral de su camarada.

—¡Listo! —gritó Fatani.

—Localizando objetivos —dijo Mazer.

Más STA falsos estallaban alrededor, y Fatani los fue borrando del cielo antes de que las bengalas pudieran explotar.

—Los jefazos están invirtiendo una pasta gansa en esta operación —dijo Reinhardt.

Mazer estaba pensando lo mismo. Esas montañas eran el patio de juego para los ejercicios del SAS desde hacía tiempo, pero nunca había oído hablar de ningún equipo que hubiera tenido que soportar tanta tensión en un único juego de guerra.

El fuego de las trazadoras se dibujó en el cielo por el nordeste. Las brillantes balas de pintura pasaron zumbando junto al parabrisas, sin alcanzar por los pelos al HERC. Fatani localizó la fuente medio segundo más tarde, alcanzó el cañón trazador con el láser y dejó inoperativo el cañón de tierra. Mazer vio los otros tres cañones trazadores en su VCA justo antes de que dispararan. Parpadeó indicándolos como objetivos para Fatani, y el asiento de la cabina de artillero giró y se balanceó a ritmo vertiginoso mientras Fatani disparaba varias veces. Reinhardt descendió más, oscilando a izquierda y derecha para evitar las trazadoras, volando a pocos metros por encima de los árboles.

—No olvides que estoy aquí abajo —dijo Fatani—. Esos pinos me arrancarán las botas si sigues descendiendo.

—Relájate —contestó Reinhardt—. Si chocamos contra un árbol te convertirás tan rápido en gelatina humana que no sentirás nada.

Durante tres kilómetros más esquivaron y maniobraron y eliminaron trazadoras y STA. Patu siguió maldiciendo a Reinhardt por sacudirlos tanto y casi matarlos a todos. Mazer empezaba a estar de acuerdo: las píldoras contra el mareo tenían un efecto limitado.

Entonces el HERC remontó una colina y lo vieron, allá en el valle sin árboles, no un vehículo de desecho que fingía ser un tanque Copperhead, sino un Copperhead de verdad. Todavía más extraño, recibía un intenso bombardeo desde la línea de árboles al norte.

Patu y Fatani respondieron sin vacilación, cubriendo con sus disparos los árboles. Los láseres eran inofensivos, nada más que un juego para marcar, pero todos se tomaron el ejercicio tan en serio como si fuera un combate real.

—Llévanos junto al tanque —pidió Mazer.

Una andanada de balas alcanzó al HERC y rebotó en su blindaje mientras Reinhardt los colocaba en posición sobre el tanque. Como las lentes de gravedad no tenían efecto en nada de lo que hubiera bajo el HERC, sino solo en lo que tenía encima, el tanque ni se movió. Del vientre del HERC, a cada lado de la cabina del artillero, cayeron gruesas barras amortiguadoras para impedir que resultara aplastado por la carga.

—Barras en posición —anunció Fatani.

—Iniciando espolones de carga —informó Mazer. Parpadeó la orden, y los enormes espolones a cada lado del HERC se extendieron hacia fuera desplegándose. Había tres espolones a cada lado, hojas en forma de garfio con un grueso almohadillado de goma en los filos. Mazer extendió las manos en el holocampo que tenía delante, en el salpicadero. Los espolones respondieron a los gestos de sus manos, avanzando y actuando como si fueran garras que envolvieron al tanque y lo levantaron del suelo. Reinhardt compensó con las lentes de gravedad y de repente el tanque estuvo en el aire.

—Asegurando la carga —dijo Mazer, parpadeando la orden. Bajo el tanque, los espolones opuestos se extendieron más hasta que llegaron a tocarse y se cerraron.

El fuego enemigo que llegaba desde los árboles había cesado ya, pero Patu continuó disparando para cubrirlos mientras el HERC viraba hacia el sur y se dirigía a casa.

Fatani y su asiento se alzaron y regresaron a su posición original. Entonces soltó el arnés de seguridad y el cable de su chaleco y se levantó del asiento. Sujetándose contra la pared, pulsó la orden para replegar la cabina, cuyas secciones de cristal se separaron y se retiraron, dejando un agujero en mitad del suelo del HERC. La escotilla del techo del Copperhead quedó a dos metros por debajo. Fatani se volvió hacia Patu y gritó por encima del rugido del viento.

—¿Seguro que no quieres hacerte cargo de los heridos?

—Afirmativo. No querría privarte de la oportunidad de alardear de tus maravillosas habilidades médicas.

Fatani suspiró.

—Ojalá no sean de los que sangran.

Se colocó encima del agujero y usó el cabestrante para bajar por la escotilla.

Mazer contempló las imágenes que llegaban desde la cámara del casco de Fatani mientras el hombre abría la escotilla y bajaba hasta el tanque. Dentro no había nadie sangrando. Ni siquiera eran maniqués. Había dos hombres vivos, ambos con cascos de seguridad y grueso acolchado. Mazer no reconoció a ninguno. Uno llevaba un traje de chaqueta, y el otro un uniforme pardo desconocido.

—Sargento Fatani —dijo el del traje—. Me alegro de verle. Estaba diciéndole al capitán Shenzu que es usted el mejor artillero del NZSAS.

Meritoriamente, Fatani respondió con un silencio modesto. El riguroso entrenamiento y la cabeza fría servían para esas situaciones.

—¿Alguno de ustedes está herido? —preguntó.

El hombre del traje soltó una risita y agitó una mano.

—No, no. Estamos bien. Hicimos que el coronel Napatu transmitiera esos datos para que vinieran ustedes aquí y nos sacaran. ¿Subimos? Al capitán Shenzu le

gustaría ver la cabina.

—Naturalmente —dijo Fatani, como si fuera la petición más natural del mundo.

Menos de un minuto después, Fatani había rodeado los pechos de los dos hombres con las correas de rescate. Entonces puso cuidadosamente en marcha el cabestrante y los subió al HERC. A esas alturas, Mazer se había levantado del asiento del copiloto y echó una mano para subirlos a la cabina.

—Teniente Mazer Rackham —dijo el hombre del traje—. Es un honor conocerle. Espero que nuestro pequeño Hércules haya cumplido sus expectativas.

Su acento era europeo, pero Mazer no logró situarlo.

—Parece que nos conoce a todos, señor. Sin embargo, nosotros no tenemos el honor de conocerle a usted.

—Mis disculpas. —Extendió una mano—. Heinrich Burnzel. Ventas globales. Juke Limited.

¿Un vendedor? Eso se estaba volviendo cada vez más extraño.

—Y este es el capitán Shenzu del Ejército Popular de Liberación —añadió Burnzel—. Un oficial muy respetado del ejército chino.

Shenzu hizo una leve reverencia y estrechó la mano de Mazer.

—Un vuelo muy impresionante, teniente. Vimos toda la maniobra en el holopad del señor Burnzel. —Su inglés era intachable y carente del menor acento.

Burnzel fue todo sonrisas mientras alzaba su holopad como prueba.

—El teniente Reinhardt es nuestro piloto —dijo Mazer—, pero me encargaré de transmitirle sus alabanzas. Por favor, ¿no quieren sentarse? Los arneses de seguridad están en los asientos eyectables. Deberíamos tener un vuelo sin sobresaltos, pero agradecería que se sujetaran como medida de precaución.

—Naturalmente —dijo Burnzel, la sonrisa pegada todavía en su rostro. Se sentó y empezó a abrocharse las correas—. Esperábamos también que pudieran demostrarle al capitán Shenzu lo rápido que podía ir el HERC con una carga pesada.

—¿Cómo dice?

—Oh, ya sabe. Háganos una pequeña demostración, teniente. Revolotee sobre el valle durante unos minutos. Impresiónenos. Pero sin hacer looping —dijo con una risita—. Dé un vuelco y perdamos antigraavedad. —Entonces se rio como si ese fuera el chiste más divertido del mundo.

Fatani ya había vuelto al interior del HERC. Mazer y él intercambiaron una mirada, y Fatani se encogió de hombros. Mazer pulsó la orden para cerrar el agujero del suelo y regresó a su puesto de copiloto.

—¿Quieres decirme qué está pasando? —preguntó Reinhardt entre dientes.

—Voy a averiguarlo —dijo Mazer. Colocó en su sitio el visor del casco—. Río Azul, Río Azul. Aquí Liebre. Objetivo asegurado y en el aire, cambio.

Esta vez la voz en la radio fue la del coronel Napatu:

—Liebre, aquí Río Azul. ¿Han asegurado a los pasajeros?

—Afirmativo. Recuperados y asegurados en la cabina, señor.

—Bien. No los sacudan demasiado. Tráiganlos con calma.

—Piden que les dé un poco de caña, señor. Quieren espectáculo.

—Negativo. Tráiganlos despacio. No vamos a inclinarnos ante un capullo corporativo más de lo imprescindible.

—¿Una demostración de ventas? —dijo Reinhardt. Patu, Fatani, Mazer y él se encontraban en el despacho de Napatu, todavía con sus uniformes de vuelo—. ¿La misión era una demostración de ventas?

—Los chinos están interesados en el HERC —dijo el coronel Napatu—. Querían verlo en acción antes de cerrar ningún trato con Juke Limited.

—¿Desde cuándo hace el SAS demostraciones para los chinos? —repuso Reinhardt—. Mire, no pretendo ofender, señor, pero pasamos un rato duro ahí fuera. Nada más que bengalas, sí, pero todos nos tomamos esta operación bastante en serio. Tuve que volar como un abejorro para evitar esas baterías. Podríamos haber enterrado el pájaro contra la falda de una montaña. ¿Y para qué? ¿Para alardear ante un capitán chino y un jefe de ventas trajeado que intenta cubrir su cuota mensual? Perdóneme por decirlo, señor, pero todo este asunto me parece una negligencia increíble.

Napatu se acomodó en su asiento, cruzó las manos sobre el estómago y ladeó la cabeza.

—¿Ha terminado, teniente?

Reinhardt se irguió y retrocedió un paso, las mejillas coloradas. Unió las manos a su espalda en posición de descanso.

—Sí, señor. Perdón por hablar con franqueza, señor.

—Como creo que tiene razón por estar molesto, perdonaré esa franqueza, teniente. Pero le recuerdo que un oficial del SAS sujeta la lengua igual que sujeta un fusil, sobre todo cuando se dirige a un superior.

—Sí, señor. Le pido disculpas, señor.

El coronel suspiró y se balanceó en su silla un momento.

—Siéntense todos. No me gusta verlos de pie de esa forma.

Mazer y los demás se sentaron en los sillones y el sofá situados frente al escritorio de Napatu, que apoyó los codos sobre la mesa y se frotó los ojos, sugiriendo que estaba tan falto de sueño como todos.

—Me encantaría que todos ustedes creyeran que el SAS es inmune a la mierda burocrática que asola al resto del ejército —dijo—. Y me encantaría que creyeran que yo, como comandante en jefe de esta unidad, tengo autoridad para decirle al Departamento de Defensa dónde pueden meterse todas esas órdenes estúpidas que tan a menudo nos echan encima. Pero como todos ustedes han cualificado bien alto en

inteligencia, saben que ambas aseveraciones son falsas.

Se acomodó en su asiento.

—El hecho es que somos una rama del ejército neozelandés, y cuando recibimos órdenes las cumplimos. Ese es nuestro deber. No cuestionamos esas órdenes. No expresamos en voz alta nuestra desaprobación. Obedecemos. Este asunto con el HERC vino directamente del general Gresham. Me llamó en persona hace dos días. Sus órdenes fueron claras. Darle a este capitán chino y al representante de ventas de Juke un buen espectáculo. Supuse que querían ver al HERC dar un par de saltos por la pista. De eso nada, dijo el general. Tenía que coordinar una extracción de vehículo pesado total. Mucho ruido, mucho pilotaje arriesgado, y los dos invitados de honor esperando dentro del Copperhead. Esa fue su petición explícita. No querían observar. Querían experimentar.

Suspiró y se frotó de nuevo los ojos.

—Como pueden comprender, expresé mis preocupaciones en lo referido a seguridad y responsabilidad. Lo último que necesita este país es que un oficial chino muera siendo nuestro visitante. Se vería maravilloso en las redes de noticias. Pero mis objeciones fueron ignoradas. Tenía que cumplir las órdenes al pie de la letra. Tampoco podía informar al equipo extractor del carácter único de su misión. Aunque acepto que todos ustedes recibieron un montón de sacudidas, ni por un momento sentí la menor preocupación. Reinhardt puede darle lecciones a cualquier otro piloto de esta unidad.

—Gracias, señor.

—Te está alabando el ego para que no te cabrees con él —dijo Patu.

—Me avergüenza admitir que funciona —sonrió Reinhardt.

—¿De qué iba esto, señor? —preguntó Mazer—. ¿Por qué está implicado el SAS en una venta a los chinos? Si Juke quería exhibir el HERC, ¿por qué no en sus propias instalaciones? Nuestro HERC no es el único que existe. ¿Por qué traer aquí a los chinos?

—Por varios motivos. Primero, los pilotos de Juke no son tan buenos como ustedes. No les estoy dando coba, es un hecho constatado. Juke sabía que aquí tendrían una presentación mucho más impactante. Segundo, los chinos querían ver a soldados en acción. Serán soldados los que piloten los suyos, y tienen mucho respeto por los SAS. Por eso, de hecho, querían que todos ustedes estuvieran privados de sueño. Piensan que un oficial SAS privado de sueño es equiparable a uno chino bien descansado.

Fatani gruñó.

—Lo dudo.

—Usted es una excepción a esa comparación, Fatani —dijo el coronel—. Es igual a cuatro oficiales chinos. Y no me refiero solamente a cuestiones de masa.

—Comprendo por qué a los chinos podría gustarles esto —dijo Mazer—, pero ¿por qué estaría de acuerdo el Departamento de Defensa? ¿Por qué hacerle un favor a los chinos? Creía que íbamos a ser los únicos propietarios de esta tecnología.

—Hice esas mismas preguntas. En primer lugar, no podríamos quedarnos con el HERC para nosotros solos ni aunque quisiéramos. Juke venderá la tecnología a todo el que quiera pagar por ella. El ejército norteamericano es lo bastante grande para forjar esos acuerdos con sus contratistas, pero nosotros no. Somos hormiguitas. Compraremos unas docenas de HERC como mucho, que apenas detendrán la línea de montaje de Juke. China es un gran comprador. Juke nos mandaría a la porra y nos dejaría sin nada si quisiera hacer un trato con los chinos. ¿Mi argumento? Nunca tuvimos ninguna posibilidad de quedarnos con esto en exclusiva. Y en cuanto a por qué accedimos al espectáculo, resulta que el SAS recibirá unos cuantos HERC gratis por las molestias.

Fatani silbó.

—¿Gratis? Considerando que el precio de un HERC es más que el producto interior bruto de la mayoría de los países del Tercer Mundo, yo diría que hemos hecho un buen trato. No está mal por una hora de trabajo.

Napatu se inclinó y frunció el ceño.

—Bueno, esa es la parte desagradable de esta conversación. Los chinos no pidieron solo una hora de trabajo.

—Esa expresión de su cara me hace pensar que no me va a gustar lo que va a decir a continuación —dijo Reinhardt.

Mazer pensaba lo mismo, pero se quedó callado.

—La principal razón por la que hicimos la exhibición para los chinos —dijo Napatu—, fue que los estaban poniendo a prueba a ustedes tanto como al HERC.

—Te lo dije —murmuró Fatani.

—¿Poniéndonos a prueba para qué? —quiso saber Patu.

Mazer respondió.

—Los chinos no solo quieren adquirir una flota de HERC, también quieren un equipo experimentado que entrene a sus pilotos y les enseñe a manejarlos.

—No jodas —dijo Reinhardt—. ¿Vamos a tener que hacer de niñeras de un puñado de pilotos chinos?

—¿Cuántos pilotos van a enviarnos? —preguntó Fatani.

—Ninguno —respondió el coronel—. Los chinos no van a venir aquí. Ustedes irán allá. Provincia de Guangdong. Sudeste de China. Será una misión de seis meses.

Nadie dijo nada. No era extraño que un equipo del SAS recibiera órdenes para llevar a cabo una misión cooperativa de entrenamiento conjunto (o JCET), pero eso no significaba que a todos les entusiasmara la idea.

Al notar la decepción en los demás, Mazer comentó:

—Es China, Reinhardt. Tienen secadores para el pelo y sábanas de seda. Creo que sobrevivirás.

Napatu cogió un cubo de datos de encima del escritorio y se lo ofreció a Mazer.

—Capitán Rackham, continuará usted como líder del equipo. Los objetivos de su misión están en el cubo. Informará a los demás en el avión. Despegarán a las 0900.

Mazer recogió el cubo, sorprendido.

—¿«Capitán», señor?

—Acaba de ser ascendido. No voy a tolerar que ningún oficial chino piense que tiene más rango que nadie de su equipo.

Eran las seis de la mañana cuando Mazer salió del despacho del coronel Napatu y cruzó la base en dirección al depósito de vehículos. Tres horas. Napatu les había dado tres horas para resolver sus asuntos antes de subir a un avión para cumplir una misión de seis meses en el extranjero.

Por eso nunca podría salir bien con Kim, se dijo. Por eso era ridículo considerar siquiera el matrimonio. Ninguna relación podía funcionar de esa forma.

Nunca habían hablado de matrimonio, pero sabía que Kim pensaba en el tema tanto como él. Era evidente en pequeños detalles de lo que hacía; la manera en que le sonreía a cualquier bebé que encontraban de paseo, o cómo mencionaba casualmente sus objetivos para el futuro, como querer una casa con balcón cuando se asentara, o cómo cultivaría sus propias verduras cuando se asentara. Esa era su expresión: «cuando me asiente». Nunca «cuando nos asentemos», pero el subtexto estaba allí de todas formas. La implicación era obvia. Estaba metiendo el dedo del pie en las aguas del matrimonio y viendo qué ondas producía.

Mazer siempre respondía como si no leyera ningún subtexto. Estaban hablando por hablar, nada más. Bueno, sí, una casa con balcón sería algo precioso. Pero no, los jardines eran un coñazo: estaban las malas hierbas que había que arrancar y los bichos, que rociar con insecticida y la arena, que rastrillar. Eso requería tiempo, y el tiempo era dinero. Prefiero comprar mi verdura, muchas gracias.

Era un juego que practicaban, un juego de compatibilidad. Y cuanto más lo jugaban, más convencido estaba Mazer de que nunca encontraría una pareja mejor.

Despertó al oficial de guardia del depósito de vehículos y sacó un coche. El trayecto de Papakura a East Tamaki fue rápido, y aparcó en la acera de enfrente de Medicus Industries a las siete menos diez. Sabía que ella estaría ya en su despacho; siempre iba temprano para aprovechar la jornada al máximo.

No la llamó. En cambio, pulsó tres veces su pad de muñeca para avisarla y luego observó la ventana del quinto piso. Ella apareció un momento después, sonrió y le hizo señas para que subiera. Mazer se dirigió a la puerta principal, esperó a que el holo apareciera en el recuadro, y tecleó la secuencia que ella le había enseñado. La

puerta se abrió y él cruzó el vestíbulo vacío hacia los ascensores.

Ella lo recibió en la quinta planta y le dio un ligero beso en la mejilla. Estaba tan hermosa como siempre, el pelo recogido en una coleta para mantenerlo apartado del rostro mientras trabajaba con sus holos todo el día.

—Qué agradable sorpresa, teniente —dijo. Su acento americano siempre le hacía sonreír.

—En realidad, ahora soy capitán.

—¿Desde cuándo?

—Esta mañana.

Ella alzó una ceja.

—¿De veras? ¿Con sueldo de capitán?

—Supongo que sí. No hubo mucho tiempo para discutirlo. ¿Por qué? ¿Necesitas un préstamo?

Ella sonrió, aunque él pudo advertir inmediatamente que el ascenso la inquietaba. Un ascenso inesperado a primera hora de la mañana era mala señal. Podía significar que lo enviaban a otro sitio.

Esperó a que ella lo preguntara, pero en cambio Kim ladeó la cabeza y dijo:

—Pareces cansado.

—Llevo treinta y tantas horas sin dormir.

—Sin embargo vienes aquí a hablarme de tu ascenso antes de descansar un poco. Me siento especial.

—No he venido a hablarte de mi ascenso.

Ella notó la mala noticia inminente y alzó una mano.

—Antes de que me cuentes toda la historia, comamos primero. Hay bollos en la sala de reuniones.

Enlazó el brazo en el suyo y lo condujo pasillo abajo. Todas las oficinas ante las que pasaban estaban aún oscuras y vacías. Llegaron a una sala panelada de cristal con una larga mesa y un amplio mostrador de mármol al fondo repleto de fruta fresca, bollos y jarras autoenfriadoras de zumo y leche. Kim le pasó un plato, cogió un bollo y empezó a comérselo.

—¿Estos bollos son de ayer? —preguntó Mazer, cogiendo una tarta de manzana y olisqueándola.

—Un servicio de catering los trae temprano. Son frescos. ¿Y qué más te da? Se supone que tienes que saber vivir sobre el terreno, comiendo gusanos y ratones de campo asados. Los bollos del día anterior son una comida lujosa.

A él no le apetecía comer, pero igualmente colocó la tarta de manzana en el plato y la siguió de vuelta a su despacho.

Un holo de un esqueleto humano adulto flotaba de espaldas en el aire sobre el holoescritorio de Kim. Lo rodeaban ventanas de datos, junto con notas escritas a

mano con su letra nerviosa.

—Parece que nuestro desayuno será una fiesta de tres —dijo Mazer.

Kim pasó una mano por el holocampo y el esqueleto desapareció.

—Lo siento. No es exactamente lo que nadie quiere ver antes de comer.

Siempre había algo flotando sobre el escritorio de Kim. Si no eran huesos, eran músculos o el sistema circulatorio o una sección transversal de un tejido dañado. Había estudiado medicina en John Hopkins en Estados Unidos y trabajado como residente en uno de los centros de traumatología más reputados de Baltimore. A pesar de ser una de las doctoras más jóvenes del personal, rápidamente se ganó fama por su frialdad y saber hacer en las situaciones más comprometidas. Varias asociaciones médicas la habían premiado, y fueron esas condecoraciones las que hicieron que Medicus se fijara en ella y le ofreciera un puesto en sus oficinas de Nueva Zelanda con la promesa de que ayudaría a mucha más gente trabajando como asesora médica.

La compañía creó el Med-Assist, un holopad diseñado para ayudar a los soldados a tratar heridas de guerra. Podía hacer de todo: escanear los huesos, análisis de sangre, dar tutoriales quirúrgicos, incluso administrar medicamentos. Era como llevar a un médico en el bolsillo, solo que tú tenías que hacer todo el trabajo. Los militares norteamericanos habían financiado la investigación inicial y ahora usaban el aparato ampliamente en todas las ramas del servicio. Desde entonces, otros países se habían subido al carro. Un aparato para el ejército neozelandés estaba a punto de ser terminado.

—¿Esa es la nueva versión kiwi en la que has estado trabajando? —preguntó Mazer, señalando un Med-Assist que había en una esquina de la mesa.

—El último prototipo —respondió ella, entregándoselo—. Dime qué te parece la voz.

Mazer encendió el aparato, fue pasando las primeras capas de órdenes y lo pasó por encima de su pierna. Un escáner de su fémur apareció en la pantalla, la imagen teñida de verde. Una voz de mujer dijo con acento neozelandés:

«Fémur. Ningún trauma detectado».

—¿Por qué no es tu voz? —preguntó él.

En la versión americana habían usado la voz de Kim. El Departamento de Defensa norteamericano había pedido que la voz fuera de un médico real, y Medicus pensó que Kim era ideal. Ya estaba en nómina, era americana, tenía buen trato con los pacientes y era inteligente. Kim había accedido a hacerlo con la condición de que Medicus probara otras voces más junto con la suya antes de tomar la decisión final. Medicus accedió, grabó muestras de Kim y de otros médicos y luego las probó con varios soldados del NZSAS que sirvieron como grupo de evaluación. Mazer era uno de ellos y fue el máximo defensor de que la voz fuera la de Kim: habla como un médico; habla como si supiera de lo que está hablando; los soldados estarán ansiosos

y asustados y llenos de tensión emocional; una voz como la suya los calmará; me creo todo lo que dice.

Los ejecutivos quedaron encantados, y después insistieron en presentarle a Mazer a Kim, citándolo como prueba de que tenía que haber un montón de grabaciones. Ella lo miró con retintín echándole la culpa por cargarla con más trabajo del que tenía tiempo de hacer. Mazer le pidió disculpas y en un momento de rara espontaneidad — que lo sorprendió a él más que a nadie— la invitó a cenar para compensarlo.

Parecía algo muy lejano ya.

Mazer se sentó en el sofá frente al escritorio. Kim se quitó los zapatos, se sentó a su lado y acomodó las piernas en su regazo.

—La versión kiwi no puede ser mi voz —dijo—. Los soldados neozelandeses quieren oír a un neozelandés.

—Yo no —dijo Mazer—. Prefiero oír tu voz.

Ella sonrió.

—Es una cuestión de claridad. Los americanos pronuncian de manera distinta. No queremos que un soldado administre la medicación equivocada o ejecute una acción incorrecta porque no entiende las indicaciones.

—Cierto. Pero el verdadero motivo por el que no puedes ser tú es porque tu voz es embriagadora. Eres como las sirenas de la *Odisea*. Los soldados se quedan tan encantados por la música de tu voz que, embelesados y atontados, se olvidan por completo de los camaradas que tienen sangrando delante.

Ella volvió a sonreír.

—Sí. Es trágico cuando eso sucede. —¿Por qué estaba él de broma? Solo podía hacer que todo fuera más difícil.

—Me marcho a China —dijo él por fin—. Para seis meses.

Fue como una bofetada. Ella se lo quedó mirando.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Ejercicios con los chinos. Vamos a entrenarlos con equipo nuevo. —No podía hablar del HERC. Estaba todavía clasificado.

—¿No es una operación hostil?

—No —respondió él, tranquilizándola—. Simplemente de entrenamiento.

—También eso puede ser peligroso.

—Esto no lo será. Será aburrido.

—¿Cada cuánto tiempo volverás?

—No lo haré. Seis meses seguidos. Sin ningún tiempo de permiso.

Ella lo miró, luego clavó la mirada en su bollo a medio comer y lo empujó en el plato.

—Comprendo. ¿Cuándo te marchas?

Él miró la hora en su pad de muñeca.

—En menos de dos horas. Me enteré hace solo una.

Ella apartó el plato, ceñuda.

—¿Eso es todo el tiempo que te han dado? Es ridículo. Por no decir insensible. Demuestra un desprecio completo por la gente. ¿No te cabrea?

—Soy soldado, Kim. Esto es lo que hago. Voy adonde me mandan.

—¿Por qué tienes que ser tú? Creía que estabas en medio de un entrenamiento importante aquí.

—Lo estoy. Es ese entrenamiento aquí lo que ahora me lleva allí.

Ella quitó las piernas de encima de su regazo.

—¿No puedes pedir que vaya otro en tu lugar? Sé que es poco ortodoxo, pero sin duda harán excepciones.

—No tengo circunstancias justificantes.

—Diles que te necesito aquí para ayudarme con el desarrollo del Med-Assist.

—Nunca has necesitado mi ayuda antes, y el ejército no hace excepciones, sobre todo con los contratistas privados. Si necesitaras un soldado, argumentarían que no tengo por qué ser yo.

Kim se levantó, se acercó a la ventana y contempló la ciudad.

—¿No quieres oponerte a esto?

—Sabes que no puedo.

—No es eso lo que he preguntado.

—¿Si quiero ir a China? Por supuesto que no. Pero no tengo voz ni voto en estas cuestiones. Ese es el problema. Siempre va a ser así. Siempre van a enviarme a otro sitio.

Ella se dio media vuelta y lo miró a la cara.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que este es un momento de decisión. Sé que nunca hemos hablado de matrimonio, pero los dos sabemos que esta relación se dirige a eso. Evitamos la palabra, pero los dos pensamos en ello.

—Pues claro que pienso en ello. Es lo que hace la gente de nuestra edad, Mazer. Buscan a alguien con quien pasar el resto de su vida.

—¿Y es este el tipo de matrimonio que quieres? ¿Quieres un marido que esté ausente seis meses o años? ¿Es ese el tipo de padre que quieres para tus hijos? ¿Uno ausente la mayor parte del tiempo? La gente no se casa para vivir separados, Kim.

—No, la gente se casa porque se aman y quieren tener hijos juntos, Mazer. La gente se casa porque ven que serán felices.

—Sí, pero tú no ves eso conmigo. Ves un mundo de soledad, de noches sin dormir, preocupada por si estoy o no muriéndome desangrado en una zanja en alguna parte.

—No digas eso.

—Estás dándome la razón, Kim. Cada vez que me marcho en una misión, casi te vuelves loca de preocupación. Al principio pensé que era enternecedor porque eso significaba que me querías. Ahora me enferma pensar en ello. No soporto que te sientas así por mi culpa.

Ella se volvió de nuevo hacia la ventana.

—Siempre he tenido miedo de formar una familia por este motivo, Kim. Cuando me alisté, me resigné a quedarme soltero. No quería ser un padre y un marido ausente. Entonces te conocí, y me convencí de que podía hacer que funcionara. Me dije que nuestro compromiso mutuo y para con nuestros hijos sería lo suficientemente fuerte para soportar cualquier separación. Pero ahora veo que estaba siendo egoísta. Estaba pensando en mi felicidad, no en la tuya. Te mereces a alguien que pueda estar contigo y compartir la carga diaria de tu vida.

Ella no se volvió.

—No puedo dejar el ejército —prosiguió él—. Me quedan al menos cinco años más. No tengo ninguna opción para modificar eso. Pedirte que esperes hasta que vuelva de China es como pedirte que esperes cinco años, cosa que no haré. No sería justo contigo.

Esperó a que ella se moviera, que lo mirara, que dijera algo. No lo hizo.

—El matrimonio conmigo no sería matrimonio, Kim. Te comprometerías con alguien que no estaría presente. Criarías sola a los niños. Vi a mi padre hacerlo cuando mi madre murió y nos trasladamos a Londres. No fue un hombre feliz, Kim. Sin mi madre, se convirtió en la sombra de lo que era. Trató de eliminar toda la cultura maorí que mi madre me había imbuido de niño porque le recordaba a ella y le resultaba demasiado doloroso verlo. Las canciones, las historias, las danzas, lo prohibió todo. Yo tenía que ser un inglés de provecho como él. Un anglo. Como si mi madre no hubiera existido nunca. Pero no pudo cambiar el color de mi piel. Siguió siendo oscura por más internados a los que me llevara.

Cruzó la habitación y se detuvo junto a ella.

—No querrías que tus hijos tuvieran solo un progenitor, Kim. Conozco esa vida. Yo tampoco la quiero para mis hijos.

Ella se volvió. Estaba llorando, pero su voz sonó firme:

—Me gustaría creer que eres noble y abnegado, Mazer, pero todo lo que oigo es que no quieres una vida conmigo.

Él no supo cómo responder. Claro que quería vivir con ella. ¿No lo comprendía? El tema era que no se trataba de una vida que pudieran compartir. Sería una vida sin el otro.

Pero antes de que pudiera formar una respuesta, ella se dirigió a la estantería, sacó un Med-Assist y se lo entregó.

—Una de las versiones americanas —dijo—. Con mi voz. Dijiste que querías uno

y aquí lo tienes. Algo para que me recuerdes.

Era una despedida. Todo lo que habían construido juntos quedaba desechado con aquel gesto.

Era lo que había venido a hacer, lo que sabía que tenía que hacer por el bien de Kim, pero ahora que lo había hecho, ahora que estaba terminado, una sensación de vacío y asco se asentó en su estómago como un peso muerto. Tenía que explicarse mejor.

No tuvo oportunidad.

Ella se marchó y lo dejó allí. Mazer esperó veinte minutos pero ella no regresó. Cuando los empleados empezaron a llegar y encendieron las luces de las oficinas a su alrededor, se guardó el Med-Assist bajo el brazo y se encaminó hacia los ascensores.

Era lo que había que hacer, se dijo una y otra vez. Por la felicidad de Kim, a la larga, era lo que había que hacer.

6

China

Mazer subió a bordo del C-200 momentos antes del despegue y encontró cinco HERC nuevos asegurados en la bodega de carga, cada uno adornado con caracteres chinos y el emblema estrellado rojo y dorado del Ejército Popular de Liberación. Al parecer su equipo y él no solo tenían por tarea entrenar a los chinos, sino también entregar en persona los HERC. Eso le sorprendió. Significaba que el trato entre Juke y los chinos llevaba algún tiempo en marcha y que el SAS podría haberle dicho antes que iba a ser el encargado del reparto.

No es que supusiera mucha diferencia, admitió. Habría seguido considerando necesario cortar lazos con Kim, y tener más tiempo para hacerlo solo habría prolongado lo inevitable. Eso, o el valor le habría fallado y habría vuelto a convencerse a sí mismo de que la relación podía funcionar. Esto era lo mejor para ella. Rápido y duro y marcharse de inmediato para que ella pudiera continuar con su vida.

Atravesó la bodega de carga y vio que el resto de su equipo estaba ya a bordo, todos dormidos en las literas alojadas en las paredes. Mazer guardó sus patatas en una taquilla y se subió a una litera vacía. Sentía todo el cuerpo cansado y fatigado y dispuesto para dormir, pero no pudo quitarse a Kim de la cabeza y permaneció despierto mucho rato después del despegue. Siguió repasando mentalmente la escena con ella, pensando en todas las cosas que debería haber dicho de manera distinta. Sacó el Med-Assist que ella le había dado y lo fue pasando al azar hasta que encontró un tutorial sobre cómo hacer la respiración boca a boca. Pulsó para reproducir, dejó el Med-Assist sobre su pecho, y escuchó su voz.

Despertó seis horas más tarde. Su equipo seguía dormido todavía. Cogió el cubo de datos que le había dado el coronel Napatu y lo conectó a su pad de muñeca. El ordenador le leyó todo el archivo de la misión mientras preparaba una gran olla de pasta de pollo en la cocina del avión, usando los ingredientes que encontró en la alacena de suministros.

Cuando terminó, despertó a los demás, y todos se reunieron en torno a una mesa

en una salita cerca de la carlinga donde el ruido del motor era menor.

—La misión es una JCET auténtica —dijo Mazer—. Normalmente, solo tenemos que entrenar a la nación anfitriona. Esta vez, los chinos nos entrenarán a nosotros también.

—¿En qué? —preguntó Fatani—. ¿En el uso de los palillos?

—Oh, qué refinado —dijo Patu.

—Nos entrenarán en un vehículo cavador que han desarrollado —informó Mazer. Reinhardt hizo una mueca.

—¿Un vehículo cavador? ¿Nosotros les damos el primer pájaro antigraavedad del mundo, un aparato que revolucionará el vuelo, y ellos nos dan un bulldozer? Qué chungo.

—Chunguísimo —coincidió Patu.

—No sabemos si es un bulldozer —dijo Mazer—. No sabemos nada al respecto. No había nada más en el cubo.

—Una máquina cavadora —repitió Reinhardt—. Seis meses fuera de casa para aprender a cavar con una pala china sofisticada. Ya odio esta misión.

Aterrizaron poco más de una hora después en un aeródromo militar al nordeste de Qingyuan. Dos filas de soldados chinos con uniforme de gala esperaban firmes al final de la rampa de carga del avión. El capitán Shenzu, el oficial chino de la misión del HERC, aguardaba al pie de la rampa y saludó.

—Bienvenido a China, capitán Rackham.

—Ha llegado antes que nosotros —dijo Mazer.

—Me perdonarán por haber usado un medio más cómodo. El gobierno chino les habría ofrecido las mismas comodidades, pero preferíamos que custodiaran nuestra preciosa carga.

Mazer se volvió hacia los HERC.

—Ahí están. Todos acicalados y preparados para la acción. Cuando sea conveniente para usted y su oficial en jefe, me gustaría discutir nuestro régimen de entrenamiento.

Shenzu sonrió y descartó la sugerencia.

—Todo a su debido tiempo, capitán. Venga. —Señaló un deslizador aparcado a su derecha—. Los trineos perforadores están a punto de salir a la superficie. No podrían haber llegado en mejor momento.

Volaron en dirección nordeste, cortando a campo traviesa, y se detuvieron en un búnker de hormigón en la cima de un valle yermo y poco profundo. El suelo del valle estaba cubierto de profundos agujeros, lo bastante grandes para dar cabida al deslizador. Shenzu aparcó, bajó de un salto y los escoltó al otro lado del búnker para contemplar el valle.

—Ha dicho usted «trineos perforadores» —dijo Mazer en chino—. ¿Son las

máquinas cavadoras que nos van a enseñar a manejar?

—Su pronunciación es bastante buena —valoró Shenzu.

—Todos hablamos chino. Es parte de nuestra instrucción.

Shenzu pareció complacido.

—China se siente halagada de que piensen que nuestro idioma es lo suficientemente importante como para aprenderlo, capitán.

—Son ustedes el país más grande del mundo —dijo Reinhardt.

—El más grande, sí, pero por desgracia no el más avanzado tecnológicamente. Estados Unidos y varios países europeos nos han derrotado en ese frente. Además de los rusos, aunque ellos no tienen nuestra estabilidad económica. Es solo cuestión de tiempo que los superemos a todos.

—Parece usted bastante confiado —dijo Mazer.

Shenzu miró algo en su holopad.

—Dentro de tres segundos, capitán, creo que verá por qué.

Mazer sintió leves temblores en la tierra bajo sus pies y oyó un rumor apagado. Se dio la vuelta y observó el valle, pero no vio nada. Entonces una enorme barrena giratoria rompió la superficie, lanzando tierra y detritos en todas las direcciones en una violenta lluvia de escombros. La barrena se lanzó hacia arriba en un destello de movimiento, y Mazer vio que era la mitad delantera de un enorme vehículo perforador que surgía del suelo. Los motores rugían y un líquido al rojo vivo brotaba de la parte trasera del vehículo, que se impulsó tres metros en el aire y luego volvió a caer a la superficie. El chorro expulsado, similar a la lava, continuó borboteando y cayendo al suelo mientras los motores reducían su ruido y la barrena iba deteniéndose como una hélice. Del chorro escupido brotaba humo, y Mazer oyó el calor chisporroteante incluso desde esa distancia. Un árbol caído que había recibido una andanada crujió y empezó a arder.

Mazer abrió la boca para hablar justo cuando dos vehículos perforadores más surgieron en otros lugares del valle. Uno de ellos se alzó un poco más en la salida que el primero.

Después de que los trineos aterrizaran y empezaran a silenciarse, Shenzu sonrió y dijo:

—Tendrán que disculparlos. Están alardeando. Saben que tienen público.

—¿Qué son? —preguntó Patu.

—Los llamamos trineos perforadores autoimpulsados, pero son cavadores tácticos. Extraordinarios, ¿verdad?

Eso era quedarse cortos, pensó Mazer. El HERC podía revolucionar el vuelo, pero el trineo perforador revolucionaba la guerra, introduciendo un paisaje completamente nuevo en el campo de batalla. Comprendió inmediatamente por qué los chinos querían los HERC: así podrían llevar los trineos detrás de las líneas enemigas,

soltarlos allí y dejarlos para que cavaran. Los dos vehículos constituían el equipo de ataque perfecto.

—¿Cuál es su alcance? —preguntó.

—Solo diez kilómetros —respondió Shenzu—. Pero esperamos mejorarlo.

Diez kilómetros. Era más de lo que Mazer esperaba.

—¿Van artillados?

Shenzu se echó a reír.

—Ya habrá tiempo de sobra para las preguntas. Vengan. Me gustaría que los vieran de cerca.

Bajaron al valle y se acercaron al trineo perforador más cercano. Toda la carlinga ya estaba cubierta de una fina capa de escarcha.

—Está frío —dijo Reinhardt, tocando la superficie.

—Mantenemos la carlinga lo más fría posible —dijo Shenzu—. Es necesario. De lo contrario, el piloto se incineraría. Hasta las cenizas, con huesos y todo.

Hubo un crujido cuando el hielo se rompió en el punto donde la escotilla de la carlinga se sellaba contra el fuselaje del trineo. La escotilla se abrió y un piloto salió y saludó. Llevaba un casco con un amplio visor y luces arriba y a los lados. Mazer distinguió un poco de escarcha en los bordes del visor cuando el piloto saltó ágilmente del vehículo. Su fino traje de una pieza estaba cubierto de pequeños circuitos que corrían por todo el cuerpo y las extremidades como un nido continuo de serpientes muy finas. Todo él, de la cabeza a los pies, desprendía una fina bruma, como cuando se saca un trozo de carne del congelador.

—Se llama «traje frío» —explicó Shenzu—. Los trineos perforadores actúan como gusanos de tierra. Lo que cavan por delante, ya sea barro, roca o lo que fuere, es eyectado por detrás. La propulsión no la produce la acción de morder por delante, sino la eyección trasera de los escombros supercalentados.

A un lado, un equipo de soldados chinos estaba apagando el fuego del árbol caído y rociaba los otros montículos de chorro expulsado con extintores que levantaban sibilantes nubes de vapor.

—Cuando el trineo atraviesa rápido la piedra sólida escupe lava por atrás —dijo Shenzu—. Es mejor no seguirlo cuando eso sucede.

—¿Cómo maneja la expulsión de lava caliente? —preguntó Mazer—. Cabe pensar que quemaría cualquier sistema de tuberías.

—Muy observador. Ese fue uno de los desafíos más difíciles. Es como el problema del disolvente universal: ¿cómo lo guardas? —Señaló a la parte trasera de la barrena—. Una serie de tubos internos empieza aquí en el morro y se extiende hasta el extremo excretor. Los tubos se enfrían continuamente con agua. Todos van envueltos con una red de finas tuberías de agua que bombea desde una unidad de refrigeración en la parte trasera del trineo.

»Pero incluso con el sistema de refrigeración, toda la carlinga se sobrecalienta cuando el trineo está masticando roca. Por eso tenemos los trajes fríos. Mantenemos la carlinga lo más fría posible porque al golpear la roca y entrar en modo hiperveloz, el calor producido es increíble, muy por encima del punto de ebullición. Los trajes enfrían el cuerpo y contrarrestan el calor. Luego, cuando el trineo frena y el calor desciende, la carlinga tiene un exceso de frío y la temperatura baja al punto de congelación. Entonces el traje frío invierte el proceso y envía calor al cuerpo.

—Parece una montaña rusa de temperaturas para el piloto —dijo Fatani.

—Cuesta un poco acostumbrarse —reconoció Shenzu—. Un calor abrasador un momento, un frío que hace castañear los dientes al siguiente.

—Llevo meses haciendo esto —dijo el piloto—, y todavía no me he acostumbrado. Pero es tan excitante que cavaría todo el día si me dejaran.

—¿Ha mencionado antes que va en modo hiperveloz? —preguntó Mazer.

—La velocidad es relativa —contestó Shenzu—. La consideramos alta tratándose de un trineo perforador.

—¿Cómo de alta? —preguntó Mazer.

—Hemos logrado alcanzar veinticuatro kilómetros por hora.

—¿A través de roca? —Mazer estaba anonadado.

—Sí. Cuando avanza a velocidad normal llega a la mitad. Pero si encuentras roca y aceleras, si le das potencia, abre un agujero en el suelo.

—¿Entonces con la roca es más rápido? —preguntó Patu.

—Necesita más propulsión —dijo Shenzu.

—¿Y las comunicaciones? —preguntó Fatani—. La radio no atraviesa la tierra.

—Infrasonidos —dijo el piloto—. Habla de elefantes. Es más lenta que el habla normal, así que el receptor la acelera para que puedas oírla. Hay un desfase temporal, como si hablaras con alguien en la Luna. La roca transmite digitalmente el infrasonido, pero no puedes recibir nada cuando estás en fase caliente. A ritmo normal puedes oír. Pero cuando das potencia, estás solo.

Shenzu llamó a un soldado chino. El hombre se acercó con un casco conectado a un traje frío plegado. Shenzu los cogió ambos y se los entregó a Mazer.

—Nos tomamos la libertad de buscar sus tallas en los archivos y hacer un traje para cada uno. Como comandante en jefe de su equipo, capitán Rackham, pensamos que le gustaría tener el honor de ser el primero.

—¿Ahora? Todavía no tengo ni idea de cómo se conduce.

—En el trineo caben dos personas —informó Shenzu—. Me temo que no es muy cómodo, pero así es como entrenamos a nuestros pilotos. El teniente Wong aquí presente le llevará a su primera excavación.

—Orine primero —dijo Wong—. Cuando empecemos a cavar no podremos parar, y no querrá hacérselo en el traje. No hay nada peor que la entropierna congelada.

Mazer se cambió en el búnker y regresó unos minutos más tarde. El traje era ceñido y los circuitos algo incómodos. Los de la parte interior de los mulso seguían rozando unos con otros, así que tuvo que abrir las piernas y andar zambo.

—¿Qué tal con el traje? —preguntó Shenzu.

—No está congelado todavía, así que no puedo quejarme.

El trineo perforador se alzaba ahora en el aire en un ángulo de cincuenta grados, sostenido por largas patas de araña que se extendían desde los costados. La barrena apuntaba hacia la tierra, a menos de un metro del suelo.

—Las patas lo colocan en posición de zambullida —dijo Shenzu—. No puede cavar cuando está horizontal a la superficie a menos que vaya a entrar por el costado de una montaña.

Una escalerilla plegable se extendió desde la carlinga. El teniente Wong estaba ya en el asiento delantero, esperando. Mazer subió y con torpeza ocupó el estrecho asiento tras él; casi estuvo a punto de darle a Wong una patada en la cabeza cuando movió el pie. El lugar era sumamente pequeño, con solo el reposacabezas de Wong entre ambos. Mazer localizó el arnés de seguridad y se lo abrochó mientras Wong recuperaba la escalerilla y cerraba la carlinga, cortando toda luz del exterior. El brillo de los instrumentos los bañó a ambos de rojo y verde, y Mazer se deslizó todo lo que pudo hacia un lado para ver la parte delantera. Un pequeño holo del trineo perforador apareció en el aire sobre la consola.

—¿Cómo sabe qué tiene delante? —preguntó Mazer.

—Sondas de profundidad. Miden la densidad de la masa que hay delante. —Hizo un ajuste en el holocampo y apareció una curiosa transversal del terreno—. Las zonas oscuras son más densas —señaló el holo—. Probablemente granito. Las golpeas y te pones en marcha a toda potencia. Los puntos más brillantes como estos de aquí y aquí son tierra blanda, como la arcilla.

—¿Y esas líneas blancas que se entrecruzan por toda la imagen?

—Son túneles que hemos excavado con los trineos en el pasado. Están por todo el valle. Tenemos debajo un hormiguero de tamaño humano.

—¿Qué sucede si se topa con agua? ¿Con un lago subterráneo o un manantial?

—Es mejor evitarlos. Tratamos de no joderla, pero a veces es inevitable. Golpeas una fuente de agua al zambullirte y el agua te persigue por todo el agujero, como si quitaras el tapón de la bañera. El agua tampoco sirve de mucho como propulsión. Todo se convierte en vapor. Así que golpear agua es como pisar los frenos. Por eso hay que apuntar siempre a la roca. ¿Preparado?

—Vaya con tranquilidad.

—No hay nada tranquilo con estas criaturas.

Hizo unos gestos con la mano en el holocampo, y la barrena cobró vida con un rugido, girando a toda velocidad casi inmediatamente y convirtiéndose en un potente

alarido en menos de diez segundos. La carlinga vibró. Mazer notó que sus huesos se sacudían.

—¿Y las patas exteriores? —preguntó por la radio.

—Se pliegan automáticamente cuando empezamos a sumergirnos —dijo Wong—. Prepárese para un estallido de frío. El traje se enfría instantáneamente en el momento en que empezamos a cavar. Es todo un *shock*.

—Entendido —dijo Mazer, aunque en realidad no estaba nada preparado. Cavar bajo tierra parecía innatural. Es lo que hacemos con los muertos, se dijo. De repente una docena de cuestiones asaltaron su mente. ¿Qué pasa si algo se estropea y la barrena se para? ¿Cómo se repara eso? ¿Cómo puede nadie rescatarte? ¿Había sucedido antes? ¿Había un piloto chino en algún lugar allá abajo, enterrado con su trineo gripado, muerto por asfixia?

Y entonces se produjo una breve caída y una momentánea sacudida hacia delante cuando la barrena golpeó la tierra y penetró en la superficie.

De repente el chorro de lava empezó a brotar por la parte trasera y el aparato entero se lanzó hacia abajo.

Un instante después una andanada de frío golpeó a Mazer tan abruptamente que le pareció haber caído en agua helada. Sus músculos se contrajeron; los dientes le castañearon; sus manos se aferraron a los reposabrazos. No iba a morir, lo sabía, y sin embargo el temor envolvió su corazón con sus tentáculos y apretó.

A Kim le encantaría esto, se dijo. Era como una niña cuando se trataba de ir a un parque de atracciones. Cuanto más miedo diera la atracción, mejor.

El trineo cayó unos metros cuando se coló en un túnel, y Mazer se sintió ingrátido por un instante. Entonces el aparato volvió a golpear tierra y Mazer se comprimió contra el arnés de su pecho.

—Granito por delante —dijo Wong—. Prepárese para el acelerón.

Un segundo después otro estallido de frío golpeó el traje de Mazer cuando la perforadora ganó velocidad y empezó a atravesar la roca.

El motor rugía y la barrena chillaba, y Mazer advirtió que estaba riendo, riendo con lágrimas en los ojos, como haría Kim.

Rena

El puente de la estación espacial no se parecía en nada al puente de la *Cavadora*, pero de todas formas le recordó a Rena lo que había perdido. Era la energía de la sala lo que le pareció familiar: el bullicio y la charla de la tripulación mientras volaban de una consola a otra, compartiendo datos o transmitiendo órdenes o comprobando las diversas holográficas. Era la misma energía que Rena había sentido todos los días de su vida a bordo de la *Cavadora*. Excepto que en esa vida la rodeaba su familia, gente que la valoraba y la amaba y la llamaba Madre Gallina, porque siempre escuchaba y mostraba su amistad y consuelo a todos a bordo. Aquí, en una estación que pertenecía y era dirigida por WU-HU, la más grande de las corporaciones mineras espaciales chinas, en algún lugar del confín exterior del Cinturón de Asteroides, Rena no era nadie. Una forastera. Una extraña.

Entró flotando por la escotilla y esperó a que alguien se fijara en ella, sin atreverse a interrumpir a ningún miembro de la tripulación. Tras un momento, un joven oficial chino la localizó y se acercó hasta agarrarse a un asidero a su lado.

—¿Viene por el sensor de navegación? —preguntó. Su inglés era bueno, pero su acento chino era más acusado que el de los demás.

Rena asintió.

El hombre señaló.

—Por allí. Cuarto cubículo a la derecha.

Rena le dio las gracias y se movió en esa dirección. Desde que llegaron ella y los otros supervivientes de la *Cavadora*, traídos allí por el capitán Doashang y su nave WU-HU, se habían ganado su alojamiento y comida haciendo reparaciones por toda la estación y en las naves WU-HU que atracaban allí. El capitán Doashang había hablado a favor de todos ellos con la jefa de la estación, una mujer amable llamada Magashi, que les había dado una de las salas de almacenaje para que durmieran. Era un zoo cada noche, todos amontonados en aquel espacio diminuto, con bebés y niños despertando a todas horas, llorando para que los cogieran en brazos o los amamantaran o tranquilizaran asegurándoles que sus pesadillas no eran más que

sueños.

Rena también tenía sueños, aunque nunca hablaba de ellos con nadie. En esos sueños, Segundo, su marido, estaba siempre vivo, tendido junto a ella en su hamaca, abrazándola, hablándole de una reparación que había hecho o contándole algo de lo que se había enterado en la nave ese día. A veces reían. En otras ocasiones se maravillaban de su suerte por tener un hijo como Víctor. Otras veces él amenazaba con hacerle cosquillas, y ella lo amenazaba a su vez con darle una tunda si lo intentaba. Otras veces no decían nada: era suficiente estar juntos, flotando allí el uno al lado del otro.

Ella podía sentir siempre el grosor de sus brazos a su alrededor y el calor de su aliento en su nuca. Era real, tan real como había sido entonces.

Y cuando despertaba era como si él hubiera muerto de nuevo.

Lloraba en silencio, sin que la viera nadie. Incluso en los abarrotados confines de la sala de almacenaje no había nadie que no la viera tranquila, confiada, optimista. No podía permitirse que la vieran de otra forma. Había demasiadas madres jóvenes que acudían a ella en busca de consuelo, apoyo y coraje.

Naturalmente, había quienes la despreciaban también, no importaba lo que hiciera. Julexi susurraba su descontento cada vez que tenía ocasión. Su marido, Pitoso, había sido el primero en morir en el ataque de la nave alienígena. Su explosivo había estallado antes de tiempo, matándolo al instante y alertando a las hormigas del contraataque. La batalla fue un desastre después de eso. Las hormigas salieron por el agujero que había horadado la explosión, lanzándose contra los hombres de la *Cavadora*.

Y como Segundo fue quien modificó los explosivos y los preparó para el contraataque, Julexi estaba convencida de que era Segundo quien, en esencia, había matado a su marido y los había condenado a todos a la ruina. Segundo era el motivo por el que la *Cavadora* había sido destruida. Segundo era el motivo por el que estaban amontonados en ese estercolero de habitación apenas más grande que un trastero. Segundo, Segundo, Segundo.

Abbi pensaba lo mismo. Su hijo Mono se había quedado en secreto a bordo de la *Cavadora* en vez de ir con ella a la nave WU-HU. Si Segundo y Víctor no hubieran llenado la cabeza de su hijo con tonterías y le hubieran convencido de que era mecánico, Mono no habría muerto en la *Cavadora* con los demás. Se habría quedado con su madre, donde tenía que estar: aquí, vivo, ayudándola, abrazándola, hablándole en voz baja. Era solo un niño, no tenía nada que hacer como aprendiz de Víctor. Era demasiado joven. Maldito fuera Víctor. Maldito fuera Segundo.

Algunas mujeres despreciaban también a Rena, aunque no podía dilucidar exactamente por qué. Tal vez sentían la necesidad de echarle la culpa a alguien. O tal vez pensaban que eran ellas quienes tendrían que estar tomando decisiones por el

grupo. O quizá lamentaban cómo algunas madres acudían a Rena y no a ellas en busca de consuelo.

Fuera cual fuese el motivo, no importaba. Rena las ignoraba. Las mujeres nunca se enfrentaban directamente a ella con sus quejas, así que lo dejaba correr. Sacar a colación el tema tan solo aumentaría sus quejas y las dividiría aún más. Y la división no las ayudaría. Divididas tal vez no sobrevivieran.

Encontró el sensor de navegación roto del puente y se puso a trabajar. Era fácil de arreglar si sabías cómo. Las naves corporativas y las estaciones de WU-HU o Juke tenían tripulantes que no sabían prácticamente nada del funcionamiento de sus naves: cada uno tenía una tarea específica, y eso era todo lo que hacían. Pero en una nave minera libre las familias no podían permitirse ese lujo. Todos tenían que saber de todo.

Y por eso en la *Cavadora* se enseñaban unos a otros, cubriéndose durante un día o una semana, o preparando seminarios o sesiones de formación. Rena sabía de navegación, naturalmente, pero también había aprendido los otros aspectos: minería y mantenimiento, cocina y pilotaje, todas las labores que mantenían a la familia en funcionamiento y viva. «Nadie deja de aprender», solía decir Concepción. Nuestra fuerza es una cuando nuestra mente es una.

El capitán Doashang había aprendido rápidamente este principio. Todas las tareas que había encomendado a Rena y las demás mujeres habían sido completadas con exactitud. No había curva de aprendizaje, ninguna prueba y error: las mujeres de la *Cavadora* solo hacían exactamente lo que había que hacer en cuanto se lo pedían. A veces antes de que se lo pidieran. «Si esperas a que algo se haya roto, has esperado demasiado tiempo», decía Segundo.

Rena desmontó el sensor de navegación y cambió el componente quemado. Mientras trabajaba advirtió que tres tripulantes cercanos miraban en su dirección y hablaban en voz baja. Lo hacían en chino, pensando que no los entendía, pero la *Cavadora* había aceptado a Shoshan, una esposa china, hacía años, y Rena y ella se habían convertido en amigas íntimas. Shoshan no hablaba español, y las dos se habían dedicado a enseñarse sus lenguajes respectivos. Rena seguía sin poder hablar chino con fluidez, pero captaba palabras y frases sueltas si escuchaba con atención.

—... bebés llorando a todas horas de la noche...

—... no podemos seguir alimentándolos...

—... deberías hablar con Magashi... problemas si se quedan aquí mucho más tiempo...

—... las provisiones no durarán eternamente...

—... alimenta a un clan y luego todos querrán una parte...

Rena no dio ninguna señal de que comprendía y mantuvo los ojos fijos en su trabajo. No era la primera vez que oía esas cosas. Muchos miembros de la tripulación

lamentaban que Magashi hubiera permitido quedarse a las mujeres y los niños de la *Cavadora*. La mayor parte de la tripulación eran amables y generosos, compartían gustosamente la comida que tenían almacenada si las mujeres de la *Cavadora* trabajaban por su parte. Pero unos cuantos esparcían el resentimiento como un fuego incontrolable.

«No podemos quedarnos aquí», se dijo Rena por enésima vez.

Las otras mujeres y ella estaban trabajando ya el doble que los tripulantes en algunos casos, pero Rena sabía que nunca sería suficiente. Los que hablaban contra ellas siempre hablarían mal, no importaba cuánto colaboraran.

De hecho, sabía que la cosa solo podía ir a peor. A medida que las provisiones fueran disminuyendo, y a medida que fueran llegando menos naves de suministros de la Luna, las quejas se harían oír más fuertes y más frecuentes, y tarde o temprano alguien actuaría. Rena no creía que la tripulación recurriera a la violencia, aunque no descartaba esa posibilidad. La gente se volvía loca cuando tenía hambre.

Pero ¿adónde podían ir? Todas las naves WU-HU que llegaban tenían órdenes de permanecer atracadas. Todo el mundo había pasado a estatus inactivo.

Y cada vez que una nave de mineros libres se acercaba a la estación, siempre era para pedir comida. Los mineros decían que los depósitos de suministros estaban acaparando género. «Tenemos dinero. Pagaremos por la comida. Por favor. No tenemos ningún otro sitio al que ir».

Al principio Magashi vendió la poca comida que pudo. Pero la reacción de algunos miembros de la tripulación fue tan feroz que ahora rechazaba a todas las naves que se acercaban.

Rena no podía pedir pasaje en una nave que pasaba hambre. Tenía a diecinueve mujeres y varias docenas de niños. Si la nave no tenía comida para alimentarlas, ir con ellos sería un suicidio.

Era un problema sin solución, y el reloj seguía corriendo.

—Se acerca una nave —avisó el vigía.

—¿Puede identificarla? —preguntó uno de los oficiales.

—Parece un buitre, señor.

Rena sintió que el vello de la nuca se le erizaba. Varios hombres del puente también parecieron inquietarse, y con razón. Los buitres eran naves dedicadas al desguace que recuperaban material de naves muertas para sacar beneficios. La mayoría estaban formados por tripulaciones de mineros que habían renunciado a las rocas y encontraban dinero más fácil despojando a las naves hasta el hueso.

La norma era que si encontrabas una nave abandonada o a la deriva donde no hubiera gente viva se aplicaban las leyes del desguace: quien la toma, se adueña de ella.

El problema era que la norma invitaba a una feroz competencia entre las

tripulaciones de buitres. Cuando una de ellas encontraba una nave, tenían que despojarla de sus partes más valiosas lo más rápido posible antes de que llegara otra y tratara de despojarla también. Era un frenesí alimenticio que siempre acababa en violencia, si las historias eran ciertas, y Rena tenía buenos motivos para creerlas. En más de una ocasión la *Cavadora* había encontrado una nave desguazada que incluía buitres muertos entre los tripulantes muertos, lo cual sugería que otra tripulación de buitres había llegado durante el desguace y se lo habían llevado todo, matando a cuantos se interpusieron en su camino.

Segundo los llamaba piratas.

—Nos están haciendo señales —informó el vigía.

—Abra una frecuencia —ordenó el oficial. Se acercó al holoescritorio y metió la cabeza en el campo.

Una cabeza apareció en el aire delante de él. Era el hombre más negro que Rena había visto jamás, la piel tan oscura que el blanco de sus ojos brillaba como lunas en comparación. Su expresión era feroz y poco amistosa.

—Me llamo Arjuna —dijo—. Quiero hablar con el jefe de la estación.

—¿Con qué motivo? —preguntó el oficial.

—¿Es usted el jefe de la estación?

—No. Soy uno de los oficiales de la capitana.

—¿Su jefe es una mujer?

—Y muy capaz. ¿Qué quieren?

—Es algo que tengo que discutir con la jefa de la estación.

—No vamos a darles comida, si esa es su petición.

—No buscamos comida. Traigo malas noticias. Y un ofrecimiento. Uno que les ayudará a extender la vida de sus suministros.

—¿Qué noticias? —preguntó el oficial.

—La destrucción de más de cincuenta naves mineras. Todas muertas por los pembunuh, como los llamamos. Puedo darles las coordenadas. Pueden volver su ojo hacia allí y ver que digo la verdad.

Pembunuh. Rena nunca había oído esa palabra, pero conocía su significado. Todas las naves y tripulaciones parecían tener su propio nombre para los alienígenas. Hormigas, wageni, bichos.

Pero ¿cincuenta naves? Solo pensarlo la dejaba helada. Tanta gente. Tantas familias. Cincuenta versiones de la *Cavadora*. Era impensable.

—Denos las coordenadas —pidió el oficial.

Arjuna obedeció y pronunció una serie de números. El vigía los introdujo en su ordenador, y todos en el puente se reunieron en torno a su pantalla. Rena se quedó atrás, estirando el cuello para echar un vistazo, pero todos estaban tan apretujados que no pudo ver nada. El ojo tardó varios minutos en enfocarse en las coordenadas, pero

al final las imágenes llegaron.

La tripulación guardó silencio. Algunos se cubrieron la boca con las manos. Rena se abrió paso para ver. Nadie la detuvo ni pareció darse cuenta.

Eran más restos de los que Rena había visto jamás, la mayoría meros puntos en la lectura, extendidos a lo largo de docenas de miles de kilómetros de espacio, todavía moviéndose.

—No miento —dijo Arjuna.

Los restos estaban entre ellos y la Tierra, y el primero estaba sorprendentemente cerca de su posición. A solo dos o tres semanas de distancia, tal vez.

—Le paso con la jefa de la estación —dijo el oficial.

—No quiero hablar con ella a través del holo —repuso Arjuna—. Quiero hablar con ella en persona.

—No puede atracar aquí su nave. Esto es una estación privada.

—Mi nave no se acercará. Iré en lanzadera. Pueden registrarme cuando llegue. Todo el que quiera regresar conmigo será bienvenido.

¿Regresar con él? ¿Por qué querría nadie regresar con él?

El oficial puso a Arjuna en espera, consultó con Magashi e hizo los arreglos necesarios. Cuatro horas más tarde, la lanzadera atracó en la bodega de carga, y Arjuna salió flotando de la cámara estanca y conectó sus grebas. Los imanes sujetaron sus pies a las placas de cubierta, y permaneció plantado delante de Magashi, que había llegado con cuatro de sus guardias armados. Rena se quedó a un lado, donde no podían verla pero sí que podía escuchar.

Arjuna era un hombre grande, más de dos metros de altura, ancho de hombros. Llevaba un grueso abrigo atado a la cintura, botas gruesas y pantalones acolchados.

—Guarden las armas, amigos —dijo—. Vengo con dinero, no violencia. —Rebuscó en sus bolsillos y los guardias dieron un respingo, las manos en las armas. Arjuna se contuvo y delicadamente sacó una barra de dinero—. Relájense. Cinco mil créditos difícilmente podrán hacerles daño. —Empujó la barra en el aire hacia Magashi, que la pilló al vuelo y la examinó.

—No vendemos comida —dijo Magashi.

—No vengo por comida. Vengo por hombres. Veinte, si puede permitírselo. Esas naves que han destruido los pembunuh están ahí para quien las coja. Pretendo recuperar los componentes que pueda. Le daré cinco mil créditos a cada hombre que se una a nosotros.

—Mis tripulantes son empleados de WU-HU —dijo Magashi—. Tienen trabajo.

—Sí, trabajo en una estación que ahora mismo no hace otra cosa sino quemar suministros. Puedo quitárselos de encima durante unos meses. Pueden ganar bastante, y usted ahorrar suministros. ¿Cuánto tiempo piensa que les durará la comida si siguen como hasta ahora? La interferencia ha hecho que la mayoría de las naves de reparto

vuelvan a la Luna. Los pembunuh han destruido a otras. Pregunte a otros viajeros si lo que digo no es verdad. Pasarán meses, quizás incluso un año antes de que lleguen más suministros. Si los pembunuh declaran la guerra a la Tierra, puede que los suministros no lleguen nunca. Su estación está superpoblada. Yo puedo ayudarles a aliviar el tema.

—¿Quitándome a mi tripulación?

—Tomándola prestada —dijo Arjuna—. Dudo que ninguno de ellos quiera morir de hambre.

—Ya ha hecho su oferta —repuso Magashi—. No nos interesa.

—Esos restos son una mina de oro. Ustedes tienen un problema. Yo tengo una solución.

—Los restos son un campo de batalla. ¿Va a expoliar a los muertos?

—Las naves no tienen ninguna utilidad para los muertos. Para mí sí.

—¿Por qué no utiliza a su propia tripulación? —preguntó Magashi.

—La utilizaré. Pero con más hombres puedo duplicar nuestros esfuerzos y recuperar más antes de que lleguen otros.

—¿Otros buitres, quiere decir?

Un destello de ira asomó en los ojos de Arjuna.

—No somos buitres, señora. Somos cuervos. Nuestro negocio es honrado. Hay buitres y zopilotes en lo Negro, pero yo y mi tripulación no seguimos sus costumbres. No hacemos daño a nadie y rechazamos a aquellos que envenenan nuestra industria. Pregunte a mi comerciante o a mi tratante de restos. Arjuna es un hombre de palabra. Sus métodos son tan amables como los de un cordero.

—Incluso los corderos muerden —dijo Magashi.

—Sí, pero nosotros mordemos solo para masticar la comida que nos hemos ganado con el sudor de nuestra frente.

—No nos interesa —repitió Magashi.

—¿Y los hombres que empuñan esas armas? ¿Habla la mujer por ellos? ¿No les gustaría cinco mil créditos y un trabajo mejor pagado que el que tienen?

Los hombres se miraron unos a otros, esperando a ver qué respondían los demás. Tras un momento, como nadie respondió, Arjuna dijo:

—Muy bien. Entonces les pido que me devuelvan mi barra de dinero.

Magashi volvió a empujarla hacia él. Arjuna la cogió, se la guardó en el bolsillo e hizo una reverencia.

—Que sus estantes nunca se vacíen y sus vientres nunca pasen hambre. —Despegó del suelo y se lanzó de nuevo hacia la compuerta.

—¡Espere! —La palabra salió de la boca de Rena impulsivamente.

Arjuna se agarró a un asidero en la compuerta y se volvió. Rena voló hacia él y aterrizó a su lado.

—Habla usted de hombres, pero ¿aceptaría a mujeres? Mujeres mineras libres.

—Aceptaría a una minera libre antes que a cuatro hombres de las corporaciones. Los mineros libres son trabajadores cualificados y esforzados. ¿Pertenece a un clan?

—A una sola nave, no a un clan. La *Cavadora*. Era nuestra nave. Fue destruida en el Cinturón de Kuiper por esos que llama pambunuh.

—Entonces la acompañó en el sentimiento. Pero si su nave fue destruida, ¿cómo es que está viva?

—Es una larga historia. Pero estamos muchas aquí, y ya no somos bien recibidas. Si puede prometernos protección de su tripulación y trasladarnos luego a una estación, puedo ofrecerle trabajadoras cualificadas. —No tenía ni idea de por qué confiaba en ese hombre, pero lo hacía.

Arjuna sonrió.

—No tiene que preocuparse por mi tripulación, señora de la *Cavadora*. Lo que he dicho es verdad. Somos una familia de cuervos, no de buitres.

Familia. La palabra la tranquilizó. Pero solo por un instante. ¿Quién era ese hombre? ¿Estaba dispuesta a poner en sus manos a las mujeres y los niños? Por lo que sabía, bien podía ser un asesino.

No; había amabilidad en aquellos ojos de luna.

—En cuanto a llevarlas a una estación —dijo—, le doy mi palabra también. Cuando terminemos el desguace, iremos a una estación a comerciar. Si allí nos separamos, me estará haciendo también un favor. No tendré que volar de vuelta hasta aquí. ¿Adónde se dirigen?

—No lo sé. Pero esté donde esté nuestro hogar, no es aquí.

—¿Cómo se llama usted, señora de la *Cavadora*?

—Rena Delgado.

—¿Y habla por su tripulación?

—No hablo más que por mí misma, pero creo que mi tripulación vendrá si se lo pido.

—Entonces no es una mujer a quien tomarse a broma si tiene ese dominio e influencia. —La calibró con la mirada—. Dígame cómo se quita con seguridad un procesador de oxígeno.

La estaba poniendo a prueba. Pero la pregunta era sencilla. Había cuatro pasos y tres precauciones a tener en cuenta. Rena las recitó todas, incluyendo algunos secretos que Segundo le había enseñado y que dudaba que Arjuna conociera.

El cuervo trató de ocultar que estaba impresionado. Tras un instante, como si volviera a evaluarla, dijo:

—Si tiene veinte hombres y mujeres tan listos como usted, los aceptaré.

—Tenemos más de veinte personas —dijo Rena—. Y no tendrá a una sola si no accede a aceptarnos a todas.

—¿Cuántos son?

—Cincuenta y seis.

Arjuna hizo una mueca.

—Mi lanzadera no es tan grande, Rena de la *Cavadora*.

—Entonces puede hacer dos viajes.

—¿Toda esa gente son trabajadores cualificados, o puedo esperar que haya niños e inválidos entre ellos?

—Inválidos ninguno. Pero treinta y siete de ellos son niños, sí. Algunos muy pequeños.

Él volvió a hacer una mueca.

—¿Y qué voy a hacer con treinta y siete niños más en mi nave? Ya tengo suficientes bocas que alimentar.

Ella se alegró de oír que tenía niños a bordo. Era una nueva prueba de la existencia de familias. Los piratas no transportaban niños.

—Nuestros niños trabajan, señor. No fuera de la nave, pero muchos de ellos limpian y lavan y cocinan tan bien como cualquier hombre o mujer de su tripulación. Se ganarán la comida.

—Necesito rescatadores, no fregonas.

—Y tendrá rescatadores. Diecinueve.

—¿Cuántos son hombres?

—Ninguno —dijo Rena—. Perdimos a todos nuestros hombres.

Ella vio un atisbo de piedad en sus ojos.

—Es una historia triste la suya, ya veo —dijo. Se cruzó de brazos y lo consideró un momento—. Diecinueve mujeres y treinta y siete niños. La mayoría de los capitanes se reiría ante semejante ofrecimiento.

—La mayoría lo haría. Pero usted no es tonto. Según sus propios cálculos, diecinueve mineras libres valen por setenta y seis hombres de las corporaciones.

Él echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Una risotada resonante que la sorprendió. No creía que tuviera sentido del humor, pero ahí estaba.

—Utiliza mis propias palabras contra mí, Rena de la *Cavadora*. Muy bien. Adelante. Traiga a sus diecinueve mujeres y treinta y siete niños. Si desguaza tan rápidamente como hace sus cálculos, la necesito en mi tripulación.

—¿Es que te has vuelto loca? —dijo Julexi.

Rena flotaba en el pasillo ante la sala de almacenaje, con la mayoría de las mujeres. Las demás estaban dentro, alimentando y cuidando a los niños.

—Baja la voz —dijo Rena—. Asustarás a los niños.

—¿Que yo asustaré a los niños? ¿Yo? Una nave de buitres asesinos es lo que los asustará, Rena.

—No son buitres. Son cuervos.

Julexi alzó las manos.

—Buitres, cuervos, gaviotas. ¿Qué diferencia hay? Todos son iguales. Son parásitos. Se alimentan de los muertos y matan a su antojo. Huíamos de estas naves en el Cinturón de Kuiper, Rena. ¿Y ahora quieres unirme a una de ellas? ¿Has perdido la chaveta? No sabemos nada de ese hombre. Podría llevarnos a su nave y hacer con nosotras lo que quisiera.

—Tiene una familia. Son muy parecidos a nosotros.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Abbi—. Te dirá cualquier cosa para llevarnos a su nave.

—Lo sé porque he conocido a su familia —dijo Rena.

Las mujeres se la quedaron mirando.

—¿Qué quieres decir?

—Hice que me llevara a su nave en la lanzadera. Insistí en inspeccionarla y conocer a su familia.

—¿Fuiste a su nave? —dijo Julexi—. ¿Sola?

—No iba a llevarnos a todas allí sin saber dónde nos metíamos. Nos alojarán en la bodega de carga. Es un poco mayor que la sala de almacenaje de aquí. La he visto. Está limpia y tiene hamacas. Y hay comida. Vi sus suministros. Hay suficiente para todos nosotros. Si trabajamos duro, estaremos bien.

—Aquí también hay comida —dijo Abbi—. Estamos más seguras aquí.

—No lo creo. Tarde o temprano haremos todas las reparaciones necesarias. Es solo cuestión de tiempo que nos pidan que nos marchemos. He oído cosas.

—Chismes y murmullos de un puñado de gente —dijo Julexi—. Magashi nos aprecia. Trabajamos más que la mayor parte de su tripulación.

—Magashi puede que no tenga mucho que decir dentro de poco —dijo Rena—. Lo que vengo escuchando es mucho más que chismes. No estamos a salvo. Me preocupan los niños.

—¿Y lanzarnos a una bandada de buitres no te preocupa? —dijo Abbi.

—No son tus niños —dijo Julexi—. Son nuestros.

Sí, pensó Rena. No son míos. Renuncié a mi único hijo. Envié a Víctor a la Luna para alertar al mundo. Lo he perdido igual que he perdido a Segundo.

—Somos familia —dijo en voz alta—. Estos niños puede que no hayan salido de mi vientre, pero los amo como si fueran míos. La familia de Arjuna es igual. Pude notarlo. Son familia.

—¿Esperas que confiemos nuestras vidas a esta gente después de una sola visita? —replicó Abbi.

—Hemos puesto nuestras vidas en manos de otra gente desde que dejamos la *Cavadora* —contestó Rena.

—Eso es diferente —dijo Julexi—. Eran WU-HU. Estos son carroñeros.

—Arjuna se ha ofrecido a enseñar la nave a cualquiera de vosotras para que conozcáis a su familia. Pero necesitamos actuar con rapidez si vamos a hacerlo. Se impacienta.

—¿Se impacienta? —se envaró Julexi—. ¿Y qué otras emociones tuyas debemos temer? ¿Su ira? ¿Su lujuria?

—¿Quieres callarte la boca? —interrumpió Edimar. La chica de quince años emergió de las sombras. Rena ni siquiera se había dado cuenta de que estaba escuchando—. Estoy harta de que critiques a todo el mundo. Todas están equivocadas menos tú. Todas tienen la culpa. ¿Pues sabes una cosa? Si dijeras algo positivo de vez en cuando, tal vez no serías tan miserable y la gente te soportaría.

Lola, la madre de Edimar, parecía horrorizada.

—¡Edimar! ¡Pide disculpas a Julexi ahora mismo!

—No. No lo haré. Todas sabéis que es verdad, pero sois demasiado amables para decirlo. Bueno, pues yo no lo soy. Si quieres quedarte aquí y esperar a que los chinos nos den la patada, Julexi, bien, pero yo voy con Rena.

Julexi entornó los ojos.

—Niña malcriada. Eres peor que tu hermana la endoga.

Lola la abofeteó con tanta rapidez y fuerza que la lanzó girando contra la pared. Varias mujeres se quedaron boquiabiertas. Julexi se incorporó, una mano en la mejilla, sorprendida.

La hermana de Edimar era Alejandra, a quien la familia había enviado fuera de la nave cuando temieron que pudiera enamorarse de Víctor. Endogar, o casarse dentro del clan, era tabú, y aunque Alejandra y Víctor no habían hecho nada malo, la familia tomó precauciones. Acusar a Alejandra de algo indecoroso era cruel y despiadado. Rena se sintió tentada de abofetear a Julexi también.

La voz de Lola sonó helada.

—No volverás a hablar de mi hija. ¿Me entiendes? Si tuvieras una gota de la decencia y la bondad de Alejandra, sería el doble de lo que tienes ahora.

Edimar se quedó mirando boquiabierto. Rena no estaba menos sorprendida. Lola siempre era tan modosa, nunca se enfrentaba a nadie...

Lola se volvió hacia Rena.

—Edimar y yo haremos lo que decida el consejo. Confío en tu juicio. Si piensas que lo mejor es marcharnos con ese cuervo, si así es como podremos volver a ponernos en pie, entonces desguazaré cien naves a tu lado. —Se despegó de la pared y se dirigió a la puerta de la sala de almacenaje—. Ven, Edimar. Hemos dicho lo que teníamos que decir. Deja que las demás hablen.

Edimar seguía demasiado aturdida para poder moverse. Miraba a su madre como si la viera por primera vez. Entonces, tras un instante, se recuperó y siguió a Lola.

—¿Habéis visto eso? —dijo Julexi cuando se marcharon—. ¿La habéis visto abofetearme? Está intentando dividirnos.

La hipocresía de aquellas palabras casi hizo reír a Rena. Pero habría sido una risa triste y cansada. La sensación de familia se estaba perdiendo, advirtió: el hilo que las unía se descosía y rompía por los filos. No podía permitirlo. Segundo le había pedido que permanecieran juntas, que las mantuviera a todas con vida.

—Os diré lo que quiero —dijo, advirtiendo que era cierto a medida que iban surgiendo las palabras—. Vernos de nuevo en una nave. No en una nave de cuervos o una nave corporativa, sino en nuestra nave. Como era y siempre será la *Cavadora*. Ese es nuestro hogar. No vamos a conseguirlo quedándonos aquí, donde no tenemos ningún futuro. Nuestro trabajo y nuestra aceptación se están agotando. Arjuna puede ayudarnos a avanzar en la dirección adecuada. Si estáis en desacuerdo, hablad ahora.

Lo discutieron y luego votaron. Un puñado se resistió, pero la mayoría, aunque nerviosas ante la idea, decidió marcharse. Cualquier cosa por acercarlas a su propia nave, dijeron. Y al final, incluso aquellas que estaban en contra de irse las siguieron. Permanecer con el grupo parecía más seguro que quedarse solas con los WU-HU.

Más tarde, cuando el segundo grupo subía a la lanzadera para dirigirse a la nave de Arjuna, Julexi se acercó a la compuerta con su bolsa al hombro y se encaró a Rena.

—Si nos violan y matan a nuestros hijos, espero que Dios tenga piedad de ti.

—Espero que Dios tenga piedad de nosotras en cualquier caso —dijo Rena—. Necesitamos toda la ayuda posible.

8

Baliza

Los planos de la pared de la sala de máquinas no se parecían a nada de lo que Lem había imaginado.

—Sigue siendo idea suya, Lem. Confíe en mí. El diseño puede parecer distinto a su visión inicial, pero el principio es el mismo —explicó Benyawé. Estaba flotando delante de él ante la pared, con un punzón en la mano.

—No me importa que sea idea mía —contestó Lem—. Descártela si es basura. No se sienta atada por nada de lo que yo sugiera. Solo me importa si funciona. No soy lo suficientemente soberbio para creer que entiendo más de esto que usted, Benyawé. Haga lo que considere mejor.

En verdad, le molestaba un tanto que ella hubiera cambiado levemente el diseño, aunque era algo que esperaba que hiciera. Después de todo, no era ingeniero y solo entendía de ciencia a nivel muy básico. Naturalmente que ella iba a cambiarlo.

Le había encargado hacía meses que desarrollara un sustituto para el gláser, y en ese momento le hizo una sugerencia para su diseño, esperando que ella rechazara la idea, le diera una palmadita en la cabeza y le dijera que dejara de meterse en su terreno. En cambio, ella consideró que la idea merecía la pena y reunió a un grupo de ingenieros para ponerla en marcha. Ahora aquella semilla de idea se había convertido en esquemas y planos de verdad.

—Los llamamos «cajas rompedoras» —dijo Benyawé—. Como sabe, el problema del actual gláser es que el campo de gravedad se extiende hacia fuera demasiado rápidamente y con demasiada amplitud.

Lem no necesitaba que se lo recordaran. Casi le había costado la vida. Allá en el Cinturón de Kuiper, cuando disparó con el gláser a un asteroide grande, el campo de gravedad creció tan rápidamente y se extendió hacia fuera tan lejos que casi consumió la nave y los convirtió a todos en polvo espacial. Solo los rápidos reflejos de Lem los salvaron a todos.

Benyawé señaló algunos burdos dibujos en la pared que parecían dos cubos conectados entre sí por un largo cable enroscado.

—Su idea inicial fue un aparato como una boleadora, con dos gláseres más pequeños en ambos extremos que se sujetaran a polos opuestos de un asteroide. — Borró el burdo dibujo con un movimiento del punzón y flotó hasta los esquemas detallados—. Las cajas rompedoras funcionan del mismo modo.

Los cubos eran ahora gruesos discos, y uno de ellos estaba desmontado en el aire, como si todo el equipo hubiera sido fotografiado un microsegundo después de explotar, revelando todas las piezas individuales de su interior.

—Cuando se disparan desde la nave minera, giran por el espacio como una boleadora, que casualmente es un mecanismo brillante si separamos el cable de cada gláser en el instante preciso. El movimiento giratorio y una guía adicional por nuestra parte las sitúan en los lados opuestos del asteroide, donde estas agarraderas se clavan en la roca. —Indicó las garras dentadas en los lados de las cajas rompedoras—. Todo lo que queda por hacer es pulsar el botón y dejar que los gláseres despedacen la roca. Los dos campos de gravedad interactúan, se contrarrestan mutuamente y reducen al mínimo el alcance destructor de los campos.

—De modo que funciona —dijo Lem.

—En el modelo informático, sí. Es mucho más seguro que el diseño actual.

—¿Entonces por qué no está chasqueando los talones de júbilo? ¿O es que estoy pasando algo por alto?

—Hay un problema, sí —dijo Benyawé.

—¿Cuál?

—El dinero. El gláser original no se destruye cada vez que lo utilizamos. Las cajas rompedoras sí. Se consumen en el campo de gravedad junto con todo lo demás. Es sumamente caro y se llevaría la mayor parte de los beneficios que sacaríamos de la explotación minera del asteroide. No es rentable.

—Entonces haga que sea rentable —dijo Lem—. Use componentes y materiales más baratos, encoja el tamaño de las cajas rompedoras, elimine todo lo que no sea absolutamente esencial. Haga lo que sea necesario.

Ella hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Está seguro de que debemos invertir nuestro tiempo en esto, Lem?

—¿En qué si no?

—En encontrar un modo de combatir a los fórmicos.

—Mi querida doctora Benyawé, ¿qué cree que ha estado haciendo?

Ella pareció confusa.

—¿Quiere lanzar las cajas contra la nave fórmica?

—Quiero usarlas como podamos. Si pueden destruir asteroides, tal vez puedan destruir esa nave o lo que haya dentro.

—Nunca la alcanzaremos antes de que llegue a la Tierra. Y si entra en la atmósfera terrestre, quedará fuera de nuestro alcance. Además, harán falta meses para

construirlas cuando lleguemos a la Luna.

—Tendremos que empezar a producirlas mucho más rápido. Puede que no tengamos meses.

El pad de muñeca de Lem vibró, indicando un mensaje del puente. Lo pulsó.

—Adelante.

—Los sensores de largo alcance han detectado una baliza de emergencia —dijo la voz de Chubs.

—¿De dónde?

—No podemos detectar su punto de origen. Sin embargo, considerando su trayectoria, parece que procede de la Batalla del Cinturón.

Lem miró a Benyawe y vio que a ella se le había despertado la curiosidad. La Batalla del Cinturón era el nombre que la tripulación le había dado a la enorme línea de restos de naves que los sensores habían encontrado desde que volaban más cerca de la trayectoria de los fórmicos. «Masacre del Cinturón» habría sido un nombre más adecuado en opinión de Lem, considerando lo terrible del resultado. Era imposible decir qué había sucedido exactamente, pero la cantidad de restos sugería que entre cincuenta y cien naves mineras habían atacado a los fórmicos de manera coordinada. Los sensores no podían identificar a las naves a esa distancia, pero era probable que fueran de mineros libres y corporaciones por igual, aliados por una vez contra un enemigo común.

Una baliza enviada desde una de las naves durante la batalla podía contener datos críticos y útiles. Tal vez habían descubierto una debilidad en las defensas fórmicas, o tal vez tenían más información sobre su capacidad armamentística. Cualquier brizna de información podía ser valiosa.

—¿Emite un mensaje la baliza? —preguntó Lem.

—Afirmativo —respondió Chubs—. Pero los sensores solo captan una milmillonésima parte a través de la interferencia. No podemos distinguirlo. La secuencia de luz, sin embargo, sugiere que es una señal ASCE.

Todos los satélites usaban luces parpadeantes para identificarse desde lejos en caso de que fallara la radio. Ninguna secuencia resultaba más familiar que la de la Autoridad de Seguridad y Comercio Espacial.

—Voy para allá —dijo Lem. Desconectó y se lanzó hacia el tubo impulsor.

Como esperaba, Benyawe lo siguió. Cuando llegaron al puente, una imagen de la baliza giraba en la gráfica del sistema delante de ellos, sus luces bailando en su superficie.

—¿Pueden determinar cuándo la enviaron? —preguntó Lem—. ¿Antes o después de la batalla?

—Es imposible decirlo —respondió Chubs—. Puede que no tenga nada que ver con la batalla. No lo sabemos.

—¿Dónde está ahora? ¿Podemos interceptarla?

—No sigue nuestra trayectoria actual. Si alteramos nuestro rumbo, podríamos alcanzarla en unas dieciocho horas.

—¿Retrasaría eso nuestra llegada a la Luna? —preguntó Benyawé.

—En doce días al menos —dijo Chubs.

—¿Doce días? —preguntó Lem.

Chubs se encogió de hombros.

—Esos son los cálculos. Tendríamos que desacelerar para interceptar la baliza y luego acelerar para recuperar nuestra velocidad actual. Doce días como mínimo.

Lem pensó un momento.

—¿Cree que deberíamos ir a por ella?

—Probablemente no merece la pena perseguirla —dijo Chubs—. Si fuera una nave minera libre o corporativa, podríamos esperar encontrar datos sobre las defensas o las armas fórmicas, algo útil. Pero es una baliza ASCE. Seguramente es un anuncio de emergencia sin valor.

—Puede que sea una señal de auxilio —dijo Benyawé.

—Si lo es, fue enviada desde una nave antes de que esta fuera destruida —repuso Chubs—. No queda nada de la batalla más que restos. Y aunque por algún tipo de milagro unas cuantas personas hubieran sobrevivido en un pecio y disparado una baliza de emergencia, no podrían haber aguantado tanto. Ha pasado demasiado tiempo. No hay nadie ahí fuera a quien podamos salvar.

—Tal vez contenga información sobre la batalla —dijo Benyawé—. Qué naves participaron, declaraciones de los tripulantes. Eso nos permitiría documentar al menos la batalla por motivos históricos.

—No somos historiadores —dijo Chubs—. Esa no es nuestra misión.

—Da lo mismo —dijo Benyawé—. Miles de personas perdieron la vida. Sus familias en la Tierra tienen derecho a saber qué les sucedió. Esa batalla es un tributo al valor humano.

—Y un tributo a la incompetencia humana. Señalar cómo nuestros nuevos amigos alienígenas eliminaron a docenas de naves armadas hasta los dientes no va a impulsar la moral en la Tierra.

—Tampoco vamos a mantenerlo en secreto —observó Benyawé—. La Tierra tiene que saber a qué se enfrenta.

—Los fórmicos llegarán allí mucho antes que nosotros —replicó Chubs—. Para entonces ya sabrán exactamente a qué se enfrentan.

—Yo digo que vayamos a por la baliza —intervino Lem—. Ahora mismo no tenemos ningún dato crítico que pueda marcar la diferencia en el conflicto inminente. Con esa baliza podríamos. Si aparecemos doce días más tarde, que así sea. No es que nos estén esperando.

Dieciocho horas más tarde un tripulante extendió una de las zarpas de la nave, empleada habitualmente para la extracción de minerales, y recuperó la baliza del espacio. Lem observó desde el puente mientras la zarpa llevaba la baliza a una de las bodegas. Allí, los tripulantes conectaron unos cables a sus puertos de datos. Tres segundos más tarde la descarga estuvo completada.

Lem se dirigió a la sala de reuniones junto al puente acompañado de Benyawe y Chubs y recuperó los archivos de la baliza y los proyectó en el holocampo sobre la mesa. Había imágenes de la nave fórmica, modelos tridimensionales, información sobre la trayectoria, velocidad y fecha estimada de llegada a la Tierra, pero nada nuevo, nada que Lem no supiera ya. Ningún análisis de armas. Ninguna debilidad identificada. Lem pasó una mano por el campo, apartando unos archivos y trayendo otros a primer plano para echar un vistazo más atento. Sin valor, sin valor, sin valor. Todo eran noticias antiguas. Su mano se movió más rápido; se estaba impacientando.

Apareció la cabeza de un hombre. Era un vídeo. Lem se detuvo.

El hombre aparentaba cincuenta y tantos años: viejo para estar destinado en el espacio, pero no inusual en los oficiales de alto rango. Lem hizo el gesto adecuado con la mano, y el vídeo empezó a reproducirse.

—Soy el capitán Dionetti de la Autoridad de Seguridad y Comercio Espacial, al mando del *Mirador Estelar*. Como demuestran las pruebas en estos archivos, una nave alienígena se dirige a la Tierra a una velocidad increíble. Llevamos tres días siguiéndola, y continuaremos igualando su velocidad y monitorizándola hasta que llegue a la Tierra.

—No la monitorices, idiota —dijo Lem—. Destruyela.

El capitán continuó impertérrito.

—Hace dos semanas, entre las naves del Cinturón Interno circuló el rumor de que una nave alienígena había atacado a un número no especificado de naves cerca de Kleopatra. La noticia de este ataque se extendió rápidamente por la zona. Varias naves de clanes y corporaciones decidieron orquestar una ofensiva contra la alienígena cuando llegara a nuestra posición. Otros oficiales de la ASCE y yo intentamos insistentemente sofocar semejante ataque ilegal y sin provocación...

—¿Sin provocación? —dijo Lem.

—Les recordamos a los mineros que atacar cualquier nave va contra la ley del comercio espacial establecida por la ASCE y ratificada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. No conocemos las intenciones de esta nave alienígena, y semejante agresión podría obligarla justificadamente a defenderse o contraatacar, poniendo así a toda la Tierra en peligro.

»Tristemente, las naves mineras ignoraron nuestro consejo, y un total de sesenta y dos se unieron al ataque. La nuestra grabó los acontecimientos desde lejos, y los vídeos de la batalla están incluidos en estos archivos. Lamento informar que las

sesenta y dos naves parecen haber sido destruidas. Como verán en los vídeos, la alienígena es completamente capaz de defenderse sola si es provocada. Por tanto, por la autoridad que me han investido la Ley de la Paz Espacial y la Ley de Respuesta de Emergencia en el Espacio, la ASCE proclama un alto el fuego contra la nave alienígena. Toda nave minera que dispare o intente obstruir a la alienígena será sometida a arresto.

—¿Alto el fuego? —dijo Lem—. Díganme que esto es una broma.

—Típico de la ASCE —dijo Chubs.

—La raza humana es una especie pacífica —continuó el capitán—, y la ASCE hará todo lo que esté en su poder para mantener esa paz. En vez de provocar a nuestros visitantes alienígenas y dar por supuesto que tienen malas intenciones, les tenderemos la mano de la bienvenida e iniciaremos gestiones diplomáticas para establecer una relación pacífica y duradera entre nuestras dos especies. Si los datos de esta baliza llegan a la Tierra antes que nosotros, rogamos que notifiquen a la ASCE de nuestros esfuerzos y que inicien los preparativos para que la nave alienígena sea recibida por dignatarios adecuados y provistos de la correspondiente oferta de paz. Dios nos proteja. Fin de la transmisión.

La cabeza del hombre desapareció.

—¿Están locos? —dijo Lem—. ¿Una oferta de paz? ¿Vieron a los fórmicos destruir sesenta y dos naves y quieren agasajarlos con regalos? Increíble.

—Vio la potencia de fuego de los fórmicos —dijo Benyawé—. Está intentando impedir otra masacre y mantener la calma. Disparar contra los fórmicos solo causará más muertes. No se puede discutir con eso. Ese capitán está haciendo lo que considera mejor para la Tierra.

—Se equivoca —dijo Lem—. Nosotros también hemos visto su potencia de fuego. Hemos visto lo que le hicieron a la *Cavadora*. Y eso no significa que vayamos a meternos con ellos en la cama.

—No estoy diciendo que esté de acuerdo con él —respondió Benyawé—. Estoy diciendo que está pidiendo diplomacia en vez de una acción a lo loco. Comprendo su punto de vista.

—Su punto de vista es pura arrogancia. No ha visto usted a esas criaturas de cerca, Benyawé. Yo sí. Y créame, un bonito regalo con un lazo rosa no va a convertirlas en buenos amigos.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Chubs.

—Llegar a la Luna lo más rápido posible y rogar que los idiotas de los políticos no extiendan la alfombra roja.

—¿Más rápido que nuestra velocidad anterior? —preguntó Chubs.

—Podemos aumentarla un poco —dijo Lem—. Estamos intentando evitar amenazas de colisión, lo sé, pero nuestra velocidad anterior seguía siendo demasiado

cautelosa. Saltémonos un poco los parámetros de seguridad.

Chubs asintió.

—Daré la orden. —Corrió de regreso al puente.

Lem devolvió su atención al holocampo donde antes había aparecido la cabeza del capitán.

—¿Cómo puede alguien ser tan obtuso? ¿Una escolta? ¿Ese hombre vio morir a toda esa gente y tiene la audacia de escoltar a los fórmicos?

Benyawé sacudió la cabeza, su voz poco más que un susurro.

—Sesenta y dos naves.

—Pensábamos que podrían ser más.

—Tanta gente.

Lem pasó la mano por el holocampo, buscando en los archivos el vídeo de la batalla. Lo encontró y lo reprodujo.

Una monumental formación de naves apareció en el holocampo. En el centro estaba la nave fórmica, enorme e impresionante, como una gigantesca luna roja cruzando el espacio. Docenas de naves mineras igualaban su velocidad, zumbando a su alrededor como abejas de un panal, disparándole a los fórmicos con todo lo que tenían, que a pesar de su número parecía lamentablemente inadecuado.

Incluso desde esa distancia Lem reconoció varias naves de la flota de su padre, todas blindadas con placas adicionales burdamente soldadas a sus cascos. Al parecer se habían preparado con prisas para la guerra, pero el blindaje añadido no les sirvió de nada. Uno a uno, los cañones fórmicos fueron abatiendo a las naves, lanzando cientos de glóbulos de plasma gamma laserizado con implacable precisión, vaporizando grupos enteros de naves con destellos que lanzaban restos en todas las direcciones.

Lem advirtió que aquellas naves no significaban nada para ellos. Somos mosquitos. Molestias menores. Fáciles de espantar, apenas merecemos el esfuerzo.

Mientras Lem y Benyawé miraban, nave tras nave se fueron convirtiendo en nada, volcando sus equipamientos y sus tripulantes al espacio. La mayor parte de los restos desaparecieron esparciéndose en todas direcciones, pero algunos continuaron avanzando tras la estela de la nave, impulsados por la inercia, como si se negaran a aceptar que estaban muertos y dejar la lucha.

Otros pecios quedaron atrapados en un campo invisible tras la nave fórmica y fueron arrastrados, como si un imán gigantesco les hiciera variar el rumbo y seguir a la nave.

Las naves supervivientes continuaron atacando, disparando implacables, golpeando a los fórmicos con todo su arsenal. El resultado fue siempre el mismo: muerte, muerte y muerte. En unos instantes, la colmena de abejas redujo su número, hasta que solo quedaron unas cuantas naves insistentes. «¿Es que no veis que es

inútil?», quiso gritarles Lem. «¿No veis que vais a morir? Ni siquiera les estáis haciendo daño. Retiraos. Morir no sirve de nada».

Pero las naves del holocampo siguieron disparando y desapareciendo. Ya era patético. Apenas quedaba un puñado de naves. Y entonces, en un frenesí de fuego fórmico, desaparecieron, dejando sola a la nave fórmica, intacta e impávida, silenciosa una vez más mientras iba lanzada hacia la Tierra como una bala, arrastrando tras de sí una cola de pecios.

El vídeo se paró.

Benyawé se secó los ojos.

Y para sorpresa de Lem, advirtió que también él tenía los ojos húmedos. Se los enjugó rápidamente, furioso consigo mismo.

Necios, pensó. Todos han sido unos necios. ¿Por qué insistieron? ¿Por qué lo malgastaron todo? ¿No veían que no le causaban ni una mella? ¿No sabían que sus seres queridos en la Tierra se sentirían devastados?

Pues claro que lo sabían, comprendió. Eran sus seres queridos de la Tierra quienes los impulsaban. Eso los había mantenido en la lucha, la desesperación por salvar a quienes estaban en casa.

«Yo podría haber hecho lo mismo», pensó, «haber permanecido en la lucha también cuando nos enfrentamos a ellos. Pero no lo hice. Huí. Me escabullí como un ratón asustado. ¿Me convierte eso en un hombre sabio o en el mayor necio?».

—Necesito hablar con mi padre —dijo—. Las líneas láser no pasan, pero tenemos que enviar algo, lo que sea. Y tenemos que enviarlo repetidamente, sin parar, una emisión continua. Tal vez encontremos un hueco donde la interferencia sea menor. Tal vez alguien nos capte y lo retransmita. Tal vez no funcione, pero tenemos que intentarlo.

Esperó a que ella respondiera, que dijera algo, cualquier cosa.

Finalmente, cuando ella habló, su voz temblaba:

—¿Qué harán cuando lleguen a la Tierra, Lem?

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. Pero no durarán mucho. Voy a destruirlos. Con o sin la ayuda de mi padre, voy a destruirlos.

Anuncio

Víctor atravesó la puerta y entró en el pequeño apartamento amueblado. Era una *suite* de la compañía, situada bajo tierra en el sistema de túneles de Juke y reservada normalmente para los empleados de la Tierra que visitaban la sede. Las luces se encendieron, y una imagen del *skyline* nocturno de Imbrium apareció en la pared donde debería haber una ventana.

—Alguien le traerá las comidas —dijo Simona—. Si tiene hambre antes, hay una pequeña cocina y una despensa surtida. Sírvese.

—¿E Imala? ¿Van a alojarla también en alguna parte? No puede volver a su apartamento. Me ayudó a escapar. Puede que las autoridades la estén buscando.

—No tiene que preocuparse por la señorita Bootstamp. El señor Jukes se encargará de ella. La policía no será ningún problema.

—¿Y eso qué significa? ¿Que Ukko controla a la policía?

Simona ignoró la pregunta.

—Le traeré ropa limpia. Esté presentable y mantenga la habitación ordenada. Probablemente tendrá visita.

—¿Quién?

—Especialistas. Científicos. Gente que le hará preguntas.

—Ya he contado todo lo que sé.

—El señor Jukes querrá verificar sus afirmaciones con su propia gente.

—Prescott y Yanyu ya están trabajando en eso.

—El señor Jukes tiene especialistas en todos los campos. Querrá que muchos de ellos hablen con usted.

—Cada segundo cuenta —dijo Víctor—. ¿Por qué está todo el mundo arrastrando los pies en este asunto? ¿No he dejado claro lo que está en juego? Los militares necesitan tiempo para prepararse.

—El señor Jukes es un hombre inteligente, Víctor. Le aseguro que sabe lo que se hace.

Él sacudió la cabeza. Más retrasos. Más inacción.

Simona salió al pasillo.

—Esta puerta permanecerá cerrada en todo momento. Si necesita algo, use el holopad de la mesita de noche. Alguien vendrá a ayudarle.

—¿Debo considerarme prisionero?

—Está aquí por su propia seguridad. El DCL no sabe que está aquí, y queremos que siga así. —Pulsó el código de la pared y selló la puerta sin decir más.

Esa tarde fueron unos técnicos para realizarle la prueba del polígrafo. Víctor no puso objeciones: no tenía nada que ocultar. Sin embargo, cuando le pusieron todos los parches y sensores, empezó a preocuparle que la máquina malinterpretara su actividad cerebral y concluyera que los estaba engañando. Entonces temió que toda la ansiedad que sentía por esa posibilidad desviara aún más los resultados. Cuando la máquina terminó su trabajo, los técnicos no comentaron nada y recogieron el equipo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—No lo sé —respondió el técnico—. Nosotros administramos la prueba. Otros la leen.

La prueba debió de reforzar su caso, porque a la mañana siguiente empezaron a visitarlo reducidos grupos de personas, más o menos uno por hora. Ingenieros, psicólogos, biólogos... Víctor respondió a sus preguntas lo mejor que supo, aunque no tenía muchas respuestas que ofrecer. No, no había visto la nave de cerca. No, no sabía cuántas hormigas iban dentro.

Advirtió que muchos de ellos eran escépticos. Escuchaban atentamente y tomaban notas, pero a algunos les costaba ocultar su incredulidad y desdén. Algunos regresaron por segunda, tercera y cuarta vez, repitiendo las mismas preguntas una y otra vez.

Al cuarto día empezó a perder la paciencia.

—Ya he respondido a estas preguntas infinidad de veces —les dijo—. Sé lo que pretenden. Intentan pillarme en una mentira. Están incluyendo detalles que no les he dado para ver si me doy cuenta o si cambio mi historia. Están buscando a la desesperada signos de engaño por mi parte. Son tan pomposos y pagados de sí mismos que no pueden aceptar que un hombre carente de títulos universitarios pueda saber algo que ustedes no saben.

Algunos científicos se echaron a reír. Otros fruncieron el ceño y se marcharon. A Víctor no le importó. Prefería estar solo de todas formas.

El quinto día sucedió por fin. Simona llegó al apartamento con Imala, que se mostró tan aliviada al ver a Víctor que lo abrazó.

—Llevan días machacándome —dijo—. Imagino que contigo habrán hecho lo mismo. —Le sonrió—. Lo han encontrado, Víctor. Prescott y Yanyu lo han encontrado.

Simona colocó su holopad en la mesa y extendió las barras de las esquinas. Un

noticiario en directo se proyectó en el campo. Ukko estaba de pie ante un atril con el logotipo de la corporación Juke. Tras él había un puñado de personas, la mayoría de las cuales habían venido al apartamento de Víctor en los últimos días. Entre ellos se hallaba Prescott, y también Yanyu.

—Damas y caballeros de la prensa —dijo Ukko—. Ciudadanos de la Tierra y la Luna. No estamos solos en el universo.

Víctor sintió que le quitaban un peso de encima. Con esa única frase, su tarea quedaba completa. La responsabilidad era ahora de otro. Estaba libre.

Las cámaras destellaron mientras Ukko continuaba hablando.

—Una especie alienígena inteligente y hostil se dirige en estos momentos hacia la Tierra en una nave que no se parece a nada que hayamos visto jamás. —Señaló a su izquierda, donde había un holocampo sobre una plataforma. Allí apareció la nave alienígena, suspendida en el espacio—. Este holo y otros más que he entregado a la ASCE esta mañana no dejan ninguna duda de que nuestro planeta corre grave peligro. —La nave redujo su tamaño y aparecieron los restos del Cinturón que había localizado Yanyu—. Mi personal especializado ha hallado pruebas de que esta nave alienígena es responsable de la destrucción de un número indeterminado de naves mineras en el Cinturón de Asteroides y más allá. Tememos que las pérdidas de vidas humanas se cuenten por miles. También podemos demostrar que esta nave alienígena es la causa de la interferencia en las comunicaciones que afecta al comercio espacial desde hace meses. Mi equipo está siguiendo a la nave en estos momentos, y si su ritmo actual de desaceleración continúa, llegará a la Tierra aproximadamente dentro de once días.

Murmullos entre los periodistas.

Ukko les indicó que guardaran silencio.

—Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para conservar la calma e impedir el pánico mundial. Apelo a todos los gobiernos de la Tierra para que convoquen una cumbre de emergencia en las Naciones Unidas que tome inmediatamente medidas preventivas. Y les aseguro que Juke Limited continuará haciendo todo lo que esté en su mano por mantener al mundo informado y ayudar en los preparativos que se decidan. Ahora cederé la palabra a los miembros de mi equipo que les explicarán las pruebas y responderán a todas sus preguntas. —Se retiró del atril y le hizo una seña a Prescott, que dio un paso al frente y se presentó.

—Está en todos los canales —dijo Simona, que marcaba su pad de muñeca.

—Nuestra investigación comenzó con el estudio de las supuestas pruebas de una supuesta nave alienígena que llegaron a las redes —dijo Prescott—. Muchas de estas pruebas fueron descartadas por la propia prensa, pero nuestro equipo de investigadores continuó analizándolas de todas formas.

Era una declaración atrevida. Sin embargo, Víctor entendió su sabiduría. El

mundo querría culpar a alguien, la gente estaría furiosa. Exigirían saber por qué no se les había avisado antes y por qué tenían tan poco tiempo para prepararse. Al dar una sutil colleja a los medios, Ukko estaba haciendo un control de daños preventivo y evitando cualquier culpa que pudieran achacarle.

La rueda de prensa continuó durante una hora, con diversos miembros del equipo de Ukko tomando la palabra para presentar pruebas y responder preguntas. Víctor e Imala vieron las noticias posteriores a medida que los presentadores regurgitaban el anuncio de Ukko. Había rumores de que el presidente de la ASCE estaba preparando una declaración. El presidente de Estados Unidos había convocado una rueda de prensa. El Comité Central de Pekín estaba deliberando. El secretario general de las Naciones Unidas haría una declaración en breve. Al cabo de un rato Víctor desconectó la emisión y la habitación quedó en silencio.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó a Simona.

—Las Naciones Unidas celebrarán su cumbre. La ASCE entrará en acción. Todas las naciones mostrarán su apoyo y todos los políticos mínimamente inteligentes, con la mirada puesta en las próximas elecciones, correrán a alabar al señor Jukes y su equipo.

—¿Y la nave? —preguntó Víctor—. ¿Prepararán una flota para destruirla?

Simona se encogió de hombros.

—Es demasiado pronto para saberlo. Lo que ahora importa ya no es problema suyo. Pueden ustedes marcharse. Ahora mismo, Juke Limited ya no necesita sus servicios. El señor Jukes desea expresar su profunda gratitud por su inestimable ayuda, y como muestra de su agradecimiento les permite el uso de una lanzadera Juke para que los transporte a la estación de Midway. Desde allí se les asegurará llegar al Cinturón de Kuiper.

Víctor no daba crédito.

—¿Van a darme una lanzadera?

—En préstamo. Para que lo lleve a Midway. Usted mismo dijo que quería encontrar a su familia.

—Sí, pero... ¿cuál es el truco?

—No hay truco. El señor Jukes reconoce los sacrificios que ha hecho, y está ansioso por devolverle el favor y reunirlo de nuevo con su familia. He de llevarlos a ambos al muelle de atraque inmediatamente.

—¿A ambos? —dijo Víctor.

—Imala le acompañará. Ella pilotará la lanzadera. No es una nave con la que esté usted familiarizado.

Víctor miró a Imala y reparó, por su expresión, en que ella ya había accedido a hacer esto.

—¿Cómo puedes aceptar una cosa así? —preguntó—. Tu carrera. Tu familia. No

querrás venir conmigo. Hasta Midway es un viaje de seis o siete meses.

—Me lo pidieron —respondió Imala—. Es lo menos que puedo ofrecerte después de todo lo que has hecho por nosotros. No deberías viajar solo.

—Pero no tengo por qué viajar solo. Una nave para mí solo es un ofrecimiento generoso, pero innecesario. Sin duda todavía hay transportes que parten hacia el Cinturón. Y, si no, los habrá ahora. Un montón de gente querrá estar lo más lejos posible de la Tierra y la Luna hasta que esto acabe. ¿Por qué no puedo ir en una de esas naves y ya está? ¿Por qué darme toda una lanzadera?

—El señor Jukes quiere que viaje con comodidad —dijo Simona—. El dinero no es ningún problema.

Víctor no supo qué decir. Una lanzadera. Hasta Midway. Gratis. Era más de lo que podría haber pedido. Demasiado bueno para ser cierto.

Y entonces se dio cuenta de que, en efecto, eso era.

—Ukko no hace esto por generosidad —dijo—. Lo hace para librarse de mí. De eso se trata. ¿Me tiene aquí bajo arresto domiciliario y luego me larga en cuanto se hace el anuncio? ¿En una lanzadera solo con Imala? ¿Lejos de todos a los que podría contar mi historia? Esto no es un regalo. Es una mordaza. No quiere que hable con nadie, sobre todo con la prensa. No quiere que les cuente que su hijo es un asesino. Está protegiendo a Lem al hacerme desaparecer. Dígame si voy bien encaminado.

—O tal vez el señor Jukes está sinceramente agradecido y usted lo juzga mal —dijo Simona.

—Oh, sí, juzgo mal al hombre que lleva décadas atacando a familias como la mía, el hombre que me llamó pagano y me amenazó y me retuvo prisionero...

—Que le protegió de las autoridades —corrigió Simona.

—¿Para beneficio propio! ¿De verdad cree que soy tan estúpido para creer que Ukko Jukes haría algo por pura bondad?

—Víctor —dijo Imala—. Piensa un momento. ¿Importan realmente las motivaciones de Ukko?

Víctor se volvió hacia ella.

—¿Te pones de su parte?

—No me pongo de parte de nadie. Estoy pensando en tus intereses. ¿Qué más da si Ukko quiere proteger a su hijo? Bien. No lo conviertas en asunto tuyo.

—Es asunto mío. Claro que es asunto mío. Lem mató a mi tío.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —preguntó Imala—. ¿Acudir a la policía? ¿Presentar cargos? Hay una orden de detención contra ti. Y aunque la policía te escuchara, cosa que no hará, ¿crees que tienes base legal en que apoyarte? No tienes ningún cadáver que presentar. Ninguna prueba. Ningún testigo. ¿Crees que Ukko no dispone del ejército de abogados más poderoso del mundo? ¿Crees que se quedará de brazos cruzados mientras tú haces esas acusaciones? Es el dueño de esta ciudad,

Víctor. Es el dueño de toda la Luna. Probablemente también de los jueces. Hazme caso: si vas a la guerra con esto, perderás. Es así de sencillo.

—¿Qué te ha pasado, Imala? ¿Qué pasó con el fuego? Hace dos semanas intentabas hacer caer a ese hombre. Ahora huyes con el rabo entre las piernas. —Vio que esas palabras eran como una bofetada, y lo lamentó al instante.

Imala entornó los ojos.

—¿Qué ha pasado? Una nave alienígena camino de la Tierra, eso es lo que ha pasado. No me gusta esto más que a ti, Víctor. Créeme, nadie desprecia a Ukko más que yo, pero esta no es la forma de hacerle daño. Fracasará. El único perdedor serías tú.

—Lo que dice tiene sentido, Víctor —aconsejó Simona.

—No se ponga de mi parte —dijo Imala.

—Entonces ¿sabías que querían deshacerse de mí? —preguntó Víctor—. ¿Sabías que esta era su motivación? ¿Y estuviste de acuerdo?

—Pues claro que lo sabía. Es obvio, ¿no? Y sabía que tú lo descubrirías también. Nosotros tenemos lo que queremos, Ukko consigue lo que quiere...

—Y Lem se libra de un asesinato.

—No viniste aquí en busca de venganza, Víctor. Viniste a hacer un trabajo, y ese trabajo está hecho.

Él se volvió hacia Simona.

—Si Ukko hace esto solo como prueba de gratitud, entonces aceptaría mi solicitud de ir en un transporte.

—Esa no es una opción —dijo Simona.

Víctor sonrió con sorna.

—Sí. Ya me lo esperaba.

Fueron en deslizador hasta un pequeño espaciopuerto privado al norte de Imbrium, bien lejos del ojo vigilante del Departamento Comercial Lunar. Imala comentó que nunca había oído hablar de este sitio y no recordaba haberlo visto listado en ningún registro oficial del Departamento de Aduanas. Simona ignoró la observación y les aseguró a ambos que el puerto era legal.

El deslizador avanzó hasta un muelle de atraque cerca de la entrada de la terminal, y Simona los condujo al interior. Era una terminal estrecha con una docena de puertas, seis a cada lado. Aparte de unos pocos técnicos que iban de un lado a otro, preparando lanzaderas y cargando suministros, estaba vacía.

Simona los guio hasta su punto de embarque y agitó la mano dentro de un holocampo junto a la puerta de salida. La puerta al umbilical se abrió y los condujo al interior.

La lanzadera era pequeña, con la mayor parte del espacio dedicado a la bodega de

carga, de diez metros por doce. Varios palés de suministros empaquetados estaban fijados en el centro.

—Suministros para Midway —dijo Simona—. Déjenlos en la nave cuando entreguen la lanzadera.

Les enseñó entonces cuáles eran sus suministros y hamacas y le preguntó a Imala si tenía alguna pregunta respecto a los controles de vuelo. Imala dijo que no tenía ninguna.

Simona extendió una mano.

—Entonces buena suerte a ambos. Espero que encuentre a su familia, Víctor.

Él le estrechó la mano.

—Gracias. Y espero que abra usted los ojos y se busque un nuevo jefe.

Simona le hizo un guiño.

—Algún día, tal vez. El sol a la espalda, Imala.

—Y a la suya —dijo Imala.

Simona se marchó y cerró la puerta umbilical tras ellos.

Imala se amarró al asiento del piloto, introdujo unas cuantas órdenes en la consola y conectó el parabrisas virtual.

Víctor se sentó en el asiento del copiloto, junto a ella.

—¿Seguro que sabes pilotar esto? Creí que eras auditora.

Ella conectó más interruptores y pulsó más órdenes.

—Mi padre es piloto en Arizona. Se esmeró en convencerme de que siguiera sus pasos. Lecciones de pilotaje, entrenamiento de vuelo en baja gravedad. Incluso me llevó a un crucero en órbita cuando era niña y logró que el piloto me dejara coger los mandos unos minutos. Creo que pensaba que tendría una experiencia mágica que me convencería de ser piloto. Le rompí el corazón cuando le dije que quería trabajar con tarifas e impuestos.

—Nada que ver con pilotar.

—Y tampoco es la más glamurosa de las carreras, en su opinión. ¿Qué puedo decir? La macroeconomía y las estructuras financieras me fascinan. Mi padre dijo que era «un error de proporciones cataclísmicas». —Sonrió—. Tendrías que conocer a mi padre. No es el más liberal de los hombres. Incluso intentó casarme con otro apache para impedirme venir a la Luna. Un verdadero hombre de la tribu, como mi padre. El orgullo del pueblo y todo eso. Para conservar nuestra herencia.

»Sin embargo, a pesar de todo, me gustaba aquel tipo. Si mi padre no hubiera sido quien nos presentó y no hubiera dado la lata, no sé qué habría sucedido. Mi madre decía que me marché para fastidiar a mi padre, cosa que probablemente es verdad. Cuando me fui de casa, no fue una despedida agradable. Nos dijimos unas cuantas cosas que no deberíamos haber dicho.

—¿Por eso no vuelves a Arizona? ¿Por eso vienes conmigo?

—Voy contigo porque no deberías hacer esto solo y porque creo que el mundo está en deuda contigo.

—No eres tú quien tiene que pagar la deuda, Imala. Llegué aquí solo, ¿recuerdas? No soy un hombre indefenso.

—Sí, pero parece olvidar que casi te consumiste entero y has fracasado miserablemente por tu cuenta desde que llegaste. Si yo no te hubiera ayudado seguirías atrapado en el hospital de recuperación esperando el juicio, sin que el mundo supiera lo que se le viene encima.

Víctor apoyó los pies en el salpicadero y se puso las manos tras la cabeza.

—Mi heroína. ¿Qué haría yo sin ti?

—No gran cosa.

Los anclajes se retiraron e Imala sacó la lanzadera de la terminal.

Víctor se irguió, serio de repente.

—¿Estás segura de esto, Imala? Es un viaje de un año entero. Seis meses de ida, seis de vuelta.

—Sé hacer los cálculos.

—Sí, pero te han cargado este mochuelo. Aún puedes cambiar de opinión.

—¿Estás diciendo que no quieres mi compañía?

—No; estoy diciendo que es un sacrificio que no tienes que hacer.

—No puedo quedarme en la Luna, Víctor. Y no voy a ir a casa. Si voy a casa, seré inútil. Aquí puedo hacer algo. Puede que no consiga detener a la nave hormiga, pero puedo contribuir de algún modo. ¿Me concederás eso, por favor? ¿Me permitirás al menos esa cortesía?

Él sonrió y se despegó del asiento, ingrávido ahora.

—Con una condición. Mi familia me llama Vico, para abreviar. Si vamos a pasarnos seis meses en esta lata, al menos deberíamos tratarnos como familia.

Ella sonrió, saboreando el sonido de la palabra.

—Vico. Veré si puedo recordarlo.

Durante siete días volaron con rumbo a Última Oportunidad, una pequeña estación de suministros que era la última parada en ese cuadrante para aquellos que viajaban al Cinturón. Desde allí, solo les esperaban varios meses y doscientos millones de kilómetros de viaje. Víctor e Imala no necesitaban suministros, pero estaban desesperados por tener noticias. Su lanzadera había perdido contacto con la Luna después del primer día a causa de la interferencia, y no sabían qué preparativos habían hecho en la Tierra y la Luna desde entonces.

—Con toda probabilidad las naves atracadas en este lugar sabrán menos que nosotros —dijo Víctor mientras se acercaban a la estación, todavía a varias horas de distancia—. No habrán podido establecer comunicación por el mismo motivo que

nosotros. Serán ellos quienes se mueran por sonsacarnos información, no al revés.

—Ya —contestó Imala—. Pero nuestra lanzadera no es el vehículo más rápido que existe. Tal vez haya naves en la estación que salieron de la Luna después que nosotros y llegaron antes. Y tal vez sepan algo que nosotros no sabemos.

Los datos de vuelo de la lanzadera decían que Última Oportunidad tenía diez estaciones de atraque con umbilicales, pero cuando apareció a la vista Víctor observó que había al menos cuatro veces ese número de naves arremolinadas a su alrededor.

—Está repleto —dijo—. Es imposible que podamos desembarcar.

—Tal vez no tengamos que hacerlo. Las líneas láser funcionan en distancias cortas. Si nos acercamos lo suficiente, tal vez puedan suministrarnos noticias directamente a la nave.

Cuando estuvieron a menos de cien kilómetros, Imala utilizó la línea láser para llamar a la estación.

La cabeza de una mujer un poco regordeta apareció en el holocampo.

—Necesito un tubo de atraque —dijo Imala—, pero parece que no tienen ninguno disponible.

—No tenemos. Pero pueden conectar con uno de nuestros servidores de noticias.

—¿Reciben transmisiones de la Luna?

—Solo texto —dijo la mujer—. La banda ancha no transmite voz ni vídeo.

—¿Cómo les llega? Nosotros no captamos nada.

—Hemos colocado una serie de naves entre la Luna y nosotros —respondió la mujer—. Una cada millón de kilómetros o así. Como una brigada de cubos para apagar un incendio. No es un sistema perfecto, se lo advierto. El deterioro que normalmente se encuentra en diez millones de kilómetros se da ahora en cien mil. Así que en un millón de kilómetros apenas se puede captar una transmisión muy lenta. Las naves tienen que repetir los mensajes tres veces y deducir como pueden algunos párrafos, pero incluso así hay deterioros y agujeros en el texto. ¿Le envío los códigos para el enlace?

—Sí, por favor.

—Hay una tarifa —informó la mujer.

—¿Va a cobrarme por las noticias?

—Mantener naves relé no es barato. Las noticias no llegarían de otro modo.

—¿Cuánto? —preguntó Imala.

La mujer dijo una cifra totalmente desproporcionada. Imala quiso discutir.

—Yo lo pagaré —zanjó Víctor. Su familia le había dejado el dinero para su educación universitaria. Podía gastar una parte allí.

Cinco minutos después los textos de diversos servidores de noticias aparecieron en su monitor. Los informes estaban llenos de agujeros y frases fragmentadas, pero captaron lo esencial de cada informe.

Víctor tenía la esperanza de que hubieran reunido una flota, pero rápidamente quedó claro que no era así. La ASCE pedía calma y abogaba por la diplomacia, buscando formas de comunicarse con las hormigas cuando llegaran. Las Naciones Unidas habían celebrado una cumbre de emergencia como había sugerido Ukko Jukes, pero todo lo que aquel circo político había conseguido era nombrar al embajador egipcio, Kenwe Zubeka, secretario de Asuntos Alienígenas, un nuevo cargo sin ningún poder ni influencia. Zubeka no parecía advertir lo insignificante que era su puesto y seguía haciendo declaraciones estúpidas a la prensa.

Cuando le preguntaron por las naves destruidas en el Cinturón, Zubeka había contestado: «No sabemos a qué tipo de malentendido o provocación respondieron nuestros visitantes alienígenas. En cuanto podamos hablar con ellos, estoy seguro de que mantendremos una conversación pacífica que beneficiará a ambas especies».

—¿Está de guasa? —dijo Víctor—. ¿Un malentendido? ¿Está llamando malentendido al asesinato de miles de personas? Cuando mataron a los italianos, no fue un malentendido. Fue deliberado. Sabían lo que estaban haciendo.

—Es geopolítica, Vico. Pocos países tienen presencia militar en el espacio. La mayoría de las grandes potencias tienen lanzaderas y naves de carga que pueden salir al espacio y podrían ser volatilizadas, pero para formar una flota, reunir suficientes naves para orquestar un ataque o formar una barricada necesitamos una coalición. Estados Unidos, Rusia, China, India, Francia. Esos países no funcionan bien juntos. Los chinos no se fían de los rusos, la India no se fía de los chinos, y los norteamericanos no se fían de nadie, excepto quizá de unos pocos países europeos. Y ningún país quiere actuar por su cuenta. Si van solos se arriesgan a perder sus naves y debilitar su arsenal. Eso los haría vulnerables a otras potencias.

—¿Entonces no van a hacer nada? ¿Por qué todo el mundo parece creer que la inacción es la mejor acción?

—La cautela es su acción, Vico. O al menos esa es su justificación. Están de brazos cruzados esperando a ver qué pasa. Todos esperan que esto se resuelva solo. Actúan como actúan siempre los humanos cuando la guerra parece inevitable y la mayoría de las variables son desconocidas. Están jugando a ser los buenos y esperan a que el otro dispare primero.

—Las hormigas no disparan primero, Imala. Destrozan. Encuentran vida y la destruyen. No les interesa la diplomacia ni reunirse alrededor de una mesa y hacer amigos. Les interesa abrirnos en canal y desangrarnos.

Siguieron leyendo, pero la situación tan solo empeoró. Había disturbios por todo el mundo: la gente tomaba las calles para exigir que los gobiernos actuaran. Había muertos. Los gobiernos continuaban lanzando llamamientos a la calma. Los medios discutían también los vídeos que Víctor e Imala habían subido. Los expertos escrutaban cada detalle, perdiendo tiempo en excusar a los medios por haberlos

ignorado inicialmente. Los vídeos, después de todo, se parecían a tantos otros falsos que había por ahí.

—No podemos continuar, Imala —dijo Víctor cuando terminaron de leer—. No vamos a marcharnos de esta estación. Todavía no. No hasta que veamos en qué acaba todo esto.

Tampoco ninguna de las otras naves atracadas se movió. Y a lo largo de los días siguientes, el número de naves aumentó. Víctor e Imala programaron el monitor para que los alertara cada vez que llegaba un mensaje nuevo, no importaba si estaban durmiendo.

Permanecieron allí durante días, leyendo los informes en voz alta el uno al otro en el momento en que llegaban. A veces Víctor se sentía tan frustrado con la estupidez de los gobiernos o la prensa que le decía a Imala que dejara de leer. Luego se retiraba a la parte trasera de la lanzadera para tranquilizarse.

—Todo ese esfuerzo —le dijo—, todo ese tiempo pasado en la nave rápida para que la Tierra pudiera prepararse, para que los países pudieran reunir recursos que les permitieran pasar a la acción, y nadie está haciendo nada. —Quería llorar. Quería sacar la mano al espacio y sacudir a alguien—. ¿Cómo pueden estar tan equivocados?

—Porque el mundo no piensa como una familia de mineros libres, Vico. No somos un solo pueblo. Estamos divididos, solo preocupados por nuestra propia gente y nuestros planes y nuestras fronteras. Somos un planeta, pero mirándonos no lo parece.

Entre tanta estupidez había también voces razonables. Varios gobiernos estaban tan escandalizados y aturdidos por la inacción como Víctor. Alemania, Australia, Nueva Zelanda, Argentina, Sudáfrica. Todos abogaban por formar una coalición para la defensa inmediatamente. Pero Rusia, China y Estados Unidos rechazaron la idea en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas: más provocaciones solo producirían más violencia.

Al cuarto día, con una escuadrilla de naves de la ASCE como escolta, la nave hormiga entró en órbita geosincrónica con la Tierra y se detuvo.

Nave nodriza

—¿Qué ves? —preguntó Bingwen—. ¿Dejan entrar a la gente en la biblioteca?

Encima de él, Hopper se agarraba a una tubería lateral de una casa de la aldea. Incluso con su pierna torcida, Hopper siempre había sido mejor escalador. Era la postura de su pie malo lo que le daba ventaja: el pie ligeramente vuelto hacia dentro apoyaba mejor la planta sin tener que arquear las piernas. Eso le permitía trepar por tuberías desvincijadas como esa a pesar de que estaba mojada y era estrecha.

—Hay al menos cuatrocientas personas aquí —dijo Hopper.

Estaba oscuro, bien entrada la tarde, y la multitud estaba salpicada de linternas. Casi todos los habitantes de las aldeas cercanas habían ido a la biblioteca para ver qué sucedía cuando llegara la nave alienígena. Los padres de Bingwen estaban en algún lugar de aquella muchedumbre, igual que su abuelo. Bingwen los había acompañado, agarrado a la mano de su madre. Pero cuando la multitud creció y avanzó hacia la biblioteca, la gente empezó a apretujarse y Bingwen temió que fueran a aplastarlo. Antes de que su madre pudiera detenerlo, se agachó y se arrastró entre las piernas de la gente hasta que salió por detrás y encontró a Hopper.

—La señorita Yi ha cerrado la puerta —informó Hopper—. Se ha subido a una silla.

Bingwen estaba desesperado por ver. Miró en derredor. Había un barril para recoger agua de la lluvia justo debajo de una ventana. Cogió una caja de fruta del montón de la basura y la usó como escalón para encaramarse al barril. Desde allí se aupó al alféizar de la ventana. No tenía una vista tan buena como Hopper, pero veía bastante bien por encima de la gente.

La señorita Yi, la bibliotecaria, pedía silencio.

—Por favor, silencio. La biblioteca está cerrada. Volveremos a abrir mañana para los servicios de noticias a las horas normales de trabajo.

El clamor de la multitud fue inmediato.

—¡Déjennos entrar! —gritó alguien.

—¡Queremos ver las noticias!

Yi pidió de nuevo silencio.

—Aunque pudiera dejarlos entrar, no tenemos suficientes máquinas. No cabrían. Si nos enteramos de algo, lo pegaré en la puerta.

—¡Abra!

—¡Es nuestra biblioteca!

—¡Quitadla de en medio!

—Van a descuartizarla de un momento a otro —dijo Hopper.

Era cierto. Las cosas iban a ponerse feas. Bingwen tenía que hacer algo y rápido.

—Hop, tenemos que llegar al tejado de la biblioteca.

Hopper le dirigió una mirada de malicia.

—No sé qué tienes en mente, pero me gusta.

Bingwen bajó al suelo y su amigo lo siguió. Rodearon a la multitud para llegar a la parte trasera de la biblioteca. No había puertas ni ventanas, solo una pared de estuco lisa.

—Imposible llegar al tejado —dijo Hopper—. No hay nada donde agarrarse. Podría empujarte, pero el tejado está a cuatro metros de altura.

Bingwen apenas prestaba atención. Había seguido hasta una zona de hierbas altas detrás del edificio. La escalera de bambú estaba justo donde la había dejado, anclada al suelo con dos clavijas. Aunque alguien se hubiera parado justo donde Bingwen estaba ahora, no habría visto la escalera, pues estaba bien oculta entre un denso manto de hierba y matorrales. Bingwen soltó las clavijas y arrastró la escalera hasta la parte trasera del edificio.

Hopper parpadeó.

—¿Qué es eso?

—Una escalera.

—Obviamente. ¿De dónde ha salido?

—La he hecho yo.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de un año.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Bingwen hizo un gesto con la mano.

—Hopper, te presento a mi escalera. Escalera, este es Hopper.

—Muy gracioso. ¿Pretendes decirme que llevas un año colándote en la biblioteca?

—Unos cuantos años, en realidad. Esta es la tercera escalera que he hecho.

Bingwen la apoyó contra el borde del tejado, encajando los largueros de bambú en los dos pequeños huecos que había tallado para ese propósito. Sacudió la escalera para asegurarse de que estaba firme y luego señaló el primer peldaño.

—Tú primero.

Hopper sacudió la cabeza.

—¿Unos cuántos años? Vaya. —Y empezó a subir. Bingwen lo siguió.

El tejado era plano. Bingwen recogió la escalera y la dejó a un lado.

—Por eso sacas dieces en todos los exámenes de prácticas —dijo Hopper—. Llevas años haciendo trampas.

—Yo no hago trampas. Estudio más.

—¿Cuándo?

—A las tres o cuatro de la mañana casi todos los días. Te encantaría. Se está muy tranquilo.

—Eso explica cómo aprendiste inglés.

—¿Qué creías, Hop, que podría aprenderlo durante las irrisorias horas de estudio que nos dejan? Es el idioma más atrasado del mundo.

—Deja de usar palabras como «irrisorio». Solo consigues que me sienta más idiota.

Bingwen sonrió y puso una mano en el hombro de su amigo.

—No eres idiota, Hop. Eres listo. Yo estudio más porque tengo que hacerlo. No pillo los conceptos tan rápido como tú.

Hopper se cruzó de brazos e hizo una mueca.

—Solo intentas ser amable.

Bingwen hizo un gesto de tijera con los dedos y cortó el aire.

—Cortemos este maravilloso momento de empatía y entremos, ¿quieres?

Corrió a un grueso respiradero. Se arrodilló y retiró la cobertura de goma en torno a la base. Luego la rodeó con los brazos, la retorció y la alzó. El respiradero se soltó con facilidad, dejando un agujero en el tejado.

—¿Cómo levantaste esta cosa cuando empezaste a venir aquí? —preguntó Hopper—. Tus brazos no eran lo bastante largos para abarcarla.

—Por un sistema de poleas. Un poco de cuerda, un poco de bambú y un poco de ingenio. Créeme, esto es fácil.

Hopper volvió a sacudir la cabeza.

—Increíble.

Bingwen tumbó a un lado el respiradero.

Hopper se inclinó y se asomó al agujero.

—Hay cuatro metros hasta el suelo. ¿Cómo vamos a lograrlo? No, déjame adivinar. ¿Cabestrantes y andamios hechos con tallos de arroz y chicle?

Bingwen sonrió.

—Hopper. Tenemos una escalera.

Hopper se ruborizó.

—Cierto.

Recogieron la escalera, la metieron en el agujero, y empezaron a bajar. Estaban en

la esquina suroccidental del edificio, ocultos del resto de la biblioteca por altas estanterías de libros.

Bingwen oyó voces.

—¿Y ahora qué? —susurró Hopper.

Bingwen se arrastró hacia el final de la estantería y observó el pasillo. La puerta principal estaba atrancada, y la señorita Yi estaba ahora dentro, sentada ante un terminal, flanqueada por dos ayudantes, viendo las noticias.

—Esa comedora de lodo —susurró Hopper—. ¿Ella ve las noticias y nosotros no?
—Sígueme.

Se arrastraron por la pared del fondo hasta la oficina principal. Bingwen retiró una esquina de la alfombra y sacó una tarjeta de acceso oculta.

—Ni siquiera voy a preguntar cómo has conseguido eso —dijo Hopper.

Bingwen abrió la puerta, escondió de nuevo la tarjeta y entraron. El proyector y la caja de la antena estaban en el armario.

—Extiende los brazos —dijo Bingwen.

Hopper obedeció y Bingwen le hizo cargar con ambos aparatos. El amplificador y el altavoz estaban en un cajón al fondo. Bingwen se los metió en el bolsillo y le indicó a Hopper que lo siguiera.

—¿Así que tú cargas con lo que pesa poco y yo con lo que pesa mucho? —dijo Hopper cuando llegaron a la escalera.

Bingwen se llevó un dedo a los labios, cogió la caja de la antena y empezó a subir por la escalera. Cuando llegaron arriba, retiró la escalera y volvió a sellar el agujero.

—Si me hubieras dicho desde el principio que tu plan era robar —dijo Hopper—, podría haberme ahorrado una temporada en la cárcel negándome a ser tu cómplice.

—No es robar. Este equipo no saldrá de la biblioteca.

Lo llevó todo al otro lado del tejado, encima de la puerta principal. La mayor parte de la multitud seguía allí, pero se habían calmado y estaban sentados en pequeños grupos en las escaleras de la aldea o en las pocas zonas de hierba, conversando tranquilamente y esperando a que la bibliotecaria les comunicara alguna noticia. Nadie vio a Bingwen emplazando el equipo.

Solo tardó un momento. Cuando estuvo listo, retiró la tapa de la lente y el servicio de noticias se proyectó en un lateral de la casa que había frente a la biblioteca. Se veía a un periodista en las calles de Pekín. Tenía a miles de personas detrás, todas contemplando las enormes pantallas en las fachadas de los edificios. Mostraban imágenes en directo de una nave roja con forma de lágrima gigante.

Debajo de Bingwen, alguien gritó y señaló la proyección.

—¡Mirad!

La voz del periodista resonó en el altavoz. Bingwen ajustó el volumen y la muchedumbre de aldeanos se congregó rápidamente delante de la casa. Varios

aplaudieron y silbaron y apuntaron brevemente con sus linternas al tejado para ver quién les había hecho el favor. Hopper se acercó al borde del tejado, hinchando el pecho y saludando como un general que vuelve de la guerra.

Bingwen localizó a su abuelo, que le hizo un guiño.

«... docenas de miles de personas han salido a las calles —decía el periodista—. Todas han venido para vivir juntas este acontecimiento histórico. He hablado con varias personas y sus sentimientos abarcan todo el espectro emocional. Algunas me han dicho que tienen miedo, que la destrucción de las naves mineras en el Cinturón les preocupa mucho...».

—¿Tú tienes miedo, Bingwen? —preguntó Hopper.

Ahora estaban los dos sentados en el tejado, las rodillas apretadas contra el pecho para resguardarse del gélido aire nocturno.

Bingwen hizo un ligero ajuste en el altavoz para que el sonido en su dirección se redujera pero no afectara a los de abajo.

—¿Tú no? —preguntó.

—Nunca se lo diría a mi padre o a Meilin... pero ahora tengo pesadillas. Mi madre dice que grito por las noches. El sueño es tan real... Está ahí en mi cuarto, de pie junto a mí.

—¿La criatura?

Hopper asintió.

—Solo que no lleva un traje de compresión. No lleva nada. Está ahí de pie, mirándome. —Alzó los ojos hacia el cielo, como si pudiera ver la nave más allá de la negrura.

—Es un sueño, Hop. Yo también los tengo.

Hopper se volvió, sorprendido.

—Los tiene mucha gente —dijo Bingwen—. Incluso mi padre. Tuvo que echarse agua en la cara la otra noche y sentarse junto al fuego. No pudo volver a dormir. Nunca le había visto así. Pero son sueños, Hop. Solo eso. Esa nave parece grande en proporción, pero el mundo es mucho más grande. Doce mil millones de personas son mucha fuerza. Sean lo que sean esas criaturas, no nos dañarán.

—No te lo crees ni tú. Has estado acumulando suministros. Te has estado preparando para lo peor. Me dijiste que esperara lo peor.

Era cierto. Bingwen llevaba guardando cosas desde que Yanyu le enviara el vídeo. Y le había dicho a Hopper que hiciera lo mismo. Pero Hopper no necesitaba oír ahora datos sombríos. El tiempo de preparación se había acabado. Ahora todo lo que podían hacer era permanecer serenos y alerta.

—Estoy almacenando alimentos —dijo Bingwen—. Más vale prevenir. Por si los suministros se acaban y no vienen más camiones. Mi abuelo y yo tenemos mucho, compartiremos.

—Solo estás intentando de nuevo hacer que me sienta mejor.

—Tienes razón. Retiro todo lo que he dicho hoy, sobre todo la parte de que eras listo —repuso Bingwen, y le dirigió a Hopper una sonrisa llena de dientes.

Hopper puso los ojos en blanco y le dio un empujoncito en el hombro.

Los gritos abajo los sobresaltaron a ambos.

—¡Alto! —La señorita Yi salió en tromba del edificio, agitando los brazos—. ¡Alto! —Se plantó delante de la proyección y se enfrentó a la multitud—. No pueden hacer esto. ¡Váyanse todos a casa! —Señaló con un dedo a Bingwen—. ¡Tú, pequeña rata, apaga eso!

Alguien le lanzó un zapato. La luz del proyector le daba en los ojos, así que la señorita Yi solo pudo retroceder en el último instante. El zapato la golpeó levemente en el pecho, pero ella gritó como si le hubieran arrancado el brazo. Varias personas se echaron a reír.

—¡Vuélvete dentro, tía! —gritó alguien.

—¡Déjanos en paz!

—¡Apártate de la luz!

Yi se envaró.

—¡El director regional se enterará de esto!

Otro zapato voló y ella volvió a chillar y se retiró, cubriéndose la cara con un brazo. Más burlas y risas. Bingwen la vio marcharse y la compadeció.

Yi se detuvo en la puerta de la biblioteca y apuntó al tejado con su linterna.

—Nunca volverás a poner el pie en este edificio, Bingwen. ¿Me has entendido? Tú tampoco, lisiado.

—¡Cómete un pedo, cara de cerda! —gritó Hopper.

Más risas y la mujer desapareció en el interior de la biblioteca.

—Muy inteligente —dijo Bingwen—. Ahora nunca harás el examen.

—No iba a dejarnos de todas formas. Además, no la necesitamos. Volveremos a las tres de la madrugada y haremos el examen entonces. ¿Verdad, chico de la escalera?

Continuaron viendo la emisión. El periodista entrevistaba a alguien en la calle cuando el presentador del estudio le interrumpió y pasó a las imágenes en directo de la nave alienígena en el espacio. Varias lanzaderas más se habían acercado ahora, y con ellas la nave alienígena daba una sensación de escala. Era más grande de lo que Bingwen había supuesto. Había visto todas las pruebas que Yanyu le había enviado; había examinado todos los datos y holos que había subido el minero libre. Sin embargo, los números eran solo números. Esto era real, más grande que nada que los humanos hubieran soñado construir.

La multitud de aldeanos guardó silencio. Nadie se movió. Hopper tenía los ojos como platos, rígido de miedo.

«Un enviado de las Naciones Unidas se acerca ahora a la nave alienígena —dijo la voz del comentarista—, que desde los últimos cuarenta minutos no ha cambiado de posición ni se ha movido».

¿Qué está haciendo?, se preguntó Bingwen. ¿Por qué está ahí parada? ¿Está esperando nuestra respuesta? ¿Trata de comunicarse?

En el espacio, lejos de la nave alienígena, apareció una nave pequeña, escoltada por dos lanzaderas. La imagen pasó a las cámaras de estas, y Bingwen vio que la nave que se aproximaba era de color celeste y llevaba los distintivos de las Naciones Unidas. La imagen cambió de nuevo a las cámaras de dentro de la nave, donde un hombre de piel oscura y atuendo formal permanecía anclado al suelo, sonriendo como un idiota.

La voz del comentarista fue ahora casi un susurro.

«Pasamos ahora al secretario de Asuntos Alienígenas de las Naciones Unidas, Kenwe Zubeka, que lleva regalos y muestras de paz de ciento ochenta y siete países».

La nave de las Naciones Unidas se detuvo a pocos kilómetros de la alienígena. Una plataforma se despegó de la parte inferior y avanzó. Un enorme holo en forma de disco cobró vida sobre la plataforma, como si fuera un frisbi.

«Delegados en la ONU de doce naciones diferentes insistieron en que el secretario Zubeka tuviera escolta militar —dijo el presentador del noticiario—, pero Zubeka se negó, diciendo, en palabras textuales: “No apuntaremos con una pistola en una mano y ofreceremos un regalo de paz en la otra”».

Dentro de la nave, Zubeka extendió los brazos.

«Bienvenidos. En nombre del pueblo de la Tierra, les extiendo una mano de amistad, hermanos del universo».

Una voz tradujo las palabras de Zubeka al mandarín.

«Les ofrecemos este holograma, una muestra de nuestra esperanza de paz y respeto mutuo entre nuestras especies».

Encima del disco un gigantesco holo de una paloma con una rama de olivo en el pico agitó las alas, como si emprendiera el vuelo.

Bingwen suspiró. ¿Una paloma? Eso no significaría nada para esa especie. Nunca habrían visto una y no tendrían ni idea de su significado.

«Esta criatura es una paloma —dijo Zubeka—. Un símbolo de nuestro...».

Cientos de glóbulos de luz brotaron de un punto de la nave alienígena y cayeron sobre la paloma, desintegrando la plataforma bajo ella. El holograma se apagó, y los aldeanos lo contemplaron boquiabiertos y retrocedieron.

La sonrisa de Zubeka se desvaneció, pero se esforzó por conservar la compostura.

«Deben de sentirse ofendidos porque no he ido en persona».

Las cámaras de las lanzaderas de noticias se centraron en la nave alienígena, donde una sección del casco se había abierto y del que salía un extraño aparato

alargado. Un arma. Zubeka siguió mirando al frente pero hizo un gesto al capitán de la nave que tenía a su derecha.

«Capitán, quizá deberíamos alejarnos un poco».

El capitán se volvió hacia uno de los pilotos.

«¡Atrás! ¡Sáquenos de...!».

Un segundo estallido de luz envolvió a la nave de las Naciones Unidas y la redujo a cenizas.

La muchedumbre gritó al unísono. Hopper retrocedió, frenético. El arma alienígena rotó y disparó de nuevo. Una lanzadera de noticias se vaporizó. Luego otra. Una tercera viró y trató de huir, pero los alienígenas la alcanzaron por detrás. El arma giró de nuevo. Los gritos del interior de la última lanzadera, la única que transmitía, siguieron oyéndose. La cámara se estremeció. La imagen giró cuando la nave se volvió, inestable, desesperada. Hubo ruidos fuera de la imagen, gente gritando, corriendo, los motores ganando potencia, preparándose para huir.

De pronto se produjo un ardiente estallido de luz y la imagen proyectada se fundió en negro.

Por un instante los aldeanos se quedaron aturcidos y mudos. Y transcurrido un momento todos empezaron a gritar a la vez, llamándose unos a otros, buscándose en la multitud, recogiendo a los niños, diciendo a sus seres queridos que se dieran prisa, corriendo a las escaleras de la aldea que conducían a los campos. Varios hombres llamaban a la calma, pero nadie les hacía caso.

—¡Bingwen!

Bingwen miró hacia la multitud. Allí estaba su madre, urgiéndolo a que bajara del tejado.

—¡Ya voy!

—¿Qué hacemos? —dijo Hopper. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no parecía darse cuenta.

Bingwen lo agarró por los brazos.

—¡Hop! Mírame. Mírame a la cara. Esa nave está en el espacio y nosotros estamos aquí abajo. ¿Entiendes? Está muy lejos. De momento no hay peligro.

Hop parpadeó y asintió.

—Necesitamos ayudar para que la gente conserve la calma. ¿De acuerdo? Si no lo hacemos, alguien resultará herido. Te necesito con la cabeza despejada.

Hopper volvió a parpadear, recuperándose. Se secó los ojos con la manga.

—Muy bien. Sí. Lo siento. ¿Qué quieres que haga?

—Ven conmigo.

Corrieron a recuperar la escalera, la bajaron por el lado del edificio y llegaron al suelo. Bingwen la escondió apresuradamente en la hierba, y luego corrieron hacia la fachada frontal. Allí estaba su madre, que lo arropó. Su padre llegó un momento más

tarde, medio arrastrando al abuelo, que se sujetaba el costado y resoplaba.

—¿Qué ha pasado?

—La multitud lo empujó por las escaleras —explicó el padre—. Casi lo aplastan. Es una locura. Podrían haberlo matado si no lo hubiera sacado de allí.

El anciano se agarró el pecho y apretó los dientes.

—Tu corazón... —se alarmó la madre.

—Estoy bien —respondió el abuelo—. Solo son magulladuras.

—Costillas rotas, más bien —dijo el padre—. Tal vez algo más.

Cerca de allí lloraba desesperadamente una niña pequeña. La gente pasaba corriendo por su lado, ignorándola. Bingwen le hizo una señal a Hopper, quien comprendió y corrió hacia la niña. Se arrodilló a su lado, la rodeó con un brazo para consolarla y buscó a su madre entre la multitud. La niña siguió llorando.

—Hijos de puta —rezongó el abuelo—. No tienen respeto por sus mayores. Me derribaron como una manada de búfalos. Debería llevar bastón. Podría haber atizado a algunos. —Se volvió hacia Bingwen—. Ese chupador de lodo que te da problemas. El gallito.

—Zihao —dijo Bingwen.

—Ese. Me pateó la espalda. No tiene ningún honor. Le sacaré el hígado si lo vuelvo a ver.

—Ahora tranquilízate —ordenó la madre.

—Estoy bien. Puedo andar. Dame un minuto —respondió el abuelo. Trató de sentarse en el suelo, dio un respingo y volvió a tenderse.

—Yo me quedaré con él —dijo Bingwen—. Os alcanzaremos más tarde.

La madre titubeó.

—Nadie se va a quedar conmigo —protestó el abuelo—. Voy a ir a mi propio ritmo. No veo por qué tanta prisa. La nave alienígena hace explotar unas cuantas lanzaderas de noticias y todo el mundo se mea encima. Correr como locos no servirá de nada.

—Tiene razón —dijo Bingwen—. El pánico solo empeora las cosas.

—No vamos a separarnos —zanjó la madre.

—La única persona que se queda soy yo —dijo el abuelo—. ¿Es que no vais a respetarme?

—Esta vez no —dijo el padre.

—Entonces dejadme con Bingwen —pidió el abuelo. Señaló al padre—. Si voy contigo, no dejarás de quejarte. Hasta que llegemos a casa, no dejarás de decir que tendría que tener más cuidado, que caerme fue por mi culpa, que soy una carga.

—Deberías tener más cuidado —confirmó el padre.

—No eres ninguna carga, padre —dijo la madre.

—Dejadme con el chico.

—Ni siquiera puedes andar. Bingwen no puede llevarte en brazos.

El abuelo se incorporó, gimiendo, pero esta vez consiguió ponerse en pie.

—No necesito que me lleven en brazos. Iremos detrás de vosotros. Vamos. Antes de que alguien saquee nuestra casa y se lleve la poca comida que tenemos.

Los padres de Bingwen intercambiaron una mirada nerviosa.

—¿Qué? —dijo el abuelo—. ¿Pensáis que esa gente de pronto se volverá civilizada cuando lleguen a casa? Están agitados como avispas. Si temen que nos espera la guerra, solo pensarán en sí mismos y arrasarán con todo lo que encuentren.

El padre miró hacia la multitud que se dispersaba. La madre se cubrió la boca con una mano, temerosa. Bingwen casi se lo dijo entonces: No os preocupéis. Tengo víveres. Sé que me dijisteis que no lo hiciera, pero enterré unas cuantas herramientas y latas y sacos de arroz en lo alto de la colina. No tendremos ningún problema. Durante algún tiempo, al menos.

Pero antes de que Bingwen hiciera acopio de valor para admitir que había desafiado a su padre, su padre cogió a su madre de la mano y volvieron a la escalera.

—¡Ve a casa lo más rápido que puedas, Bingwen! —ordenó el padre por encima del hombro. Luego se abrió paso entre la multitud y bajó presuroso la escalera tirando de la madre. En cuestión de segundos, Bingwen los perdió de vista. Se volvió hacia el abuelo, que se había sentado de nuevo en el suelo para descansar.

Hopper estaba todavía con la niña pequeña, y ahora lo acompañaba Meilin, la prima de Bingwen. La niña se agarraba a la camisa de Meilin, los ojos llorosos y desencajados de miedo.

Una mujer joven salió de la muchedumbre y corrió escalera arriba. La pequeña la vio, se soltó de Meilin y corrió a sus brazos. La mujer la abrazó y la levantó en vilo, llorando aliviada.

—¿Cómo ha podido irse sin su hija? —la acusó Hopper.

Meilin se volvió hacia él, los ojos muy abiertos por la sorpresa. Bingwen se sorprendió también. Era impensable dirigirse así a un adulto.

La mujer sacudió la cabeza, avergonzada, aferrando a su hija. Murmuró su agradecimiento y se fueron por donde había venido.

—¿Ves? —le dijo el abuelo a Bingwen—. No hay respeto por los mayores.

Cuando la mujer se marchó, Meilin golpeó a Hopper en el pecho.

—No tenías ningún derecho a decirle eso.

—Ella no tenía ningún derecho a abandonar a una niña de dos años.

—Puede que no la haya abandonado. Tal vez pensó que la tenía su marido. Tal vez estaba ayudando a alguien.

—Tendría que haber llevado a la niña con ella.

—Claro, ahora sabes cómo ser madre.

—Ya basta —dijo el abuelo—. Los dos. Un saco de arroz sabe más sobre criar

hijos que vosotros. ¿Y dónde están vuestros padres, eh? ¿Reprenderías así a tu propia madre, chico?

Hopper agachó la cabeza, avergonzado.

—No, Ye Ye Danwen —dijo, dirigiéndose al abuelo con el debido respeto.

—Eso pensaba —dijo el anciano. Se volvió hacia Bingwen—. Ayúdame a levantarme.

Bingwen le ofreció una mano y tiró, pero fue el abuelo quien hizo casi todo el trabajo, colocando primero un pie y luego otro, despacio, hasta que se incorporó dolorosamente.

—No dejes que vuelva a sentarme a descansar —dijo—. Duele demasiado volver a levantarse. —Inhaló hondo y dio un respingo—. También me duele al respirar.

Levantó torpemente los brazos por encima de la cabeza, estirándose, comprobando el umbral de su dolor. Luego los bajó, sin aliento.

—Necesito un trozo de tela, Bingwen. Para atármela alrededor del pecho y controlar mi respiración. Y un bastón.

Bingwen miró alrededor. La zona ante la biblioteca ya estaba desierta, excepto por ellos cuatro. Había casas a ambos lados de la escalera que serpenteaba por la falda de la colina. Las luces estaban casi todas encendidas. Bingwen podía oír a la gente hablando y cuchicheando. Miedo, decían sus voces. Miedo y muerte.

Dos casas más arriba, una cuerda de tender la ropa se extendía entre dos edificios. Una sábana se sacudía, subiendo y bajando con las corrientes de aire que llegaban desde el valle. Bingwen corrió hasta la sábana, miró en todas direcciones, la arrancó de un tirón y se la echó al hombro. En la misma casa, junto al tejado, una vara de bambú de dos metros se extendía desde el rincón del techo al barril de agua de lluvia, dirigiendo la escorrentía. Bingwen tiró del bambú y lo sacó de su sujeción. Luego llevó ambas cosas a su abuelo.

—Eso es robar —dijo Meilin.

—No —replicó el abuelo—. Eso es cuidar a tus mayores. Rasga la sábana en tiras largas, Bingwen.

Bingwen buscó una piedra en el suelo, encontró una con filo y la aplicó a la sábana para desgarrarla. Luego metió los dedos en el agujero y acabó la tarea.

Hicieron tiras largas para vendar el pecho del abuelo y las anudaron lejos de la herida.

—Más apretado —les decía el abuelo, hasta que estuvo tan tenso que Bingwen temió que no pudiera respirar. Pero solo entonces la cara del viejo se relajó—. Bien. Sí, bien —dijo. Se le veía cansado y se apoyaba en el bambú—. Bajemos la escalera.

Los cuatro bajaron al paso del abuelo, despacio, escalón a escalón. La mano libre del abuelo se apoyaba en el hombro de Bingwen.

—Vosotros dos, corred a casa —ordenó, haciendo un gesto con la cabeza a

Hopper y Meilin—. No os quedéis aquí. Vuestras familias estarán preocupadas.

—Nos quedamos contigo —dijo Meilin—. Si te caes por la escalera, Bingwen no podrá llevarte a casa.

El abuelo se apoyó en el bastón y soltó una risita, lo cual le provocó una nueva oleada de dolor que casi lo dobló por la mitad.

—No me hagas reír, niña. O me caeré.

Bingwen agarró el cinturón del anciano para sujetarlo mejor, y él asintió agradecido. Luego tomó aire y, moviéndose más despacio que antes, continuó bajando.

«No llegaremos a casa antes del amanecer», pensó Bingwen. No a este paso. No con tres kilómetros de arrozales que atravesar. Observó los pies del abuelo, que se arrastraban, dirigiendo trabajosamente cada paso.

Paso. Arrastre. Paso. Arrastre.

Bingwen alzó la mirada. Era una noche sin nubes. La Vía Láctea y millones de estrellas cubrían el cielo. Una parecía particularmente brillante. Al principio Bingwen pensó que podía ser un avión o un deslizador de grandes alturas. Pero la luz no se movía ni parpadeaba. Permanecía allí, impertérrita. Bingwen siguió contemplándola, esperando que cayera del cielo y escupiera fuego.

HERC

Mazer dudaba de poder localizar a los miembros del NZSAS, pero igualmente fue a su oficina para intentar contactar con ellos. Era noche cerrada y el edificio de administración estaba oscuro y desierto. El holoescriptorio estaba encendido y esperándolo, mostrando imágenes de soldados chinos en uniforme de combate. Mazer pasó la mano por el campo y las imágenes desaparecieron, sustituidas por un menú de caracteres chinos. La base no tenía traducción al inglés, pero Mazer conocía suficientes caracteres para hacer funcionar el aparato. Pulsó los comandos y esperó.

El icono de la estrella giró en el campo, indicando que el enlace estaba llamando a Auckland. Mazer lo había intentado hacía horas, pero la red estaba demasiado congestionada entonces. Intentarlo ahora, momentos después de que la nave espacial disparara a las lanzaderas de noticias y esencialmente declarara la guerra a la raza humana, sería con toda probabilidad una pérdida de tiempo: todos los enlaces seguros del ejército neozelandés estarían ahora en uso.

Para su sorpresa, sonó un timbre y un técnico de comunicaciones neozelandés apareció en el holocampo. Era joven, de unos dieciocho años, y parecía exhausto.

—Comunicaciones NZ —dijo—. Está conectado. Identifíquese. Cambio.

—Capitán Mazer Rackham solicitando contacto inmediato con el coronel Napatu en Papakura. NZSAS.

—Un momento, señor. —El técnico se puso a manipular unos controles fuera de la imagen.

Mazer lo observó. No está exhausto, advirtió, sino asustado, aterrado porque el mundo que creía conocer, un mundo donde nada cuestionaba nuestra posición en la cima de la cadena alimenticia, acaba de ser arrojado al desagüe.

El técnico terminó lo que fuera que estaba haciendo.

—Lo siento, capitán. El coronel Napatu no está accesible. ¿Le paso con la centralita del SAS?

—Sí, por favor.

—Un momento.

El muchacho desapareció. El icono de la estrella regresó. Mazer esperó diez minutos. Finalmente, el sargento mayor Manaware, el ayudante del coronel Napatu, respondió. Antes de que Mazer pudiera decir una palabra, Manaware dijo:

—Sus órdenes son mantener su posición, capitán.

El holocampo trino, y un memorándum del coronel Napatu apareció en forma de icono en el campo. Una orden firmada, sin duda.

Mazer resopló para conservar la calma.

—Sargento mayor, si el SAS se despliega, mi equipo tiene que participar. Nadie conoce los HERC como nosotros.

—Capitán, sé que se siente frustrado, pero el coronel tiene diecisiete equipos de asalto repartidos por todo el planeta, y ahora mismo no tenemos los medios para traerlos a todos a casa. Y aunque lo hiciéramos, el coronel le está pidiendo a todos que permanezcan en sus puestos. No sabemos a qué nos enfrentamos, y aún no estamos en guerra. La nave alienígena continúa en órbita geosincrónica. No vamos a poner las carretas en círculo todavía. El coronel Napatu está reunido con el almirante y otros jefes de unidad en este momento. Mientras tanto, vea los servicios de noticias y permanezca informado.

—Es precisamente eso. Ya no podemos ver las noticias. Después de que la nave alienígena destruyera las lanzaderas de noticias, los chinos bloquearon todo acceso público a las redes. Estamos a oscuras. No tenemos ni idea de lo que está pasando. Creo que los chinos intentan impedir que cunda el pánico, pero es probable que eso empeore las cosas.

—Entonces contacte con nosotros por la centralita cada pocas horas. Le mantendremos informado.

—Normalmente no puedo comunicar. Es un milagro que haya contactado ahora. Solicito permiso para mantener abierta esta línea.

—Negativo. Necesito todas las líneas disponibles. Si no puede contactar con nosotros, entonces use sus receptores para acceder a uno de nuestros satélites.

—Tampoco podemos. Los chinos solo permiten acceder a sus propios satélites. Bloquean todo lo demás. Ha sido así desde que llegamos.

Manaware empezaba a impacientarse.

—Entonces hable con los chinos. Aunque hayan bloqueado el acceso público, los militares seguirán teniendo acceso a los servicios. Pídales que los mantengan informados.

—Sí, pero...

—Capitán, tengo veinte holos en cola para atender. Discúlpeme.

Cortó.

Mazer trató de volver a conectar con la centralita, pero no pudo. Esperó diez minutos, lo intentó de nuevo en vano y acabó dando un puñetazo sobre la mesa.

Desconectó la máquina, cerró los ojos, y resopló. El SAS no iba a sacarlos de allí. Y ahora su equipo y él estaban aislados del mundo, justo cuando necesitaban información en tiempo real.

Pulsó el memorándum que le había enviado Manaware y lo abrió. Lo repasó rápidamente y vio lo que esperaba: sigan adelante, continúen con su misión, les mantendremos informados, bla, bla, bla.

No podía seguir así. El mundo sabía desde hacía once días que aquella nave venía, y ¿todo lo que querían era esperar? No actuemos, decía todo el mundo. Esperemos a ver qué pasa. Observemos la nave alienígena, a ver qué hace.

Bueno, ¿sabéis una cosa, genios? «Esperar a ver qué pasa» es lo mismo que «esperar a que nos vuelen en pedazos». ¿De verdad creían las Naciones Unidas que todo el caos en el Cinturón era culpa de los mineros? Y ahora los extraterrestres acababan de desintegrar al secretario de Asuntos Alienígenas. Un payaso, sin duda, pero el hombre era emisario de la raza humana. Estas criaturas, fueran lo que fuesen, cogieron nuestra banderita de paz y se mearon encima.

¿Y qué hace el SAS? ¿Ordenaban a Mazer y su equipo regresar a casa a toda velocidad y se preparaban para lo peor? No. Nos dejan aparcados en China y nos piden que sigamos tan panchos con nuestros ejercicios de entrenamiento.

Mazer se levantó y regresó a los barracones. Sabía exactamente cómo respondería el mundo. Los chinos se mantendrían apartados de cualquier acuerdo de coalición y dirían que su primera prioridad era la protección de su propio pueblo. En otras palabras, China se preocuparía solo por China. Los rusos seguramente se retirarían también, aunque por motivos diferentes. ¿Por qué ayudar a Estados Unidos y otras superpotencias a preservar sus fuerzas? ¿Por qué no dejar que los alienígenas aplasten a la coalición? Eso les vendría bien a los rusos. Su ejército era ahora más débil que nunca. Les encantaría ver que todos los demás se ponían a su nivel.

Mazer entró en el barracón y encontró a su equipo esperándolo.

—¿Lograste comunicar? —preguntó Fatani.

—¿Qué ha dicho el coronel? —quiso saber Reinhardt.

—Callaos —dijo Patu—. Dejadlo hablar.

—Hablé con Manaware —informó Mazer—. Nuestras órdenes son quedarnos aquí.

—¿Quedarnos aquí? —se asombró Reinhardt—. ¿Es una broma? Acaban de volar al maldito séquito de recepción.

—El coronel está reunido. Si las órdenes cambian, nos avisarán.

—Bueno, pues cojonudo —dijo Reinhardt—. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer cuando esos bichos empiecen a volar ciudades? ¿Seguir aquí sentados comiendo nuestro arroz?

—Ves demasiadas películas —dijo Patu—. Nadie va a volar ninguna ciudad.

—¿Y tú cómo lo sabes? —replicó Reinhardt—. Voló esas lanzaderas en un pispás. Y con un solo cañón. A saber la capacidad de destrucción que tiene.

—¿Por qué nos mantienen aquí? —se preguntó Fatani—. Tendríamos que estar en casa, preparados para desplegarlos.

—Estoy de acuerdo —dijo Mazer—. Pero Manaware dice que ahora mismo no hay medios para llevarnos a casa. Hay demasiadas fuerzas de choque en misión. Sería una pesadilla logística.

—Somos el ejército —dijo Patu—. Somos expertos en logística.

—Es una cuestión de recursos. Somos un puñado de soldados en un ejército muy grande. No van a distraer una parte de las fuerzas aéreas en recoger a unos cientos de soldados. Somos una gota en el mar. Esos cazas están en alerta y podrían ser necesarios en cualquier momento.

—Entonces que nos dejen volver a casa por nuestra cuenta —dijo Fatani—. Que no nos ordenen quedarnos aquí. ¿No pueden enviarnos un avión? Vale. Volveremos sin ayuda de nadie.

—Esas no son nuestras órdenes —dijo Mazer.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Patu.

—Primero, recabar datos —respondió Mazer—. Necesitamos visualizar esa nave. Patu sacudió la cabeza.

—Lo he intentado. —Señaló la holopantalla y los dos receptores satélite que había emplazado sobre trípodes—. Tengo tres parabólicas en el tejado ahora mismo, y no captan nada. Los chinos siguen bloqueando los otros satélites y silenciando los servicios públicos.

—¿Y la radio de onda corta? —propuso Fatani.

—Ya lo he intentado. No puedo captar nada útil. La base está rodeada de granjas de arroz. No es exactamente un hervidero de radios piratas.

—¿Y no puedes sortear los bloqueos? —le preguntó Mazer a Patu.

—Si supiera qué aparatos están utilizando y dónde se encuentran, probablemente podría descubrir cómo desmontarlos. Pero no tengo nada.

—¿Entonces estamos en una burbuja? —dijo Reinhardt.

—Es como si estuviéramos en el siglo dieciocho —dijo Fatani.

—El bloqueo probablemente está localizado —dijo Patu—. No pueden cubrir China entera. Seguramente solo es para uso militar. Si tuviera que hacer una suposición, diría que solo cubre los límites de la base y unos cuantos kilómetros a la redonda.

—Entonces, si salimos de la base y emplazamos nuestras parabólicas, ¿podríamos establecer un enlace? —preguntó Mazer.

Patu se encogió de hombros.

—Tal vez. No puedo estar segura hasta que lo intentemos.

—Los chinos nos tienen acuartelados —dijo Fatani—. No podemos salir de la base.

—¿A quién le importan las normas? —dijo Reinhardt—. Esto es una emergencia internacional. Yo digo que carguemos un HERC y despeguemos.

—Si cogemos un HERC, se nos echarán encima —razonó Mazer—. Dejádme hablar con el capitán Shenzu. Tal vez nos permita enlazar con sus comunicaciones militares.

—Y tal vez me salga un cerdo del sobaco y cante el himno nacional —dijo Reinhardt—. Tendrán toda clase de datos clasificados en esas comunicaciones. No nos dejarán acercarnos ni a diez metros.

—Preguntar no nos hará daño. ¿Dónde están todos los jefazos ahora?

—Reunidos en el edificio de comunicaciones —dijo Fatani—. No tenemos acceso.

—Entonces llamaré a la puerta —dijo Mazer.

Cruzó el patio hasta el edificio de comunicaciones. La puerta era de acero macizo. Mazer encontró una piedra entre los matorrales y golpeó el metal. Resonó con fuerza por todo el patio. Siguió golpeando durante cinco minutos hasta que un guardia abrió la puerta y le gritó que parara.

—Que venga el capitán Shenzu y pararé.

El guardia se negó. Mazer empezó a golpear de nuevo. El guardia intentó quitarle la piedra de la mano. Mazer le puso una zancadilla y lo sentó de culo en el suelo. Entonces volvió a golpear la puerta.

—Muy bien —dijo el guardia, poniéndose en pie—. Iré a buscarlo. Pero pare.

Mazer tiró la piedra y le dirigió al hombre una sonrisa amistosa.

Shenzu llegó dos minutos después.

—Estamos a oscuras —dijo Mazer—. Necesitamos informarnos. Dejen de bloquear las transmisiones y permítannos acceder a nuestros propios satélites, o permítanos acceder a sus transmisiones militares. Como cortesía de un soldado a otro.

—Me temo que no es posible, capitán Rackham. El Comité Central ha dado órdenes estrictas de cómo ha de ser difundida la información. Esperamos que vuelvan a transmitir al público pronto. Mientras tanto, los mantendremos informados.

—No me sirve. No queremos datos filtrados que se nos entreguen cuando sea conveniente. Queremos datos sin censurar en tiempo real. Mi equipo y yo nos lo merecemos. Esa nave es una amenaza para nuestro pueblo tanto como para el suyo.

—Entonces use el enlace de su oficina.

—Ya no puedo contactar. Hay demasiado tráfico.

—Eso es un asunto de sus propios militares, capitán Rackham, no de los míos. Le aseguro que intentaremos mantenerlos informados.

Antes de que Mazer pudiera responder, Shenzu dio media vuelta y se marchó,

haciendo un gesto con la cabeza a los dos guardias que lo acompañaban, que se quedaron. Cerraron la puerta de metal y esperaron fuera, mirando a Mazer, retándolo a que empezara a golpear de nuevo. Los dos eran corpulentos, aunque Mazer calculó que podría derribarlos fácilmente. Pero ¿qué conseguiría con eso?

Regresó a su oficina y probó de nuevo con su holoescritorio. No logró comunicar. Lo intentó cinco veces más, en vano. La nave podía estar avanzando hacia la Tierra en ese mismo instante, pensó. Podía estar sucediendo ahora mismo. Podía estar dirigiéndose a casa, con los cañones preparados. Pensó en Kim, sentada en su despacho, viendo los noticiarios, desprotegida. Se levantó y regresó a los barracones, tratando de parecer tranquilo.

—Shenzu dice que nos mantendrá informados.

—No me lo creo —dijo Reinhardt.

—Démosle el beneficio de la duda.

Esperaron tres horas, pero no llegó ninguna noticia de Shenzu. Mazer repasó una y otra vez la escena mentalmente. La nave de las Naciones Unidas desintegrada. Las lanzaderas de noticias rompiéndose en pedazos, los gritos de la tripulación. Pensó de nuevo en Kim. Vio los brillantes destellos de luz atravesando su edificio, desintegrando su despacho. Era su imaginación, lo sabía. Kim estaba a salvo. El mundo era grande. Si la nave alienígena atacaba, no iría a Nueva Zelanda. La isla era un objetivo demasiado insignificante. Esperó otra hora, pero no pudo aguantar más. No podía quedarse allí sentado sin hacer nada. Ordenó a su equipo que lo siguiera.

—Patu, coge el receptor y el transmisor satélite. Todos los demás, id a por vuestras cosas. Vamos a coger un HERC.

Diez minutos más tarde cruzaban la pista del aeródromo donde estaban aparcados los HERC. Se movieron con rapidez y no vieron a nadie. Subieron a un HERC, introdujeron sus cosas, se abrocharon los arneses y despegaron.

—Al este, pegado al suelo —dijo Mazer—. Solo nos apartaremos unos kilómetros de la base. Con suerte habremos salido de la zona de bloqueo.

Reinhardt viró hacia el este y aceleró, volando a escasos metros por encima de la pista.

—¿Crees que nos seguirán?

—A estas alturas sabrán que hemos despegado, pero tardarán unos minutos en reunir una tripulación. Ya estaremos lejos para entonces. Patu, ¿puedes quitar el rastreador?

Ella se soltó el arnés y avanzó hacia la proa.

—Mientras aquí el piloto estrella pueda mantenernos firmes.

Se puso una banda con luz en la cabeza, cogió varias herramientas y se tumbó de espaldas bajo el salpicadero. Cuando llegaron al final del aeródromo, Reinhardt elevó el HERC unos metros para remontar la verja y luego continuó hacia el este a campo

traviesa. Diez segundos más tarde Patu salió de debajo del cuadro de mandos con una cajita. Se la entregó a Mazer y regresó a su asiento.

Se dirigieron al norte otros dos kilómetros antes de que Mazer señalara un prado.

—Apárcanos allí y deja las lentes de gravedad funcionando.

Reinhardt viró a la izquierda, descendió y detuvo el HERC a un metro del suelo. Mazer abrió la puerta y dejó caer la caja rastreadora en un grueso matorral, esperando no dañarla. Cerró luego la puerta, bajó el visor y recuperó el mapa en su VCA. Seguían dentro de la base, y ningún otro HERC había despegado todavía. Aún tenían la ventaja de su parte.

—Llévanos al nordeste, al río —dijo—. Rápido. Tenemos que distanciarnos de la caja.

El HERC se elevó y salió disparado en esa dirección. La base tenía unos diez kilómetros cuadrados, la mayor parte llanuras que no proporcionarían mucha cobertura. El río, sin embargo, con su pantalla de árboles y las estrechas paredes del valle les proporcionaría un escondite decente.

—Patu —dijo Mazer—. Prepara ese receptor satélite. Quiero recibir datos en cuanto estemos libres de sus bloqueadores.

—Suponiendo que podamos librarnos de ellos —dijo Fatani—. No tenemos ni idea de cuál es su alcance.

—Los chinos no van a invertir dinero y equipo para colocar interceptores en las granjas —dijo Mazer—. Creo que Patu tiene razón. Si nos alejamos lo suficiente de la base, detectaremos algo.

Reinhardt remontó una colina y descendió rápidamente al valle fluvial. Aún estaba oscuro, pero la aplicación de visión nocturna de sus cascos les permitía verlo todo con claridad. El HERC se zambulló entre los árboles directamente sobre el río. Usando el agua como carretera, Reinhardt los llevó hacia el norte, serpenteando por el meandro del río. Dos veces tuvo que elevarlos rápidamente cuando el follaje era demasiado espeso para atravesarlo. En otra ocasión tuvo que saltar para evitar un puente.

—Eh —se quejó Patu—. ¿Por qué no avisas de los saltos? Estoy sujetando equipo sensible aquí atrás.

Reinhardt le dio a la barra de control una leve sacudida, haciendo que el HERC se agitara y Patu se meneara en su asiento.

—Gracioso —dijo Patu—. Muy gracioso. ¿Dónde prefieres mi bota, Reinhardt? ¿En el culo o en los dientes?

—En un panecillo con mostaza, por favor.

Patu sacudió la cabeza.

Siguieron dirigiéndose hacia el norte por el valle fluvial otros cinco minutos y de repente llegaron a los cultivos de arroz. Ninguna verja marcaba el final de los límites

de la base, pero la diferencia en el paisaje no podía haber sido más clara.

—¿Algo, Patu? —preguntó Mazer.

—Todavía nada.

—Al nordeste —indicó Mazer a Reinhardt—. Mantén los ojos abiertos en busca de un lugar con una buena elevación donde podamos esconder el HERC. En cuanto Patu consiga una señal clara, aterrizaremos.

La cabeza del capitán Shenzu apareció en el holocampo sobre el salpicadero.

—Capitán Rackham. Hagan el favor de volver al aeródromo inmediatamente. No están autorizados para utilizar propiedades del gobierno. Desconectar la caja rastreadora es un delito grave. Por favor, por su propia seguridad, regresen al aeródromo. Si no obedecen, nos veremos obligados a emprender acciones para recuperar nuestra propiedad. Repito, nos veremos obligados...

Mazer desconectó el holocampo.

—¿Patu?

—Estoy en ello. Todavía ninguna señal. Pero el bloqueo se debilita cuanto más nos alejamos. Eso es bueno.

—Continúa.

—¿Qué vamos a hacer si conseguimos una señal y no está sucediendo nada? —preguntó Reinhardt—. ¿Y si esa nave está ahí aparcada en el espacio sin hacer nada? No podemos quedarnos aquí mirando eternamente.

—Hay un par de opciones —respondió Mazer—. Cuando nos quedemos sin raciones, podemos devolver el HERC a la base y enfrentarnos a la furia de los chinos, quienes, en el peor de los casos, nos arrestarán y encarcelarán de por vida, o, en el mejor, nos expulsarán del país.

—Ojalá nos echen, ya que nos llevarían a casa —dijo Reinhardt—. Pero como también nos enfrentaríamos a una corte marcial, nos degradarían y humillarían al llegar a Auckland, tampoco es que me haga demasiada gracia. ¿Otras opciones?

—Volaremos hacia el sur hasta el mar de China Meridional —dijo Mazer—. Dejaremos el HERC en algún lugar de la costa donde pueda ser recuperado y luego buscaremos pasaje de vuelta a Nueva Zelanda.

—Donde al momento nos someterán a corte marcial, nos degradarán y humillarán —dijo Reinhardt—. ¿Opción C?

—Te casas con Patu —dijo Mazer—. Nos compramos unos arrozales y vivimos entre los campesinos. Yo pasaré por ser el hijo guapo e inexplicablemente mayor e inexplicablemente oscuro de dos padres blancos, y Fatani será vuestro búfalo de agua que arará con vosotros los campos bajo el ardiente sol.

—¿Puedo pegarle a Fatani con un látigo? —preguntó Reinhardt.

—Por supuesto. Pero él también puede morderte y cagar donde quiera.

—¿Por qué no soy yo quien se casa con Patu? —terció Fatani.

—Porque tienes el tamaño de un búfalo de agua —dijo Reinhardt—. Todos debemos actuar según nuestros tipos.

—Prefiero casarme con un búfalo de agua de verdad que con ninguno de vosotros —dijo Patu.

Fatani se echó a reír.

—Tus palabras me indignan, Patu, reina de los arrozales —dijo Reinhardt.

Patu puso los ojos en blanco, y Reinhardt viró levemente al este, hacia una cadena de colinas cubiertas de desbordantes junglas tropicales. El aire estaba cargado de olor a flores y vegetación en descomposición.

El HERC se posó suavemente y Reinhardt desconectó las lentes de gravedad. Hubo una leve sacudida cuando la gravedad normal entró en acción, y el aparato se hundió unos centímetros en el suave suelo de la jungla. Nadie habló ni se movió. Permanecieron allí sentados, observando sus VCA.

Esperaron media hora. No sucedió nada. Salieron del HERC y se estiraron. Mazer ordenó que durmieran por turnos. Dos permanecerían despiertos y otros dos dormirían en turnos de dos horas.

Una mano sacudió a Mazer para despertarlo. Había amanecido. La luz del sol moteaba el suelo a su alrededor, brillando a través del follaje.

—Está pasando algo —dijo Fatani.

Mazer se puso el casco y conectó su VCA. Allí apareció la nave alienígena. Solo que ahora las estrellas a su alrededor titilaban, como el calor que surge del asfalto bajo el sol de verano. Al principio pareció que era un defecto de la transmisión. Entonces la nave empezó a rotar, apartando el morro de la Tierra, y Mazer comprendió: la nave estaba emitiendo algo, radiación tal vez, o partículas de calor, usando la expulsión de las emisiones para cambiar de posición.

Giró noventa grados y se detuvo, de perfil ahora respecto a la Tierra.

—¿Qué está haciendo? —dijo Fatani.

Lentamente, la nave empezó a girar sobre su eje. Al principio Mazer no se dio cuenta, tan lisa era su superficie. Entonces un gigantesco anillo de luz apareció en el costado de la nave, en la parte abultada, como si la superficie se hubiera quebrado y emitiera luz desde el interior.

—¿Qué es eso? —preguntó Fatani—. ¿Qué es ese círculo?

La nave continuó rotando. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Otro círculo de luz apareció en el extremo abultado, junto al primero. Luego un tercer círculo. La nave alienígena continuó girando. Una y otra vez. Una y otra vez. Entonces, moviéndose al unísono, los tres círculos gigantesos empezaron a alzarse como columnas.

—Esto no me gusta nada —dijo Fatani.

Entonces, una de las columnas se soltó y salió lanzada hacia la Tierra por el

movimiento giratorio, dejando un enorme boquete en el costado de la nave.

No es una columna, comprendió Mazer, es un disco. Alto y enormemente ancho, con bordes planos y una parte superior como la concha de una tortuga que antes pertenecía a la piel de la nave. Iba directo hacia la Tierra.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Fatani—. ¿Un arma? ¿Una bomba?

Mientras Mazer miraba, un segundo disco se desgranó y se lanzó hacia la Tierra, siguiendo al primero. Luego un tercero.

—¿Qué son? —preguntó Patu.

—Sea lo que sean, se quemarán en cuanto lleguen a la atmósfera —dijo Reinhardt—. Son enormes.

—No se quemarán —repuso Mazer—. Pueden generar campos. Desviarán el calor. —Y ordenó en chino—: Ordenador, digitaliza la señal satélite en un holo que incluya la Tierra y los tres proyectiles alienígenas. Y hazlo a escala.

Una burda imagen apareció en el holocampo. Una esfera blanca que representaba a la Tierra y tres pequeños proyectiles en forma de disco que se aproximaban rápidamente a ella.

—Dibuja la superficie de la Tierra para que muestre las zonas horarias actuales y la rotación del planeta en relación con la posición de los proyectiles.

La superficie del planeta apareció en la esfera. Océanos, continentes, atmósfera, todo girando lentamente sobre su eje.

—¿Puedes determinar la velocidad de los tres proyectiles basándote en lo que hemos visto en la transmisión satélite, utilizando el campo de estrellas como referencia?

«Afirmativo».

—¿Están desacelerando?

«Negativo. La velocidad es constante».

—Traza un vector con su trayectoria —ordenó Mazer.

En el holocampo, una línea de puntos se extendió a partir de los discos, alcanzando a la Tierra en ángulo agudo, como haría un vector de reentrada.

—No creo que sean bombas —dijo Mazer en inglés—. Mirad su maniobra de aproximación. Vienen en ángulo agudo. Creo que son sondas de aterrizaje. Ordenador —dijo en chino—, ¿puedes calcular cuál será su desaceleración cuando lleguen a la atmósfera?

«Datos insuficientes».

Eso pensaba Mazer. Bien. Se las apañaría con la información que tenía.

—Muy bien —dijo—. Supongamos que desaceleran en la atmósfera a un ritmo constante que reduzca su velocidad a cero cuando puedan aterrizar. ¿Puedes calcularlo?

«Afirmativo».

—Bien. Entonces, basándonos en ese ritmo de desaceleración y la velocidad actual y la posición actual de los discos en relación con la velocidad, inclinación y excentricidad orbital de la Tierra, ¿puedes determinar exactamente dónde tocará la superficie la primera sonda?

«Negativo. Hay demasiadas variables».

—¿Puedes hacer una aproximación?

«Afirmativo. Las sondas probablemente aterrizarán dentro de este círculo».

Un gran punto rojo transparente apareció en la superficie de la Tierra.

—Amplía al trescientos por ciento —pidió Mazer.

La imagen de la Tierra se amplió en el holocampo y se detuvo. El punto era enorme. De unos dos mil kilómetros de ancho. Su epicentro estaba en medio del mar de China Meridional. Al este cubría la mitad norte de las Filipinas. Al oeste incluía la mayor parte de Vietnam, casi tocando Ho Chi Minh al sur y Hanoi al norte. Más la punta nororiental de Camboya y todo el sur de Laos. Pero la masa de tierra más grande era el sur de China, incluyendo toda la provincia de Guangdong.

—Estamos en ese círculo —dijo Patu.

—Es una zona grande —dijo Reinhardt—. Podrían ir a cualquier parte.

—Es un ochenta por ciento de agua —repuso Mazer—. No se dirigen al agua. Y probablemente podemos descartar también las Filipinas, Vietnam y Laos.

—¿Por qué? —preguntó Fatani.

—Ordenador —dijo Mazer—. Muestra la densidad de población dentro de este círculo.

Aparecieron cientos de diminutos puntos azules, la enorme mayoría en el sur de China, donde estaban tan apretujados por toda la costa y a cien kilómetros tierra adentro que se habían convertido en un azul continuo.

—¿Crees que se dirigen a las zonas pobladas? —preguntó Fatani.

—Ya habéis visto lo que hicieron en el Cinturón —replicó Mazer—. Ordenador, ¿cuánto tiempo tenemos hasta que los proyectiles lleguen a la Tierra?

«Aproximadamente, diecisiete minutos».

Fatani maldijo.

—Patu, necesito un enlace satélite con el NZSAS inmediatamente.

—Lo intentaré —dijo ella.

—¿Qué hacemos? —preguntó Reinhardt.

—Avisar a tanta gente como podamos —dijo Mazer. Metió la mano en el holocampo, conectando de nuevo con la base china—. Dragón Rojo, Dragón Rojo. Respondan. Al habla el capitán Mazer Rackham. ¿Me reciben? Cambio.

Apareció la cabeza de un soldado chino. Mazer lo conocía de cara pero no de nombre. Uno de los controladores de vuelo.

—Aquí Dragón Rojo —dijo el soldado—. Hemos intentado contactar con usted,

capitán. Me temo que tiene problemas con el comandante de la base.

—Páseme con él.

El controlador pareció sorprendido.

—¿Con el coronel Tuan?

—Sí, inmediatamente. Es una emergencia.

—Sí, capitán, pero dudo que responda. —El soldado lo intentó y regresó unos segundos más tarde—. Lo siento, capitán. El coronel Tuan no está disponible, pero el capitán Shenzu sí.

—Póngame con él.

Shenzu sustituyó al controlador en el holocampo.

—Tenemos un problema, capitán Rackham. Regrese a la base inmediatamente.

—Las sondas vienen hacia nosotros —dijo Mazer—. Aterrizarán en el sudeste de China. Estoy casi seguro.

—¿Sondas?

—Los discos gigantes del cielo. Bajan hacia la Tierra. ¿Está viendo las noticias?

—Tenemos una emisión, sí.

—Tracen un vector. Síganlas. Aterrizarán aquí.

—¿Cómo puede saber eso?

—Hicimos los cálculos con su IA. Tienen menos de diecisiete minutos.

—Capitán, devuelva el HERC a la base inmediatamente.

—Van a necesitarnos, capitán. Podemos ayudar. Las tripulaciones de sus HERC no están preparadas. Lo sabe tan bien como yo.

—Han violado ustedes nuestra confianza y han robado propiedad del gobierno, capitán Rackham. Regresen a la base.

—Tengo a la central del NZSAS —dijo Patu desde el asiento trasero.

—Volveré a llamarle —le dijo Mazer a Shenzu, y pasó la mano por el holo para hacerlo desaparecer—. ¡Conecta la central al holocampo! —le gritó a Patu.

El mismo soldado de aspecto exhausto de horas antes apareció en el holocampo.

—Centralita. Soy el capitán Mazer Rackham. Conécteme con el coronel Napatu.

—Está inaccesible, señor.

—Entonces póngame con el sargento mayor Manaware. Con quien sea. ¡Ahora mismo!

—Un momento.

El técnico desapareció y al cabo de un rato su lugar lo ocupó Manaware.

—Capitán Rackham...

Mazer lo interrumpió.

—Escúcheme. Las sondas, los discos, se dirigen al sudeste de China. No puedo estar seguro del todo, pero creo que vienen hacia nosotros.

—Hemos calculado un gran radio de aterrizaje —dijo Manaware—. Podrían

dirigirse hacia cualquier lugar del sureste asiático. Demonios, podrían pararse en mitad del cielo y cambiar de dirección. Es imposible saberlo, capitán. No podemos estar seguros de adónde van.

Mazer no tenía tiempo para discutir.

—Bien. Contacte con el coronel Napatu. Necesito permiso para presentar batalla a las sondas si aterrizan aquí y demuestran ser hostiles.

Manaware miró a alguien fuera de la pantalla.

—Coronel —dijo—, pide permiso para presentar batalla.

—¿Está ahí Napatu? —dijo Mazer, incrédulo—. ¡Entonces que se ponga!

Manaware se apartó y apareció el coronel Napatu.

—Capitán Rackham, ¿qué demonios está pasando? Tengo a China por otra línea diciendo que se ha escapado con dos mil millones de créditos en tecnología.

—Coronel, cortaron las transmisiones de noticias. No teníamos ningún contacto con...

—Está usted en una misión diplomática de entrenamiento, capitán. Representa a su país. Y por si no lo sabe, nuestro gobierno y la mayor parte del mundo libre intenta convencer desesperadamente a China de que confíe en nosotros y se sume a una coalición contra esa nave alienígena. Necesitamos a los chinos, capitán. Necesitamos sus lanzaderas y su potencia de fuego. Robar su propiedad y cabrear al alto mando chino no ayuda a nuestra causa. Estamos en medio de una crisis global de seguridad. Esto es más grande que usted y su equipo. Ahora vuelva con ese HERC a la base y bese los pies del chino. Es una orden.

Napatu cortó la conexión.

Permanecieron en silencio un momento.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —dijo Reinhardt finalmente.

—Ya has oído al coronel —dijo Fatani—. Tenemos órdenes. Regresamos a la base.

—Sí —dijo Mazer—. Pero el coronel no ha sido muy claro sobre cuándo hacerlo. ¿Lo ha notado alguien más?

Reinhardt sonrió.

—No recuerdo haber oído una hora concreta. Sin duda una orden como esa puede esperar dieciséis minutos, minuto arriba minuto abajo.

Mazer miró a los demás. Todos asintieron.

—Muy bien —dijo—. Abrochaos los arneses. Patu, vuelve a conectar con las noticias del enlace satélite. Reinhardt, despegar. Elévanos unos miles de metros. Nos quiero en posición de ver algo. Sella las ventanas. Presurízanos.

—Agarraos a algo —dijo Reinhardt.

Conectó las lentes de gravedad y el HERC salió disparado hacia arriba como si tiraran de él con una cuerda. Ascendió y ascendió, los números del altímetro

cambiaban rápidamente. Dos mil metros. Tres mil. Seis mil. Siete mil. En un minuto estuvieron más altos de lo que nunca habían llevado al aparato. El estómago de Mazer daba vueltas, los oídos le zumbaban y la cabeza le giraba. Parpadeó, mantuvo la concentración e ignoró la incómoda sensación.

Allá abajo, el paisaje era verde y exuberante, lleno de diminutos cuadrados de arrozales como un mosaico de losas verdes extendido sobre la Tierra.

—Ordenador —dijo Mazer—. Sigue a los proyectiles. Monitoriza su velocidad. Luego actualiza el radio de aterrizaje en tiempo real según se aproximen. Tensa el círculo tanto como puedas.

«Entendido», dijo el ordenador.

Se quedaron allí flotando, a la espera, viendo el radio del aterrizaje en el mapa, contemplando el cielo.

Las imágenes satélite del VCA de Mazer mostraron al primer proyectil alcanzando la atmósfera, un brillo anaranjado rodeando su parte delantera. La velocidad de la sonda se redujo bruscamente, y al instante el ordenador hizo modificaciones en el mapa. El gigantesco círculo rojo que era el radio del aterrizaje saltó de pronto hacia dentro, convirtiéndose en un círculo más pequeño, de un tercio de su tamaño original. El círculo ya no incluía las Filipinas ni Vietnam, Camboya o Laos. Solo quedaba el sudeste de China.

—Mazer —dijo Reinhardt.

—Lo veo —respondió Mazer, mirando el mapa.

—No, ahí no —dijo Reinhardt—. Ahí. —Señaló al este del parabrisas.

Mazer miró. A lo lejos, casi en el filo del horizonte, una larga estela blanca se extendía tras la sonda alienígena, la parte delantera era una brillante muralla de calor.

Lodo

—Ya casi hemos llegado, abuelo. No deberíamos descansar ahora. Mira, se pueden ver las escaleras de la aldea desde aquí. Un kilómetro como mucho. Vamos, te ayudaré.

Bingwen extendió la mano, pero el abuelo la apartó.

—¿No te han enseñado nada tus padres, niño? ¿Tan poco significan tus mayores para ti? Si digo que necesito descansar, descansaré, y ningún niño, por muy pariente mío que sea, me llevará la contraria.

Murmuró algo entre dientes, una maldición tal vez, y se apoyó pesadamente en su bastón, gruñendo y haciendo muecas mientras intentaba sentarse en el suelo. Le fallaron las fuerzas justo cuando llegaba, y cayó de costado con un golpe sordo. Otro respingo. Otra maldición. Entonces exhaló profundamente, como si el aire que llevaba en los pulmones tan solo aumentara su carga y se alegrara de librarse de él.

Después del caos de la noche, la mañana parecía extrañamente normal. El sol apenas había salido hacía media hora, pero ya había grupos de personas en los arrozales de todo el valle, inclinados sobre los brotes, trabajando, charlando, haciendo sus labores como si la noche anterior hubiera sido un mal sueño. Sin embargo, había menos gente que de costumbre, advirtió Bingwen. Y aquellos a los que les pudo ver la cara eran todos mayores, encorvados y arrugados como el abuelo, con sus sombreros picudos de paja y sus ropas descoloridas por el sol.

—Le dijiste que no te dejara descansar, Ye Ye Danwen —dijo Hopper—. Llevas horas diciéndolo. No es justo que lo reprendas por hacer exactamente lo que le ordenaste.

El abuelo blandió el bastón, no con intención de golpear a Hopper, pero sí lo bastante rápido y con la fuerza suficiente para asustarlo y hacer que retrocediera. El pie malo del niño cedió y este cayó al suelo, casi dentro del arrozal más cercano.

—Ya basta —dijo el abuelo—. Llevas toda la noche parloteando y estoy harto. Vete a casa.

Hizo un amplio gesto con la mano, como despidiendo a Hopper.

El niño puso los ojos en blanco cuando el abuelo no miraba, se sacudió la ropa y fue a sentarse junto a Meilin, que estaba en cuclillas en un terraplén cercano, hurgando con un palo los brotes de arroz.

Hopper tenía razón, naturalmente. El abuelo le había dicho a Bingwen varias veces durante la noche que no le permitiera volver a sentarse. «Mantenme en movimiento —había dicho—. Duele demasiado volver a levantarse».

Y eso había intentado Bingwen cada vez que el abuelo hacía ademán de sentarse: instarlo a continuar, suplicar, tirar de él, recordarle el dolor que le esperaba cuando volviera a levantarse. Pero en todas las ocasiones el abuelo había gruñido y maldecido para acabar sentándose de todas formas.

Y una hora y pico más tarde (porque siempre tardaba todo ese tiempo, no importaba cuántas veces lo instara Bingwen a levantarse), el abuelo se esforzaba por incorporarse, sus huesos crujían y lo lastimaban tanto que le pedía disculpas por ser viejo y necio y decía: «Por favor, por favor, no dejes que vuelva a sentarme».

Era enloquecedor. Detenme, Bingwen. No me detengas, Bingwen. Haz lo que te digo, Bingwen. No hagas lo que te digo, Bingwen. El niño daría cualquier cosa por tener un vehículo o un deslizador.

El abuelo empezó a tumbarse en el suelo y él se acercó a ayudarlo, cogiéndolo por debajo de los brazos y bajándolo con cuidado.

—Hay gente en los campos, abuelo. Busquemos a alguien que pueda llevarte el resto del camino.

—Tengo dos pies, niño. Déjame usarlos. No seré una carga para ningún hombre.

Claro, no serás una carga para ningún hombre, pensó Bingwen, pero sí para mí.

Al instante se sintió avergonzado por su insolencia. Era el abuelo quien había creído su aviso de los extraterrestres cuando ningún otro adulto lo había hecho, el abuelo quien lo había ayudado a hurtar latas de comida y sacos de arroz y enterrarlo todo en la tierra, el abuelo quien le había enseñado a construir la escalera de bambú para entrar en la biblioteca hacía muchos años. Siempre el abuelo.

Bingwen pensó en echar a correr hacia la aldea y traer a su padre. Pero entonces se le ocurrió que eso enfadaría a su progenitor. No tendría que habernos dejado, se dijo. Tendría que haber venido con nosotros después de llevar a mamá a casa.

No, si su padre no venía por propia voluntad, Bingwen no iría en su busca.

Hopper y Meilin se reían, acosando con un palo a una rana que escapó de un salto y se sumergió en el agua.

Bingwen se levantó y se acercó a ellos.

—Ha vuelto a dormirse. Deberíais iros los dos a casa. Vuestras familias estarán muy preocupadas. El abuelo y yo seguiremos solos.

—¿Y qué hago yo en casa? —dijo Hopper—. ¿Recibir unas collejas por llegar tarde? No, gracias.

—Te dije que te fueras a casa hace horas. Tendrías que haberme hecho caso.

Hopper se encogió de hombros.

—Esto es divertido.

—¿Divertido? —Bingwen quiso sacudirlo—. ¿Arrastrar al abuelo por todo el valle es divertido? Te estás comportando de manera estúpida y testaruda, Hopper. Los dos. Estáis aquí perdiendo el tiempo riendo y gastándoos bromitas. Tendrías que estar en casa, ayudando.

Hopper se puso en pie.

—¿Ayudando a hacer qué? Dijiste que estábamos bien, Bingwen. Dijiste que no iba a pasar nada. Dijiste que es un mundo grande y nosotros somos una parte diminuta.

Bingwen pudo sentir que su rostro enrojecía de furia y sus ojos se llenaban de lágrimas. Todo aquello era demasiado: la estúpida y vieja osamenta del abuelo, los alienígenas, su padre que no venía, el frío de la noche y Hopper riendo...

—Te lo dije en el tejado para que no lloraras, Hopper. Lo dije para ayudar. Lo cual es más de lo que tú estás haciendo por mí. Toda la noche habéis estado riendo y contando chistes y jugueteando con palos, como si esto fuera un juego. ¿No os dais cuenta de lo que está pasando? ¿No os dais cuenta del peligro que corremos? Hay criaturas ahí arriba, monstruos con fauces y garras flotando sobre nosotros como arañas, y vosotros saltáis y reís y perseguís ranas como si estuviéramos en una fiesta de cumpleaños.

Hopper lo fulminó con la mirada.

—Oh, vaya amigo que eres. Voy contigo a la biblioteca, robo por ti, me congeló el culo aquí fuera para que no estés solo, y así me das las gracias. —Le dio un empujón en el pecho—. Estás cabreado porque Meilin se lo está pasando mejor conmigo que nunca contigo.

Bingwen parpadeó. ¿Qué? ¿Meilin? ¿Qué tenía eso que ver con Meilin? Pero entonces vio que las mejillas de la niña se ruborizaban antes de darse la vuelta y lo comprendió. ¿Por qué no lo había visto antes? Durante toda la noche Hopper y Meilin se habían quedado rezagados, se habían perseguido el uno al otro y se habían hecho cosquillas y reído y habían parecido ajenos a Bingwen y el abuelo. Aquello le había molestado, pero no por las razones que Hopper creía. ¿De verdad pensaba que Bingwen estaba...? ¿Qué? ¿Celoso? ¿Cómo podía Hopper imaginar siquiera por un instante que ellos dos podían ser algo más que primos?

—¿Sabes una cosa? —dijo Hopper—. Me voy a casa. Prefiero que mi padre me pegue un coscorrón a que me grite e insulte alguien que creía que era mi mejor amigo.

Se dio media vuelta y se alejó cojeando.

Bingwen abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada. ¿Qué podía decir? ¿Que

lo lamentaba? ¿Que no pretendía ofenderlo? ¿Que agradecía que Hopper hubiera venido? ¿Que Hopper era de verdad su mejor amigo y que era él, Bingwen, quien actuaba como un idiota? Sí, diría todo eso.

Alguien gritaba en el valle. Voces frenéticas.

Bingwen se volvió. A lo lejos, algunos trabajadores señalaban al cielo, gritando. Los ojos de Bingwen miraron y vieron una bola de fuego en el cielo. Ardiendo en la atmósfera.

Era la nave. La nave bajaba hacia ellos.

Corrió hasta el abuelo, se arrodilló a su lado y lo sacudió.

—¡Despierta! ¡Abuelo! ¡Despierta!

El anciano se agitó, desorientado.

Bingwen miró de nuevo al cielo. La nave, aunque lejos, seguía cerniéndose sobre ellos. Parecía a baja altura, pero Bingwen sabía que era por efecto de la curvatura de la Tierra. Todavía estaba alta en el cielo. Tenían unos segundos.

Sacudió de nuevo al abuelo.

—¡Levántate!

—¿Qué... qué pasa? —preguntó el anciano, recuperándose.

—¡Ya viene!

Bingwen señaló. El abuelo miró, los ojos como platos.

Bingwen quiso gritarle a Hopper y Meilin que huyeran, pero ¿adónde? Si la nave alcanzaba la Tierra con la fuerza de un asteroide, todos morirían. Todo quedaría arrasado. La onda de choque los mataría al instante.

Hopper se había parado en seco y miraba al cielo estúpidamente. Meilin estaba a su lado, demasiado asustada para moverse.

El abuelo trató de levantarse, pero dejó escapar un grito y volvió a caerse.

Bingwen miró hacia atrás. El terraplén. Estaban descansando en el puente de tierra entre dos arrozales. Tenía que llevar al abuelo al otro lado, lejos de la nave. Agarró con fuerza al anciano por las axilas y tiró. El abuelo chilló, pero a Bingwen no le importó. Tiró, esforzándose, rechinando los dientes, arrastrándolo trabajosamente hacia el terraplén. Bingwen advirtió que no se movían con la rapidez necesaria. Necesitaba ayuda.

—¡Hopper! —gritó.

El otro niño no respondió ni se movió.

Bingwen se esforzó por seguir tirando, afianzando los pies en el suelo para impulsarse. No iba a conseguirlo. La nave iba a aplastarlos.

La miró. El fuego en la parte delantera había desaparecido: había dejado atrás la estratosfera, la tenían justo encima, creciendo por segundos, tan grande como una aldea, como diez aldeas, como veinte.

Meilin gritaba.

Bingwen tiró. El abuelo aulló de dolor. Hopper era una estatua.

Entonces los alcanzó el sonido. Un sonido como nada que Bingwen hubiera oído en su vida. Como el rugido de un motor y el grito de un mono y el chillido de mil seres diferentes a la vez, tan grave y resonante que sacudió la tierra.

Cinco segundos para el impacto.

Bingwen gritó, tiró del abuelo, encontrando fuerzas que no tenía, lo hizo resbalar y luego volvió a tirar de él. Entonces rodaron los dos por el terraplén, dando vueltas, en medio de un agitar de brazos y piernas. Llegaron al agua, Bingwen se sumergió y el sonido ensordecedor se apagó. Se apoyó en el fondo, se irguió y salió de nuevo a la superficie. Una mano lo agarró y lo derribó contra el terraplén. El abuelo.

Bingwen miró hacia arriba. Hopper y Meilin no se habían movido. Eran estatuas. Petrificados de miedo.

—¡Hopper! ¡Meilin!

Pero no podía oírse nada por encima de aquel fragor, que de pronto explotó en un ruido cien veces más fuerte cuando aquello golpeó la tierra cerca, y el mundo se estremeció tanto que Bingwen pensó que se había roto en pedazos. Una oleada de aire y tierra y agua se extendió por todo el valle, y Hopper y Meilin desaparecieron, y el lodo y la negrura y los escombros cayeron y enterraron vivos a Bingwen y al abuelo.

Dolor.

Nadaba en los límites de la conciencia de Bingwen. Distante al principio, difuso, desenfocado. Entonces lentamente las tinieblas se aclararon, se despejaron, y el dolor se hizo agudo. De pronto fue penetrante, ardiente.

Abrió los ojos y gritó, despierto, consciente. Su brazo. Algo le estaba aplastando el brazo. No podía ver. Lo rodeaba la oscuridad. Estaba en una cueva. No, una cueva no, una bolsa de aire, enterrado en lodo y tierra. Había ramas y árboles encima, bloqueando gran parte del sol y protegiéndolo de más tierra y escombros. ¿Cómo era posible? ¿Cómo estaba bajo un árbol? No había árboles en los campos.

¿Dónde estaba el abuelo? Volvió la cabeza. La rama de un árbol le aplastaba el brazo. Trató de soltarlo, pero el dolor lo apuñaló como una descarga eléctrica, dejándolo sin aliento. Inspiró y volvió a gemir. Tenía roto el brazo izquierdo. Nunca se había roto un hueso antes, pero supo que se trataba de eso. Retorció el cuerpo, tratando de extender el brazo derecho para quitar la tierra de debajo del atrapado y liberarlo, pero el movimiento le causó otra punzada que le hizo aullar de nuevo.

Permaneció tendido de espaldas, respirando entrecortadamente.

—¿Abuelo? —musitó—. ¡Abuelo! —dijo más fuerte.

—Aquí.

La voz sonó débil pero cercana. Bingwen alzó la cabeza y miró alrededor. Por todas partes había sombras y tierra y ramas de árboles.

Una rama a su izquierda se movió.

—¿Bingwen? —Voz ronca y dolorida.

—Aquí. Estoy aquí.

La rama se movió de nuevo y esta vez emergió una mano cubierta de lodo que se extendió, palpando. Bingwen alargó el brazo sano y agarró la mano del abuelo, que le aferró la suya.

—Estoy aquí, niño. Estoy aquí.

Bingwen no lo pudo evitar: las lágrimas brotaron de lo más hondo de su ser. Trató de contenerlas mordiéndose el labio inferior, pero se abrieron paso y en cuestión de segundos estuvo sollozando y temblando y empeorando el dolor del brazo.

—¿Estás herido? —preguntó el abuelo.

—Sí —consiguió responder—. Creo que me he roto un brazo.

—Voy a sacarte.

—¿Cómo? Apenas podías moverte antes.

—Tu abuelo no es tan débil como parece.

Era mentira, y Bingwen lo sabía.

—Voy a conseguir ayuda —dijo el abuelo.

La mano del anciano soltó la suya, se retiró.

Bingwen intentó volver a cogerla.

—¡No! No me dejes.

La mano del abuelo volvió a agarrar la suya.

—Vuelvo enseguida, Bingwen. Te lo juro por el nombre de mi padre.

La mano trató de retirarse de nuevo, pero Bingwen la agarró con fuerza esta vez, impidiéndolo.

—Espera. Por favor, no te vayas. Yo... tengo miedo. —Se odió a sí mismo por reconocerlo, sintió la vergüenza como una bofetada. Pero era verdad. Podía sentir la oscuridad, no solo verla, como si fuera un desconocido tras él, dispuesto a atacar. Iba a morir allí, lo sabía. Si soltaba la mano del abuelo iban a morir los dos. Quedaría aplastado por el árbol y el lodo y la oscuridad.

El abuelo le dio un apretón en la mano para tranquilizarlo.

—Puedo llegar a la aldea. Regresaré con tu padre.

—No. —Bingwen se llenó de pánico—. No puedes. No podías andar.

—Entonces me arrastraré. No te dejaré bajo este...

Pero el resto quedó interrumpido porque entonces el rugido ensordecedor de una máquina rasgó el mundo como un trueno y la tierra se estremeció como si hubiera un centenar de terremotos. Bingwen apretó la mano del abuelo y gritó.

Supervivientes

El HERC se movía con rapidez, volando a cuatro mil metros de altura hacia la creciente nube de polvo que se alzaba en la distancia. Mazer amplió cuanto pudo la imagen en su VCA, pero seguía sin ver la sonda posada. Estaba oculta detrás de varias montañas.

—Patu, háblame. ¿Qué está pasando? Necesito una imagen satélite sobre esa sonda. Necesito vídeo.

—Lo estoy intentando —respondió Patu—. Toda la red se ha vuelto loca. Todo el mundo está conectando con los satélites que apuntan al sur de China. Solo capto fragmentos de información aquí y allá. Las tres sondas han aterrizado. Es lo que sé. Están separadas por unos trescientos kilómetros y forman una línea que empieza en la esquina sudeste de la provincia de Guangdong y cruza hasta la esquina nordeste de la provincia de Guangxi. Nos dirigimos a la segunda sonda. La primera se posó al este de la Reserva de Nangao en el condado de Luhe, a unos sesenta kilómetros al norte de la costa.

—¿Zona poblada?

—No en el punto de impacto, no. Es casi toda montaña boscosa. Hay varias aldeas cercanas. Algunos pueblos. Pero nada densamente poblado. En eso hemos tenido suerte.

—¿Qué está haciendo la sonda?

—Ahora mismo, por lo que puedo decir, no está haciendo nada. Está allí plantada.

—¿Y la segunda sonda?

—El lugar del impacto es un valle al sur de una población llamada Dawanzhen. Arrozales en su mayor parte. Varias aldeas se apiñan en esa zona. Tampoco está densamente poblado, pero desde luego hay más gente que donde ha llegado la primera. Es probable que haya víctimas.

Mazer se volvió hacia el piloto.

—Reinhardt, ¿cuál es nuestro TLP?

—Estaremos encima de esa cosa en menos de tres minutos. Lo que quiero saber

es qué planeamos hacer una vez que estemos allí. No tenemos mucha potencia de nada, Mazer. Esto es un aparato de entrenamiento, ¿recuerdas? No llevamos cohetes. Tenemos unos cuantos cortadores y ya está, nada de apoyo aéreo pesado. Si nos metemos en un combate, podríamos tener problemas.

—No vamos buscando pelea —dijo Mazer—. Nuestro trabajo es la exploración y el rescate. Ayudar a la gente y descubrir todo lo que podamos de la sonda. Enviaremos imágenes en directo a Auckland y los chinos. Cuanto más sepan, mejor podrán prepararse. Patu, ¿qué hay de la tercera sonda?

—Mala pinta. Se posó ante una ciudad llamada Guilin en la ribera occidental del río Li. Población: dos con siete millones.

Mazer dio un respingo. Una población densa multiplicaba sus problemas por cien. No obstante, había aterrizado fuera de la ciudad: eso era un ligero consuelo. Al menos la sonda no se había posado en el centro.

—Fatani, busca canales de emergencia y noticias de esa ciudad y transmítelos a Auckland y al mando de la base. Intenta conectar con algún servicio sismográfico. Me imagino que cuando esa cosa se posó debió de parecer un terremoto. Puede que haya edificios caídos, servicios interrumpidos.

—Veré qué puedo encontrar. Pero no te ilusiones. No será fácil colarme en su sistema en menos de tres minutos. Y no te olvides de que todo está en chino.

—Haz lo que puedas —dijo Mazer. Conectó la radio—. Dragón Rojo, Dragón Rojo, aquí el capitán Rackham, ¿me reciben? Cambio.

La cabeza de Shenzu apareció en el holocampo. Parecía furioso.

—Capitán Rackham, dé inmediatamente la vuelta. No se acerque a las sondas extraterrestres. Repito, cambie de rumbo. Las sondas están en territorio chino. Eso las convierte en asunto nuestro, no suyo.

—Están en la Tierra. Eso hace que sean asunto de todos.

—Capitán, está usted volando en un aparato robado. No tiene ninguna autorización para estar en el espacio aéreo chino. Está violando las leyes internacionales. Su jefe en Auckland nos ha comunicado que le ha ordenado regresar a la base. Nosotros le hemos dado la misma orden. A menos que obedezca inmediatamente no tendremos más remedio que abatirlo. No permitiremos que provoque a las sondas y ponga en peligro a nuestros ciudadanos.

—Estamos intentando ayudar a sus ciudadanos —dijo Mazer—. Tenemos la segunda sonda justo delante. Puede que haya víctimas. Podemos estar allí en menos de dos minutos y proporcionar asistencia médica inmediata. No hay aeródromos ni bases cerca de aquí. Los medevacs tardarán un rato en llegar a esa posición. Somos lo mejor que tienen como apoyo de emergencia aérea.

—No es asunto suyo.

—¿Quiere que abandonemos a esa gente?

—Está usted pensando en un puñado de individuos, capitán Rackham. Yo pienso en toda China. Dirigir un aparato militar hacia esa sonda podría ser percibido como un acto de agresión y exacerbar la situación. Estamos intentando mantener la paz, y su flagrante insubordinación está amenazando nuestros esfuerzos. Tiene diez segundos para obedecer y cambiar de rumbo, o lo abatiremos desde el cielo.

Mazer atravesó el holocampo con la mano para hacer desaparecer a Shenzu. Luego parpadeó una rápida orden en su VCA para iniciar una cuenta atrás de diez segundos.

—Reinhardt, acércanos a tierra. Sigue el rumbo, pero manténnos bajos y usa la mayor cobertura.

Reinhardt puso el HERC a velocidad maniobrable.

—No seremos invisibles, colega. Es pleno día. Si nos están siguiendo por satélite, pueden lanzarnos un misil guiado de precisión y adiós muy buenas.

—Entonces ve más rápido.

Reinhardt hizo una mueca.

—¿Descender e ir más rápido? Son montañas boscosas, Mazer. ¿Quieres que nos estampemos contra ese acantilado?

—Entonces vuela lo más rápido y seguro que puedas. Cuanto más nos acerquemos a la sonda, mejores serán nuestras probabilidades con los chinos.

—¿No es más bien al contrario? —dijo Patu.

—Técnicamente, sí. Pero el mayor temor de los chinos es que provoquemos a los alienígenas. Si nos disparan cuando estemos cerca de la sonda, se arriesgan a que a los extraterrestres les parezca una provocación. Así que cuanto más nos acerquemos, más seguros estaremos. O eso espero. Dale caña, Reinhardt.

—Pareces inseguro —dijo Fatani.

—Estoy inseguro. Podría estar equivocado, pero creo que los chinos son muy listos.

—Lo sabremos dentro de tres segundos —dijo Patu.

La segunda cuenta atrás llegó a cero justo cuando el HERC se nivelaba tras rebasar una cima arbolada. El aparato voló recto durante un momento, luego la falda de la montaña empezó a descender hacia el valle. Reinhardt zambulló el morro del HERC, a ras del terreno. Cayeron por la ladera como el primer vagón de una montaña rusa. Mazer sintió que se elevaba ligeramente en su asiento y se tensó contra el arnés: el fondo del valle venía hacia ellos a un ritmo trepidante. Reinhardt ascendió en el último instante y todos volvieron a caer contra sus asientos. Mazer resopló y abrió los puños cerrados.

—Tranquilo —dijo Patu—. Te ha dicho más rápido, no suicida.

Reinhardt aceleró, aprovechando el llano valle para ganar velocidad.

—Son la misma cosa, Patu, mi reina del arroz. Lo mismito.

La siguiente montaña se acercaba con rapidez. Mazer escrutó el radar y los sensores de calor que mostraba su VCA. No vio acercarse nada.

—El cielo parece despejado.

—Eso no significa que estemos a salvo —dijo Fatani—. Por lo que sabemos, podrían haber disparado un misil desde Pekín. Puede que tarde un minuto en llegar hasta aquí.

—Y por eso exactamente no dispararán —dijo Mazer.

El HERC remontó bruscamente la falda de la montaña. Volaron en silencio, subiendo y cayendo con el paisaje, desviándose levemente del rumbo aquí y allá con la esperanza de evitar ser detectados, siempre escrutando el cielo alrededor, buscando amenazas inminentes. No llegó ninguna. Pasó un minuto. Luego dos.

—Parece que iban de farol —dijo Fatani.

—O han disparado algo que nuestros sensores no pueden detectar —dijo Reinhardt—, y que nos hará volar en cualquier momento.

—No tiene gracia —dijo Patu.

—Eh, si los chinos pueden crear un vehículo topo que taladra roca sólida, ya no me sorprende nada —replicó Reinhardt.

—¿Y si Shenzu tiene razón, Mazer? —preguntó Fatani—. ¿Y si sacudimos el avispero? Esta especie no sabe qué somos. Pueden pensar que somos un misil que les han lanzado. Podríamos empezar una guerra.

—La guerra ya ha empezado, a pesar de lo que quieran creer los chinos —dijo Mazer—. Si alguno de vosotros no está de acuerdo, que hable ahora. No puedo obligaros a continuar. Ya habéis oído al coronel. Nos ha dado órdenes directas. Si venís, casi con toda seguridad nos someterán a una corte marcial cuando esto haya acabado. Tenéis que saberlo. Vuestras carreras se habrán acabado. Si queréis retiraros ahora, decidlo y os dejaré aquí. Podéis decir que os obligué a venir. Eso va también por ti, Reinhardt. Si quieres dejarlo, dilo. Puedo pilotar este aparato si es preciso.

Reinhardt bufó.

—No sabes pilotar un HERC, Mazer. Mantenerlo en el aire y aterrizarlo cuando hace falta no es pilotar. Eso es conducir. Pilotar es lo que hago yo. Tú no eres ningún as.

—Todos estamos en el ajo, Mazer —dijo Fatani—. Nadie va a desertar. Pero Shenzu tiene razón: podríamos provocar una respuesta violenta.

—Es inevitable —respondió Mazer—. No vamos a abandonar a la gente en tierra. Patu, ¿ha habido suerte con el enlace satélite?

—No hace falta. Hemos llegado.

Reinhardt remontó la última montaña y la sonda apareció a la vista, un disco enorme y metálico envuelto en una nube de polvo. Mazer se quedó anonadado. Era más grande de lo que había imaginado. Un imposible de la ingeniería. Tenía tal vez

sesenta pisos de altura y casi un kilómetro de ancho. La parte superior era lisa, brillante, levemente redonda. Pero el lateral era burdo, hecho de miles de placas de metal de diversos tamaños dispuestas de manera aparentemente aleatoria, como si los constructores no tuvieran ningún aprecio por la simetría o la estética.

Bajo la sonda había un anillo de tierra desplazada de varios metros de ancho, más alto cerca del aparato y desmoronado en los bordes, como si la sonda hubiera pisado un gigantesco pastel de chocolate y lo hubiera derramado en todas direcciones. No, no un pastel de chocolate. Una montaña. La sonda había aplastado una montaña pequeña o una colina grande, arrasándola y desplazando tierra y vegetación en un deslizamiento de lodo que había enterrado gran parte del suelo del valle.

—¡Patu! —gritó Mazer—. Conecta todas las cámaras externas y emite en directo a todos los satélites a que puedas acceder. Luego contacta por radio con Auckland y los chinos y diles que las sondas tienen escudos.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Patu.

—Porque así es como debe de haber aplastado la montaña. No puede haber sido la fuerza del impacto. La sonda se movía demasiado despacio cuando se posó. Y mira el paisaje. No hay evidencias de onda de choque, solo la muralla de tierra desplazada. Tiene que ser por los escudos.

—¿Y eso qué significa? —dijo Fatani.

—Significa que puede que no podamos hacerle daño aunque lo intentemos. Reinhardt, rodéala. Ayuda a Patu a capturarla desde todos los ángulos. Fatani, tú y yo buscaremos supervivientes. Hay un arrozal al norte. Probablemente había gente trabajando cuando llegó esta cosa. Mira allí primero.

Mazer le dio una sacudida a su arnés para asegurarse de que estaba tenso y luego parpadeó la orden para abrir su puerta. Una ráfaga de viento y polvo entró en la cabina. Se asomó todo lo que le permitían sus correas y miró hacia abajo, ampliando la imagen con su VCA.

El deslizamiento de lodo era un manto marrón, con árboles rotos y los restos de casas destruidas asomando aquí y allá a través del barro. La devastación era total. Si había supervivientes, no serían muchos. Mazer activó su escáner termal, pero la pantalla no mostró nada prometedor. Si había gente atrapada bajo el barro, no podía verlos.

Alzó la cabeza y miró más al oeste, hasta el borde del deslizamiento de lodo. Allí vio un cadáver. Yacía boca abajo en el agua de un arrozal, los brazos extendidos, medio sumergido, sin moverse. Mazer no pudo distinguir si se trataba de un niño o un adulto, pero, fuera como fuese, ya no podía recibir ninguna ayuda.

Siguió mirando al oeste y vio una aldea en la falda de una montaña vecina, a un kilómetro de distancia. Unas cuantas personas salían corriendo de sus casas para bajar al valle, presumiblemente en busca de seres queridos que estaban trabajando en los

campos. El resto de los aldeanos subía por la montaña, huyendo en dirección contraria, lejos de la sonda, los brazos cargados de exiguos suministros.

Mazer volvió a contemplar los arrozales, escrutando a izquierda y derecha. Supuso que era mejor ceñirse al borde del deslizamiento de lodo. O incluso justo más allá. Allí era donde tenía más probabilidades de encontrar a alguien con vida.

Entonces lo vio.

Un árbol grande cerca del borde, medio enterrado, las ramas rotas. Debajo, justo en el borde del corrimiento de barro, sobresalían un par de piernas huesudas y descalzas. La cabeza y la parte superior del torso parecían enterradas. Por un momento Mazer estuvo seguro de que era un cadáver, asfixiado bajo la montaña de lodo y escombros. Entonces las piernas se movieron.

—¡Hay alguien! —gritó—. Ordenador, marca esta posición.

La IA del HERC fijó el sitio que estaba mirando Mazer y colocó un icono localizador en las piernas. Las coordenadas se introdujeron en el ordenador y la imagen del superviviente fue compartida con el equipo.

—Lo veo —dijo Reinhardt. Hizo virar el HERC hacia la derecha—. ¿Cómo vamos a sacarlo?

—Suéltame al lado —dijo Mazer—. Le daré una máscara de oxígeno y luego usaremos los espolones para levantar el árbol y sacarlo de ahí. Patu, ten preparado el kit médico.

Un sonido ensordecedor llenó el aire. Metal crujiendo, chirriando, rechinando. Una máquina tan grande como una ciudad cobrando vida.

—¿Qué es eso? —dijo Fatani.

—Da la vuelta —ordenó Mazer.

Reinhardt hizo girar el HERC hasta que estuvieron de nuevo de cara a la sonda. Se quedaron flotando a cien metros de distancia, con una clara visión de su parte superior, observando.

El ruido era insoportable. Penetrante, dolorosas puñaladas de volumen. Mazer quiso quitarse el casco y cubrirse los oídos con las manos.

Entonces, en un instante, todo cambió. La sonda empezó a girar como una peonza en el sentido de las agujas del reloj. Rápida pero serena, como si estuviera sobre agua en vez de en tierra y piedra.

—¿Qué está haciendo? —gritó Patu.

La sonda ganó velocidad zumbando como una turbina, levantando arena y escombros. Pequeñas nubes de tierra y piedra aplastada picotearon el parabrisas del HERC.

—¡Llévanos más alto! —ordenó Mazer.

No hizo falta que lo repitiera. Reinhardt tiró del mando y se elevaron fuera del alcance de la lluvia de tierra.

La sonda era un destello de movimiento. El sonido era peor que antes, agudo y chirriante. Mazer podía sentirlo en los dientes. Miró hacia el oeste. La gente que corría hacia los campos desde la aldea se desplomaba gritando, incapaz de permanecer en pie, la tierra sacudiéndose bajo ellos.

—Está cavando en el suelo —dijo Fatani.

Era cierto. La sonda se estaba enterrando, hundiéndose más y más, rociando el valle de tierra y grava como si fuera granizo. ¿Es esta su arma?, se preguntó Mazer. ¿Causar terremotos? ¿O cavará con sus escudos para atravesarnos, abriendo un agujero por el centro de la Tierra como una bala a través del cerebro?

Mazer volvió a mirar el valle. Los aldeanos caídos se encogían en el suelo, cubriéndose con los brazos mientras les llovía tierra y piedras. Los aldeanos que subían por la montaña no tuvieron mejor suerte; tropezaban, caían, soltaban sus posesiones, pugnando por agarrarse y no precipitarse rodando por la pendiente.

Mazer gritó por encima del rugido y señaló a los aldeanos que recibían aquella lluvia sólida en el valle.

—¡Reinhardt! Llévanos ahí abajo con esa gente.

Reinhardt viró el HERC y se lanzó directamente al maelstrom de tierra. Pegotes de escombros golpearon los costados y el techo del aparato. Fatani y Mazer cerraron las puertas, protegiéndose. Una roca golpeó con fuerza la ventana de Reinhardt, y una telaraña de medio metro de ancho se dibujó en ella.

—¡Allí! —gritó Mazer, señalando un puñado de mujeres que se acurrucaban.

Reinhardt aceleró.

—¡Patu! —gritó Mazer—. Ayúdame a subirlas a bordo.

El HERC se enderezó y se posó junto a las mujeres, usando el costado como escudo contra la lluvia de tierra. Mazer y Patu salieron y ayudaron a las mujeres a subir. Para alivio de Mazer, ninguna se resistió: prácticamente saltaron al interior. Fatani les hizo sitio y les dijo dónde sujetarse. En cuestión de segundos, cerraron las puertas y el HERC despegó de nuevo. Permanecieron a poca altura y rescataron a cuatro personas más en otras tres paradas. Un hombre tenía una fea herida en la cabeza, donde lo había alcanzado una piedra. Estaba aturdido y en estado de *shock*, y tenía la cara cubierta de sangre. Patu le sujetó la cabeza mientras Fatani vendaba la herida.

—Elévanos —ordenó Mazer—. No veo a nadie más, y es todo lo que podemos cargar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Reinhardt.

—Al norte, más allá de la cordillera. No muy lejos. Esta gente tendrá que contactar más tarde con otros de su aldea. Los dejaremos en algún lugar seguro y luego volveremos a buscar más.

—Necesitamos un hospital.

—Necesitamos mucho más que eso.

Reinhardt salvó el risco con brusquedad. Las mujeres de atrás se agarraron unas a otras, gritando, sus cuerpos ensangrentados y sucios, las ropas hechas jirones. Aquello parecía el fin del mundo. Mazer habría querido llevarlas a un centro médico donde atendieran sus heridas y las calmaran, pero ¿qué opción tenía?

Reinhardt encontró un claro al otro lado del risco y posó el aparato. Patu abrió la puerta, y Fatani y ella sacaron al hombre de la cabeza vendada y lo depositaron suavemente sobre la hierba. Las mujeres lo siguieron. La sonda estaba a más de un kilómetro de distancia, pero el chirriante sonido era tan fuerte que Mazer tuvo que gritar para que lo oyeran. Habló en mandarín, la voz tensa y autoritaria, para no ser puesto en duda.

—Vamos a volver a por más gente. Quédense aquí y permanezcan juntos. Ayúdense unos a otros. Volveremos.

Una de las mujeres de la aldea se arrodilló junto al hombre herido, sustituyendo a Patu y Fatani. Patu sacó más vendas y analgésicos del kit médico, se lo dio a las mujeres y luego siguió a los demás de vuelta al HERC. Segundos más tarde volvieron a despegar y remontaron de nuevo la montaña.

Una vez más, la sonda apareció a la vista. Girando, chirriando, cavando como una perforadora. Dos terceras partes del aparato estaban ya hundidas en el suelo. Mazer conectó otra vez sus escáneres térmicos y se asomó a la ventana, escrutando el valle en busca de más supervivientes. Entonces, como si hubieran pulsado un interruptor, el ensordecedor ruido empezó a disminuir, como si unas turbinas gigantes se estuvieran deteniendo.

—Está frenando —dijo Reinhardt.

Mazer se volvió hacia la sonda. Era cierto. Los giros se ralentizaban. Los detritus lanzados no ganaban tanta altura. Caían cada vez más bajos mientras los giros continuaban menguando. Entonces, como un trompo en sus últimas rotaciones, la sonda giró unas veces más y se detuvo, estableciéndose firmemente en la tierra mientras el ruido se apagaba.

Mazer comprendió qué estaba haciendo.

—Es una fortaleza —dijo—. Estaban excavando. Literalmente. Anclando su posición y preparándose.

—¿Para qué? —preguntó Reinhardt.

—Para lo que sea que haya dentro de esa cosa.

Permanecieron flotando un momento, observando.

No sucedió nada.

Un árbol cerca de la sonda captó la atención de Mazer, reavivando un recuerdo. Las piernas.

—Reinhardt —dijo—. Vira de nuevo al oeste. Recupera las coordenadas del

primer superviviente que vimos.

El HERC torció al oeste. Mazer se asomó, escrutando, súbitamente temeroso de haber llegado demasiado tarde. Entonces lo vio. Allí, en el mismo lugar, estaba el árbol. Solo que ahora las piernas no asomaban. Había un hombre de pie junto al muro de barro, apoyándose en el tronco expuesto del árbol, herido o agotado o ambas cosas.

—¡Allí! —señaló Mazer.

—Lo veo —dijo Reinhardt e hizo descender rápidamente el HERC.

No había terreno liso para aterrizar entre los arrozales, así que lo detuvo sobre el más cercano al anciano y se quedó flotando. Mazer se quitó el casco y saltó del aparato, hundiéndose hasta las rodillas en fango del arrozal.

El anciano era pequeño y calvo y estaba cubierto de barro, los ojos espantados, las mejillas marcadas de lágrimas. Parecía tener setenta u ochenta años. Mazer no entendía cómo había sobrevivido.

—Mi nieto —dijo el anciano, señalando el árbol—. Está atrapado ahí. Puedo alcanzar su mano, pero no puedo sacarlo. Por favor. Dese prisa.

—¿Dónde?

El anciano se agachó y señaló un hueco en el barro bajo el árbol caído. Mazer se puso a cuatro patas en el agua lodosa y echó un vistazo. El agujero era pequeño: no podía ni meter los hombros. Tampoco pudo ver nada en la oscuridad. Se soltó la linterna de la sujeción y apuntó al interior. Había un niño, unos dos metros más allá.

Mazer se volvió hacia el anciano.

—¿Cómo se llama el niño?

—Bingwen. Pero dese prisa. Tiene el brazo roto.

Mazer metió la cabeza en el agujero y proyectó la luz sobre su propio rostro para que el niño pudiera verlo.

—Bingwen. Me llamo Mazer Rackham. Vamos a sacarte.

El niño volvió la cabeza hacia él. Parecía débil.

Mazer se volvió hacia el HERC.

—Patu, lánzame la pala.

Patu desenganchó una pala plegable y la lanzó al barro del arrozal junto a él. Mazer la cogió.

—Tráeme una máscara de oxígeno y el cable de la polea también. —Conectó la radio que llevaba al cuello—. Reinhardt, prepara los espolones. Vamos a tener que retirar el árbol con cuidado.

Mazer cogió la pala y trabajó con rapidez, excavando alrededor del agujero y haciéndolo más ancho sin tocar el lodo que había sobre el árbol. El niño se hallaba en una pequeña burbuja protectora gracias a las gruesas ramas que tenía encima, y Mazer tuvo que andarse con precaución para no causar una avalancha y enterrarlo

vivo.

Patu regresó con el cable y el oxígeno.

Mazer se envolvió el cable alrededor de la cintura.

—Si cede cuando yo entre, usa el cable para tirar de mí.

—Eso podría partirme en dos. Déjame que entre yo. Soy más delgada.

Tenía razón. Era la elección más lógica, pero Mazer no quería que corriera el riesgo.

—Lo tengo puesto ya —dijo—. Ten preparado el kit médico.

Se abrió paso con la pala a través del lodo. La tierra cedía fácilmente. Cuando fue lo bastante grande, entró en el agujero arrastrándose hasta la cintura, llevando en una mano la máscara de oxígeno.

—Bingwen. ¿Puedes oírme?

El niño lo miró, parpadeó como si acabara de despertar y, para sorpresa de Mazer, habló en inglés.

—¿Mi abuelo está bien?

—Está aquí fuera. Vamos a sacaros a los dos de este lugar. Pero primero necesito que te pongas esta mascarilla sobre la boca. Quiero que inspires con fuerza unas cuantas veces cuando la tengas puesta, ¿de acuerdo?

Mazer colocó la máscara de tamaño adulto sobre la cara del niño y conectó el oxígeno. Bingwen inspiró débilmente. Luego lo hizo otra vez, más fuerte. Luego una vez más, para llenarse los pulmones. El color regresó lentamente a su cara. Parpadeó de nuevo, reconociendo dónde se hallaba.

Mazer se sacó el punzón del bolsillo, encendió la linterna y pasó el foco por encima del niño y luego de sí mismo.

—Reinhardt, te estoy enviando nuestra posición. Cuando traigas los espolones, asegúrate de evitarnos.

—Os veo. Quedaos quietos y no habrá problema. Los espolones están preparados.

—Adelante —dijo Mazer—. Tira si puedes.

Hubo un movimiento a izquierda y derecha de Mazer cuando las puntas de los espolones se clavaron en la tierra, agarrando al árbol. El niño aferró la mano de Mazer y cerró los ojos. Los espolones se movieron, arañando y tensando su presa. Llovió barro. Bingwen volvió la cabeza. Mazer se inclinó hacia delante, protegiendo la cara del niño.

Entonces todo el árbol se alzó y se retiró, las ramas oscilando, quebrándose, derramando tierra. La luz del sol inundó el agujero. Bingwen parpadeó ante la luz.

Patu lo atendió con el kit médico en un instante. Mazer cogió el Med-Assist que Kim le había dado y examinó el brazo del niño. Había una fina fractura en el radio inferior. Mazer escaneó de nuevo para asegurarse y sonrió.

—Tu brazo se pondrá bien, Bingwen. La teniente Patu va a darte algo para el

dolor, luego te pondremos una férula. ¿Has llevado alguna vez una férula?

—No.

—Te encantará. Es como tener un músculo gigante en el brazo.

Patu preparó una jeringuilla, frotó un punto en el brazo del niño, y administró la dosis. Bingwen dio un respingo. La medicación ejerció su efecto rápidamente. Mazer pudo ver que el niño se relajaba, como si un nudo en su interior se estuviera soltando. El anciano, junto a ellos, observaba todos los movimientos.

—Llémoslo al HERC —dijo Mazer. Cogió en brazos al niño y sujetó su frágil cuerpo contra su pecho. Casi no pesaba nada.

Bingwen dio un respingo y se acunó en el brazo.

Reinhardt acercó el HERC. Los espolones ya habían sido retirados y el árbol yacía a un lado.

Patu ayudó al anciano a subir a bordo, y Mazer y Bingwen los siguieron. Fatani cerró la puerta tras ellos y se elevaron de nuevo, dejando el valle atrás.

Mazer colocó con cuidado a Bingwen en el suelo y lo aseguró con una correa. Patu se arrodilló junto a él. Cogió el brazo del niño y lo limpió con una gasa.

—¿Cuál es la situación de la sonda? —preguntó Mazer.

—No hay movimiento —respondió Fatani—. Todo está tranquilo. Pero si se estremece siquiera, el mundo entero lo sabrá. Todas las cadenas importantes están transmitiendo nuestras imágenes en directo.

—Bien. Que las cámaras sigan rodando.

Patu sacó un molde de férula de su bolsa. Era largo y fibroso, para un adulto. Cogió unas tijeras del kit médico, calculó a ojo la longitud del brazo de Bingwen y cortó la férula hasta dejarla de su tamaño. Entonces, moviéndose despacio para no agitar el brazo, metió la mano de Bingwen dentro.

—Ahora levanta un poco el brazo y podré colocar esto en su sitio. Eso es, recto, así.

Deslizó la férula por el brazo, deteniéndose justo por debajo del hombro. Entonces tiró de la anilla. La férula se infló, moldeándose en el brazo. Luego el exterior fibroso se tensó y se quedó rígido. Un pitidito indicó que la férula estaba en su sitio.

—¿Qué tal? —preguntó Patu.

Bingwen agitó tentativamente el brazo.

—Pesa. —Entonces el niño abrió mucho los ojos y trató de sentarse—. ¡Alto! Tenemos que regresar. Mis amigos Hopper y Meilin están todavía allá abajo. Den la vuelta, por favor. Tenemos que volver.

Mazer intercambió una mirada con Patu.

El anciano se acercó y rodeó a Bingwen con un brazo.

—Acuéstate, niño.

—No, abuelo. Tenemos que rescatarlos. Tenemos que hacerlo. —El niño parecía desesperado, los ojos inundados de lágrimas, la mano ilesa aferrada a la sucia camisa del viejo—. Hopper y Meilin, abuelo. Hopper y Meilin.

El anciano sacudió tristemente la cabeza, abrazó al niño y lo atrajo hacia sí. Bingwen hundió el rostro en el pecho de su abuelo y empezó a llorar.

Mazer se sintió impotente. Había otras dos personas allá abajo. Niños, probablemente. Pero ¿dónde? No había visto a nadie cerca del árbol. Y sus escáneres tampoco habían detectado a nadie. Quiso acercarse al niño, calmarlo, decirle que sus amigos habían escapado a tiempo, que se habían librado del deslizamiento de lodo. Pero sabía que no era verdad. La cara del anciano decía lo mismo.

—Capto aparatos acercándose por el noroeste —dijo Reinhardt—. Helicópteros y aeronaves VTOL. Doce en total. Todos medevacs del ejército.

—Ya era hora —rezongó Fatani.

Mazer sabía que venían por las imágenes que estaban transmitiendo. Venían a por ellos, por lo que le estaban enseñando al mundo. Las imágenes en vídeo que el HERC estaba tomando de la sonda y los aldeanos en peligro habían obligado a los chinos a actuar. El mundo entero estaba mirando. En sus hogares por todo el planeta, las familias contemplaban horrorizadas cómo los granjeros chinos gritaban y huían del ataque de la sonda. Pero ¿dónde estaba el ejército chino?, se preguntarían los televidentes. ¿Dónde estaban los servicios de emergencias? ¿Dónde estaba la ayuda? ¿Por qué no estaba China haciendo más?

Mazer no les había dejado opción. Tenían que actuar y ayudar o enfrentarse a una pesadilla de relaciones públicas.

Como siguiendo una indicación en el momento justo, Shenzu apareció en el holocampo. Su actitud fue completamente distinta a la de antes.

—Capitán Rackham. Se le felicita por seguir nuestras órdenes tan eficazmente y ayudar a los heridos tal como le pedimos que hiciera. China agradece sus labores de rescate. Nosotros, naturalmente, hemos estado haciendo lo mismo con las otras sondas.

Está actuando para las cámaras, pensó Mazer. Le está cubriendo las espaldas a China por si acaso estamos emitiendo también por radio. Mazer le siguió el juego, ansioso por hacer lo que fuera con tal de mantener la ayuda china en camino.

—Gracias por llegar lo antes posible. Tenemos heridos. ¿Dónde los llevamos?

—Hay un risco al nordeste. En su cima hay un viejo granero. Lo utilizaremos como hospital provisional. Le envió las coordenadas.

Hubo un pitidito y los datos aparecieron en el holocampo.

Reinhardt hizo un gesto con el pulgar, indicando que tenía las coordenadas. Luego dirigió al HERC hacia el nordeste.

—Buena suerte —dijo Shenzu. Y desconectó el holo.

—Tal vez no nos fusilen, después de todo —dijo Reinhardt.

—Cruza los dedos —repuso Mazer.

Volaron unos tres kilómetros hasta alcanzar las coordenadas. El granero eran dos edificios, uno de ellos un granero de verdad y el otro una ancha choza que probablemente era la granja. Ambos estaban hechos de bambú y paja y madera local, gastados y consumidos por el sol. Una ráfaga fuerte de viento parecía capaz de derribarlos, pero al parecer eran más fuertes de lo que aparentaban. Se alzaban en un amplio promontorio de terrazas de arrozales cubiertos de agua. Al sol de la mañana, el agua brillaba, haciendo que las terrazas parecieran gigantescas escaleras de cristal. El viento que soplaba era ligero y fresco y libre de polvo, y traía consigo los dulces olores verdes de la jungla al oeste. A la derecha una bandada de gorriones se lanzaba hacia el valle. Todo se veía tranquilo y apacible y parecía a un mundo de distancia de la sonda.

Reinhardt posó el HERC entre los dos edificios, en una carretera de acceso. Una vieja camioneta, con la capota levantada, estaba aparcada cerca, oxidada y abollada, cubierta por las enredaderas. Una reliquia muerta.

El granero estaba a la derecha. Tenía tres paredes, abierto por delante, con dos búfalos de agua atados junto a unas balas de heno. Burdas herramientas de mano y útiles de labranza colgaban de clavos en el interior.

Mazer bajó y cogió a Bingwen en brazos. Patu se adelantó hasta la casa y llamó a la puerta. No respondió nadie. La puerta no estaba cerrada. Mazer entró con el niño. La casa estaba vacía. Una sola habitación, de veinte metros cuadrados, sin ningún mueble. Olía a humo, viejo y polvo. En la pared del fondo, unos boquetes que hacían de ventanas ofrecían una vista del valle.

Mazer depositó a Bingwen en el suelo de hormigón y le dijo que no se moviera.

El abuelo le dio profusamente las gracias. Mazer advirtió cuánto le costaba andar con las vendas que le rodeaban el pecho.

—Está usted herido.

El anciano se encogió de hombros.

—Soy viejo. Las dos cosas van juntas.

Mazer regresó al HERC para recoger el Med-Assist. Volvió, retiró las vendas del anciano y le escaneó el pecho.

—Dos costillas fracturadas.

—Eso podría habérselo dicho yo sin necesidad de ningún chisme —refunfuñó el anciano.

Mazer sacó un puñado de pastillas del kit y se las tendió.

—Tómeselas para el dolor.

El viejo las rechazó.

—Estaré bien.

Mazer cogió la mano del hombre y cerró los dedos arrugados en torno a las pastillas.

—Sus manos están agarrotadas por la artritis. Probablemente le arde el pecho cada vez que respira. Estas pastillas facilitan la curación y le ayudarán a descansar. Su cuerpo necesita ambas cosas. Ahorre fuerzas para cuidar a Bingwen. No discuta. Y tome las pastillas.

Mazer vació las raciones de alimentos de sus bolsillos y sacó dos bolsas de agua del kit de emergencia.

—Con esto deberían aguantar hasta que lleguen los médicos.

El anciano lo aceptó con los ojos húmedos, y asintió en señal de agradecimiento.

—¡Mazer!

Era Patu, gritando desde el HERC.

—¡Tenemos que irnos!

Mazer salió de la casa y subió a bordo. Reinhardt despegó antes de que tuviera tiempo de abrocharse el arnés.

—La sonda —dijo Patu—. Se está abriendo.

India

El capitán Wit O'Toole salió de la tienda de mando y sintió el frío aire matinal del valle de Cachemira, a trescientos cincuenta kilómetros al oeste de la frontera china. Al este el sol empezaba a alzarse sobre el Himalaya, proyectando largas sombras sobre el valle y bañándolo de un brillo dorado. Pronto todo eso sería nieve, una densa alfombra blanca que cubriría el paisaje hasta el próximo verano. Pero por ahora eran empinados prados verdes y tupidos bosques de pinos que vivían su breve existencia antes de la llegada de las nieves. Era un espectáculo que Wit nunca se cansaba de ver. La Tierra en su forma más pura. Nada de industrias, ni edificios, ni gente. Solo montañas y verde y un río al fondo. Era impresionante y hermoso y merecía la pena luchar por ello.

Wit volvió a mirar las imágenes de su pad de muñeca. Tres sondas alienígenas en China. Descartó las imágenes y recuperó el botón que pondría en alerta a todos los miembros de su unidad y los llamaría a diana. Lo pulsó.

A su alrededor había veintidós tiendas en la falda de la montaña, muy juntas. Casi inmediatamente se produjo movimiento en su interior. Segundos más tarde los hombres empezaron a salir, despeinados, la ropa en desorden. Muchos iban descalzos. Pero todos estaban bien alertas y ansiosos de noticias.

Seis horas antes Wit les había ordenado que durmieran un poco. Ellos habrían preferido permanecer despiertos y ver las imágenes en directo de la nave alienígena en el espacio, pero ya llevaban despiertos treinta y seis horas y necesitaban descansar. Eran POM (Policías de Operaciones Móviles), la élite de las unidades de fuerzas especiales del mundo. Sin embargo, incluso soldados tan diestros y letales como ellos necesitaban dormir.

Los hombres se congregaron en torno a Wit, algunos vestidos solo con su ropa interior larga, abrazándose en el frío mañanero. Eran un grupo diverso. Cuarenta hombres de treinta países. Europeos, asiáticos, norteamericanos y sudamericanos, africanos, de Oriente Medio: todos escogidos de unidades de fuerzas especiales de sus respectivos países. Todos habían renunciado a sus antiguos rangos y uniformes y

accedido a representar a sus países en una fuerza internacional donde todos eran iguales con una sola causa: impedir el sufrimiento humano, en cualquier parte del mundo.

A Wit le parecía una lástima que no hubiera ningún soldado chino entre ellos. Le vendría bien ahora. Había intentado durante años reclutar alguno en China, pero los militares de ese país siempre habían rechazado su oferta. Preferían ser independientes y no inmiscuirse en asuntos internacionales. O eso decía el memorándum oficial que Wit había recibido de China. No tendría acceso a sus soldados bajo ninguna circunstancia. Punto.

—Los alienígenas han hecho aterrizar tres grandes aparatos en China —dijo Wit. Sacó su holopad de la bolsa que llevaba al cinto, extendió sus cuatro antenas de proyección y encendió el holo. Una imagen de una sonda extraterrestre apareció en el aire. Los soldados del fondo se esforzaron en ver por encima de las cabezas de los que tenían delante.

A la izquierda de Wit había un camión de suministros. Se subió al guardabarros trasero para que todos pudieran ver mejor.

—En el holo no se nota —dijo—, pero estas sondas son enormes, más grandes que el estadio más grande del mundo. Cada una de ellas puede albergar a decenas de miles de soldados o vehículos de tierra o aire. Todavía no sabemos qué hay dentro. En este momento, están ahí plantadas. Han aterrizado hace muy poco.

—¿En qué parte de China? —preguntó Calinga—. Estamos cerca de la frontera.

—Muy lejos de aquí —respondió Wit—. En el sudeste, al norte de Guangzhou.

—¿Cuándo nos desplegaremos?

—No he solicitado órdenes a Strategos. Y no pienso pedir las. De hecho, he cortado todas las comunicaciones con Strategos hace tres minutos.

Los hombres se miraron.

Strategos era el comandante supremo de la Policía de Operaciones Móviles. El general, por decirlo así. Excepto que, en vez de ser una sola persona, eran en realidad treinta. Veintidós hombres y ocho mujeres, cada uno de una nación diferente, y cada uno con un gran caudal de experiencia en operaciones secretas y de mantenimiento de la paz. Algunos habían sido jefes de agencias de inteligencia. Otros eran jefes militares todavía en servicio activo. Juntos planificaban las misiones de la POM y daban a Wit sus órdenes. Con la autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Strategos era un modelo de cooperación militar internacional, una fracción del tamaño de la OTAN y mucho más efectiva en operaciones a pequeña escala. Mientras la OTAN era un alarde de fuerzas, la POM era una fuerza relámpago, que entraba y golpeaba con fuerza y velocidad y salía antes de que el enemigo supiera qué había sucedido.

—¿Ha cortado las comunicaciones con Strategos? —dijo Calinga—. Lejos de mi

intención decirle cómo tiene que hacer su trabajo, capitán, pero ¿no nos dificultará eso conseguir nuestras órdenes para desplegarlos?

—No recibiremos órdenes de despliegue —dijo Wit—. Aunque las líneas estuvieran abiertas, Strategos no nos enviará a China. Si llega alguna orden, será para que mantengamos la posición.

—¿Por qué? —dijo Deen—. Hay guerra en China.

—Precisamente por eso. China es una nación estable. Strategos no nos enviará sin el refrendo del Consejo de Seguridad de la ONU y la bendición del gobierno chino, y no es probable que ninguna de las dos cosas sucedan pronto, si es que suceden. China no pedirá ayuda.

—¿Por qué no? —preguntó Deen.

—Porque es China —contestó Wit—. Si las sondas se hubieran posado en Europa o Australia, ya estaríamos de camino. China será menos cooperativa. Querrán manejar esto solos. Aceptar ayuda sería una muestra de debilidad. Sus militares lo considerarían un insulto. No lo consentirán.

—Esto no es solo problema de ellos —dijo Calinga—. Es de todo el mundo.

—China no lo verá así. En todo caso, lo considerarán una oportunidad de reafirmar su fuerza. Si libran al mundo de unos extraterrestres invasores, de pronto serán la nación más fuerte de la Tierra. Todos se lo pensarán dos veces antes de cabrearlos.

—¿Quién es lo bastante estúpido para molestar a China de todas formas? —dijo Calinga.

—Estados Unidos habría hecho lo mismo. No quieren soldados extranjeros en territorio norteamericano. Les parece una pérdida de soberanía. Asusta a los civiles e implica que la nación que te ayuda es más fuerte que tú. Es una actitud egoísta y estúpida, pero así es el orgullo nacional. Dentro de un mes, cuando haya muerto un millón de civiles chinos, puede que sus autoridades lo reconsideren.

—¿Cree que será tan malo? —preguntó Lobo.

—Probablemente peor. Piensa en cómo abordamos el combate alienígena.

—Analizar antes de actuar y suponer intenciones hostiles —dijo Calinga.

—Así es. Y las intenciones hostiles son ya una conclusión atrasada. Arrasaron a miles de mineros espaciales y convirtieron en polvo espacial a un secretario de la ONU y varias lanzaderas de prensa. Podemos dar por hecho que no traen cestas con regalos en esas sondas.

—Pero ¿por qué ha cortado las comunicaciones con Strategos? —preguntó Calinga.

—Porque no quiero desobedecer una orden directa. Voy a entrar en China. Si no me dan la orden de permanecer aquí, entonces no estaré desobedeciendo.

—Obviamente no irá solo —dijo Deen—. Iremos con usted.

—No puedo ordenaros que hagáis eso. Solo puedo pedir voluntarios. Cruzar la frontera será difícil. Las relaciones entre la India y China no son una balsa de aceite. Las fronteras están bien vigiladas. No podremos llevar armas. Los chinos no nos dejarían pasar. Tenemos que cruzar como civiles. Adquiriremos armas y equipamiento cuando estemos dentro.

—¿Y qué haremos exactamente? —preguntó Deen.

—Aquello para lo que nos han entrenado. Libraremos una guerra asimétrica. En vez de ser nosotros los que tengan tecnología superior en el campo de batalla, seremos los guerrilleros sin apenas tecnología que intentan sabotear, interferir y golpear en puntos clave. Desmoralizaremos tanto al enemigo que querrán renunciar. Como el vietcong contra los norteamericanos, o Castro contra Batista, o los fedayines contra la Unión Soviética en Afganistán. Será necesaria una estrategia de combate distinta a la que estamos acostumbrados. Y tendremos que inventarla sobre la marcha e improvisar. Seguimos sin saber cuáles son las capacidades de los alienígenas.

—¿Cuarenta tipos contra todo un ejército alienígena? —dijo Deen—. No me malinterprete, me gusta una buena pelea, pero no es muy alentador.

—No estaremos solos —dijo Wit—. Todo lo que aprendamos sobre el enemigo, todas las tácticas de combate efectivas que desarrollemos, las compartiremos con los militares chinos. Si son listos, las llevarán a la práctica. Y nosotros estaremos observando a los chinos también. Si hacen algo que funcione, lo utilizaremos. Cuanto más nos ayudemos mutuamente, más efectivos podremos ser ambos.

—Creía que no querían nuestra ayuda —dijo Lobo.

—No pueden pedir ayuda. Oficialmente, no la quieren. Pero las tropas que estén en el fregado agradecerán contar con nosotros. Eso espero.

—¿Dónde conseguiremos suministros? —preguntó Calinga.

—¿Significa eso que te ofreces voluntario? —repuso Wit.

—Demonios, sí —respondió Calinga. Se volvió hacia los demás—. ¿Hay alguien que no sea voluntario?

Ninguno levantó la mano.

Calinga se volvió hacia Wit y sonrió.

—Creo que hay unanimidad. Pongámonos en marcha.

—Todavía no —dijo Wit—. Necesito dejar claro cuáles serán las consecuencias de esto. Si nos colamos en China, es probable que nos tilden de desertores y nos espere la corte marcial.

—Las consecuencias de cruzarnos de brazos podrían acarrear el fin del mundo —dijo Lobo.

—Tiene razón, capitán —dijo Mabuzza—. Iremos donde usted vaya.

—¿Y qué más da que nos lleven a la corte marcial? —preguntó Deen—. Es mejor que darle la espalda a la gente de China. Prefiero tener la conciencia tranquila como

desertor que toda una vida sintiéndome culpable aun siendo un soldado de buena posición.

Los hombres expresaron entre murmullos su acuerdo.

—Muy bien —dijo Wit—. Veo que sois tan testarudos como yo. ¡Tenéis diez minutos para levantar el campamento! ¡Moveos!

Se movieron.

Nueve minutos más tarde, los vehículos arrancaban, dirigiéndose al paso de montaña que los llevaría a Srinagar. Wit y Calinga iban en la cabina del primer camión, con Calinga al volante y el capitán viendo las emisiones satélite de China en el monitor del salpicadero. Las sondas se habían atrincherado en el suelo. Había un aparato aéreo grabando desde todos los ángulos. Wit abrió su holopad. Un mapa del norte de la India apareció en el aire ante él. Un puntito marcaba su posición actual.

—Creo que nuestras posibilidades serán mejores si entramos en China desde Pakistán, por los montes Karakoram —dijo—. Aquí, en el Paso de Khunjerab.

—¿Pakistán? —dijo Calinga—. ¿Ahora tenemos que cruzar dos fronteras?

—Entrar en Pakistán no será ningún problema. Sigue estando en la región de Cachemira. Y la frontera entre Pakistán y China es mucho más laxa que la de la India y China. Además, el Paso de Khunjerab es un centro de comunicaciones importante. Hay mucho tráfico comercial. Camiones grandes. Transportes de todo tipo. Y aviones de carga en el lado chino. Pistas cortas. Vuelos peligrosos. Buscaremos un vuelo.

—¿Y los vehículos? —preguntó Calinga.

—Los dejaremos en Srinagar. Las carreteras son malas y el combustible es escaso en esa parte del oeste de China. Los tendríamos que abandonar de todas formas. Además, es difícil hacerse pasar por civiles cuando conduces camiones militares.

—¿Qué altitud?

—Cerca de los cinco mil metros.

—Hay que estar loco para aceptar un trabajo de piloto allí —dijo Calinga—. Los vientos de las montañas, las constantes tormentas, grandes aviones de carga... Estrellarse contra una ladera estará a la orden del día.

—Eso operará en nuestro favor —dijo Wit.

Calinga hizo una mueca.

—¿Cómo?

—Un piloto que acepta un trabajo así solo está interesado en una cosa: dinero. Y tenemos dinero.

Llegaron a Srinagar y encontraron un almacén donde dejar los camiones y suministros. Wit hizo que los hombres lo guardaran todo bajo llave, aunque dudaba volver a ver el equipo. Sus hombres iban todos en uniforme de faena, lo que los identificaba como soldados. Los camiones eran también nítidamente militares, lo que significaba que contenían tecnología valiosa. Y las armas militares en el mercado

negro podían alcanzar un precio muy alto en Srinagar. Pakistán estaba solo a un paso. Afganistán no estaba mucho más lejos. «Diez a uno —pensó Wit—, a que este almacén sufrirá un robo en los próximos días, un robo que el dueño prepararía en secreto por una buena tajada de los beneficios».

Pero ¿qué podía hacer? Si se acercaban a la frontera como soldados, no tendrían ninguna posibilidad de pasar.

Dejaron el almacén llevando solamente sus artículos personales: holopads, pasaportes, comunicadores de radio, receptores satélite. Cosas pequeñas que no llamaban la atención.

Se dirigieron a un mercado callejero en busca de ropa. Los puesteros los llamaban a gritos, ofreciéndoles sus mercancías a precios imbatibles. Fruta, pescado, joyas, música pirata. Wit pasó de largo, ignorándolos.

Encontraron un puesto de ropa de hombre, pero los diseños no les convencieron. Demasiado pequeños y demasiado festivos. El tendero alzó un brillante par de pantalones y una kurta multicolor. Wit forzó una sonrisa. Si sus hombres y él aparecían en la frontera china vestidos con eso, los confundirán con una *troupe* de acróbatas.

—Necesitamos ropa sencilla —dijo.

El hombre sonrió y alzó un dedo.

—Ah. Sencilla. Esta es demasiado llamativa, ¿eh? Quizás esto sea más de su gusto. —Sacó una kurta amarillo brillante que le llegaba a Wit hasta las rodillas y dañaba la vista.

—No es mi estilo. ¿Hay una lavandería por aquí?

La sonrisa del comerciante se desvaneció: Wit ya no era un cliente potencial. Señaló con un dedo calle abajo y dedicó su atención a otra persona. Wit y sus hombres continuaron su camino. Cuando dejaron el mercado, la gente se los quedó mirando. Las madres cogieron a sus hijos y los retiraron de la calle. Los peatones se paraban a mirarlos con ojos entornados. Los viejos fruncían el ceño.

—No parece un barrio muy amistoso —dijo Calinga.

—Somos soldados —repuso Wit—. Los tenderos nos adoran porque los soldados tienen dinero. A los civiles les gustamos tanto como tener un agujero en la cabeza, que es lo que les hacen a veces los soldados en esta parte del mundo.

—¿Por qué una lavandería? —preguntó Calinga.

—Por la ropa, obviamente. Ropa usada.

—No podemos comprar la ropa de otro.

—Se puede comprar de todo si tienes dinero —dijo Wit—. Pero tal vez no tengamos que comprar nada. Las lavanderías también tienen ropa que nadie ha recogido. Camisas y pantalones que la gente olvida o no recoge. Y estamos cerca de la universidad. Así que tenemos más posibilidades de encontrar algo útil.

La lavandería estaba dos manzanas más adelante. El propietario, un hombre menudo, se hallaba sentado detrás del mostrador, viendo una transmisión satélite de las sondas en China. Oyó la campanilla de la puerta cuando Wit y sus hombres entraron, pero no apartó los ojos del monitor. Estaba absorto.

Wit esperó un momento y luego se aclaró la garganta. El hombre alzó entonces la cabeza, vio su número y tamaño, y sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido.

—Necesitamos ropas —dijo Wit—. Para cuarenta hombres. Casi todos de tallas grandes. Cálidas y cómodas. Con muchos bolsillos, preferiblemente. Pagaremos bien y dejaremos los uniformes que llevamos puestos. Un buen intercambio. Probablemente la mejor venta que hará este año. Podría cerrar el negocio durante una semana después de que nos marchemos y seguiría ganando. Es decir, suponiendo que tenga lo que necesitamos.

El hombre tenía de sobra. Un almacén lleno. Había artículos no reclamados, sí, pero también nuevos. Género de contrabando, imitaciones chinas. Gruesos pantalones de camuflaje con montones de bolsillos, camisetas de algodón, calcetines, gruesas camisas y gorras de lana. Wit incluso encontró una gorra de béisbol de un conocido equipo de Estados Unidos. Wit odiaba el béisbol (un tipo tira una pelota, otro golpea, y otros veinte tíos permanecen allí mirando y escupiendo), pero aquella gorra era el tipo de complemento que llevaría un civil.

Tuvieron cuidado al mezclar el guardarropa. Las ropas civiles a juego podían parecer también uniformes. Así que no todo el mundo llevaba pantalones de camuflaje, y los que lo hicieron usaron colores diferentes, negro, caqui o azul. Las camisas eran también diferentes. Similares pero no idénticas.

Wit pagó al hombre en metálico y dejó una generosa propina. Se cambiaron entonces de ropa y dejaron los uniformes en una pila en el almacén. Wit dividió entonces los hombres en diez grupos de cuatro y les hizo seguir rutas diferentes hasta la estación de trenes. No le preocupaba que los vieran en la India: tenía todas las autorizaciones para estar allí. Pero ahora todo el mundo era un compañero de viaje potencial con destino a Pakistán, y era probable que los pasajeros sospechosos alertaran a las autoridades, cosa nada aconsejable.

Partieron. Wit lo hizo con Calinga, Deen y Lobo. Nadie los miró con recelo en todo el camino.

Compraron los billetes en grupos y cogieron el primer tren a Pakistán, cada grupo de cuatro hombres en vagones separados. Nadie les prestó atención. Todos a bordo del tren iban viendo las noticias de China en sus holopads.

Wit sacó el suyo y se puso a buscar en la red imágenes recientes de China. Eran más vídeos del primer aparato aéreo que llegó a la escena. Lo contempló. Sin embargo, el constante movimiento de la cámara situada en la parte inferior del aparato era un poco mareante. Wit estaba a punto de abandonar el vídeo y buscar otra

fuente cuando algo en la pantalla llamó su atención. Pulsó la pantalla y rebobinó. El aparato se posaba e intentaba un rescate. Un soldado bajó para sacar a alguien de la montaña de fango. Un bebé o un niño pequeño. El soldado lo cogía en brazos y regresaba al aparato. Durante unos segundos pudo verse su rostro. Wit detuvo la imagen y se la mostró a Calinga, que iba sentado a su lado.

—¿No te suena?

—Es el maorí —dijo Calinga—. El que probamos.

—Mazer Rackham.

—¿Cómo ha llegado a China tan rápido?

—Debía de estar allí ya.

—¿Está trabajando con los chinos?

—No cuando se grabó esto —dijo Wit—. No puede ser. Los chinos no permitirían que un neozelandés hiciera un rescate como ese. No con todo el mundo mirando. ¿Salvar a un niño del desastre? Eso es el santo grial de las relaciones públicas. Si Mazer volara con los chinos, sería un soldado chino quien habría salvado al niño. Mazer les está estropeando el tinglado.

—¿Entonces quién va con él en el aparato?

—Ni idea —dijo Wit—. Pero no son chinos.

Fórmicos

Mazer se asomó al HERC y contempló por última vez la granja, que se iba empequeñeciendo en la distancia. El niño, Bingwen, había tenido suerte. Un metro o dos a izquierda o derecha bajo aquel árbol y habría quedado enterrado vivo. ¿Cuántos como él estaban atascados en esos campos, se preguntó, atrapados en una bolsa de aire, esperando un rescate que probablemente no llegaría?

Volvió a meterse en el aparato y conectó su VCA. Patu le estaba enviando varias imágenes, cada una de ellas posicionada en una de las esquinas de su campo de visión. Todas eran de transmisiones satélite, tomadas desde arriba, y proporcionaban una vista clara de la parte superior de la sonda, que se había abierto. En el centro había ahora un gran círculo oscuro, como el agujero de un donut, que revelaba un enorme espacio interior casi todo en sombras.

—¿Qué es eso? —preguntó Mazer—. ¿Podemos ver lo que hay dentro?

—Negativo —respondió Patu—. He probado con varios espectros. El sol está demasiado bajo. No llega suficiente luz.

Remontaron la última colina y la sonda apareció a la vista. Ahora había un puñado de aviones alrededor, los medevacs además de unos cuantos artefactos militares. Todos con distintivos chinos. Unos cuantos aparatos revoloteaban sobre la abertura.

—Patu —dijo Mazer—, ¿llega alguna transmisión de los aparatos que están sobre la sonda?

—Negativo. Si están filmando algo, no lo transmiten.

Shenzu, el contacto chino, apareció en el holocampo.

—Nos hacemos cargo a partir de aquí, capitán Rackham. China agradece su ayuda. Por favor, mantengan la distancia.

—Puede haber otros supervivientes —dijo Mazer.

—Nosotros nos ocuparemos de ellos —respondió Shenzu con tono inapelable. Cortó la comunicación.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Reinhardt.

—Obedecer —contestó Mazer—. Nos retiramos. Los dejamos hacer su trabajo. Fatani, conéctanos a sus radios. Quiero saber qué están diciendo. Reinhardt, llévanos de vuelta al lugar donde dejamos a los primeros heridos. Podemos llevarlos adonde establezcan el hospital.

Un rayo de luz brotó del centro de la sonda, desde las profundidades de la abertura, y alcanzó a uno de los helicópteros que revoloteaban sobre ella. El láser atravesó al helicóptero como si no estuviera allí siquiera, cortando las aspas limpiamente. El aparato cayó como una piedra, humeando, ardiendo y retorciéndose. Rebotó en el costado de la sonda y cayó trazando espirales al suelo, donde se estrelló convertido en un montón de chatarra ardiente.

Los otros helicópteros que estaban cerca de la abertura empezaron a retirarse. No lo hicieron lo bastante rápido. Surgieron tres láseres más que cortaron los aparatos por la mitad. Todos cayeron ardiendo. Uno de ellos era un medevac, un pájaro grande. Al menos diez tripulantes. Médicos y enfermeras. El aparato explotó antes de chocar contra el suelo.

Fatani encontró la frecuencia de radio. Gritos y chillidos asaltaron los oídos de Mazer. El pánico dominaba a los chinos.

El último helicóptero cayó sobre la parte superior de la sonda, cerca de la abertura, y permaneció allí, desprendiendo tanto humo negro que dejó de ser visible.

Entonces salieron.

Al principio eran tantos que Mazer no comprendió qué estaba viendo. Eran como una colonia de murciélagos que salen volando de una cueva. O un enjambre de insectos que surgen de su panal en una sola columna de movimiento retorcido, muy cercanos unos a otros y sin embargo sin tocarse. Eran aparatos aéreos que salían de la abertura de la sonda. Una columna veloz, afilada, oscura y aterradora, que se alzaba rápidamente moviéndose como una sola cosa.

Los había de dos tipos. Unos pequeños, otros grandes, tal vez tres veces el tamaño del HERC. Eran cientos. Entonces, cuando ya estaban muy por encima de la sonda, se separaron, como las raíces de un árbol puesto boca abajo, y se lanzaron en todas direcciones, creando un dosel sobre el paisaje que cubrió el valle de sombras.

Uno voló directamente por encima del HERC. Mazer estiró el cuello para verlo pasar. Era silencioso, advirtió. Todos eran silenciosos. No había ruido de motores. Ni aspas. Ningún tipo de ruido. Como fantasmas.

Uno de los aparatos chinos a la derecha de Mazer abrió fuego: un arco de trazadoras que se reajustó hasta encontrar su objetivo. Una de las naves alienígenas recibió los disparos. Las balas rebotaron en el casco en una lluvia de chispas, desviando el aparato de su rumbo y enviándolo al suelo entre espirales. Chocó contra la superficie y rebotó, dando vueltas una y otra vez fuera de control. Finalmente se deslizó hasta detenerse, dejando un surco en la tierra.

De inmediato, moviéndose al unísono, siete aparatos alienígenas cambiaron de rumbo y descendieron sobre el helicóptero chino que había disparado. El artillero chino giró y disparó contra sus atacantes, pero los extraterrestres maniobraron para evitarlo, bandeando a izquierda y derecha. Entonces dispararon sus propios cañones: breves estallidos laserizados alcanzaron al helicóptero chino por todas partes a la vez. El helicóptero se abrió como una lata aplastada, lanzando restos, metralla y fuego en todas direcciones. El montón ardiente cayó y se estrelló contra una ladera, donde la gravedad continuó haciendo su labor. Rodó y rodó y se estampó contra un árbol, esparciendo cenizas y más restos.

—¡Pósanos! —gritó Mazer—. ¡Ahora!

Reinhardt movió la barra hacia un lado, apartándolos y haciéndolos descender rápidamente.

Ante ellos, el aparato alienígena ardía en la hierba.

—¡Allí! —señaló Mazer—. ¡Déjanos junto al aparato caído!

Reinhardt le dirigió una mirada sombría.

—¿Quieres que aterrice cerca de esa cosa?

—¡Hazlo! —gritó Mazer.

Reinhardt obedeció y los posó cerca del aparato caído. Mazer bajó de un salto y desenfundó su pistola. Un arma tan pequeña no haría nada contra aquel aparato, pero se sentía mejor empuñándola. Las otras naves alienígenas siguieron de largo, ignorándolos, hacia el norte.

Mazer las vio alejarse y resopló, relajando los hombros. Hubo un breve estallido de disparos al sur. Se giró en esa dirección y no vio nada: la montaña bloqueaba su visión de la sonda y las demás aeronaves. Prestó atención. Tras un breve silencio, más disparos, seguidos de una fuerte explosión, un ruido desgarrador y resonante que se amplificó en el cielo. Metal retorciéndose, motores muriendo, el breve castaño de partes sueltas chocando en el aire y tintineando como campanitas ardientes.

Mazer escudriñó el cielo. Naves alienígenas volaban por el este y el oeste, algunas moviéndose rápido, otras más despacio, como si patrullaran o escrutaran el terreno. Ninguna estaba peligrosamente cerca ni parecía prestarles atención. La frenética charla en la radio continuó, aunque ahora había menos voces. Mazer se esforzó por entenderla, pero los gritos eran frenéticos y todos hablaban en chino; solo le llegaban fragmentos atropellados.

Otra explosión resonó al sur.

La radio quedó en silencio. El sombrío tono de la estática ocupó su lugar.

Mazer se quedó allí un momento, escuchando, deseando que más voces regresaran a la frecuencia y reportaran su presencia. Nadie lo hizo. Lentamente, Mazer giró en redondo, escrutando el cielo en busca de los aviones chinos. No vio ninguno.

Habló por su comunicador.

—Dragón Rojo, aquí el capitán Mazer Rackham. ¿Me reciben? Cambio.

No hubo respuesta.

—Dragón Rojo, ¿me reciben?

Nada.

Se volvió hacia la izquierda. El aparato alienígena yacía de lado a veinte metros de distancia. Esperaba encontrarse con un caos de metal retorcido con ningún parecido a su forma original, pero el aparato parecía intacto e ileso, como si estuviera construido de un material indestructible. El único signo de daño era una fina línea de humo que surgía de un conducto trasero.

Se volvió hacia Reinhardt.

—Mantén el HERC en marcha. Listo para despegar. Fatani, Patu, las cámaras de los cascos preparadas, armas a la mano. Grabadlo todo. Reinhardt, vigila el cielo. Avísanos si se acerca algo.

Mazer se aproximó con cautela al aparato caído, el arma en alto, el seguro quitado, el dedo en el gatillo, preparado.

—¿Estás seguro de lo que haces, Mazer? —dijo Reinhardt—. No sabemos qué es esa cosa ni cómo puede reaccionar.

—Nadie lo sabe —respondió Mazer—, y precisamente por eso tenemos que averiguarlo.

Cautelosamente, siguió adelante. Patu apareció a su lado empuñando su fusil de asalto, lista para disparar. Fatani rodeó el HERC y se unió a ellos, pistola en mano y apuntando al frente. Todos llevaban puestos sus cascos y grababan la escena.

—Desplegaos —ordenó Mazer.

Se separaron. Mazer se dirigió a la izquierda, Fatani se desvió a la derecha y Patu continuó avanzando.

—¿Estamos transmitiendo, Patu?

—Los tres transmitimos en directo.

—Bien.

Se acercaron al aparato. Estaba claro que los mismos ingenieros que habían construido la sonda habían construido aquella cosa. El casco de metal era marrón oscuro, casi rojizo, sin pulir y salpicado con manchas de corrosión. Las líneas y esquinas eran también ásperas, como si no hubieran pensado en estilo ni aerodinámica. Era como un furgón, feo, compacto y meramente utilitario.

Yacía de lado, así que la parte superior miraba a Mazer. Era más alto que él. Se acercó y le dio una patada con la bota. Produjo un tañido leve y hueco. Rodeó el aparato hasta el otro lado. Allí estaba Fatani, de pie en un leve promontorio de tierra que le permitía ver mejor la parte inferior de la nave. Mazer subió junto a él y vio dónde la habían alcanzado las balas del helicóptero chino. Nada había penetrado el

casco, pero las balas habían dejado pequeñas muescas en el metal. A Mazer le pareció extraño.

Fatani debía de estar pensando lo mismo.

—Esto no tiene sentido —dijo—. Las balas no lo atravesaron. No rezuma ningún fluido. No hay ningún daño visible. Entonces ¿por qué cayó?

—Tal vez la fuerza de los impactos lo hizo desviarse. Como un puñetazo en la sien. El piloto no se lo esperaba. O tal vez es difícil realinear el aparato una vez sacudido. Pudo ser cualquier cosa.

La nave se movió: una gran pieza de metal en lo alto, como una escotilla, se alzó veinte centímetros.

Mazer retrocedió, sobresaltado, casi tropezando. Patu y Fatani lo imitaron, las armas preparadas.

—¿Qué está haciendo? —dijo Fatani.

La puerta era una sección ancha y plana del casco casi tan alta como el aparato. Se produjo otro sonido rechinante, y la puerta (ahora el techo) se deslizó hacia atrás, revelando un profundo espacio vacío en el interior.

—No me gusta —dijo Patu.

La puerta se descorrió hasta el fondo y se detuvo. El interior era amplio como una bodega de carga. Mazer no llegó a ver el fondo. Avanzó.

—Cuidado —dijo Fatani.

Mazer se acercó. Un metro, luego dos. La pistola apuntando. Llegó junto al aparato. Se alzó de puntillas, tratando de ver en su interior.

Una mano roja a su derecha salió del interior y se agarró al borde.

Fatani maldijo. Mazer volvió a retroceder. Patu avanzó, lista para disparar.

Mazer alzó una mano.

—¡Espera! No dispires. —Retrocedió recuperando el equilibrio, el corazón desbocado.

La mano roja era musculosa y recia, con un fino vello corto. Era unos dos tercios del tamaño de la mano de Mazer y parecía una garra. Mazer la observó y oyó un sonido en el interior. Un siseo. No un sonido mecánico, sino biológico. Respiración. Entrecortada y rasposa. El sonido de un animal dolorido.

—Retroceded —dijo Mazer.

Se retiraron unos pasos.

La mano roja aferrada al borde hizo un nuevo esfuerzo, tensándose, agarrando, tirando. La respiración era ahora más pesada, más trabajosa. El animal intentaba levantarse.

Una segunda mano, más pequeña, apareció junto a la primera.

Entonces una pierna de la criatura pasó por encima del borde, y el cuerpo la siguió. Mazer pudo ver que el brazo y la mano más pequeños no eran un miembro

puesto, sino un segundo brazo más pequeño situado en el mismo lugar tras el primero. O quizá los apéndices medios eran un conjunto extra de patas. Era difícil decirlo: no parecía haber mucha diferencia anatómica entre los dos.

La criatura se detuvo en el estrecho borde, recuperando el aliento, jadeando, como un funámbulo en la cuerda floja que hiciera una pausa en mitad de la actuación. No llevaba ropas. Atado a su espalda llevaba un contenedor semitransparente lleno de un fluido que se agitaba. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado. Parecía medir un metro veinte y su piel estaba cubierta de un vello corto y rizado, como el del brazo de un hombre, y eso permitía ver claramente su piel, que era de color tierra rojiza oscura, con manchas anaranjadas y amarillas y verdes. Como un insecto.

—Déjame dispararle —pidió Patu.

—Espera —ordenó Mazer—. Veamos qué hace.

Después de un momento la criatura pareció recuperarse y ganar fuerzas. Trató de mover las manos para bajar al suelo, pero cuando lo hizo se desplomó de lado y cayó a tierra. La criatura inhaló bruscamente, como si sintiera una punzada de dolor, pero no emitió ningún otro sonido. Permaneció inmóvil unos instantes, respirando. Luego, lentamente, con gran esfuerzo, trató de incorporarse. Al principio fracasó. Los brazos de su lado izquierdo estaban torcidos y al parecer rotos. La pata izquierda estaba levemente torcida, doblada en un ángulo que no encajaba con la pata derecha que estaba usando. Debía de haberse doblado violentamente durante el choque.

Mazer distinguió que un tubo salía del depósito que la criatura llevaba a la espalda. El extremo del tubo conectaba con una lanza fumigadora, no muy distinta de lo que llevaría un exterminador de plagas.

La criatura consiguió apoyarse en la pata buena. Entonces, impulsándose sobre ella y apoyando la espalda contra el aparato, se incorporó lentamente. Mazer casi sintió piedad. Era una criatura pequeña, rota. Pero la sensación solo duró un instante. Tensó el dedo sobre el gatillo, apuntándole a la cabeza.

La criatura avanzó tambaleante, todavía ajena a su presencia. Un doloroso paso tras otro mientras se arrastraba. Llegó al final del aparato y continuó avanzando por la hierba.

—¿Adónde va? —preguntó Fatani.

—No lo sé —dijo Mazer—. No quites ojo del aparato por si sale otro.

Avanzó tras el extraterrestre que se alejaba, el arma preparada. La criatura se movía lentamente. No llegaría muy lejos. Mazer sabía que tenía que matarla. Pero ¿luego qué? ¿Deberían llevarse el cuerpo? Sin duda China querría estudiarlo. Al alienígena y lo que llevaba en su contenedor.

La criatura tanteó hacia atrás con su mano buena, la más pequeña, y encontró el tubo. Se lo pasó a su mano grande. Las dos manos se deslizaron por el tubo hasta que encontraron la lanza fumigadora, con la que apuntó a la hierba que tenía delante.

Brotó una bruma amarilla. La hierba se marchitó en el acto, volviéndose negra.

Las alarmas se dispararon en el casco de Mazer. Una alerta de riesgo biológico.

—¡Mascarillas! —gritó, retrocediendo unos pasos. Parpadeó la orden, y la máscara de oxígeno del interior de su casco se ajustó contra su cara, cubriéndole nariz y boca. Sintió la succión y supo que se había sellado con fuerza. Notó el oxígeno fresco—. Atrás —dijo—. Está rociando una especie de defoliante.

—Está en el aire —comunicó Fatani—. Mi casco se está volviendo loco.

La criatura continuó rociando. Amplias zonas de hierba murieron a su alrededor. La bruma creció, alejada por el viento.

—Tenemos que hacer algo —dijo Patu.

Mazer vaciló un momento más antes de apretar el gatillo. La criatura recibió los disparos en la cabeza y se desplomó. La lanza fumigadora dejó de rociar.

—Es el defoliante —dijo Mazer—. Hay rastros en el aire. Volved al HERC. Reinhardt, coloca el aparato a barlovento.

El HERC se elevó ligeramente y se desplazó treinta metros al norte antes de volver a posarse.

—¿Y si ese bicho no está muerto? —dijo Fatani.

—Tranquilos —dijo Mazer—. Volved a bordo. No toquéis nada. No os sentéis. Podéis tener en la ropa lo que estaba rociando.

Se pusieron en marcha. Mazer parpadeó una orden y conectó el lector térmico. La criatura del suelo mostraba una leve traza calórica. Débil pero claramente de sangre caliente. Mazer disparó cuatro veces más, solo para asegurarse. La criatura recibió los impactos en la espalda, sacudiéndose levemente, como si le hubieran dado una patada. Por lo demás, no se movió. La herida de la cabeza se desangraba sobre la hierba quemada.

Mazer se volvió hacia la nave alienígena y se encaramó. Se detuvo en el borde de la puerta y se asomó al interior. Al fondo, amontonados, había un grupo de cuerpos de extraterrestres, todos armados con los mismos contenedores de defoliante.

—Es un transporte de tropas. Es difícil saber cuántas criaturas hay aquí dentro. Los cuerpos están todos juntos. Pongamos que son nueve.

Uno de los extraterrestres se movió, todavía vivo. Mazer le vació el cargador.

El grupo amontonado permaneció inmóvil.

Mazer se arrodilló, sacó su cortadora láser y empezó a rebanar una esquina del transporte de tropas, para llevarse el pedazo de metal para su posterior análisis. El láser, que normalmente atravesaba el acero con facilidad, lo hacía despacio, tenía dificultades con aquel metal. Mazer quería arrancar un trozo grande, pero el ritmo del corte le instó a contentarse con uno diminuto, no mayor que una moneda. Lo sopló para enfriar el metal, y luego lo guardó en un pequeño compartimiento de su cinturón. Se apartó de la puerta y trató de devolverla a su sitio para cerrar el aparato y

así aislar su contenido. La puerta no se movió. Miró brevemente en el interior buscando una palanca, un interruptor o un botón, pero no vio nada.

Bajó del transporte y corrió hacia el HERC.

Se aupó al patín de aterrizaje y se agarró a un asidero.

—Asciende —le dijo a Reinhardt—. Llévanos directamente sobre la hierba muerta.

El aparato se elevó.

Con la mano libre, Mazer buscó bajo el salpicadero la pistola de señales. Había varias bengalas sujetas a su base. Habría preferido otro método, un agente incendiario más fácil de controlar, ya que las bengalas eran impredecibles, pero era todo lo que tenía y no quería acercarse más a la hierba muerta. Cargó una bengala y disparó a la negra mancha del suelo. La bengala rebotó y salió desviada hacia un lado, aterrizando a poca distancia, girando como un petardo en un jardín, escupiendo chispas y llamas.

Mazer cargó otra bengala y disparó de nuevo. Esta vez dio en el suelo y la bengala giró salvajemente en su sitio, lanzando chispas en todas direcciones antes de salir disparada hacia otra parte. No fue tan preciso como Mazer había esperado, pero sí suficiente: la hierba muerta prendió y empezó a arder.

Mazer se volvió hacia Reinhardt.

—Búscanos una superficie plana cerca, preferiblemente libre de vegetación. Una carretera o similar. Rápido.

El HERC se dirigió al este. Mazer escrutó el cielo. Los transportes de tropas y los aparatos más pequeños estaban por todas partes, alejándose.

Reinhardt posó el HERC en un camino de tierra, el primero que Mazer veía desde hacía un rato.

Mazer saltó del vehículo, se quitó el casco y lo dejó en el suelo.

—Patu, Fatani, tenemos que desnudarnos. Todo lo que estuvo expuesto al aire puede haber entrado en contacto con ese defoliante, empezando por vuestros uniformes. Amontonadlos. No dejéis que toquen ninguna parte de vuestra piel ni nada dentro del HERC. Dejaos puestas las botas.

Mazer se desnudó rápidamente, dejándose la camiseta, los calzones y los calcetines. Dejó el uniforme en el suelo. Fatani y Patu se desnudaron también. Mazer sacó un kit de primeros auxilios de debajo de su asiento y extrajo un frasco de antiséptico quirúrgico. Lo vertió en las manos de sus compañeros y les dijo que se las lavaran a conciencia, también el cuello. Mazer hizo entonces lo mismo. El líquido era frío y marrón y olía a hospital. Cuando terminaron, usó gasa empapada en antiséptico para frotar los cascos, las botas y las armas.

Luego cogió otra bengala y tiró de la anilla de ignición. El extremo de la bengala empezó a escupir chispas calientes. Mazer se agachó y acercó las chispas a las ropas, que ardieron. Arrojó la bengala a un arrozal cercano, donde chisporroteó y se apagó.

—¿Y ahora qué? —dijo Reinhardt—. No tenemos a nadie en la radio. Ni ropa de recambio. Y apenas armas.

—Necesitamos ropas —respondió Mazer—. Ahora tenemos más piel expuesta. Y podría haber cientos de criaturas ahí fuera arrojando esta bruma al aire. Tenemos que cubrirnos.

—Deberíamos volver a evaluar qué demonios estamos haciendo aquí —dijo Reinhardt—. No estamos equipados para el combate aéreo, Mazer. Esto nos supera. Hacer labores de rescate es una cosa; los ataques aéreos, otra. Estamos vendidos.

—Todos están vendidos —dijo Mazer—. Nadie está preparado para esto.

—Si volvemos a la base, nos quitarán el HERC —dijo Fatani—. Nos quedaremos sin montura para el combate.

—No estamos armados para combatir —insistió Reinhardt—. Ese es mi argumento. Cargad este cacharro de misiles y cañones más grandes, y podrá servir de algo. Como aparato de rescate, somos un blanco de pruebas. Debemos devolvérselo a los chinos y dejar que lo usen para lo que fue concebido. Es suyo, no nuestro.

—Todavía podemos servir de algo —dijo Patu—. Había un montón de gente allá atrás, en tierra. A pie. Tenemos que llevarlos a un lugar lejos del caos. Al hospital provisional. Al menos hasta que puedan ser rescatados adecuadamente.

—No va a haber ningún hospital —dijo Reinhardt—. ¿Es que os habéis perdido lo que ha pasado en los últimos veinte minutos? Esos medevacs han caído, Patu. Kaputt. Nadie va a construir ningún hospital. Ahora mismo nosotros somos todo lo que hay. Si llevamos a esa gente a un sitio donde los atiendan, no estarán mejor allí que donde estaban.

Un sonido de alarma sonó en el casco de Mazer.

Reinhardt se volvió hacia el salpicadero, súbitamente alerta.

—Se aproximan dos objetos. Se mueven rápido. Cazas chinos.

Mazer pudo oírlos. Alzó la cabeza y los vio venir desde el sur, volando bajo, zumbando en el cielo. Pasaron casi directamente sobre ellos un minuto más tarde. Uno abrió fuego contra unos transportes de tropas alienígenas en la distancia. El otro lanzó un misil, que alcanzó su objetivo. Un transporte estalló y sus restos cayeron ardiendo. Mazer y los demás no pudieron evitar aplaudir.

Entonces las tornas cambiaron. Los aparatos alienígenas de las cercanías cambiaron súbitamente de rumbo, moviéndose como si fueran un solo organismo, y se lanzaron contra los cazas chinos. Mazer se puso el casco y amplió la imagen, siguiendo el combate aéreo. Los cazas vieron el peligro y ascendieron, tratando de burlar a sus perseguidores, bandeando a izquierda y derecha. Los deslizadores alienígenas más pequeños, que probablemente solo albergaban un piloto, eran mucho más rápidos y maniobrables que los transportes de tropas. Un puñado de deslizadores alcanzó enseguida a uno de los cazas y dispararon al unísono. El caza explotó,

enviando en todas direcciones una lluvia de metralla y fuego.

Mazer y los demás guardaron silencio al ver los restos ardientes caer en picado.

—Estamos vendidos, Mazer —repitió Reinhardt—. Deberíamos hablar con los chinos. Ahora estarán desesperados por recibir ayuda. Nos integrarán en el combate.

Patu, Fatani y Reinhardt lo miraron, esperando su decisión. El buen sentido decía que lo mejor era irse. Cuanto antes armaran el HERC, antes podría alguien darle buen uso. Mazer miró hacia el sur. Todavía podía ver a gente bajando de las colinas, huyendo a pie de la sonda, dispersándose por el paisaje en reducidos grupos desorganizados. No podía verles las caras desde esa distancia, pero sabía qué vería si pudiera: miedo, pena, confusión, indefensión.

—Tenemos que llevar a tanta gente como podamos a esa granja —dijo—. No podemos dejarlos aquí librados a su suerte. No importa que los medevacs hayan caído. Podemos convertirla en hospital.

—No tenemos suministros —le recordó Reinhardt.

—Nos quedan algunos. Y tenemos más formación médica que esas personas. Podemos ayudar. Y organizar a los que están ilesos para que ayuden también. Esta gente está dividida y aterrorizada. Tienen que reunirse, recuperarse y salir de esta zona. Quién sabe cuánto defoliante han esparcido. Podrían toparse directamente con una nube. Hay que llevarlos a lo alto, lejos de los valles, donde haya más viento. Esa granja es un lugar tan bueno como cualquier otro.

—No somos un transporte —dijo Reinhardt—. Este pájaro solo puede llevar a unas cuantas personas.

—Entonces las llevaremos poco a poco —replicó Mazer. Subió a la carlinga—. Elévanos. Fatani, vigila el cielo. Patu, tú y yo ayudaremos a los supervivientes a subir al HERC.

Reinhardt volvió a elevarlos.

Volaron hacia el sur, pero no tuvieron que ir muy lejos. Aterrizaron cerca de una familia que atravesaba un campo. La mujer llevaba un niño en brazos. Tanto ella como el bebé lloraban. El padre llevaba a dos niños pequeños, ambos agarrados desesperadamente a su cuello. Los niños tendrían dos y tres años. Era una familia pobre: iban descalzos y sucios, aterrados. Se acercaron al HERC sin vacilar. Mazer y Patu los ayudaron a subir. Los niños chillaban. La madre se acurrucó con el pequeño, las rodillas apretadas, temblando.

Cuando todos estuvieron asegurados, Reinhardt volvió a despegar. No fueron muy lejos antes de volver a posar el HERC, esta vez una pareja mayor. Cada uno cargaba con una bolsa. Tenían las ropas llenas de barro y hechas jirones. Parecía que aún se hallaban en estado de *shock*. Mazer y Patu los ayudaron a subir a bordo.

—Solo tenemos espacio para uno o dos más —avisó Reinhardt.

Mazer vio a un grupo de cinco que corrían hacia ellos, agitando los brazos.

—¡Esperen! —gritaban con desesperación—. ¡Espérennos!

—No podemos meter a toda esa gente —le dijo Reinhardt a Mazer.

—Que se apretujen.

El último grupo era una mezcla de gente que probablemente no tenían ninguna relación: una adolescente, una anciana, un niño de unos diez años, un hombre de mediana edad y una quinceañera. Algunos parecían heridos, cojeaban o se sujetaban un brazo, pero nada parecía serio. Probablemente se habían caído durante el temblor de tierra o en su huida desesperada.

Mazer logró darle cabida a todos, puso al niño y la adolescente en su asiento, y él se quedó de pie detrás. Reinhardt los elevó y se dirigió a la granja. Mazer les explicó adónde los llevaban. Convertirían la granja en un hospital. Traerían a más gente. Pronto vendrían médicos de verdad, probablemente. Mientras tanto, necesitaban la ayuda de todo el mundo. Los que estaban ilesos ayudarían a los heridos. Preguntó por el niño. ¿Era pariente de alguien? De nadie. Le dijo al niño que se quedara con una de las mujeres. Ella lo atendería. La mujer accedió. Mazer les dijo que se cubrieran la piel cuando llegaran a la granja, explicando someramente el tema de los defoliantes. Tenían que quedarse bajo techo. Los suministros vendrían más tarde. Agua y comida. Ya había algo en la granja. Distribuyó los pocos suministros que tenían en el HERC.

Cuando llegaron a la granja, Mazer abrió la puerta y empezó a ayudarlos a entrar. El hombre de mediana edad ayudó tanto como Patu y él, llevando a los niños en brazos y las bolsas de los mayores. El anciano y Bingwen estaban dentro, agradecidos de que Mazer hubiera regresado. Se alegraron de ver a los demás. El anciano reconoció a varias personas. Se abrazaron.

Mazer se volvió hacia el hombre de mediana edad.

—¿Cómo se llama?

—Ping.

Mazer le puso una mano en el hombro y se dirigió a la multitud.

—Ping, aquí presente, queda al mando hasta que volvamos con más. Recuerden, no salgan.

—Aquí no estamos a salvo —dijo el padre de la familia—. Esas aeronaves podrían regresar.

—Están más seguros aquí que donde estaban antes —repuso Mazer—. Los militares vendrán.

—¿Por qué no están aquí ya? ¿Por qué nos salvan unos extranjeros?

—Sus militares luchan a la desesperada para proteger al pueblo chino. Fue idea suya convertir este lugar en hospital. Enviarán a alguien con suministros.

—No puede saberlo —replicó el hombre—. No lo sabe. No puede estar seguro de nada. Vi los helicópteros, los de los médicos, los que habían enviado los militares. Volaron por los aires. No va a venir ningún médico. Vi cómo los derribaban. Lo vi

con mis propios ojos.

Se estaba alterando, alzando la voz.

Mazer hizo un gesto con las manos para tranquilizarlo.

—Ahora mismo tenemos que conservar la calma, amigo. Les diremos a los militares que están ustedes aquí. Ellos enviarán ayuda en cuanto puedan. Son más fuertes juntos que solos ahí fuera. Traeremos a más gente.

—Más gente significa más bocas que alimentar, más agua que compartir —dijo el hombre—. No tenemos suficiente ya. Si trae a más gente, moriremos todos.

El hombre estaba aterrado, en estado irracional. Y solo pensaba en su familia.

El niño, Bingwen, sorprendió a Mazer al tomar la palabra.

—Este hombre me sacó del barro —dijo señalando a Mazer—. Yo estaba atrapado bajo tierra, y me sacó. Arriesgó su vida por mi abuelo y por mí. Nos dijo que volvería, y lo ha hecho. Cumple su palabra, es un hombre de honor. Su equipo y él están entrenados. Deberíamos escucharlos y confiar en ellos.

El joven padre se volvió hacia Bingwen, furioso.

—¿Qué sabes tú de nada, niño? ¿Tienes bocas que alimentar? ¿Una esposa a la que atender? No. Hablas de honor, y sin embargo no muestras ninguno a tus mayores, hablando con insolencia cuando no te corresponde. Si fuera tu padre te azotaría por tener la lengua tan suelta.

—Pero no lo eres —dijo el abuelo de Bingwen, poniéndose en pie y cubriendo al niño con una mano protectora—. Y eres tú quien habla cuando no te corresponde. Agradece que tu esposa esté viva. Agradece que tienes a tres de tus hijos. Los demás no sabemos qué ha sido de nuestros seres queridos. Estos hombres están dispuestos a ayudarnos, a reunirnos a todos. Les haremos caso.

La cara del padre se desencajó de rabia. Miró con desprecio al abuelo y a Bingwen. Entonces se volvió hacia los demás, señalando a Mazer.

—Estos hombres son extranjeros. No sabemos nada de ellos. No son como nosotros. No tenemos que acatar sus órdenes.

—No les estamos dando órdenes —dijo Mazer.

—Están haciendo promesas que no pueden cumplir. Como hacen todos los extranjeros. Hablar y hablar. ¿Pueden dirigir a nuestro ejército? ¿Pueden hacerlos venir? No. ¿Pueden hacer que aparezcan comida y agua? No. —Se volvió hacia los otros—. No me voy a quedar aquí. ¿Cómo vamos a estar mejor en esta granja abandonada que en nuestra aldea?

—Estamos más lejos de los invasores —dijo Ping.

El joven padre hizo una mueca.

—¿Más lejos? ¿Tan tonto eres que crees que estamos lo bastante lejos? Estamos a unos pocos kilómetros como mucho. Eso no es nada para un deslizador. Pueden alcanzarnos en un segundo. El disco grande está justo más allá de esas montañas. ¿No

lo entendéis?

Nadie respondió.

—Tenemos que seguir moviéndonos —continuó el hombre—, alejarnos de aquí todo lo posible. A pie si es necesario. Tenemos que encontrar a nuestros militares. Mi familia y yo nos vamos. Si queréis venir, adelante, pero no esperéis que os esperemos si os quedáis atrás.

Esperó. Nadie se movió.

La boca del hombre se tensó en una dura línea.

—Bien. Si queréis quedaros aquí y morir, es vuestra decisión. —Se dirigió al contenedor de botellas de agua—. Pero nos llevamos nuestra parte de los suministros. —Cogió varias botellas de agua, más de lo que les correspondía, y las metió en su saco, que se echó al hombro. Entonces tomó en brazos a uno de los niños y cogió al otro de la mano. Se dirigió hacia la puerta sin mirar a su esposa—. Vamos, Daiyu.

La esposa todavía tenía en brazos al bebé, que había dejado de llorar, y lo mecía suavemente. La mujer parecía temerosa. Claramente, no quería irse.

La voz del marido sonó como un latigazo.

—¡Vamos, Daiyu!

Ella vaciló. Miró a los presentes como si estos pudieran darle una respuesta, una salida, un modo de irse y quedarse al mismo tiempo.

—Me deshonras, esposa. ¡Vamos! Por el bien de nuestros hijos.

Ella se volvió hacia su marido, cuya mirada era como un cuchillo. Cedió, apretó al bebé contra el pecho, inclinó la cabeza y se encaminó hacia la puerta. Al pasar ante Mazer lo miró a los ojos y se detuvo. Mazer vio que estaba al borde de las lágrimas. Miró al bebé, luego de nuevo a Mazer, como si estuviera pensando en dejarle al bebé, como si supiera que no iba a sobrevivir al descubierto y quisiera que al menos un miembro de la familia lo consiguiera.

Mazer no pudo soportarlo. Era romper el protocolo, quizás incluso una ofensa cultural, pero lo dijo de todas formas.

—No tiene por qué irse. Puede quedarse aquí con sus hijos.

El marido se enardeció.

—¡Cómo se atreve! ¿Cómo se atreve a hablarle a mi esposa, a pretender separarnos? —Le escupió a Mazer, agarró a su mujer por la muñeca y tiró de ella—. ¿Veis? —le dijo a los demás—. ¿Veis lo que nos traen los extranjeros? No son de fiar. —Le escupió de nuevo.

Los dos niños pequeños permanecieron inmóviles junto a la puerta, confusos y asustados. Habían empezado a llorar.

—¡Callaos! —ordenó el padre. Cogió a uno de la mano y lo arrastró.

La esposa lo siguió, reacia, tirando del segundo niño. El padre los condujo hacia un sendero que bajaba serpenteando entre las terrazas de los campos. Se movía con

rapidez, sin mirar atrás, arrastrando al niño, que tropezaba y se esforzaba por seguir su ritmo. Justo antes de perderse de vista, la mujer miró hacia atrás. Mazer pensó que iba a gritar, a pedir que la rescataran. Si lo hacía, correría a ayudarla. Cogería en brazos a sus hijos y los traería a la casa. Todo lo que ella tenía que hacer era pedirlo.

Pero la mujer y sus hijos desaparecieron de la vista sendero abajo.

Los aldeanos de la casa miraron a Mazer, esperando que respondiera.

—No tienen que quedarse —dijo—. Pueden irse libremente cuando quieran. Pero quedarse juntos y ayudarse unos a otros mejorará las posibilidades de supervivencia. Mi equipo y yo cumpliremos nuestra palabra. Volveremos con más gente en cuanto podamos.

—Espere.

Mazer se dio media vuelta. Era la anciana de la bolsa. La había abierto y estaba rebuscando dentro. Sacó una camisa.

—Tenga. No está cubierto como debería. Una camiseta interior y calzones no le protegerán de esa bruma. —Le dio la camisa a Mazer y luego se volvió hacia Patu—. Y para usted también. Una mujer necesita cubrirse mejor. —Llamó a su marido—. Huang Fu, ayúdame a encontrar ropa para estos soldados medio desnudos.

El anciano, que estaba sentado encima de su propia bolsa recuperando el aliento, se puso lentamente en pie, la abrió y se puso a buscar.

—Aquí tiene —dijo la mujer, entregándole a Patu una camisa de algodón con adornos florales. Estaba gastada y descolorida por el sol—. He recogido más temporadas de arroz con esa camisa que años tiene usted —dijo.

Patu asintió, aceptándola.

—Gracias.

—Y esto —dijo la anciana—. Pantalones. Por mucho que a mi marido le guste ver esas piernas tuyas, será mejor que se cubra antes de que le falle el corazón y me deje viuda.

Patu los cogió. Eran anchos y sueltos, con una cuerda en la cintura.

—Gracias.

La anciana se acercó a Fatani y echó una mirada a sus anchos hombros y su grueso cuello. Sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedo vestir a un búfalo de agua? ¿Qué es lo que desayuna? Huang Fu, ¿cómo vestimos a este hombre?

—No tengo nada que le quede bien —dijo el anciano.

Se volvió hacia él, molesta.

—Pues claro que no, sesos de lodo. Ninguno de nosotros tiene. Dame tu manta. —Chasqueó los dedos, impaciente.

El hombre se acercó trayendo una fina manta.

—No tiene que darme eso —dijo Fatani—. No hace falta que...

—Cállese, búfalo de agua —replicó la anciana. Desplegó la manta en el suelo y luego sacó una navaja del bolsillo. Abrió la hoja. La había afilado tantas veces a lo largo de los años que probablemente tenía la mitad del tamaño original. Cortó con rapidez y seguridad largas tiras. Abrió un agujero en el centro para la cabeza. Le dio a Fatani el poncho y ató una tira en torno a su cintura. Entonces desgarró una sábana en tiras y las ató alrededor de sus brazos. El anciano les dio otro par de pantalones sueltos a Mazer y Fatani, y la anciana asintió satisfecha.

—Ya está. Ahora ya no parecen extranjeros.

Mazer y los demás asintieron expresando su agradecimiento y corrieron al HERC, ansiosos por despegar de nuevo. Cuando subió a la carlinga y cogió el casco del asiento, Mazer vio que Bingwen los había seguido al exterior.

—¿Qué hago si no vuelven? —preguntó el niño en inglés—. Si algo les sucede, quiero decir.

—Volveremos —aseguró Mazer.

—Intentarán volver, eso no lo dudo. Pero no es lo mismo. Esta gente necesita dirección. Necesita un líder.

—Ping sabrá qué hacer.

—No, no lo sabrá —dijo Bingwen—. Lo conozco. Es de mi aldea. Es fuerte y voluntarioso, pero no muy listo.

—¿Y tú lo eres?

—No estoy pidiendo ser el líder. Estoy pidiendo un plan de contingencia. Le pregunto por su experiencia tratando con gente asustada en un entorno hostil. Si no vuelven, si no llega ayuda, quiero saber qué debemos hacer.

Mazer sonrió. Le caía bien ese niño.

—Quedaos aquí. Vendrá ayuda. —Se colocó el casco en la cabeza y le hizo a Bingwen un gesto con el pulgar.

El HERC despegó y viró hacia el sur. Mazer miró hacia atrás y vio que Bingwen seguía en lo alto de la colina, en el camino de acceso, viéndolos partir.

«Quiere respuestas que no puedo darle —pensó—. Quiere algo seguro a lo que recurrir. No sabe que no tengo respuestas, que no hay ningún plan de contingencia, que improviso sobre la marcha».

Tal vez Reinhardt tenía razón, se dijo. ¿Qué estaban consiguiendo su equipo y él? ¿Salvar a unas cuantas personas que bien podrían haber sobrevivido por su cuenta? Un HERC bien armado y con una tripulación de combate podía proteger aldeas o ciudades. Sin embargo, Mazer estaba usándolo como autobús, moviendo gente de un lado a otro.

No estaba pensando a largo plazo. No estaba pensando en maximizar los recursos y salvar al mayor número de personas. La lógica le decía que pensara estadísticamente, que fuera objetivo, que abandonara el rumbo actual y devolviera el

HERC a los chinos para que pudieran darle un uso mejor. Sin embargo, incluso mientras lo consideraba, sabía que no podía hacerlo. Estaba Bingwen. Esa vida no se había perdido porque Mazer había estado allí. Las estadísticas no podían discutir eso.

La sonda apareció a la vista, la parte superior aún abierta. Varios aviones chinos la rodeaban. Los deslizadores y transportes de tropas habían continuado hacia lugares desconocidos. Mazer escrutó el terreno buscando supervivientes.

Reinhardt maldijo.

Mazer alzó la cabeza. Una segunda columna de naves alienígenas surgía de la sonda, moviéndose como una sola, ascendiendo como un enjambre. Transportes, deslizadores. Cientos de ellos. Una segunda oleada.

—¡Desciende!

Pero incluso mientras daba la orden, Mazer supo que no iban a lograrlo. Estaban demasiado alto, y los deslizadores que iban al frente de la columna habían alcanzado el cenit y ya se disparaban en todas direcciones. Un puñado de ellos venía directo hacia el HERC.

Descendieron. Sonaron las alarmas mientras Reinhardt aceleraba.

Los deslizadores no vacilaron esta vez. Abrieron fuego. El HERC tendría que haber estallado en pedazos, pero de algún modo Reinhardt alteró el descenso justo en el instante adecuado para evitar los impactos, que pasaron de largo y explotaron bajo ellos. Fatani se puso a los cañones, gritando, y abrió fuego. Un deslizador recibió un impacto, giró y chocó contra otro. Los dos aparatos quedaron fuera de control. Patu disparaba también. Mazer se encargó de los cañones delanteros y disparó, fallando en un amplio arco mientras el HERC giraba y caía. Ahora tenían a los deslizadores encima. Hubo un destello y fueron alcanzados. Los parabrisas delanteros explotaron. La carlinga se llenó de calor y metralla. Reinhardt se desplomó. Las lentes de gravedad dejaron de funcionar y cayeron a plomo. Viento, fuego, alarmas. Mazer intentó coger la barra de mando, sintiéndose ingrátido, el visor del casco roto. Estaba mareado, desorientado; le zumbaban los oídos. Hubo un chirrido de metal y el estallido de un motor. Un chop, chop, chop. Las aspas de emergencia habían entrado en acción. Siguieron cayendo en espiral: las aspas no podían evitarlo.

Mazer vio copas de árboles, oyó ramas quebrarse, notó el calor del fuego. Y entonces el impacto, una violenta sacudida que hizo pedazos el mundo y solo dejó negrura.

Mazer tosió, una tos grave y dolorosa que apretó sus pulmones tan abruptamente que le pareció que se encogían hasta el tamaño de pasas. Estaba envuelto en humo negro. No podía ver. Se había desmayado. Se sentía apretujado por todas partes, envuelto en un mundo de globos. Entonces el dolor lo alcanzó, una explosión ardiente al rojo vivo en el abdomen. Gimió, volvió a toser. El humo lo cegaba.

—¡Reinhardt!

No hubo respuesta.

—¡Patu! ¡Fatani!

Oyó el crepitar de las llamas, sintió su calor cerca, alrededor. Palpó, encontró el arnés, lo soltó, tosiendo, manoteando, boqueando en busca de aire límpido. Empujó los globos. Cedieron un poco, desinflándose ligeramente. Airbags. Los empujó de nuevo, intentando alcanzar la puerta. No pudo encontrarla. El humo era asfixiante. Los pulmones le ardían.

La puerta se soltó. Mazer salió y cayó al suelo. El dolor lo atravesó como un cuchillo. Se llevó la mano al abdomen y la retiró enrojecida, empapada en sangre. Sangraba también por otras partes. No tenía tiempo para ver dónde. Tenía que sacar a los demás. Se apretó con una mano la herida abdominal y el dolor fue como un trueno. Dejó la mano allí, mientras el mundo le daba vueltas alrededor. Se irguió, apoyando un pie, empujando el dolor hacia otro sitio, un lugar profundo y lejano. Era como si hubieran encendido una hoguera en su estómago. Luchó contra ella, concentrándose.

Se apoyó en el otro pie. Apenas podía sostenerse. Vio a Patu desplomada en su asiento, la cabeza ladeada. Supo de inmediato que estaba muerta. Había sangre y heridas. Su cara carecía de vida. Avanzó hacia ella tambaleándose, gimiendo, apretando los dientes. Las llamas crecían y el calor era intenso. Mazer los ignoró. Cogió el kit médico de debajo del asiento de Patu y lo abrió. Luego soltó el arnés de Patu y ella se desplomó hacia delante. Mazer no tenía fuerzas para detenerla. El cuerpo cayó al suelo.

Mazer abrió los ojos. Había vuelto a desmayarse, pero no tenía tiempo que perder y se obligó a despertar. Era el dolor. Llegaba un punto en que era tan insoportable que el cuerpo se desconectaba, como si hubieran pulsado un interruptor. Logró sentarse. Agarró la camisa de Patu y tiró de ella, echándose hacia atrás, apartándola de las llamas. Era peso muerto, las extremidades flácidas, la cabeza ladeada, un reguero de sangre tras ella.

La tierra explotó a la derecha de Mazer.

Una lluvia de tierra, rocas y calor le cayó encima.

Alzó la cabeza. Un deslizador revoloteaba sobre él; había fallado una descarga de fuego láser. Siguió de largo unos cientos de metros y luego se volvió bruscamente, cambiando de rumbo con velocidad innatural. Disparó de nuevo desde lejos, una andanada de fuego láser que roció el HERC y lanzó metralla y trozos ardientes de metal en todas direcciones. Metralla caliente alcanzó a Mazer en el brazo y el hombro, y un ardiente trozo de metal le cayó sobre las piernas. Gritó. El dolor fue insoportable, intenso el calor. Presa del pánico, tiró de su pierna, desesperado por liberarse. Pero la pernera estaba enganchada en el metal y se lo impedía. Gritando, el

cuerpo dominado por el dolor y la adrenalina, encontró fuerzas para sentarse, apartar el trozo de metal y liberar la pierna.

El deslizador pasó de nuevo por encima, pero Mazer no lo siguió con la mirada. Sabía que volvería. El fusil de asalto de Patu colgaba aún de su hombro. Se arrastró hacia él, reptando por el suelo. Una parte de Mazer quería pararse y dejar que sucediera lo inevitable, terminar con rapidez. Era mejor morir en un instante que sufrir una muerte lenta por una herida en el estómago. Sabía que no vendría ayuda. Sabía que no iba a sobrevivir. Sus heridas eran demasiado graves. Estaba perdiendo demasiada sangre.

Pero estaba su otra parte. El soldado. El guerrero. La parte forjada a base de ejercicios y maniobras, lemas y principios. Su parte más importante. Su parte testaruda, furiosa, maorí.

Extendió la mano hacia el fusil pero lo soltó. Estaba caliente, chamuscado en algunos sitios. La pantalla decía que todavía le quedaban trescientas balas.

Mazer se tendió de espaldas. En efecto, el deslizador volvía por una tercera pasada. La tierra a su izquierda explotó. Rocas, tierra, calor. Mazer lo ignoró todo. El terreno ante él explotó, bloqueando parcialmente su visión. Esperó un microsegundo a que la nube de escombros se dispersara y apretó el gatillo. El arma rugió, temblando en sus manos. No tenía fuerzas para sujetarla. Lo hizo de todas formas. Sintió las vibraciones como si lo estuvieran rompiendo en dos por dentro, como probablemente así era. Disparó una andanada continua de balas antiblindaje.

Los deslizadores no eran tan resistentes como los transportes de tropas. Las balas perforaron el fuselaje y se colaron en su interior con un violento rebote. El fusil chasqueó, vacío. El deslizador pasó de largo. Mazer volvió la cabeza para verlo continuar su camino, pero descendió rápidamente, se estrelló, rodó, y se llevó por delante media docena de árboles antes de detenerse finalmente. Mazer lo observó un instante más. Humeaba y crepitaba, pero no se movía, y no salió nada de su interior.

Soltó el arma. Presintió que entraba en *shock* e iba a perder de nuevo el conocimiento. Parpadeó, tratando de permanecer despierto, de concentrarse, de usar el tiempo que pudiera. Volvió la cabeza buscando el kit médico. Estaba allí, a su derecha. Extendió la mano, pero quedaba justo más allá de su alcance. No tenía fuerzas para acercarse.

Extendió de nuevo la mano, esforzándose.

Sus dedos rozaron el asa. Se estiró otra vez y ahora sus dedos alcanzaron el asa y acercaron el maletín. Le requirió un esfuerzo enorme. Sentía los ojos pesados y notaba que las fuerzas se le agotaban como una batería moribunda. Iba a morir desangrado si no restañaba la hemorragia de inmediato.

Pensó en Kim. Ella sabría qué hacer exactamente, cómo manejar eso. Se pondría en modo doctor, ese agudo lugar de su mente que tomaba las riendas cada vez que un

trauma serio necesitaba una acción rápida y certera. La había visto hacerlo varias veces y se maravillaba de cómo podía desconectarse del mundo y moverse como una máquina programada. Ninguna duda, ninguna indecisión, solo seguir adelante. Jeringuilla, medicamentos, presión, equipo. Bum, bum, bum. Como un soldado. Ella había salvado incontables vidas de esa forma.

No podía salvar la suya ahora.

Forzó el cierre del kit para abrirlo. Le dio la vuelta y los componentes cayeron al suelo, permitiéndole verlo todo. Encontró el paquete que necesitaba. Se lo llevó a la boca, rasgó la esquina con los dientes y escupió el trozo desgarrado. Se subió la camisa y vertió el polvillo en la herida y sus alrededores. Quemó, y casi estuvo a punto de soltar el paquete. Pero aguantó y acabó de vaciarlo. A continuación cogió el gel para las heridas. Desenroscó el gran tapón y se echó gel en los dedos. Con cuidado, lo extendió por la herida. El anestésico funcionó casi inmediatamente, como una válvula de dolor de pronto reducida al nivel mínimo. No podía verse la herida del brazo y el hombro, y ya tenía insensible el brazo. Se untó más gel y lo esparció por toda la zona.

La venda se sellaba sola. Sacó el paquete. Trató de llevárselo a los dientes para abrirlo, pero las manos ya no le respondían. Las sentía pesadas y torpes, demasiado débiles para sujetar nada. El mundo se difuminaba por los bordes. Los sonidos del fuego y el viento se apagaban.

No quería dormirse. Si se dormía, no despertaría.

Pero el sueño tiraba de él, lo arrullaba, y en su mente vio a Kim arrodillada a su lado, meneando tristemente la cabeza. Lo siento, mi amor, parecía decirle. Esto está por encima de mis posibilidades.

Última Oportunidad

Llegó la última transmisión de la Luna y Víctor la leyó en voz alta. Imala flotaba cerca, escuchando. Unas sondas se habían posado en China. Llevaban deslizadores, transportes de tropas y voladores. Los alienígenas estaban rociando todo el territorio con defoliante, matando la vegetación, las cosechas y los civiles, dejando que todo se pudriera al sol. Los voladores de las sondas estaban arrojando bacterias al mar de China Meridional, matando la vida marina. Las Fuerzas Aéreas chinas estaban abatiendo a los deslizadores, pero la guerra en tierra no iba nada bien. Los ataques aéreos contra las sondas eran inoperantes. Las sondas parecían indestructibles. Los impactos directos no les causaban ningún daño. La infantería china se enfrentaba a los extraterrestres al descubierto, pero siempre con grandes pérdidas. Las primeras estimaciones arrojaban miles de bajas.

Víctor dejó de leer, se volvió hacia el monitor y empezó a buscar un mapa en los archivos de la nave.

—¿Dónde está China exactamente? —preguntó.

—¿No sabes dónde está China?

Se volvió hacia Imala, las mejillas ruborizadas.

—No, Imala. No sé dónde está China. Nunca he estado en la Tierra, ¿recuerdas?

Ella parpadeó.

—Naturalmente. Lo siento. Ven, te lo enseñaré.

Se acercó, pero él alzó una mano, deteniéndola.

—¿Sabes una cosa? No importa. Lo encontraré yo solo.

Se volvió hacia el monitor. Nada más hacerlo, lo lamentó. Se estaba portando como un quisquilloso desagradable. Imala intentaba ayudar, y él la rechazaba porque le avergonzaba su propia ignorancia. Se frotó los ojos, esperó a que el rubor se borrara de su cara y se dio la vuelta para pedir disculpas. Imala estaba en el otro lado de la lanzadera, de espaldas a él, leyendo las noticias en otro monitor. Víctor abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Probablemente estaba enfadada con él. Tenía todo el derecho a estarlo.

Volvió a su monitor y buscó hasta encontrar un mapa de la Tierra. Tardó unos minutos en descifrarlo. El mapa se había diseñado para las naves comerciales que hacían el trayecto entre la Luna y la Tierra, así que estaba repleto de información sobre rutas de comercio y entradas atmosféricas y vectores de salida. Víctor lo hizo todo invisible y entonces encontró China rápidamente. Era un país grande.

El mapa incluía varias entradas wiki, y Víctor las fue leyendo, sintiéndose más ignorante por momentos. Solo sabía que China era un país: había unas cuantas corporaciones mineras chinas en el Cinturón de Kuiper. Ignoraba que se encontrara en un continente llamado Asia, y que era el país más poblado del mundo, y que el idioma chino que hablaban los de las corporaciones era una de muchas variantes del chino, y que el idioma se escribía con caracteres ridículamente difíciles de descifrar en vez de con letras. En otras palabras, no sabía lo que todo escolar en la Tierra sabía.

Una vez más, se sintió estúpido y frustrado. ¿Cómo se suponía que iba a entrar en una universidad si ni siquiera podía ponerle nombre a los continentes? Cualquier tribunal de admisión se reiría de él. Todas sus percepciones de los mineros libres como zopencos idiotas era cierta. No era un estereotipo: así era él.

Oh, claro, podía arreglar las cosas. Podía coger una bomba de agua estropeada y arreglarla con un trozo de alambre y un circuito descartado, pero no sabía cuál era la capital de Japón. Y ahora que lo pensaba, ni siquiera estaba seguro de que Japón fuera un país. ¿Era un estado de alguna parte? ¿Una provincia? Lo buscó.

Un país.

Sí, eres todo un cerebritito, Víctor. Un genio.

Estaba seguro de que su madre le había enseñado todo esto en algún momento. Recordaba haber recibido lecciones de geografía cuando era pequeño. Pero entonces tenía... ¿cuántos? Siete años.

Y, claro, puede que se hubiera perdido esa lección. Había empezado a trabajar como aprendiz con su padre a muy temprana edad, mucho más joven de lo habitual. Así que se había saltado un montón de clases. Sus padres habían discutido por eso. La madre quería que Víctor se quedara con los demás niños y asistiera a las clases, pero su padre quería su ayuda y decía que la supervivencia de la familia era más importante. Sin embargo, la madre insistió y su padre tuvo que encontrar a otro ayudante.

Y lo intentó empleando durante un tiempo a un chico de quince años llamado Gregor. Pero no funcionó. Gregor había sido asignado inicialmente a la cocina, y pronto quedó claro por qué.

—El chaval no sabe pensar —había dicho su padre—. Es lerdo. No entiende de reparaciones. Para él todas las partes son piezas. No es capaz de ver cómo van juntas, cómo interactúan y funcionan como una.

—Pues enséñale —replicó la madre.

—Lo estoy intentando. Ese es el problema. Me paso medio día tratando de meterle en la cabeza un principio sencillo, y la otra mitad rehaciendo lo que él hace mal. Estoy perdiendo el tiempo. Y mientras tanto, esta nave continúa estropeándose. Tengo cosas que hacer, algunas de ellas muy importantes, y ese chico no me ayuda. Me retrasa. Me va mejor sin él. Necesito a Víctor.

Y por eso en las reparaciones especiales, las que necesitaban una segunda persona para sujetar una tubería mientras su padre la ajustaba, o las que requerían de la mano de un niño que cupiera en un espacio pequeño para sacar algo, Víctor lo acompañaba. Al principio fueron excepciones, pero lentamente, con el tiempo, su padre empezó a depender más y más de él hasta que Víctor pasó más tiempo con él que en clase. Y, después, sin que nadie lo expresara en voz alta, Víctor acompañó a su padre todos los días.

De modo que tal vez su madre había enseñado a los demás niños lo de China, y Víctor simplemente estaba en otra parte de la nave en ese momento, arrastrándose por un conducto de ventilación y aire acondicionado o encogido dentro de una sala de máquinas o apretujado junto a un calentador de agua, haciendo alguna reparación para mantener la nave en movimiento y a la familia con vida.

—No pretendía ofenderte, Vico —dijo Imala—. Es que me sorprendió que no hubieras oído hablar de China antes.

Estaba detrás de él, flotando allí, y lo hizo ruborizarse de nuevo. Víctor tendría que haberle pedido disculpas primero. Debería haber sido él quien iniciara la conversación. Se dio media vuelta, sin importarle que ella viera lo avergonzado que se sentía.

—He oído hablar de China, Imala. Pero no sé nada al respecto. No tendría que haberte contestado así. He sido grosero. Lo siento. —Suspiró—. No puedo evitar sentirme como un idiota. Tendría que saber todas estas cosas sobre la Tierra, pero no las sé.

—Naciste en el espacio, Vico. La Tierra nunca ha sido tu mundo. Creciste en una nave en el Cinturón de Kuiper. ¿Crees que yo sé algo sobre el Cinturón? No podría decirte ni dos cosas sobre el espacio profundo. —Sonrió—. Ayudémonos mutuamente. ¿No es así como trabaja una familia de mineros libres? Todo el mundo tiene su experiencia, y trabajáis juntos, compartiendo capacidades e información. Más fuertes juntos que solos, ¿no es eso?

Víctor sonrió. Debería ser él quien enmendara las cosas. El pacificador.

—Ese es el quid de la cuestión, sí. Aunque si fuéramos una familia minera de verdad, también nos estaríamos gritando el uno al otro y amenazaríamos con matarnos. Tú me llamarías cabezota cara de cerdo y yo gritaría diciendo cómo desearía no haber nacido en esta familia.

Ella continuó sonriendo.

—Algo me dice que tu familia no es así.

Él se encogió de hombros.

—Normalmente no, pero tenemos nuestros momentos. No era una nave muy grande. Cuando hay tanta gente en un espacio tan pequeño, los defectos de todo el mundo saltan a la vista. Créeme, teníamos nuestros desacuerdos.

En realidad, la *Cavadora* nunca le había parecido pequeña ni agobiante. Era simplemente la vida que conocía. Gente apretujada para dormir. Apilabas cuatro o incluso más hamacas unas encima de otras, tan juntas que al darte la vuelta mientras dormías era probable que tu hamaca rozara la de otra persona. No siempre era cómodo (había olores y otras molestias), pero así vivías.

Ahora que Víctor había estado en la Luna, ahora que comprendía el mundo de Imala y todo el espacio que permitía, había entendido lo agobiante que debía parecerle esa lanzadera. Su sacrificio al acompañarlo se volvía más desprendido e importante. Estaba haciendo esto por él, sufría por él, y él se mostraba desagradecido.

—Vamos a atracar en la estación —dijo—. Han abierto unos cuantos umbilicales. Vayamos a estirar las piernas. Nos llevaremos un holopad y leeremos las noticias allí dentro durante un rato.

—Están cobrando unos precios desorbitantes por atracar —respondió Imala—. Cobran por hora. No tenemos ese dinero.

—Yo sí.

—Sí, dinero para tu educación.

—Que probablemente no recibiré. Vamos, Imala, te invito a almorzar. Nos vendrá bien un respiro.

Atracaron y recorrieron flotando el umbilical hasta la cafetería. Había pocos clientes. Víctor se lanzó hacia una mesa cerca del fondo, lejos de los demás, y se sujetó. Imala lo siguió, y pronto una camarera se acercó flotando.

Víctor miró el menú, pero acabó por volverse hacia la camarera.

—¿Pueden hacer algo que no esté en la carta?

—Depende.

—Arroz blanco, judías negras, ternera en tiras, plátanos fritos y arepa con mantequilla.

La camarera levantó la vista de su pad de muñeca.

—No sé qué son plátanos ni arepa, así que probablemente no tenemos de eso.

Víctor no estaba seguro de la palabra en inglés, así que lo buscó en el holo.

—El plátano es como la banana, ya sabe. Pero más blandito.

La camarera pareció molesta.

—Sé lo que es una banana.

—¿Tienen?

—Tendré que mirarlo. ¿Qué es una arepa?

Víctor lo buscó. No aparecía en el diccionario, lo que significaba que era exclusivo de Venezuela y no tenía equivalente inglés.

—Es una torta redonda de maíz, de cuatro o cinco centímetros de diámetro. Gruesa, no fina como las tortitas. No son difíciles de hacer.

—Lo son si nunca has hecho una antes. Tendré que comprobarlo. —Se volvió hacia Imala—. Esperemos que lo suyo sea más sencillo.

—Yo tomaré lo mismo.

La camarera suspiró.

—Pues claro.

Volvió flotando a la cocina.

—¿Un plato familiar? —preguntó Imala.

—El plato no oficial de Venezuela, de donde es mi familia. Lo comíamos a bordo todo el tiempo, aunque, la verdad sea dicha, solíamos hacerlo sin la ternera en tiras y los plátanos. Ambas cosas prácticamente no existen en el Cinturón de Kuiper. Nuestra dieta se basaba más en la cantidad que en la calidad. Comíamos lo que era más barato y durara más. A veces solo comíamos arroz y judías durante semanas. Con el tiempo, incluso tu sudor empieza a oler a judías.

Imala arrugó la nariz.

—Lo siento —dijo Víctor—. No es un buen tema para la mesa.

Ella sonrió.

—Echas de menos a tu familia.

Víctor doblaba una y otra vez su servilleta para mantener las manos ocupadas.

—Sí. Mucho.

—Los encontraremos, Vico. Volverás con ellos.

Él suspiró y la miró.

—No estoy seguro de que debamos hacerlo ahora.

—Por eso hemos venido aquí, ¿no?

—Lo que estoy diciendo es que ahora todo es diferente, Imala. Todo lo que temíamos y rezamos para que no sucediera está ocurriendo. Nunca creí que la cosa fuera a llegar tan lejos. Pensaba que le entregaría la prueba al mundo y que ellos responderían y harían algo para impedir que la situación empeorara.

—No es culpa tuya, Víctor. Entregaste las pruebas. El mundo no te hizo caso. No puedes hacerte responsable de eso.

—Pero lo hago, Imala. Si hubiera hecho más, si...

—¿Qué más podrías haber hecho? Estabas herido, apenas con vida. Tu cuerpo se había reducido a la nada. Estabas detenido. No podías ir a ninguna parte. Teniendo en cuenta todo eso, yo diría que hiciste un trabajo magnífico.

—Si hubiera sido otra persona, el mundo habría escuchado. Si hubiera venido mi padre...

—Tu padre no habría sobrevivido al viaje. Nadie habría encontrado el cubo de datos. O, si lo hubieran hecho, lo habrían tirado. El mundo habría estado completamente desprevenido.

—La situación actual no es mucho mejor.

—Sí que lo es —dijo Imala—. No sabemos cómo se ha estado preparando la gente, Vico. No podemos verlo todo. Esos ejércitos que vemos han estado entrenándose gracias a ti.

—Sí, y quiero unirme a ellos.

Ella pareció sorprendida.

—¿Quieres unirme al ejército?

Él se sintió de nuevo molesto por su obvia incredulidad.

—Tengo dieciocho años, Imala. Soy lo bastante mayor para alistarme.

—Sí, pero ¿en qué ejército? No eres ciudadano de ningún país, Vico. Naciste en el espacio. Nadie te aceptará.

—Esto es una lucha por la raza humana. La última vez que lo comprobé, era humano.

Ella sacudió la cabeza.

—Las cosas no son en blanco y negro, Vico. La Tierra no funciona así.

—¿Y por qué no? ¿Por qué todo tiene que estar tan constreñido por las reglas? Me vuelve loco. Si hay un problema, se arregla. No le pones vallas alrededor y haces normas sobre cómo debe arreglarse. Vas y lo arreglas. Tal vez haga falta un poco de ingenuidad y hacerlo de un modo que no se haya hecho nunca antes, pero ¿qué más da? Si el problema se resuelve, ¿qué importa cómo se haga?

—Esto no es el Cinturón de Kuiper. No puedes hacer lo que quieras y esperar que la gente esté de acuerdo con tus términos. Tiene que haber un orden en las cosas.

—Mira lo que ha hecho el orden por la Tierra, Imala. Mira la situación ahora. Estancamiento, disputas internas, desacuerdos, inacción. Y de paso miles de personas muertas.

—Entonces ¿qué, crees que puedes llegar, unirme al ejército y arreglar el problema?

—No soy inútil, ¿sabes? Tengo capacidades que puedo ofrecer.

—Pues claro que sí. Pero eso no cambia el hecho de que el sistema sea lo que es. Dudo que ni siquiera la OTAN te acepte.

—¿Qué es la OTAN?

—Una alianza militar intergubernamental. Varios países que están de acuerdo en tomar medidas defensivas y emprender acciones militares como fuerza combinada.

—¿Por qué no lo están haciendo ya?

—Supongo que lo harán, tarde o temprano, aunque no en China. No hasta que los chinos cambien de opinión y permitan la colaboración de tropas extranjeras, cosa que

no es probable que pase en un futuro inmediato. La OTAN se concentrará en el espacio, para enfrentarse a la nave nodriza.

—Perfecto. Pertenezco al espacio. Ahí es donde puedo ayudar.

—Si te aceptan —dijo Imala—, cosa que dudo. Y aunque te acepten, no es probable que entres en acción pronto. Querrán entrenarte, especializarte, convertirte en lo que necesitan que seas.

—Bien. Mientras sirva de ayuda.

Ella lo observó un momento.

—¿Estás seguro de que quieres eso?

—No lo estaba hace cinco minutos, pero ahora lo estoy, sí.

—¿Y si volvemos y la OTAN no te acepta?

—Entonces actuaré por mi cuenta.

Ella se echó a reír.

—¿Por tu cuenta? ¿Y eso qué significa? ¿Que te enfrentarás tu solo a la nave nodriza?

—Si es preciso.

Imala volvió a reírse, y de pronto la sonrisa se desvaneció.

—No hablas en serio.

—¿Por qué no? ¿Por qué tenemos que permanecer de brazos cruzados y aceptar la inacción o el fracaso de otros? Tengo tanto derecho a proteger la raza humana como ellos.

—¿Y cómo piensas enfrentarte tú solo a la nave nodriza, si no te importa que te lo pregunte?

—No tengo ni idea. No he pensado todavía en ello.

—¿Y qué hay de tu familia?

—Estoy haciendo esto por mi familia, Imala. Si perdemos la Tierra, lo perderemos todo. ¿Cuánto tiempo crees que durarían los mineros sin suministros? Si la Tierra pierde, mi familia pierde.

—Las sondas solo están en China, Vico. La Tierra es un planeta grande. No corre peligro todavía. Ni siquiera sabemos qué quieren esos alienígenas.

—El informe dice que estaban arrojando bacterias al mar, ¿no?

—Sí. ¿Y...?

—¿Por qué querrían hacer eso?

—¿Para matar la vida marina? No lo sé.

—Para terraformar, Imala. Están arrojando bacterias a los océanos por el mismo motivo que están usando defoliantes para matar a los animales y las plantas. Quieren el planeta. Quieren la Tierra. Pero no pueden tenerla en su estado actual. Tiene que ser un planeta acorde con su biología, no con la nuestra. Toda la vida existente en el mar, toda la biología en tierra, evolucionó aquí sin ellos. Es un planeta peligroso para

ellos. No tienen defensas naturales contra nuestro material biológico. Nuestras cepas de bacterias son diferentes de las suyas. Así que van a cambiar la Tierra para que se parezca más al mundo que conocen. Van a arrasarla y empezar de nuevo. Si nosotros fuéramos a apoderarnos de un planeta, haríamos lo mismo. Lanzaríamos cosas a la atmósfera, aniquilaríamos toda la vida existente, lo sembraríamos de plantas y animales nacidos en la Tierra, haríamos que el nuevo planeta se pareciera a la Tierra todo lo posible. Es el ecosistema para el que hemos sido creados. ¿Por qué si no han venido aquí, Imala? ¿Por qué si no actuarían como lo hacen? No quieren comunicarse con nosotros. No quieren negociar. No quieren pedirnos la Tierra. Ya la están tomando. He visto a esas criaturas. He visto cómo atacan y cómo piensan, lo implacables que son. Si pueden aterrizar en la Tierra, si nuestras armas y nuestros misiles no pueden hacerles daño, no cejarán hasta que el planeta sea suyo.

La camarera se acercó flotando. No traía ninguna comida. Parecía cohibida.

—Lo siento, pero voy a tener que pedirles que se marchen.

—¿Por qué? —preguntó Imala.

—Alguien ha alquilado toda la estación. Quieren a todo el mundo fuera.

—Pagamos la tasa de ataque —dijo Víctor—. Acabamos de llegar.

—Lo sé. Lo siento. Devolveremos el importe.

—¿Por qué necesita alguien la estación entera? —preguntó Imala—. ¿Tanta gente tienen en su grupo?

—No. Solo son dos. Atracaron hace unos minutos. Dijeron que necesitaban intimidad. Supongo que cuando se tiene tanto dinero, puedes hacer lo que quieras.

—¿Quién es? —preguntó Imala.

—Lem Jukes.

Transmisiones

La estación de tránsito era exactamente lo que Lem esperaba que fuera: un vertedero. Un puesto de avanzada del tres al cuarto que no parecía haberse renovado desde los primeros días del comercio espacial. Toda la estructura daba la impresión de ir a hacerse pedazos de un momento a otro. Había placas de metal burdamente soldadas en puntos aleatorios de las paredes internas, supuestamente para sellar roturas o filtraciones producidas a lo largo de los años. Había líneas de suciedad donde las paredes se encontraban, como si los útiles de limpieza que utilizaban no llegaran a los rincones. Había vetustos carteles de neón, todos apagados, que anunciaban marcas de alcohol o comida para el viaje de las que Lem nunca había oído hablar y que probablemente ya ni existían.

Todo esto confería al vestíbulo un aspecto ajado y posapocalíptico que hizo que Lem se sintiera más que inquieto. De repente deseó haber venido con un traje espacial puesto por si la estación se hacía pedazos y volvía a enviarlos a Chubs y a él al negro exterior.

—Señor Jukes. Un placer recibirlo. Bienvenido. Bienvenido.

Un hombre delgado y calvo flotaba hacia ellos desde el otro lado de la sala. El propietario. A Lem le desagradó en el acto. Era el tipo de persona que podías leer en un abrir y cerrar de ojos. Expresión falsa, conducta falsa, cadencia falsa en la voz. Todo en él indicaba carencia de sinceridad.

Las prendas del hombre tampoco ayudaban. Habían estado de moda en algún momento hacía años, pero nunca juntas. El pantalón y la camisa se gritaban entre sí, luchando por llamar la atención, uno hinchado y grueso de tela, la otra tensa y ajustada. Era como si los hubiera ganado en dos partidas diferentes de póquer y se hubiera convencido a sí mismo de que iban a juego.

El hombre agarró un asidero cercano y se enderezó para tener la misma orientación que Lem y Chubs.

—Félix Montroose, señor Jukes. A su servicio. Bienvenido a Última Oportunidad.

—Tendremos que renegociar el precio que acordamos por línea láser —dijo Lem.

La expresión de Félix se ensombreció un poco, pero había que reconocerle que se esmeraba en que no se le notara.

—¿Eh? ¿A qué se refiere, señor?

—Me refiero a que no voy a pagarle lo que le dije antes. Esperaba un establecimiento más agradable. —Indicó la sala—. No es por ofenderle, pero aquí no me siento precisamente a salvo.

Félix sonrió.

—Oh, puede tranquilizarse, señor Jukes. Última Oportunidad es uno de los puestos de avanzada estructuralmente más seguro a este lado del Cinturón. Lo construyeron en los primeros días, ya sabe, cuando las naves se fabricaban a mano.

—Sí, y deberían desmantelarlo a mano. Le daré la mitad del precio pactado.

Félix tomó aire aparatosamente y se llevó una mano al pecho, sorprendido.

Lem contuvo una sonrisa. No estaba seguro de por qué estaba discutiendo por el dinero. No era una gran cantidad. Sus inversiones probablemente habían ganado esa suma en el tiempo transcurrido desde que Chubs y él atracaron la lanzadera enviada desde su nave.

Sin embargo, Lem odiaba que la gente pensara que podían aprovecharse de él. Era una tontería, lo sabía, pero siempre le daba la impresión de que la gente daba por hecho que era un remedo menos inteligente y más débil de su padre. Y, como tal, sería presa fácil en una transacción. Eso lo volvía un poco más taimado. En la mesa de negociaciones era impío, mostrando en ocasiones menos piedad incluso que su padre. Pero también hacía de él un hombre de negocios brillante que había amasado una gran fortuna independientemente de su padre.

—Eso no me parece muy ético, señor —dijo Félix—. Acordamos una cantidad. Nos pusimos de acuerdo en los términos. He ordenado marcharse a los demás huéspedes de la estación para darle la intimidad que pidió. No me contentaré con menos que la suma acordada.

—Y yo no me contentaré con menos que un establecimiento decente. Supongo que eso nos coloca en un *impasse*. Buenos días, señor Montroose.

Lem giró sobre los talones e hizo amago de lanzarse hacia la compuerta de ataque.

—Espere —dijo Montroose—. Seguro que podemos alcanzar un acuerdo. Le recuerdo que somos el único enlace vía línea láser con la Luna. No podrá hacer llegar ningún mensaje por otro medio.

—Mi mensaje no es crítico. Y voy camino de la Luna. Puedo esperar a entregarlo en persona. Además, por los informes que he leído en el Cinturón, su sistema de transmisión no es tan seguro como dio a entender. Me temo que habrá graves deterioros en los datos.

Félix vaciló, viendo evaporarse su ganancia. Luego discutieron un momento por

el precio, y cuando finalmente lo acordaron se frotó la frente con un pañuelo, como si acabara de concluir una lucha febril con un enemigo, cosa que, supuso Lem, había hecho.

—¿Y tengo su absoluta seguridad de que las naves de su cadena de transmisión harán llegar mi conversación a la Luna tal como prometió? —quiso confirmar Lem—. No quiero que retengan ningún mensaje, señor Montroose. Le aseguro que una batalla legal con los abogados de Juke Limited terminará con usted perdiéndolo todo, incluyendo su libertad personal como resultado de los cargos criminales que le endosarán.

Montroose tragó saliva y comprobó su reloj, como si de pronto tuviera prisa.

Lem pulsó la cantidad en su pad de muñeca y extendió la mano. Félix extendió la suya y los dos entrechocaron los pads. Hubo un sonido de transacción, y entonces Lem sonrió.

—Ahora, señor Montroose, le agradecería que me acompañara a su transmisor de línea láser.

Montroose empezó a llevarlos al otro lado de la sala, hacia otro pasillo.

—¡Asesino! —gritaron a sus espaldas.

Lem se dio media vuelta. Un hombre y dos mujeres se acercaban desde la otra entrada. Una de las mujeres parecía agobiada, como si hubiera intentado detener a los otros dos. El hombre, ahora que Lem lo veía bien, no era más que un muchacho. Diecisiete años, tal vez. Y por el aspecto de sus ropas, dedujo que era un minero libre. Magnífico. Más molestias. Otro chupador de piedras furioso agraviado por los empleados de Jukes. Lem estaba cansado de ese asunto. Todos los destripaterrones que se enteraban de que era Lem Jukes acudían corriendo a quejarse, como si hubiera sido culpa personal suya. ¿Tenía que soportar la carga de todos los actos cometidos por los hombres de su padre?

El muchacho se acercaba rápidamente, pero Lem no pestañeó. No tenía que hacerlo. La pistola apareció en la mano de Chubs antes de que hubiera cruzado la mitad de la sala. El muchacho la vio y se agarró a un asidero cerca del techo. Su cuerpo osciló hacia delante con el impulso y luego se enderezó; clavó la mirada en Lem. Las dos mujeres se detuvieron a su lado.

Lem le sonrió al chico, divertido.

—Santo cielo, sí que estás cabreado.

—Lo siento, señor Montroose —dijo una de las mujeres—. He intentado que estos dos volvieran a su lanzadera, pero no me han hecho caso.

—¿Qué significa esto? —exigió Félix, enfrentándose al muchacho—. ¡Salgan de aquí! Se les ha pedido que se marchen.

El chico no apartó los ojos de Lem.

—He pagado para estar aquí.

—Se le devolverá el dinero. —Montroose agitó los brazos, como si espantara a un animal—. Ahora fuera de aquí. Los dos. Dejen tranquilo al señor Jukes.

El muchacho le habló directamente a Lem. Su voz sonó serena, pero había acero en ella.

—No espero que me recuerde, Lem. Dudo que pudiera verme bien la cara antes de golpearme.

De pronto, Lem se sintió incómodo. Había algo que no le gustaba.

—Señor Montroose, ¿quieren disculparnos su empleada y usted?

Félix lo miró sorprendido.

—¿Está seguro, señor Jukes? Puedo hacer que expulsen a este chico.

—Gracias, pero no será necesario. Solo necesito un poco de privacidad.

Félix pareció inseguro, pero le indicó a la mujer que lo siguiera. Se marcharon por donde había llegado el muchacho y cerraron la puerta tras ellos.

Lem observó al chico y la mujer que lo acompañaba. Eran una extraña pareja. La mujer era unos años mayor, aunque seguía siendo joven, veintitantos años tal vez, y étnica, quizá nativa americana. El muchacho, sin ninguna duda, pertenecía al Cinturón.

—Saben ustedes quién soy —dijo Lem—. Pero yo no tengo el mismo honor.

El muchacho lo miró con ira.

—Me llamo Imala —dijo la mujer—. Imala Bootstamp. Este es Víctor Delgado.

Los nombres no significaron nada para Lem.

—Víctor, creo que puede haberme confundido con otra persona. Yo no golpeo a la gente. No está en mi naturaleza. Ni siquiera sé dar un puñetazo.

—Con las manos no. Con su nave. Asteroide 2002GJ166. Cinturón de Kuiper. Hará unos diez meses. Mató a un hombre. ¿Le suena de algo?

Lem parpadeó.

—Mató a Marco. Era mi tío. Tenía esposa e hijos.

La mente de Lem corría desbocada. Quería creer que se trataba de algún tipo de chantaje, que alguien se había enterado del empujón a la *Cavadora*, y que ahora intentaban sacarle dinero haciéndose pasar por miembros de la tripulación. Deseó que fuera así. Podía manejar a los chantajistas. Chubs podía incluso tener un tratamiento especial para ellos.

Pero sabía que no era así. Aquel chico no mentía. Lem podía localizar a un farsante en un abrir y cerrar de ojos.

Pero ¿cómo era posible? Había visto a la *Cavadora* destruida. Todos sus ocupantes varones habían muerto en el ataque a la nave fórmica. Lem lo había visto con sus ojos. Las mujeres y niños habían pasado a la nave WU-HU, pero este chico no podía haber ido con ellas. Era demasiado mayor. Se habría quedado con los hombres. Era un hombre. Tendría que haber participado en el ataque.

Y entonces Lem recordó.

—Eres el mensajero. El que se suponía que iba a avisar a la Tierra. —Lem acababa de recordarlo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? Deberías estar en la Luna o la Tierra. Deberías estar diciéndoles lo que sabemos, compartiendo las pruebas. ¿Por qué no continuaste tu camino?

El muchacho lo miró, confuso, la ira desaparecida.

—¿Cómo sabe que mi familia me envió?

—Porque me lo contaron ellos. Me dijeron que te enviaron en una nave rápida. Desde luego no esperaba que sobrevivieras. Supuse que era una causa perdida. Pero obviamente lo conseguiste. Sin embargo, no deberías estar aquí. Deberías estar en casa, haber ido a ver a mi padre.

—Eso hicimos —dijo Imala—. Vimos a su padre. Las pruebas de Víctor impulsaron a Ukko a hacer el anuncio.

Lem sintió como si un centenar de cosas dieran vueltas al mismo tiempo en su cabeza.

—¿Qué anuncio? ¿De qué están hablando?

—De la llegada de la nave alienígena —respondió Imala—. Fue su padre quien lo anunció al mundo y alertó a la ASCE.

«¿Cómo no lo adiviné antes?», pensó Lem. Su padre se abalanzaría sobre una cosa así. Era la oportunidad perfecta para ponerse el traje de héroe y hacer propaganda de la fuerza de la compañía. Lem casi podía imaginarlo en todos los canales de noticias, ofreciendo humildemente todos los recursos de Jukes para «proteger a la Tierra de todo mal».

—¿Cuándo le habló mi familia de mí? —preguntó Víctor.

Entonces Lem advirtió que el chico no sabía nada de lo que había sucedido, cosa que tendría que haberle resultado obvia inmediatamente. Pues claro que Víctor no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo? Había partido antes de que la *Cavadora* contactara con él, antes del ataque a la nave fórmica, antes...

Miró a Víctor. La lógica le decía que no le contara nada. Víctor era un cabo suelto, un testigo de su ataque a la *Cavadora*. Y no solo eso: había sido atacado directamente. Era la persona a la que Lem había embestido con la nave justo antes de detenerse. Eso disparó un remolino de alarmas legales en la cabeza de Lem. Víctor era la pesadilla de todos los abogados corporativos. Y aún peor, parecía que ya era una figura internacional. Había llevado el aviso a la Tierra. Era famoso, y eso impulsaría cualquier tema legal al primer plano informativo. Los efectos colaterales serían enormes. En términos corporativos, un auténtico cataclismo. Eran todos los miedos enterrados de Lem surgidos de la tumba.

Sabía cómo manejaría el tema su padre. Lem nunca había oído que hubiera acabado con la vida de nadie, pero eso se debía probablemente a que era demasiado

listo para revelar sus intenciones en ese aspecto. No significaba que no lo hiciera. De hecho, era mucho más probable que lo hubiera hecho. No se conseguía una posición como la suya sin romper unos cuantos huevos. Y Lem tenía que admitir que veía la lógica del asunto. No había una resolución más absoluta y final a un problema. Detén el corazón del problema, el órgano físico que late, y has detenido también el problema.

Solo que aquí sería un poco complicado. Ellos eran dos. Y estaban en un lugar público. Lem desechó esa idea. No soy mi padre, se dijo. Ni ahora ni nunca.

Cuadró los hombros y se encaró a Víctor.

—Tu familia contactó conmigo después de que partiera. Se dirigían a la Estación de Pesaje Cuatro cuando fue destruida por los fórmicos.

—¿Los fórmicos? —dijo Imala.

—El nombre que damos a los extraterrestres.

—¿Están bien? —preguntó Víctor con súbita ansiedad—. Mi familia, quiero decir. ¿Resultaron heridos?

—Nos pidieron que nos uniéramos a ellos en un ataque a la nave fórmica. Nosotros y una tercera nave, un carguero WU-HU.

Víctor adoptó una expresión grave, como si supiera lo que vendría a continuación.

—Las mujeres y los niños de la *Cavadora* se trasladaron a la nave WU-HU, que permaneció al margen de la batalla. Los hombres y Concepción tripularon la *Cavadora*. Tratamos de colocar explosivos en el casco de los fórmicos, pero uno estalló antes de tiempo. Hizo una brecha en el casco y los fórmicos salieron. Perdí veinticinco hombres. La *Cavadora* fue destruida. Apenas pudimos escapar con vida. No sé qué sucedió con la nave WU-HU. Estoy seguro de que se hallaban a distancia segura, pero había demasiada interferencia. Perdimos contacto con ellos. Lo siento.

Víctor se quedó anonadado, como un muerto en vida. Sus manos temblaban. Si no estuviera ya flotando en gravedad cero, Lem dudaba que hubiera podido tenerse en pie. Imala lo rodeó con un brazo y Víctor se cubrió la cara con las manos.

Lem se dirigió hacia la puerta. Necesitaba salir de allí. Ahora estaba invadiendo la intimidad del muchacho. Chubs lo siguió. Al salir, encontraron a Félix solo en el pasillo, esperando.

—Al transmisor, señor Montroose —dijo Lem—. Y esta vez, sin interrupciones.

Había un puñado de técnicos en la sala de comunicaciones, cosa desconcertante teniendo en cuenta que tenía el tamaño de un cuarto trastero. Todos flotaban en diferentes orientaciones en torno al equipo transmisor para aprovechar al máximo el espacio.

—Estos hombres están a su servicio, señor Jukes —dijo Montroose.

—Dícales que salgan.

—Naturalmente. —Hizo salir a los hombres y luego se volvió hacia Lem—. Entiendo que está usted familiarizado con este tipo de equipo.

Lem lo contempló todo con disgusto. Algunos paneles tenían su misma edad. Había querido hacer la transmisión desde la *Makarhu*, su propia nave, pero Félix había insistido en que no era posible. Todas las naves de la brigada estaban usando «transmisores por circuito cerrado» y los mensajes tendrían que enviarse desde aquí.

Probablemente era mentira, por supuesto. Félix solo quería a Lem allí como seguridad para cobrar su dinero.

—Nos las apañaremos —dijo Lem—. Suponiendo que su equipo no salga ardiendo.

Félix se echó a reír hasta que se dio cuenta de que no era una broma. Se aclaró la garganta.

—Las naves de la brigada ya están a la espera, señor Jukes —dijo—. Retransmitirán los mensajes que envíe. Les he dado instrucciones estrictas de que no lean el texto ni intenten corregir ningún deterioro.

—No pueden leerlo —respondió Lem—. Estará encriptado.

—Oh —dijo Félix—. Por supuesto. ¿Lo dejo entonces?

—Por favor.

Félix inclinó la cabeza y salió por la puerta. Chubs estaba preparando ya el equipo encriptador y lo conectaba a los paneles necesarios. Luego cogió un detector y lo pasó por la sala.

—Está limpio —dijo.

Así que nadie estaba escuchando. Lem asintió y Chubs salió al pasillo para impedir que Montroose fisgara.

Lem introdujo las coordenadas y comandos que enviarían el mensaje desde el receptor de la Luna a un sistema de relés codificados que iba directamente a la conexión de su padre. Sería un proceso tedioso. Habría mucho tiempo de desfase. Lem enviaría tres copias de cada mensaje, de modo que si se perdían los datos de uno, pudieran completarse con los de la segunda o tercera transmisión, con la esperanza de que los mensajes parecieran intactos. Entonces su padre dictaría una respuesta, y el proceso se invertiría. Si esto funcionaba, Lem iba a pasar allí un buen rato. Habló al aparato de dictado, empezando con timidez.

«Padre, soy Lem».

Una hora más tarde recibió una respuesta. Llegó más rápida de lo que esperaba:

«¡Gracias a Dios! Estaba muy preocupado. ¿Dónde estás?».

Lem lo leyó varias veces, lleno de gozo. Su padre se había preocupado por él. Lem lo sabía, por supuesto, sabía que estaría preocupado, pero oír, o más bien leer esas palabras hacía que de algún modo fuera más real. De hecho, le pareció tan

sorprendente que empezó a preguntarse si era realmente su padre el que estaba al otro lado. Tal vez una de las naves de la cadena había roto el encriptado y estaban suplantando a su padre con la esperanza de sonsacarle información valiosa. Lem decidió jugar sobre seguro. Envió una palabra.

«Manzana».

«Por el amor de Dios, Lem. Soy yo. Tu padre. Estás utilizando mi línea encriptada. Estás enviando un mensaje encriptado. No tienes que usar las estúpidas palabras de verificación de la corporación. Ahora has desperdiciado dos malditas horas, y aún no has respondido a mi pregunta. ¿Dónde estás?».

Era su padre, en efecto.

En el mensaje siguiente Lem empezó a hablar y no paró durante cuarenta minutos. El software de dictado lo convirtió todo en un largo email. Le contó a su padre cómo había echado a la *Cavadora* del asteroide; cómo la expulsión había provocado la muerte de un minero libre; cómo habían conseguido destruir con éxito el asteroide con el gláser; cómo habían vuelto a encontrarse con la *Cavadora* y efectuado un ataque contra la nave fórmica; cómo habían fracasado, perdido hombres y vuelto deprisa hacia la Luna; cómo habían encontrado pruebas de la Batalla del Cinturón; cómo estaban solo a una semana de distancia; cómo habían desacelerado para llegar a la estación y asegurarse de que todavía había una Luna a la que regresar. No se lo contó todo, como sus esfuerzos para conservar la autoridad en la nave.

Cualquier duda de que su padre fuera quien estaba al otro lado de la conexión se desvaneció con su respuesta:

«Siempre he sabido que eres una persona inteligente, Lem, así que no logro imaginar qué te impulsó a hacer algo tan estúpido, tan rematadamente idiota como expulsar a una nave de mineros libres de un asteroide. No me importa que el asteroide más cercano estuviera a cuatro meses de distancia. Habría preferido que estuvieras sentado de brazos cruzados durante un viaje de ida y vuelta de ocho meses que arriesgarte a dañar un equipo que vale varios miles de millones de créditos. ¿En qué estabas pensando? ¿No consideraste qué podría haberle hecho al gláser un impacto tan violento? ¿No te pasó por esa cabecita que el gláser es más precioso para la compañía que tu tiempo? Es un prototipo, Lem. Es único. Por tu bien, espero que esté en perfecto estado de funcionamiento. En caso contrario, las pasarás canutas demostrándole a nuestros abogados que tu impacto no es responsable».

Lem sacudió la cabeza. Típico de su padre. Ninguna mención al minero muerto. Ninguna felicitación por haber realizado una prueba con éxito. Ninguna alabanza por haberse esforzado y descubierto un modo de extraer los minerales de la nube de escombros. Ninguna pregunta por la seguridad de la tripulación. Lo único que le preocupaba era su precioso gláser.

¿Y encima tener las agallas de amenazarlo con emprender acciones legales? Toda

la amargura y frustración que sentía hacia su padre empezó a acumularse de nuevo.

Pero entonces volvió a leer la última frase del mensaje y vio otro significado. Su padre podía estar insinuando que no tenía control sobre el equipo legal, que su presa sobre el mando de la compañía podía estar aflojándose. Eso le hizo sentir un breve placer. Lem seguía queriendo apoderarse de la compañía, y cualquier debilidad en la situación de su padre era una noticia bienvenida.

Llegó otro mensaje.

«Me gusta el nombre “fórmico”. Nadie le ha dado a esa especie un nombre que pegue. Todo el mundo los llama “alienígenas”, que siempre me ha parecido una palabra ridícula. Fórmico, me gusta cómo suena. Su conexión con las hormigas. Dile a Benyawe que apoyaremos esa nomenclatura. Haré que aparezca en las redes por la mañana. En cuanto a la escaramuza con la nave fórmica, hiciste bien. Me alegra que estés vivo. Fue sideralmente estúpido, pero demostró gran valor. Lamento que no saliera bien. Si hubierais detenido la nave, habríais impedido todo este desastre y toda esta angustia. Están muriendo por millares en China. Es surrealista».

Su padre estaba contestando al mensaje por fragmentos, probablemente respondiendo según leía. Una vez más, típico de él. Expresar algo parecido a una alabanza y luego aplastarla declarando su decepción. Te animaba, y luego decía «si los hubieras detenido, toda esta gente no habría muerto». Como si fuera culpa de Lem que los fórmicos estuviera matando civiles, como si todas esas muertes fueran responsabilidad suya por haber fallado en la batalla.

Lem sabía que probablemente nadie más lo leería así, pero nadie conocía a su padre tan bien como él. Te daba una palmadita en la espalda con una mano, te apuñalaba con la otra.

Un tercer mensaje. Breve.

«Envíame los nombres de los tripulantes que perdiste. Quiero notificárselo a sus familias inmediatamente».

Eso sorprendió a Lem. No pretendía compartir esa información, pero evidentemente era algo que tenía que hacer. Había sido el insensible esta vez. ¿Por qué no había pensado en eso? Tendría que haber sido lo primero.

Lem tecleó los nombres que recordaba. Solo dos tercios acudieron a su mente, y algunos probablemente eran incorrectos. ¿Era O'Brien u O'Ryan? ¿Canterglast? ¿O Caunterglast? Necesitaba dar bien los nombres para que su padre los buscara en la base de datos de la compañía y localizara a sus parientes. Lem consultó su holopad. Los nombres no estaban allí. Azorado, salió al pasillo y llamó a Chubs, que esperaba junto a la puerta. Le explicó la situación.

—Yo los escribiré por usted —dijo Chubs. Entró en la sala y se plantó ante el teclado, corrigiendo los nombres que Lem había escrito y añadiendo los que había olvidado. Sin vacilación, sin atascarse en su memoria, los nombres surgieron.

Conocía a esa gente. Habían significado algo para él.

Terminó.

—Ahí los tiene.

Lem no lo miró a la cara, avergonzado.

—Gracias.

—¿Le apetece comer algo? Lleva aquí dentro varias horas.

—Por favor —dijo Lem.

Chubs asintió y salió. Lem lo vio marchar, sintiendo un retortijón de culpabilidad por haberlo despojado de su autoridad. Chubs merecía ser el capitán. Conocía a la tripulación. Lo respetaban, lo seguían.

Lem desechó la idea. Chubs tendría su recompensa. Cuando la compañía fuera suya, necesitaría a buenos hombres, y si Chubs estaba dispuesto, lo tendría a su lado.

Cerró la puerta y pulsó *enviar*. Diez minutos más tarde Chubs regresó con un recipiente con pasta.

—No espere gran cosa. La cafetería no es mucho mejor que el vestíbulo.

Lem le expresó su agradecimiento.

—¿Qué ha pasado con el minero libre? ¿Víctor e Imala?

—Se han marchado. Su lanzadera partió rumbo a la Luna o la Tierra. Hice que la nave les siguiera el rastro mientras pudiéramos. Calculé que si quería que los detuviera me lo habría dicho en el vestíbulo.

Lem asintió, preguntándose qué quería decir Chubs exactamente con «detenerlos». ¿Había matado para su padre antes? ¿Habría matado para él si se lo hubiera pedido?

Lem comió en silencio. Cuando terminó, llegó un último mensaje.

«He estado hablando con el Consejo General. Tienes que estar en la Luna en ocho días. Eso es un martes. Te estaré esperando en el puerto norte de Jukes a las tres de la tarde hora lunar. Necesito tu ayuda con este problema fórmico, hijo. Tenemos trabajo por delante».

Lem volvió a leer el mensaje. Su padre estaba pidiéndole ayuda. El gran Jukes estaba admitiendo que Lem tenía algo en lo que contribuir, que los dos trabajarían como equipo. Incluso lo había llamado «hijo».

Durante medio segundo creyó que era auténtico. Entonces el pensamiento racional regresó. Su padre intentaba utilizarlo de algún modo. Eso era obvio. Cómo, no estaba seguro, pero la experiencia le había enseñado a Lem a esperar lo peor y estar en guardia. Sacudió la cabeza. Te has pasado un poco, padre. ¿Llamarme «hijo»? Te vuelves torpe en la vejez.

Lem tecleó: «Entendido. Parto ahora».

Esperó a que el mensaje se enviara, luego desconectó. Sus mensajes habían pasado codificados por toda las naves de la cadena, así que no tenía que preocuparse

de ellas. Pero aquí había introducido un texto original. El sistema lo había encriptado inmediatamente, pero en algún lugar de la memoria estaba el texto original. Lem no podía permitirlo. Cogió el supresor de la bolsa que llevaba en la cadera, lo conectó al sistema y pulsó el botón, fundiendo todos los circuitos. Hubo unas cuantas chispas inofensivas, un poco de humo, y todo se apagó.

Lem y Chubs se encontraron de nuevo con Félix en el vestíbulo cerca de la compuerta de atraque.

Félix era todo sonrisas.

—Señor Jukes, ¿entiendo que ha podido contactar con la Luna?

—Ha funcionado bien, gracias —dijo Lem, extendiendo su pad de muñeca—. Tenga, señor Montroose, permítame pagarle más por las molestias.

Félix parpadeó, sorprendido.

—Qué amable.

Lem hizo entrechocar los dos pads, haciendo la transferencia, y luego Montroose leyó la suma.

—¡Señor Jukes! Santo cielo. Gracias. ¡Qué generoso!

—Es probablemente dos o tres veces lo que le costará un transmisor nuevo —dijo Lem—. El resto puede usarlo para pagar a unos buenos técnicos que se lo instalen.

Félix apenas lo escuchaba. Estaba mirando la cifra de su pad.

Lem y Chubs flotaron hacia la compuerta.

—No entiende —dijo Chubs—. No sabe que acabamos de freír su sistema actual.

—Lo descubrirá muy pronto.

Rescate

Bingwen contempló el lugar donde el aparato volador de Mazer se había perdido tras el horizonte, esperando que volviera a aparecer. Sabía que no iba a suceder. Lo había visto todo. Había visto cómo el aparato de Mazer recibía el impacto. Había visto ceder la antigravedad. Había sido testigo de su caída del cielo como un saco de arroz. Un puñado de naves alienígenas se había lanzado tras él, disparando, machacándolo. Esas naves se habían perdido también tras al horizonte. Pero un momento después volvieron a surgir y siguieron de largo. La de Mazer no. En cambio, se alzó una línea de humo negro que se retorció en el cielo como una serpiente encantada.

Bingwen volvió corriendo a la granja.

—¡Han caído! Tenemos que ir a ayudarlos.

Todos se volvieron hacia él. El abuelo se acercó, arrastrando los pies, levemente encorvado.

—¿Quiénes, Bingwen?

—Los soldados. Los que nos trajeron aquí. Una nueva columna de naves salió del disco grande. Cientos de naves pequeñas. Están por todas partes. Abatieron a los soldados. Su aparato cayó por allí, al sur. —Señaló—. Tenemos que ir. Necesitan nuestra ayuda.

Nadie se movió. La anciana que les había dado ropa a los soldados inclinó la cabeza y murmuró una oración. Los demás parecieron de nuevo preocupados y asustados. La lucecita de esperanza que los soldados les habían dado se extinguió en un instante. El abuelo apoyó una mano en el hombro de Bingwen y se arrodilló ante él.

—No hay nada que podamos hacer, Bingwen.

El niño retrocedió un paso, zafándose de la mano del anciano.

—Me salvaron la vida. —Se volvió hacia los demás—. Nos salvaron la vida a todos. ¿No vamos a hacer nada?

Nadie habló.

El abuelo conservó la calma. Extendió de nuevo la mano.

—Bingwen, escucha...

—No —dijo el niño, dando un salto atrás. Se retiró unos pasos, enfrentándose a todos—. No podemos dejarlos morir allí.

—Si los han abatido, ya están muertos —dijo una de las mujeres—. No podemos hacer nada.

—Eso no lo sabemos. Podrían estar heridos. Vi dónde han caído. Puedo llevaros directamente hasta allí.

—Dijeron que volverían —dijo el anciano de la bolsa de ropa—. Dijeron que nos enviarían ayuda. Médicos y suministros. Ahora no vendrá ninguna ayuda.

—¿Hay alguien que me esté escuchando? —dijo Bingwen.

—Te hemos escuchado, niño —contestó la anciana—. Nos dijiste lo que necesitábamos saber, ahora deja que los adultos hablen durante un minuto.

La adolescente estaba ante las ventanas abiertas, contemplando el valle.

—Mirad —dijo, señalando hacia abajo. Todos se acercaron. Bingwen se abrió paso hasta delante y miró. Varias naves alienígenas habían aterrizado en el valle y abierto sus puertas. Los extraterrestres salían a los campos de arroz, esparciendo brumas. Los brotes de arroz se ajaban y ennegrecían mientras la bruma flotaba sobre ellos. Los alienígenas estaban a más de trescientos metros de distancia, donde no podían oírlos, pero la anciana igual habló en voz baja.

—Esa es la bruma de la que habló el soldado.

Siguieron mirando un poco más y luego se apartaron de la ventana, temiendo que los vieran... y temiendo tal vez que el viento trajera hasta allí aquello que estaba matando al arroz allá abajo.

Bingwen corrió hacia la bolsa de ropa de la anciana y sacó una vieja camisa gastada por los bordes. Le dio vueltas en las manos hasta que encontró un pequeño desgarró. Entonces agarró el tejido por ambos lados del jirón y tiró. Las viejas y débiles fibras de algodón ofrecieron poca resistencia, y la camisa se rompió en dos. Sin embargo, al tirar, Bingwen sintió una puñalada de dolor en el brazo malo, y casi se le cayó de las manos.

—¿Qué estás haciendo? —exigió la anciana, abalanzándose hacia él dispuesta a atizarlo.

Bingwen le ofreció la mitad de la camisa.

—Póngasela en la nariz y la boca, como si fuera un pañuelo. Para respirar.

La mujer vaciló. Entonces comprendió.

—Sí, sí. Por supuesto. —Llamó a su marido—. Busca más tela —dijo, señalando su saco—. Rompe tus camisas. Haz mascarillas para toda esta gente.

—¿Por qué no rompemos tu ropa? —dijo el anciano.

—Tú hazlo.

Bingwen se cubrió la cara con la otra mitad de la camisa. Esperó un momento mientras todos se reunían en torno al anciano, su atención concentrada en el reparto de tela, y entonces corrió hacia el exterior. Si Mazer o alguno de los soldados estaban heridos, tendría que moverlos, cosa que no podría hacer sin ayuda.

Bingwen estudió a los dos búfalos de agua del granero. El de la derecha era más gordo y ancho y por tanto más fuerte. Pero eso no lo hacía necesariamente mejor. Batió palmas con fuerza y silbó y agitó los brazos para que el búfalo acudiera. El más pequeño avanzó aunque la cuerda atada alrededor de su cuello se tensó y lo detuvo. El más grande simplemente se quedó mirando a Bingwen mientras mascaba lentamente algo.

La obediencia es más importante que la fuerza, pensó el niño.

Desató al más pequeño y le echó por encima del lomo un serón de arpillera para herramientas, de esos que tienen dos amplios bolsillos para cargar cosas. Miró alrededor. No sabía qué necesitaba. Ni siquiera estaba seguro de que le hiciera falta algo. Había una cuerda en un rincón, cubierta de polvo y telarañas. La metió en el saco. En la pared colgaba un hacha vieja y oxidada. La metió también en el saco. Había grandes bolsas para recoger algodón con una sola tira para el hombro apiladas en una esquina. Si necesitaba vendar heridas, le vendrían bien. Metió tantas como pudo en el saco.

—Bingwen.

La voz era suave y amable. Bingwen se dio media vuelta y vio al abuelo.

—No puedes ir, pequeño. No puedes ayudar a los soldados.

—¿Por qué no? ¿Porque soy pequeño?

El abuelo sonrió con tristeza.

—El tamaño no tiene nada que ver con la capacidad, niño. Mira cómo has escogido al más pequeño de los búfalos de agua.

—Porque me obedeció.

—Igual que tú debes obedecerme a mí. Los valles no son seguros.

—Y por eso tengo que darme prisa. La bruma alcanzará a los soldados si no llego primero. —Desató al animal y tiró de la cuerda. El búfalo de agua respondió, siguiéndole el paso.

El abuelo se movió a la izquierda, bloqueándole el paso, la expresión dura ahora.

—Faltas el respeto a tus mayores, niño.

Bingwen se detuvo e inclinó la cabeza, mirando al suelo.

—Estoy en desacuerdo con mis mayores, abuelo. Lo que es diferente. Pero por ti siento amor y respeto. Eres sabio y más que sabio. Leal y valiente. Encuentras fuerzas a pesar de tus heridas. Solo espero poder ser la mitad de hombre que tú. Pero la virtud no hace que un hombre tenga razón todo el tiempo. Por favor, abuelo. Sin esos soldados, ¿quién nos protegerá? ¿Quién nos guiará?

—Si están heridos, Bingwen, tampoco podrán hacerlo ellos.

—No conocemos la gravedad de sus heridas, abuelo. Y aunque estén malheridos, ¿no les debemos nuestras vidas? Si estar herido quita valor a una persona, entonces tú y yo no valemos nada. Somos los más heridos de nuestro grupo.

El abuelo se echó a reír.

—Menuda lengua. Mírame, Bingwen.

El niño alzó la cabeza. El abuelo se arrodilló delante de él y le puso una mano detrás de la cabeza.

—Solo pienso en ti, pequeño. No puedo dejarte ir. No podría vivir conmigo mismo si te pasara algo.

—Para sobrevivir es por lo que debo ir, abuelo. Necesitamos a esos hombres. Mis padres siguen ahí fuera. Y ahora mismo esos soldados son los únicos que intentan mantenernos unidos.

Eso hizo vacilar al abuelo. Frunció los labios, reflexionó y se puso en pie dolorosamente.

—Iré yo entonces. —Extendió las manos para que le entregara la cuerda del búfalo.

Bingwen suspiró. Eso era perder el tiempo. Cada momento contaba.

—Abuelo, quizá podrías bajar de esta montaña, pero no podrías volver a subirla. Todavía no. No hasta que te hayas curado. Los dos lo sabemos.

No esperó a que el abuelo respondiera: tiró de la cuerda y guio al búfalo hacia el camino de acceso.

—¿Y cómo traerás tú de vuelta a un soldado herido? —preguntó el abuelo.

—Con mucho cuidado.

Se apresuró camino abajo, ansioso por marcharse antes de que el anciano hiciera algún otro comentario y lo obligara, por respeto, a detenerse y contestarle con una réplica razonable... y no tenía tiempo para ninguna de las dos cosas. Al búfalo no le gustaba la velocidad y seguía oponiéndose al tirón de la cuerda y obligando a Bingwen a ir más lento. El animal se detuvo dos veces para alzar el hocico y oler el humo que seguía llegando. Bingwen le dio una fuerte palmada en los cuartos traseros y lo puso de nuevo en marcha.

En la cima de la montaña Bingwen se había mostrado intrépido. Pero cuanto más bajaba por el camino, más le fallaba el valor. Los árboles que flanqueaban el sendero se convirtieron de repente en escondites para los alienígenas. Aquel tupido matorral del recodo de repente fue el lugar perfecto para una emboscada. Las finas ramas que sobresalían del bosque se convirtieron de pronto en manos que esperaban para rociarle la cara de bruma. En el aire sonaban las naves, fuertes y veloces, algunas cerca, otras más lejos, y cada vez que Bingwen oía una, estaba seguro de que caía hacia él, como un meteoro ardiente, cerniéndose directamente hacia su posición. El

búfalo parecía sentir lo mismo. Cuanto más se acercaban al suelo del valle, más se resistía y se agitaba.

Pronto los árboles empezaron a hacerse más escasos y todo el llano quedó a la vista. Era el otro lado de la montaña, un valle que Bingwen no había podido ver desde la casa, y hacerlo ahora lo detuvo en seco.

Había cuerpos en el suelo. No amontonados en grandes grupos, sino esparcidos por todo el valle, de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, como si un gran número de aldeanos hubiera buscado un lugar apartado de los demás para tumbarse y dormir.

Solo que no estaban dormidos. Sus pechos no subían y bajaban, no acomodaban casualmente sus cuerpos como hace la gente que duerme. No había ningún tipo de movimiento excepto los mechones de pelo y partes de las ropas que se agitaban con el viento.

El cadáver más cercano estaba a treinta metros, a la sombra de un árbol. Una mujer, de la edad de su madre, tendida de costado, mirando a Bingwen, la camisa colgando suelta de su hombro de un modo que ninguna mujer recatada permitiría conscientemente. En el suelo, a su lado, uno de sus zapatos. Tenía los ojos abiertos, la boca levemente entreabierta, como si hubiera estado esperando a que Bingwen llegara y estuviera llamándolo por su nombre cuando el tiempo se paró petrificándola en aquella posición.

A su alrededor, los tallos de arroz estaban torcidos, negros, muertos.

Bingwen comprendió que la bruma había causado eso. El compuesto químico que las criaturas rociaban con sus varas había matado todo aquello que había tocado: cosechas, los aldeanos que huían, incluso unos cuantos animales aquí y allá: perros y pájaros y dos búfalos de agua. Había grandes zonas de cosecha ilesas, brotes verdes de arroz que se habían librado de la bruma, algunos tan altos como los hombros de Bingwen, pero eran una minoría. La mayor parte del valle era barro y muerte y tallos de arroz marchitos.

Al otro lado del valle, una aeronave china abatida despedía humo negro y ceniza al aire. Bingwen oía el crepitar y el chisporroteo de las llamas y los estallidos de los componentes en su interior. También olía el acre hedor del plástico fundido, la goma y otros materiales sintéticos.

Sabía que no era el aparato de Mazer, que había caído en otra parte, al menos un kilómetro más adelante, probablemente aún más lejos. Sin embargo, verlo no le hizo sentir ninguna confianza. La aeronave apenas era reconocible como tal. Quizás había sido un helicóptero una vez, pero ahora no era más que un montón de chatarra ardiente y retorcida, con la mitad de la parte delantera aplastada por el impacto. Yacía de costado como un animal herido, ardiendo y siseando, escupiendo humo negro.

Bingwen se preguntó cuántas personas habría a bordo. ¿Diez? Tal vez lo que

estaba haciendo no valdría para nada. ¿Por qué el aparato caído de Mazer iba a ser diferente? Probablemente solo encontraría más fuego y muerte.

Junto a él, el búfalo de agua alzó la cabeza y olfateó el aire. Debía de haber captado el olor de la muerte o el humo porque a continuación se resistió tanto a los tirones de la cuerda que derribó a Bingwen al suelo. El niño aterrizó sobre su brazo sano, pero la sacudida le produjo una punzada por todo el brazo herido. Gritó de dolor, lo que asustó aún más al animal, que volvió por donde había venido, arrancando la cuerda de manos de Bingwen, quemándole las palmas por el violento roce.

Bingwen tardó quince minutos en acorralar al animal y coger de nuevo la cuerda. Tuvo que desgarrar en tiras el pañuelo que le cubría la cara para envolverse las manos con una especie de venda y poder sujetar la cuerda. El animal empezó a resistirse de nuevo, pero Bingwen le dio un violento tirón y le recordó quién tiraba de quién. Luego sacó una de las bolsas de cosecha e hizo una especie de máscara para el animal, como un gigantesco bozal que le cubría casi toda la cabeza. Entonces el búfalo se calmó, pues captaba el olor del granero en la bolsa.

Lo guio de regreso al valle. Había decidido que no iba a darse la vuelta. Si había llegado hasta tan lejos, acabaría lo que había empezado. No renunciaría tan fácilmente como el búfalo.

Se dirigieron a la zona más cercana de cosecha ilesa. Si cruzaban el valle ciñéndose a los brotes verdes, tal vez podrían llegar al otro lado sin contaminarse. Bingwen dio los primeros pasos hacia los altos tallos y esperó a ver si se sentía mareado o con ganas de vomitar.

No sucedió nada.

Continuó avanzando, tirando del búfalo de agua.

Los tallos verdes sanos crujían y se rompían bajo sus pies. Dañar de esa forma la cosecha iba contra todo lo que les habían enseñado a los dos, pero no se amilanaron.

Pasaron ante docenas de cadáveres. Las primeras caras eran desconocidas: hombres y mujeres de otras aldeas. Entonces Bingwen empezó a ver gente que conocía, vecinos y amigos del abuelo. Ye Ye Guangon, uno de los ancianos del consejo. Shashoo, la única mujer de la aldea que tenía lavadora. Bexi, la enfermera que hacía remedios medicinales con hierbas cada vez que Bingwen se ponía malo. Todos ellos sin vida, tendidos en posiciones innaturales, la piel roja y llena de ampollas, como si hubieran trabajado al sol sin sombrero durante días seguidos.

El miedo atenazaba el pecho de Bingwen cada vez que veía un cadáver nuevo: ¿y si la cara del siguiente era la de su padre o su madre? ¿Qué haría entonces?

En una ocasión creyó haber encontrado a su madre. Yacía en el lodo de espaldas a él, con el rostro vuelto. Tenía el pelo como su madre, y su misma figura, y las mismas ropas sencillas y ajadas. Pero cuando Bingwen la rodeó y le vio la cara, comprobó

que no era ella. El alivio fue tan repentino y abrumador que estalló en sollozos. Jadeaba, y su cuerpo se estremecía, y tardó varios minutos en recuperarse. El búfalo de agua empezaba ya a impacientarse y tiraba de la cuerda. Bingwen se secó los ojos y la nariz con la manga del brazo sano. Había estado llorando por todo: el brazo, Hopper, Meilin, la mujer muerta que se parecía a su madre, la nave de Mazer. Por todo. Cuando terminó, se sintió mejor, incluso más valiente. «Ya he llorado lo mío — pensó—. Se acabó».

Siguió caminando.

Había también niños muertos, aunque no fue capaz de mirarlos. Desviaba la vista cada vez que aparecía uno, mirando siempre por encima del cuerpo, nunca directamente... hasta que una camisa brillante le llamó la atención. Una camisa que reconoció. Una camisa que había visto de cerca cuando quien la llevaba le hizo una llave en la cabeza.

Zihao.

Vivo, Zihao tenía siempre una mueca condescendiente y bravucona. Pero ahora, tendido de espaldas en el lodo, parecía asustado: los ojos muy abiertos, el cuerpo rígido, la cara sucia veteada de lágrimas. Parecía también más joven. Como un niño. Bingwen desvió la mirada.

Un leve siseo por detrás le hizo girarse sobre los talones rápidamente. Al final del camino de acceso, unos cientos de metros más atrás, cuatro alienígenas rociaban la hierba sana y avanzaban en su dirección. Parecían ajenos a su presencia, pero Bingwen sabía que eso no duraría.

Tiró de la cuerda y obligó al búfalo a moverse. No se paró a mirar más caras. No pisó con cuidado. Corrió.

El animal sintió su urgencia y corrió también, a grandes zancadas que no eran lo bastante rápidas para Bingwen, que seguía tirando de la cuerda. El bóvido tropezó una vez, pero rápidamente se puso en pie. Corrieron durante quince minutos sin detenerse, hasta que el valle se desvió al sur y los alienígenas ya no se veían. Se pararon, él jadeando y resoplando, el búfalo gimiendo y mugiendo. El brazo roto parecía arderle: tanto tirar y correr había agravado la rotura. Unas punzadas en su costado quemaban tanto que supuso que se había roto algo por dentro.

El búfalo vaciló un momento y Bingwen pensó que iba a desplomarse, pero sacudió la cabeza y se recuperó.

Bingwen miró a la izquierda y vio que habían llegado. Había una aeronave caída a cien metros de distancia. La de Mazer. Estaba seguro. El fuego la había consumido y ennegrecido, pero las llamas se habían extinguido hacía tiempo y la forma del aparato seguía intacta. El único rasgo nuevo eran las cuatro aspas que tenía encima, que debían de haberse abierto cuando caía.

Bingwen se deprimió al verlo. No podía haber ningún superviviente. El aparato

había explotado, enviando restos y esquirlas de metal en todas direcciones. Aunque alguien hubiera sobrevivido al impacto, no habrían podido escapar de la explosión. Ni haber usado los asientos eyectores antes del choque, no con las aspas, no en caída libre.

Se sintió avergonzado. Tendría que haberle hecho caso a su abuelo. Había sido un necio al ir hasta allí.

Algo cerca de los restos le llamó la atención. ¿Un fusil, tal vez? Eso sería útil. Y donde había uno, podía haber más; y, si no, otras armas, u otras herramientas. Tiró de la cuerda. El búfalo no quería moverse: seguía jadeando y resoplando tras la carrera. Bingwen tiró de todas formas con el brazo bueno, y el animal acabó por obedecer.

Olía a cenizas y cosas quemadas y lo que podía ser el hedor de restos humanos calcinados. El humo seguía flotando denso en el aire y le picaba en los ojos. Bingwen no quiso mirar en la cabina ni la carlinga. Sabía lo que iba a encontrar allí.

El suelo estaba cubierto de restos de metal, algunas piezas tan grandes como Bingwen, dobladas y retorcidas en formas extrañas de bordes desgarrados que parecían peligrosamente afilados.

Bingwen no apartó la mirada del fusil que tenía delante, pero al acercarse a través del humo, vio algo cerca del arma que le llamó la atención. Un cuerpo.

Soltó la cuerda y echó a correr.

Era Mazer. Estaba todo cubierto de sangre y barro. Los brazos, la cabeza, el costado. El costado era lo peor. Una venda ensangrentada le cruzaba el abdomen, empapada, rezumando rojo. A su alrededor yacían dispersos los contenidos de un kit médico. Alguien le había administrado los primeros auxilios. Alguien estaba vivo y dispuesto a ayudar. Bingwen miró alrededor.

—¿Hola?

Nadie contestó.

A su izquierda había otro cuerpo. La mujer soldado. Bingwen supo que estaba muerta incluso sin verle la cara, que tenía vuelta hacia el otro lado. Tenía demasiadas heridas. Su piel estaba pálida y sin vida, la ropa quemada, un brazo torcido bajo el cuerpo.

En los campos, los cadáveres parecían dormidos, incluso en paz en algunos casos. Pero ella no. Su muerte había sido dura. Rápida, incluso instantánea, pero aterró a Bingwen más que todo lo que había visto antes.

Había huellas desde la aeronave hasta el cadáver de la mujer, las que sus botas habían dejado en el suelo. Bingwen advirtió que Mazer había tirado de ella para apartarla del fuego. Herido como estaba, la había alejado de las llamas. A Bingwen no se le ocurrió otra explicación. Entonces ¿Mazer había intentado curarse sus propias heridas? Bingwen se arrodilló junto a él. Sí, todavía tenía en la mano un paquete del kit. Tendría que haberse dado cuenta nada más verlo.

—Mazer.

No hubo respuesta.

¿Debería intentar despertarlo? ¿O eso podía romper algo en su interior? Le tocó suavemente el brazo. La piel estaba caliente. La punta del dedo se manchó de sangre. Mazer no respondió.

De pronto el pecho del soldado se elevó, ligera, casi imperceptiblemente. Una dificultosa toma de aire. Luego una espiración. Estaba vivo. Apenas, tal vez, pero respiraba.

Bingwen tenía que llevarlo de regreso a la granja, con el abuelo. Pero ¿cómo? Había esperado encontrarse a los soldados sanos y salvos. Y si algún herido no podía caminar, construiría una parihuela para que el búfalo tirara y luego le pediría al soldado que se subiera en ella. Pero Mazer ni siquiera podía hacer eso: no podía hacer nada. Bingwen tendría que colocarlo de algún modo en la parihuela.

Corrió hacia el búfalo, lo ató a un árbol y volvió con las herramientas que llevaba en la bolsa. Encontró un bosquecillo de bambú cerca y cortó tres grandes tallos con el hacha. Tardó una eternidad porque tuvo que hacerlo con una mano, la del brazo sano. Luego troceó uno de los tres tallos y construyó la parihuela, enlazando los bambúes con la cuerda. Colocó las piezas cortas entre las dos largas, construyendo los travesaños donde Mazer podría tenderse. Cortó luego los fondos de unas cuantas bolsas y las colocó sobre los dos palos, creando algo similar a un jergón.

Cuando terminó, comprobó que la parihuela era pesada, casi demasiado para arrastrarla con una sola mano, pero tiró y se esforzó hasta que logró colocarla junto a Mazer. Esperaba poder auparlo, pero tras unos cuantos empujones de prueba, quedó claro que no era posible. Demasiado peso muerto. Y no podía tirar con el brazo roto. Tendría que alzarlo, deslizar la parihuela debajo y luego apoyarlo con cuidado.

A esas alturas Bingwen estaba sudoroso, sediento y cansado. No había traído agua para no distraer nada del pequeño suministro que tenían en la granja. Ahora deseó haberlo hecho. No había agua potable cerca, y aunque la hubiera habido, no la hubiera bebido, no con aquella bruma en el aire y la amenaza de contaminación.

Ignoró la sed y volvió al trabajo. Ya había construido sistemas de polea con bambú antes: su padre y él habían hecho una pequeña torre para levantar los sacos de arroz cosechado y subirlos a los camiones de carga la temporada pasada. Pero esto sería diferente. Mazer era el doble de largo que un saco de arroz y mucho más difícil de manejar. Y tampoco contaba con la ayuda de su padre ni con dos brazos sanos.

Tardó horas en prepararlo todo: cortar el bambú, reducirlo a la longitud adecuada, separar las hebras de cuerda en dos porque necesitaba más de la que tenía. Usó también los restos de la aeronave. En la carlinga había un cabestrante con cable, anillas y cinturones. Advirtió los restos humanos calcinados en los asientos, pero contuvo la respiración, desvió la mirada y recuperó rápidamente el equipo.

Luego empezó a construir. Hizo una serie de estructuras en forma de A con una vara larga entre ellas, luego deslizó varas de bambú más finas bajo Mazer a la altura de los hombros, espalda, glúteos y rodillas. Hizo una almohada precaria para su cabeza para que no cayera bruscamente hacia atrás cuando lo levantara. Ató los dos extremos de las varas de bambú que había colocado debajo de Mazer a un palo suspendido encima de su cuerpo. Amarró luego la cuerda a las tres poleas que había hecho cortando trozos pequeños de bambú.

Cuando terminó, el sol estaba ya en la parte occidental del cielo, hundiéndose en el horizonte. Tenía hambre y le dolía el brazo. Tenía todo el cuerpo cubierto de sudor, tierra y hollín.

La estructura era complicada: parecía una gigantesca araña de bambú sobre Mazer, dispuesta para agarrarlo y envolverlo en su tela.

Bingwen tiró de las cuerdas, y el cuerpo se elevó lentamente del suelo, la cabeza firme. Tanto trabajo para tan poco movimiento, pensó.

Amarró la cuerda, deslizó la parihuela debajo de Mazer y lo bajó hasta colocarlo encima. Luego movió la polea del travesaño hacia la cabeza y alzó la parte delantera de la parihuela lo suficiente para atarla a un arnés que había hecho para el búfalo. Lo más difícil fue hacer que el animal estuviera quieto lo suficiente para hacer las ataduras. Sin embargo, por fin lo tuvo todo listo.

Recogió los suministros del kit médico, incluyendo el pequeño aparato digital que Mazer había utilizado para escanearle el brazo roto. Bingwen lo examinó, quitando el barro y la suciedad de la pantalla. Había una grieta en el cristal, pero el artilugio se encendió ante su contacto. La pantalla de inicio era brillante y llamativa y le ofreció una gama de opciones: ESCANEADO DE SUPERFICIE DE TEJIDOS, ULTRASONIDOS, ANÁLISIS DE SANGRE, TUTORIALES QUIRÚRGICOS, FARMACIA. Lo guardó en la alforja y luego hizo una última búsqueda de suministros entre los restos. No vio nada más que mereciera la pena llevarse hasta que divisó el chaleco de combate que llevaba la mujer soldado. Tenía varios cartuchos de munición como el que había en el fusil.

Les vendría bien la munición. Sin ella, el arma sería inútil. Pero recuperar los cartuchos no iba a ser fácil: Bingwen tendría que volver la mujer de lado para soltar las correas que lo sujetaban. Y eso significaba tocar un cadáver. La idea lo ponía enfermo: no soportaba mirar a la mujer, mucho menos tocarla.

Estaba siendo ridículo, se dijo. Incluso egoísta. Sin armas, sin munición, estaban acabados.

Se acercó a la mujer con los ojos entornados y los labios apretados, y la empujó por el hombro para girar el cuerpo. Ella estaba rígida y manchada de sangre y no rodó fácilmente con el brazo doblado debajo de su cuerpo. Pero Bingwen se afianzó en el terreno y por fin el torso se movió lo suficiente para que él pudiera sacar los cartuchos. Cayeron al suelo ante él y Bingwen reculó a cuatro patas, odiándose por

ser tan cobarde.

Advirtió que tenía lágrimas en los ojos y se las secó rápidamente. Se puso en pie, recogió los cartuchos y los guardó en la bolsa de herramientas. A continuación ató una cuerda en torno al pecho de Mazer, asegurándolo a la parihuela; luego, tras una última mirada a los restos, cogió la cuerda y tiró con fuerza. El búfalo gimió, resistiéndose, pero otro fuerte tirón por parte del niño y el animal lo siguió.

Bingwen había oído naves todo el día, la mayoría lejanas, pero ahora los cielos estaban tranquilos. Atardecía, y calculó que no llegaría a la granja hasta bien entrada la noche.

Llegaron al valle de cadáveres y descubrió que los alienígenas habían aniquilado todas las cosechas restantes. Sin hierba sana por donde caminar, Bingwen cortó camino, buscando otro sendero para llegar a la montaña. Encontró uno un kilómetro más adelante, otro amplio arrozal sin mucha agua.

Allí había más cadáveres; de personas y animales. Una familia de cerdos. Tres búfalos de agua. Un grupo de niños y sus padres.

Bingwen los vio a cincuenta metros de distancia y se detuvo en seco. Estaban tendidos boca abajo en el lodo, el brazo del padre sobre el hombro de la madre, como consolándola.

Bingwen no se movió. No podía verles la cara, pero aquella era la camisa de su madre, y su espalda, y su forma. Y aquellas eran las ropas de su padre. Y sus botas y su pelo. Y el centelleo del sol se reflejaba en el reloj que llevaba en la muñeca izquierda.

Bingwen se sintió ingrátido. No podía enfocar la mirada. Notaba las rodillas débiles e inestables. Se quedó allí de pie, mirándolos, él vivo y respirando y ellos no. Sus corazones no latían, sus pulmones no recibían aire, sus bocas no se movían para decirle cuánto lo querían y que lo protegerían y que estaría a salvo con ellos. Sus brazos no lo envolvían ni lo atraían hacia sus pechos. Sus cuerpos no hacían nada excepto yacer allí en el lodo y la hierba rociada por la bruma.

Bingwen permaneció allí de pie mucho rato, no supo cuánto. Una hora, quizá dos. El búfalo de agua mugía y golpeaba el suelo con la pata, impaciente. Bingwen lo ignoró. Lo ignoró todo. Si venían los alienígenas, no huiría de ellos.

Tomó aire y exhaló. No hubo lágrimas ni gemidos, ni chillidos de angustia. Todo estaba roto por dentro, vacío. No lloraría más, no podía. No iba a permitirlo. Las lágrimas pertenecían a la versión antigua y muerta de sí mismo, al Bingwen previo, al niño que se colaba en la biblioteca y se preocupaba por los exámenes y por ir a una buena escuela y que tenía un amigo con un pie torcido y unos padres que lo querían y se sentaban con él junto al fuego cuando estaba mojado y tenía frío. Ese Bingwen ya no existía. Ese Bingwen yacía en el lodo con sus padres, el brazo sobre el hombro de su madre, igual que el de su padre.

Haría que Mazer se recuperara. Sí, haría que se pusiera bien, y entonces Mazer lo detendría todo. Mazer pondría fin a las brumas y los fuegos y los cadáveres en los campos. Y él le ayudaría. Le daría los cartuchos y cargaría su agua, haría lo que hiciera falta para ponerle fin a todo eso, para que desapareciera. Entonces se permitiría llorar.

Ya estaba oscuro cuando llegó a la granja. El abuelo salió a recibirlo, lo abrazó, lo besó en la mejilla, se maldijo por haberlo dejado marchar. Solo entonces se dio cuenta de que el búfalo de agua arrastraba a alguien.

Los otros salieron también. Vieron a Mazer y la parihuela y se quedaron boquiabiertos, como si no comprendieran aquella imagen, como si la parte racional de sus cerebros les dijera que no era posible. La anciana se volvió hacia Bingwen y lo miró con una expresión que el niño no pudo descifrar. ¿Confusión? ¿Asombro?

Nadie se movió. Nadie corrió a ayudar.

Bingwen advirtió que no sabían cómo reaccionar. Ni qué hacer.

—Está vivo —dijo—. Tenemos que ayudarlo.

El abuelo se hizo cargo.

—Desatad la camilla. Metedlo dentro. Rápido. Pero con suavidad, con mucha suavidad.

Bingwen se quedó allí y vio cómo desataban la parihuela e introducían a Mazer en la granja, todavía tendido en ella. Dejaron la estructura en el suelo y rodearon al soldado.

—Necesito luz —dijo la anciana.

—Es una especie de enfermera —le dijo el abuelo a Bingwen—. Comadrona. ¿Sabes lo que significa?

—Ayuda a las mujeres a traer niños —dijo Bingwen.

—Sí. Sabe cosas de medicina.

—No las suficientes —contestó Bingwen. Sacó el aparato digital de la bolsa y se acercó a Mazer. Todos estaban reunidos en torno a la parihuela. El marido de la anciana sujetaba una linterna.

—Atrás —dijo la mujer—. Necesito espacio. —Se inclinó con la linterna y hurgó alrededor, levantando una esquina del vendaje para ver las múltiples heridas—. Esto es grave. Supera mis posibilidades. No puedo ayudarlo.

—Tiene que hacerlo —rogó Bingwen.

—Niño, has sido muy valiente al traer a este hombre, pero ya no se le puede ayudar. No vivirá para ver el amanecer. Ha perdido demasiada sangre y tiene demasiadas heridas.

—Entonces le haremos una transfusión. Encontraremos alguien entre nosotros que sea compatible y le donaremos sangre.

La anciana se echó a reír.

—¿Y cómo supones que haremos eso?

—Con esto —dijo Bingwen, alzando el aparato. Conectó la pantalla y seleccionó ANÁLISIS DE SANGRE. La máquina le preguntó si quería instrucciones. Bingwen seleccionó sí y el artilugio empezó a hablar en inglés, sorprendiendo a todo el mundo.

—¿Qué es eso? —preguntó la anciana.

—Un aparato médico que enseña a tratar a la gente.

—Parece que habla en inglés —dijo la adolescente.

—Sí —confirmó Bingwen—. Yo sé inglés. Indicaré los sucesivos pasos. —No esperó objeciones. Escuchó la voz grabada. Era femenina, serena y tranquilizadora, el tipo de voz que quieres oír en una situación traumática. El artilugio le dijo a Bingwen que sacara algunos artículos del kit médico. El niño obedeció. Usó el tubito que encontró para extraerle a Mazer una gota de sangre. Puso la gota en la esquina de la pantalla, donde se indicaba.

«Tipo cero positivo —dijo el aparato—. Esta sangre solo es compatible con los tipos cero positivo y cero negativo».

—¿Qué está diciendo? —preguntó el abuelo.

—Tengo que pincharme el dedo —dijo Bingwen. Cogió de entre los suministros otro tubito y una aguja.

—Prueba la mía —dijo el abuelo, ofreciendo la mano—. Eres demasiado pequeño para donar sangre.

—Estás demasiado débil.

—Conozco mis fuerzas mejor que tú, niño. Pínchame el dedo.

Bingwen frotó el dedo del abuelo con una gasa, lo pinchó y analizó la sangre. Cuando los resultados aparecieron, dijo:

—Es compatible.

El abuelo asintió muy ufano, como si hubiera logrado algo.

—Entonces adelante.

—Tenemos que coserlo primero y quitarle la metralla —dijo la anciana—. Pero creo que es una pérdida de tiempo. Este hombre no sobrevivirá. Perderá sangre para nada, sangre que no debería perder dada su edad.

El abuelo frunció el ceño.

—Mi nieto arriesgó la vida para traernos a este hombre. Y este hombre arriesgó su vida para salvarnos. Así que vamos a salvarle la vida y usted nos va a ayudar.

El marido de la anciana dio un paso al frente.

—Cuidado con lo que dice, viejo. No le dé órdenes a mi esposa.

—Lo hago porque usted no lo hace —repuso el abuelo—. La obliga su deber. Se lo debe a este hombre. Se lo debemos todos. Y si Bingwen dice que podemos salvarlo, entonces podemos. —Se volvió hacia la anciana—. Usted ha cosido mujeres antes. Esto no es diferente.

—Es completamente diferente. Las heridas de metralla son sencillas. Es el estómago lo que no puedo arreglar. No sé cómo está dentro. Sus órganos podrían estar destrozados. Parece grave. No soy médico.

—El aparato nos lo dirá —dijo Bingwen, sin saber si era cierto—. Intentémoslo al menos.

La anciana vaciló, miró a su marido y suspiró.

—Bien. ¿Qué hacemos primero?

Bingwen no estaba seguro. Había un botón de ayuda. Lo pulsó.

«Describe el problema», pidió el aparato.

—Tiene cortes en el estómago y sangra mucho. Tal vez tenga los órganos afectados. No es seguro.

«¿Ha cortado la hemorragia?».

—Sí.

«¿Ha lavado y desinfectado la herida y sus manos?».

—No.

«Haga eso primero».

Bingwen sabía cómo lavarse las manos, desde luego, pero podía haber instrucciones especiales, así que contestó que no.

Resultó que sí había instrucciones especiales. Había que emplear productos químicos, y ponerse guantes, y desenrollar vendas esterilizadas. Bingwen y la mujer hicieron lo que se les dijo. Limpiaron la herida y restañaron la sangre. Limpiaron y esterilizaron también el aparato.

«Ahora necesito escanear la herida», anunció la máquina.

Bingwen sostuvo el aparato sobre la herida varios segundos.

«Detecto traumatismo serio. Una porción del intestino delgado ha sufrido cortes. Es necesaria una operación inmediata. ¿Hay un doctor cualificado que pueda realizar una pequeña extirpación de intestinos?».

—No —contestó Bingwen.

—¿Qué dice? —preguntó la anciana.

—Deje escuchar al niño —la amonestó el abuelo.

«¿Puede transportar al paciente a un hospital donde haya un médico cualificado?»., preguntó el aparato.

—No —dijo Bingwen.

«¿Puede contactar con un médico para que acuda?».

—No hay médicos por ninguna parte. No podemos moverlo.

«¿Hay alguien dispuesto a efectuar la operación?».

Bingwen miró a los adultos.

—¿Qué pasará si no lo hacemos?

«El intestino delgado es parte del aparato digestivo. Cuando está cortado suelta

residuos dañinos en el cuerpo. Si no se repara inmediatamente, y si la herida no se limpia de manera adecuada, el paciente no sobrevivirá».

—Ninguno de los presentes ha hecho nada así antes.

«Yo guiaré los pasos. Tiene que utilizar los siguientes artículos del kit médico».

En la pantalla apareció una lista de suministros.

—¿Qué tendremos que hacer exactamente? —preguntó Bingwen.

«La sección dañada del intestino debe ser extirpada y retirada. Luego se volverá a coser para restablecer la continuidad del aparato digestivo. La herida debe estar adecuadamente limpia y tratada contra infecciones. La herida abdominal debe ser suturada y tratada del mismo modo. El paciente ha de permanecer completamente sedado todo el tiempo. Vigilaré sus constantes vitales y le guiaré durante el proceso».

—¿Cuánto tiempo tardará, teniendo en cuenta que carecemos de formación y no tenemos ni idea?

«Entre cuatro y doce horas».

Bingwen guardó silencio.

—¿Y bien? —preguntó la anciana—. ¿Qué ha dicho? ¿Es algo que podamos hacer?

Bingwen los miró. Estaban dispuestos a darse por vencidos. Se lo notaba en las caras.

—Sí —dijo—. Podemos hacerlo, seguro. No será nada difícil.

Kim odiaba las reuniones rutinarias. Le parecían una pérdida de tiempo. Había ido a la facultad para ser médico, para ayudar a la gente, no para estar sentada en una sala comprobando hojas de datos y fechas previstas y discutir los detalles de cada proyecto. Eso era trabajo de los administradores. Para eso estaban. Los médicos se ensuciaban las manos. Los médicos acudían al lecho del dolor para dar consuelo, para engañar a la muerte. Reuniones como esa eran la muerte, lenta y dolorosa y aburrida hasta el aturdimiento.

Alzó la cabeza. Todos la estaban mirando. Había estado dibujando en su holopad, haciendo remolinos en la página. Parpadeó y se irguió.

—Sí. Lo siento. Continúe.

El grupo volvió al tema, algún asunto de producción: los fabricantes de China que estaban montando la versión más reciente de Med-Assist no iban a cumplir el plazo de entrega: los obreros no acudían a la fábrica.

—¿Pueden reprochárselo? —adujo Kim—. Se está librando una guerra. Una civilización alienígena nos ataca y está muriendo gente. Yo tampoco iría al trabajo.

—Los negocios deben continuar, Kim —dijo uno de los encargados del proyecto—. No sabemos hasta dónde puede llegar esto. Los militares pueden desplegar tropas. Si Nueva Zelanda entra en combate, tenemos que estar preparados con el Med-Assist.

Kim sabía que tenía razón. Había visto todos los informes estadísticos: el Med-Assist reducía las bajas en combate hasta el sesenta por ciento en algunos supuestos. Incluso así, le parecía absurdo que estuvieran allí discutiendo algo tan frívolo como un conflicto laboral mientras miles de civiles morían en la China rural. Había alienígenas allí fuera, por el amor de Dios. Alienígenas maliciosos y con tecnología muy avanzada. El mundo había cambiado de la noche a la mañana. Estaban preocupándose por un árbol quemado mientras el bosque ardía a su alrededor.

Pero se abstuvo de comentarlo. En cambio, sonrió amablemente y fingió escuchar mientras la reunión continuaba y la discusión pasaba a otros asuntos de producción.

Esto no formaba parte de sus tareas, pensó. No se había dicho que tuviera que ayudarlos a manejar las preocupaciones logísticas ni las disputas laborales. Sin embargo allí estaba, soportando otra absurda reunión sobre esos mismos asuntos.

Había intentado librarse de ellas, les había suplicado a los jefazos que la excusaran de las obligaciones de dirección, pero su petición fue rechazada. Ella conocía todos los detalles del funcionamiento del Med-Assist. Un problema en otro departamento podría afectar a lo que estaba haciendo. Tenía que estar en el ajo, tenía que ser consciente.

Por enésima vez se preguntó si venir a Nueva Zelanda había sido la decisión correcta. Le habían prometido que ayudaría a más gente con el aparato, y técnicamente eso era cierto. Pero ahora esas palabras parecían una promesa falsa. Estaba ayudando a más gente, sí, pero nunca llegaba a verlos, nunca les daba un apretón de manos para tranquilizarlos antes de una operación, ni veía sus caras iluminarse cuando les decía que todo saldría bien. Eran números, no nombres. Toda la humanidad y la emoción y la recompensa de ser médico se perdían. El trabajo trataba de salvar vidas, pero carecía de vida.

Mazer había hecho que fuera tolerable. Cuando estaban juntos, ella ignoraba las dudas que tenía al respecto. Todas las reuniones absurdas y la basura administrativa eran soportables si eso significaba tenerlo a su lado.

Pero ahora incluso esa posibilidad había desaparecido.

Mazer. No podía dejar de pensar en él sintiendo cuatro emociones distintas a la vez. Seguía enfadada, claro. Furiosa, incluso. ¿Cómo podía pensar él que lo que tenían podía romperse en dos y terminar así como así? ¿Tan poco había significado para él? Luego estaban la pena y la soledad, la sensación hueca de la que no parecía poder desprenderse.

Pero lo peor era la preocupación. El miedo de que él estuviera muerto en algún lugar de China. Se hallaba justo en el ojo del huracán. De todos los lugares del mundo a los que podían ir, los fórmicos habían aterrizado allí. Y no solo con una sonda, sino con tres.

Lo había visto sacar al niño del lodo. La prensa seguía reproduciendo las

imágenes una y otra vez. Cuando Kim se enteró de que los fórmicos habían aterrizado en China, fue como si el corazón se le hubiera caído del pecho. Se pegó a las noticias, esperando algo que le reafirmara que Mazer estaba bien.

Y allí apareció. Justo en la pantalla. Delante de ella. En el meollo de todo, en el lodo, justo en el epicentro. Y ella se echó a llorar.

Ya habían pasado doce horas sin nuevos datos. No estaba segura de qué esperar. ¿Una llamada suya? ¿Alguna clase de mensaje para comunicarle que se encontraba bien?

Su pad de muñeca vibró. Una llamada. Pensó que podría ser él, pero miró el visor y comprobó que era recepción. Pensó dejarla pasar a la carpeta de mensajes, pero entonces reparó en que era su salvoconducto para escaquearse de la reunión. Se puso en pie, sonrió pidiendo disculpas y salió de la sala.

En el pasillo, se puso el auricular y pulsó.

—Doctora Arnsbrach —dijo.

—Lamento molestarla, doctora —dijo su interlocutora—. Soy Marnie, de recepción. Tengo otra llamada desviada en línea. Parece urgente. ¿Qué hago?

Kim suspiró. Las desviadas eran llamadas a doctores que se redirigían a la dirección de la compañía. La culpa la tenían las primeras versiones del Med-Assist. Incluían una característica que la compañía no podía mantener: si el Med-Assist veía necesaria ayuda exterior para una operación, hacía una llamada satélite a una centralita. Esa centralita conectaba entonces el Med-Assist con un médico de carne y hueso que estuviera dentro de la red. El doctor permanecía entonces en línea con el soldado que tenía el aparato y le ayudaba a completar el arriesgado procedimiento médico que estuviera intentando ejecutar.

El problema era que los contratos para establecer la red de médicos habían fallado a última hora. Así que no había médicos recibiendo llamadas en directo. No había nadie.

La compañía había eliminado la llamada por satélite de las nuevas versiones del aparato, y una actualización del software había eliminado esa característica de los aparatos que la incorporaban originalmente. Sin embargo, de vez en cuando aparecía un antiguo Med-Assist que no estaba actualizado. Y cuando intentaba contactar con la red inexistente, no lo lograba y contactaba en cambio con la sede de la compañía.

—¿Dónde está el aparato? —preguntó Kim.

—El niño dice que está en China.

Magnífico, pensó Kim. Eso significa que probablemente es un aparato proveniente del mercado negro. La compañía no tenía ningún contrato con los militares chinos. ¿Qué otra cosa podía ser?

—¿Le digo que no ofrecemos ese servicio? Es un niño. Está claro que no es militar.

—No —dijo Kim—. Aceptaré la llamada. Pásemelo.

Técnicamente, no tenía ninguna responsabilidad en un caso así, pero se trataba de una persona que necesitaba ayuda. ¿Y no era eso lo que echaba de menos?

—¿Hola? —dijo una vocecita.

—Hola. Soy la doctora Kim Arnsbrach. ¿Con quién hablo?

—Me llamo Bingwen.

—¿Tienes un Med-Assist, Bingwen?

—Sí. Lo encontré. Necesito ayuda. Mi amigo está herido. Estamos siguiendo las instrucciones, pero hubo un problema y el aparato la llamó.

—¿Qué edad tiene tu amigo, Bingwen? —Si el paciente era un niño, Kim avisaría a uno de los pediatras del personal y le pediría colaboración.

—No lo sé. ¿Importa?

—¿Hay algún adulto con el que pueda hablar?

—Soy el único que habla inglés.

—¿Dónde estás?

—En una granja. Al sur de Dawanzhen.

Eso no significaba nada para ella.

—Muy bien, Bingwen. Tal vez pueda ayudarte. —Caminaba de regreso a su despacho—. Ahora voy a hablar con el aparato un momento, ¿de acuerdo? Voy a descargar información y veré cuál es el problema. Quédate ahí. Volveré contigo en un minuto.

—Vale. Pero dese prisa. Está malherido. Nadie cree que vaya a sobrevivir.

El paso rápido de Kim se convirtió en un trote. El caso era más serio de lo que pensaba. Llegó a su despacho y colocó el pad de muñeca sobre el holoescritorio. Toda la información del Med-Assist apareció ante ella. Imágenes, vídeo, los pasos completados.

Era una pequeña extirpación de intestino. Kim maldijo. Esperaba una rodilla despellejada o un hueso roto tal vez. Una herida de niño. Aquello era cirugía invasiva. ¿Qué edad tenía ese niño? Pasó la mano por el holocampo e hizo una llamada. Apareció la cabeza de un hombre.

—Itzak —dijo Kim—. Te necesito en mi despacho inmediatamente.

—Voy para allá.

Era el mejor gastroenterólogo que tenían en plantilla y un cirujano brillante. Llegó al despacho menos de un minuto después. Escrutó rápidamente la información que flotaba ante él.

—Están a mitad de la operación —dijo—. ¿Quién es esta gente?

—No son soldados. El niño es el único que habla inglés. Ninguno tiene formación médica. —Había leído las respuestas que había dado el niño a las preguntas del aparato—. ¿Podemos hacer una operación sombra?

Él pareció inseguro.

—Tal vez. No sé su nivel de capacidad.

—No tienen ningún nivel de capacidad. Pero ya van por la mitad. Tenemos que intentarlo. —Kim volvió a la conexión—. Bingwen, ¿puedes oírme?

—Sí. Estoy aquí. Creí que la había perdido. —Parecía asustado.

—No, Bingwen. Estoy aquí. Tengo a otro doctor conmigo. Vamos a intentar algo. Se llama operación sombra. El doctor Mendelsohn y yo vamos a indicarte lo que hay que hacer. Tenemos un holo de tu amigo aquí delante. Realizaremos el resto de la operación paso a paso y tenéis que imitar todo lo que hacemos. Estáis muy cerca. De momento lo habéis hecho muy bien.

—La mujer que lo está haciendo quiere dejarlo. Cree que no podrá terminar. Lleva horas.

—Puede hacerlo, Bingwen —dijo Kim—. Tienes que convencerla de que continúe.

—Lo estoy intentando pero no me hace caso.

Itzak habló en voz baja.

—Necesito una visual.

—Bingwen —dijo Kim—. Necesito que coloques el pad sobre la herida y lo sostengas allí.

—De acuerdo.

Itzak pasó las manos por el holocampo, y un holo del torso del hombre apareció sobre la mesa. Kim nunca había llegado a esta forma: operar así, sin equiparse primero, sin una serie de equipos y aparatos de control a tu alrededor.

—Bien, Bingwen. Ahora podemos ver a tu amigo. ¿Cómo se llama la mujer que te está ayudando?

—Mingzhu.

—¿Está Mingzhu preparada para empezar?

Lo oyó hablar en chino. Una mujer respondió. Kim captó la tensión en su voz.

—Dice que no puede continuar. —El niño parecía muerto de pánico.

—Hay que seguir —susurró Itzak—. Hay una pequeña hemorragia aquí.

—Bingwen —dijo Kim—. Escúchame. Tenemos que hacer esto ahora mismo. ¿Comprendes? Dile a Mingzhu que si no actúa ahora tu amigo va a morir.

Oyó a Bingwen hablar de nuevo en chino. Pero esta vez dijo una palabra que Kim reconoció, no una palabra china, sino un nombre. Se le heló el corazón.

—Bingwen —dijo, la voz súbitamente temblorosa—. ¿Qué le has dicho? Repíteme las palabras exactas que acabas de decir.

—Le he dicho que si no ayudaba, Mazer iba a morir.

Fue como si le hubieran quitado el suelo de debajo de los pies. No podía ser. Era imposible, y sin embargo era posible.

—Bingwen —dijo muy despacio—. ¿Cómo se llama tu amigo? Su nombre completo.

—Mazer —respondió el niño—. Mazer Rackham.

POM

Wit esperaba ante la mesa del teniente chino en el Paso de Khunjerab, viendo cómo el oficial estudiaba su pasaporte. El teniente era joven, recién salido de la escuela de instrucción de oficiales probablemente, lo cual era malo para Wit porque significaba que el chaval se esforzaría por demostrar a sus superiores que estaba capacitado para encargarse del paso fronterizo. ¿Y qué mejor manera de demostrar sus capacidades que arrestar a cuarenta soldados de operaciones especiales que se hacían pasar por civiles para colarse en China?

—Es usted americano —dijo el teniente. No era una pregunta, así que Wit no respondió.

El inglés del chaval era bueno. Un poco de acento, normal. Bien educado, obviamente, y su perfecto corte de pelo y su immaculado uniforme sugerían una vida regida por la disciplina. Wit supuso que era hijo de algún oficial de alta graduación o quizá sobrino de algún gerifalte del partido. Un chico con conexiones. Alguien había recurrido a sus contactos y le había conseguido un puesto de mando decente recién salido de la escuela militar. No es que el Paso de Khunjerab fuera Shangri-La. No lo era. Era un lugar yermo y frío, aislado y soso. No había ningún medio de entretenimiento, nada para mantener a un soldado ocupado después del servicio. Estaban la verja, los camiones que la atravesaban y las montañas. La única ruptura de la monotonía era ver alguna que otra cabra montesa.

Pero era un puesto de mando. Podía ser basura, pero las grandes carreras militares empezaban por alguna parte.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a China? —preguntó el teniente.

—Queremos estudiar a los fórmicos —dijo Wit sin faltar a la verdad.

El mundo entero ya usaba ese término: fórmico. Aparecía en todas las noticias.

—Su nombre no aparece en nuestras bases de datos —dijo el teniente—. No hay ningún expediente suyo en América. Ningún historial. Ninguna dirección. Es usted una anomalía.

Wit no tenía ninguna dirección porque no solía estar en Estados Unidos. Si estaba

de permiso, cosa que no sucedía casi nunca, lo pasaba en cualquier otra parte. O, en las raras ocasiones en que visitaba Estados Unidos, iba a la casa de sus padres al norte de Nueva York. No tenía propiedades. ¿Para qué?

El resto de sus datos personales habían sido borrados cuando se unió a la POM.

Wit suspiró para sí. Había querido arreglar las cosas por las buenas, pero aquel teniente no iba a dejarlos pasar. Se le notaba en la cara: el chaval ya se estaba viendo con una buena caza de cuarenta soldados altamente cualificados. Estaba viendo una felicitación en su expediente. Tal vez incluso un ascenso.

—Estoy seguro de que a Estados Unidos le encantaría saber que están violando la privacidad de sus ciudadanos —dijo Wit.

El teniente dejó de mirar el pasaporte, los labios fruncidos.

—La información es pública, señor O'Toole. Todo el que tenga acceso a las redes puede conseguirla. Está usted pidiendo permiso para entrar en mi país. Tengo todo el derecho a saber lo que quiera sobre usted. Sus leyes de privacidad se aplican aquí. —Cerró el pasaporte, lo colocó sobre la mesa y enlazó los dedos—. ¿Por qué quieren estudiar a los fórmicos?

—Porque queremos detenerlos. Eso probablemente implicará matarlos o devolverlos al espacio. Pero entre usted y yo, preferiría matarlos. Es más fácil así. No habrá que preocuparse de que vuelvan con sus amigos.

El teniente parpadeó, sorprendido por la franqueza de Wit.

—Mis compañeros y yo somos soldados. Como probablemente ya ha deducido. Somos POM. Policía de Operaciones Móviles. Estamos aquí, vestidos de civiles y pasando por su verja como cortesía hacia ustedes. No tenemos por qué hacerlo así. Hay cientos de maneras de entrar en China. Preferiría hacerlo legalmente, como estoy intentándolo ahora. Pero si nos niega la entrada, entraremos de otra forma. Así de fácil.

El teniente sonrió, como si le pareciera divertida la confianza de Wit.

—¿Cree que puede burlarnos a mis hombres y a mí, señor O'Toole?

—Con los ojos cerrados. Y si nos niega la entrada aquí y nos obliga a entrar en el país ilegalmente, dirá muy poco de usted, teniente. Puede estar seguro. Porque cuando estemos en el país les diremos a sus superiores cómo nos colamos ante sus narices. Les diremos lo laxa que es su seguridad. Les diremos cómo una flota entera de vehículos extranjeros tocando los cláxones y lanzando fuegos artificiales podrían atravesar los agujeros de la frontera sin ser detectados. Les diremos que fue sencillo. Les diremos muchas cosas. Seremos muy concienzudos y eficientes. Me temo que quedará usted a la altura del betún.

El teniente pareció enfurecerse, pero Wit no había terminado.

—Y usted y yo sabemos que la culpa no se detendrá ahí —continuó—. Quien le ayudó a conseguir este puesto será culpable también. Quedará salpicado por poner a

un incompetente aquí al mando. Eso acabará con cualquier posibilidad de ascenso que tengan ambos. Si no es usted capaz de mantener un cruce fronterizo en mitad de ninguna parte, dirán, le declararán inepto para cualquier mando.

»Sin embargo, si nos deja cruzar, tendrá una historia que contar. Pasaron como civiles, dirá. No llevaban armas. Sus pasaportes estaban en regla. No tenía ningún motivo para negarles el acceso. De hecho, cumplí correctamente con mi deber al dejarlos pasar. Y si el ejército chino nos pregunta a mis hombres y a mí por qué fingimos ser civiles y entramos de esta forma, les diremos que no tuvimos más remedio. Les diremos que las fronteras son tan férreas bajo el mando de cierto teniente que no tuvimos más remedio que abandonar nuestras armas y atravesar la verja como corderitos. Les diremos cómo el nivel de seguridad nos inquietó, cómo cruzar por las montañas quedó descartado porque los hombres de la frontera están muy bien entrenados y son muy diestros y vigilan celosamente todos los pasos. Seguramente nos habrían capturado. Les diremos muchas cosas, teniente. Y usted quedará bien. Puede que incluso le den una brillante medalla.

El teniente guardó silencio un instante.

—Podría arrestarlos ahora mismo —dijo por fin—. Eso también me procuraría una medalla.

—¿Ve? Ahora está siendo estúpido —respondió Wit—. No tiene ningún derecho a arrestarnos. No hemos cometido ningún delito. Ni siquiera estamos todavía en suelo chino. Esta oficina es territorio neutral.

—Podría arrestarlos en cuanto los dejara pasar. Nada más cruzar la frontera.

Wit sacudió la cabeza, como si sintiera lástima por el chico.

—Su nivel de estupidez va aumentando. Piense. Si nos arresta nada más cruzar, entonces quedará claro que nos dejó hacerlo solo para ese propósito. Una vez más, no habremos cometido ningún delito. Mis hombres y yo representamos a treinta países. ¿De verdad quiere que las embajadas de treinta países llamen a sus superiores y pregunten por qué China ha arrestado a ciudadanos que cruzaron legalmente su frontera?

—Son ustedes soldados. Su misma presencia en China es ilegal.

—No entiende usted el argumento —repuso Wit—. Todo lo que está sugiriendo convierte su cabeza en una diana. Cuando esto se transforme en un incidente internacional, ¿a quién cree que van a culpar para pacificar a todas las partes implicadas? ¿A nosotros? ¿A la gente que valientemente cruzó la frontera para ayudar a los ciudadanos chinos y salvar vidas? No. Será a usted. Usted recibirá el golpe. Le despojarán de su rango, honor y cualquier relación con el ejército. Tendrá que trabajar de obrero. Tal vez cargando cajas en alguna parte. O descabezando pescados en algún mercado pestilente. No conocerá ni se casará con esa hija de un cargo del partido. No ascenderá a ningún puesto importante. Se consumirá en un apartamento de una sola

habitación con la espalda jodida y sin pensión. Esos son los hechos, teniente. Puede dejarnos pasar o puede rechazarnos. La decisión es suya.

Cinco minutos más tarde Wit y sus hombres entraban en China. Siguieron el arcén en fila mientras los camiones de carga pasaban, dirigiéndose hacia el aeródromo. Wit estiró el pulgar, y no pasó mucho tiempo antes que un camión se detuviera para llevarlos.

Durmieron en el avión, apretados entre cajas y embalajes. El piloto había aceptado su oferta de buen grado y prometido llevarlos hasta Hotan. Una vez allí, cogieron un vuelo hasta Jiuquan y después hasta Zhengzhou. Comían cuando tenían hambre y dormían cuando estaban cansados.

Durante todo el viaje Wit fue siguiendo el progreso de la guerra. Los chinos anunciaban grandes éxitos y victorias pero no proporcionaban ninguna prueba, lo que sugería que todo eran pamplinas, o al menos exageraciones típicas de propaganda bélica. El ejército ruso se había ofrecido para entrar en China y ayudar, pero los habían rechazado. Posiblemente porque China temía que los rusos no se marcharan cuando la guerra terminara. Expulsar a un ejército invasor solo para tener que lidiar luego con otro no era buen negocio.

Las redes estaban inundadas de vídeos. Los fórmicos eran implacables. Sus deslizadores eran rápidos y letales. Sus tropas, tranquilas y metódicas. Quemaban el paisaje allá donde fueran, rociando con sus defoliantes como si fueran granjeros. Los chinos intentaban retirar los vídeos y pintar un panorama diferente, pero no se podía detener el flujo de información.

Wit buscó más vídeos de Mazer Rackham pero no encontró ninguno, cosa que le preocupó. Habían pasado días. No había ninguna noticia oficial de Nueva Zelanda ni de los chinos, lo que significaba que Mazer o bien había sido retirado discretamente del frente o había desaparecido en combate.

Al tercer día de estar en el país aterrizaron en Changsha. Era el último vuelo que podrían tomar. Los vuelos comerciales estaban ahora confinados en tierra, y ningún piloto volaría más al sur aunque Wit le ofreciera una fortuna.

Hizo varias llamadas desde el aeropuerto. Necesitaba vehículos todoterreno, y el mercado negro de Changsha parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para encontrarlos. Sus contactos en la provincia de Hunan lo condujeron a gente poco fiable, la cual a su vez lo condujo a gente aún peor, la cual le sugirió que fuera a un depósito de camiones usados en la zona industrial situada al sur de la ciudad llamada Callejón Winjia. Wit se hizo acompañar por Calinga y Lobo y dejó al resto de los hombres en el aeropuerto.

El anciano que los recibió en el depósito tendría al menos ochenta años, la espalda levemente encorvada, una ancha gorra y un par de abrazaderas en las piernas

para ayudarlo a andar. Se presentó como Shoshang.

—Soy el capitán Wit O'Toole de la Policía de Operaciones Móviles. Estos son mis compañeros Calinga y Lobo.

Shoshang sonrió.

—Soldados, ¿eh? Vienen a combatir a los fórmicos.

—Venimos a ayudar en lo que podamos.

—¿Creen que China necesita ayuda? ¿Creen que China no es lo bastante fuerte?

—Por lo que he visto, ningún país es lo bastante fuerte. Ni Estados Unidos, ni ninguna nación de Europa, ni Rusia, nadie. Todos debemos ayudar.

—Ayudar es lo que hago mejor —dijo Shoshang—. ¿Qué necesitan?

—Transportes blindados. Todoterrenos. Suficientes para llevar a cuarenta hombres y suministros. Y tienen que ser estancos.

—¿Máquinas de guerra? —Shoshang frunció el ceño y se encogió de hombros—. Lamento decepcionarlo, capitán, pero no tengo licencia para vender ese tipo de vehículo. Lo que ve en mi solar es lo que tengo. —Señaló los vehículos que había detrás—. Grandes camiones y tractores para contratistas comerciales. ¿Le gustaría quizá probar uno de esos?

Wit no iba a tragarse el papel de civil inocente ni el de débil anciano. Había eliminado a suficientes capos de la droga y traficantes de armas para saber que los que no daban el tipo solían ser los más desagradables.

—Quizás esto le recuerde algún inventario que pueda habersele pasado por alto —dijo Wit, haciendo entrechocar su pad de muñeca con el del anciano.

Shoshang leyó la cantidad y sonrió.

—Pues, verá usted, ahora que lo pienso, creo que podría tener lo que busca.

Los escoltó hasta una alta pared de metal oxidado que rodeaba un patio al fondo del solar. La pared estaba rematada con alambre de púas y parecía capaz de soportar el ataque de un pequeño ejército. Shoshang agitó la mano por la holocaja ante la puerta y al otro lado una manivela giró, una cadena se tensó y la pesada puerta de metal se abrió.

—Mucha seguridad para un montón de chatarra —comentó Wit.

Shoshang sonrió.

Recorrieron el patio, abriéndose paso por un laberinto de chatarra, coches aplastados y equipo industrial muerto desde hacía tiempo. Cuando llegaron a un almacén en el centro del laberinto, Shoshang se detuvo y se volvió a mirarlos. Wit vio a varios hombres armados en lo alto del tejado y a varios más entre las montañas de basura circundantes. No se sintió impresionado. No eran profesionales. Todos se comportaban de manera equivocada, ocupando los lugares equivocados y empuñando sus armas como aficionados. Wit empezó a pensar que aquello era una pérdida de tiempo.

Entonces Shoshang ordenó a uno de sus matones que abriera el almacén, y Wit vio que, después de todo, no había sido una pérdida absoluta. Dentro había cinco Rinos blindados, grandes vehículos todoterreno de seis ruedas fabricados para el ejército chino. Eran mucho más rápidos y maniobrables que los tanques ligeros y desde luego perfectos para acciones rápidas. Shoshang los había pintado de verde oscuro para ocultar las insignias militares, y habían soldado placas blindadas adicionales y otras modificaciones para hacerlos parecer vehículos originales en vez de propiedad gubernamental robada, que era obviamente su origen.

—Si atravieso con esto un puesto de control militar —dijo Wit—, lo más seguro es que me detengan. Al ejército no le hacen gracia los ladrones.

Shoshang pareció ofendido.

—No son robados, capitán O'Toole. Son material sobrante comprado legalmente en el mercado. Tengo todos los papeles en regla.

—Papeles falsificados —precisó Wit—. No hubo Rinos sobrantes. El fabricante fue adquirido por Juke Limited antes de que la producción de la flota original quedara terminada. Luego Juke renegoció con los chinos y cambió el diseño.

Shoshang sonrió.

—Veo que es todo un experto en comercio militar, capitán.

—Soy experto en muchas cosas.

Shoshang se rascó la mejilla y suspiró.

—Muy bien. Estoy dispuesto a bajar el precio por el asunto de la legalidad —dijo la última palabra con tono despectivo.

—¿Y el combustible?

—Me siento generoso hoy —dijo Shoshang—. Le daré los cinco vehículos y suficientes baterías y células de combustible para un año de uso constante.

—¿Por cuánto?

Shoshang se lo dijo. Era diez veces lo que valían los vehículos, incluso en el mercado negro.

—Hecho —contestó Wit.

Shoshang pareció sorprenderse. Esperaba una negociación dura, una discusión enconada. Pero Wit no tenía tiempo ni ganas. Como fuera, los auditores de Strategos probablemente localizarían a Shoshang y recuperarían el dinero. No era algo que le preocupara.

—También necesitamos suministros —añadió—. Me han dicho que usted es un hombre capaz de conseguir cualquier cosa.

—Soy un hombre de muchos talentos, sí. ¿Qué más necesita?

—Trajes aislantes, para empezar. Con VCA, capacidades para localizar objetivos y oxígeno de sobra.

—Entiendo que ha visto la bruma que rocían los fórmicos.

—Preferiríamos no respirarla —dijo Wit—. También necesitamos armas. Armas pequeñas. Antiaéreas. Lanzagranadas portátiles.

—¿Qué tipo de granadas?

—Las que pueda conseguir. HEAB, cargadas de flechitas de metal, termobáricas. De baja velocidad, veinte por cuarenta milímetros.

Las HEAB, granadas de gran capacidad explosiva en el aire, serían perfectas. Era más fácil programar las municiones, y las detonaciones aéreas normalmente causaban más muertos. Pero Wit no tenía demasiadas esperanzas.

—Tendré que hacer algunas llamadas —dijo Shoshang—. Tardará unas horas. No me piden todos los días que equipe a un miniejército. Pero no se preocupe, capitán, conseguiré lo que necesita. —Se quitó el sombrero, se secó la frente con un pañuelo y sonrió—. Sin embargo, no puedo dejar de preguntarme por qué no le surte su propia agencia. No es que sea asunto mío, claro.

—En eso acierta —dijo Wit—. No es asunto suyo.

Cuatro horas más tarde, un convoy de cinco Rinos y cuarenta miembros de la POM se dirigían al sur de Changsha por carreteras secundarias. Wit y Calinga ocupaban la cabina del primer vehículo. Los carriles en dirección norte estaban abarrotados, pero los que conducían al sur estaban libres.

Calinga señaló el traje aislante que llevaba puesto y el fusil del asiento contiguo.

—¿Puedo preguntar de dónde ha sacado el dinero para comprar todo esto?

—La POM tiene cuentas de emergencia por toda Europa —respondió Wit—. Vacíe unas cuantas. Si ayudamos a ganar la guerra, puede que condonen el gasto. Si morimos en el proceso o los fórmicos se apoderan de la Tierra, el asunto no importará mucho.

—Cuánta confianza.

—No será una lucha fácil. No hay motivo para ignorarlo.

—Entonces ¿ese es el plan? Dijo que elegiríamos objetivos clave y los sabotearíamos. ¿Cuáles son exactamente? ¿Las sondas? Están blindadas. Los misiles no pueden tocarlas. Las fuerzas aéreas las están bombardeando con todo lo que tienen y no les hacen ni mella.

—Entonces tendremos que encontrar un modo de meternos dentro de una.

—¿Cómo?

—Ni idea. Si podemos alcanzar una, podremos investigar. —Recuperó un mapa del sudeste de China en su holopad—. Encontraremos la segunda sonda primero. La que está en el centro. La del norte cerca de Guilin es la que ha provocado más bajas, pero es también donde están concentrados los soldados. Prefiero evitar contacto directo con el ejército ahora mismo. Consigamos algo antes. Demostrémosles a los chinos lo que valemos. Entonces nos pedirán que nos quedemos.

—¿Por qué no vamos por la sonda del sur, donde los deslizadores están arrojando bacterias al mar? Eso es un daño ecológico grave. Cuanto antes lo detengamos, mejor.

—Esa sonda está más aislada —repuso Wit—. Está en un lugar más elevado y más difícil de alcanzar. Mejor que lo dejemos para las fuerzas aéreas. Además, allí las bajas se miden por cientos, mientras que en los otros dos sitios se miden por miles y decenas de miles. La segunda sonda tiene también la mejor posición estratégica. Podremos llegar fácilmente a cualquiera de las otras dos si surge la necesidad.

Recorrieron cien kilómetros sin novedad. El tráfico en los carriles en dirección norte se volvió cada vez más congestionado. Pronto los coches y camiones pasaron a los carriles contrarios y condujeron en dirección prohibida para evitar los atascos. Calinga no dejaba de tocar el claxon y hacer cambio de luces para impedir una colisión frontal. La mayoría de los coches se apartaba, pero pronto el tráfico adquirió un ritmo veloz y frenético.

—Sal de aquí —ordenó Wit.

Calinga los sacó de la carretera, y para cuando los otros Rinos del convoy los siguieron, el tráfico de frente era una locura. Dos camiones chocaron, bloqueando la carretera. El coche que venía detrás los embistió, tratando de adelantarlos, y quedó atrapado. Se formó un choque en cadena. Cuatro coches. Cinco. Siete. Los cláxones tronaban. La gente gritaba. El atasco se extendió a los arcenes, donde más coches quedaron atrapados en el barro y bloquearon aún más el paso. Los conductores abandonaron sus vehículos y continuaron huyendo a pie hacia el norte.

Wit vio entonces por qué: una fila de seis fórmicos con fumigadores avanzaba por la mediana de la carretera, rociando la vegetación y todo lo que se movía. La bruma se extendía con fuerza, densa y firme, cubriendo el terreno a la altura de la cintura como una gruesa niebla sobre la superficie.

Wit habló por su radio, dirigiéndose al convoy.

—Poneos los cascos. Estamos en zona caliente. Permaneced a la espera hasta que verifique que estos trajes funcionan.

Se puso el casco, que se selló al traje aislante. La válvula de oxígeno empezó a bombear y el aire frío llenó el interior. Wit saltó de la cabina al asfalto. La multitud de gente pasaba corriendo, huyendo presa del pánico carretera arriba. Algunos se tambaleaban, tosían, tenían problemas para respirar, morían por la bruma. Una mujer se desplomó en sus brazos, los ojos en blanco. Wit se sintió impotente. La colocó con cuidado en el suelo, lejos de la muchedumbre, para que no la pisotearan. Luego se dio media vuelta y se abrió paso entre la gente hacia los fórmicos. Tenía las piezas de su fusil en la cadera. Las ensambló y siguió avanzando, luego extendió el cañón y colocó el cargador.

—Calinga, ponte a la radio. Mira a ver si puedes encontrar algún equipo de

urgencias en la zona. Necesitamos médicos inmediatamente.

—Voy.

Wit se abrió paso entre la multitud, que ahora estaba sumida en el caos, la gente empujándose, derribándose y gritando, dominados por el pánico. Algunos de los caídos lograban volver a ponerse en pie. Otros eran pisoteados, pateados e incluso aplastados. Wit ayudó a una mujer a levantarse, pero casi fue derribado en el proceso.

Continuó. El sistema de localización de objetivos de su VCA le dijo que los fórmicos estaban a ochenta y dos metros de distancia y acercándose, avanzando hacia él hombro con hombro, rociando tranquilamente aquella bruma, como si trataran el terreno contra las malas hierbas. Era la primera vez que Wit veía a uno en persona, y fue como si agua helada le corriera por la espalda.

Alzó el arma, pero los civiles seguían interponiéndose en su línea de fuego. Era inútil. Corrió hacia la izquierda y se subió a la capota de un camión accidentado. Ahora, con un poco de elevación, pudo apuntar bien. Alineó la mira del fusil con su ojo y todo tipo de pensamientos corrieron por su cabeza. No le gustaba usar un arma que no había disparado nunca antes. Tal vez Shoshang había adquirido esos fusiles porque estaban estropeados y el ejército chino los había rechazado. Tal vez la mira estaba desviada un palmo del objetivo. Tal vez el cañón estaba ligeramente descentrado. Tal vez el arma le estallaría en las manos.

Apuntó a la cabeza del fórmico que estaba más a la derecha y apretó el gatillo.

El fusil disparó e hizo su retroceso. La nuca del fórmico explotó en una nube gris. Sus piernas se combaron, y se perdió de la mirilla de Wit.

Prueba de campo superada. Fusil aprobado. Hora de ponerse a trabajar. Wit disparó a otras cinco cabezas, rápidamente, una tras otra y de derecha a izquierda, bang-bang-bang-bang-bang.

Los cinco fórmicos cayeron como fichas de dominó, soltando los tubos de fumigación, los cuerpos desplomándose. Wit observó las puntas de los tubos. Un momento después dejaron de rociar.

La densa bruma ya lo rodeaba. Wit parpadeó una orden para comprobar si había escapes en su traje. Los sensores pitaron indicando que todo estaba correcto: al parecer, el traje era hermético. Shoshang no los había timado. Sus artículos eran legítimos. Milagro de milagros.

Wit saltó del camión y atravesó corriendo la bruma hasta donde yacían los fórmicos. Se detuvo junto a ellos, el arma preparada, listo para acribillarlos de nuevo si se agitaban siquiera. Ninguno lo hizo.

La voz de Calinga sonó en su casco.

—No va a venir ningún personal de urgencias. Estamos demasiado lejos de las zonas urbanas. Dicen que de todas formas no tienen tratamiento para la bruma, y andan escasos de personal. Tienen más llamadas de las que pueden atender.

—Trasladad a la gente a varios cientos de metros a barlovento —ordenó Wit—. Alejadlos de la bruma hasta que el aire se despeje.

Wit se puso en cuclillas y examinó a los fórmicos mientras Calinga pasaba la orden y movilizaba a los hombres. Las criaturas no llevaban ningún tipo de ropa. Tampoco transportaban más equipo que los rociadores de bruma. Ningún transmisor de radio, ningún receptor, ningún equipo de comunicación. Wit le dio a uno la vuelta con la bota para asegurarse de que no pasaba nada por alto. Le repugnaba tocar aquellas criaturas, incluso con la bota: le disgustaba sentir su volumen y viscosidad, pero no podía permitirse tener esos pruritos.

Advirtió ligeras diferencias en sus rostros insectoides. Cosas sutiles. Una boca más ancha aquí, ojos más grandes allá. Pelaje más oscuro en uno que en otro. A primera vista todos parecían exactamente iguales, pero Wit pudo ver que eran tan diferentes entre sí como los humanos.

No sabía si eran machos o hembras. No tenían órganos sexuales visibles. Tal vez eran asexuados, como los parásitos.

Wit tomó varias fotos con su VCA, primero del grupo entero, luego de una herida individual en la cabeza. Luego parpadeó una orden para que anotara al dictado. Habló durante cinco minutos al micrófono de su casco, describiendo el arma que había empleado y dónde había alcanzado a cada uno de los fórmicos. Todos los disparos habían dado en la cabeza, sí, pero especificó dónde había entrado cada bala. Usó la terminología para la cabeza humana como contexto, como un médico describiendo en la sala de urgencias a una víctima de disparos. Luego explicó sus conclusiones. Se podía matar a los fórmicos. Sus sondas estaban blindadas, pero su infantería no. Los tiros a la cabeza eran eficaces. Lo intentaría de otras formas en el futuro.

Wit subió entonces todo el texto, las fotos y las geolocalizaciones a la red. Creó su propio sitio web usando un diseño minimalista y la URL *StopTheFormics.net* y lo firmó «Policía de Operaciones Móviles». Le ordenó luego al sitio que tradujera esa entrada y todas las entradas futuras al chino, y que colocara el texto chino primero, seguido del texto en inglés. Luego usó software de enlace para enviar la misma información a cientos de plataformas sociales y medios de comunicación por todo el mundo, incluyendo todos los foros y sitios que solo utilizaban los soldados chinos.

Los militares probablemente ya sabían que los disparos a la cabeza eran eficaces, pero Wit no iba a dar nada por sentado. Si tenía información, la compartiría, sin importar lo obvio que pareciera.

Regresó al Rino. Calinga y los demás hombres habían dirigido a la multitud a barlovento. El pánico había remitido. Ahora la gente lloraba. Había cincuenta y cuatro muertos, la mayoría debido a la bruma, aunque había algunos aplastados por la muchedumbre.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Calinga—. Esta gente pide que los lleven al

norte, a la ciudad más cercana. Algunos de sus coches no funcionan. Obviamente, nosotros no podemos llevarlos. En el momento en que empezamos a llevar a alguien al norte, todos los demás coches que nos encontremos nos pararán y nos pedirán que hagamos lo mismo por ellos. Tampoco podríamos transportar a toda esta gente, no a menos que los apretujásemos en lo alto de los Rinos e hiciéramos cinco viajes.

—Dile a la gente todo lo que me has dicho —ordenó Wit—. Explícales que nosotros vamos al sur, no al norte. Vamos al encuentro de los fórmicos, no estamos huyendo de ellos. Diles que se moverán más rápido si se ayudan unos a otros. Usaremos los Rinos para apartar los vehículos siniestrados y despejar la carretera. Los que tengan vehículos que funcionen deben hacer sitio a los que no.

—¿Y los cadáveres? —preguntó Calinga.

—Cavaremos una fosa común. Los supervivientes pueden ayudar, pero deberíamos guiarlos. Lo grabaremos todo, lo montaremos y lo subiremos al sitio web.

—¿Ahora tenemos un sitio web?

—Te lo explicaré mientras cavamos.

Se pusieron manos a la obra. Pronto el aire se despejó lo suficiente para que los miembros de la POM se quitaran los cascos, lo que facilitó cavar y respirar. Muchos civiles se unieron a ellos. Algunos tenían palas y herramientas en sus camiones. Wit desplegó a la POM en un amplio círculo formando un perímetro. Justo cuando terminaron la fosa, llegó la advertencia por radio.

—¡Ahí vienen!

Wit salió del agujero con el casco puesto cuando los deslizadores llegaron volando por encima de los árboles. Eran tres: pequeños aparatos unipersonales que se movían velozmente. El líder disparó una andanada de fuego láser. Una explosión a la izquierda de Wit lo derribó al suelo. Pegotes de tierra y roca triturada llovieron a su alrededor. Los oídos le zumbaron.

Los tres deslizadores empezaron a disparar. Una explosión alcanzó al grupo de civiles, lanzando cuerpos por los aires. Los demás se dispersaron, chillando despavoridos.

Wit estaba en pie con la granada lista dos segundos más tarde. El deslizador líder dio la vuelta para una segunda pasada y Wit disparó el HEAB, apuntando al morro del aparato.

No fue un impacto directo, pero estuvo cerca. El HEAB escupió una andanada de metralla que alcanzó a dos deslizadores que volaban en formación cerrada. Los aparatos se sacudieron violentamente a un lado, perdieron el control y se estrellaron. No hubo supervivientes. Era imposible.

Wit se volvió y escrutó el cielo buscando el tercer deslizador. Vio que un transporte de tropas había aterrizado tras él, cerca de donde yacían los seis fórmicos muertos. Las puertas del transporte se abrieron y las criaturas descendieron. Varias

llevaban fumigadores y empezaron a rociar inmediatamente, lanzando potentes chorros de bruma al aire. Un escuadrón de la POM corrió hacia ellos, disparando sus armas. Otros fórmicos salieron del transporte y empezaron a recuperar a los que Wit había matado, llevando sus cadáveres y el equipo de vuelta al vehículo.

Wit volvió a mirar el cielo y vio que el tercer deslizador se retiraba hacia el horizonte, fuera de alcance. Corrió entonces hacia el transporte. Los fórmicos recién llegados caían. Eran presa fácil: estaban al descubierto y no hacían nada por ocultarse. Por un momento pareció que la escaramuza iba a terminar fácilmente. Entonces el transporte se elevó, giró y disparó sus cañones contra los hombres de Wit, que usaban los coches y camiones como cobertura.

Los láseres del transporte atravesaron los coches y el asfalto, dejando profundos surcos en la tierra. Glóbulos de sustancia laserizada brotaron luego de los cañones montados en los costados. Los glóbulos se abrían paso a través de todo lo que alcanzaban, dejando grandes agujeros en las cajas de los motores, las personas, la barrera de protección de la carretera. Los parabrisas estallaron, componentes y metralla volaron en todas direcciones.

Los miembros de la POM cayeron.

Las puertas del transporte seguían abiertas. Wit disparó una granada justo cuando dos de sus hombres hacían lo mismo. Una granada entró por una puerta lateral y salió por la otra, pero las otras dos rebotaron y se quedaron dentro. Las detonaciones lanzaron fuego y humo por las puertas, junto con una explosión ensordecedora. El transporte se escoró, se tambaleó un momento y luego cayó del cielo. Chocó contra el suelo y permaneció erguido, escupiendo fórmicos muertos.

Los hombres se acercaron inmediatamente, acribillando la carlinga para asegurarse de terminar el trabajo. Wit corrió hacia el lugar donde había visto caer a algunos de sus hombres. La bruma se enroscaba como humo, oscureciéndole la visión. Los restos de los cuatro hombres yacían en el asfalto destrozado, todos ellos en pedazos. Wit tuvo que recurrir a los escáneres corporales para identificarlos. Toejack, Mangul, Chi-Won y Averbach. Wit los había escogido personalmente. Había estudiado sus historiales, los había puesto a prueba, entrenado y convertido en los soldados que eran. A dos de ellos los conocía desde hacía años.

Desconectó aquella parte de su ser que le habría hecho llorar. No había tiempo. Habló rápidamente por el comunicador.

—Calinga, tenemos que sacar de aquí a esta gente. Los fórmicos recogen a sus muertos. Pueden venir más en cualquier momento. Quiero esta carretera despejada, los cuerpos enterrados y la gente en marcha ya.

Todos se movieron con rapidez. Los civiles estaban conmocionados. Confusos, aterrados, temblando de pánico. Siete más habían muerto en el ataque. Otros habían huido a los bosques y no habían regresado. Calinga buscó a los que se mostraban

menos afectados y podían obedecer y los puso a trabajar, reuniendo y calmando a los demás. Los miembros de la POM pusieron los Rinos en marcha y apartaron los vehículos que bloqueaban la carretera. Otros de la POM metieron los cadáveres en la fosa y empezaron a cubrirla. Arrojaron a los muertos más recientes, algunos pedazo a pedazo. Fue algo rudo y rápido y en modo alguno la forma de tratar a unos soldados caídos, pero era mejor que dejarlos en la carretera.

Calinga y su equipo reunieron a los civiles supervivientes y asignaron a quienes no tenían vehículo con los que sí que los tenían. Cuando terminaron, los agentes de la POM dirigieron el tráfico y los pusieron en camino hacia el norte.

Wit y su equipo no se detuvieron a llorar las bajas. No había tiempo. Sacaron a los Rinos de la carretera y los ocultaron entre los árboles más cercanos. Luego volvieron caminando hasta el transporte caído y esperaron.

Sus trajes aislantes eran amarillo brillante, seguramente confeccionados para investigación de campo, no para el combate. Pero se ajustaban sin ser incómodos y ofrecían buena capacidad de movimiento: eran perfectos para el trabajo que los ocupaba, excepto como camuflaje, pero eso tenía fácil remedio. Sin embargo, incluso sin trajes camaleónicos, los de la POM pudieron ocultarse. En unos momentos todos fueron invisibles, incluso para Wit. Árboles, matorrales, vehículos abandonados. Se fundieron con el paisaje.

Pasaron diez minutos. Luego veinte. Los transportes permanecían en silencio, así que Wit vigiló el cielo. Pronto los divisó: dos transportes se acercaban velozmente volando bajo. Al principio Wit pensó que no iban a parar: no mostraron ningún signo de frenar. Entonces descendieron rápidamente a cada lado del vehículo abatido.

Se abrieron las puertas y los fórmicos salieron a recoger a sus caídos.

Entonces Wit dio la orden y el infierno se desató. Sus instrucciones habían sido claras: no dejar que los transportes despegaran, pues su potencia de fuego estaba en el aire. Eliminar primero al piloto. Inutilizar la nave. Luego eliminar a los demás.

Los hombres actuaron con rapidez y eficacia. Los transportes permanecieron en tierra. Los fórmicos cayeron. Todo terminó en menos de diez segundos.

Cuando el humo se despejó, Wit se encaramó al transporte. Había fórmicos muertos por todas partes; su sangre en el suelo de la nave era densa como el sirope. Wit lo grabó todo en vídeo. Los controles de vuelo, las palancas e interruptores. No tenía ni idea de para qué servían, ni experimentó con ellos. Hizo lo mismo fuera. Grabó cada centímetro de la máquina.

Habría preferido entregar la nave para que fuera examinada por expertos, pero eso era imposible. Una vez documentado todo lo que pudieron, lanzaron dos granadas incendiarias y quemaron los vehículos.

Entonces se dirigieron hacia el sur por carreteras secundarias y evitando a la gente en la medida de lo posible. Sobre la marcha, Wit actualizó el sitio web. Explicó la

nueva estrategia de «matar, poner el anzuelo y emboscar»: eliminar a unos cuantos fómicos de infantería, luego permanecer a la espera de que el transporte los recogiera, y entonces atacar al equipo de recuperación de cadáveres. Recalcó la importancia de eliminar al piloto y evitar el fuego del transporte. Subió a la web los vídeos, las fotos y las indicaciones del ataque: era mejor atacar al vehículo desde atrás y ligeramente a izquierda o derecha, lo que permitía una rápida y clara visión de la carlinga donde iba el piloto. Atacar desde el frente era suicida.

Wit comprobó entonces el foro del sitio web. Ya había cinco solicitudes de entrevistas. Todos los medios querían lo mismo: los rostros que estaban detrás de la POM, las historias de interés humano, los detalles jugosos que concitaran el interés de las audiencias.

La respuesta que Wit escribió fue la misma para todos: «Quiénes somos es irrelevante. Ayúdenos transmitiendo lo que hemos descubierto. Muestren los vídeos. Compartan las tácticas. Inviten a los otros que están en la lucha a compartir también sus tácticas. Concéntrense en salvar vidas en vez de ofrecer entretenimiento superficial».

Algunos seguirían su consejo. La mayoría no. ¿Qué ganaban reproduciendo los mismos vídeos que los demás? Querían contenidos exclusivos. Querían información reveladora sobre la POM, biografías de sus miembros, fotos de sus seres queridos allá en casa.

Pronto aparecieron otros comentarios. Mensajes anónimos de soldados chinos. Algunos expresaban su gratitud. Otros compartían la información que habían recabado.

Los fómicos no parecen utilizar la radio. No podemos detectar nada. No parecen reconocer tampoco nuestras radios. O si lo hacen, no les importa.

El sentido de la audición de los fómicos es extraño. No es agudo como el nuestro. Parece basarse más en las perturbaciones del aire, que pueden detectar. Como murciélagos.

La bruma es letal al contacto. No hay que respirarla. Hemos perdido a hombres que llevaban máscaras de gas pero que tenían las muñecas o el cuello expuestos.

Wit subió todos estos datos al sitio principal para darles más difusión.

Entonces leyó la última entrada del foro. Era un spam que ofrecía un seguro de vida. Había palabras mal escritas y estaba mal puntuado. No era muy distinto a los millones de mensajes de spam que saturaban la red. Excepto que... era diferente. De un modo muy sutil. Wit tardó unos minutos en descifrar el código. Luego lo introdujo en su buscador y esperó. La pantalla quedó en blanco. Entonces apareció una orden: LEA EL POEMA EN VOZ ALTA. En la pantalla se materializó un soneto de Shakespeare.

Reconocimiento de voz, supuso Wit.

Empezó a leer el texto en voz alta. No había terminado la primera estrofa cuando

el poema desapareció y comenzó un vídeo. El coronel Turley, de la Fuerza Delta norteamericana y actual miembro de Strategos, se encaró a la cámara. Era un mensaje grabado.

«Ya que ha cortado todas las comunicaciones con nosotros, capitán, no tenemos otra opción que contactar con usted por medios menos seguros. Debería saber que en Strategos la mayoría clama por someterlo a corte marcial. Algunos piden su cabeza. Ha utilizado usted ilegítimamente fondos de la POM. Y nos pone en un compromiso. Si admitimos ante los chinos que autorizamos su entrada en el país, recibiremos una seria reprimenda del Consejo de Seguridad por ordenar un acto militar no autorizado. Si negamos haber autorizado su entrada, entonces pareceremos peligrosamente ineptos e incapaces de controlar a nuestros propios hombres. Le ordenamos que se entregue y permita a los chinos su extradición. Su corazón está en el lugar adecuado, capitán, pero su conducta no concuerda con la política y los procedimientos de la Policía de Operaciones Móviles. Por favor, actúe como tal».

El vídeo se apagó. Turley había leído la breve declaración, ya que sus ojos se movían de derecha a izquierda. Tampoco sentía lo que leía. Una mayoría de Strategos podía pedir la corte marcial para Wit, pero seguramente Turley no era uno de ellos. Era un halcón de pies a cabeza.

Lo que más sorprendía a Wit era que Strategos no hubiera encontrado una solución. Abrió el correo electrónico y le envió un mensaje codificado directamente a Turley.

Mi coronel, con el debido respeto, no puedo en buena conciencia abandonar esta operación. Hoy hemos ayudado a cientos de civiles y desarrollado una maniobra táctica que inflige sensibles bajas al enemigo. Puede ver la prueba de nuestros esfuerzos en nuestro sitio web. Dejarlo ahora sería abandonar a las decenas de miles de civiles que pretendemos ayudar y proteger. Por tanto, debo rechazar su orden directa y sufrir las consecuencias personales.

Mientras tanto, ¿puedo hacer una sugerencia que podría resolver su dilema? Miéntanle al mundo. Miéntanle al Consejo de Seguridad. Díganles que China solicitó nuestra colaboración. Díganles que pidieron nuestra ayuda. Alaben a los chinos por emprender una acción tan decidida en defensa de su ciudadanía. Hónrenlos. Cólmenlos de cumplidos. Usen nuestros vídeos como prueba. Denle todo el crédito al alto mando chino. Entonces se verán obligados a refrendar sus palabras. Negarlas sería volverle la espalda a su propio pueblo y condenar lo que ha sucedido hoy.

No firmó el mensaje. No quería usar su nombre en ninguna comunicación.

Esa noche encontraron un hotel abandonado al norte de Chenzhou. Habían saqueado el vestíbulo. Wit cogió las llaves de la recepción y las repartió entre sus hombres.

Era un hotel bonito. Había agua caliente y camas blandas. El aire funcionaba. Calinga y unos cuantos hombres salieron y regresaron con aerosoles de pintura. Verde, marrón, negra y gris. Wit no preguntó de dónde los habían sacado. Todos se

reunieron en el patio y camuflaron sus trajes aislantes. Luego regresaron a sus habitaciones y colgaron los trajes para que se secaran.

Wit comprobó las noticias. Strategos había difundido una nota de prensa alabando a los chinos por solicitar ayuda a las tropas de la POM. La nota remitía a las imágenes de la emboscada al transporte y el rescate de civiles chinos. No era el email de Wit exactamente, pero casi. Los chinos no habían perdido el tiempo en responder. Alababan las acciones de la POM y prometían que el gobierno continuaría aplicando todas las medidas para proteger a su pueblo. No era exactamente una respuesta de visto bueno total, pero tampoco de crítica o rechazo.

Wit apagó su holopad y se tumbó en la cama. Miró el techo. Ese día había perdido a cuatro hombres, una décima parte de su ejército en el primer día de guerra. No podía continuar con estas pérdidas. A este ritmo, toda su unidad quedaría exterminada en poco más de una semana. No, probablemente antes. Los combates se volverían más intensos y encarnizados cuanto más se acercaran a la sonda. Además, los fórmicos responderían a las tácticas que Wit y sus hombres aplicarían. El enemigo se adaptaría, reevaluaría, cambiaría su *modus operandi*. Atacarían a Wit de formas imprevistas.

Desechó todo pensamiento de los fórmicos.

Resopló.

Dejó que sus músculos se relajaran.

Luego se permitió pensar en los hombres que había perdido. Abrió esa parte de él. La rescató de sus recuerdos. Pensó en todos los momentos ridículos que habían compartido. Las meteduras de pata y los errores estúpidos. Las bromas y los patinazos. Los retos planteados y los retos cumplidos. Todos los momentos que solo ellos y él encontrarían divertidos.

Había pensado que tal vez aquellos recuerdos le harían reír de nuevo, que podría celebrar un duelo risueño.

Pero no hubo ninguna risa.

Y cuando finalmente se quedó dormido y los fórmicos acudieron a sus sueños, las únicas risas que oyó fueron las de aquellas criaturas abominables.

Posoperatorio

Los párpados de Mazer se abrieron apenas ante la luz. Los colores aparecieron en su campo de visión, oscuros al principio, borrosos y mezclados como si fueran sopa: marrones y negros con motas de blanco. Luego tomaron forma poco a poco, se solidificaron y se enfocaron. Había vigas, advirtió Mazer, travesaños estructurales, puntales vistos desde abajo. Yacía de espaldas, mirando el techo. Los resquicios del techo dejaban pasar finas lanzadas de penetrante luz. Oyó voces susurradas, a su derecha. Volvió la cabeza. El abuelo y Bingwen estaban a diez metros de distancia, sentados en el suelo, comiendo arroz con los dedos, usando anchas hojas de la jungla como cuencos. Estaban ligeramente vueltos hacia un lado y no lo veían. Mazer advirtió que conocía aquel edificio. Había estado allí antes. Dos veces. Era la granja.

Abrió la boca para hablar, pero tardó un momento en encontrar la voz. Cuando lo hizo, sonó rasposa y débil.

—¿Cómo he llegado aquí?

El anciano y el niño se dieron la vuelta, sobresaltados. Entonces sonrieron.

—Vaya, mira quién ha vuelto al país de los vivos —dijo el anciano en chino.

Se acercaron y se arrodillaron junto a él. El anciano acercó una taza a los labios de Mazer.

—Beba esto. Sorba despacio.

Mazer bebió. El agua estaba a temperatura ambiente y sabía un poco a lata.

—Lleva cuatro días dormido —dijo el anciano, retirando la taza—. Cinco, si contamos el que pasó junto a la nave caída. Tiene suerte de estar vivo.

Nave caída, pensó Mazer. Sí, había habido un accidente.

—¿Y mi unidad? —dijo en chino.

El rostro del anciano reflejó tristeza.

—Sus amigos no sobrevivieron a la colisión. Lo siento. Habría muerto usted también de no ser por Bingwen. —Puso una mano sobre el hombro del niño—. Lo traje hasta aquí. Él y unos cuantos más lo rescataron de la tumba.

Una manta cubría a Mazer. El anciano la retiró y reveló los gruesos vendajes de

su torso. La capa inferior era venda, pero las demás eran tiras de tela de diversos colores. Tenía el torso desnudo.

—Lo operaron —informó el anciano—. Una comadrona y Bingwen.

—Fue sobre todo la comadrona —aclaró el niño—. Yo solo sujetaba las cosas y traducía. Ella se encargó de cortar y coser.

Mazer se llevó con cuidado la mano al vendaje. Sentía un dolor sordo en el abdomen. Una opresión.

—Estaba lastimado por dentro —dijo el abuelo—. La máquina dijo que teníamos que arreglarlo o moriría.

—¿Qué máquina?

Bingwen tendió la mano hacia un lado y alzó el Med-Assist.

—Las baterías se agotaron hace tres días.

—¿Les dictó la operación?

—En inglés —contestó el anciano—. Por suerte para usted, Bingwen lo habla bien.

—Sí, por suerte —dijo Mazer—. ¿Cómo fue la operación?

El viejo se encogió de hombros.

—Llevó mucho tiempo. Mingzhu, la comadrona, no quería hacerlo. Lloró y se negó y dijo que no saldría bien. Bingwen, su amiga y yo la obligamos a terminar.

—¿Mi amiga?

—La doctora —dijo Bingwen—. La americana. Kim. Ella nos ayudó.

Mazer se sintió confundido.

—Te refieres a su voz. Su voz os ayudó. —Pero ¿cómo sabían el nombre de Kim?

—Era su voz en el aparato, sí. Pero también en línea —dijo Bingwen—. El aparato la llamó. Estaba muy preocupada por usted.

—¿Hablaste con ella? ¿Con la persona real?

—Nos guio durante la operación. Ella le salvó. Y nos ayudó a seguir su estado después hasta que las baterías se agotaron. Intentó que nos evacuaran, traer una nave hasta aquí. Pero no tuvo éxito. Hay cientos de solicitudes similares, le dijeron, y ningún medevac podía pasar. Estaba dispuesta a venir en persona, pero ningún piloto privado quiso traerla.

Mazer apenas daba crédito. Kim. ¿Era posible? Habían hablado con Kim. Ella los había guiado, lo había salvado. Miró las vendas en torno a su estómago. Quiso llamarla, darle las gracias, oír su voz, no la voz impersonal del aparato, sino la que le hablaba a él, la que contenía sentimientos y promesas.

—¿Y qué pasó después? —preguntó.

El anciano se estremeció.

—Mucho dolor. Delirios. Gritó usted muchas veces. Tuvo fiebre. Kim nos hizo darle antibióticos y mantenerle dormido. Creí que se había muerto en dos ocasiones,

tan débil era su respiración. Había otras medicinas que necesitábamos pero no teníamos. Le he estado dando agua y nutrientes. La máquina dijo que tenía un treinta por ciento de posibilidades de sobrevivir. Yo pensaba que muchas menos.

—Me alegro de que se equivocara.

—Es usted un luchador. Incluso cuando duerme —dijo el abuelo.

—La capacidad de lucha no tiene nada que ver. Fue la medicina, sus esfuerzos y una buena dosis de suerte —repuso Mazer. Tendió la mano y la puso en el brazo del abuelo—. ¿Cómo se llama, amigo?

—Danwen.

—Gracias, Danwen. —Tendió la otra mano y cogió la de Bingwen, apretándola con las pocas fuerzas que tenía—. A ambos.

Retiró las manos. El movimiento le requirió mucha energía, como si sus manos pesaran cuatro veces más de lo normal. Miró a izquierda y derecha.

—¿Dónde está Mingzhu? Me gustaría darle las gracias también a ella.

Danwen y Bingwen intercambiaron una mirada. El niño hizo una mueca.

—Se marcharon hace tres días —dijo el viejo—. De noche. Bingwen había traído un fusil y munición del accidente. Y teníamos comida, latas y cosas que mi nieto y yo habíamos enterrado y almacenado y luego trajimos a la aldea. Mingzhu y los demás se lo llevaron todo. Incluso los búfalos de agua. Nos dejaron sin nada.

Mazer miró la taza.

—Tienen agua.

—Agua de lluvia —dijo Danwen—. Cogemos la que cae del tejado y la hervimos. No nos atrevemos a beber de los arroyos. No con la bruma.

—Buena medida. Hervir lo que tienen y evitar todo lo demás.

—No sabe muy bien —dijo Bingwen.

—Es mejor que morir de sed —observó Mazer. Se volvió hacia el anciano—. ¿Adónde fueron los otros?

Danwen se encogió de hombros.

—Al norte. Con los demás. Todos los supervivientes se dirigen hacia allí.

—Ustedes dos no se han ido.

—No íbamos a dejarlo —dijo Bingwen.

Mazer apretó de nuevo la mano del niño.

—Una vez más, gracias. —Entonces arrugó el ceño y miró a Danwen—. ¿Cómo me trajeron aquí? El lugar del accidente debe de estar a varios kilómetros de distancia.

Danwen asintió ansiosamente, como si hubiera estado esperando poder contarle su historia. Se lo contó todo a Mazer, incluyendo pequeños detalles que sabía que aumentarían el dramatismo. Bingwen miró al suelo, luego se disculpó y se fue a otra parte de la casa. Cuando el anciano terminó, Mazer llamó al niño y le tendió la mano.

—Te debo la vida tres veces, Bingwen. No puedo agradecértelo lo suficiente. Fuiste muy valiente.

Bingwen aceptó la mano tendida y la estrechó.

—Solo devolví un favor —dijo, agitando la férula al aire.

—¿Cómo está tu brazo?

—Bien. Ya no duele. Si no lo uso, claro está.

Mazer se sintió agotado de pronto, los ojos pesados, los músculos débiles; era como si el mundo estuviera frenando de nuevo.

—Déjalo tranquilo —le dijo Danwen a su nieto—. Necesita descansar.

Mazer quiso replicar. Llevaba cuatro días descansando. Tenía que moverse, poner su cuerpo en marcha de nuevo. Allí tendido era inútil. Estaba poniéndolos en peligro. Deberían seguir su camino. No había nada más que pudieran hacer por él.

Sintió que su respiración se ralentizaba, preparándose para el ritmo del sueño. Intentó negarse, pero la oscuridad tiró de él y lo envolvió en su silenciosa negrura.

El trueno lo despertó, fuerte y resonante, expandiéndose por todo el valle. Mazer seguía tendido en el suelo de la granja. Fuera estaba oscuro. La lluvia tamborileaba el tejado y se colaba por media docena de goteras en el techo y formaba charcos en el suelo. Volvió la cabeza. Bingwen dormía junto a él, de espaldas, prácticamente tocándolo. En un momento dado tal vez había intentado usar una esquina de la manta, pero se había caído, y ahora el niño yacía encogido en posición fetal, temblando de frío.

Mazer alzó el brazo, se quitó la manta y cubrió al niño. Sintió la mordedura del aire nocturno en la piel desnuda, y deseó que la vieja comadrona le hubiera dejado la camisa.

Se volvió y vio a Danwen de pie ante la ventana, contemplando la tormenta. Tenía en la mano un objeto largo y fino, de más de un metro de longitud, con el extremo apoyado en el hombro. Mazer no pudo distinguir qué era hasta que cayó un rayo y el destello iluminó al viejo. Era una espada antigua y fina, con una empuñadura ornada de metal opaco y sin pulir. Herencia familiar, tal vez, o una pieza de atrezo de algún acto cultural. Desde luego, no serviría de mucho contra un escuadrón de alienígenas.

Debería ser yo quien montase guardia, pensó Mazer.

Solo que no tenía fuerzas para permanecer en pie. Apenas si podía mover la cabeza y mirar. Y cuando sus ojos empezaron a cerrarse de nuevo, a pesar del frío y la humedad y el rugido de la tormenta, no encontró fuerzas para resistir el tirón del sueño.

Cuando despertó, era de día. La tormenta había pasado de largo, la luz del sol se colaba por los agujeros del tejado, reflejándose en los charcos del suelo y

proyectando gotitas de luz sobre las paredes. Bingwen y Danwen no estaban por allí, pero alguien había vuelto a cubrirle el pecho con la manta. Se obligó a levantarse, rodando de costado e impulsándose con los brazos. El movimiento le envió una descarga de dolor por el abdomen, aunque, considerando lo que había pasado, el dolor podía haber sido mucho peor. Se puso a cuatro patas, tembloroso y un poco inseguro de sí mismo. Lo que le habían dado para mantenerlo dormido estaba tomándose su tiempo para desaparecer de su organismo. Algo le colgaba de la cadera y advirtió que tenía un catéter. Lo había llevado todo este tiempo y ni siquiera se había dado cuenta. Extendió la mano, dio un respingo y lo sacó de un tirón.

Se apoyó en un pie, luego en el otro, y se irguió. Tenía las piernas débiles y temblorosas; se sentía mareado. Se arrastró hasta la puerta y se agarró al marco. Danwen y Bingwen estaban allí fuera, agachados junto a una pequeña hoguera, hirviendo agua y arroz.

—No debería estar levantado —dijo el viejo—. La máquina dijo que debería permanecer en cama cinco o seis días.

—Me he acercado bastante. ¿Quién me puso el catéter?

Danwen pareció confuso. No conocía la palabra.

—La bolsa que recoge mi orina.

Danwen echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Eso fue cosa de la vieja comadrona. De todas las instrucciones que nos dio la máquina, ese fue el único paso al que no le puso pegamento.

—Eso no es cierto, abuelo —terció Bingwen—. También puso pegamento a eso.

—Bueno, sí, hizo falta discutir un poco para convencerla.

—Cuénteme qué ha pasado desde el accidente —pidió Mazer—. Con la guerra.

Danwen soltó la olla.

—Es mejor que se lo muestre.

Se dirigió hacia la puerta, pasando por debajo del brazo de Mazer, y cruzó la habitación hasta las ventanas abiertas. Le indicó que se acercara.

—Venga, si es que puede caminar. Véalo usted mismo.

Mazer se acercó y Danwen señaló la ventana. El valle carecía de vegetación. Donde antes había arrozales y densas frondas tropicales ahora había tierra removida y barro, raíces levantadas y charcos de agua de lluvia sucia, como si alguien hubiera arrancado la piel del mundo.

—¿Los alienígenas han hecho esto? —preguntó Mazer.

—Ahora los llaman fórmicos. Es el nombre que les ha puesto el ejército.

—¿Cómo lo sabe?

—He bajado al valle varias veces en busca de suministros. Normalmente se los quito a los muertos. No estoy orgulloso de ello, pero así es como hemos sobrevivido. He encontrado ropas para usted. Hay una camisa en aquella caja. —Señaló una caja

en la esquina—. La gente huyó de las aldeas con lo poco que podía llevar. He traído bolsas de comida, ollas para cocinar, cosas necesarias. No soy el único que roba a los muertos. He visto hacerlo a otra gente, supervivientes como nosotros que rebuscan entre sus pertenencias. Me cuentan cosas. Los fórmicos están pelando la tierra, dicen. Toda la biomasa. Plantas, animales, gente. Toda la materia biológica. Lo están levantando todo y recogéndolo en una pila gigantesca. Una montaña de biomasa que se pudre al sol junto a la sonda. Cuando el viento sopla desde donde está la sonda, se puede oler. Una peste hedionda. Un olor tan potente que te revuelve el estómago. Hace dos días las máquinas atravesaron este valle. Bingwen y yo las vimos. Destrozaron la tierra sin tocarla siquiera. Las máquinas siguieron adelante y la tierra arrasada se despegó.

—Escudos —dijo Mazer—. Así debe de ser como están retirando la tierra. La misma tecnología que usan para proteger la sonda.

—No sé nada de tecnología —repuso Danwen—. Solo sé que son malignos. Únicamente siembran muerte y destrucción. Primero rocían la bruma. Lo que toca, se marchita y muere rápidamente. Luego el viento la lleva a otras partes. Con el tiempo, las plantas que el viento toca se marchitan también, a veces una hora más tarde, a veces un día después. Pronto todo se encoge y muere. Y luego los fórmicos regresan y lo barren todo. —Miró tras él, vio que Bingwen estaba todavía en cuclillas ante el fuego a veinte metros de distancia, y habló casi en un susurro—. Los padres del niño han muerto. Los encontré hace unos días en el valle que hay ahí detrás. Los mató la bruma. Volví al día siguiente con una pala para enterrarlos, pero la tierra había sido recogida. Ya no estaban. Sus cuerpos están allí, en esa montaña putrefacta. No se lo he dicho a Bingwen. Ningún niño debería saber esas cosas.

Mazer guardó silencio un momento.

—¿Es ahí donde encontró la espada? —preguntó—. ¿En el valle?

Danwen asintió.

—Se la cogí a un hombre que era de nuestra aldea. No es gran cosa. Apenas tiene filo. Pero necesitábamos algo cuando perdimos el fusil. Protegeré a Bingwen con mi vida.

—Tiene suerte de contar con usted.

Danwen sonrió.

—Sí. Y usted tiene suerte de contar con él.

El sonido de una aeronave en la distancia hizo que ambos se volvieran.

—¿Y la guerra? —preguntó Mazer.

—Los primeros días hubo muchos aviones y combates en el aire. Nuestros cazas eran mejores que los suyos. Vi dos naves fórmicas destruidas en una escaramuza. Lo vi todo desde aquí mismo. Allá. —Señaló hacia el oeste—. Cayeron a unos cinco kilómetros. Me dieron ganas de bailar, pero son victorias nimias. Se rumorea que los

soldados chinos mueren como moscas. Grandes batallas al noroeste y al sudeste de aquí. Los fórmicos los arrasan. Es una guerra perdida.

—¿Qué hay de la sonda?

—¿Qué le pasa?

—¿La ha atacado alguien?

—Las fuerzas aéreas armaron mucho aspaviento. Docenas de aviones, volando en formación y disparando misiles y láseres. Oímos las explosiones durante días. Bum, bum, bum. Nada logró dañar la sonda. Está protegida. Al final, las fuerzas aéreas se dieron por vencidas y no volvieron.

—¿Y la infantería? ¿Ha visto algún tanque o presencia militar por aquí cerca?

—Nada. Ni un solo soldado.

—Tendrían que haberme dejado aquí e ido al norte con los demás —dijo Mazer.

—Bingwen no quiso saber nada de eso. Sugerí que el búfalo de agua tirara de nuevo de usted, pero estaba demasiado débil. Demasiado enfermo. Probablemente no lo habría conseguido. Bingwen se negó. Puede ser muy testarudo.

—Y muy listo.

—Sí. Eso también.

—Lamento haberlos entretenido. Ahora pueden marcharse. No hay motivos para que se queden.

Danwen se rio en voz baja.

—Bingwen dice que estamos más seguros con usted que al descubierto. Dice que nos protegerá. Por eso lo traje, para que nos proteja. Ya ve que en efecto es muy listo.

—Yo no voy a ir al norte. Cuando esté mejor, iré al sur, hacia la sonda.

—¿Para qué?

—Para destruirla.

—¿Un solo hombre herido y sin armas? ¿Cómo va a destruir una cosa así?

—Encontraré un agujero en su escudo y lo dinamitaré.

—¿Y si no hay ningún agujero?

—Entonces abriré uno.

Danwen sacudió la cabeza y rio con tristeza.

—Es usted tan testarudo como el niño, Mazer Rackham. Tan testarudo como el niño.

Vuelta a casa

La nave de Lem, la *Makarhu*, alunizó en el muelle norte de Jukes tal como había dispuesto su padre, exactamente a la hora acordada. Podría haberlo hecho doce horas antes, y Lem se había sentido tentado de hacerlo solo por fastidiar el juegucito de su progenitor, pero al final se abstuvo. Ignorar las instrucciones específicas de Ukko sería disparar el primer tiro de la guerra que fuera a desarrollarse entre ellos, y por ahora le parecía mejor representar el papel de hijo conciliador. Era mejor ver primero a qué jugaba su padre y luego reaccionar en consecuencia.

Lem esperaba ante la cámara estanca de la *Makarhu* con su mejor uniforme. No había conectado aún las grebas, y podía sentir la leve gravedad de la Luna tirando de sus pies. Era una sensación agradable. La primera sensación de estar en casa.

Fuera, los anclajes chasqueaban y se cerraban. El umbilical se extendió y se presurizó. La cámara estanca pitó y se abrió. Lem inspiró profundamente, conectó las grebas, sintió el tirón más fuerte de la gravedad a sus pies, y recorrió caminando el umbilical hacia la puerta de la terminal y lo que su padre tuviera guardado en la manga.

No era lo que esperaba. Cuando atravesó la última puerta, los vítores y aplausos de varios cientos de personas y el destello de las cámaras de varias docenas de periodistas lo asaltaron desde todos los flancos. Era un frenesí mediático. A su izquierda, un grupo de unas cien féminas, algunas de diez años y otras lo bastante mayores para ser sus madres, gritaban como fans histéricas ante una alfombra roja, agitando carteles y pancartas que expresaban su eterno amor por él y pidiéndole la mano en matrimonio. A su derecha, aplaudiendo con mucha más contención y sin embargo mostrando de todas formas entusiasmo, había un puñado de empleados de Juke, a algunos de los cuales conocía de vista de antes de partir, aunque la mayoría le resultaban completos desconocidos. La prensa estaba agrupada en una zona acordonada de la terminal, los rostros ocultos tras sus veloces cámaras. Y allí, en el centro de todo el circo, a quince metros de distancia, delante de Lem, sonriendo de oreja a oreja con los brazos extendidos en la invitación universal para un abrazo,

estaba su padre.

Lem supo al instante qué papel debería jugar allí. Miró a su padre a los ojos, sonrió, se dirigió hacia él y se fundió en un abrazo. Las cámaras se volvieron locas. La multitud dejó escapar un «Aah» colectivo, como si nada tocara más las cuerdas sensibles que el reencuentro de un padre con su hijo.

Ukko apretó con fuerza, como si temiera que algo pudiera arrancarle a Lem y devolverlo al espacio. Permanecieron así al menos treinta segundos: no lo suficiente para ser embarazoso para los espectadores, pero sí para borrar toda duda sobre el amor y la devoción absoluta que ambos se profesaban.

Entonces su padre rompió el abrazo y dio un paso atrás, sonriendo y mirando a su hijo. A Lem le sorprendió ver lágrimas en sus ojos, y por un momento pensó que eran auténticas. Entonces recordó que su padre había orquestado todo aquello, incluyendo el momento emotivo, y que nunca dejaba nada al azar. Si las lágrimas eran visibles, era porque tenían su razón de ser.

Lem pensó en llorar también: podía hacerlo fácilmente y de manera bastante convincente, pero supuso que su padre querría que hiciera el papel de joven fuerte y machote, el hijo que va a la guerra siendo un niño pero vuelve siendo un hombre de pelo en pecho. Ese era probablemente el plan.

Las cámaras se volvieron locas otra vez. ¿Lágrimas en los ojos de Ukko Jukes? ¡Inaudito! Clic-clic-clic-clic-clic.

—Me alegro de verte, padre.

—Bienvenido a casa, hijo.

Ukko lo rodeó con un brazo y se dirigieron a la salida, abriéndose paso entre la multitud. Seis o siete hombres de seguridad mantuvieron a raya a los periodistas y las fans chillonas.

—Lem, ¿cómo fue combatir a los fórmicos? —gritó un periodista, extendiendo el brazo entre la gente, sujetando un aparato de grabación.

—Lem, ¿ayudará a su padre en su batalla personal contra los invasores? —lanzó otro.

—¿Se enfrentaron realmente usted y su tripulación a la nave fórmica?

—¿Qué le dirá a las familias que han perdido seres queridos?

Lem y su padre se dirigían a un deslizador aparcado dentro del edificio. Había más guardias de seguridad alrededor del vehículo, que tenía los cristales tintados.

Justo antes de alcanzarlo, Ukko se detuvo, se dio media vuelta y dirigió a la multitud, la sonrisa todavía pegada en la cara, la voz lo bastante fuerte para hacerse oír por encima de la algarabía.

—Damas y caballeros, por favor. Mi hijo acaba de regresar a casa después de pasar casi dos años en el espacio. Su tripulación y él han vivido toda una serie de acontecimientos traumáticos. Le alegrará responder a todas sus preguntas

individuales en otra ocasión. Por ahora, respeten, por favor, la intimidad familiar. Tenemos muchas cosas de las que hablar, él y yo.

Un guardia de seguridad abrió la puerta del deslizador. Ukko condujo a Lem al interior y lo siguió, ocupando el asiento opuesto. La puerta se cerró y el deslizador despegó. El interior del aparato era silencioso y lujoso. Los asientos eran amplios, de cuero, con cojines mullidos. Incluso los cinturones y correas de seguridad eran el sùmmum de la comodidad, otro recordatorio más de que Lem estaba en casa. Se amarró para no zarandearse con la baja gravedad, y luego dijo a su padre:

—Acabas de prometerles a esos periodistas que me entrevistarán personalmente.

—Tendrás que conceder un montón de entrevistas, Lem. La gente quiere oír tu historia.

—¿Y qué historia es?

—No me digas que ya la has olvidado.

—¿Qué historia están esperando, padre? ¿Qué les has contado? Obviamente les has dicho algo. Estaban preguntando por mi lucha contra los fórmicos.

—Ah, qué buena elección de nombre. A los medios les encanta «fórmico». El mundo entero lo utiliza. Es el sonido de la última sílaba. No se puede discutir con una palabra contundente. Como «tanque», «kimono» o «Juke».

—«Fórmico» fue idea de Benyawé —dijo Lem.

Su padre sonrió.

—Noloa Benyawé. ¿Cómo está?

—Bien. Trabajaba de ayudante de mi ingeniero jefe, el doctor Dublin, el indeciso, hasta que la puse al mando de las pruebas del láser de gravedad. Al principio pensé que era una de tus pruebas vitales para mí.

Ukko frunció el ceño.

—¿Pruebas vitales?

—Anda ya, padre. Todos los juegucitos que has practicado conmigo desde que era niño, todos los obstáculos interpuestos en mi camino con algún ridículo esfuerzo por impartirme algo de tu sabiduría.

—Te halagas a ti mismo, Lem. Tengo cosas más importantes que hacer que construir escenarios complicados que puedan enseñarte una lección o dos. Ya no eres un niño.

—No, no lo soy. Por eso me sentí un tanto decepcionado cuando me enteré de que le habías dicho a Dublin que no hiciera nada que pudiera ponerme en peligro. Y no lo niegues. Él mismo lo admitió.

—¿Por qué iba a negarlo? —replicó Ukko—. Estabas probando un aparato nuevo, potencialmente peligroso, Lem. Le pedí a Dublin que obrara con cautela, si no por el valor bruto del prototipo al menos por el bienestar de mi único hijo. Perdón por ofenderte de ese modo. La próxima vez le daré menos importancia a tu vida y dejaré

que mis ingenieros sean intrépidos e irresponsables, si eso es más de tu agrado.

—Hiciste que Dublin dudara de todos mis movimientos. Estaba paralizado de miedo. Por eso tardaron tanto nuestras primeras pruebas. Dublin no quería correr ningún riesgo. El miedo de hacerme daño y molestarte flotaba sobre su cabeza.

Ukko se echó a reír.

—Entonces ¿ahora soy responsable de los temores de otro hombre? ¿De qué más soy culpable, de las pesadillas de algún niño? ¿De verdad, Lem, me culpas de tu incapacidad para realizar las pruebas iniciales? Dublin es un hombre adulto. Toma sus propias decisiones y acepta la plena responsabilidad por ellas. Lo mismo deberías hacer tú.

—Le diste a Chubs, mi segundo, las mismas instrucciones: no hagas nada que ponga en peligro a Lem. Básicamente le dijiste que anulara mi autoridad. Me hiciste parecer débil delante de mi tripulación.

—Pareces olvidar, Lem, que cuando pilotas una de mis naves, actúas como empleado de esta compañía. No tienes privilegios especiales por ser mi hijo. Tienes responsabilidades como capitán, y tu principal prioridad no debería ser qué elevado concepto tenga tu tripulación de ti. Tu principal prioridad es tu tripulación, veinticinco de cuyos miembros murieron bajo tu mando y como resultado directo de tus atolondradas órdenes. ¿Tienes idea de lo dañino que es eso para la compañía? Ahora habrá pleitos. Y no importa cómo respondamos, no importa lo bien que tratemos a las familias de luto, no importa lo generosos que seamos en el acuerdo, la prensa nos machacará. Nos tildarán de insensibles y descuidados. No se pueden ganar esas batallas, Lem. Tarde o temprano, a la prensa dejará de importarle por qué lo hicimos. No importará que intentáramos detener a los fórmicos. Pareceremos negligentes. Pareceremos los malos. Y cuando eso suceda, nuestras acciones se hundirán. ¿Tienes idea de cuánto dinero se pierde cuando caemos una centésima?

Lem no respondió.

—¿Lo sabes? —insistió Ukko.

—Pues claro que lo sé, padre. Poseo acciones en esta compañía, y soy el principal accionista de unas cuantas más. Sé cómo funcionan los mercados.

—Pues muy bien. Me alegro de ver que tu cara educación te permite comprender algo del mundo. Cuando me dijiste que habías expulsado a esos mineros del asteroide, pensé que quizás habías perdido el control de tus facultades mentales.

—Tu precioso prototipo no resultó dañado, padre.

—Tienes razón en eso. Es precioso. Vale varios miles de millones de créditos. La *Makarhu* es bastante valiosa también. Es una de nuestras naves más rápidas y lujosas. Por eso no puedo entender, por todos los demonios, cómo fuiste tan irresponsable de arriesgarte a dañar todo eso. Es navegación básica, Lem. Hay principios fundamentales que todo capitán conoce. Regla número uno: no destruyas la nave.

Regla número dos: no mates a la tripulación. Sin duda alguien lo revisó contigo antes de que zarparais.

Lem se dio la vuelta y miró por la ventanilla. Habían salido de la terminal y volaban sobre el paisaje lunar, de vuelta hacia la ciudad. A su derecha se encontraban las enormes instalaciones de Juke donde la mayoría de las naves de la flota minera de su padre se construían y se probaban antes de su partida hacia el Cinturón. Un enorme logotipo de la compañía destacaba en el edificio más grande y alto.

—Sí, le di a Chubs instrucciones especiales —dijo su padre—. Le dije que no siguiera ninguna orden tuya que pudiera ponerte en peligro. Lo hice para proteger mi propiedad y para protegerte a ti.

—¿Para protegerme de qué? ¿De mi propia falta de juicio? ¿De mi propia estupidez? ¿No comprendes que al dar esa orden no solo me privaste del auténtico mando, sino que demostraste también tu falta de confianza en mí?

—¿Eso es lo que quieres, Lem? ¿Que te diga cuánto confío en ti, lo seguro que estoy de que puedes hacerlo? ¿De verdad necesitas ese tipo de majaderías?

Lem sintió ganas de gritar. Quiso golpearse la nuca contra el reposacabezas. Pero se estuvo quieto y calladito.

—¿Y por qué te quejas? —continuó Ukko—. Está claro que Chubs ignoró mi orden. Atacaste la nave fórmica, por el amor de Dios, una nave alienígena que tenía diez veces vuestro tamaño. Yo diría que esas son órdenes peligrosas. Chubs no te anuló entonces. Te siguió a ti, no a mí.

—Se negó a cumplir mis órdenes en otras ocasiones.

—¿Así que diste reiteradas órdenes peligrosas? Bueno, en ese caso parece que fuiste más imprudente de lo que yo esperaba y que tenía razón al dar las instrucciones que di. Deberías darme las gracias. Puede que te haya salvado la vida.

Lem se volvió hacia la ventanilla. Nada había cambiado. Su padre se mostraba tan crítico e inflexible como siempre: obcecado en los errores de su hijo y sin embargo ciego a todos sus logros. Lem pretendía decirle cómo habían explotado el asteroide, cómo habían desarrollado un método para extraer los minerales ferromagnéticos de la roca después de pulverizarla, lo cual era un potencial logro industrial. Sin embargo, ahora no sentía deseos de decirle nada. ¿Por qué debería hacerlo? Su padre solo vería los errores. Solo llenaría toda la premisa de agujeros.

De pronto, Lem se sintió furioso consigo mismo, al advertir que había querido darle a su padre la buena noticia no porque supiera que la técnica de extracción ayudaría a la compañía, sino porque ansiaba ganarse su favor.

Qué patético, pensó. Después de todo, sigo mendigando su aprobación. Bien, se acabó. Disfruta de tu cómodo asiento, padre. Si me salgo con la mía, este no será tu deslizador ni tu compañía mucho más tiempo.

Volaron por el extrarradio norte de Imbrium y luego continuaron hacia el sur

sobre la Ciudad Vieja. Entonces el deslizador viró a la izquierda y se dirigió al este. Pronto la ciudad quedó atrás, y una vez más se encontraron sobre la superficie lunar pura. Finalmente, llegaron a una de las entradas de los túneles de Juke Limited.

La entrada era un ancho círculo de aterrizaje con una gigantesca combinación de letras y números en el centro que indicaba por qué parte del intrincado sistema de túneles se entraba. El deslizador se posó suavemente y el círculo de aterrizaje descendió como un ascensor. Después de treinta metros se detuvo ante una bahía de atraque brillantemente iluminada, donde unos brazos robóticos lo alzaron y transportaron a la cámara de despresurización.

Cuando su padre habló por fin, toda la acritud había desaparecido de su voz.

—Me alegro de que estés en casa, Lem. A pesar de lo que puedas pensar, me alegro de que estés a salvo. Sé que no soy la persona más fácil de tratar del mundo, pero todo lo que he hecho estuvo basado en que pensaba que era lo mejor para ti. No tuve una infancia fácil, Lem. Lo sabes. Todo lo he construido de la nada. Y uno de mis temores ha sido siempre que tu vida fuera demasiado blanda, que tú fueras demasiado blando. No por quien eres, sino por lo que tenemos, por los lujos que nuestra fortuna nos permite. No quería que fueras un niño privilegiado, Lem. No quería criarte con cuchara de plata. Quería una cuchara amarga para ti. Como la tuve yo. Puedes pensar que eso me convierte en un padre terrible, y tal vez tengas razón, pero eres un hombre mejor por eso.

La cámara estanca zumbó concediendo el permiso de paso, y sin decir otra palabra Ukko abrió la puerta y bajó del deslizador. Atravesó la compuerta y subió a la lanzadera que le esperaba y se lo llevó pasillo abajo.

Lem permaneció sentado un momento, demasiado aturdido para moverse. No porque su padre lo hubiera abandonado (Ukko siempre tenía que marcharse a otra parte), sino porque nunca le había hablado de esa forma. Nunca había discutido su relación ni había abordado el tema de su fortuna. No es que hubiera hecho ningún intento por ocultarle su riqueza. ¿Cómo podía hacerlo? Todo lo que los rodeaba era testigo de ello. Sin embargo, oír a su padre mencionarla y, más aún, reconocer que Lem era todo un hombre le resultaba completamente extraño.

Y había parecido sincero. No había ningún atisbo de ironía o sarcasmo en su voz.

¿Qué era esto?, se preguntó Lem. ¿Otra prueba? ¿Otro ejercicio de humillación? ¿O su padre hablaba realmente desde el corazón?

—¿Qué sucede, Lem? —dijo una voz.

Lem alzó la cabeza. Simona, la ayudante de su padre, estaba ante la cámara, inclinada hacia delante y asomada al deslizador, sujetando su holopad.

—No se te han quedado atascadas las piernas ahí dentro, ¿verdad? ¿Tengo que llamar a alguien?

—Mis piernas están bien —respondió Lem. Salió del deslizador y se cepilló una

mota de polvo inexistente de la manga.

—Un poco de atrofia no es nada de lo que avergonzarse —dijo Simona—. Dos años en gravedad cero es mucho tiempo.

Le hablaba como si fuera un niño, como hacía siempre, aunque solo tenía cinco años más que él. Lem lo detestaba.

—Estoy bien —dijo.

No la había visto entre los técnicos antes, pero no le sorprendía. Simona tenía la costumbre de aparecer de repente al lado de su padre exactamente cuando la necesitaba, normalmente sin hacer ningún sonido. En broma, una vez él la había llamado «gata de la jungla» y ella confundió las palabras con algún tipo de flirteo, por lo que le dijo claramente que nunca sería una de sus conquistas y lo rechazó de plano. Lem se rio, cosa que Simona interpretó como un agravio añadido. Todo había sido un tonto malentendido, pero había amargado su relación, y al parecer dos años separados no habían resuelto la situación.

Simona tenía exactamente el mismo aspecto que cuando él se marchara: falda conservadora, blusa conservadora, zapatos planos y funcionales. No le interesaba la moda. A menudo encontraba las últimas tendencias insultantes y ridículas. Lem estaba de acuerdo con ella, pero eso no la hacía verla con mejores ojos. No era tampoco particularmente bonita. No es que fuera fea, pero tampoco era el tipo de mujer que se ganaba una segunda mirada. Se peinaba el pelo apartado de la cara, y esa era toda la atención que le prestaba. Su nariz era pequeña, sus mejillas pecosas, su pecho plano. Era como una desmañada niña de doce años que hubiera deseado quedarse así toda la vida.

—Mi padre se ha marchado a toda prisa —dijo Lem.

—No vendrá —respondió Simona—. Tiene reuniones.

—¿Venir adónde?

—¿No te lo dijo? —Miró el horario de trabajo en su holopad y empezó a caminar pasillo abajo—. No, claro que no. Tiene demasiadas cosas en la cabeza. —Chasqueó los dedos—. Ven.

Él se apresuró a alcanzarla.

—No soy un perro, ¿sabes?

Ella no levantó la cabeza del pad.

—Yo chasqueo los dedos. Doy órdenes rápidas. Así es como hacemos avanzar las cosas.

—Sí, bueno, pero no resulta muy amable.

—A tu padre no le importa.

—Yo no soy mi padre. No me parezco en nada.

Ella le dirigió una mirada y una sonrisa burlona.

—No, en nada.

Lem se detuvo.

—¿Qué se supone que significa eso?

Simona se volvió hacia él.

—Significa lo que he dicho. Expresaba que estoy de acuerdo contigo.

—Sí, pero cuando lo dices suena como una afrenta.

Ella se cruzó de brazos.

—Estar de acuerdo con las cosas que dices sí que es una afrenta. Anotado. Discutiré y estaré en desacuerdo más veces. —Señaló el fondo del pasillo—. ¿Vamos?

Echaron a andar de nuevo. Lem apretó los dientes. La misma Simona de siempre. Diez segundos y querías estrangularla.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó. Prácticamente tenía que correr para seguirle el paso.

—Tenemos un horario ajustado, Lem. Tu padre dirige la corporación más grande del mundo e intenta detener una guerra. Tiene trabajo a espuestas. Me alegro de que estés en casa, por cierto.

—Gracias.

—Tu padre se alegra también. Estaba preocupado por ti.

—Eso ha dicho.

Ella lo miró con mala cara.

—¿No lo crees?

Lem no quiso contestar. Lo que le dijera sin duda llegaría a oídos de su padre.

—¿Adónde vamos? —preguntó, cambiando de tema.

—A ninguna parte. Ya hemos llegado.

Se detuvo y abrió una puerta a su izquierda. Lem la siguió. Entraron en una pequeña antesala donde había una silla de director, un espejo y una mujer con varias cajas de cosméticos. Más allá de la antesala había un espacio mucho más grande, con luces y cámaras emplazadas. Cinco personas trajinaban de un lado a otro con equipo diverso.

Simona señaló la silla del director.

—Siéntate.

Lem lo hizo y señaló las cámaras de la otra habitación.

—¿Qué es esto?

La mujer de los cosméticos colocó un babero de papel alrededor del cuello de Lem y empezó a rociarle la cara con polvo.

—Tu primera entrevista —dijo Simona—. Gun Chen. Es chino. Tiene un programa a primera hora de la mañana. Muy popular. Aquí están las cosas que tienes que decir. —Las fue enumerando con los dedos—. Una, estabas en el Cinturón de Kuiper probando un aparato propiedad de Juke Limited. Descubriste a los fórmicos, e

hiciste planes para detenerlos...

—Eso no fue idea mía. Fue de otra persona.

—¿De quién? ¿De otro miembro de la tripulación?

—De otra nave. Mineros libres. Acudieron a mí y nos pidieron ayuda.

—En ese caso, dirás que estabas en contacto con otra nave y que «decidimos atacar a los fórmicos». No podrían haberlo hecho sin ti, así que deberías darte más protagonismo.

—Había también una tercera nave. Un vehículo WU-HU.

Simona torció el gesto.

—¿Participaron en el combate?

—Técnicamente, no. Se quedaron atrás con las mujeres y los niños.

Ella asintió, considerándolo.

—Todas las naves WU-HU se han quedado en el Cinturón, así que no importa. No los menciones. Di «otra nave minera» si tienes que hacerlo. O no los menciones en absoluto.

—En otras palabras, que no mencione a un competidor.

—Las relaciones públicas y los representantes legales tienen que aprobar la entrevista antes de que se emita, Lem. Así que si dices WU-HU lo cortarán de todas formas. Ahorremos tiempo a los ingenieros de sonido y dejemos las cosas simples. Cuando Chen te pregunte por qué volviste tan rápido del Cinturón de Kuiper, la respuesta es que regresaste para devolver ese aparato a Juke. Crees que puede ayudar en la guerra. Tal vez incluso ponerle fin.

Lem se apartó de un manotazo el cepillo de la cara y la encargada de maquillaje retrocedió. Se levantó de la silla.

—¿De eso va todo esto? ¿Por eso hizo mi padre toda la fanfarria por mi vuelta a casa? ¿Los medios y las fans gritando y el gran abrazo falso? ¿Para ponerme bajo los focos y así convertirme en el publicista de su maldito gláser?

Se quitó el babero, lo arrojó a un lado, y salió por la puerta, avanzando rápidamente pasillo abajo en la dirección que había seguido la lanzadera de su padre.

Simona tuvo que echar a correr para alcanzarlo.

—Espera. ¿Adónde vas?

—A tener unas palabras con mi querido papaíto.

—¡Está en una reunión!

—¿Dónde?

—¿Quieres pararte un momento y escucharme?

—¿Dónde es la reunión?

—No voy a decírtelo.

—Entonces buscaré a alguien que lo haga.

Siguió andando, mirando de un lado a otro en cada pasillo que encontraba,

desesperado por hallar un transeúnte.

—No, no lo harás —dijo Simona—. Nadie en esta ala sabe dónde está tu padre. Y aunque lo supieran, todo lo que yo tendría que hacer es enviarles un mensaje universal, cosa que se hace en dos segundos, y ninguno hablaría contigo. Cerrarían el pico.

—Sí. Más ovejitas obedientes. Igual que tú.

—¿Quieres pararte un momento? No puedo correr con esta falda.

Lem se detuvo y se dio media vuelta. Ella chocó contra él y dejó caer el holopad, que golpeó el suelo pero no se rompió. Él se agachó y lo recogió para mirar el plan de trabajo, pero la pantalla se oscureció en cuanto la tocó. La pulsó, pero no sucedió nada.

—No responderá a tu contacto —dijo Simona, arrancándole el holopad de la mano—. Seguridad biométrica. —Se lo guardó bajo el brazo, se apartó un mechón de pelo rebelde y dijo—: ¿Cuál es tu problema?

—Mi problema es que mi padre cree que puede utilizarme en su pequeña guerra para obtener beneficios. Y tengo una noticia que darle: no voy a seguirle el juego.

—¿De qué estás hablando?

—¡El gláser! Quiere usar el gláser en la guerra.

—¿Y eso es un crimen?

—No voy a venderle el gláser a los chinos. Ni a los rusos. Ni a quien mi padre quiera que se lo publicite. Sé lo que está haciendo. Es típico de mi padre. Les proporcionó a los periodistas la historia de cómo me enfrenté a los fórmicos en el Cinturón de Kuiper para hacerme quedar como un héroe. Intenta potenciarme ante la opinión pública porque quiere utilizarme para vender el gláser. No quiere a un hijo. Quiere el apoyo de un famoso. ¿Y sabes una cosa? ¿Sabes qué es lo más triste de todo? Me lo creí. Durante un fugaz instante me tragué la idea de que esos ojos llorosos suyos en la terminal eran reales. Cosa que es ridícula. Lo preparó todo. Era una actuación. Un señuelo. Preparó el escenario. Trajo al público y gritó «acción».

—Déjame aclarar una cosa. ¿Tú eres el famoso del apoyo de un famoso?

Él se cruzó de brazos.

—Te estás burlando de mí.

—Intento seguir tu hilo de pensamientos —dijo ella—. No cuestiono tu estatus de famoso. Eres hijo de uno de los hombres más ricos del mundo. Acosado por los paparazzi en sus años mozos. Votado el soltero más apetecible por algunas revistas pop para adolescentes de las redes. Buen pelo. Dientes blancos. Comprendo que puedas llegar a esas conclusiones.

Él se dio media vuelta y echó a andar de nuevo.

Ella corrió hasta alcanzarlo.

—De acuerdo, tienes razón. Me estaba burlando de ti. Porque tienes razón en

parte.

Él se detuvo y la miró.

—Pero solo en parte —dijo ella—. Tu teoría está equivocada en muchos aspectos.

—Ilumíname.

Ella suspiró.

—Tu padre, en efecto, quiere que publicites el gláser. Quiere darle un montón de publicidad. Pero no para venderlo. Está intentando convencer a los norteamericanos para que no se suiciden.

—¿De qué estás hablando?

—Será más rápido si te lo enseño.

Le indicó que lo siguiera y se internó por un pasillo lateral. Recorrieron veinte metros y atravesaron la primera puerta que encontraron. Era una sala de conferencias con una holomesa en el centro. Un equipo de seis ingenieros estudiaba el holo de un complicado componente mecánico que flotaba en el aire ante ellos. Uno de ellos lo hurgaba con su punzón y dirigía el debate.

—Necesito esta habitación —dijo Simona.

Los ingenieros la miraron y luego a él. Se volvieron hacia el que tenía el punzón, claramente su jefe.

—¿Ahora? —preguntó el hombre.

—No, ayer para desayunar —repuso Simona—. Sí, ahora.

—Pero si nosotros reservamos esta habitación.

—Y yo estoy anulando la reserva. Vamos, márchense.

Chasqueó de nuevo los dedos y los ingenieros se levantaron de un brinco, recogieron sus cosas y salieron sin rechistar. Sabían quién era y a quién informaba.

—Tienes unos modales de lo más agradable —dijo Lem cuando se marcharon.

—Funcionan, ¿no?

Simona se acercó a la holomesa, borró el holo e introdujo una serie de códigos mediante gestos. Una nave apareció en el holoespacio, lisa y pequeña, con un gran aparato tubular montado en su parte inferior.

—Esto es el dron *Vanguard* —dijo—. El mayor lanzamiento que hemos tenido en años. Es un dron prospectivo, diseñado para buscar asteroides viables. Si encuentra algo que merezca la pena explotar, nos alerta, y nosotros enviamos una nave tripulada para extraer los minerales. Lleva más de una década en desarrollo.

—¿Cómo es que nunca he oído hablar de esto antes?

—Era información confidencial. Tú no estabas en la lista. Intenta no sentirte ofendido.

—De acuerdo.

—Tu padre presentó el *Vanguard* al mundo literalmente minutos antes de descubrir la existencia de los fórmicos. No le hizo ninguna gracia. El *Vanguard* tenía

por objetivo relanzar la compañía. La interferencia lleva meses matando el negocio. Hemos tenido dos cuatrimestres en rojo. Los accionistas estaban ansiosos. Necesitábamos una victoria. El anuncio de los fórmicos no podía haber llegado en peor momento. El Consejo se dejó llevar por el pánico. Todos sabían que el anuncio eclipsaría cualquier impulso que pudiéramos haber ganado con el *Vanguard*.

—Típico del Consejo —dijo Lem—. Más preocupados por las cuentas que por una inminente invasión alienígena y la posible aniquilación de la raza humana. Cuánta clase. ¿Qué es ese tubo que hay debajo del dron?

—El gláser.

—¿El gláser? ¿Tenéis más de un prototipo?

—Solo hay un prototipo, y está en tu nave. Este es el de verdad. Tu padre inició la producción del gláser en cuanto nos enteramos de que lo habías probado con éxito en el Cinturón de Kuiper hace nueve meses.

—¿Iniciasteis la producción? Pero no habíamos terminado con las pruebas. Los resultados que os enviamos eran solamente de la prueba inicial. Nos faltaban docenas de análisis de campo.

—Que nunca llegasteis a realizar —dijo Simona—. Perdimos contacto con vosotros debido a la interferencia, y tu padre se impacientó. Hicimos algunas pruebas aquí, cambiamos algunos detalles, redujimos el diseño, lo cubrimos todo de placas blindadas, y eso fue todo.

—¿Y no nos esperasteis?

—Fue hace nueve meses, Lem. Ni siquiera estábamos seguros de que siguierais con vida. Era tecnología muy valiosa. No íbamos a quedarnos de brazos cruzados esperando a que aparecieras. Cogimos lo que teníamos y pasamos página.

—Si pudisteis haber hecho todas las pruebas aquí, ¿por qué me envió mi padre al Cinturón de Kuiper?

—Porque es el lugar ideal para realizar pruebas de campo en secreto. Tu padre no intentaba librarse de ti, si es eso lo que estás pensando. El espacio profundo sigue siendo nuestro campo de pruebas preferido. Solo trabajamos aquí porque era preciso. No teníamos ni el tiempo ni las capacidades de comunicación para enviar a otra tripulación.

Lem se apoyó en la mesa y contempló el holo. Dos años en el espacio, y su padre podría haber hecho fácilmente las pruebas aquí. No tan concienzudamente, tal vez, no con tanta fiabilidad, pero eso no le había impedido hacerlas. Lem sintió que todo el tiempo que había pasado en la *Makarhu* había sido un desperdicio.

—Si es una nave prospectiva, ¿por qué va equipada con un gláser?

—Porque ya no es una nave prospectiva —dijo Simona—. Ahora es una nave de guerra.

Lem la miró, enarcando una ceja.

—¿Estás de broma?

—Ukko planea atacar a la nave nodriza con una flota de drones.

—¿Una flota? ¿Cuántos drones de estos pretende fabricar?

—Cincuenta. Y ya los ha fabricado. Los gláseres también han sido producidos. Lo único que queda es montarlos en los drones. Nuestras cadenas de montaje trabajan sin descanso mientras hablamos. No obstante, es más complicado de lo que pensábamos. Hemos tenido que modificar los controles de vuelo para encajar el gláser.

—¿Hasta qué punto habéis puesto a prueba el gláser? —preguntó Lem.

—Principalmente trabajo de laboratorio y modelos informáticos. No podíamos salir ahí fuera y volar unos cuantos asteroides. No hay ninguno por aquí. Por eso las pruebas de campo son mejores.

—Tenéis que hablar con la doctora Benyawe y el doctor Dublin, mi ingeniero jefe. Todos nuestros modelos informáticos para el gláser estaban equivocados. Cuando golpeamos un asteroide grande en el Cinturón de Kuiper, el campo de gravedad resultante fue mucho más grande de lo que esperábamos. También consumió nuestra nave. La nave fórmica es mucho más grande que esa roca, y su composición es desconocida. Benyawe me convenció de que era demasiado peligroso darle con el gláser. Es imposible saber qué clase de campo de gravedad resultaría. Hacerla diana de cincuenta gláseres a la vez podría ser suicida.

Simona tomó unas cuantas notas en su holopad.

—¿Algo más?

—Sí. Todavía no me has explicado por qué tengo que publicitar el gláser en entrevistas y qué tiene eso que ver con los norteamericanos.

Simona pasó la mano por el campo y el dron desapareció. Tras unos cuantos gestos más, la nave fórmica apareció en su lugar.

—Nuestras fuentes dentro de la Junta de Jefes del Estado Mayor nos dicen que los norteamericanos planean un ataque contra la nave nodriza fórmica.

—¿Tenéis fuentes tan altas en el escalafón?

—Tenemos fuentes en todas partes, querido. Y esas son particularmente fiables. Aunque la verdad sea dicha, el ataque no es un gran secreto. Todo el mundo lo espera. Los norteamericanos lo han estado preparando en el espacio desde que se confirmó la noticia de la nave fórmica. Y, como sabes, es muy difícil hacer nada en el espacio sin que el mundo entero lo sepa. Lo único desconocido es cuándo y dónde tendrá lugar el ataque.

—¿Qué planean los norteamericanos?

—Han armado quince lanzaderas y las han añadido a su flota espacial. Ahora mismo tienen veintidós naves. Esta mañana nos hemos enterado de que los rusos, los británicos y los chinos van a sumar naves también, lo que hará un total de cincuenta y

tres.

—Vi a los fórmicos eliminar a sesenta naves de una sola vez en el Cinturón. No es un espectáculo agradable.

—Los norteamericanos van a hacerlo de todas formas —dijo Simona—. Sus militares consideran que la Batalla del Cinturón fue protagonizada por campesinos actuando como soldados.

—Entonces los militares norteamericanos son idiotas. Los mineros de los asteroides son mejores pilotos espaciales y están mejor preparados para el combate en el espacio que los soldados y pilotos sacados del planeta.

Simona se encogió de hombros.

—No soy estratega. Solo mantengo informado a tu padre.

—¿Por qué no atacan a la nave nodriza con bombas nucleares?

—Lo han hecho. O lo han intentado, más bien. Hace tres días. No funcionó. Los cañones fórmicos eliminaron los misiles mucho antes de que alcanzaran la nave. Los misiles estallaron y emitieron masivos pulsos electromagnéticos que destruyeron unas tres docenas de satélites y crearon cinturones artificiales de radiación que causarían molestias a todos durante años.

—Si el ataque nuclear fracasó, ¿por qué siguen adelante con un ataque tripulado? Si los fórmicos pueden parar misiles, destruir lanzaderas y naves será pan comido.

—Los norteamericanos no piensan así. Los sistemas armamentísticos fórmicos están ocultos dentro de la nave y solo emergen cuando esta es amenazada. Las imágenes que tiene la ASCE de la Batalla del Cinturón y las imágenes de los fórmicos eliminando al secretario de las Naciones Unidas demuestran que esas armas están ocultas.

—¿Cómo? La superficie es redonda. Cada centímetro cuadrado de la nave parece idéntico.

—No lo sé. Deben de tener algún truco. Tal vez si se acercan lo suficiente puedan detectar pequeñas irregularidades en la superficie. Todo lo que sé es que pretenden localizar los puntos donde se guarecen las armas e inutilizar los cañones antes de que puedan salir. Un segundo grupo de naves atacará a los fórmicos aquí, en la punta, donde está localizado el equipo generador de escudos. Los norteamericanos confían en que una vez conseguidos esos dos objetivos, podrán orquestrar fácilmente un ataque a gran escala.

—Se equivocan —dijo Lem—. Los cañones son solo la primera línea de defensa de los fórmicos. La nave en sí es un arma mucho más letal. Hay aberturas en toda su superficie. Cualquiera de ellas puede abrirse y disparar plasma gamma laserizado en cualquier dirección. Lo he visto con mis propios ojos. Las lanzaderas no tienen la mejor oportunidad. ¿Cuándo planean hacer esto?

—Dentro de cuarenta y ocho horas —dijo Simona.

—Tienes que detenerlos.

—Ese es tu trabajo. Para eso son las entrevistas. Dile al mundo lo que sabes. No tienes que exagerar. No tienes que mentir. Sé sincero. Tu tripulación y tú habéis visto a los fórmicos de cerca. Nadie más lo ha hecho. Convince a Estados Unidos de que se retire y deje a Ukko lanzar un ataque con drones.

—Ya te he dicho que los drones con gláseres podrían ser una mala idea. No voy a apoyar esa estrategia. Si quieres que diga eso en una entrevista, olvídalo. Tendrás que encontrar a otro que lo haga.

—Bien. Lo haremos. Di lo que consideres mejor. Pero si dices algo contra los drones, simplemente lo cortaremos más tarde, así que no te molestes. Solo ayúdanos a detener el ataque norteamericano. Salvarías vidas.

—Ahórrame el argumento de salvar vidas. Tú y yo sabemos que mi padre lo que quiere es hacerse el héroe. No quiere que los norteamericanos y sus aliados destruyan la nave nodriza porque quiere la gloria para sí mismo. Sé cómo piensa, Simona. Si no le beneficia, no le interesa.

—No lo tienes en alta estima, que digamos.

Ella le comunicaría a su padre todo lo que dijera, pero en ese momento a Lem no le importaba. Ahora mismo su mente corría desbocada. Se le había ocurrido una idea. ¿Y si esta era la oportunidad que llevaba años esperando? El ataque con los drones estaba destinado al fracaso. Sin embargo, su padre apostaba a él todas sus fichas. Cincuenta drones y cincuenta gláseres. Una fortuna enorme. No lo suficiente para causar la bancarrota de la compañía, pero sí para aprobar una moción de censura y expulsar a su padre del trono cuando los gláseres y los drones fueran destruidos. El Consejo no podría ignorar un error como ese.

Haría falta tiempo y esfuerzos para reconstruir la compañía, naturalmente, pero Lem había levantado otras compañías antes. Nunca a esa escala, pero el juego era el mismo, no importaba el tamaño de la empresa.

Pero expulsar a su padre no sería suficiente, lo sabía. Lem también tenía que situarse como el sucesor adecuado, y que Ukko lo convirtiera en héroe nacional desde luego no le vendría mal. El Consejo le habría echado el ojo. Estarían ansiosos por reconstruir la imagen de la compañía, ¿y qué mejor forma que con un favorito de los medios con probado éxito empresarial y que además era el tenaz hijo del fundador?

Cierto, los fórmicos seguirían siendo un problema. Habría que tratar también ese tema. Pero eran un enemigo para otro día. Ahora mismo su padre era quien tenía el flanco al descubierto, y Lem no estaba dispuesto a dejarlo pasar por alto.

Se alisó la chaqueta y señaló hacia la puerta.

—Acabemos con esto de una vez.

Ella pareció aliviada.

—Vas a hacer lo adecuado, Lem. La gente tiene que oír esta historia. Y no te

cortes. Ofréceles dramatismo. Es lo que la gente quiere.
—Relájate, Simona. Haré que se muerdan las uñas.

Cuervos

La cámara estanca era pequeña, pero las quince mujeres consiguieron apretujarse dentro.

Rena cerró la escotilla interna, aislándolas de la bodega de carga, y luego giró la rueda y aseguró el cierre. La escotilla externa, en la pared opuesta, era ahora todo lo que les separaba del vacío cósmico.

—Comprobad el traje de la persona que tenéis al lado —dijo—. Buscad pinchazos, arañazos, cualquier signo de deterioro estructural, sobre todo en los pliegues: codos, axilas, corvas. Aseguraos de que todos los trajes son herméticos. — Sus trajes de presión eran más nuevos y bonitos que los que habían llevado a bordo de la *Cavadora*, pero Rena no quería correr ningún riesgo.

Las mujeres obedecieron sin vacilación. Confiaban en el liderazgo de Rena en lo referido al equipo.

—Comprobad vuestros niveles de oxígeno. Manejad las válvulas de aire, aseguraos de que tenéis control manual de vuestra toma de aire por si lo necesitáis. Sabed lo que estáis respirando. Controlad vuestra mezcla. Pedidle a vuestros cascos un escaneo completo del sistema de soporte vital. Si alguna de vuestras constantes biométricas está desviada, si notáis la menor pega, decidlo ahora. Esta vez no es un simulacro. Esto es real. Que no haya errores.

Sus caras eran visibles a través de las viseras, y Rena pudo ver que muchas de ellas estaban nerviosas. No se lo reprochaba. Ella también lo estaba. La mayoría hacía años que no realizaba un paseo espacial: en la *Cavadora*, eran los hombres los encargados del trabajo de explotación minera. Aún peor, los cuervos no usaban cables de conexión vital, ni las largas mangueras conectadas a la espalda de los trajes espaciales que te mantenían anclada a la nave. En la *Cavadora*, salir sin un cable era suicida, la decisión más peligrosa, imprudente y estúpida que podía tomar un minero. El cable de conexión vital era exactamente lo que su nombre daba a entender: suministraba energía y aire y si alguna vez tenías problemas, si necesitabas que te rescataran rápidamente, era el medio por el que te devolvían a la nave.

Pero era imposible utilizar los cables en el trabajo de desguace. El pecio se movía constantemente: los cables se enredaban y se torcían cuando todos estaban a bordo. Además, por dentro las naves eran laberintos, con pasillos que se extendían en todas direcciones: los cables se retorcían fácilmente y se enmarañaban y acababan formando nudos. Luego estaba el riesgo de cortarlos con los afilados bordes del metal destrozado y los restos.

No, para el trabajo de desguace era mejor llevar oxígeno y baterías portátiles. Sin embargo, los cables eran el único tipo de paseo espacial que conocían las mujeres. La idea de salir a la negrura sin una atadura resultaba aterradora.

—No tendremos ningún problema —les aseguró Rena—. Hemos estado practicando para esto.

Se acercó a la compuerta externa y se asomó a la pequeña portilla que daba al pecio que había ahí fuera. Era difícil decir qué tipo de nave había sido. Las armas alienígenas la habían reducido a pedazos durante la batalla, dejando intacta solamente esa sección trasera.

Se volvió hacia el grupo y alzó los brazos por encima de la cabeza.

—Estiraos. Los músculos tienen que estar relajados para el despegue y el aterrizaje.

Las mujeres obedecieron, flexionaron las piernas y se relajaron. Rena tardó un momento en volver a colocar algunas de las cosas que se había atado al cinturón y los hombros. Arjuna las había dotado a todas de herramientas de desguace. Rena llevaba una sierra giratoria, cizallas industriales y una docena de otras herramientas más pequeñas en los muchos bolsillos de su traje.

La voz de Arjuna sonó en sus cascos.

—Muévanse con rapidez. No pierdan el tiempo con componentes de poco valor. —Se encontraba en el puente, monitorizándolas, siguiendo el pecio—. Cuando entren en una sala, escudríñenlo todo. Pónganle precio a todo lo que vean. Y recuerden que las piezas más valiosas pueden no estar a la vista. Busquen tuberías, cables, conductos. Síguelos hasta la fuente. Encuentren lo que los surte de energía o lo que bombean. Retiren los paneles. Déjenlo todo al descubierto. Luego decidan qué es lo más valioso y empiecen a cortar. —Se estaba repitiendo. Llevaban semanas ensayando—. ¿Y cuánto de más se recorta?

Se refería a los cables o los tubos, todas las piezas sustituibles que conectaban con el componente y lo anclaban a la nave. Cortar un cable de energía estaba bien. Cortar el componente no.

Todas las mujeres respondieron al unísono, algunas con voz monótona. Habían repasado esto muchas veces ya.

—Como mínimo medio metro —dijeron.

—Como mínimo —repitió Arjuna—. Como mínimo. Más, mejor. No se queden

cortas a la hora de ser cautelosas. Si cortan demasiado poco o si dañan la pieza al arrancarla, es basura. No conseguiremos nada por ella.

Rena miró a su derecha y vio a Abbi a su lado. Abbi había llegado a la *Cavadora* como esposa joven de una familia de mineros libres peruanos que nunca había permitido a sus mujeres salir al espacio. Parecía aterrorizada.

—No te alejes de mí —dijo Rena—. Iremos juntas a todas partes.

Abbi asintió, agradecida.

Rena se apiadó de ella. Abbi había perdido a su único hijo, Mono, cuando la *Cavadora* fue destruida, y la pérdida fue devastadora para ella. Desde entonces se había mostrado apartada y distante. Rena había intentado consolarla en diversas ocasiones, pero Abbi siempre había rechazado sus gestos y preferido estar a solas. Ahora, sin embargo, estaba aterrada, desesperada por tener compañía.

—Nos ayudaremos la una a la otra —le dijo Rena—. Nadie está sola en esto.

Abbi volvió a asentir, poniendo su mejor cara. Al menos lo estaba intentando, pensó Rena.

La voz de Arjuna volvió a sonar.

—Tendremos las redes abiertas. Cuando saquen un componente, llévenlo fuera y lánzenlo a las redes.

Las redes habían sido una fuente de conflicto entre las mujeres. Arjuna había ordenado a su tripulación original que se encargara de las redes y recogiera las partes recuperadas, mientras que las mujeres de la *Cavadora* eran las que tenían que entrar en el pecio y recuperar los materiales valiosos.

—Veis lo que está haciendo, ¿verdad? —había dicho Julexi—. Nos da a nosotras el trabajo peligroso y encarga el trabajo liviano y más seguro a su propia familia.

—Cortamos mejor que ellos —le respondió Rena—. Conocemos los componentes mejor. Lo hace por motivos prácticos. Nos moveremos más rápido y rescataremos más cosas de esta manera.

Era cierto, pero a nadie le gustaba.

—¿Veis cómo ella se pone siempre de su parte en vez de ponerse de la nuestra? —se quejó Julexi—. Para Rena, Arjuna nunca hace nada mal.

Era una acusación ridícula. Rena había discutido con Arjuna en privado sobre media docena de temas, a menudo ganando esas discusiones y consiguiendo lo que la familia necesitaba. Pero nunca alardeaba ante las mujeres de estas pequeñas victorias. Nadie más sabía que habían sucedido. Eso únicamente daría alas a las que todavía recelaban de estar aquí. Usarían esos argumentos como prueba de que venir a bordo había sido un error. No importaba que en todas las naves hubiera discusiones como las que Rena tenía con Arjuna. No importaba que todas las familias funcionaran igual. Había sucedido cada día a bordo de la *Cavadora*. La gente discutía. Se expresaban en voz alta los desacuerdos sobre cómo deberían hacerse las cosas. Se

consideraban los puntos de vista contrarios. Se alcanzaban acuerdos.

Pero gente como Julexi parecía olvidar ese hecho cuando estaban tan desesperadas por ir en contra de la situación actual.

—La escotilla se abrirá en cinco... —anunció Arjuna— cuatro... tres... dos... uno.

La escotilla crujió y el vacío del espacio absorbió la vaharada de oxígeno de la cámara estanca. Retirados los cierres y rotos los sellos, Rena empujó la escotilla, que cedió hacia fuera, revelando la infinita expansión del espacio más allá. Se había dicho que sería la primera en salir, para dar ejemplo y mostrar a las mujeres que podrían hacerlo sin los cables de seguridad, que todo saldría bien.

Pero el miedo la paralizó. La negrura era un pozo al que caería y continuaría cayendo para siempre. Se había llevado a Segundo. Se la llevaría a ella también.

—¿A qué estás esperando? —dijo Julexi. Era una acusación tanto como una pregunta. Era como si estuviera diciendo: ¿Veis cómo vacila? ¿Veis cómo tiene miedo?

Era exactamente la motivación que Rena necesitaba para vencer el miedo. Extendió la mano, se impulsó para atravesar el agujero, sacó los pies del casco de la nave y se lanzó hacia el pecio, moviéndose un poco más rápido de lo necesario para demostrar que no tenía miedo.

Voló directamente hacia la zona plana del casco de la nave siniestrada, el lugar donde habían decidido que era más seguro desembarcar.

Sabía que las demás la seguían. Podía oír sus gruñidos y exhalaciones mientras se lanzaban desde el casco de la *Gagak* en dirección al pecio.

Justo en el último momento, Rena pulsó los retros de su mochila y estos dispararon pequeñas andanadas de aire comprimido y frenaron la inercia de la parte superior de su cuerpo. Como esperaba, la parte inferior continuó avanzando y rotó para tener ahora los pies por delante. Se posó diestramente con los imanes de las botas, anclándose al pecio. Luego se volvió rápidamente, vio venir a las demás y se apartó.

Abbi llegó detrás, pero no aterrizó con tanta gracia. No consiguió colocar los pies a tiempo y golpeó el casco con el hombro y rebotó, a punto de salir dando vueltas al espacio. Rena la cogió por el brazo y tiró de ella, ayudándola a nivelarse. Abbi respiraba con dificultad, los ojos espantados, pero asintió dándole las gracias y se esforzó por recuperar la compostura.

Julexi se torció el tobillo al aterrizar, pero cuando Rena se acercó para ayudarla a levantarse, la rechazó bruscamente.

—No finjas que te importa. Estoy bien.

Encontraron una escotilla y entraron en la cámara estanca de una bodega de carga. Estaba completamente oscuro, y cuando Rena enfocó la sala con su linterna, el

rayo iluminó dos cadáveres a veinte metros de distancia. Se esperaban una cosa así, pero Rena no pudo evitar contener bruscamente la respiración. Los dos cadáveres eran hombres. Uno de ellos estaba vuelto, pero el otro parecía mirarlas con expresión dolorida. Llevaban gruesos monos dispares, lo que significaba que probablemente eran miembros de un clan: si fueran hombres de una corporación llevarían uniformes.

Las mujeres se reunieron en torno a Rena y contemplaron los cuerpos. Rena bajó la linterna y se volvió hacia ellas.

—Sabíamos que encontraríamos cadáveres. Ignoradlos. Concentrémonos en el equipo.

Un rápido repaso a la bodega de carga reveló todo tipo de herramientas y equipo pesado: trajes, cascos, herramientas mineras, incluso unos cuantos mecas excavadores que parecían en perfecto estado de funcionamiento y valían una pequeña fortuna cada uno. La mayor parte estaba anclado y por tanto no se había sacudido ni dañado durante la batalla. Rena contactó con Arjuna por radio y le comunicó sus hallazgos.

—Buena pesca en su primer pecio, señora de la *Cavadora*. Vamos a abrir las redes. Enviaré algunos hombres con cables y poleas para retirar los mecas. ¿Y en otras partes?

—Todavía no hemos explorado más allá de la bodega.

—Deje allí a la mayor parte de su equipo para recuperar las cosas y envíe unas pocas a comprobar el resto de la nave. Es un pecio grande. Puede que haya más cosas de valor.

—Recibido.

Abbi apuntaba con su linterna a los dos cadáveres.

—No me parece bien, Rena. Robar así a los muertos. Eran mineros libres como nosotros.

—Hemos recuperado cosas de naves muertas antes, Abbi. Gran parte de nuestro equipo de la *Cavadora* procedía de cosas encontradas.

—Sí, pero yo nunca había tenido que cogerlas. De todas formas, lo hacemos para seguir con vida. Los cuervos se lo llevan para obtener beneficios.

—No es distinto. Todo es supervivencia. Ahora acompáñame, necesito tu ayuda.

—La apartó de los cadáveres. Varias mujeres habían sacado sus taladros tras retirar los cerrojos de anclaje del equipo que esperaban rescatar—. Julexi —llamó Rena—, Abbi y yo vamos a explorar el resto de la nave. Quedas a cargo de la operación aquí.

Julexi pareció sorprenderse, pero luego entornó los ojos, recelosa.

—¿Por qué yo?

—Porque si alguien puede encargarse de un trabajo tan grande esa eres tú.

Rena pensaba que a Julexi le vendría bien sentirse responsable del éxito de ese día. Arjuna había accedido a darles el treinta por ciento de lo que recuperaran, así que

el botín de la jornada sería una suma decente. No cubriría ni de lejos lo que necesitarían para comprar una nave propia, pero era un principio. Si Julexi se sentía responsable de ello, tal vez las cosas entre ambas se arreglaran.

—Entonces ¿nosotras trabajamos mientras vosotras dos jugáis a las exploradoras? —dijo Julexi.

—No vamos a curiosear —replicó Abbi—. Vamos a buscar otros componentes. Para eso hemos venido.

La respuesta de Abbi sorprendió a Rena. Normalmente, Abbi era la primera en hacerse eco de las quejas de Julexi, pero en este caso parecía estar de su parte. Tal vez las peleas internas empezaban a remitir.

—Volveremos pronto si no encontramos nada —dijo Rena, y se lanzó hacia la escotilla al otro lado de la bodega de carga.

Abbi la siguió. En el pasillo encontraron dos cadáveres más, uno de ellos una mujer de la edad de Abbi, el otro un anciano. Rena los hizo a un lado sin mirarlos a la cara, y los cadáveres flotaron hasta la pared del fondo.

—Tú pinta —dijo Rena—. Yo voy delante.

Sin cables ni mucha luz para guiarse, sería fácil perderse en el laberinto de la nave, así que Arjuna les había proporcionado pintura en aerosol. Tenían que marcar las paredes por las que pasaban y usar las marcas para guiarse de regreso a la nave.

Abbi pintó un círculo en la escotilla que habían atravesado mientras Rena avanzaba pasillo abajo, apuntando a izquierda y derecha con la luz, buscando todo lo que pudiera ser útil. Siguió las tuberías durante un rato, pero se dirigían hacia el techo, comunicando con otra cubierta. Pasaron ante varios artículos poco valiosos (compresores, filtros y purificadores); Arjuna les había dado órdenes estrictas de no perder el tiempo con esas cosas. Su objetivo eran los artículos caros. Atravesaron una serie de escotillas, girando a derecha o izquierda. Abbi marcó con flechas cada vez que cambiaban de dirección. El tamaño de la nave sorprendió a Rena: de lejos había parecido más pequeña.

Encontraron más cadáveres: hombres, mujeres, algunos jóvenes, otros viejos. Rena se esforzó para no mirarlos a la cara. Aun así, se detuvo cuando se toparon con el cadáver de una joven que agarraba un bulto envuelto en una manta. La expresión del rostro de la mujer era seria y desesperada, como si hubiera pasado sus últimos momentos suplicando a Dios en oración. Rena no se atrevió a retirar la manta: no era capaz de ver a un bebé muerto.

Los carteles de las paredes estaban todos en francés, y la gente tenía aspecto europeo. Rena pasó ante sucesivas puertas de habitáculos decorados con pintorescos cuadros, telas brillantes y retratos enmarcados, como si todo el mundo se hubiera esforzado en personalizar su rincón de la nave. Había hamacas y contenedores de comida, juguetes infantiles y holopads. Rena incluso vio unos cuantos libros de papel

flotando en el pasillo.

Por el aspecto de lo que veía, había sido una familia adinerada. Rena no podía decir si pertenecía a un gran clan o si se trataba de una operación de una sola nave, pero fuera como fuese había sido una empresa de éxito. Más importante: habían sido felices. Podía verlo en las caras de los retratos. Maridos abrazando a esposas, niños agarrados a sus padres como monos aferrados a los árboles. Era como si cada retrato contuviera todo el amor del mundo.

Pensó en Segundo. Su roca, su otro yo. Ella nunca había tenido miedo con él a su lado. Cuando la abrazaba, toda ansiedad desaparecía. No había nada a lo que no pudieran enfrentarse juntos, ningún dolor que no pudieran soportar cuando compartían la carga y se abrazaban el uno al otro con fuerza. Sin embargo, cuando él la necesitaba más, ella no había estado presente. Estuvo solo. Sus últimos momentos, su último aliento, habían pasado en soledad.

Rena abrió la puerta de una sala de máquinas y encontró algo que merecía la pena rescatar. El generador eléctrico estaba situado en el rincón, y parecía ileso. Los generadores no solían producir mucho dinero, pero este parecía bastante nuevo, solo unos años de antigüedad como máximo, con décadas de vida por delante.

Rena se acercó y lo examinó, advirtiendo los muchos cerrojos y anclajes que lo sujetaban a la pared. Cortarlo no sería fácil, y llevarlo a la bodega sería una tarea engorrosa: el generador era alto y grueso, y trasladarlo por los pasillos sin dañarlo sería peliagudo.

Rena pensó en no decir nada e ignorarlo por completo, pero volver con las manos vacías sería invitar a la ira de Julexi. No; tenía que demostrar que estaba haciendo su parte mientras las demás rescataban lo que había en la bodega de carga.

Rena conectó su transmisor y envió un mensaje por radio con fotos y vídeos directamente a Arjuna. El capitán cuervo pareció complacido por el hallazgo y le pidió que lo trajera lo más rápido que pudiera. Rena ancló su linterna a la pared y usó su medidor para asegurarse de que el generador no tenía energía. Luego soltó la sierra de su pierna y se puso a trabajar. La sala era diminuta, así que Abbi esperó en el pasillo mientras ella cortaba.

La hoja chirrió mientras cortaba las abrazaderas de acero, rociando de chispas la guarnición. Rena cortó con facilidad las dos primeras abrazaderas, pero la tercera y la cuarta estaban detrás del generador y la sierra no las alcanzaba. Tendría que hacerlo a mano. Apartó la sierra y sacó la segueta. El espacio apenas era más ancho que su brazo. Cuando metió la mano con la segueta, ni siquiera tuvo espacio suficiente para girar el pesado casco a un lado para ver sus movimientos. Palpó a ciegas con la segueta hasta que encontró la abrazadera y empezó a cortar. Pronto quedó claro que iba a tardar una eternidad. Cuando se detuvo a recuperar el aliento, estaba acalorada, sudorosa y frustrada.

Llamó a Abbi para que le echara una mano.

Abbi no respondió.

Rena llamó de nuevo, pero tampoco obtuvo respuesta.

Sacó el brazo del estrecho espacio y salió al pasillo. Abbi no estaba allí.

—¿Abbi?

—Estoy aquí. —La voz era un susurro. Al parecer había estado llorando.

—¿Dónde?

—En el pasillo a tu izquierda.

La linterna de Rena estaba todavía con el generador. La dejó allí y se dirigió a su izquierda. La luz del traje de Abbi brotaba de una de las habitaciones más allá. Rena se encaminó hacia aquel lugar. Cuando llegó a la puerta vio que era una habitación de niños. Las paredes estaban pintadas con naves mineras y planetas. A lo largo de una pared había cinco hamacas de tamaño infantil. Había figuritas de juguete y cascos de plástico, pelotas, y animales de peluche. Para alivio de Rena no había ningún niño dentro: quizá los habían trasladado a otra parte de la nave antes de la batalla.

Abbi flotaba en mitad de la habitación, sujetando un taladro de juguete. No la miró.

—Mono tenía uno de estos —dijo en voz baja—. Estaba roto cuando se lo regalamos. Entonces solo tenía dos años. Jugaba con él horas y horas, revoloteando por la habitación, imitando los ruidos del taladro, fingiendo que lo desatornillaba todo. —Le dio la vuelta en las manos—. Creo que por eso quería ser mecánico. Tenía este estúpido taladro de plástico y entonces vio a Segundo y Víctor usando uno de verdad, y los ojos se le encendieron.

Rena no dijo nada.

—Iba a ser mecánico —continuó Abbi—. Es lo que me decía. Iba a ser como Víctor. Siempre era Víctor esto y Víctor lo otro. Me hacía más preguntas sobre Víctor que sobre su propio padre.

Soltó el taladro, que se quedó flotando en el aire. Lo miró.

—Si le hubiera regalado otra cosa, un juguete diferente, todo habría sido distinto. No habría querido ser mecánico. No se habría escapado aquel día. Se habría quedado conmigo. No habría estado en la *Cavadora*.

Alzó la cabeza y miró a Rena. Había lágrimas en sus ojos.

—Tendríamos que haber muerto con ellos, Rena. Todas nosotras tendríamos que haber muerto.

—Ellos no querían eso, Abbi. Querían que sobreviviéramos. Es lo que dijo Segundo.

—¿A quién le importa lo que dijera Segundo? —exclamó—. ¡Mono era un niño! ¡Murió solo! Todos los demás estaban fuera de la nave. Tendría miedo. Querría que yo estuviera con él. Seguro que me llamó a gritos.

Rena no supo qué decir.

—Tú nos decías que somos familia, somos uno. Que teníamos que estar juntos. ¿Por qué entonces no estuvimos juntos cuando más importaba? ¿Eh? ¿Por qué abandonamos la nave? ¿Por qué no fuimos una familia entonces?

Rena se acercó para abrazarla.

—Abbi...

—¡No! ¡No me toques! —Empujó a Rena, que chocó contra la pared del fondo.

—Abbi... —dijo con voz tranquilizadora.

—¡¡Vete!!

Rena no se movió.

—¡¡He dicho que te vayas!!

Rena se marchó. Regresó a la habitación donde estaba el generador. No recogió la segueta. Se la quedó mirando. Se había engañado a sí misma, pensó. No eran una familia. Esa idea murió con Segundo, Mono, Pitoso y todos los demás. Lo que tenían antes se había roto para siempre. Aunque consiguieran tener otra nave algún día, ¿qué cambiaría eso? No resolvería nada. Seguirían siendo quienes eran, seguiría faltándoles la otra parte de sí mismas.

La voz de Arjuna por la radio, rápida y frenética, la sobresaltó.

—¡Vuelvan todas a la nave ahora mismo! ¡Dejen lo que estén haciendo y muévanse! ¡Rápido!

—¿Qué sucede? —preguntó Rena.

—¡No haga preguntas! ¡Muévanse!

—Abbi y yo estamos todavía a varios minutos de distancia. Estamos muy adentro de la nave. Dígame qué está pasando. —Recogió la linterna y corrió de vuelta a la habitación donde se hallaba Abbi.

—Khalid —dijo Arjuna.

—¿Qué es un khalid?

—No es una cosa. Es una persona. Un somalí. Un buitre. El peor. Viene hacia aquí. Debe de haber oído nuestras transmisiones. Nos matará a todos si nos encuentra aquí. ¿Está muy lejos?

Abbi seguía en la habitación de los niños. Había vuelto a coger el taladro de juguete. Aparte de eso, no se había movido.

—Estamos a diez minutos de la bodega de carga —dijo Rena. Había escotillas que abrir y pasillos que recorrer.

—No tienen diez minutos —replicó Arjuna—. Las necesito en la nave ahora. Encuentren una salida más rápida.

—¿Y si no podemos?

—No puedo esperarlas. Lo siento. Dense prisa. Les doy cinco minutos. —Cortó la comunicación.

Debía de ser una broma. ¡Cinco minutos!

—Abbi. Vámonos. Tenemos que movernos.

Abbi no alzó la cabeza. Rena voló hacia ella, la agarró por los hombros y la sacudió.

—¡Muévete! ¡Tenemos que irnos!

—Pues vete —musitó Abbi, zafándose de sus manos.

Se estaba rindiendo, advirtió Rena. Elegía morir allí. La agarró de nuevo por los hombros.

—Escúchame. Voy a salir de este pecio y tú vas venir conmigo.

Abbi le apartó los brazos.

—Déjame en paz. —Trató de darse la vuelta, pero Rena la empujó hacia la puerta. Era fácil hacerlo en gravedad cero: los pies de Rena estaban anclados, y los de Abbi no.

Abbi giró torpemente pero se agarró a la puerta.

—No puedes obligarme. Así que no lo intentes siquiera.

Tenía razón, naturalmente. Rena no podía obligarla. No podía arrastrarla de vuelta a la nave si pataleaba y se resistía todo el camino. Pero ¿qué podía hacer?

—No voy a dejarte aquí —dijo.

—Entonces moriremos las dos.

La resignación de Abbi era tan aterradora como lo que las esperaba. Era como si ya estuviera muerta. Rena comprendió que no podría convencerla. Había tomado una decisión.

Rena se acercó a ella.

—Lo siento, Abbi.

—¿Por dejarme? No lo sientas.

—No por dejarte. Por hacer esto.

Rena extendió la mano por detrás del casco de Abbi y arrancó el tubo de oxígeno. Los ojos de Abbi se abrieron de par en par, presos del pánico, mientras el aire del casco escapaba por la válvula. Abrió la boca, jadeando a la desesperada, y entonces perdió el conocimiento y ladeó la cabeza. Rena volvió a colocar el tubo en su sitio y comprobó las constantes vitales mientras el casco se volvía a llenar de aire. El corazón latía. El pulso era débil pero había. Rena la agarró y empujó el cuerpo flácido al pasillo. Si Abbi no venía voluntariamente, la empujaría hasta la nave. La cuestión era cómo. No podía permitir que las extremidades de su amiga se extendieran y chocaran con las cosas o golpearan las paredes y escotillas. Se moverían más rápido si Abbi estuviera encogida en posición fetal.

Echó mano al cable recogido en su cadera y desenrolló varios metros. Dobló a Abbi y le ató las piernas sobre el pecho. A continuación vinieron los brazos. Los dobló hacia dentro y los ató también, como si Abbi se estuviera abrazando las

rodillas. No era ideal, pero tendría que valer. Miró el reloj. Ya había pasado un minuto.

Les doy cinco minutos.

Rena miró a la izquierda, por donde habían venido. La flecha en la pared al fondo del pasillo señalaba la ruta a la bodega de carga. Diez minutos hasta allí.

Miró a la derecha. El pasillo se extendía otros veinte metros y luego se detenía, permitiéndole girar a izquierda o derecha. No tenía ni idea de lo que había en esa dirección. Tal vez una escotilla que diera al exterior, o era un callejón sin salida.

Les doy cinco minutos.

Se lanzó hacia la derecha, dirigiéndose a lo desconocido. El cable atado a su cadera se tensó, y Abbi le fue a la zaga. No iban lo bastante rápido. Rena pulsó el botón de propulsión de su pulgar. Era una locura hacerlo dentro de la nave. Salió disparada por el pasillo. Abbi chocó contra la pared pero continuó siguiéndola, arrastrada por el cable. Rena tenía sus constantes vitales en el VCA. El pulso seguía allí. No te mueras, rogó.

Llegó al fondo del pasillo. Abbi chocó con su espalda, lanzándola contra la pared. Rena se recuperó, ilesa. Miró a ambos lados, esperando ver una escotilla al exterior. No había ninguna. Era otro pasillo que se extendía unos veinte metros a la derecha, tal vez cuarenta a la izquierda. Miró hacia atrás. Al fondo del pasillo estaba la flecha pintada, llamándola, señalando el camino.

Les doy cinco minutos.

Se lanzó hacia la izquierda, internándose más en la negrura, en el laberinto de la nave, alejándose de la única ruta de escape que conocía. Tendrían que haberse quedado en la nave WU-HU, se dijo. Julexi tenía razón. ¿Qué tenían que hacer allí entre los cuervos? Iba a morir en los restos de esa nave, Abbi y ella, las dos, y todo era culpa suya. El tal Khalid y su tripulación las encontrarían y seguirían a lo suyo, y la familia se rompería aún más.

O peor aún, Khalid se apoderaría de la nave de Arjuna y todos morirían. Edimar, Lola, Julexi, los niños, los bebés. Todos.

Tendría que haber seguido las flechas. Era la decisión correcta.

La linterna fluctuó y luego se apagó, dejándola sumida en una oscuridad total a excepción de la lucecita del casco. Maldijo, sacudiendo la linterna, golpeando las pilas, tratando de que funcionara de nuevo. Voló hacia delante, ciega. Diez metros, veinte. Golpeó la linterna contra su palma y la luz volvió a encenderse. Extendió la mano hacia la izquierda, donde el pasillo se curvaba, y se detuvo contra la pared, preparándose para el impacto con Abbi. Medio segundo más tarde chocó y rebotó, aunque el relleno de sus trajes absorbió el impacto.

Rena se volvió hacia la izquierda y encontró...

Un cuarto de baño.

Era un callejón sin salida. Allí no había ninguna escotilla. Ninguna vía de escape. Había seguido el camino equivocado. Había apostado y había perdido.

Les doy cinco minutos.

No podía decirles que la esperaran. Sería igual que matarlos. Les diría que se marcharan. Ahora. No nos esperen. Corran. Lárguense. Protejan a los niños, maldición.

Quiso llorar. Segundo le había dicho que continuara viviendo. Le había pedido que los mantuviera a todos juntos. Y ella lo había fastidiado todo. Había fracasado. Ni siquiera había podido hacer eso. Sin él, no era nada.

Abbi flotaba encogida junto a ella, envuelta en el cable. Una parte de Rena quiso darle una patada. La otra parte quiso enroscarse también y unirse a ella.

Conectó la radio, la voz tranquila.

—Arjuna.

—¡Rena! ¿Dónde están? Las demás ya están a bordo. ¡Tenemos que despegar ya!

Las otras mujeres ya habían vuelto a la nave. Escaparían al menos. Eso le produjo cierto consuelo.

—Váyanse —dijo.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Váyanse. No podremos salir a tiempo. Prométame que las llevará a una estación de tránsito. Prométame que las mantendrá a salvo.

Él guardó silencio un instante.

—Se lo prometo por mi vida, señora.

Hecho. Él cumpliría su palabra. Rena lo sabía. La familia, aunque rota, sobreviviría. Se separó ligeramente de la pared y volvió por donde había venido. El cable se tensó y Abbi la siguió, todavía inconsciente. Buscarían una habitación, decidió, un lugar donde estar juntas y esperar a Khalid. Tal vez podría hablar con él y ofrecerse a servir en su nave. Tal vez las dejara a ambas trabajar por sus vidas.

Pero no; se estaba engañando. Khalid era un buitres, un asesino. No habría piedad, ninguna posibilidad de unirse a su nave. Haría lo que hacían siempre los buitres.

Tampoco podría luchar contra ellos, no contra buitres armados. Rena no tenía armas ni habilidad para el combate. Tengo que cortar el aire de Abbi, se dijo. Y esta vez definitivamente. Eso sería el mayor acto de piedad: dejar que muriera pacíficamente dormida antes de que llegara Khalid y abusara de ella. Sí, pensó, le cortaré el aire y luego haré lo mismo con el mío.

Pasó ante una habitación a la izquierda. Volvió la cabeza y vio que en la pared del fondo había muebles metálicos llenos de suministros. Siguió su camino. Pasó ante una segunda habitación. Volvió de nuevo la cabeza y vio que no había nada en la pared del fondo.

Ni siquiera pared.

Solo estrellas. Millones de estrellas. Donde antes estaba la pared ahora había un agujero. Debía de haber pasado de largo cuando se apagó la linterna.

—¡¡Esperen!! —gritó por la radio—. ¡¡Esperen!!

Giró el cuerpo y conectó la propulsión. Salió disparada a través del agujero. El cable se tensó. Abbi la siguió. Se encontraron fuera de la nave, el espacio alrededor. Libres.

—¡No nos dejen! ¡Estamos fuera!

—Las veo —dijo Arjuna—. Voy hacia ustedes.

La *Gagak* era una nave grande pero muy maniobrable. Giró hacia ellas. Conectó los retropropulsores, reduciendo velocidad mientras se acercaba. La compuerta de la cámara estanca estaba abierta, a treinta metros de distancia. Lola esperaba en la escotilla, haciéndole señas.

—¡Ahora, Rena!

Rena pulsó el botón de su pulgar. Salió disparada como una bala. Llegó rápidamente. Disparó los retropropulsores en el último segundo, pero no fue lo bastante veloz y chocó contra el casco. Abbi la seguía y se estrelló contra ella. Esta vez la dejó sin aliento, y pensó que podría salir rebotada al espacio. Pero Lola fue más rápida. Agarró la mano de Rena y tiró de ella. Abbi entró detrás. Lola cerró la escotilla.

—¡Las tengo!

La nave vibró. Los motores rugieron. Rena se preparó para la fuerza de la aceleración. Pero no sucedió nada.

—No nos movemos —le dijo a Lola.

La otra mujer estaba soltando los cables y liberando a Abbi.

—Es un truco. Ayúdame a desatarla.

Rena se sintió confundida, pero no discutió. Soltaron los cables. La cámara estanca empezaba a presurizarse, llenándose de oxígeno. Entonces las luces se apagaron. Rena sintió un momento de pánico. Y entonces se pusieron en movimiento. Rena casi cayó hacia atrás en la oscuridad, buscando con la mano un asidero. Encontró uno y se sujetó. Entonces su cuerpo se ajustó a la aceleración y todo quedó quieto. La cámara estanca sonó anunciando que todo estaba en orden, y la compuerta interior se abrió.

Un puñado de luces bañó a Lena. Las otras mujeres estaban esperando en la bodega de carga, apuntando con sus linternas la escotilla. Las ayudaron a entrar y quitarse los cascos. Abbi empezaba a recuperar el conocimiento y abría lentamente los ojos. Estaba viva.

Arjuna llegó un momento más tarde con su propia linterna, corriendo desde el puente.

—Estamos a salvo por ahora.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Rena.

—Disparamos una bomba calorífica y nos quedamos en negro.

—No sé qué significa eso.

—Cuando nos marchamos de un sitio, nos quedamos en negro. No desprendemos ninguna firma de calor, nada que pueda hacer que los carroñeros nos localicen. Los carroñeros siempre miran no en el pecio original, sino en las naves que se marchan. Así que dejamos una fuerte firma al dirigirnos a un rumbo concreto, pero al quedarnos en negro, nos lanzamos en otra dirección distinta, un movimiento brusco a un lado que hace que sea difícil deducir cuál es el rumbo verdadero que seguimos.

—De modo que piensan que nos hemos ido a otra parte.

—Desprendemos una señal calorífica falsa en otra dirección. Aparecerá en los instrumentos de Khalid como si esa fuera la dirección real de los cohetes, así que nos buscarán en una parte equivocada.

—¿No detectarán nuestro cohete oculto?

—Es lo más concentrado posible, así que no se le puede detectar a menos que estés en una gama muy estrecha, mientras que la bomba calorífica es ancha. Parece un cohete que dispara una vez, y rápido. Pero en realidad no produce ningún cambio en nuestra trayectoria porque se despega de la nave antes de estallar.

—Muy astuto —dijo Rena—. Suponiendo que esto haya funcionado antes.

—Estoy vivo, ¿no? —Arjuna miró a Abbi, que se había recuperado del todo, rodeada de las demás mujeres, que la consolaban.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rena.

—Ahora empieza el trabajo real. Lo clasificamos todo y nos deshacemos de lo que no queremos.

—No podemos arrojar sin más por la borda las cosas de poco valor —dijo Rena—. Eso es peligroso. Otras naves podrían toparse con ellas. Los restos a la deriva son el equivalente a una mina de tierra.

—Yo no soy como los otros cuervos, señora de la *Cavadora*. Puede que otras tripulaciones hagan esas cosas, pero nosotros no. Depositamos los artículos que no queremos en la superficie de los asteroides para no dejar ningún rastro de componentes a la deriva.

Ella asintió, nuevamente impresionada.

—No pretendía asustarla antes —dijo él—. Khalid salió de la nada. Debió de estar siguiéndonos. Ahora no nos seguirá. Me alegro de que lograra usted regresar.

—Ya somos dos.

—¿Está bien? ¿Cómo se encuentra, señora?

El corazón de Rena todavía le resonaba en el pecho.

—Viva —dijo—. Me siento viva.

Camuflaje

En cuanto la lanzadera estuvo lo bastante cerca de la Luna para enviar y recibir transmisiones, Víctor mandó una línea láser y contactó con Yanyu. Era el turno de sueño en Imbrium, y Yanyu apareció en el holocampo sobre el salpicadero despeinada y con cara de dormida. Al ver que eran Víctor e Imala quienes llamaban, espabiló en un instante.

—Nos dijeron que os dirigíais al Cinturón.

—Eso hacíamos —respondió Víctor—. Pero la situación ha cambiado. Nos dimos la vuelta en Última Oportunidad. No hemos tenido ningún contacto con nadie en siete días. Esperábamos que pudieras ayudarnos. No sabíamos a quién más llamar.

—¿Tenéis algún sitio donde quedaros?

—No —dijo Imala.

—Entonces os quedaréis conmigo. ¿Dónde vais a atracar? Me reuniré con vosotros allí.

—Guía Lunar no nos ha agarrado todavía. Podemos ir al lugar que esté más cerca de ti, aunque preferiríamos que no fuera un muelle de Juke. Se suponía que teníamos que llevar esta lanzadera a Midway.

—Hay un muelle de atraque público al sur de la Ciudad Vieja en Convington Square. ¿Conoces el sitio?

—Sí.

—Reuníos allí conmigo dentro de una hora —dijo Yanyu.

Imala voló hacia la Ciudad Vieja, y Guía Lunar los llevó el resto del camino. Atracaron y desembarcaron. Yanyu estaba esperándolos en un café que abría toda la noche, vestida y presentable. Ocuparon un reservado al fondo, apartados del resto de los clientes.

—Os marchasteis sin despediros —les dijo Yanyu.

—Ukko estaba ansioso por quitarnos de en medio —respondió Víctor.

—Es lo que supusimos. No quería que hablaras de Lem. Unos abogados vinieron a vernos al doctor Prescott y a mí cuando os fuisteis. Nos hicieron firmar unos

acuerdos de confidencialidad sobre que nunca hablaríamos de Lem ni de ningún ataque que pudiera haber realizado su nave.

—¿Eso es legalmente vinculante? —preguntó Imala.

Yanyu se encogió de hombros.

—Podríamos alegar que lo firmamos bajo presión, pero no importaría. Nunca llegaría a los tribunales.

—Lamento haberos implicado —dijo Víctor—. No pretendía arrastraros a esto.

Yanyu volvió a encogerse de hombros.

—No pienses en ello. Hay asuntos más acuciantes por todas partes.

—Cuéntanos qué nos ha pasado estos últimos siete días —dijo Imala.

Yanyu frunció el ceño, sombría.

—Primero fue el ataque nuclear.

Víctor e Imala se envararon.

—¿Contra la nave nodriza?

—No os emocionéis demasiado —dijo Yanyu—. Fue un fracaso. Los fórmicos destruyeron los misiles mucho antes de que impactaran contra la nave. Sus cañones los alcanzaron y las bombas explotaron. El estallido de la radiación electromagnética destruyó docenas de satélites y dañó gran parte de la red de comunicaciones existentes. Es un milagro que la Luna pueda seguir contactando con la Tierra. Podría haber arrasado todo el sistema.

—¿Los fórmicos no resultaron dañados? —preguntó Imala.

—No detectamos tal extremo —respondió Yanyu—. Y la cosa empeora. Ayer Estados Unidos y varias naciones más lanzaron un ataque contra la nave nodriza usando una flota de más de cincuenta naves tripuladas. Ese intento fracasó también. Ahora hay restos de naves y lanzaderas flotando alrededor de la nave nodriza. Murieron miles de personas. Fue horrible.

—¿Por qué los restos se congregan en torno a la nave fórmica? —preguntó Víctor—. Tendrían que haber sido lanzados en todas direcciones cuando las naves estallaron en pedazos.

—La nave fórmica tiene una especie de campo magnético alrededor —explicó Yanyu—. No es lo bastante fuerte para capturarlo todo, pero sí los pedazos pequeños. Es un verdadero caos. El campo de restos tiene varios kilómetros de grosor.

—¿Sufrieron algún daño los fórmicos? —insistió Imala.

—No exactamente. Hay unas cuantas marcas de quemaduras por fuego láser, pero ningún daño estructural visible. Sin embargo, para nosotros fue una masacre. La gente dice que es el final de cualquier ofensiva espacial a gran escala.

—¿Y China? ¿Cómo van las cosas en la Tierra?

Yanyu adoptó un tono grave y solemne.

—Horrible. Se estima que las bajas superan los dos millones, y el ejército no ha

conseguido ninguna victoria importante. Las tres sondas siguen en pie. Las fuerzas aéreas las han atacado con todo su potencial, en vano. Ahora los fórmicos han construido montañas de biomasa con vegetación arrasada, animales muertos y cadáveres humanos, sumándolo todo como si fueran grandes pilas de basura. Nadie sabe por qué, pero hay un montón de fotos horribles en las redes. Os sugiero que las evitéis.

—¿Tienes noticias de tu familia? —preguntó Imala.

Yanyu asintió.

—Mis padres huyeron de Guangzhou en un barco rumbo a Vietnam. Desde allí volaron a Londres. Pudieron escapar porque tienen dinero. Todos mis amigos y el resto de mi familia siguen en China. Mi padre está intentando sacar a todos los que puede, pero los barcos son pocos y el precio del pasaje aumenta cada día. Hay miles de personas reunidas en los muelles cada mañana, pero solo zarpan unos pocos barcos. Las multitudes se han vuelto violentas. Algunos matan literalmente por conseguir un sitio.

—El instinto de supervivencia —dijo Víctor—. Los padres están dispuestos a hacer cualquier cosa por salvar a sus hijos.

—Es demasiado horrible pensarlo —dijo Yanyu—. Esa no es la China que yo recuerdo.

—¿Qué más has oído? —preguntó Imala.

—Nada bueno. Tengo muchos amigos chinos en las redes. Me envían imágenes y vídeos que han tomado de la destrucción. Antes abría los adjuntos. Ahora ya no. No tengo estómago. Algunos de mis amigos en la red no han respondido a mis emails ni se conectan desde hace semanas. No sé si están vivos o muertos. —Sus ojos se nublaron, pero mantuvo la voz firme—. Me siento muy impotente aquí. Mi país arde, y yo no puedo hacer nada. Ni siquiera alistarme. —Alzó su brazo impedido—. Lo intenté, pero me rechazaron.

—Llévame a la oficina de reclutamiento —dijo Víctor—. Para eso regresamos. Para que yo pueda unirme a la lucha.

Yanyu pareció sorprendida.

—Pero ¿qué puedes hacer tú? No eres chino. Mi país no permite la entrada a otros soldados, y allí la lucha ha terminado.

—La nave de mi familia fue destruida —dijo Víctor—. Mis padres y la mitad de mis familiares murieron. Lo hicieron los fórmicos. No voy a cruzarme de brazos mientras hacen lo mismo a otra gente. Pienso detenerlos.

Yanyu extendió la mano sobre la mesa y le cogió la suya.

—Siento mucho tu pérdida, Víctor.

Su contacto y la gentileza de su voz casi lo hicieron llorar. Durante días, Víctor había sofocado todo pensamiento acerca de su padre. No podía pensar en eso, era

demasiado doloroso. Su padre estaba muerto. La persona más constante en la vida de Víctor había muerto. Día tras día habían pasado todo el tiempo trabajando en la nave y haciendo reparaciones, aprendiendo juntos, riendo juntos, discutiendo en ocasiones, sí, pero siempre respetándose. Siempre juntos. Ni siquiera su madre pasaba tanto tiempo con su padre.

Y ahora Segundo había muerto.

Víctor se preguntó cómo se lo estaría tomando su madre. En parte, se sentía culpable por no volver y cuidar de ella y las demás en la nave WU-HU. ¿No era ese su deber como último varón superviviente? No regresar era como abandonarla, ¿no? Ella lo necesitaba. Sin su padre, estaría rota por dentro.

Sin embargo, Víctor sabía que su madre era muy fuerte. Si alguien podía sobrevivir y mantener unidos a las mujeres y los niños, era su madre. No necesitaba la ayuda de Víctor para eso. De hecho, su presencia solo aumentaría su carga, porque sería ella quien tendría que consolarlo, no al revés.

Ese era su don. Su padre reparaba máquinas rotas; su madre, personas rotas.

—Venid —dijo Yanyu—. Os llevaré.

Cogieron un coche guiado hasta el centro de la Ciudad Vieja, donde se encontraban las oficinas de reclutamiento. Se bajaron en el edificio de la OTAN y permanecieron allí de pie, bajo la luz artificial.

—¿Quieres que entre contigo? —se ofreció Imala.

—No. Puedo hacerlo solo.

—Esperaremos aquí —dijo Yanyu—. Os llevaré a mi apartamento cuando acabes. No te embarcarán como mínimo hasta dentro de unos días.

—Si es que me embarcan, quieres decir.

—Piensa en positivo —dijo Imala—. El mundo está desesperado. Estarían locos si no aceptaran a alguien con tus capacidades.

Víctor entró en el edificio y le dijo a la mujer del mostrador el motivo de su visita. Ella lo dirigió a una sala donde esperaban unos hombres de su misma edad. Pasó una hora y fueron llegando más hombres. Pertenecían a todas las nacionalidades. Algunos iban bien vestidos. Otros llevaban atuendos desparejos y gastados, como era la norma entre las familias de mineros libres.

Por fin entró un militar uniformado y se dirigió a ellos.

—La OTAN no acepta espontáneos —dijo—. Solo aceptamos soldados entrenados. Nuestras fuerzas proceden de los ejércitos de los países miembros. Así que no podemos aceptar a ninguno de ustedes. Sin embargo, hay reclutadores de los distintos países miembros. Pueden alistarse en sus ejércitos, y cuando hayan recibido instrucción, pueden solicitar que los trasladen a una fuerza de la OTAN. Si no son ciudadanos de ningún país, si no tienen un certificado de nacimiento, me temo que ningún país podrá aceptarlos. Por favor, salgan por aquí. —Indicó la puerta por la que

habían entrado—. Denle su información de contacto a la recepcionista. Si nuestra política cambia, nos encargaremos de contactar con ustedes.

—¿Cómo? —dijo Víctor—. ¿Cómo contactarán con nosotros? Mi nave fue destruida, ¿y cómo podrían contactar de todas formas? La mayoría de las comunicaciones ha caído.

—Lo siento. Solo cumplo órdenes.

—¿Quiere decir que le han ordenado que nos diga a los nacidos en el espacio que nos marchemos?

Hubo un silencio. El soldado no dijo nada.

—¿Qué importancia tiene la ciudadanía? —insistió Víctor—. La gente de la Tierra está muriendo. ¿Cree que les importa que sus rescatadores tengan un certificado de nacimiento?

—Mire, yo no dicto las normas.

—No; solo las sigue. Van a dejar que el mundo sea destruido por una norma.

—Con el debido respeto, amigo, una persona sola no puede salvar el mundo.

Víctor se puso en pie.

—Con el debido respeto, amigo, se equivoca.

Atravesó la puerta y pasó por el mostrador sin detenerse.

Fuera, Imala y Yanyu vieron que las cosas no habían salido bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Imala.

Toda la ira y la decepción de Víctor fueron sustituidas por la vergüenza.

—Ni siquiera soy un ciudadano de segunda clase, Imala. No soy nadie.

—Eso no es cierto —dijo Yanyu—. Eres un ciudadano de primera. Un amigo de primera. Ven. Os prepararé mis pasteles de nabos. Eso os gustará.

¿Pasteles hechos con nabos? Puajj. Pero Víctor ofreció su mejor sonrisa y las siguió hacia un coche guiado disponible.

El apartamento de Yanyu era pequeño pero estaba bien organizado, adornado con bagatelas y reproducciones artísticas chinas. Había bastante comida para acompañar los pasteles de nabos: tallarines fritos con brotes de habichuelas, *congee* con tarta de cerdo, y té dulce, todo en envases sellados que se pegaban magnéticamente a la mesa. Víctor nunca lo habría considerado un desayuno como Dios manda, pero estaba bueno.

Los pasteles de nabos, como había vaticinado Yanyu, en efecto le gustaron. Eran gruesos pasteles de arroz frito, cuadrados, rellenos de salchichas y jamón de Jinhu. Víctor ya había comido cuatro antes de que Yanyu explicara que en realidad no se hacían con nabos.

—¿Entonces por qué los llamáis así? —preguntó Víctor con la boca llena.

Yanyu se encogió de hombros.

—¿Por qué los americanos las llaman hamburguesas si no las hacen en Hamburgo?

—Ya —dijo Imala.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Yanyu cuando terminaron de comer y retiraron los platos.

—Si ningún ejército nos acepta, formaremos el nuestro propio —dijo Víctor—. Nosotros tres.

—¿Qué pueden hacer tres personas contra los fórmicos? —preguntó Yanyu.

—Cuéntanos más cosas del ataque de ayer a la nave nodriza. ¿Qué hicieron los fórmicos exactamente?

—Arrasaron —dijo Yanyu—. Dispararon contra todo lo que se movía. Algunas lanzaderas se acercaron despacio, pero los fórmicos las desintegraron antes de que llegaran a la nave. Los humanos quedaron en ridículo.

—¿Tienes imágenes de la batalla?

—La grabamos con los telescopios Juke. —Yanyu se levantó de la mesa y dio un salto lunar hasta la habitación principal, donde recuperó varios archivos de vídeo en la holopantalla—. Sírrete tú mismo, aunque te resultará deprimente.

Víctor cogió los controles y empezó a estudiar las imágenes. El ataque estaba bien coordinado. La primera oleada tomó como objetivo los generadores de escudos y otros blancos defensivos de la nave nodriza, pero los cohetes disparados por las naves humanas estallaron antes de alcanzarla, golpeando los escudos que rodeaban a los fórmicos, fueran lo que fuesen. Sin embargo, el fuego láser se abrió paso entre los escudos, y eso pareció impulsar las lanzaderas terrícolas hacia delante. Cualquier esperanza de victoria se frustró un momento después, cuando de la nave fórmica brotó un abanico de rayos de plasma que diezmaron la flota terrícola en menos de un minuto.

—Es como si no lo hubieran intentado siquiera —dijo Imala—. Les damos con todo nuestro arsenal, y ellos ni se despeinan.

Víctor volvió a visionar las imágenes. Le pidió al ordenador que midiera la velocidad de las naves humanas, sus ángulos de aproximación y el número de veces que disparaba cada nave. Al tercer visionado entendió la pauta. Al cuarto, estaba seguro de tener razón.

—Mirad esto —dijo, reiniciando el vídeo y reproduciéndolo más despacio—. Las aberturas de la superficie de la nave fórmica se abren, pero, mirad, se centran primero en las naves más rápidas.

—Claro —dijo Yanyu—. Es lo que yo haría. Las naves más rápidas son las que los alcanzarán primero y por tanto la amenaza más inmediata.

—Pero eso no es todo. Algunas de esas naves rápidas ni siquiera se dirigen hacia los fórmicos. Unas cuantas se mueven en arco, colocándose en posición,

preparándose para abordar a los fórmicos desde otra dirección. De modo que su trayectoria los lleva a un punto en el espacio al otro lado. Unas cuantas ni siquiera disparan todavía.

—¿Cuál es tu argumento? —dijo Imala.

—Mi argumento es que no tienen sentido táctico. Los humanos se defenderían de otra forma. Nos centraríamos en las naves que supusieran la amenaza mayor y más inmediata, ¿no? Las naves que dispararan. Pero los fórmicos no. Se centran en las naves que se mueven más rápido.

—Eliminaron todas las naves —repuso Imala—. ¿Importa el orden en que lo hicieron?

—Importa. Mirad. —Aceleró el vídeo hasta el final de la batalla—. Ahí. Las naves destruidas en último lugar fueron las que se movían más despacio. Sin embargo, algunas estaban arrasando la superficie de la nave fórmica con fuego láser. Así que en algunos casos los fórmicos eliminaron naves que no les disparaban antes que a las que sí lo hacían.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Significa que sus defensas se basan en la detección de movimientos. Identificaron a todas las naves y las destruyeron según la velocidad de su movimiento. Por tanto, si una nave se moviera lo bastante lento y de manera poco sospechosa, podría alcanzar la nave fórmica.

—Suenan absurdo —dijo Imala—. Si se mueve hacia la nave, está en movimiento. Eso dispararía los sensores fórmicos.

—No si se mueve muy, muy despacio. Aquí, mira los restos en torno a la nave fórmica. La mayor parte de los restos de las naves destruidas han desaparecido, arrasados y alejándose a velocidad constante. Pero todavía hay cientos de piezas rodeando la nave nodriza. Ninguna de esas piezas está inerte. Todas giran o van a la deriva, así que tienen movimiento. Sin embargo, los fórmicos no las pulverizan. ¿Por qué?

—Porque no son naves —dijo Imala—. Son restos. Ya no suponen ninguna amenaza.

—Exactamente —dijo Víctor—. Tienen algo de movimiento pero las ignoran porque son restos.

—Si es otro argumento por tu parte, Vico, no lo vemos.

—Esta es la respuesta. Así es como podré alcanzar la nave fórmica.

—¿Cómo? —dijo Imala.

—Camuflando una lanzadera diminuta para que parezca un trozo de nave destruida y pilotándola muy despacio, como si fuera a la deriva. Se mezclaría con los otros restos. Los fórmicos la ignorarían por completo. Y si el movimiento fuera lo bastante lento, sus sensores no la detectarían.

—En teoría. No sabemos lo sensibles que son sus sensores.

—Tenemos una idea bastante aproximada —dijo Víctor—. Mi padre y los hombres de la *Cavadora*, junto con los de Lem, llegaron a la superficie de la nave. ¿Cómo? Haciendo que sus naves igualaran la velocidad de los fórmicos, lo que significa que para ellos parecían estacionarias. Y lo más importante: por algún motivo, los hombres atravesaron el escudo. Puedo llegar a esa nave, Imala.

—¿Para hacer qué, exactamente? ¿Volarla? Tu familia ya lo intentó, Vico. No funcionó.

—Mi familia trató de dañarla desde fuera. No entraron.

—Entonces ¿quieres entrar en la nave? ¿Cómo?

—No lo sé todavía. Se me acaba de ocurrir. Ya pensaré el modo.

—Sé que estás molesto porque no te han permitido alistarte, Vico, pero seamos racionales. Lo que sugieres es un suicidio. No tenemos los suministros que necesitas. No tenemos lanzadera. No tenemos camuflaje para una lanzadera. Y desde luego no tenemos armas para hacer ningún daño dentro de la nave fórmica, aunque, gracias a algún milagro, pudieras colarte.

—Pero ¿qué pasa con vosotros los planetarios? —dijo Víctor—. Todo lo que hacéis es decir que no se puede. No podemos esto, no podemos lo otro. Todo va contra las normas. Pues sabes qué, así es como vivimos nosotros, Imala. Así es como pensamos los mineros libres. Cuando hay un problema, no nos quedamos sentados pensando en todo lo que no se puede hacer: hacemos algo. Encontramos un modo, y lo arreglamos.

Imala se cruzó de brazos.

—Estamos en el mismo equipo, Vico. He hecho sacrificios por ti, y cabrearte conmigo no sirve de nada. Todo lo que he dicho es verdad. Puede que no te guste, pero eso son los hechos. No tenemos esos suministros. Que yo cuestione tu idea no significa que esté equivocada. ¿Me estás diciendo que todas las ideas de los mineros libres son buenas?

—No. Por supuesto que no.

—Entonces pensemos en esto en lugar de discutir.

Víctor resopló.

—Tienes razón. Lo siento.

Imala se volvió hacia Yanyu.

—¿Tiene el observatorio una lanzadera que podamos usar?

—Creía que habías descartado la idea —dijo Víctor.

—Estoy comprobando si es factible —respondió Imala—. Intento ayudar. —Se volvió de nuevo hacia Yanyu.

—No —respondió esta—. A veces reparamos los telescopios, pero se encarga un equipo de mantenimiento. Tienen sus propias lanzaderas. Nunca las he visto. No

sabría cómo conseguir una.

—¿Y la lanzadera Juke? —preguntó Víctor—. ¿La que acabamos de atracar? Imala negó con la cabeza.

—Ahora está en el sistema. No tenemos autorización para volver a subir a bordo ni llevarla a ninguna parte. Juke Limited no nos dejaría ni acercarnos. Además, ¿cómo se camufla una lanzadera? Tal vez habría que empezar por ahí.

—Chatarra espacial —dijo Víctor—. Hay miles de piezas orbitando la Tierra. Satélites antiguos, estaciones espaciales retiradas, componentes descartados. Recogemos unas cuantas y las soldamos al casco de la lanzadera para que parezca un trozo grande de nave destruida.

—¿Soldarla? —dijo Imala—. ¿Quién va a dejarnos una lanzadera y luego permitirnos que prácticamente la destruyamos soldándole chatarra alrededor?

Víctor se encogió de hombros.

—No lo sé. Tengo algo de dinero. Quizá podríamos comprar una de segunda mano.

—No tienes suficiente. Ni siquiera una fracción de lo que nos haría falta. Las lanzaderas operativas son caras. Incluso las viejas. Sobre todo ahora. Con la guerra y la gente presa del pánico, puedes apostar a que el precio de las lanzaderas ha subido por las nubes. Podría darte todo lo que tengo en mi cuenta, pero seguiríamos quedándonos cortos. Además, está el coste del combustible para salir y recuperar la chatarra espacial; eso será casi tan caro como la lanzadera misma. Es una buena idea, Vico, pero no tenemos el dinero necesario.

—Yo aportaría también todo lo que hay en mi cuenta —dijo Yanyu—. Tal vez otra gente del laboratorio contribuya.

Víctor e Imala intercambiaron una mirada.

—Merece la pena intentarlo —dijo Imala—. Pero no creo que sea suficiente.

—Dejadme que lo consulte con todos.

Saltó hacia el holocampo y empezó a chatear con sus compañeros de trabajo. Varios ofrecieron dinero, pero la mayoría se mostraron escépticos y rehusaron participar. Tenían la misma preocupación que Imala: cuando llegaran a la nave fórmica, ¿qué? ¿De qué sirve invertir en una lanzadera si te faltan otras cosas para cumplir tu propósito? Imala se pasó un rato buscando en las redes lanzaderas en venta, cada vez más convencida de que no podrían comprar una.

Después, Yanyu e Imala echaron cuentas. Seguía faltándoles mucho. Ni siquiera tenían suficiente para comprar la carcasa de una lanzadera que vendía un tipo. Sin motor. Sin controles de vuelo. Solo el cuerpo de la nave.

—Necesitamos un mecenas —concluyó Imala—. Alguien con recursos. Alguien que pueda proporcionarnos una lanzadera y armas.

—Si vas a mencionar a Ukko Jukes —dijo Víctor—, te recuerdo que nos quiere

fuera de escena. Prácticamente nos desterró al Cinturón.

—No me refiero a Ukko, sino a Lem.

—¿Ese? Es un asesino, Imala. Estropeó la nave de mi familia. Trató de matarme.

—Ayudó a tu familia más tarde, Vico.

—Los abandonó. Los dejó para que murieran.

—Tiene lo que necesitamos. Y quiere deshacerse de los fórmicos tanto como nosotros.

—Ni siquiera sabemos si está en la Luna. Seguía en Última Oportunidad cuando nos marchamos de allí.

—Ya lo he comprobado mientras Yanyu estaba en el holo —dijo Imala—. Llegó hace varios días. Salió en todas las noticias.

—No es de fiar.

—Dijo la verdad respecto a tu familia, Vico. No tenía por qué hacerlo. Fue sincero.

—Su versión de la verdad. Y eso no le convierte en un aliado.

—Todo el que quiera destruir a los fórmicos es un aliado, Vico. No me gusta más que a ti. Me parece tan repulsivo como su padre, pero puede conseguirnos lo que necesitamos si logramos convencerlo de que coopere.

—Solo cogerá la idea y la llevará a cabo él mismo.

—Tanto mejor —dijo Imala—. Que corra él el riesgo si quiere. No importa cómo caigan los fórmicos. Solo importa que caigan.

Víctor guardó silencio un momento.

—Si se niega, solicito autorización para darle un puñetazo en la cara.

—Si se niega —dijo Imala—, tendrás que ponerte a la cola.

Lem accedió a reunirse con ellos en un jardín botánico de la Ciudad Vieja una hora después de que las instalaciones cerraran. Imala sugirió que Yanyu se quedara en casa y siguiera buscando una lanzadera asequible.

Víctor e Imala llegaron a la hora convenida, y el portero los escoltó a través del jardín de azaleas hasta un banco bajo un manzano silvestre y los dejó allí. Lem no había llegado todavía, así que se sentaron a esperar.

Imala fue señalando las flores que conocía. Azaleas y rododendros flanqueaban el sendero. Blancas, rosas, coral, magenta. Enormes lilas se agitaban suavemente con la brisa artificial, y sus capullos púrpura desprendían un suave olor que se mezclaba con los aromas de la tierra húmeda y la hierba y las demás flores. Para Víctor era algo tan potente y tan desconocido que se sintió un poco mareado.

Lem apareció diez minutos después con un séquito de guardias de seguridad que se mantuvieron a cierta distancia. Se sentó en el banco frente a ellos y se acomodó lánguidamente.

—¿Por qué reunimos aquí? —preguntó Imala—. ¿Por qué no en un lugar más público?

—Porque no quiere que lo vean con un sucio chupador de piedras —dijo Víctor. Imala le puso una mano en el muslo para calmarlo.

—Allá donde voy me asaltan los paparazzi —dijo Lem—. Es molesto. Pensé que no querrían que les metieran las cámaras por las narices.

—Sí, ahora es un gran héroe —ironizó Víctor—. Esta tarde hemos visto algunas de sus entrevistas. Fue muy valiente al abandonar a todos esos mineros libres. ¿De dónde sacó el valor?

Lem compuso una expresión de fastidio.

—¿Para esto querían verme? ¿Para insultarme? No tengo tiempo para tonterías. —Empezó a levantarse.

—No —dijo Imala—. No es por eso. —Miró a Víctor y este levantó las manos en gesto de rendición.

Lem volvió a sentarse.

—Miren —dijo—, sean cuales sean sus planes, permítanme empezar diciendo que esta compañía tiene el mejor equipo de abogados del mundo. Si pretenden chantajearme no funcionará. Mi padre no lo permitiría. Si acuden a la prensa, los ignorarán. Si acuden a las redes, los eliminarán, y les caerá encima un pleito que les arruinará. Créanme, mi padre es implacable. Sé que no llevan ustedes encima aparatos de escucha porque el portero los examinó cuando entraron, pero si esa es su intención, les ahorraré un montón de molestias poniendo fin a esta conversación antes de que digan algo que luego lamentarán. Porque sea lo que sea, mi padre no lo consentirá, y la historia no acabará bien para ustedes.

—¿Ves, Imala? —dijo Víctor—. Lo único que tiene para nosotros son amenazas.

—No les estoy amenazando, sino advirtiéndolo. Les estoy haciendo un favor. No quieran convertir en espectáculo lo que sucedió en el Cinturón de Kuiper. Perderían. Hay otras formas de hacer esto. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo con la familia del hombre que murió. En privado. De un modo que no pueda atribuírseme. Pero lo haré con mucho gusto. Sin abogados ni documentos. Si la esposa y los hijos siguen vivos, felizmente les abriré una cuenta y me encargaré de que estén bien atendidos.

Víctor se enfadó tanto que tuvo que contenerse para no saltar.

—¿Cree que puede comprar a mi familia? ¿Cree que puede pagar dinero por mi tío Marco? —Se volvió hacia Imala—. Esto ha sido un error. No va a ayudarnos.

—¿Ayudarles a qué? —se interesó Lem.

—No hemos venido a chantajearlo —dijo Imala—. Hemos venido porque creemos haber descubierto un modo de entrar en la nave fórmica.

—¿Y para qué querrían hacer eso?

—Estamos en guerra —dijo Víctor—. Quizá no se ha dado cuenta.

Lem entornó los ojos.

—Tu familia era mucho más agradable que tú, Víctor. Me cuesta trabajo creer que seáis parientes.

Víctor se levantó.

—Se acabó. Nos vamos de aquí, Imala.

—Siéntate, Víctor —ordenó Imala, cortante—. Los dos están actuando como niños. Hay gente muriendo. Millones de personas. Me gustaría hacer algo al respecto. Creía que ustedes dos también. Si me equivoco, díganlo ahora, y buscaré en otra parte.

A regañadientes, Víctor volvió a sentarse.

Imala miró a Lem, que se acomodó en el banco y alzó las manos, asintiendo.

—La escucho. ¿Cuál es su plan?

Ella se lo contó. Cuando terminó, Lem reflexionó un momento.

—¿Cómo se entra en la nave fórmica cuando se llegue a ella? La he visto de cerca. No tiene puertas ni ventanas. Ningún punto de entrada.

—Entraré por donde emergen los cañones —respondió Víctor—. Camino de la nave, me detendré en uno de los pecios más grandes y le colocaré un impulsor. Un motor pequeño. No será difícil. Entonces, cuando llegue a la nave fórmica, pondré en marcha el impulsor y haré que el pecio vuele directamente hacia la nave fórmica lo más rápido que pueda. Los cañones se asomarán para reducirlo a cenizas, y yo me colaré por el agujero.

Imala se lo quedó mirando.

—Es buena idea. ¿Por qué no lo mencionaste antes?

—Porque se me acaba de ocurrir.

—¿Y cómo volverías a salir? —preguntó Lem—. Cuando el cañón se retire, quedarás atrapado dentro.

—Me llevaré abrazaderas de acero reforzado, el más fuerte que haya. Abriré el hueco lo suficiente para poder salir.

—¿Y si no hay ningún punto de entrada dentro del agujero? El cañón podría estar en un hueco sin acceso al interior de la nave.

—Entonces estropearé el cañón. Lo dañaré todo lo que pueda. Aprovecharé el tiempo. Lo examinaré. Aprenderé cuanto pueda.

—¿Y qué harás si logras entrar en la nave?

—Buscar el puente y colocar un explosivo —dijo Víctor—. Quien dirija el ejército alienígena estará allí. Si lo mato imperará el caos.

—¿Cómo sabrás encontrar el puente? —preguntó Lem.

—Estará en el centro de la nave.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque es allí donde yo lo pondría. Mire la forma que tiene la nave. ¿Dónde

querría estar si fuera el capitán y se moviera por el espacio a una fracción de la velocidad de la luz con amenazas de colisión por todas partes?

—Lo más lejos posible del casco.

—Exacto. En el centro de la nave. El lugar más protegido.

—Suponiendo que tuvieras razón respecto a su localización —dijo Lem—, ¿cómo piensas llegar hasta allí? La nave estará repleta de fórmicos.

—No lo sabré hasta que esté dentro. Y lo estaré grabando todo. Así que aunque muera, las imágenes serán útiles. El equipo que me siga no irá a ciegas.

Lem reflexionó en silencio y luego tomó una decisión. Se inclinó hacia delante.

—Hay una rama de las instalaciones de producción de Juke dedicada a un proyecto en el que estoy trabajando. El Ala H16. Tiene su propio muelle de atraque, con entrada y salida. La gente de mi padre no va allí. Solo mis ingenieros tienen permitido el acceso. Cuando hayan recogido la chatarra espacial, llévenla allí junto con la lanzadera. Les daré un lugar en las instalaciones para camuflar la lanzadera y prepararla para el lanzamiento. Tendrán todas las herramientas que necesiten e ingenieros que les echen una mano si hace falta. Les ofrecería restos de las naves Juke para el camuflaje, pero no quiero que mi padre tenga nada que ver con esto. Esto no es una misión de Juke, sino nuestra misión. ¿Entendido? Si usáramos algo de Juke aparte de mis instalaciones y mi propio dinero, mi padre nos lo quitaría de las manos y se apropiaría de todo. Perderíamos el control.

»Así que tampoco podemos usar una lanzadera Juke. Tiene que ser una que compren ustedes. Pequeña para que pueda mezclarse con los pecios, pero equipada adecuadamente. Algo fiable. No un cacharro. No vamos a fracasar por usar equipo defectuoso. Compren una lanzadera nueva. También necesitarán una lanzadera de transporte o un carguero para traer la chatarra espacial de la órbita. No pueden cargarlo todo en una lanzadera diminuta. Así que consigan ambas cosas. Un transporte y una lanzadera pequeña. También necesitarán combustible, naturalmente, más otros suministros que no se me ocurren ahora mismo. ¿Cuánto necesitan?

Imala tardó un momento en encontrar la voz.

—Humm, no había contado con el precio del carguero...

—Necesitarán uno —insistió Lem.

—Muy bien. —Imala pensó un momento y dio una cifra.

—Voy a triplicarlo —dijo Lem, marcando los números en su pad de muñeca—. Estas cosas son siempre más caras de lo que uno piensa. Si les hace falta más, háganmelo saber. —Le indicó a Imala que extendiera la mano y luego acercó su pad de muñeca al de ella.

Imala miró la cantidad. Se quedó asombrada.

—Gracias.

—No me las dé. No hago esto por ustedes. Lo hago por la raza humana.

Se levantó para marcharse.

—Una cosa más. He leído su expediente, Imala. Descubrió un montón de mierda sobre mi padre. Y eso le costó su empleo. Sé que puede pensar lo contrario, pero mi padre no estaba implicado en esas prácticas comerciales. Tiene algunos empleados deshonestos, y se está encargando de ellos. Mientras tanto, quiero zanjar el tema. Quiero conocer qué impuestos y tarifas atrasados pueda deber mi padre. No dirigirá esta compañía eternamente. Y cuando sea mía, no quiero trapos sucios. Hay un enlace en esa cuenta que le he dado. Envíeme todo lo que encontró, y yo me encargaré de ello.

Imala asintió, sorprendida.

—Eso haré.

—Bien. Ahora consigan los suministros y llévenlos al muelle de atraque.

—Ala H16 —repitió Imala.

—Eso es.

Lem se ajustó la chaqueta y comprobó sus gemelos, como si pensara que un fotógrafo pudiera estar esperándolo al otro lado de la puerta. Entonces se dio media vuelta y se marchó, seguido de su séquito de seguridad.

Cuando se fue, Víctor dijo:

—¿Es cosa mía o el olor de las flores desapareció cuando llegaron él y su hedor?

—Yo tampoco me fío de él —dijo Imala, mirando su pad de muñeca—. Pero no voy a discutir con esto. —Le dio un golpecito en el pecho y se encaminó a la salida—. Vamos, chico del espacio. Tú y yo acabamos de declarar la guerra a los fórmicos.

Sangre y cenizas

A la hora de la cena, Mazer estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la granja, frente a Bingwen y su abuelo. Era la tercera noche seguida que comían arroz y brotes de bambú hervidos. Mazer terminó su porción y soltó la hoja que le servía de cuenco.

—Ya estoy lo bastante recuperado. Debería ponerme en marcha al amanecer.

Bingwen pareció asustarse.

—No puede. Tenemos que permanecer juntos. Díselo, abuelo.

—No se dan órdenes a las personas mayores, niño. Mazer debe hacer lo que considere mejor.

—Pero... no puede dejarnos. Le salvé. Tiene que protegernos. Nos lo debe.

—¡Bingwen! —El anciano dio una palmada tan fuerte que sonó como un trueno dentro de la casa—. Me deshonoras. Ve a limpiar las ollas.

—Sí, abuelo. —El niño se inclinó y se marchó.

—Perdone a mi nieto, Mazer. Es joven y lenguaraz y sabe poco de respeto.

—Pues el chico tiene razón. Se lo debo.

—No nos debe nada. Está vivo porque es usted. No hay ninguna deuda entre nosotros.

—Deberían ir al norte. No pueden quedarse aquí. No hay más suministros en el valle. Necesitan comida y agua fresca. Solo se han quedado todo este tiempo por mí, y se lo agradezco, pero no puedo permitir que se sigan poniendo en peligro por mi causa. Los acompañaré al norte hasta que encontremos otro grupo o familia con la que puedan viajar. Entonces me dirigiré al sur.

—¿Hacia la sonda? ¿No puedo convencerle de que no haga esa locura?

—Destruir las sondas es la única forma de poner fin a esta guerra.

Danwen resopló.

—Soy un anciano, Mazer, demasiado viejo para hacer la guerra, contra usted o contra los fórmicos. Si dice que tiene que ir al sur, no intentaré detenerlo. Aunque le permitiré que nos escolte hasta una familia o un grupo. El niño no se siente a salvo

conmigo, y no se lo reprocho. Poco puedo hacer para defendernos. Se merece algo mejor. Nos marcharemos al alba.

—Gracias. Además, y espero que no se ofenda, Ye Ye Danwen, pero después de la guerra quiero ayudar a que Bingwen asista a un colegio. Me ha contado lo difícil que es conseguir aquí una educación. Con su bendición, me gustaría matricularlo en alguna parte. En una escuela privada de Pekín, tal vez. O en Guangzhou. Yo la pagaré. Mientras pueda. Se lo debo.

Danwen extendió la mano y palmeó la de Mazer.

—Es usted un buen hombre, Mazer Rackham. Tiene mi bendición. Bingwen es un niño diferente. Dirá usted que no soy parcial, pero creo que es uno entre mil. Tal vez uno entre un millón. ¿Cree que un niño podría ser más sabio que la mayoría de los adultos?

—Ahora sí.

Danwen se echó a reír.

—Sí, un niño muy sabio. Tendría que preguntarle cómo destruir la sonda. No me sorprendería que tuviera la respuesta.

Esa noche Danwen insistió en hacer la primera guardia. Se sentó en la puerta de la granja con la espada cruzada sobre el regazo. Mazer se acostó cerca de la ventana al otro lado de la habitación, con una buena vista del cielo nocturno. Contempló las estrellas, preguntándose si ya habría sido destruida la nave nodriza. Tal vez los fórmicos de China eran todo lo que quedaba.

—Mazer. —Un susurro.

Se volvió. Bingwen estaba a su lado, sentado en el suelo, abrazándose las rodillas contra el pecho.

—Lamento haberle pedido que se quedara. Fue egoísta por mi parte.

—No tienes que disculparte, chaval. Me quedaría si pudiera. Siento no poder hacerlo.

El niño asintió pero no se marchó.

Mazer esperó. Bingwen miró el suelo.

—¿Hay algo más que quieras decirme, Bingwen?

El niño asintió, pero no miró a Mazer.

—Tiene que decirle una cosa al abuelo. Antes de marcharse. Yo no puedo decírselo. Lo he intentado muchas veces, pero no soy capaz.

Mazer esperó. El niño parecía reticente.

—¿Qué tengo que decirle, Bingwen?

A la luz de la luna, Mazer pudo ver las lágrimas que corrían por las mejillas del chaval, que siguió sin emitir ningún sonido. Se frotó la cara con la manga y luego habló en susurros.

—Mis padres. No nos estarán esperando en el norte. El día que fui a buscarlo, los

vi. —Sacudió la cabeza, avergonzado—. No los enterré. Y ahora están en esa montaña de muerte, apilados con todas las demás cosas muertas. Los he deshonrado.

Mazer se incorporó y tomó al niño en brazos.

—No los has deshonrado, Bingwen. No pienses eso. Los has honrado al ayudarme. —No supo qué más decir. El pequeño se estremeció en silencio entre sus brazos. Mazer pudo ver la silueta de Danwen en la puerta, mirando en su dirección. Alzó una mano para indicar que todo iba bien.

Poco después Bingwen se quedó dormido. Solo entonces Mazer lo colocó con cuidado sobre su esterilla en el suelo. Se tendió luego en las planchas de madera a su lado, los ojos cansados y el cuerpo débil. El arroz y el bambú le llenaban el estómago, pero hacían poco más que eso. Estaba sin energías. Necesitaba nutrientes. A juzgar por lo demacrado que veía y sentía su cuerpo, calculaba que había perdido unos siete kilos. Era un peso que no podía permitirse perder: casi no tenía grasa corporal a la que recurrir.

En el exterior había una noche tranquila y silenciosa. Mazer había tardado una semana en acostumbrarse al silencio. No había pájaros aleteando, ni ratones ni criaturas pequeñas correteando por la hierba, ni insectos gorjeando en la oscuridad. Los fórmicos habían calcinado la tierra y todo lo que había en ella, no habían dejado nada a su paso, solo el viento.

Mazer despertó de repente. Se había quedado dormido, pero un sonido lo había despertado. Un sonido suave que no encajaba en la noche. Se irguió y lo vio en la puerta, apuntando con su fumigador a la cara de Danwen. El anciano estaba dormido. Mazer se levantó y se abalanzó. La lanza pulverizadora soltó una única vaharada de bruma contra el rostro del anciano. Danwen gimió suavemente. El fórmico alzó la cabeza, percibiendo movimiento en la oscuridad. Mazer cayó sobre la criatura.

Chocaron y salieron dando tumbos al patio, la criatura agitando las extremidades. Mazer le arrancó la lanza pulverizadora, pero las otras manos de la criatura lo arañaron. Una pata lo golpeó. Mazer advirtió que era fuerte. Más de lo que esperaba, como un simio. Intentaba agarrarlo, retorciéndose, luchando, tratando de morderlo con sus fauces. Rodaron por la tierra. El fórmico lo alcanzó en la espalda, un golpe violento que le produjo una punzada de dolor. La criatura estaba desesperada, pataleando, revolviéndose. Mazer sintió que su presa se debilitaba: sus fuerzas mermaban. Se giró y consiguió colocarse detrás del fórmico y entonces envolvió las piernas alrededor de su torso, sujetándole los brazos contra los costados. La criatura se debatió, desesperada, furiosa. Mazer pensó que el depósito del fumigador iba a romperse y cubrirlo de líquido.

—¿Abuelo?

Bingwen estaba en la puerta mirando al anciano, que se había desplomado a un lado.

—¡Atrás! —gritó Mazer—. ¡Cúbrete la boca!

Bingwen retrocedió hacia la oscuridad. La criatura se debatía y pataleaba. Mazer rodeó con los brazos la cabeza del fórmico y la hizo girar violentamente hacia un lado. Algo crujió. Mazer sintió romperse músculos, huesos y cartílagos. El fórmico se quedó flácido.

Mazer lo sujetó un momento más antes de soltarlo y alejarlo de una patada. Tenía el corazón desbocado, los brazos y las piernas cubiertos de humedad. No estaba seguro de si era sudor suyo o del fórmico. Sintió ganas de vomitar. Pero entonces estiró el cuello y controló la náusea.

Oyó el suave sonido de pasos. Pisadas. Pero no humanas. Venían de detrás del granero. La espada de Danwen yacía en el suelo, cerca de la puerta. Mazer buscó algún resto de la bruma, pero no distinguió nada en la oscuridad. Podía estar allí, o tal vez no. No estaba seguro. Las pisadas se acercaban. Recogió la espada y se alejó rodando para erguirse. Corrió hasta el granero sigilosamente. Apoyó la espalda contra la pared justo cuando otro fórmico con un fumigador aparecía en la esquina a su izquierda y pasaba de largo. El fórmico vio a su compañero muerto en el patio y se detuvo.

Mazer lo atacó por detrás y le hundió la espada en la cabeza sin encontrar mucha resistencia. Llegó hasta el cuello, donde la hoja se quedó detenida. La criatura cayó, casi arrancándole la espada de las manos. Mazer la liberó de un tirón y se volvió a escudar en el granero, escuchando.

Más pisadas. Esta vez a su derecha. Avanzó en esa dirección, moviendo los pies descalzos silenciosamente sobre la tierra. El fórmico dobló la esquina antes de que Mazer la alcanzara. Lo vio, vaciló y trató de manejar la lanza fumigadora.

Mazer dio un salto y ensartó a la criatura en su centro. La hoja llegó hasta el depósito a la espalda y se detuvo. La criatura miró la hoja que le sobresalía del pecho. Mazer recuperó la espada y volvió a clavársela. La criatura no emitió ningún sonido. Mazer liberó de nuevo la hoja, y el fórmico se desplomó a sus pies.

Mazer se agazapó de nuevo. Permaneció así durante un minuto entero. Luego dos. Contó los segundos mentalmente. No oyó nada.

Entonces corrió hasta la granja. El cuerpo de Danwen seguía allí, caído en la puerta, medio dentro medio fuera. Mazer lo agarró por las muñecas y lo sacó al patio, lejos de donde habían rociado la bruma. El anciano estaba flácido. Mazer ya sabía que estaba muerto. Bingwen se asomó a la puerta.

—No salgas —ordenó Mazer—. Han rociado ahí mismo. Coge mis botas y sal por la ventana lateral.

Bingwen desapareció de nuevo en el interior.

Mazer se arrodilló junto a Danwen. La criatura había rociado al anciano en la cara, y había humedad en su frente y sus mejillas. Quiso comprobarle el pulso, pero

no se atrevió a tocar el cuello. Le cogió la muñeca.

No había pulso.

Probó también con la otra muñeca.

Nada.

Colocó una mano sobre el pecho de Danwen. El corazón no latía. Mazer alzó la cabeza. Bingwen estaba allí de pie, con las botas en la mano, mirando a su abuelo. Se había puesto sus propios zapatos. Mazer se acercó a él y le volvió la cara hacia la suya.

—Bingwen, mírame.

El niño parpadeó en estado de *shock*.

—Tu abuelo ha muerto. No podemos quedarnos aquí. Tenemos que irnos. ¿Comprendes?

Bingwen asintió. Mazer se sentó en el suelo y se puso las botas rápidamente.

El niño contemplaba el cadáver de su abuelo.

—No podemos dejarlo así. Vendrán y se lo llevarán y lo pondrán con las cosas muertas. Lo deshonrarán.

Mazer lo cogió de la mano.

—No hay tiempo para enterrarlo, Bingwen. Tenemos que marcharnos ya.

El niño se zafó.

—No. No podemos permitir que se lo lleven.

Mazer intentó retenerlo, pero el niño fue rápido y esquivó su mano. Corrió hacia la hoguera que usaban para cocinar. Agarró una olla y removió las brasas. Unas cuantas al fondo estaban aún rojas. Bingwen usó un palo para pasarlas a la olla.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Mazer.

Bingwen no respondió. Corrió hacia el establo y vertió las brasas en un rincón, donde había un montón de heno seco. Prendió en el acto, ardiendo como una tea. Las llamas se extendieron rápidamente, lamiendo la vieja y seca pared de madera. Bingwen corrió de vuelta al lugar donde yacía su abuelo. Agarró al anciano por los tobillos y tiró con todas sus fuerzas, en vano.

Mazer se acercó, se agachó y cogió al anciano en brazos, cuidando de no tocarle la cara. Del granero surgía ahora una humareda. Las llamas se arrastraban por la pared interior como si fuera leña. Había una caja cuadrada de madera en el suelo, cerca de la pared del fondo, donde se guardaban más herramientas. Mazer colocó a Danwen sobre ella y le acercó con el pie parte del heno aún intacto. El fuego estaba cerca. De una patada, Mazer soltó de la pared una tabla en llamas que se astilló y rompió. La cogió por la parte que no ardía y la puso en la base de la caja donde yacía Danwen. El humo era denso y lastimaba los ojos. El calor era intenso. Mazer salió del granero tosiendo y apartándose ceniza ardiente de la ropa.

Bingwen esperaba en el patio, contemplando las llamas, la espada en la mano, la

sangre brillando en la hoja a la luz de la luna.

Mazer se arrodilló junto a él.

—No podemos quedarnos, Bingwen. ¿Puedes correr?

Tenían que moverse. Los transportes de tropas eran silenciosos y ligeros como hojas. Podrían llegar allí de un momento a otro. Bingwen se volvió hacia Mazer con movimientos lentos, como en trance. No respondió. Mazer comprendió que no podría correr. No con rapidez. Agarró la espada y cogió al niño en brazos. Luego echó a correr hacia las montañas, dejando las llamas y la granja a sus espaldas para dirigirse al norte, a la oscuridad.

Corrieron durante quince minutos, cortando camino por campos que habían sido despojados de todo rastro de vida. Las botas de Mazer pronto se llenaron de barro y ceniza. Cruzaron arrozales, ciñéndose a los estrechos puentes de tierra entre los cultivos y manteniéndose apartados del agua estancada. Los brotes de arroz hacía tiempo que se habían marchitado y muerto, y ahora un fino residuo químico flotaba encima del agua, brillando como aceite a la luz de la luna. Un kilómetro más allá de la base de la montaña encontraron una pequeña jungla que no había sido afectada por la bruma y se internaron en ella, pues preferían estar a cubierto en el denso follaje que al aire libre, donde podían divisarlos fácilmente. Sin embargo, en la jungla era más difícil ver. Las ramas les tiraban de la ropa y les golpeaban la cara. Mazer tropezó dos veces y casi soltó a Bingwen.

El niño empezaba ya a recuperarse.

—Ya no tiene que seguir llevándome en brazos —dijo—. Puedo correr.

Mazer no discutió. Estaba agotado, su cuerpo cubierto de sudor. Sentía calambres en las extremidades, sobre todo en el brazo derecho, que había soportado el peso de Bingwen. La herida de su vientre había empezado a arder también, y le preocupaba haber desgarrado algo. Soltó al niño y los dos se desplomaron contra un árbol. Mazer se apoyó en el tronco, respirando entrecortadamente.

Permanecieron sentados en silencio un rato. Mazer quería consolar a Bingwen, decir algo que pareciera reconfortante, que suavizara la pena del niño. Pero todo lo que se le ocurría le parecía insuficiente, o una promesa vacía que no podría cumplir. Corrían peligro, más peligro que nunca antes, y cualquier garantía de un final feliz parecía falsa e inverosímil.

Fue Bingwen quien rompió el silencio.

—Lamento mucho que tuviera que llevarme en brazos —dijo—. Yo... no pensaba con claridad.

—No pasa nada. No me importó. Necesitaba el ejercicio.

—No. No es así. No debería esforzarse. Debería estar descansando. Mírese. Está más delgado que antes. Necesita comida, Mazer. Comida de verdad. Carne y fruta y

verdura, no arroz y bambú. Y debería mirarlo un médico de verdad. —Se acercó las rodillas al pecho como había hecho en la granja—. No puede ir adonde está la sonda. No puede. No está lo bastante sano para luchar.

Mazer respiró varias veces más antes de responder, el corazón latiéndole con fuerza.

—Es complicado, Bingwen.

—No. No lo es. Está débil. El ejército ha atacado la sonda y no ha conseguido nada. ¿Qué puede hacer usted que ellos no puedan? Estaría desperdiciando su vida. Deje que los cazas y las bombas se encarguen del asunto.

—Acabas de decir que las bombas no funcionan.

—Ir caminando hasta la sonda es una estupidez. Un suicidio. Si quiere participar en la lucha, busque a otros soldados. Colabore en otra parte. Puede ayudar y seguir viviendo.

—Si voy al norte y encuentro tropas chinas, probablemente me arrestarán y me devolverán a Nueva Zelanda. Y eso en el mejor de los casos.

—¿Por qué iban a arrestarlo?

—Como decía, es complicado.

—¿Y yo no lo comprendería porque soy un niño? Creí que habíamos superado eso.

Mazer resopló y se secó el sudor de la cara con la manga de la camisa.

—Muy bien. Me arrestarían porque no puedo estar aquí. Desobedecí una orden directa al dirigirme a la sonda. Tres de mis amigos murieron como resultado de mi decisión. Mis superiores no me lo perdonarán. Tampoco estoy seguro de que yo pueda perdonármelo. —Inspiró hondo y se inclinó hacia delante—. Por eso tengo que volver, Bingwen. No voy a regresar a casa hasta que ayude a poner fin a esta guerra. No porque pueda absolverme de ignorar la orden, sino porque se lo debo a mis amigos para que sus muertes signifiquen algo. Porque te lo debo a ti y a tus padres y a tu abuelo y a todos los que han sufrido en China. ¿Tiene eso sentido?

—No, no lo tiene. Es pura testarudez. No es usted responsable de lo que ha sucedido aquí, Mazer. Ni siquiera lo es de sus amigos. Ellos querían ayudar. Desobedecer la orden fue también decisión suya. No es su culpa que murieran.

—Lo es. Yo era su oficial al mando. Era responsable de su seguridad.

—¿Y lanzarse contra los fórmicos va a cambiar eso? ¿Qué espera conseguir haciéndose matar?

—No tengo planeado morir.

—Bueno, seguro que los fórmicos estropean esos planes. Es usted contra cientos o miles de ellos. Usted, desarmado y débil, vestido con harapos. Y ellos, protegidos por un escudo y cargados de armas e implacables. No hay que ser adulto para darse cuenta de la forma tan tonta en que se está comportando.

Mazer sonrió.

—Descansa, Bingwen. Es la última pausa que haremos en un buen rato.

Permanecieron en silencio varios minutos. La respiración de Mazer se normalizó, y la quemazón en su costado se disipó, lo que sugería que se trataba de un punto de sutura y no de la herida... o eso esperaba. Se levantaron y empezaron de nuevo a moverse, esta vez a ritmo más lento. Usaron la espada para abrirse paso en las zonas más tupidas de la jungla, pero cada golpe resonaba con fuerza en el silencio, así que lo hicieron pocas veces.

Después de otra hora de caminata, Bingwen preguntó:

—¿Tiene usted hijos?

Eso sorprendió a Mazer.

—¿Hijos? No. No estoy casado, Bingwen.

—¿Por qué no? La doctora Kim se preocupa por usted. ¿Por qué no se casa con ella?

Mazer miró al niño. Costaba distinguirlo con claridad en la oscuridad y las sombras de la jungla.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Ella le quiere. Me di cuenta. Puede que tenga ocho años, pero no soy ciego.

—La gente no se casa simplemente por estar enamorados.

—Claro que sí. ¿Por qué si no habrían de hacerlo?

—El matrimonio y la familia es un compromiso. Si no puedes ser firme en tu compromiso, no deberías hacerlo. Yo soy soldado. Siempre estoy fuera. Eso sería difícil para un matrimonio.

—Entonces ¿no se casará nunca?

—Algún día, espero. Cuando deje de ser soldado.

—¿Consideraría tener un hijo antes de casarse?

Mazer vio adonde quería ir a parar. Respondió con voz tranquila y amable:

—No puedes ser mi hijo, Bingwen.

—Trabajaría duro —dijo el niño—. Y obedecería. Usted no tendría que reñirme ni castigarme porque siempre le haría caso. Ni siquiera me quejaría cuando tuviera que irse a alguna parte de misión. Podría cuidar de mí mismo y cocinar mis propias comidas. Sé cocinar otras cosas además de arroz y bambú, ¿sabe? Carnes y verduras. Podría cocinar también para usted.

Mazer se detuvo y se acuclilló delante del niño. Le puso una mano en el hombro.

—Si tengo un hijo algún día, Bingwen, espero que sea tan valiente, listo y fuerte como tú. Pero China es tu hogar, y Nueva Zelanda, el mío.

—China era mi hogar. Pero ahora es una nueva China, y es tan extraña para mí como para usted. Tampoco encajo aquí.

Es igual que yo, pensó Mazer. Desplazado, solo, enfrentado a una nueva cultura

tras haber perdido la que conocía. De niño, Mazer se había sentido así cuando su madre murió. Ella había irritado a su familia maorí al casarse con un inglés. Eran maoríes puros y veían a su padre como un intruso que privaba a su hija de su herencia. Así que la expulsaron de la tribu.

Más tarde, cuando nació Mazer, su madre se arrepintió y lo sumergió en la cultura maorí. Seguía amando a su padre (no lo abandonaría nunca), pero quería que Mazer se educara como lo había hecho ella. Así que lo introdujo en la cultura y le enseñó la lengua, las danzas y las canciones. Lo alimentó con comidas maoríes, instaló en él el espíritu guerrero. Hizo de él un supermaorí.

Entonces, cuando él tenía diez años, murió. Y ya no hubo nadie que defendiera la inclusión de Mazer en el grupo. Su padre, después de haber sido excluido durante todos esos años, desde luego no iba a hacerlo. En cambio, se lo llevó de vuelta a Inglaterra y trató de borrar al maorí que había en él. Era hijo de una familia noble, y haría de Mazer un inglés de provecho con estudios de informática y ciencias. De repente, Mazer pasó de llevar una vida de pescar/plantar taro/sacrificar cerdos llena de canciones e historias a una vida de ordenadores de alta tecnología en los internados británicos.

Aprendió a adaptarse. Nunca fue aceptado por los británicos puros: lo llamaban cerdo y le daban de lado. Pero se volvió más británico que ellos. Aprendió todas las cortesías y protocolos de la sociedad inglesa. Dominó el acento. Se volvió sumamente elocuente. Exprimió todos los temas que estudiaba. Se hizo experto en dos culturas... aunque en realidad no fuera ciudadano de ninguna.

Bingwen se enfrentaba a lo mismo. Era un campesino primitivo que se había topado con una cultura diferente, aprendiendo inglés e informática, empapándose cuanto había podido. Había pasado de un mundo a otro como Mazer.

—El mundo cambiará siempre, Bingwen. Uno se convierte en lo que es necesario para encajar en él.

—Entonces nunca voy a ser una persona. ¿Solo lo que sea conveniente para el mundo que me rodee? No es eso lo que quiero ser. Así no seré yo.

—No se trata de quién seas. Pero es así como se sobrevive. En realidad, se hace toda la vida. No cambia quién eres. Sigues decidiendo, eligiendo lo mejor. Lo mejor de China, lo mejor de lo que has aprendido, lo mejor de tus padres. Sigue siendo tu elección, no importa lo que esté haciendo el mundo, si esta es la China que conoces o no. Sigues decidiendo quién eres.

—Pero no puedo decidir ser su hijo.

—No, pero no tienes que ser mi hijo para significar algo para mí. Puedes...

Se interrumpió. Había oído algo. Voces, tal vez. No demasiado lejanas. Se llevó un dedo a los labios y Bingwen asintió.

Avanzaron a rastras, silenciosos como sombras, hasta que llegaron al linde de la

jungla, a pocos metros de distancia. Un amplio claro se abrió ante ellos en la oscuridad, y en el centro, a unos cien metros, fluctuaba el resplandor rojizo de una hoguera. Varias formas se movían alrededor del fuego, pero a esa distancia resultaba imposible ver cuántas personas había o si eran amigas o no. Mazer y Bingwen se agazaparon y prestaron atención. Quienesquiera que fuesen no habían sido muy listos al encender una hoguera al descubierto. Prácticamente estaban llamando a los fórmicos a su posición.

Mazer esperaba encontrar un grupo o una familia que pudiera acoger a Bingwen, pero no sería esa gente. Eran descuidados y ruidosos y era probable que acabaran muriendo. Lo inteligente era alejarse de ellos. Que los fórmicos los encuentren. No son nuestro problema.

Pero Mazer necesitaba información. No sabía nada de la posición ni de los movimientos de los fórmicos. Quizás estaban yendo directamente hacia ellos. Hablar con los de la hoguera quizá fuera un riesgo, pero tenía que correrlo. Pensó ordenarle al niño que se quedara atrás mientras él se acercaba a aquella gente, pero no se sentía cómodo dejando a Bingwen solo, y dudaba que a él le gustara la idea.

—No te alejes de mí —le dijo—. Y procura no hacer ruido hasta que estemos seguros de que son amigos.

Avanzaron hacia la luz, Mazer delante, espada en mano. Cuando casi habían cruzado el prado, se detuvo y olisqueó el aire.

—¿Qué ocurre? —susurró Bingwen.

—Ese olor. A... langosta.

Bingwen olfateó.

—Sí.

Mazer apretó la empuñadura de la espada y se acercaron al campamento. Pronto las vagas siluetas a la luz de la hoguera tomaron forma. Eran cinco hombres y una mujer, todos en cuclillas alrededor de algo, el fuego a su espalda. Había una espeta sobre las llamas, donde se asaba una criatura. A medida que fue acercándose, Mazer vio que la criatura que cocinaban era la parte inferior de un fórmico. Se estaban comiendo la parte superior, que habían sacado de la espeta y colocado en el suelo, para rodearla como una manada de chacales.

Mazer se sintió asqueado. Quiso retroceder, pero ya estaban demasiado cerca del fuego, y la mujer los vio. Soltó un grito y los hombres se pusieron en pie, empuñando su armas: palos, cuchillos y machetes. Eran campesinos. Tenían las ropas desgarradas y manchadas, los rostros salvajes. Flacos y demacrados, parecían desesperados.

Mazer no se movió. Bingwen se ocultó tras él. Nadie habló.

Finalmente, uno de los hombres, armado con un machete, dijo:

—Esta comida es nuestra. No hay suficiente para ustedes.

—No queremos su comida —dijo Mazer.

—Miente —dijo otro que empuñaba un cuchillo—. Claro que la quiere. Miradle los ojos.

—No deberían comer eso —dijo Mazer—. Son proteínas diferentes. No están hechas para el consumo humano.

—¿Veis? Intenta engañarnos para quitárnoslo todo.

—Los fórmicos recogen a sus muertos —dijo Mazer—. Puede que vengan por este.

Los hombres miraron al cielo, como si pensarán que una nave pudiera descender justo encima de ellos.

La mujer se encontraba junto al fuego, detrás de los hombres. De pronto se dio media vuelta y empezó a vomitar. Los hombres la miraron. La mujer cayó a cuatro patas y vació el estómago en la tierra. Los hombres retrocedieron y contemplaron el fórmico desmembrado a sus pies, la piel chamuscada y negra por el fuego, el pecho abierto y humeando ante el brillo de la hoguera. Uno de los hombres empezó a vomitar.

Mazer cogió a Bingwen de la mano y echó a correr.

Al amanecer encontraron una carretera. Había coches abandonados, algunos intactos, otros aplastados y destrozados. Había cráteres de dos metros de ancho causados por las explosiones y el fuego láser, y marcas de quemaduras por todas partes, acompañadas de profundos cortes en la tierra y el asfalto. No había cadáveres, pero sí oscuras manchas de sangre esparcidas por doquier. Mazer trató de poner en marcha varios vehículos, pero se habían llevado las baterías y las células de combustible.

Continuaron a pie, siguiendo la carretera hacia el norte durante unas cuantas horas. Vieron más destrucción, más vehículos abandonados. Cuando oyeron naves, se escondieron y esperaron a que pasaran. A mediodía encontraron a una familia con dos niños pequeños descansando a la sombra de un puente. La esposa hablaba poco, pero les ofreció sopa, que aceptaron agradecidos.

—Nos escondimos en un cobertizo subterráneo —contó el hombre—. Teníamos comida para más de una semana. Pensamos que podríamos aguantar hasta que llegara ayuda, pero el ejército no vino a rescatarnos. Ahora vamos al norte.

Bingwen estaba apartado, jugando con el niño de cuatro años, tirándose una pelota de trapo. Era la primera vez que Mazer lo veía reír.

—¿Pueden quedarse con el niño? —preguntó Mazer.

—La comida es escasa —dijo el padre.

—Es listo y habilidoso. No puedo pagarles ahora, pero lo haré cuando termine la guerra.

—Puede que no esté vivo cuando termine la guerra. O puede que no la ganemos.

—Ganaremos. Quédense con el niño.

El padre se lo pensó. Luego asintió. Sellaron el acuerdo y poco después Mazer se arrodilló ante Bingwen y le entregó la espada.

—Toma —dijo—, tu abuelo querría que la tuvieras.

Bingwen la cogió.

—Estaré más seguro con usted donde esté la sonda que con esta familia en el norte.

—Son buena gente. Te darán de comer. Es más de lo que puedo hacer yo. —Puso una mano en el hombro del niño—. Cuando esto termine, quiero que contactes conmigo. Te buscaré un colegio. Un buen colegio, donde te alimentarán y cuidarán.

—Como un orfanato.

—Mejor que eso. Un sitio donde vayan niños listos. Niños especiales.

—¿Cómo me pongo en contacto con usted?

—Memoriza mi email y mi dirección de holo. ¿Puedes hacerlo?

Bingwen asintió. Mazer le dio las direcciones.

—Ahora repítelas.

Bingwen así lo hizo. Mazer se levantó y extendió una mano. El niño la estrechó.

—¿Cuánto tiempo tengo que tener la férula en el brazo? —preguntó.

—Otras dos semanas. Intenta que no te caigan más árboles encima.

—Y usted intente que no lo maten.

Mazer sonrió.

—Eso haré. —Se detuvo un instante, sin querer marcharse—. Nada de heroicidades, ¿de acuerdo? Ve al norte y ponte a salvo.

Bingwen asintió.

No había más que decir. La familia estaba esperando, lista para ponerse en marcha. Mazer sonrió por última vez y luego se dio media vuelta y se encaminó hacia el sur, sin mirar atrás.

Permaneció apartado de la carretera, moviéndose en paralelo, e hizo un buen promedio. Antes caminaba más despacio por causa de Bingwen, pero ahora fijó su propio ritmo. La sopa le había dado nuevas energías. Encontró una zona de jungla y durmió varias horas, enterrándose entre las hojas caídas para permanecer oculto. Cuando despertó, se puso de nuevo en marcha. A esas alturas, se moría de sed. Encontró varios charcos de lluvia, pero no se le ocurrió beber de ellos. A última hora de la tarde oyó los lejanos sonidos de una batalla al oeste de su posición, pero no pudo ver nada.

Al anoecer oyó naves. Se agazapó junto a unos matorrales marchitos y vio cómo un caza chino se enfrentaba en el cielo a un volador fórmico. El caza tenía más potencia de fuego, pero el aparato fórmico era más ágil. Se elevó y zambulló y cortó el ala del caza con una andanada de fuego láser. El caza se consumió entre llamas,

girando sin control, y se precipitó al suelo. El piloto saltó justo a tiempo, cayendo velozmente, el cuerpo flácido. El paracaídas se abrió. El avión se estrelló a poca distancia al sur. Mazer oyó la explosión. El volador fórmico continuó su camino. Mazer vio el paracaídas descender hasta perderse de vista a menos de un kilómetro de distancia. Echó a correr en esa dirección.

No tardó mucho en encontrar al piloto. Había aterrizado en un campo calcinado, donde el paracaídas blanco se hinchaba al viento y destacaba contra el paisaje negro como una bandera.

Se acercó al hombre, que no se movía. Yacía de espaldas, la cabeza ladeada. Con el casco tintado, Mazer no podía verle la cara. El paracaídas se agitaba al viento. Se hinchó con una vaharada y arrastró al piloto unos metros por el suelo. En la pierna, el hombre llevaba un cuchillo. Mazer se lo cogió y cortó los cordones de suspensión. Cuanto más tiraba, menos sentía la tensión del paracaídas, hasta que por fin quedó suelto y ya no pudo seguir hinchándose con el viento. Mazer se arrodilló junto al piloto. Marcó una secuencia en el lado del casco, y el tintado de la visera desapareció, revelando la cara tras el plástico reforzado. El hombre tenía los ojos cerrados y no parecía respirar. Mazer retiró la placa pectoral del traje de vuelo para ver el lector biométrico. La pantalla plegable estaba agrietada, pero funcionaba todavía, indicando una línea plana. La causa de la muerte del piloto era rotura de cuello y columna vertebral. Según los datos, había sucedido microsegundos después de que saltara.

Mazer se sentó en cuclillas. Más muertes.

Miró hacia arriba, escrutando el cielo. Estaba en mitad del campo, expuesto. Si la nave fórmica regresaba o pasaban otras, sería un blanco fácil. Agarró al piloto por las correas del arnés y lo arrastró hacia unos matorrales marchitos. No era un gran escondite, pero resultaba mejor que nada.

Había una gran mochila auxiliar atada a las piernas del piloto. Mazer la aflojó y la soltó. Dentro encontró un auténtico tesoro: una pistola con cuatro cargadores, binoculares, bengalas, raciones para varios días, una cantimplora llena más varias botellas extra de agua, una máscara antigás, un kit de primeros auxilios, un ordenador Med-Assist, un cepillo de dientes y calcetines de repuesto. Abrió rápidamente la cantimplora y bebió. El agua estaba fría y limpia, tan buena que lo hizo lagrimear.

Abrió un paquete de raciones: una pasta que se calentó instantáneamente en contacto con el aire. Tenía jamón y queso y trocitos de tomate seco. No encontró ningún utensilio, así que vació el contenido directamente en su boca. Luego se limpió los dientes, lo que quizá fue el mayor alivio.

Volvió a guardarlo todo en la mochila, incluyendo el cuchillo y la vaina. Luego se levantó y estudió el cadáver. El hombre era alto para ser piloto, aunque no tanto como le habría gustado a Mazer. El uniforme de vuelo probablemente le quedaría dos tallas pequeño. Incluso así, un uniforme pequeño era mejor que los harapos que llevaba

puestos. Si hacía unos cuantos cortes estratégicos en la tela podría ponérselo sin problema. Le quitó el uniforme al piloto e hizo con cuidado unos cortes en las axilas y la entrepierna. Luego se quitó las botas y la ropa, hasta quedar en calzoncillos, y se puso el uniforme sin molestarse con ninguno de los biosensores. Las mangas y las perneras le quedaban demasiado cortas, pero podría vivir con eso. Más le preocupaba la movilidad. Hizo una prueba flexionando las rodillas y sintió alivio al ver que no lastraba sus movimientos. Se sentó en el suelo y se puso un nuevo par de calcetines y sus viejas botas. Luego cargó la pistola, la guardó en la cartuchera del uniforme y se puso la máscara antigás.

No le pareció bien dejar allí al piloto sin enterrar, pero no tenía tiempo ni herramientas para hacerlo. Recogió el paracaídas blanco y amortajó al piloto, como si fuera una momia. No era un entierro adecuado, pero era lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias. Se cargó la mochila al hombro y volvió a dirigirse hacia el sur. No había llegado muy lejos cuando oyó a alguien gritar su nombre. Los gritos eran débiles al principio, como susurros lejanos traídos por el viento: tan suaves que de hecho al principio creyó que eran imaginaciones suyas. Entonces un nítido «¡Mazer!» rasgó el silencio, inconfundible. Se dio la vuelta y corrió hacia la fuente del sonido. Conocía aquella voz. Y notó el terror y la desesperación que la embargaban.

Su formación le había enseñado sigilo y cautela, pero Mazer no pudo evitarlo. Se quitó la máscara y gritó a su vez.

—¡Bingwen!

Continuaron gritando sus nombres respectivos hasta que se encontraron momentos después. Mazer rodeó una colina y allí estaba el niño, corriendo hacia él, desesperado y sucio, la cara manchada de lágrimas. Se desplomó en brazos de Mazer, agotado y aterrado, demasiado angustiado para hablar.

Mazer lo llevó a un lugar a la sombra donde podían quedar ocultos a la vista y le dio de beber de la cantimplora. Al principio la respiración de Bingwen era tan agitada que no podía tragar, pero luego se obligó a calmarse lo suficiente para beber unos sorbos.

—No demasiado rápido —dijo Mazer—. O vomitarás.

Bingwen soltó la cantimplora y empezó a llorar de nuevo. Cuando habló, su voz sonó ronca después de tanto rato gritando.

—Todos muertos. La familia. Todos. Un transporte se posó justo delante de nosotros. No hizo ningún sonido. Fue un visto y no visto. Kwong, el padre, me gritó que corriera. Genji y él trataron de coger en brazos a un niño cada uno, pero...

Cerró los ojos y sacudió la cabeza, incapaz de continuar.

Mazer lo cogió en brazos y Bingwen empezó a sollozar, su cuerpecito temblando de pena y terror, de emociones acumuladas y liberadas de repente. Mazer lo rodeó

con un abrazo protector. No iba a mentir. No iba a decirle que ahora estaba a salvo, que él no permitiría que le sucediera nada. Aquel niño era demasiado listo para eso. Así que lo dejó llorar y no hizo ningún esfuerzo por evitarlo.

Cuando Bingwen volvió a calmarse, Mazer le ofreció una de las raciones y esperó mientras el niño comía.

—Descansaremos aquí hasta el anochecer —le dijo—. Luego, cuando esté oscuro, nos dirigiremos de nuevo hacia el norte.

—No —replicó Bingwen—. Al norte no. Vamos al sur.

—No voy a llevarte adonde está la sonda, Bingwen.

—¿Por qué no? ¿Porque soy un niño?

—Bueno, sí. Es peligroso.

—Es peligroso en todas partes. Era peligroso en la granja. Era peligroso en mi aldea. Es peligroso en el norte. No hay ningún sitio seguro. Podemos continuar. Estamos aquí. No puede estar mucho más lejos.

Mazer sacudió la cabeza.

—Ya hemos hablado de esto.

—Sí. Usted no es mi padre y yo no soy su hijo. Eso significa que no puede ordenarme adónde tengo que ir.

—Si vienes conmigo, me pones en mayor peligro. Tendría que estar cuidándote y no dando a las amenazas que nos rodean la atención que se merecen. Además, me harías ir más lento.

—No estoy tan indefenso como cree. Puedo ayudar. No soy fuerte, sí, pero dos pares de ojos son mejor que uno. Puedo vigilar nuestra retaguarda. Puedo cargar con suministros. Soy una ventaja, no una carga.

—No dudo de tus habilidades, pero no estamos de excursión. Esto es una guerra. Yo soy un soldado entrenado. Tú no.

—Soy tan capaz de matar fórmicos como usted.

—¿Ah sí?

—Sí. —Señaló la pistola de Mazer—. ¿Qué fuerza hace falta para apretar ese gatillo? Creo que puedo apañármelas.

—Disparar un arma es más que eso.

—Entonces enséñeme a hacerlo.

—No. Los niños no hacen la guerra.

—¿De veras? ¿Quién lo dice? ¿Hay algún libro de reglas infantiles que no conozco? Porque llevo haciendo la guerra toda mi vida.

—Estos son asesinos, Bingwen, no matones de pueblo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Hay todo un mundo de diferencia. Los matones de pueblo no te derriten la cara. —Lamentó haberlo dicho en cuanto terminó de pronunciarlo. Bingwen había sido

testigo de esas cosas—. No puedes venir porque no quiero que te pase nada. Y porque no sabemos qué hay en ese valle, y porque con toda probabilidad no podremos causar mucho daño.

—Puede explorar. Puede aprender cosas, observarlas, encontrar debilidades, ver algo que los aviones no hayan visto. Luego podrá llevar esa información a la gente importante. Ahora mismo no quiere regresar porque considera que ha fracasado. La información es una victoria, Mazer. Y yo puedo ayudarlo a conseguirla.

Mazer no dijo nada.

—Conozco a este enemigo tan bien como usted. Tal vez incluso mejor. Y, desde luego, conozco mejor esta tierra.

—No queda mucha tierra.

—No. Ni gente. —Miró al suelo un momento y cogió una piedra medio enterrada—. Mis padres están en ese valle, Mazer. Amontonados con todo lo demás. Tal vez mi abuelo también. Y Hopper y Meilin. Y Zihao. Y todo el mundo que he conocido. Mi vida está en ese valle. Usted lucha por salvar su mundo. Yo lucho porque ya me han quitado el mío. Sí, soy joven. Sí, soy un niño. No, no soy un soldado entrenado. Pero sí que soy lo bastante mayor para luchar por estar vivo, para luchar en la guerra.

Mazer no dijo nada. Le sorprendía que Bingwen pudiera ser tan joven y frágil en algunos aspectos y tan mayor y fuerte en otros. Los niños son más capaces de lo que creemos, pensó. Incluso así, sabía que no podía llevarlo consigo. El sentido común y su formación le decían que sería un error táctico. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Bingwen tenía razón. También encontrarían peligro en el norte.

Buscó en la mochila y sacó un pequeño petate. Apretó el botón de un lado y lo hinchó.

—Llevas corriendo todo el día —le dijo—. Duerme un poco. Yo haré la primera guardia. —Le tendió la mascarilla—. Ponte esto primero.

—Eso es para un adulto.

—Ajustaré las correas al máximo. Debería sellarse.

—¿Cómo voy a dormir con eso puesto? Me engullirá la cabeza.

—Respirarás bien. Y el aire será más limpio que ahora.

—¿Y usted?

—Me las apañaré.

Colocó la máscara por encima de la cabeza de Bingwen y manejó las correas hasta que se selló.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó el niño, la voz ahogada por la máscara.

—Tan raro como los fórmicos.

Bingwen sonrió.

—Perfecto. Será mi disfraz. Lo usaremos para infiltrarnos. Yo seré el fórmico, y usted mi prisionero humano. Funciona siempre.

—Duérmete, Bingwen.

El niño se tumbó en el petate.

—Estará aquí cuando me despierte, ¿verdad? ¿No se escabullirá mientras duermo?

—No me escabulliré. Me encontrarías de todas formas.

—Puede apostar a que sí.

Bingwen se puso de costado y encogió las piernas, buscando una postura cómoda para dormir.

—¿Cuánto tiempo llevabas llamándome a gritos antes de que te encontrara? —preguntó Mazer.

—Varias horas.

—Los fórmicos podrían haberte oído, ¿sabes? Podrían habérselo echado encima.

—Lo sé. Sobre todo porque «Mazer» en su lengua significa «Aquí estoy. Venid a matarme».

—No tiene gracia.

—Intenté buscarle. No funcionó. Si me hubiera quedado callado, no lo habría encontrado. Sabía que era un riesgo. Tuve suerte.

—Suerte es quedarte corto... Pero me alegro de que me encontraras. Ahora cierra los ojos.

Bingwen obedeció.

—Siento como si tuviera un cubo en la cabeza. Esta cosa se me clava en la oreja. No puedo dormir así.

—Entonces no duermas de costado.

—Tengo que dormir de costado. Así es como duermo.

Mazer lo hizo callar.

—Si hablas, no duermes.

Bingwen guardó silencio. Poco después, su respiración se hizo más lenta y se quedó dormido. Mazer se recostó contra un árbol, oyendo el viento soplar y agitar las hojas marchitas. Traía consigo un leve rastro de putrefacción: un olor que Mazer no había advertido desde hacía tiempo. Olfateó el aire e hizo una mueca. Era el olor de los cadáveres pudriéndose al sol. Sacó su camisa vieja de la mochila, la rasgó, improvisó un pañuelo y se cubrió nariz y boca. Luego desenfundó la pistola y retiró el cargador. Sacó las balas y las contó. Luego volvió a cargar el arma e hizo una suma mental, añadiendo las balas de los otros cargadores. Unas ochenta balas en total. No era mucho.

Entonces ¿por qué iba hacia la sonda? ¿Por qué se estaba comportando de manera tan alocada y testaruda? ¿Por qué pensaba que podía enfrentarse a un ejército de fórmicos?

Por Kim, se dijo. Porque la había dejado para que pudiera tener la vida que se

merecía, y no iba a permitir que los fórmicos estropearan eso. Por Patu y Reinhardt y Fatani y los padres de Bingwen y Ye Ye Danwen. Porque esta era la China de Bingwen, no de ellos.

Se apoyó de nuevo contra el árbol y recitó las palabras de la *haka* que le había enseñado su madre hacía tanto tiempo. Una canción de los guerreros maoríes. La danza de la muerte.

Ka mate! Ka mate! Ka ora! Ka ora!
Ka mate! Ka mate! Ka ora! Ka ora!
Tenei te tangata puhuru huru
Nana nei i tiki mai, whakawhiti te ra
A upane! ka upane!
A upane! ka upane!
Whiti te ra! Hi!

(¡Muero! ¡Muero! ¡Vivo! ¡Vivo!
¡Muero! ¡Muero! ¡Vivo! ¡Vivo!
Soy el hombre peludo
Que ha hecho que el sol brille de nuevo.
¡El sol brilla!)

Entonces Mazer torció el gesto en una fea mueca y sacó la lengua. Que vean el rostro que los abatirá. Que vean la furia. Que sientan el miedo.

Chatarra espacial

Los anillos de chatarra alrededor de la Tierra eran como los de Saturno, pero en vez de hielo y silicatos Víctor vio miles de satélites abandonados, estaciones espaciales olvidadas y armas antiguas de la época en que los países se armaban en la órbita del planeta.

—Mira todo esto, Imala —dijo—. Está ahí flotando esperando a que alguien lo recoja y lo utilice. ¿Tienes idea de lo que podría haber hecho mi familia con todo esto?

Imala dirigió la lanzadera hacia un lugar del montón de chatarra donde había varios satélites relativamente cerca.

—Esto es lo más cerca que has estado jamás de la Tierra, Víctor. Tienes una vista espectacular del planeta, directamente delante, y lo único que ves son los objetos rotos y brillantes, cosas inútiles.

Víctor flotaba ante el parabrisas artificial, contemplando la escena, un mar de metal y plástico y policarbonatos, todo brillando a la luz del sol.

—Ve el planeta, Imala. Es precioso. Pero tienes que darte cuenta de que en el Cinturón de Kuiper, cuando algo se rompía, no podíamos ir simplemente y comprar un recambio. Teníamos que fabricarlo. O buscar las piezas necesarias en la basura, que eran raras y difíciles de encontrar. Vosotros tenéis todo lo que podéis necesitar aquí. Y muchas cosas son nuevas.

—No son nuevas, Vico. Es basura. Chatarra.

—Si piensas que esto es viejo, tendrías que ver la basura con que nosotros trabajamos normalmente.

Imala disparó los retrocohetes y comenzó la desaceleración de la lanzadera. Víctor se había puesto ya el traje espacial, con un largo cable extendido a su espalda. Llevaba una mochila propulsora y un cortador láser, que utilizaría para recortar los trozos de chatarra y llevarlos de vuelta a la lanzadera.

—Algunas de estas piezas fueron armas en su día —dijo Imala—. Así que no te pongas a cortar a lo loco. Usa los esquemas que he subido a tu VCA. Podrás ver

dónde es seguro cortar y dónde no. —Había utilizado su acceso al DCL en la Luna para extraer los archivos de los objetos que había allí y de los que aún quedaba registro.

—Gracias —dijo Víctor—. Intentaré no hacernos volar.

—Eso no tiene gracia.

—No te preocupes. No es material explosivo. Confía en mí.

Imala colocó la lanzadera junto al primero de los satélites y Víctor se dirigió a la compuerta. Una vez en el exterior, se puso a trabajar. La lanzadera de reconocimiento necesitaba parecer un montón de restos, así que le interesaban más las tripas sin valor de los satélites. Los conductos y las vigas estructurales, todo el material que quedaba expuesto al espacio si una nave se partía en dos. Las piezas verdaderamente importantes (procesadores, chips, lentes y células de combustible) solían ser pequeñas, y por tanto carecían de importancia. Incluso así, Víctor no pudo resistir la tentación de cortar unos cuantos chips procesadores y guardárselos en la bolsa que llevaba al pecho.

También tenía que recordar que iba a camuflar una nave. Sería aconsejable ignorar las piezas que eran propias de los satélites, como los paneles solares o las mantas térmicas, todo el fino material membranoso que podía reflejar mucha luz y atraer la atención sobre la nave de reconocimiento.

Al principio fue lento y metódico en su selección. Pero a medida que fueron pasando las horas, y mientras pasaban de un objeto a otro, cortó más rápido y pensó menos en lo que estaba recogiendo. Ahora solo importaba la cantidad, no la calidad. Podría ser meticuloso y selectivo en el almacén. Aquí se trataba de segar el trigo; de vuelta en la Luna haría el pan.

Después de doce horas, la bodega de carga estaba llena. Víctor había convencido a Imala de que consiguiera una lanzadera carguero cuatro veces más grande de la que necesitaban, y Víctor la había llenado hasta el último metro cuadrado.

—Es suficiente chatarra para camuflar un asteroide —dijo Imala—. Pero solo necesitas cubrir una diminuta nave biplaza, ¿recuerdas?

—No lo utilizaremos todo —respondió él—. Tendremos que clasificarlo y encontrar las piezas adecuadas. La nave tiene que parecer uniforme, Imala. Todas las piezas tienen que parecer originarias de la misma nave. No puede ser un popurrí multicolor, o parecerá algo falso y ensamblado.

—Los fórmicos no conocen las naves humanas lo suficientemente bien para notar la diferencia.

—Eso no lo sabemos. No debemos subestimarlos. Puede que parezcan hormigas, pero han inventado el viaje espacial a velocidades cercanas a la de la luz. Son más inteligentes que nosotros. No quiero correr ningún riesgo.

Imala se encogió de hombros y no discutió.

El vuelo de regreso a la Luna fue largo, pero Víctor estuvo ocupado todo el tiempo. Primero desmontó las piezas de chatarra más grandes que estaban accesibles en la bodega de carga. Luego cogió las piezas más pequeñas desmontadas y las escaneó en el holocampo, haciendo modelos en 3-D de cada una de ellas. Ya había construido un modelo holográfico de la pequeña nave de reconocimiento que Imala y él habían comprado en la Luna. Lo recuperó en el holocampo y empezó a sumar los modelos tridimensionales de piezas de chatarra, construyendo virtualmente el diseño del camuflaje y probando varias opciones distintas. Para cuando llegaron al almacén Juke, tenía una idea bastante aproximada de cómo quería abordar el proyecto.

Lem había dispuesto que el personal estuviera disponible para ayudarles a descargar la lanzadera. Así que cuando Víctor e Imala salieron del cordón umbilical y llegaron al almacén había un grupito de gente esperándolos. Una mujer mayor de ascendencia africana, con largas trenzas grises y un poco de acento los saludó con una sonrisa y un apretón de manos.

—Señor Delgado, señorita Bootstamp. Soy Noloa Benyawe. —Señaló al hombre que la acompañaba—. Este es nuestro ingeniero jefe, el doctor Dublin.

Dublin tenía un rostro agradable y su expresión se suavizó aún más cuando le estrechó la mano a Víctor.

—Lamento lo de su familia. La doctora Benyawe y yo estuvimos presentes en la batalla. Su capitana y su familia estaban decididos a proteger la Tierra. Tienen mi absoluto respeto.

—Gracias, doctor Dublin. Es muy amable por su parte.

—Lem quiere asegurarse de que esto siga siendo una empresa privada —dijo Benyawe—. Me pidió que le insistiera al personal que no es un proyecto de la compañía. Eso significa que no podemos ayudarles durante nuestras horas de trabajo normales. Lem teme que los abogados de la compañía puedan usar eso como base legal para apoderarse de lo que hagamos. Es una tontería, lo sé, pero se ha mostrado insistente. No se preocupen, he hablado con todos los presentes y les ayudaremos después del trabajo si nos necesitan.

—Una vez más, muy amables —dijo Víctor—. Agradezco su colaboración.

—Tenemos entendido que espera colocar un impulsor en varios objetos a la deriva y enviarlos hacia la nave para que abran las puertas de los cañones.

—En efecto. Así es como espero entrar. Pero puede que no sea la mejor idea. Si tienen ustedes una mejor, me encantaría oírla. Estoy improvisando sobre la marcha.

—Pensamos que es una táctica inteligente —dijo Benyawe—. Y nos hemos tomado la libertad de proponer algunos mecanismos que podrían servir, si nos permite compartirlos con usted.

—Por supuesto.

Los escoltaron hasta un rincón del almacén donde una holomesa proyectaba un

estrecho impulsor cilíndrico de dos metros de largo.

—Estos impulsores están diseñados para acelerar rápido —explicó el doctor Dublin—. Pueden producir una buena sacudida, así que será mejor asegurarlos bien a la superficie del pecio, no vaya a ser que se desprendan y empiecen a correr en zigzag por el espacio como un globo desinflado. La estructura de anclaje es tan importante como el impulsor mismo. —Agitó el punzón dentro del holocampo y apareció un cubo sin más detalles—. Supongamos que estos son los restos que queremos usar. —Cogió el impulsor y colocó cuatro copias en cuatro lados del cubo—. Puede colocar tantos impulsores como quiera en la superficie del pecio. Obviamente tendrán que estar equidistantes unos de otros, o tanto como sea posible para distribuir de manera regular el impulso. Probablemente será un desafío, ya que el pecio no tendrá una estructura uniforme. Tendrá una hechura extraña e inestable. También habrá que instalar los impulsores para que tengan todos la misma orientación. De ese modo, cuando llegue a la superficie de la nave y encienda los impulsores por control remoto, actuarán como uno solo, desplegando sus anclajes y respondiendo a sus órdenes de vuelo. Si se coloca cerca de una portilla, podrá dirigir el pecio directamente hacia usted, lo que aumentará la probabilidad de que el cañón más cercano se abra.

—Magnífico —dijo Víctor—. Adelante, pero ¿puedo hacer una sugerencia? Mejor no colocar los impulsores en un pecio a la deriva en torno a la nave fórmica como propuse inicialmente. Me ha demostrado usted que es demasiado problemático. ¿Y si no aseguro bien los anclajes? ¿Y si el pecio es tan inestable que los impulsores lo destrozan? Además, hay el problema de que tendré que hacer un paseo espacial muy cerca de los fórmicos. Eso requerirá bastante tiempo, y si cometo un error, puedo alertarlos de mi presencia antes incluso de llegar a ellos, cosa que por mi bien preferiría no hacer. Así que esta es mi propuesta: hagamos exactamente como usted propone y usemos estos impulsores, pero construyamos el pecio aquí en el almacén. Fabriquémoslo. Eso nos permitirá controlar la estructura. Podremos colocar los impulsores de manera equidistante, reforzar los anclajes y asegurarnos de que todo está reforzado y no se romperá cuando pongamos en marcha los impulsores. Controlaríamos todas las variables y, sobre todo, podremos probarlo aquí y estar seguros de que vuela como queremos. De esa forma no me pondré en peligro innecesariamente al intentar hacerlo todo en el espacio. Podemos unir el pecio a la lanzadera y luego soltarlo entre los demás restos, continuar hasta la nave fórmica y dirigirlo hacia mí cuando sea el momento adecuado.

Benyawe y Dublin intercambiaron una mirada.

—Sería lo ideal, sí —dijo Benyawe.

—Podemos utilizar parte de la chatarra espacial que acabamos de recuperar —dijo Víctor.

—Desde luego hemos traído de sobra —comentó Imala.

Víctor sonrió.

—¿Ves, Imala? Más es siempre mejor.

Tras volver al carguero, Víctor usó grúas y carretillas elevadoras para descargar todas las piezas de chatarra espacial y colocarlas en el suelo del almacén de manera organizada. Imala intentaba ayudar, pero cada vez que ponía algo en el suelo él le decía que no iba allí y lo trasladaba a otra parte.

—Si me dices cómo lo estás organizando no seguiré poniendo las cosas en el sitio equivocado.

—No lo estás haciendo mal —dijo Víctor.

—Bueno, obviamente tampoco lo estoy haciendo bien. Explica qué tienes en mente, Vico, y nos ahorrarás tiempo a los dos.

Él advirtió que estaba molesta.

—Es difícil de explicar. Estoy separando las piezas según vamos a utilizarlas, ya sea para la lanzadera de reconocimiento o para el pecio que actuará como señuelo. Luego divido esas piezas en categorías de uso. Algunas habrá que desmontarlas, otras habrá que dañarlas.

—¿Dañarlas?

—Tendrá que parecer que la nave ha sido alcanzada por varios impactos —dijo Víctor—. Debería estar abollada, quemada y arañada.

—¿Dónde está ese montón?

Se dirigieron al montón de chatarra que se alzaba hasta casi su altura.

—Todas estas piezas grandes de aquí —señaló Víctor.

—¿Cómo piensas dañarlas?

Víctor se encogió de hombros.

—Dándoles con un martillo. Machacándolas a tope. Quemándolas con un soplete. Doblándolas para deformarlas.

—Yo me encargo de eso —dijo Imala, dirigiéndose a una panoplia de instrumentos y cogiendo un martillo—. Me apetece aporrear algo ahora mismo.

—Asegúrate de anclar los pies y la pieza que vayas a golpear. Estamos en gravedad lunar. Es probable que el martillo tenga mucho retroceso. Y protégete la cara por si las piezas pequeñas se rompen con los impactos.

Ella lo miró con desdén.

—Sé cómo machacar cosas con un martillo, Vico. No soy estúpida.

—No pretendía sugerir eso. Solo te recordaba que...

—Olvídalo. Tengo esto. —Arrancó una de las piezas de la pila y la dejó caer lentamente al suelo. Víctor retrocedió y la dejó hacer. Le parecía que debía pedir disculpas, pero ¿por qué? Era verdad que tenía un sistema para la chatarra, y era difícil de explicar: las cosas le venían sobre la marcha. No podía especificarlo como ella quería: todavía no había terminado de definirlo en su cabeza. En cuanto a lo del

martillo, así era como trabajaban siempre su padre y él. Hablaban entre sí mientras hacían las cosas, se recordaban las medidas de seguridad, cuidaban el uno del otro. Tenían que hacerlo. Era fácil olvidarse de las cosas y meter la pata cuando estabas cansado, y en el Cinturón de Kuiper no podías permitirte resultar herido.

Pero no estamos en el Cinturón, se recordó. Estamos en el mundo de Imala.

Ella se hallaba de rodillas, sujeta al suelo. Empezó a golpear la pieza de metal y el tañido resonó por todo el almacén.

Víctor regresó a la grúa que estaba utilizando. Le sorprendió encontrar allí a Lem, con una gran bolsa de lona al hombro.

—Tienes un estilo único con las mujeres, Víctor. En vez de hacerlas languidecer, consigues que les entren ganas de atizarte a martillazos. Una nueva estrategia. Tendrás que decirme cómo resulta.

Víctor trató de mantener la calma.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, Lem?

—Sí, coge esto. —Se soltó la bolsa del hombro, la colocó en el suelo y la abrió. Contenía dos grandes aparatos que Víctor no reconoció y un tercero, más pequeño, que parecía un detonador—. Esto lo llevarás al puente de la nave fórmica —dijo—. Es decir, suponiendo que puedas llegar hasta allí. Hay suficientes explosivos para causar daño. Preferiría que fuera una nuclear táctica, pero son difíciles de conseguir. Tuve que sacarme de la manga unos cuantos milagros para conseguir esto.

—¿Cómo funciona? —preguntó Víctor. Su familia empleaba explosivos habitualmente en los asteroides, pero él siempre se había sentido incómodo en su presencia, incluso cuando estaban desmontados como esos y eran inofensivos. Lem le mostró cómo encajaban las dos piezas. Entonces, sin ponerlo en práctica, le explicó cómo armar el explosivo y disparar el detonador.

»¿Qué alcance tiene el detonador? —preguntó Víctor—. ¿A qué distancia puedo estar antes de dispararlo?

Lem dio un respingo.

—Esa es la parte peliaguda. Estas cosas están diseñadas para los asteroides. Las hacen para el espacio abierto, para que exista una comunicación fácil entre el detonador y el explosivo. La dejas caer en una excavación, retrocedes con tu nave, y ¡bum! No fueron diseñadas para colocarlas en las entrañas de una nave que, con toda probabilidad, será un montón de túneles intrincados y estará hecha de extrañas aleaciones metálicas. Y si tienes razón respecto al puente, si está en el centro de la nave, habrá una buena distancia desde el casco.

—Me está diciendo que no sabe el alcance del detonador.

—Te estoy diciendo que es imposible decirlo sin saber qué hay dentro de la nave fórmica. Puede que recorras la mitad del camino de vuelta hasta la Luna y aún sigas dentro de su radio de alcance. O puedes quedarte fuera en el momento en que salgas

del puente. No se puede saber.

—¿Y un temporizador? —preguntó Víctor.

—Esa es la opción B. Plantar el explosivo donde no sea descubierto y luego hacerlo detonar doce horas más tarde, o veinticuatro, o el tiempo que creas que te haga falta para salir de allí. Personalmente, no soy muy fan de los temporizadores. Los usamos cuando atacamos a los fórmicos la primera vez. No salió bien.

Habla en plural, pensó Víctor, y se refiere a mi familia y él, a mi padre y él. Todavía no se había acostumbrado a aquella imagen: Lem luchando junto a Concepción y su padre y los otros miembros de su familia.

—Gracias —dijo—. Lo tendré en cuenta.

Lem se aproximó a la lanzadera de reconocimiento que habían adquirido Imala y Víctor. Estaba posada en el almacén, cerca de las pilas de chatarra espacial recogida. Era un biplaza cuadrado y pequeño, no más grande que un deslizador. La puerta lateral estaba abierta. Lem se agachó a mirar en el interior. Era cómodo y estaba equipado con los últimos controles de vuelo.

—Bonita nave. Es una pena destrozarla.

—Solo vamos a destrozar el exterior —dijo Víctor.

—¿Cómo vas a hacerlo? No tiene cámara estanca, y no es probable que los fórmicos extiendan un umbilical. Cuando abras esta puerta para salir, estarás en el vacío.

—Vestiré un traje espacial todo el tiempo. Y llevaré todo el oxígeno que necesite desde que salga de la Luna hasta que regrese.

—¿Y el anclaje de la nave? ¿Cómo impedirás que quede a la deriva cuando la abandones para entrar en la nave nodriza? El casco de los fórmicos es liso como el cristal. No hay nada donde engancharse. Y yo no me fiaría de los imanes.

—Yo la pilotaré —dijo Imala. Víctor se volvió y vio que se acercaba. Llevaba el martillo en una mano y se secaba el sudor de la frente con la otra—. La mantendré en posición y me aseguraré de que no vaya a la deriva.

—No vas a venir conmigo —dijo Víctor.

—Claro que sí. Soy mejor piloto que tú. Los dos lo sabemos, y maniobrar este aparato a través de ese campo de pecios requerirá una mano firme.

—Iré a la deriva a velocidad insignificante. Creo que podré apañármelas.

—Podrían salir mal muchas cosas, Víctor. Aumentaremos nuestras posibilidades de éxito si somos dos.

—Rotundamente no, Imala. No voy a permitir que te pongas en peligro.

Ella alzó una ceja.

—¿No me vas a permitir? No eres mi supervisor, Vico.

—Claro que no lo soy. Me refiero a que... esta es mi lucha, Imala. No podría perdonarme que te sucediera algo por mi culpa. No tendrías que correr ese riesgo.

Imala resopló, se apartó un largo mechón de pelo de la cara y se volvió hacia Lem.

—¿Quiere disculparnos, por favor?

Lem sonrió.

—Por mucho que me gustaría no perderme el resto de esta conversación, les dejaré que lo resuelvan ustedes solos. —Se dispuso a marcharse, pero entonces se dio media vuelta—. Pero, decidan lo que decidan, que sea el método con mayores probabilidades de éxito. No voy a pagar todo este dinero para ver cómo vuelan en pedazos esa diminuta lanzadera.

Se marchó, dejando la bolsa a los pies de Víctor.

—Agradezco tu preocupación por mí, Vico —dijo Imala—, y reconozco que has invertido mucho en esta lucha. Has perdido a tu familia, y no soy capaz de imaginar cuánto duele eso. Pero te equivocas en una cosa. Esta no es tu lucha. Es mi lucha también. No he perdido a mi familia, cierto, pero si los fórmicos no se detienen, los perderé. Lo perderé todo. Y no voy a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada cuando hay una guerra en la que puedo contribuir. Tú has perdido tu hogar, Vico, pero yo estoy perdiendo el mío mientras estamos aquí hablando. Ahora mismo la Tierra está ardiendo, y eso me da tanto derecho como el que tú tienes. —Se apoyó contra la nave de reconocimiento y se cruzó de brazos—. Pero aunque nada de eso fuera cierto, aunque no tuviera nada en juego, tiene sentido que vayamos los dos. Puedes transmitirme lo que veas y encuentres dentro de la nave. De esa forma, si mueres, podré traer a la Luna lo que hayas descubierto y grabado. Puedo asegurarme de que esos datos lleguen a gente que pueda emplearlos y actúe en consecuencia y ponga fin a esta guerra. No quiero que te suceda nada, naturalmente, pero esa información sería más valiosa que nuestras vidas.

Víctor guardó silencio un momento. Ella tenía razón, naturalmente.

—Los dos tendremos que llevar trajes todo el viaje, lo que significa que deberemos duplicar el suministro de oxígeno, e ir apretujados en el interior de la carlinga prácticamente uno encima del otro durante todo el viaje. Será muy incómodo. No habrá ningún espacio personal.

Ella sonrió.

—Al menos tendremos los cascos puestos. Así, si uno de los dos tiene mal aliento, el otro se lo ahorrará.

—Hablo en serio, Imala. No será agradable. Estaremos apretujados.

Ella le puso una mano en el hombro.

—Víctor, vamos a ir contra una nave alienígena indestructible que ha eliminado a casi toda la flota espacial de la Tierra. Un asiento incómodo es el menor de nuestros problemas.

Biomasa

Mazer y Bingwen partieron hacia la sonda tres horas antes del amanecer, al amparo de la oscuridad. El niño abría el camino, la máscara antigás firmemente asegurada, las botas chapoteando en silencio a través del lodo. Avanzaron con rapidez, hablando poco. Mazer escrutaba el cielo en busca de algún rastro de transporte de tropas.

Sabía que no era probable que vieran ninguno: al menos, no hasta que fuera demasiado tarde. Los transportes eran casi silenciosos y no utilizaban luces exteriores, lo que hacía que fueran prácticamente invisibles por la noche. Si alguno aparecía a la vista, sería cuando tuvieran a la sonda encima. ¿Y qué podían hacer llegado ese momento sino luchar y tener esperanzas? No podían huir en busca de escondite. No había ninguno. Ya no. Al norte había zonas dispersas de jungla donde ocultarse, pero aquí, cerca de la sonda, los fórmicos no habían dejado nada. Todo brote y retoño y hoja de hierba había sido arrasado o quemado, dejando un paisaje tan yermo y carente de vida que era como si Mazer y Bingwen hubieran salido de la Tierra y estuvieran caminando por otro planeta completamente distinto.

—Si te digo que corras, corre —recordó Mazer—. ¿Comprendido? Ninguna pregunta, ninguna vacilación. Obediencia inmediata.

—Obediencia inmediata —repitió el niño.

—Podría significar tu vida, Bingwen. Podría significar la vida de los dos. Si te digo que saltes, saltas. Si te digo que te tires al río, te tiras al río.

—El río probablemente estará contaminado. Todos los vertidos de la bruma están en esas aguas. Podría morirme si nadara en él.

—¿Ves? De ese tipo de vacilación te estoy hablando. No puedes cuestionar mis órdenes. Nunca. Si te digo que te tires a un río contaminado, es solo porque las demás opciones significan la muerte. Significa que las posibilidades de sobrevivir en un río contaminado, por pocas que sean, son mayores que las de hacerlo si no saltas.

—Río. Salto. Lo entiendo.

Mazer se detuvo e hincó una rodilla en tierra, encarándose a él.

—Hablo en serio, Bingwen. Si te doy una orden, es para mantenerte vivo. Puede contradecir lo que pienses que es mejor o lo que quieras hacer, pero tienes que obedecerla. Tiene que ser instintivo. Tienes que creer que todo lo que te diga será por tu bien.

Bingwen asintió.

—Lo creo.

—Así que si te digo que te agaches y te pongas a cubierto...

—Me agacho y me pongo a cubierto.

—Y si te digo que te escondas en un agujero.

—Haré como la serpiente y me esconderé.

Mazer desenfundó su pistola.

—Y si te digo que cojas esto y te dirijas al norte...

—Creí que no iba a enseñarme a disparar.

—No lo voy a hacer. Es el último recurso. Es para cuando todas las demás opciones hayan fracasado. Pero si te digo que cojas esta pistola y corras hacia el norte, la coges y te proteges y corres hacia el norte. ¿Entendido?

—Pero ¿para qué querría dármela?

Mazer hizo amago de responder, pero Bingwen continuó:

—No lo cuestionaría en el momento. Si me dice que lo haga, lo haré sin vacilación. Estoy haciendo la pregunta ahora, cuando todavía puede responderla. Si está vivo para darme la pistola y la orden, ¿entonces es que no podrá seguir peleando con ella?

—Si te doy la pistola y te digo que corras, será porque es la única forma de mantenerte con vida y sacarte de aquí.

—A mí... pero no a usted.

—No quiero morir, Bingwen. Haré todo lo posible por volver a casa. Pero lo más importante para mí es que al menos uno de nosotros sobreviva. Si puedo retenerlos lo suficiente para que escapes, lo prefiero a que algo nos suceda a ambos. ¿Lo entiendes?

Bingwen se encogió de hombros.

—No. No puede funcionar así. Está mal. Si estuviera solo, lucharía mientras pudiera. Continuaría. Y quién sabe, por pura perseverancia, o por suerte, habilidad o desesperación, tal vez sobreviviría, aunque no lo esperara. Pero darme la pistola es una garantía de fracaso. Es rendirse. Moriría por mí. No puedo permitirlo.

—Escúchame, Bingwen.

—No. No voy a dejar que haga eso. Si tiene en mente entregarme su arma, lo hará en el momento equivocado. Aguantaría el tiempo que considere necesario para asegurar mi supervivencia en lugar de la suya. Y trataría de apurarlo al máximo. Me daría más tiempo del necesario y por tanto renunciaría antes. Puede enseñarme cómo

funciona la pistola, pero solo voy a utilizarla si usted no puede hacerlo ya.

Mazer guardó silencio un momento.

—En el ejército llamamos a esto insubordinación. Te degradan y te encarcelan por ello.

—Menos mal que no estoy en el ejército.

—Estás dificultando las cosas, Bingwen.

—No, todo lo contrario. Estoy quitándole una preocupación de encima. Le estoy dejando luchar con la cabeza despejada. Es también en interés propio. Cuanto más concentrado esté en permanecer con vida, mejores serán mis posibilidades.

Mazer reflexionó antes de asentir.

—De acuerdo. No te entregaré la pistola.

—Bien.

—Pero si ya no puedo utilizarla, la coges tú. —Le mostró el arma—. ¿Ves esta luz? En rojo significa que no puede disparar: tiene puesto el seguro. Pulsa este interruptor de aquí, y la luz se pone verde: lista para disparar. —Volvió a colocar el seguro—. No corras con el dedo en el gatillo, aunque esté puesto el seguro. Es la forma más rápida de pegarte un tiro a ti mismo. Mantén el índice recto y plano contra el arma, así, hasta que estés dispuesto a disparar. Y usa el seguro para la muñeca. —Mazer pulsó un botón de la culata y la abrazadera se extendió hacia atrás, encontró la muñeca de Mazer y se envolvió en ella—. Se tensará automáticamente para encajar con el diámetro de tu muñeca y ayudarte a apuntar.

—¿Dónde debo disparar?

—Al centro de masa. En el centro del pecho. Dos balas. Una tras otra. Sentirás el retroceso, pero es ligero. —Mazer se levantó, advirtiendo la inquietud del niño—. No es probable que llegemos a eso, Bingwen. Seguro que no tendrás que usarla.

Bingwen asintió, pero Mazer siguió percibiendo su inquietud. No tendría que haberlo traído al sur, se dijo. Tendría que haberse dirigido al oeste, lejos de las patrullas de transportes y la lanzadera. ¿En qué estaba pensando al traer a un niño aquí?

—Se lo está pensando —dijo el niño—. Puedo ver los engranajes funcionando.

—Me lo estoy pensando porque lo que estamos haciendo es una locura. Esto no es un juego. Es la guerra. Una cosa es que yo vaya, y otra muy distinta que tú vengas. Los soldados no llevan a la guerra a niños de ocho años.

—Tengo ocho y medio.

—No estoy bromeando. Esto es un error. Mi entrenamiento así lo dice. El sentido común así lo dice. Y la ley.

—Ya hemos hablado de eso. Es decisión mía.

—No eres lo bastante mayor para tomar esa decisión. Eres menor. Hay un motivo por el que no aceptamos reclutas hasta que tienen dieciocho años.

—No voy a ser soldado. Voy como guía. Le llevo hasta la sonda. Si no hubiera corregido el rumbo ya, se habría desviado varios kilómetros.

—La habría encontrado tarde o temprano —repuso Mazer, dándose un golpecito con el dedo en la nariz—. No hay más que seguir el hedor.

—Puede que no sea tan peligroso como piensa. ¿Se ha dado cuenta de que cuanto más nos acercamos a la sonda, vemos menos transportes y deslizadores fórmicos? Tal vez las naves y la infantería se alejan de aquí, desplegándose y ampliando el territorio de los fórmicos. Si es una fuerza invasora, tienen que seguir invadiendo. Puede que ni siquiera estén protegiendo la sonda. ¿Para qué? Es indestructible. Tiene escudos. ¿Por qué desperdiciar hombres y naves defendiendo algo que no necesita ser defendido? Probablemente es el lugar más seguro en cien kilómetros a la redonda.

Mazer sonrió.

—Te llevaré a un colegio cuando esto termine, pero no para que estudies derecho. Eres demasiado peligroso.

Bingwen le ofreció una amplia sonrisa llena de dientes.

Continuaron avanzando, cruzando campos embarrados con charcos de agua envenenada que olían a putrefacción y muerte. Bingwen señaló la falda de una colina donde una vez hubo una aldea. Todo lo que quedaba era tierra calcinada y un alero de metal que se sacudía suavemente con el viento.

Llegaron al pie de la colina una hora antes del amanecer. Más allá estaba la sonda y la biomasa. Mazer pudo ver que escalar la colina no sería fácil. Los fórmicos la habían dejado sin vegetación, y las copiosas lluvias habían reblandecido y erosionado la tierra expuesta, dejando pendientes fangosas que amenazaban con ceder bajo sus pies y desprenderse como un alud. Mazer le enseñó a subir de lado en las partes más empinadas para distribuir de manera más regular la superficie que tocaban las suelas de sus botas, pero incluso con esa estrategia se caían a menudo y resbalaban; tuvieron que ascender dolorosamente a cuatro patas hasta la cima. Para cuando la alcanzaron ya había salido el sol y estaban perdidos de barro, fríos, mojados y agotados.

Mazer sacó los binoculares de la mochila y se arrastró por el lodo hasta un pequeño macizo de roca que asomaba al valle de abajo. La sonda era tal como la recordaba: imposiblemente grande e intacta, hundida en el suelo como una gigantesca mina desenterrada. La biomasa se alzaba a su lado, una montaña de material biológico tan ancha y alta como la sonda antes de hundirse en la tierra. Mazer esperaba identificar los diversos objetos que formaban la biomasa (un árbol aquí, un búfalo de agua allá), y quizás en algún momento eso había sido posible. Pero ya no. Todo estaba apelmazado como la cera derretida cuando se rompen las paredes del panal, y la masa biológica se había desintegrado en un líquido denso y viscoso.

Encima de la biomasa, seis aeronaves fórmicas con un diseño que Mazer nunca había visto la rociaban de bruma densa.

A través de los binoculares, Mazer vio cómo la bruma caía y reaccionaba con el material biológico, disolviéndose en filamentos de sustancia pegajosa que rodaba por los lados y se remansaba en charcos oscuros al pie del montículo. Allí habían construido una pared de metal que rodeaba la montaña de biomasa como una presa circular y recogía la masa pegajosa en tuberías que se extendían hasta las máquinas de procesado y las pequeñas estructuras esparcidas por todo el valle como si fueran un enorme complejo industrial.

Mazer se asombró de que todo eso lo hubieran construido en los últimos diez días. Y por su aspecto, los fórmicos no habían terminado su trabajo todavía. Había cuadrillas de construcción por todas partes, añadiendo tuberías, montando máquinas, extendiendo estructuras. Grúas como garras colocaban los tubos en su sitio mientras los obreros fórmicos los soldaban a otras estructuras.

Sin embargo, por enorme e impresionante que fuera, Mazer nunca había visto nada tan desorganizado y poco atractivo. No había ningún orden en la construcción. Todo parecía amontonado al azar sin ninguna consideración a la uniformidad o el diseño. Los metales eran todos rojos y grises, ásperos y oxidados, como si ya los hubieran utilizado muchas veces para otros propósitos y nunca los hubieran limpiado ni atendido.

La limpieza tampoco preocupaba a los fórmicos. La suciedad lo cubría todo. El terreno estaba cubierto de basura y materiales de construcción desechados. Y en todas partes donde miraba, Mazer veía heces fórmicas. Sabía lo que era aquella sustancia negra porque vio a algunos fórmicos defecando mientras trabajaban, sin mostrar ninguna consideración por lo que tenían alrededor: simplemente lo hacían allí donde estuvieran. Las heces cubrían el terreno y las tuberías y las patas de los fórmicos. El hedor, al parecer, no procedía únicamente de la biomasa.

Mazer enfocó de nuevo los deslizadores que esparcían la bruma, ampliando la imagen todo lo que permitían las lentes y haciendo que el ordenador las escaneara y efectuara un análisis. Los resultados no le dijeron gran cosa: aquella bruma era una solución microbiana de composición desconocida.

—Está descomponiendo la masa biológica —dijo Bingwen, que se había acercado a rastras—. ¿Para qué la utilizan? ¿Como combustible?

—O como alimento —respondió Mazer—. Tal vez ambas cosas.

Bingwen guardó silencio y contempló la biomasa. Sus padres están ahí en alguna parte, pensó Mazer.

—Toma —dijo, ofreciéndole los binoculares para distraer sus pensamientos—. Gánate el sueldo. Vigila la sonda. Dime si ves algo interesante.

Bingwen cogió los binoculares y se los acercó a la visera de la mascarilla.

—Esto sería más fácil si pudiera quitarme esta máscara. —Miró pensativo a Mazer—. Pero considerando el aspecto verde y enfermizo de su cara, creo que me la

dejaré puesta.

—Sabia decisión.

Bingwen ajustó el enfoque y contempló la sonda.

—Para ser una especie alienígena avanzada, no les preocupa mucho el mantenimiento. Todo el metal es feo y parece oxidado.

—Y está cubierto de mierda fórmica, por si no te has dado cuenta.

—Sí, gracias por señalarlo.

—Al menos tú no lo hueles.

Bingwen hizo un lento barrido con los binoculares y se detuvo cuando algo llamó su atención.

—Ahí hay algo interesante. Cerca de la base de la sonda, un agujero en el suelo. Como de un metro de diámetro. Acabo de ver entrar a un fórmico. Y hay otro agujero a unos cuatro metros más cerca de la sonda. He visto salir a un fórmico del segundo agujero, y creí que era otro distinto. Pero no. Era el mismo. Lo sé porque cojeaba de una pata. Se metió en el primer agujero, recorrió unos cuatro metros bajo tierra y salió por el segundo agujero y se dirigió a la sonda. Es extraño, ¿no? Si iba hacia la sonda, ¿por qué no caminar directamente? ¿Por qué hacerlo bajo tierra?

—Quizá no pueda hacerlo directamente.

—Exacto. Tiene que haber algo en el camino, algo invisible, que lo obliga a pasar por debajo.

—Un escudo. —Mazer hizo un gesto para que le entregara los binoculares y el niño obedeció. Enfocó las lentes y buscó en el sitio donde el pequeño señalaba.

—¿Ve esa gran cosa roja de metal que parece un depósito de agua? Hay una tubería en la base. Sígala hacia el oeste unos cincuenta metros, allí está el agujero.

—Lo veo.

Mazer observó el agujero. Poco después, llegaron un par de fórmicos cargando una viga metálica. Se metieron en el agujero, arrastrando la viga tras ellos, y desaparecieron. Un momento después, salieron por el segundo agujero. Una vez en pie, se echaron la viga al hombro y se dirigieron a la sonda.

—Sabe lo que significa eso, ¿no? —dijo Bingwen—. Significa que el escudo no funciona bajo tierra. Solo cubre lo que hay encima de la superficie.

—¿Has visto algún otro agujero?

—No, pero no puede ser el único. Hay cientos de trabajadores ahí. Si duermen en la sonda, un solo agujero se atascaría en las horas punta de cada turno. Tiene que haber otros.

Mazer observó durante varios minutos.

—Veo otros tres grupos de agujeros, todos como los que has encontrado. Un agujero fuera del escudo, otro dentro.

—Y esos son los que podemos ver desde aquí —dijo el niño—. Probablemente

hay docenas alrededor de la sonda. Es esto. Esta es la respuesta. Tenemos que decírselo al ejército. Pueden enviar soldados a través de los agujeros para tomar la sonda.

—No —dijo Mazer—. No vamos a entrar por ahí. Los agujeros no son la respuesta.

—Pero... —La voz de Bingwen se apagó de repente, y Mazer vio una expresión de horror en la cara del niño. Estaba mirando algo por encima de su cabeza, tras él. Mazer se dio media vuelta y vio que un transporte de tropas había aterrizado en la cima de la colina. Los fórmicos estaban saliendo y corrían en su dirección, empuñando armas parecidas a fusiles con sus brazos superiores.

Mazer se puso en pie de un brinco, levantó a Bingwen y lo empujó hacia el camino por el que habían venido.

—¡Corre!

Bingwen obedeció.

Mazer hincó una rodilla en tierra, pistola en mano, la abrazadera de muñeca ajustándose en su sitio con un clic-clic-clic. Los fórmicos corrían hacia él, ya estaban a treinta metros de distancia.

Mazer disparó una docena de veces y cinco fórmicos cayeron. Otros siete más continuaron avanzando. Se dio media vuelta y echó a correr. Recogió la mochila al pasar y se la colocó por los hombros. Soltó el cargador de la pistola y encajó el segundo. Disparó cuatro veces hacia atrás mientras corría. Otro fórmico cayó. Por delante de él, Bingwen corría por la colina tanto como le permitían sus piernas, pero no era suficiente. Mazer lo alcanzó casi enseguida. A la izquierda estaban la sonda y cientos de fórmicos. A la derecha, la empinada pendiente fangosa por la que habían subido con tanto esfuerzo. Solo podían hacer una cosa, advirtió. No tenían cobertura ninguna, ningún sitio donde atrincherarse y presentar batalla. No podían ofrecer resistencia. Estaban completamente expuestos.

Mazer cogió al niño en brazos.

—¡Agárrate fuerte!

Bingwen pasó los brazos por el cuello de Mazer y hundió la cara en su hombro. Sin vacilación. Obediencia inmediata. Entonces Mazer torció bruscamente a la derecha, donde un saliente de roca se extendía más allá del borde de la colina.

Corrió hacia allí a toda velocidad.

Y saltó al vacío.

La colina era empinada y cayeron unos diez metros antes de golpear la pendiente y resbalar por ella de espaldas, usando la mochila como trineo. El suelo cedía a su alrededor, retirándose de la pendiente como una sábana arrancada de una cama. Mazer pudo sentir el barro acumulándose a su alrededor como un ola, amenazando con tragarlos, enterrarlos vivos. Mantuvo las piernas estiradas por delante, los dedos

rectos, agarrado a Bingwen, intentando mantener tanta velocidad como fuera posible.

Sabía que tendrían que llegar abajo en pie. No podían pillarlos de espaldas. El barro que los seguía los cubriría en un instante. Se acercaban al fondo. El barro y la tierra y la suciedad le chorreaban por la cara, dificultándole la visión. No tendría tiempo para coordinarlo bien: si se erguía demasiado pronto sus pies se hundirían en el lodo. Si lo hacía demasiado tarde quedaría postrado en el suelo con Bingwen encima, incapaz de incorporarse a tiempo.

Estiró el pie derecho, luego clavó el talón con fuerza en la tierra, en lo que esperaba fuera el momento adecuado. Lanzó al mismo tiempo el cuerpo hacia arriba con más fuerza de la necesaria ya que tenía a Bingwen en brazos. Funcionó. Dejó de estar medio recostado y quedó más o menos de pie, cayendo el último metro hasta el fondo. Estaba en terreno llano, pero el impulso de la inercia fue más fuerte de lo que había esperado. Tropezó. Bingwen cayó de sus brazos, apoyado en una rodilla. El lodo se deslizaba a su alrededor como una ola, y Mazer oyó el rumor del que venía detrás. Alzó mucho los pies con cada paso, para que el barro no los engullera. Extendió la mano y agarró a Bingwen por la camisa y lo volvió a levantar. Tropezaron, cayeron, volvieron a levantarse, corriendo un microsegundo por delante de la ola.

Y entonces consiguieron dejarla atrás y pudieron correr sobre la tierra dura y lisa con paso firme y seguro.

Un valle de tierra calcinada se extendía ante ellos. Tampoco aquí había sitio donde ponerse a cubierto. No había árboles ni zanjas, ni agujeros donde meterse. Estaban al descubierto, destacando en la brillante luz diurna como dos manchas marrones en un enorme lienzo negro.

Mazer no dejó de correr, el corazón martilleándole en el pecho, Bingwen agarrado a él con fuerza.

El transporte de tropas descendió del cielo veinte metros por delante. Cuatro fórmicos bajaron de un salto antes de que Mazer tuviera tiempo de cambiar de dirección o frenar. Llevaba la pistola en la cadera: de otro modo, la habría perdido. La alzó y disparó, pero falló. Era casi imposible llevar a Bingwen en brazos, correr en una dirección, disparar en otra y esperar darle a algo.

No podían seguir huyendo. El transporte podría seguirlos allá donde fueran. Tenían que eliminar a la tripulación. Mazer se detuvo en seco y soltó a Bingwen.

—¡Ponte detrás de mí!

Giró y volvió a hincar una rodilla en tierra, preparándose para apuntar, cuando la red lo golpeó y lo arrojó contra el niño.

Una descarga de electricidad paralizante le recorrió el cuerpo, contrayendo todos sus músculos a la vez. La gruesa red lo había tirado de espaldas, con Bingwen debajo, y chasqueaba y siseaba y pulsaba, cargada de energía. Mazer no podía moverse.

Sentía como si ardiera por dentro. Tenía el rostro desencajado en un rictus doloroso, las mandíbulas apretadas, los dedos crispados en posiciones incómodas mientras la energía lo recorría. Esperó estar llevándose la peor parte: la pequeña constitución de Bingwen no podría soportar eso.

La cara de un fórmico apareció sobre él, mirándolo con la cabeza ladeada, estudiándolo o burlándose de él, o ambas cosas.

La pistola seguía sujeta a la muñeca de Mazer. Trató de apuntar y disparar. El fórmico estaba solo a un par de metros de distancia, no podía fallar. De lo contrario matarían a Bingwen, le rociarían el rostro de bruma como habían hecho con sus padres y con Danwen, y arrojarían su cadáver a la montaña de biomasa para derretirlo. La mente de Mazer le ordenó a su extremidad que se moviera, que se animara lo suficiente para apuntar el cañón en la dirección adecuada. La mano permaneció burlonamente inmóvil.

Sonó un fuerte estampido y el lado de la cabeza del fórmico explotó, lanzando al aire tejido y sangre y tal vez materia cerebral. La criatura se desplomó.

Una cacofonía de sonidos estalló alrededor: el rugido de un motor, disparos de armas automáticas, gritos, una explosión. Todo en rápida sucesión.

—¡Aguante! —gritó alguien—. No se mueva.

Mazer sintió un peso en la red, que se tensó ligeramente sobre su cara. Hubo un estallido sordo y la energía que lo recorría se detuvo en un instante. Nunca había experimentado una sensación más dulce ni un alivio más grande. Era como si hubieran apretado su mente dentro de un puño y ahora el puño lo hubiera soltado. Solo que... seguía sin poder moverse. Estaba flácido, los dedos de manos y pies le cosquilleaban. Le dijo a sus piernas que se movieran, pero no obedecieron.

Unas manos enguantadas desgarraron la red y lo sacaron. Ante él vio a un hombre con uniforme de camuflaje negro y gris y mascarilla: no quedaba ni un centímetro de piel expuesta.

—Bax, ayúdame a meterlo dentro. Calinga, encárgate del niño.

El hombre de la máscara quitó a Mazer de encima de Bingwen, lo puso de espaldas y lo cogió por las axilas. Otro hombre con traje y máscara parecidos agarró a Mazer por los tobillos. Lo levantaron entre ambos. Era peso muerto. La cabeza de Mazer se ladeó y pudo ver a los fórmicos en el suelo, sangrando, cadáveres. De su transporte brotaba humo. Ya no flotaba en el aire, sino que yacía en el suelo, quemado. La red estaba también en el suelo, amontonada. Tenía encima un burdo aparato de búsqueda, algo para cortocircuitarla, tal vez. El aire estaba cargado de humo y del hedor de los fórmicos muertos.

Los hombres lo transportaron a un vehículo grande y lo depositaron en el suelo. Sintió el suelo de metal, frío y duro. Un tercer hombre de traje negro entró tras ellos, cargando con Bingwen. Cuando entró, otro cerró la puerta de golpe y le gritó al

conductor:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Las ruedas giraron. El vehículo salió disparado, sacudiéndose y acelerando. El hombre que había traído a Bingwen (Calinga, lo habían llamado) depositó al niño en el suelo junto a Mazer, colocando una tela bajo su cabeza para que sirviera de almohada. Bingwen parecía asustado, pero cuando miró a Mazer a los ojos una oleada de alivio lo inundó. Estamos a salvo, pareció decir. Estamos vivos.

Delante de Mazer había unos bancos donde varios hombres permanecían sentados, vestidos con trajes aislantes grises y negros y trabajando febrilmente con sus holopads.

—No hay ningún movimiento en la sonda —dijo uno de ellos—. El cielo está despejado.

—Sigue vigilando —dijo otro detrás de Mazer—. Y sigue la pista de ese transporte que vimos dirigirse al norte. Si desacelera para volver hacia aquí, quiero saberlo.

—Sí, señor.

—El aire está despejado —dijo otro hombre—. Noventa y siete por ciento. Estamos bien.

—Fuera máscaras —dijo el hombre detrás de Mazer.

Todos se quitaron las máscaras. Mazer no reconoció a ninguno, pero por la forma en que se comportaban supo que todos eran soldados de élite. Al instante empezaron a cuidar su equipo, comprobando sus armas, recargándolas, reajustando las miras, limpiando sus máscaras, preparándose para el siguiente combate. Sus movimientos eran rápidos, disciplinados y automáticos. Los habían ejecutado cien veces. Los fórmicos muertos que habían dejado atrás ya eran cosa del pasado. No se felicitaban ni tampoco celebraban su victoria como aficionados: se mostraban tranquilos y eficientes, trabajando como estaban acostumbrados. Cazadores de fórmicos expertos, pensó Mazer.

Solo después de tener de nuevo preparadas sus armas atendieron a sus propias necesidades: tomar un sorbo de agua de una cantimplora o abrir un paquete de comida energética.

Mazer vio que ninguno era chino. Había una mezcla diversa de etnias y nacionalidades como nunca había visto en una unidad pequeña. Europeos, americanos del norte y del sur, africanos. Sin embargo, sus ropas no indicaban a qué cuerpo pertenecían. No llevaban uniformes ni insignias ni galones. Mazer supo de inmediato quiénes eran.

Calinga se arrodilló a su lado, preparando una jeringuilla.

—La parálisis es temporal. Efecto residual de las descargas. Esto le ayudará.

Le clavó la aguja en el brazo. Casi al instante, Mazer sintió que el nudo de los

músculos se relajaba y el temblor de las manos remitía. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba temblando hasta que dejó de hacerlo.

—Calinga hizo lo mismo con Bingwen.

Mazer pudo sentir de nuevo los dedos de manos y pies. Su muñeca respondió cuando quiso moverla.

—Gracias —consiguió decir.

—Ya habla —informó Calinga mientras guardaba las jeringuillas y los suministros—. Buena señal. Significa que no le han frito el cerebro. Diez segundos más y estaría camino de la montaña gris. —Se volvió hacia Bingwen con expresión afable—. Y tú, hombrecito, tuviste suerte de que este tipo se llevara lo peor de la red. Sí, es fornido y apestoso y está cubierto de barro, pero es mejor que te aplaste él que no una red. Créeme. —Le dio una palmadita en el brazo.

—¿Cuánto tiempo lleva la POM en China? —preguntó Mazer.

—Desde poco después de la invasión —dijo una voz tras él.

Mazer conocía esa voz. Se dio la vuelta y vio al capitán Wit O'Toole sentado en el banco tras él.

—Hola, Mazer —dijo Wit—. Me alegra ver que sigue vivo.

—Y a mí también. Tengo que darles las gracias.

—¿Se conocen? —preguntó Bingwen. Se incorporó y se quitó la máscara. Su cara era lo único que no tenía cubierto de barro.

—Pusimos a Mazer a prueba para nuestra unidad —dijo Wit—. Pero en vez de zurrar a mis hombres y largarse, soportó casi una hora de tortura.

—¿Lo torturaron? —Bingwen arrugó el ceño.

—Solo un poco —dijo Wit—. No pudo haber sido peor que la red. ¿Y tú eres...?

—Bingwen.

—Capitán Wit O'Toole. Policía de Operaciones Móviles. Diría que es un placer conocerte, pero sería mentira, dadas las circunstancias. —Se volvió hacia Mazer—. Ha traído a un civil a una zona de combate, Mazer. Reprochable decisión. Y encima niño.

—No es culpa suya —saltó Bingwen—. Intentó librarse de mí, pero yo volví una y otra vez.

—Debían de estar ustedes ya en la sonda cuando nos vieron —dijo Mazer.

—Llegamos anoche —informó Wit—. Observábamos sin ser detectados. Reventamos nuestra tapadera para salvarlos.

—No deberían haberlo hecho —dijo Mazer—. No me considere desagradecido, pero destruir la sonda es más importante que nuestras vidas.

—Me alegra ver que no ha perdido el sentido común. Porque tiene razón. Estratégicamente habría sido más inteligente dejar que los fórmicos los mataran.

—Pues me alegro de que no lo hicieran —terció Bingwen.

—El escudo solo cubre la superficie —dijo Mazer.

—Lo sabemos. Hemos visto los túneles. Contamos veinte alrededor de la sonda. Pero nos costará trabajo utilizarlos. Los transportes patrullan la zona y los agujeros tienen tráfico denso. Además, son demasiado estrechos para nosotros. Son de tamaño fórmico.

—Yo podría caber —se ofreció Bingwen.

—Esos túneles no son la respuesta —dijo Mazer—. Pero sí el principio. ¿Cuál es el alcance de este vehículo? ¿Podría llevarnos cincuenta kilómetros al sur?

—¿Para qué? —preguntó Wit—. ¿Qué hay al sur?

—Trineos perforadores. No vamos a usar los túneles fórmicos. Vamos a abrir nuestros propios túneles.

Lanzamiento

En el pozo hacía frío y la única iluminación eran las linternas de las cuadrillas de construcción, pero a Lem le preocupaba más guardar el secreto que la seguridad. Su padre tenía oídos en todo el complejo Juke, pero no habían llegado allí todavía. Habían terminado de excavar el pozo hacía solo doce horas. Las paredes y el suelo eran aún de roca pelada. El polvo del aire seguía denso y calizo. Parecía el lugar perfecto para encontrarse con Norja Ramdakan, miembro veterano del consejo de dirección, que ahora se hallaba frente a Lem, tiritando de frío.

—Debería haberte dicho que te abrigaras muy bien —dijo Lem.

—Deberías haberme dicho de qué va todo esto —replicó Ramdakan.

Era un hombre grueso que se preocupaba demasiado por la moda y muy poco por su propia salud. Telas bonitas y pintorescas flores en los ojales no te hacían menos redondo de cintura y más atractivo para las mujeres. Sin duda las tres exesposas de Ramdakan le habían dicho exactamente eso mientras salían de su vida con una buena tajada de su fortuna.

Lem sabía que haría ese frío y podría haberle transmitido el dato, pero prefería verlo tiritar.

Según el mapa del holopad de Lem, se encontraban en sólida roca lunar, a cincuenta metros del túnel Juke más cercano y a otros treinta bajo la superficie. El túnel iba a ser un conector entre las dos alas, pero como la excavación y la construcción distaban mucho de haber sido terminadas, el mapa de la compañía no se había actualizado para incluirlo.

—Me preocupa mi padre —dijo Lem—. Y no sabía con quién más hablar, pero tú eres quien lo conoce mejor.

Ramdakan llevaba con su padre desde el principio, encargado de la mayoría de las finanzas de las primeras aventuras mineras. Incluso había pasado unos años en el Cinturón con Ukko, aunque Lem no era capaz de imaginarlo. Ramdakan se venía abajo ante cualquier incomodidad. Debió de haber sido una odisea para él vivir en una nave minera.

—¿Por qué deberías preocuparte por tu padre? —preguntó, tratando de no parecer receloso. Era uno de los subalternos de confianza de Ukko, pero también el más transparente. No sabía actuar para salvar su propio pellejo. No tenía conciencia de sus expresiones, ni idea de cómo ocultar las emociones. Eso le hacía parecer sumamente estúpido. Por un instante Lem trató de imaginárselo interpretando al rey Lear o a Próspero, y la imagen le pareció nauseabunda. Falstaff le pegaría más a aquel gordito, pero sazonado de ingenio y humor.

—Creo que alguien de la compañía podría estar intentando arrebatarte el puesto a mi padre desacreditándolo ante los inversores —dijo Lem.

Ramdakan se echó a reír.

—Les resultará difícil. Los inversores adoran a tu padre. Solo les preocupa una cosa, Lem: el dinero. Y tu padre les da de sobra.

—Sí, pero podría perder rápidamente su favor. Las tornas podrían volverse en un instante. Sin duda conoces cómo es este negocio con los impuestos y las tasas, por ejemplo.

—Sé que pagamos impuestos y tasas —dijo Ramdakan con cautela.

«Oh, hombrecillo estúpido —pensó Lem—. ¿Esto es lo mejor que puedes hacer? ¿Esta es la cara que pones cuando finges inocencia? ¿Te ha funcionado alguna vez con alguien?».

Naturalmente, la cara de Lem no reveló nada. En cambio, mostró preocupación.

—¿No te has enterado entonces? Creía que tú, con tu control sobre las finanzas, lo sabrías. —Le dio a Ramdakan el holopad con los hallazgos de Imala ya en pantalla—. El DCL encontró hace poco miles de millones en impuestos y tasas sin pagar. Y, peor aún, había gente dentro del DCL y en Juke Limited que no solo conocía las discrepancias, sino que también tomó medidas para encubrirlas.

Era absurdo llamar «discrepancias» a la contabilidad ilegal de miles de millones de créditos, pero Lem sabía que ese era el término que el propio Ramdakan había empleado cuando el consejo se esforzaba por silenciar la noticia. Las pruebas no lo habían implicado directamente (era demasiado listo para eso), pero Lem podía ver sus sucios dedos en todo el asunto. Probablemente Ramdakan había hecho todo el trabajo principal. Y si no él, al menos sus astutos equipos financieros siguiendo sus directrices explícitas.

Pero independientemente de quién hubiera puesto a rodar la pelota, era una empresa que había implicado a más gente de la que conocía Imala, con Ramdakan y su padre probablemente a la cabeza.

—Ah, sí... —añadió el hombre—. Ya había oído algo al respecto.

A Lem le entraron ganas de reírse. Ramdakan actuaba como si una actividad ilegal de semejante monto fuera una mera charla de oficina o un cotilleo casual.

—Es una suma astronómica, Norja —dijo Lem—. Hacen falta departamentos

enteros de personas y un montón de dinero para ocultar una cosa así.

Ramdakan le devolvió el holopad, súbitamente enfadado.

—¿Para esto me has hecho venir a un congelador, Lem? ¿Para enseñarme lo que hacen los idiotas del DCL en su tiempo libre?

En su tiempo libre no, imbécil, quiso gritar Lem. Son una agencia del gobierno. Esto es lo que se supone que hacen todo el tiempo. Es decir, cuando no están aceptando sobornos de tu parte y bailando al son que tú les marcas.

Pero mantuvo la compostura.

—Te he llamado, Norja, porque estoy preocupado. Mi padre nunca habría accedido a esto. Sin embargo, las pruebas insinúan que fue cómplice. Algunos pueden incluso llegar a la conclusión de que orquestó todo este asunto.

—No es verdad.

—Pues claro que no. Pero si la prensa se entera...

—No se enterará —dijo Ramdakan—. Tenemos a gente ocupándose de esto ahora mismo, Lem. Lo están solucionando. Y si la prensa se entera, los tipos de relaciones públicas se harán cargo y se asegurarán de que no llegue a las redes. Es su trabajo, y lo hacen muy bien. Esta noticia es vieja, Lem. La tenemos bajo control.

—Bien. Me alegra oírlo. ¿Cuánto hemos pagado?

Ramdakan parpadeó, confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Los impuestos atrasados y las tasas. ¿Cuánto hemos pagado hasta ahora? Sin duda hemos iniciado el proceso de zanjar la deuda requerida.

—Es complicado. Estamos hablando de sumas enormes. No es como comprar un par de zapatos.

O un cinturón más grande, pensó Lem.

—Hay abogados trabajando —añadió Ramdakan—. Hay miles de páginas de documentación que revisar. Estas cosas llevan su tiempo. Nuestra gente lo resolverá. Es su trabajo. No es asunto tuyo.

—Pero es que sí que es asunto mío. Hay gente en esta compañía que amenaza con manchar la reputación de mi padre. No lo consentiré. ¿Hemos hecho al menos un pago inicial, para mostrar nuestra buena fe, para impedir que el DCL haga público este asunto?

—Ya te lo he dicho. Nadie va a hacerlo público. Confía en mí.

Porque los has hecho callar con amenazas y sobornos y esa asquerosa sonrisa de cerdo que tienes.

—La información siempre encuentra un camino de salida —dijo Lem—. Me han informado que esas discrepancias fueron descubiertas por un auditor auxiliar de pacotilla del DCL. Si alguien tan insignificante puede excavar la mierda, puede hacerlo cualquiera. Tarde o temprano esto saldrá a la luz. Tenemos que estar

preparados.

—¿Cómo?

—Declarando que como compañía estamos haciendo todo lo posible por cumplir con nuestras obligaciones. Si esperamos a que se produzca la filtración para hacerlo, pareceremos serpientes altivas que tratamos de protegernos las espaldas.

Los dientes de Ramdakan estaban a punto de empezar a castañear.

—Bien. Me encargaré de ello.

—¿A cuánto subiré la fiesta?

—Ya te he dicho que me encargaré de ello. No tenemos una partida de fondos para esto, Lem. Habrá que hacer algunos análisis. Ha sido un trimestre duro, por si no te has dado cuenta. No tenemos fondos de liquidez a los que podamos recurrir alegremente. Esto hay que presupuestarlo y aprobarlo. Tendré que consultar con el Consejo. Son ellos los que decidirán. —El énfasis era un intento de recordar a Lem que no tenía ninguna autoridad en la materia, que era un novato de segunda división metiendo las narices en las ligas mayores, pero Lem fingió que significaba otra cosa.

—Tienes razón —dijo—. No hay tiempo para retrasos. Lo último que necesitamos es que la burocracia empantane este asunto con su indecisión. —Lem pensó un momento, o más bien lo simuló, y entonces fingió tomar una decisión—. Puede que pienses que soy idiota, Norja, pero creo que no podemos esperar al Consejo. Quiero hacer un pago de buena fe en beneficio de la compañía a cargo de mi fortuna personal.

Ramdakan se echó a reír.

—No hablas en serio.

—Hablo en serio. Le diré a mi gente que lo haga inmediatamente. Una décima parte de lo que debemos debería ser suficiente para tener al DCL contento por ahora.

Ramdakan abrió los ojos como platos y casi se atragantó con las palabras.

—¿Una décima parte? Pero eso es una cantidad enorme. No puedes...

—¿Tener tanto dinero? Lo tengo, Norja. Olvidas que he dirigido unas cuantas compañías propias. Me ha ido muy bien. Nadie parece recordarlo porque la sombra de mi padre es alargada, cosa que me parece bien. Pero así de comprometido estoy con esta compañía y con mi padre.

—Sí, pero... ¿una décima parte?

—Menos nos perjudicaría ante la prensa. No sería una muestra de buena fe. Diremos que es un préstamo. La compañía podrá devolvérmelo con el tiempo cuando los fondos hayan sido presupuestados.

—Tu padre no lo aprobará, Lem.

—No tiene por qué saberlo. Temo que se sentiría abochornado. Y nadie más del Consejo debe saberlo tampoco. No quiero hacer nada que mengüe la reputación de mi padre entre ellos. Le avergonzaría si el Consejo y los inversores supieran que su

propio hijo tuvo que echarle una mano. Prométeme que mantendrás esto en secreto, Noja. Mi padre se ha pasado toda la vida construyendo esta compañía con su esfuerzo. No voy a permitir que un banda de avaros y mangantes manchen su reputación. Ya tiene bastante con esa tontería de los drones.

Eso hizo vacilar a Ramdakan.

—¿Tontería de los drones?

—Ese asunto de armar los drones con el gláser. Tienes que hablar con él, Norja. A mí no me hará caso. Los gláseres fracasarán. He visto la nave fórmica en acción. Nuestros drones serán masacrados. Como resultado, el proyecto *Vanguard* se hundirá después de la guerra. La idea de que produzcamos y utilicemos drones estará muerta. Las intenciones de mi padre son buenas, pero serán un hachazo para la compañía. Muy bien podrían costarle su puesto y todos nuestros empleos. —Se acercó a Ramdakan y le puso una mano en el hombro—. Tienes que ayudarme a impedir que eso suceda. Tenemos que proteger a mi padre. Él siempre ha confiado en ti. ¿Tengo tu palabra de que le sigues siendo fiel?

—Por supuesto, Lem.

Lem se relajó visiblemente

—Bien. Lamento hacerte soportar este frío, pero la precaria situación de mi padre ahora mismo no puede llegar a oídos de quienes podrían intentar aprovecharse.

—Sí, naturalmente.

Lem señaló el pasillo.

—Ve tú. No deberían vernos salir juntos del pozo.

—Bien pensado. Buena suerte, Lem. —Se abrió paso entre las cortinas de plástico que colgaban del techo para mantener a raya el polvo y el frío y regresó al pasillo, sus pasos livianos y saltarines sin un suelo magnético debajo para compensar la baja gravedad lunar.

Lem lo vio marcharse. Si Ramdakan era listo, vería el juego de Lem y le seguiría la corriente, sabiendo que su mejor probabilidad de mantenerse a flote cuando Lem ocupara el puesto de su padre era demostrar ahora su lealtad. Si no era listo (lo más probable), creería que Lem era sincero y haría exactamente lo que le había pedido. En ambos casos, Lem ganaba.

Pulsó su holopad y envió a sus ayudantes la autorización para efectuar el pago de buena fe que ya habían preparado para el DCL. Era una cantidad enorme, sí, una gran porción de su fortuna, pero, como todo lo demás en que gastaba su dinero, suponía una inversión. No se gana dinero sin gastar dinero, y si esto funcionaba, si ascendía al puesto de su padre a edad tan joven, tenía toda una vida por delante para recuperarlo cien veces o más.

Y si no funcionaba, bueno, para eso estaban los abogados. Al final, recuperaría la mayor parte. Entonces podría dejar la compañía y convertir esa inversión en una

fortuna mayor en otra parte. En realidad, no era difícil. Cuando tenías tus primeros cientos de millones, el dinero hacía casi todo el trabajo por ti.

Pero saldría bien. Lo sabía. Había hecho apuestas como esta antes, y siempre había acertado. Filtrarían los descubrimientos de Imala a la prensa dentro de una semana o así, acudiendo primero a la prensa subterránea de las redes, lejos de los periodistas que su padre tenía untados. Y filtraría también la noticia de su pago de buena fe al DCL. Lo orquestaría para dar la impresión de que había hecho un enorme sacrificio personal para salvar los miles de empleos que se habrían perdido como resultado de la pobre actuación de la compañía. Se publicarían numerosos artículos de interés humano. Anotó mentalmente encargar a un equipo de rodaje que tomara imágenes de obreros trabajando en las fábricas. A la prensa le encantaba esa basura.

Y naturalmente ninguna de las filtraciones podría achacársele a él. De hecho, haría todo lo posible para dar la impresión de que evitaba a la prensa, lo que significaba salir de los edificios cercados por los periodistas y correr hasta su coche para evitar su andanada de preguntas.

«Mi padre es un buen hombre —declararía—. Los errores que pueda haber cometido ahora no pueden empañar una carrera de éxitos tan extraordinarios».

Habría un infiltrado en la multitud, naturalmente. Un periodista que gritaría por encima de los demás, justo cuando Lem subiera al deslizador: «Señor Jukes, ¿qué tiene que decir sobre los rumores de que el Consejo está considerándolo como sustituto de su padre?».

Y Lem se mostraría herido por la pregunta, dolido de que alguien se atreviera a sugerir que su padre ya no era adecuado para el cargo. Y entonces se marcharía, dejándolos con una respuesta que no era exactamente una confirmación del rumor y tampoco una negación. Y si hay algo que le encante a la prensa, es lo equívoco. Se abalanzarían como tiburones sobre el rumor y como resultado de toda la atención que le dieran, lo convertirían en realidad. Y allí estaría Lem, el hijo diligente, reconociendo a regañadientes que sí, era capaz, y sí era el hombre para el puesto.

Esperó otros cinco minutos y luego cogió un deslizador que lo llevó a las instalaciones de producción de Juke donde estaban montando los glásers en los drones. Su padre iba a ir a comprobar sus avances, y Lem también sentía curiosidad. No tenía acceso a esa ala de las instalaciones, a pesar de sus solicitudes a Simona para que se lo concediera, pero si aparecía sin más, su padre no le cerraría el paso.

Probablemente.

Llegó antes que su padre, como había planeado, y en el vestíbulo se reunió con el capataz, un hombre fornido llamado Bullick, que se mostró nervioso durante la espera. Lem trató de tranquilizarlo.

—Estoy seguro de que están haciendo un buen trabajo. Mi padre no muere

demasiado fuerte.

El deslizador llegó a la hora prevista. Simona bajó primero, seguida de su padre, que había sustituido su traje de chaqueta por pantalones de trabajo y una camisa azul. Trató de ocultar su sorpresa cuando vio a su hijo.

—¿Has hackeado mi plan de trabajo, Lem, o estabas por casualidad en la zona?

—Las dos cosas —respondió, y frunció el ceño mirando a Simona—. De verdad, Simona, tendrías que vigilar mejor tu holopad. Es una mina de información. —Le hizo un guiño y ella le respondió con una mirada de desagrado. En realidad, Lem había conseguido la información en otra parte, pero le divertía ver cómo se ruborizaba. Era hasta bonito.

—¿Por qué estás aquí, hijo?

«Ya está otra vez con lo de “hijo” —pensó Lem—. Anda ya, padre, aquí no hay cámaras. Fuera máscaras».

—Quería ver esos drones con mis propios ojos y darle al señor Bullick, aquí presente, la oportunidad de convencerme de que no se trata de un craso error.

Bullick pareció escandalizado.

Ukko mantuvo oculto su malestar: no era un bufón como Ramdakan.

—Aprecio tu preocupación, Lem, pero esto es decisión mía, no tuya.

—Obviamente, padre. Y no pretendo interponerme en tu camino. Solo quiero asegurarme de que se toman las precauciones necesarias.

—¿Por qué no iban a tomarse? ¿Y para quién deberían tomarse exactamente? Son naves no tripuladas. Si estallan, no morirá nadie.

—Si estallan, toda la empresa de los drones estallará con ellas.

—Me alegra ver que te interesan los negocios, Lem. Pero la política de la compañía es pasar temporalmente a segundo plano para salvar a la raza humana.

—Entonces ¿esto es una visita cerrada?

Durante un momento pareció que Ukko iba a pedirle que se marchara, pero entonces sonrió e hizo un gesto con la mano, indicando el almacén.

—Al contrario. No nos vemos lo suficiente. —Rodeó el hombro de Lem con un brazo—. Señor Bullick, parece que seremos un grupo de cuatro. Espero que no sea ningún problema.

—Es su edificio, señor Jukes. Por aquí, por favor.

Bullick se dio media vuelta y los condujo pasillo abajo. Cuando Lem pasó ante Simona, ella le dirigió una mirada de puro desprecio. Lem no pudo evitar hacerle un guiño.

La planta de la fábrica era inmensa. Toda la flota de drones ocupaba el espacio, con cientos de obreros trajinando en los aparatos, o en andamios, o colgando de arneses, todos construyendo, cortando, soldando y fijando. Volaban chispas, las herramientas zumbaban, las grúas iban y venían, cargando con suministros.

Bullick se dirigió al dron más cercano. Estaba suspendido en el aire dentro de un gran soporte, con el gláser sujeto a su panza por una red de metal que lo rodeaba como un panel de hierro.

—Es el nuevo sistema de jaula que hemos diseñado para mantener los gláseres en su sitio —explicó Bullick—. Sumamente resistente. El dron se hará pedazos antes. No tendríamos que tener más problemas de desprendimiento con esta configuración.

—¿Problemas de desprendimiento? —preguntó Lem.

Bullick miró a Ukko, sin saber si debía revelar algo o no.

—Tuvimos un incidente en las pruebas hace unos cuantos días —dijo Ukko—. Llevaron un dron al espacio, le dieron demasiada potencia al gláser y se soltó.

Lem pareció horrorizado.

—¿Estaba disparando?

—Solo durante una fracción de segundo después de desprenderse. Entonces el sistema de seguridad lo paró. No hubo daños, hijo.

—Tuvisteis suerte. ¿Y si hubiera estado apuntando a una nave? ¿O aún peor, a la Luna o a la Tierra? Este aparato crea un campo a través de la continuidad de masa, padre. Hace que la gravedad deje de funcionar. ¿Tienes idea de la catástrofe que podría haber causado?

Ukko se molestó.

—Sé lo que hace, Lem. Yo mandé construir el maldito aparato.

—¿Y quieres poner a cincuenta en el espacio cerca de la Tierra? —De pronto se dio cuenta de lo horrible de aquella idea—. ¿Y si uno de ellos se desvía o el gláser se desprende y dispara contra la Tierra? ¿Has pensado en eso? —De repente dejó de importarle derrocar a su padre o hacerse con la compañía. La imagen de la Tierra convirtiéndose en polvo como el asteroide del Cinturón de Kuiper lo asustó—. Estas cosas destruyen planetas, padre.

—Estamos tomando precauciones.

—La única precaución adecuada es no hacerlo.

—¿Y qué sugerirías tú? Están muriendo millones de personas. Los fórmicos se dirigen ahora a las ciudades. Lo están gaseando todo. Las caras de la gente se derriten y se convierten en charcos ensangrentados de baba. Eso está ocurriendo. Mientras nosotros estamos aquí hablando. ¿Corremos un riesgo enorme? Sí. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Los militares son unos idiotas. Nada de lo que lanzan a los fórmicos tiene ningún efecto. No en la Tierra, aquí no. Lanzaderas, misiles, bombas nucleares. Nada funciona. El espacio es nuestro territorio. Nuestro, no de los retrasados de cinco estrellas que dirigen los ejércitos. Estamos mucho mejor equipados que ellos para la acción.

—No con el gláser, padre.

—Sí, con el gláser. ¿Quieres lanzarle cocos a esa nave? Adelante. El resto de los

adultos salvaremos el planeta.

Lem se marchó. Era su padre de siempre, inamovible, testarudo y bravucón. Y estaba equivocado. Lem lo veía ahora, con más claridad que nunca. Al principio solo le había preocupado el riesgo económico de un ataque con drones. Ahora le preocupaba el peligro que entrañaba. La imagen de la Tierra desapareciendo en una nube de polvo volvió a aparecer en su mente, y le hizo sentirse enfermo.

Llevó el deslizador a las instalaciones donde estaban trabajando Víctor e Imala. Los encontró junto a su nave, soldando una pieza, los rostros cubiertos por máscaras protectoras. Lem se sorprendió al ver la nave. La habían transformado por completo. Parecía un pecio, incluidas las marcas y quemaduras hechas por fuego de láser en el casco. Cables, tubos y vigas estructurales sobresalían por todas partes. Si no hubiera sabido lo que era en realidad, la habría considerado chatarra.

—¿Cuándo tendrán esto listo? —preguntó—. ¿En dos horas? ¿Dos días?

Los dos se volvieron hacia él y se alzaron las máscaras. Luego se incorporaron. Él se sacudió el polvo y las fibras de la camisa.

—Dublin y Benyawe están terminando el señuelo con los impulsores. A nosotros nos quedan unas horas más. Luego habrá que hacer un vuelo de prueba.

—Olviden el vuelo de prueba —dijo Lem—. No hay tiempo. Haremos el lanzamiento dentro de unas horas, en el instante en que esté terminado.

Víctor e Imala intercambiaron una mirada.

—De acuerdo —dijo Víctor—. ¿A qué viene esa prisa repentina?

—Los fórmicos han empezado a gasear las ciudades. Tenemos que actuar de inmediato.

Víctor se quitó la máscara y estudió la nave, calculando cuánto trabajo quedaba.

—Denos dos horas.

Lem asintió y los dejó trabajando. No había mentido exactamente. Los fórmicos estaban gaseando ciudades, y eso era motivo suficiente. Pero no era el motivo real, no el principal. Había que detener a su padre. No podía lanzar los drones. Y el único modo de impedirlo era hacer el trabajo primero, eliminar la necesidad de usar los drones. Llevaría a Víctor al interior de la nave nodriza, haría que destruyera el puente y entonces la nave quedaría a su merced. Ukko podría quedarse con sus pequeños drones y gláseres de la muerte en aquel almacén suyo.

Pero ¿qué posibilidades reales tenía Víctor de llegar al puente alienígena? Y si lo conseguía, ¿qué posibilidades había de detonar con éxito la bomba? Era más probable que los fórmicos los aniquilaran antes de llegar hasta su maldita nave. Bueno, ese era el riesgo que habían asumido, ¿no?

Entró en una oficina vacía, emplazó su holopad, metió la cara en el campo e hizo la llamada. Un momento después apareció la cara de Simona, que, naturalmente, no parecía complacida.

—¿Tienes el ceño fruncido desde la última vez que te vi? —preguntó Lem—. Eso no puede ser bueno para las líneas de expresión.

—¿Qué quieres?

—Sabes que tengo razón en lo de los drones. Mi padre está jugando con fuego. No comprende esa arma.

—Si me llamas para decirme que escoja un bando, Lem, pierdes el tiempo.

—Has contestado al holo sabiendo que era yo. Eso significa que en el fondo sabes que tengo razón.

—Significa que soy una persona educada que contesta a los holos, incluso los de los gilipollas molestos.

—Eso ha sonado muy feo, Simona. No está bien.

—¿Qué quieres, Lem?

—Información.

—¿Y crees que te la voy a dar?

—Desde luego mi padre no va a hacerlo.

—Entonces yo tampoco.

—¿Cuándo tiene planeado lanzar sus drones?

—¿Por qué debería decírtelo?

—Puede que tenga un modo de inutilizar la nave fórmica —dijo Lem.

Ella hizo una pausa.

—Te escucho.

—Pero tengo que saber cuándo planea mi padre lanzar sus drones. Necesito que mi gente actúe antes de que él haga su jugada. No puede atacar mientras los míos estén allí dentro.

—¿Cómo planeas meter allí a nadie? Ninguna nave puede acercarse. Los fórmicos arrasan todo lo que se les acerca.

—Tienes razón. Mi táctica probablemente fracasará, así que no te perjudicará decirme cuánto tiempo tengo.

Ella guardó silencio.

—Puedo conseguir la información de otras partes, Simona. No sería difícil. Pero acudo a ti porque eres la fuente de información más fiable y precisa.

Simona siguió en silencio, reflexionando.

—Ya oíste a mi padre. Miles de personas mueren cada día. Estoy preparado para actuar ya. Estamos preparados para el lanzamiento. Estoy preparado para detener esas muertes ahora mismo. Pero no podré hacerlo si no me proporcionas información.

Ella suspiró.

—Bullick dice que la flota de drones no estará lista hasta al menos dentro de cinco días.

Lem resopló.

—Gracias.

—Entonces ¿vas a decirme cómo vas a meter a alguien allí dentro?

—Te contaré toda la emocionante historia en otra ocasión. —Retiró la cara del campo y puso fin a la transmisión.

Cinco días. Era más que suficiente para que Víctor llevara la nave a la deriva, hiciera su parte y escapara. O eso habían calculado. Víctor había estimado tres días y pensaba que podían ser incluso cuatro, pero no más. Aunque claro, cualquier cosa podía salir mal.

Pero no, cinco días era una eternidad. Si empezaban a acercarse, si parecía que iban a retrasarse, Lem le diría que abortaran la misión.

Salió del almacén y trató de entretenerse con otras cosas mientras ellos terminaban. Al final regresó y se quedó mirando hasta que acabaron. Llegaron unos hombres con carretillas elevadoras y llevaron la nave camuflada a una cámara estanca. Benyawé y Dublin habían hecho un buen trabajo con el señuelo. Estaba unido a la nave de reconocimiento y parecía también pura chatarra.

Víctor e Imala esperaban junto a la entrada de la cámara estanca, con los trajes espaciales ya puestos.

—¿Tienes los explosivos? —preguntó Lem.

—No merecería la pena viajar sin ellos —respondió Víctor.

Lem asintió. No había nada más que decir. Lem le tendió la mano.

—Buena suerte.

Víctor miró la mano, vaciló. Imala le dio un codazo en las costillas y Víctor aceptó la mano y la estrechó.

—Gracias.

—Dámelas cuando vuelvas —dijo Lem.

Víctor e Imala entraron en la cámara estanca y subieron a la carlinga. Lem se quedó ante el cristal y los vio despegar. Resultaba extraño ver un puñado de chatarra volar como una nave, pero eso era la belleza de la idea, supuso. La nave aceleró, haciéndose cada vez más pequeña a medida que se internaba en la negrura. Lem la contempló hasta que no fue más que un puntito en la distancia. Dentro de menos de un día desaceleraría y se aproximaría a la nave fórmica a velocidad de deriva, pero en ese momento volaba como un cohete.

Ahora que habían despegado, la idea le pareció completamente ridícula. Una nave disfrazada de chatarra. En su momento pareció buena idea. Ahora, cuando ya estaban fuera de la vista, parecía una misión de necios.

Benyawé se acercó y se detuvo junto a él ante el cristal, contemplando el espacio, sus largas trenzas grises cayéndole hasta los hombros.

—Les irá bien —dijo.

Él se volvió a mirarla.

—Usted es la científica. Actúa y piensa y decide basándose en hechos. ¿Lo cree de verdad? ¿Cree sinceramente que esto tiene alguna posibilidad?

—Probablemente no.

Él resopló y se volvió de nuevo hacia el cristal.

—Es lo que yo pensaba.

—Pero la científica es solo parte de lo que soy, Lem. También están la madre y la esposa y la hermana y la amiga y todas las demás. Y todas dicen que no podemos perder. Y esas son las partes en las que quiero creer.

Trineos perforadores

La base militar era poco más que escombros y tierra quemada, cadáveres hinchados y putrefactos diseminados al sol. La mayoría eran soldados chinos, pero Wit vio también fórmicos entre los muertos. Transportes de tropas destrozados, deslizadores abatidos, los restos de un helicóptero chino calcinado. Wit se esperaba esa visión, pero igualmente le dolió verla. Era una nueva prueba de que los fórmicos estaban ganando la guerra. Los chinos ni siquiera tenían recursos para enterrar a sus muertos.

Mazer dirigió los vehículos hacia el hangar del aeródromo. Había dos aparatos dentro, a los que llamó HERC. Ambos parecían intactos.

—Tenemos suerte —dijo—. Al menos uno puede volar.

Luego se dirigieron al nordeste del aeródromo, hasta un búnker que asomaba a un valle fangoso. Allí Wit vio los tres trineos perforadores de los que Mazer le había hablado mientras regresaban del lugar donde se hallaba posada la sonda.

—Siguen allí —dijo Mazer—. Los milagros no cesan.

—Los vehículos no son un plan —repuso Wit.

—La parte inferior de la sonda no está protegida. Así que la atacaremos desde abajo, subterráneamente. Cavaremos túneles con estos tres trineos perforadores y abriremos un agujero en la panza de la sonda.

—¿Para hacer qué?

—Somos demasiado pocos para destruir toda la estructura con armas pequeñas. Sugiero que plantemos explosivos y estropeemos la sonda.

—No es suficiente —dijo Wit—. Usaremos una bomba nuclear. La borraremos del mapa. Si solo la estropeamos, se darán cuenta de que la parte inferior es su punto flaco y ampliarán el escudo para cubrirla. Si eso sucede, nunca la penetraremos.

—Entonces ¿todo lo que nos hace falta es una bomba nuclear táctica? —dijo Bingwen—. Oh, pensé que sería algo más difícil de encontrar.

—No me gusta el sarcasmo de este niño —dijo Calinga.

—Bingwen tiene razón —repuso Mazer—. Sé que en esta base hay explosivos,

pero nada a escala nuclear.

—Déjeme eso a mí —dijo Wit.

—¿Tiene un alijo secreto en alguna parte? —preguntó Bingwen.

—Sigue hablando como si fuera uno de nosotros —se quejó Calinga.

—Lo es —dijo Mazer—. Estoy empezando a creer que algunos niños están hechos para la guerra.

—Los chinos nos darán la bomba nuclear —explicó Wit—. Hemos mantenido contacto con su ejército desde el principio de nuestra campaña. Muchos son oficiales de alto rango que han contactado con nosotros de manera anónima. Compartimos tácticas, hacemos sugerencias, mantenemos los datos en marcha. Les hemos salvado el cuello y ellos nos lo han salvado a nosotros. Les diré lo que planeamos hacer y les pediré suministros.

—¿Y le darán una bomba atómica? —dijo Mazer.

—O nos la darán o comprenderán el acierto de la idea y enviarán a su propia gente con una bomba para hacerlo. Se hará de cualquier forma.

—Somos soldados extranjeros en su suelo. Parece improbable que nos confíen una bomba nuclear táctica dentro de sus fronteras.

—Nos hemos ganado su confianza —dijo Wit—. Y, lo más importante, están desesperados. El ejército chino ha sido diezmado. Ahora penden de un hilo. Necesitan una victoria, y tenemos una tasa de éxito muy superior a la suya. Además, usted sabe pilotar los trineos perforadores. Y viendo cómo estas máquinas están aquí paradas, estoy dispuesto a apostar que los chinos no tienen una cola de pilotos entrenados esperando el momento de hacer algo con ellos.

—¿Cómo transportaremos los trineos perforadores a las inmediaciones de la sonda? —preguntó Calinga—. Está a cincuenta kilómetros de distancia.

—Para eso está el HERC —contestó Mazer—. Tiene espolones. Hará tres viajes, pero llevaré a cada uno de los trineos perforadores al norte, a un lugar cercano a la sonda. Quizás a pocos kilómetros de distancia. Luego cavaremos desde allí y atacaremos.

—Usted pilotará uno de los trineos perforadores, Mazer —dijo Wit—. Conoce la técnica. Calinga y yo pilotaremos los otros dos. Empezará a entrenarnos inmediatamente. Entraré en las redes para contactar con nuestros oficiales anónimos del ejército y les haré saber nuestras intenciones de destruir la sonda con una bomba nuclear. Veremos si alguien pica.

—Si comunicamos nuestras intenciones, alguien intentará detenernos —dijo Calinga.

—No lo comunicaré en un sitio público —contestó Wit—. El mensaje estará codificado y contactaré a los oficiales anónimos individualmente. Si intentan detenernos, les pediremos una idea mejor.

Durante los dos días siguientes, Mazer instruyó a Wit y Calinga en la conducción de los trineos perforadores. Los dos agentes de la POM dominaron la técnica fácilmente, y Mazer se preguntó si todos los miembros del cuerpo eran tan competentes.

—¿Cuántos vehículos diferentes saben conducir ustedes? —preguntó Mazer.

—Todos —respondió Calinga.

Al amanecer del tercer día, un deslizador privado que transportaba un solo pasajero aterrizó hábilmente en el valle. Una mujer china con un maletín, vestida informalmente, bajó y saludó a Wit.

—¿Capitán Wit O'Toole? —Su inglés era intachable.

—Sí.

La mujer le entregó el maletín.

—Confío en que sepa utilizarlo.

Wit depositó el maletín en el suelo y lo abrió lo suficiente para ver la bomba nuclear encajada en gomaespuma. Tan pequeña y sin embargo tan destructiva. La mujer regresaba ya al deslizador. Despegó y se marchó antes de que ninguno dijera una palabra.

—Está claro que sus contactos anónimos quieren seguir siendo anónimos —dijo Calinga.

—Nos enseñó el rostro —dijo Wit—. Ha sido un acto de valentía.

—Tal vez no sea el contacto —observó Calinga—. Tal vez sea la esposa o la amante o cualquier otra persona.

—Es una militar —dijo Wit—. Tiene las uñas cortas y no lleva las orejas perforadas. Además, se movía como un soldado, observándolo todo. —Recogió el maletín—. Tenemos nuestra arma. En marcha.

No perdieron más tiempo. Wit, Calinga y Mazer se pusieron los cascos y los trajes fríos.

Mazer se arrodilló ante Bingwen.

—Te quedarás aquí con los agentes de la POM y harás lo que ellos digan. Volveré pronto.

—Más le vale —dijo el niño.

Calinga llevó a Mazer hasta el aeródromo. Allí, Mazer subió a uno de los HERC, lo pilotó de regreso al valle, y recogió uno de los trineos perforadores. Luego llevó el trineo hacia el norte, volando bajo y atento a la presencia de naves enemigas. A cinco kilómetros al sur de la sonda encontró una empinada colina donde los trineos podrían cavar fácilmente el terreno. Dejó el que transportaba junto a la colina y repitió el viaje dos veces más para traer los otros dos trineos. En el último viaje trajo consigo a Wit y Calinga. Tres trineos perforadores, tres pilotos.

Cuando estuvieron listos para subir a sus respectivos trineos, Wit dijo:

—Cavaremos hondo, nos situaremos directamente debajo de la sonda y luego ascenderemos. Lo haremos en ángulo y golpearemos la sonda en el centro. Los tres penetraremos el casco y nos abriremos paso hasta el interior. Yo llevaré la bomba nuclear en mi carlinga. Cuando estemos dentro, les dejaré la bomba con mi trineo de regalo. Entonces subiré al trineo de Calinga y, junto con el otro trineo, cavaremos como locos para llegar lo más profundo posible y evitar la onda expansiva.

—¿Por qué dejar la bomba en uno de los trineos? —preguntó Calinga.

—No podemos dejarla al descubierto —respondió Wit—. No conocemos las capacidades de los fórmicos. Podrían reconocerla como amenaza y desarmarla antes de que estallara. No podemos arriesgarnos a eso. El trineo perforador actuará como una cámara acorazada. Los fórmicos no podrán llegar a la bomba si está en la carlinga. La detonación está prácticamente garantizada.

—Bien —dijo Calinga—, pero la bomba la llevaré yo. Soy más menudo y habrá más espacio en mi carlinga. Cuando estemos en la sonda la abandonaré y subiré al trineo de Mazer. El mismo plan, personas distintas. Y no discuta, Wit. Sabe que tiene sentido. Mazer es mejor piloto, y una vez más el tamaño cuenta. Es usted casi tan grande como nosotros dos juntos. Mazer y yo estaremos más cómodos compartiendo una carlinga. Sé que no le gusta que corra el riesgo cuando puede correrlo usted, pero mi idea es mejor desde un punto de vista logístico.

—Tienes razón —admitió Wit—. Lleva tú el paquete. Mazer, ¿hasta dónde tendremos que hundirnos bajo la sonda para ganar suficiente velocidad para penetrar el casco?

—No estoy seguro de que podamos penetrarlo —respondió el maorí—. No sé de qué está compuesto. Puede que lo atravesemos, puede que no.

—Suponiendo que podamos.

—Trescientos metros como mínimo.

—Muy bien —dijo Wit—. Usted irá de líder, Mazer. Calinga y yo le flanquearemos, siguiéndole en paralelo.

Subieron a los trineos perforadores y los pusieron en marcha. Momentos después empezaron a cavar en la falda de la colina, escupiendo lava caliente. Una vez bajo tierra, Mazer inició un lento descenso gradual, dirigiéndose a un punto situado a trescientos metros por debajo de la sonda. Sus trajes fríos intentaban mantener una temperatura corporal normal, pero en cuestión de instantes sintió los dedos rígidos y pudo ver su propio aliento dentro del casco. La visera se llenaba de escarcha por los bordes, pero los ventiladores hacían circular aire por el casco e impedían que se nublara por completo.

Cuanto más se hundían bajo la superficie, más roca sólida encontraban y más rápido se movían. Intentaron no acelerar demasiado porque no podían comunicarse

cuando se movían a esas velocidades, pero en ocasiones no podían evitarlo.

Mazer vigilaba el holo indicador de profundidad del salpicadero. Cuando se acercaron a la sonda, se llenó de líneas blancas que se entrecruzaban.

—Los fórmicos deben de ser cavadores de túneles —dijo—. Es como si hubiera una colonia de hormigas ahí abajo.

—Tal vez tengamos suerte y nos topemos con algunos —suspiró Calinga—. Y lo digo literalmente. Los arrollamos y los escupimos por detrás.

Finalmente se colocaron en posición, a trescientos metros bajo la superficie, casi directamente por debajo de la sonda. Mazer estaba prácticamente en vertical en su asiento, agitando los dedos de manos y pies para que circulara la sangre. No servía de nada.

—Estoy preparado, Wit. Dé la orden antes de que me convierta en hielo.

La voz de Wit llegó por el comunicador.

—Calinga, ¿estás listo?

—Listo y con el culo congelado. Pongámonos en marcha.

—¡Vamos allá! —dijo Wit.

Mazer apretó el acelerador y su trineo perforador se impulsó hacia arriba, escupiendo lava por detrás y despegando. La carlinga se estremeció y Mazer tuvo que agarrar con más fuerza las barras de mando. Sintió que el calor aumentaba dentro de la carlinga. Era un alivio después del frío, pero pronto se convirtió en un calor abrasador.

—Doscientos cincuenta metros hasta el objetivo —dijo.

Los tres trineos perforadores se abalanzaron hacia arriba, masticando tierra y roca. Mazer no quitaba ojo del indicador, pero la creciente vibración le dificultaba enfocar la mirada en los indicadores.

—Doscientos metros —anunció.

En la pantalla aparecieron más líneas blancas. Primero fueron solo unas pocas, pero luego se materializaron docenas a medida que los trineos se acercaban a la sonda. Decididamente, pensó Mazer, los fórmicos eran cavadores de túneles. De eso no cabía ya duda.

El indicador de profundidad avanzó y reveló un enorme punto blanco inmediatamente debajo de la sonda.

—¡Alto! —dijo Mazer—. Más despacio. Hay una gran bolsa de aire justo bajo la sonda. No lo conseguiremos.

—La veo —dijo Wit—. Nos detendremos antes de alcanzarla.

Mazer continuó frenando, se abrió paso entre las últimas capas de tierra y se acercó a la bolsa de aire casi a rastras. La barrena empezó a pararse, y el trineo se inclinó hacia delante y se niveló en lo que parecía el suelo de una enorme caverna. Los trineos de Wit y Calinga aparecieron junto a él. Mazer abrió la carlinga y se puso

de pie en su mismo asiento. Proyectó las luces de su casco hacia arriba y vio la panza de la sonda. Unos metros más y podría haber tocado con la mano la superficie de metal.

La bolsa de aire era enorme. Mazer no estaba seguro de su anchura: movió la linterna alrededor y en vez de ver paredes en los lados solo vio negrura.

—Menudo fiasco —siseó Calinga. Estaba de pie en la carlinga abierta, mirando la panza de la sonda, un gigantesco techo extraño sobre ellos—. Y yo que pensaba que íbamos a atravesar esta cosa, y ahora ni siquiera podemos alcanzarla.

Hubo un crujido de hielo y un susurro de aire, y la carlinga de Wit se abrió.

—Dígame, Mazer, ¿cuáles son nuestras opciones? ¿Hay algún modo de llegar al casco?

Mazer apuntó de nuevo hacia arriba con las luces de su casco.

—No me esperaba una bolsa de aire. Esto complica las cosas. —Calculó la distancia del suelo al techo—. Si subimos como habíamos planeado, podríamos atravesar la bolsa de aire con suficiente impulso para llegar a la sonda. Pero las barrenas nunca podrían morder el casco. Rebotaríamos.

—Entonces no lo podemos atravesar —dijo Calinga—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Dejamos aquí la bomba?

—Podríamos —repuso Wit—. Pero dentro causaría mucho más daño. Nuestras posibilidades de éxito aumentarían exponencialmente si lográramos pasar. Mazer, ¿podríamos entrar quemándola? ¿Y si damos media vuelta a estos topes y golpeamos la panza de la sonda con chorros de lava? ¿Podríamos fundir un agujero lo suficientemente grande para que Calinga pase?

—Ni idea. Tal vez. Merece la pena intentarlo. El problema es que tendremos que salir, darle la vuelta a los trineos perforadores, extender los zancos y erguir las máquinas, con el culo apuntando a la sonda para así golpearla con chorros de lava.

—Calinga, vuelve a tu trineo y húndete —dijo Wit—. Ponte de nuevo en posición de lanzamiento. Mazer y yo abriremos un agujero. Si funciona, te diremos que subas y te abras paso. Iremos detrás de ti. Luego dejaremos tu trineo y la bomba tal como habíamos planeado.

—Entendido.

—Tendré que extender sus zancos y ponerle en posición de excavar —dijo Mazer.

Calinga se encerró en su cabina. Mazer se acercó al trineo, retiró los paneles y marcó la secuencia para hacer funcionar los zancos. Era un proceso de múltiples pasos que tardó unos minutos, pero pronto todo los zancos estuvieron desplegados y afianzados.

—Está listo. Pero espere hasta que yo vuelva a mi topo y me aparte del camino de su chorro de lava.

Calinga esperó la orden y luego arrancó el trineo y se zambulló en la tierra. Un

flujo de lava salió despedido por la parte trasera y golpeó la panza de la sonda. El casco de la nave fórmica chisporroteó y goteó.

—Se está derritiendo —dijo Mazer—. Parece que su plan funciona, Wit.

—Enséñeme a colocar los zancos de mi trineo —pidió Wit.

Mazer esperó a que el trineo de Calinga desapareciera en la tierra y el chorro de lava escupida cesara. Entonces corrió al aparato de Wit y abrió el panel del costado y enseñó a Wit el proceso. Pronto el trineo estuvo posado sobre sus patas de araña, la parte trasera preparada para rociar la sonda de lava.

Hubo un atisbo de movimiento en la oscuridad. Mazer se volvió y proyectó su linterna. Un grupo de veinte o treinta fórmicos avanzaba hacia ellos. No parecían armados, pero sus garras y fauces parecían dispuestas a hacerlos pedazos.

—Tenemos compañía.

Había dejado su arma en la carlinga. Corrió a cogerla. Los fórmicos se abalanzaron. Mazer empuñó la pistola y disparó las primeras ráfagas desde donde estaba, junto al trineo. La mayoría de las balas hicieron blanco. Los fórmicos cayeron. Otros se dispersaron en la oscuridad.

—Entreténgalos —dijo Wit—. Yo pondré su trineo en posición.

Corrió al aparato, abrió el panel y se puso a trajinar.

Sus cascos estaban hechos para pilotar los trineos, no para escaramuzas a tiros en medio de una oscuridad casi total. Mazer no tenía ningún VCA, nada que lo ayudara a apuntar, ningún rastreador de calor, ni visión nocturna. Su visera era una hoja de cristal, nada más. Contaba con una pistola y una linterna.

Movió la linterna, buscando los fórmicos que intentaban acercarse a su posición. De vez en cuando la luz encontraba uno y entonces disparaba varios tiros, apuntando al centro de la criatura.

Momentos más tarde, la multitud de fórmicos se retiró, huyendo hacia la oscuridad por donde habían venido.

—Se marchan —dijo Mazer.

—Bien —respondió Wit—. Necesito dos minutos más.

Mazer siguió moviéndose, apuntando con su linterna en todas direcciones, la pistola preparada. Durante un momento pensó que estaban seguros. Entonces su luz iluminó cientos de pares de ojos en la oscuridad, avanzando.

—¡Fórmicos! —dijo Mazer—. A las dos. ¡Son cientos!

—Treinta segundos más —dijo Wit.

El primer grupo eran exploradores, advirtió Mazer, enviados para ver qué tenía que ofrecer el enemigo. Este era el ejército de verdad. Mazer pensó que no podría aguantarlos diez segundos, mucho menos treinta. Venían como un enjambre.

Ajustó la pistola para descargas de tres disparos y abrió fuego. Los tiros resonaron en la bolsa de aire. Todos hicieron diana. No fue difícil. Los fórmicos

estaban prácticamente unos encima de otros, cargando frenéticos, lanzándose hacia Mazer como una ola de ojos y extremidades y furia.

No tienen miedo, advirtió. Los estaba abatiendo, pero no les importaba. Era como si supieran que acabarían por superarlo, y los individuos que iban delante estuvieran dispuestos a sacrificarse con ese propósito.

—Treinta metros —dijo Mazer—. Tiene tres segundos.

—De acuerdo —respondió Wit—. Esté preparado. ¡Vamos, vamos, vamos!

Mazer corrió hacia su trineo perforador, disparando a ciegas hacia atrás. Más fórmicos cayeron. El enjambre continuaba avanzando, sus compañeros caídos ya olvidados.

Mazer subió la escalerilla y entró en su carlinga. Vio a Wit por el rabillo del ojo subir al suyo. Retiró la escalerilla y cerró la carlinga justo cuando una oleada de fórmicos chocaba contra la máquina, subía por los zancos y golpeaba la cabina. Su peso hizo tambalearse el trineo, y durante un instante aterrador Mazer pensó que iban a volarlo o romper los zancos. Pero el aparato aguantó, a pesar de los golpes recibidos.

—Esto no va a funcionar —dijo—. Calinga no podrá salir de su trineo. Lo superarán. Tenemos que abortar.

—Destruir la sonda es más importante que Calinga —dijo Wit—. Es más importante que todos nosotros. Él lo sabe. Si desistimos, los fórmicos protegerán la panza de la nave. Es ahora o nunca. Abramos un agujero.

Tenía razón, naturalmente. El éxito de la misión era más importante que ninguna otra consideración, incluso que sus vidas.

Mazer puso en marcha la barrena. Luego invirtió la potencia de la oruga del trineo y lentamente lo bajó a la superficie. La lava salió escupida hacia arriba y golpeó la sonda. La potencia invertida contrarrestaba la propulsión hacia delante de la barrena, pero las fuerzas opuestas hacían que el trineo se estremeciera y botara. Mazer aguantó. Wit también. Brotó la lava. La panza de la sonda empezó a derretirse.

Los golpes en la cabina de Mazer habían cesado. Los fórmicos habían caído. Mazer esperó que estuvieran recibiendo una lluvia de lava. Pasó un minuto. Luego dos. El trineo cabrió y dio vueltas por el suelo de la bolsa de aire. Mazer tuvo cuidado de no escupir lava hacia la posición de Wit, y esperó que Wit estuviera haciendo lo mismo.

Un gran pedazo de la panza de la sonda cayó, como el suelo de una casa ardiendo. Quedó un agujero.

—¡Calinga! —dijo Wit—. Tienes vía libre. Te envió los datos. Entra, suelta la bomba y sal si puedes.

—Recibido. Lárguense los dos. No quiero golpearlos al subir. Voy a toda pastilla. Mazer detuvo la potencia invertida de su tracción de oruga y replegó los zancos.

El trineo perforador cayó y se hundió en la tierra bajo la bolsa de aire, cavando profundamente.

Mazer captó la posición de Calinga en el holo. Pasaron uno junto al otro, Mazer bajando, Calinga subiendo. En los últimos cien metros, Calinga aceleró a fondo y atravesó la bolsa de aire. Apuntó al agujero a la perfección. Pero como iba en ángulo, el trineo golpeó el borde del agujero al entrar. Eso hizo que el aparato girara en el aire y se estrellara de lado en la sonda.

—Calinga —llamó Wit—. Informa.

La voz que respondió sonaba dolorida pero animosa.

—Caven hondo. Yo detonaré la bomba.

—Aguanta —dijo Wit—. Voy a buscarte.

—Negativo —respondió Calinga—. Si intenta saltar hasta aquí le sucederá lo mismo, y los dos estaremos muertos. Tengo el trineo cubierto de fórmicos ya. No podría pasar al otro trineo. Caven ustedes. Yo me quedo. Les daré veinte segundos.

—Tendría que haber sido yo —dijo Wit—. Tendría que haber llevado yo la bomba.

—Es hora de dejarle la gloria a otro.

—Ha sido un honor —dijo Wit.

—El honor ha sido mío —repuso Calinga.

¿Cómo podían hablar así?, se preguntó Mazer. ¿Cómo podían resignarse tan fácilmente? Porque eran de la POM, comprendió. Porque eran soldados inteligentes, porque sabían que no había otro modo.

—Diez segundos —dijo Calinga—. Están empezando a romper la cabina. No puedo retrasarlo más.

Mazer aceleró a fondo. Descontó los segundos mentalmente, viendo el holo en su salpicadero. Al llegar a cero, el puntito que era el trineo perforador de Calinga se apagó.

Mazer se dirigió al lugar que habían acordado cuando accedieron a salir a la superficie. Ninguno sabía cuál sería el radio de la explosión de una bomba nuclear subterránea, pero el alcance de la radiación sin duda sería amplio. Lo mejor que podían hacer era elegir un punto a diez kilómetros, o a la distancia máxima que pudiera llegar el trineo.

Mazer salió a la superficie en el punto fijado y le sorprendió ver un puñado de vehículos en los escáneres. Se soltó el cinturón, se levantó y abrió la carlinga.

Media docena de tanques y vehículos de asalto chinos estaban allí aparcados, junto con un pelotón de soldados armados y vestidos con trajes antirradiación. Wit había llegado ya. Había bajado de su trineo perforador y se estaba poniendo un traje con la ayuda de dos soldados. Hablaba con un oficial.

El oficial se dio media vuelta y miró a Mazer, sonriendo. Era Shenzu, el contacto de Mazer en la base china que había amenazado con abatirlo por llevarse el HERC.

—Bienvenido, capitán Mazer Rackham. En nombre del ejército chino, le doy las gracias por destruir una de las sondas y la biomasa. Tenga, póngase este traje. Dentro hay un comunicador. Probablemente estemos a salvo a esta distancia, pero es mejor no confiarse.

—¿El estallido fue un éxito? —preguntó Mazer.

Shenzu sonrió.

—Hoy es un gran día en China. Hemos conseguido una enorme victoria. Ah, por cierto, están ustedes arrestados.

Mazer pensó que había oído mal.

—Acabamos de destruir a los tipos que han estado masacrando a su pueblo —dijo Wit—. Se supone que tienen que ver lo que hemos hecho e imitarlo.

—Oh, descuide, lo imitaremos —dijo Shenzu—. Tenemos gente trabajando en eso ahora mismo. Es solo una sonda, después de todo. La guerra aún no ha acabado. Pero mientras tanto, hay cargos contra ustedes. Cruzar ilegalmente la frontera, robar propiedades del gobierno, efectuar un ataque nuclear en territorio chino. Todos delitos graves. Tengo que escoltarles a un centro de reclusión.

—¿Así es como nos dan las gracias? —preguntó Mazer.

—No se preocupen, caballeros. En China, la mayoría de los héroes son arrestados primero. Estamos acostumbrados a eso.

Nave nodriza

Víctor acercó la mano a la puerta de la lanzadera, preparado para abrirla. Los instrumentos del salpicadero indicaban que la nave fórmica se hallaba solo a seiscientos metros de distancia, prácticamente encima de ellos.

—Vamos a conseguirlo, Imala —dijo—. No van a desintegrarnos. —Observó los números descontando mientras se acercaban a la deriva, más y más.

Sabía que estar apretujado con Imala dentro de una carlinga durante unos días iba a ser algo molesto e incómodo, pero no esperaba que fuera tan horrible. Fue peor que los nueve meses pasados en la nave rápida. Al menos en la nave rápida podía hacer lo que quisiera sin tener que preocuparse por ser indecoroso. Si tenía que eructar, eructaba. Si tenía que orinar, lo hacía. Aquí, no solo tenía a Imala prácticamente encima y por tanto era probablemente consciente de todo lo que hacía biológicamente dentro de su traje espacial, sino que también él era consciente de todos sus movimientos y sonidos.

Además, sus enormes cascos prácticamente se tocaban, así que era como si estuvieran acurrucados y mirándose el uno a la otra. Sin parar. Durante cinco días.

—Ten cuidado —dijo Imala—. Cuando abras la puerta, hazlo despacio. Los movimientos repentinos podrían alertarlos.

—Cualquier cosa podría alertarlos. Las lecturas de calor también.

—¿Pueden detectarlas?

—Viajan casi a la velocidad de la luz. ¡A saber de lo que son capaces!

—Habría estado bien saber eso antes de partir.

—Si esperas hasta saberlo todo, nunca harás nada.

—¿A quién citas? ¿A Benjamin Franklin? ¿A Sun Tzu?

—A mi padre.

El salpicadero trinoó, indicando que era el momento de salir. Imala apagó las luces interiores.

—Puedes lograrlo, Vico. Y si llegas al punto en que no quieras seguir haciéndolo, date la vuelta. No hemos venido aquí a morir. Haremos más bien si vivimos.

Recuerda eso.

—Vivir. Sí, es un buen plan. —Giró la manivela y abrió lentamente la puerta hacia fuera. Cuando la abertura fue lo bastante amplia, salió, ingrávido. La nave fórmica era como una montaña roja delante de él. No era nada comparado con ella. Un puntito. Un mosquito. ¿Cómo podía detener a algo tan grande?

Sacó lentamente la mochila con las herramientas y el explosivo, que de repente pareció desesperanzadamente inadecuado, dado el tamaño de aquella nave.

La lanzadera continuó su camino a la deriva. Víctor cerró con cuidado la puerta.

No podían hacer que la lanzadera flotara hasta la nave fórmica. Era un riesgo que entraran en contacto. Lo mejor era que Imala detuviera la lanzadera cerca de la nave y Víctor cubriera solo la distancia restante.

—Estoy fuera, Imala.

—Entendido. Ve con calma. Vuelve inmediatamente si te parece que algo va mal.

—Ya me parece que todo va mal. Tendrías que ver el tamaño de esta cosa. Es como una luna.

—Disparando los retros —anunció ella.

Unos estallidos casi imperceptibles de aire redujeron la velocidad de la lanzadera. Víctor continuó su camino, flotando hacia la brillante pared metálica de color rojo. No surgió ningún cañón. No salió ningún fórmico.

Aterrizó con la suavidad de un beso, los imanes de sus manos y pies lo anclaron a la superficie. Ahora que estaba tan cerca, podía ver claramente las aberturas cerradas por toda la nave. Parecían hechas del mismo material que el casco, lo cual las volvía invisibles desde lejos. Cada una tenía el tamaño de un plato, y había miles, todas alineadas perfectamente de un extremo al otro de la nave.

Su destino era el lugar del casco donde salía el cañón, y tardó un momento en orientarse y localizarlo. Advirtió que tendría que recorrer un corto tramo para alcanzarlo. Pisando con cuidado, se puso en marcha. Mientras se movía, se preguntó si su padre había aterrizado cerca de allí. Miró alrededor, buscando algún signo de pelea o una zona dañada y reparada en el casco, pero no vio nada.

Encontró el lugar. Pudo ver las líneas donde el casco se abría o se separaba. Era el momento. Ancló la mochila y sacó el mando a distancia. Imala y él habían depositado el señuelo a diez kilómetros. Conectó el control y pulsó el acelerador. Al principio no vio nada. Pero pronto localizó un punto en la distancia entre los pecios que se movía hacia él. Aumentó la velocidad. El señuelo chocó contra un resto a la deriva que se cruzó en su camino y los dos rebotaron. Durante un momento Víctor perdió el control, pero rápidamente lo recuperó y enmendó el curso del aparato.

Se produjo un movimiento debajo de él. Engranajes girando, piezas cambiando de sitio, una máquina que cobraba vida. Pudo percibirlo en los pies.

El casco se abrió lentamente. El cañón apareció y se desplegó como una

gigantesca flor mecánica que abriera sus pétalos y se extendiera hacia fuera. Era mucho más grande de lo que Víctor pensaba, más grande que una lanzadera. ¡Y parecía tan pequeño visto de lejos en los vídeos!

El suelo se estremeció. La flor gigante había disparado. Víctor miró hacia atrás. La nave señuelo era ahora una vaharada de piezas dispersas. Se giró con rapidez. Su oportunidad era esa. Necesitaba mantener abierta aquella tronera. Pero ¿cómo? Había imaginado un espacio mucho más pequeño. Traía una palanqueta para trabar el mecanismo e impedir su cierre, para luego meterse dentro, pero era demasiado corta. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto?

La flor gigante empezó a plegarse sobre sí misma, preparándose para desaparecer en su escondite. Víctor pensó rápidamente, extendió la mano y colocó la palanqueta entre dos abrazaderas que habían empezado a plegarse hacia dentro. La palanca aguantó, ajustada en su sitio, y el movimiento de repliegue de la flor cesó. Víctor esperó. Si la palanqueta se soltaba después de que él se metiera por la tronera, la flor podía plegarse hacia dentro y aplastarlo.

Pero la flor no se movió. La palanqueta aguantó. Víctor cerró la mochila, se la cargó al hombro y se agarró al borde de la tronera, listo para lanzarse al interior. Deseó de pronto que su padre estuviera con él. Podría guiarlo y él lo seguiría, como habían hecho durante años a bordo de la *Cavadora*, moviéndose por la nave y efectuando reparaciones. Su padre siempre sabía lo que había que hacer. La duda no formaba parte de su ADN. Sus soluciones no eran siempre las más eficaces, pero siempre funcionaban, siempre resultaban satisfactorias. Sí, Víctor era mejor mecánico, pero su padre trabajaba mejor bajo presión. Su padre nunca dudaba. Sus manos siempre eran firmes.

Alzó la mano derecha y vio que estaba temblando.

Acompáñame, padre. Quédate conmigo, vuela conmigo. Somos familia. Somos uno.

Entonces volvió a aferrarse al borde de la tronera y se impulsó hacia delante, con fuerza, hasta desaparecer en la oscuridad.